



**FREDERICK
FORSYTH**

**EL
MANIPULADOR**



Frederick Forsyth

El Manipulador



ÍNDICE

PRÓLOGO
ORGULLO Y PREJUICIOS EXTERNOS
INTERLUDIO
EL PRECIO DE LA NOVIA
INTERLUDIO
UN DESASTRE BÉLICO
INTERLUDIO
UN PEQUEÑO RAYO DE SOL
EPÍLOGO

La «guerra fría» duró cuarenta años. Quede constancia de que el mundo occidental la ganó. Pero no sin dejar de pagar su precio. Este libro va dedicado a todos aquellos que pasaron la mayor parte de su vida sumidos en las sombras. He aquí un relato de esos días, amigos míos.

PRÓLOGO

En el verano de 1983, el que era, por entonces, director del Servicio Secreto de Inteligencia británico autorizó, en contra de cierta oposición interna, la creación de un nuevo Departamento.

La oposición surgió sobre todo de los departamentos oficiales, la mayor parte de los cuales poseía sus propios feudos territoriales esparcidos por el mundo entero. Del nuevo Departamento se afirmaba que gozaría de unas prerrogativas muy amplias, las cuales sobrepasarían las fronteras tradicionales.

El impulso que favoreció esa nueva creación tuvo dos fuentes. Una de ellas fue una cierta exaltación de ánimo en el Westminster y en el Whitehall, en especial entre las filas del Partido Conservador, en el Gobierno, como consecuencia de los éxitos británicos del año anterior en la guerra de las Malvinas. Pese a la victoria militar, aquel episodio bélico había puesto sobre el tapete una de esas cuestiones de índole embarazosa, pero que en ocasiones también pueden significar una injuria: ¿por qué nos cogieron de ese modo, por sorpresa, cuando las tropas argentinas del general Galtieri desembarcaron en Puerto Stanley?

Entre los distintos Departamentos, la cuestión fue enconándose a lo largo de un año, lo que la redujo inevitablemente a ese tipo de acusaciones y recriminaciones al nivel de:

—No fuimos advertidos.

—Sí, se les avisó.

El ministro de Asuntos Exteriores, Lord Carrington, no tuvo más remedio que resignarse. Años después, Estados Unidos se vería involucrado en una trifulca parecida, a consecuencia de la destrucción de un avión de la «Pan American» que volaba sobre Lockerbie, cuando un Servicio Secreto aseguraba que había dado la señal de alarma, mientras que otro juraba no haberla recibido.

La segunda fuente impulsora fue la reciente subida al poder de Yuri V. Andropov, que pasaba a ocupar el cargo de secretario

general del Partido Comunista de la Unión Soviética, habiendo sido jefe de la KGB durante quince años. Al favorecer abiertamente a su viejo Servicio Secreto, el Gobierno de Andropov significó un recrudecimiento del espionaje, caracterizado por una agresividad creciente y la toma de «medidas activas» por parte de la KGB en contra de Occidente. Era sabido que Yuri Andropov fomentaba por todos los medios, entre las medidas activas, el uso de la información falsa, propagando el abatimiento y la desmoralización mediante la proliferación de mentiras, el empleo de agentes en medios influyentes, el asesinato de personalidades y la siembra de la discordia entre los Aliados gracias al uso de la mentira planificada.

Mrs. Thatcher, haciendo honor a su título (otorgado por los rusos) de *Dama de hierro*, sostuvo el punto de vista de que «en ese juego podrían participar dos» y dio a entender que nada tendría que objetar al proyecto de un nuevo Servicio de Inteligencia británico que ofreciese a los soviéticos la posibilidad de competir en un pequeño partido de revancha.

Al nuevo Departamento se le puso un pomposo título: Engaño, Ocultación y Operaciones Psicológicas. Por supuesto, ese nombre fue reducido a «En-ocu y Op-psi», y, a partir de ahí, quedó en «Enocu».

Se nombró entonces al nuevo jefe de Departamento. Y así como la persona que tenía a su cargo el Departamento de Materiales era conocida como *el Comisario*, y la que dirigía la sección jurídica, como *el Abogado*, el nuevo jefe de «Enocu» fue etiquetado en la cantina por algún ingenioso como *el Manipulador*.

Con percepción retrospectiva, ese bienpreciado y mucho más predominante que el de la previsión, el jefe Sir Arthur, podía haber sido criticado (y lo fue más tarde) por la elección que hizo en aquel entonces, ya que no designó como director del Departamento a un profesional de carrera, a un hombre acostumbrado a la prudencia que se exige de un auténtico funcionario público, sino que eligió a alguien que había sido agente de campo, arrancado, además, del Departamento de la Alemania Oriental.

Aquel hombre fue Sam McCready y ocupó su cargo durante siete años. Pero no hay bien ni mal que cien años duren. A finales de la primavera de 1990 tuvo lugar una conversación en el corazón de Whitehall...

El joven ayudante se levantó de su asiento, detrás del escritorio que ocupaba en la antesala, sonriendo con la habilidad de un experto.

—Buenos días, Sir Mark. El subsecretario de Estado permanente me ha pedido que lo hiciese pasar de inmediato.

El joven abrió la puerta que comunicaba con el despacho privado del subsecretario de Estado permanente de Asuntos Exteriores y de la Commonwealth, hizo pasar al visitante y cerró la puerta detrás de él. El subsecretario, Sir Robert Inglis, se puso de pie y se le acercó con una sonrisa de bienvenida.

—Mark, mi querido amigo, cómo te agradezco que hayas venido.

Una persona no se convierte en jefe del SIS, aun cuando lo haya sido recientemente, sin que desarrolle un cierto sentimiento de recelo al encontrarse ante tal efusividad por parte de una persona más bien extraña que se dispone a hablarle como si de un hermano carnal se tratara. Sir Mark se preparó para una entrevista difícil.

Cuando tomó asiento, aquel veterano servidor de la patria y funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores abrió la cartera marcada en rojo que tenía sobre el escritorio y sacó de ella una carpeta de ante, que se distinguía por dos líneas rojas que unían diagonalmente los cuatro vértices, formando un aspa.

—¿Habrás hecho las visitas de rutina por tus dependencias y ahora querrás, sin duda alguna, hacerme partícipe de tus impresiones? —le preguntó el subsecretario de Estado.

—Por supuesto, Robert, pero a su debido tiempo.

Sir Robert Inglis colocó a continuación sobre la carpeta de índole estrictamente confidencial un libro en rústica, de cubiertas rojas encuadernado con una espiral de plástico negra.

—He leído —prosiguió el subsecretario— tu proyecto *El Servicio Secreto en los años noventa* y lo he relacionado con la última lista de compras del intendente de Inteligencia. Al parecer, te has tomado sus exigencias financieras al pie de la letra.

—Muchas gracias, Robert —se apresuró a decir el jefe del Servicio Secreto—, ¿Puedo contar entonces con el apoyo del Ministerio de Asuntos Exteriores?

La sonrisa del diplomático podría haberse ganado más de un premio en cualquier concurso teatral norteamericano.

—Mi querido Mark, no vemos que haya ningún tipo de dificultad en lo que respecta al carácter de tus proposiciones.

Pero hay algunos puntos, no muchos, que me gustaría que revisáramos juntos.

«Ahora viene el asunto», pensó el jefe del SIS.

—¿Puedo presuponer, por ejemplo, que esos apartados adicionales significan que tu propuesta ha recibido el beneplácito del Ministerio de Hacienda y que el dinero necesario saldrá furtivamente del presupuesto de alguien?

Ambos hombres sabían a la perfección que el presupuesto para el mantenimiento del Servicio Secreto de Inteligencia no provenía por entero del Ministerio de Asuntos Exteriores. En realidad, tan sólo una pequeña parte salía de los fondos de la Secretaría de Estado para Asuntos Exteriores y de la Commonwealth. Los costos reales del casi invisible SIS, que a diferencia de la CÍA norteamericana se mantiene bien oculto en las sombras, son compartidos por todos los Ministerios que integran el Gobierno. La diseminación abarca toda la gama de recursos posibles, incluyendo a los organismos más insólitos como el propio Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, quizá porque se parte de la idea de que esos caballeros podían estar interesados un buen día en conocer cuánto bacalao sacan los islandeses de las aguas septentrionales del océano Atlántico.

Debido a que su presupuesto se encuentra tan diversificado y a que está tan bien escondido, el SIS no puede ser «intimidado» por el Ministerio de Asuntos Exteriores con la amenaza de congelarle los fondos si no se cumplen los deseos de ese Ministerio.

Sir Mark hizo un gesto de asentimiento.

—No hay ningún problema al respecto —dijo—. El intendente y yo estuvimos viendo a los del Ministerio de Hacienda, les explicamos nuestra posición, que ya había sido aclarada en reunión del Consejo de Ministros, y los del Tesoro nos asignaron el necesario dinero contante y sonante, todo bien oculto en los presupuestos de investigación y desarrollo de aquellos Ministerios de los que menos se podría sospechar.

—¡Excelente! —exclamó el subsecretario permanente de Estado, acompañando sus palabras de una radiante sonrisa, de la que no podía saberse si se correspondía o no a sus sentimientos—. Volvamos entonces a algo que *debe* caer dentro del ámbito de mis competencias... No sé cuál será el estado actual de tu plantilla de personal; pero, como consecuencia del fin de la guerra fría y de la liberación de los países de la Europa Central y Oriental, nosotros nos estamos enfrentando a ciertas

dificultades en lo que respecta a la posibilidad de ampliar el número de personas en el servicio. ¿Sabes a lo que me refiero?

Sir Mark lo sabía perfectamente. El colapso virtual del comunismo durante los dos años anteriores había transformado el mapa diplomático del globo terráqueo, y con gran rapidez. El cuerpo diplomático estaba pendiente de las oportunidades que se le presentaban para expandirse por toda la Europa Central y por los Balcanes, con la posibilidad, incluso, de abrir pequeñas Embajadas en Letonia, Lituania y Estonia, si lograban independizarse de Moscú. Por deducción lógica, el otro estaba tratando de sugerirle ahora que, con la guerra fría en el depósito de cadáveres, la posición de su compañero del Servicio de Inteligencia sería justamente la opuesta a la suya propia. Sir Mark no sacaría provecho alguno de todo aquello.

—Al igual que vosotros, nosotros no tenemos más remedio que reclutar personal. Pero dejando el reclutamiento a un lado, tan sólo el entrenamiento dura seis meses, tiempo que hemos de esperar para poder introducir un nuevo hombre en nuestro cuartel general y dejar libre a un hombre experimentado para el servicio en el extranjero.

El diplomático reprimió una sonrisa y se inclinó hacia delante con expresión de seriedad en el rostro.

Mi querido Mark, ése es precisamente el meollo de la conversación que deseaba mantener contigo. Las asignaciones de espacio en nuestras Embajadas y a quiénes se les puede otorgar.

Sir Mark rugía de furia interior. «Ese hijo de puta está hinchándose los huevos», pensó. A pesar de que el Ministerio de Asuntos Exteriores no podía «burlar» al SIS en el plano presupuestario, siempre se guardaba un as en la manga. Casi todos los agentes de Inteligencia que prestaban sus servicios en el extranjero lo hacían bajo la tapadera de alguna Embajada. Eso convertía las Embajadas en sus anfitriones. Si no había asignación para cargos de «cobertura», tampoco habría plazas disponibles para los agentes.

—¿Y cuál es tu visión general del futuro, Robert? —preguntó Sir Mark.

—Me temo que en el futuro no estaremos en condiciones de ofrecer cargos a algunos de vuestros más... pintorescos funcionarios. Agentes cuya tapadera ha quedado claramente al descubierto. Operadores que se presentan como oficiales de alta graduación. Durante la guerra fría, todo eso era aceptable; pero, en la nueva Europa, esos agentes serían tan soportables

como un dolor de muelas. Supondrían una constante fuente de agravios. Estoy convencido de que podrás darte cuenta de ello.

Los dos hombres sabían que los agentes en el extranjero se dividían en tres categorías. Los «ilegales» no gozaban de cobertura en una Embajada, por lo que nada tenían que ver con Sir Robert Inglis. Los agentes que prestaban sus servicios en el interior de las Embajadas se dividían a su vez en «declarados» y en «no declarados».

Un agente declarado, el llamado operador de alta graduación, era una persona cuya función real resultaba ampliamente conocida. En el pasado, el hecho de tener en una Embajada a un agente de Inteligencia de ese tipo era como trabajar en condiciones de ensueño. A todo lo largo y ancho de los países comunistas y de los del Tercer Mundo, disidentes, descontentos y todos aquellos que así lo desearan sabían a quién dirigirse y a quién podían contar sus penas como si de un sacerdote en el confesionario se tratara. A veces eso conducía a una riquísima cosecha de información, y también permitió acoger a algunos desertores de importante relevancia.

Lo que el veterano diplomático estaba diciendo era que no quería más agentes de ese tipo y que no les ofrecería alojamiento en sus Embajadas. Se dedicaría a mantener en alto la sagrada tradición de su Departamento de contemporizar con cualquiera que no sea británico de nacimiento.

—Entiendo muy bien lo que estás diciendo, Robert, pero no puedo ni quiero iniciar mi carrera como jefe del SIS con una purga de los agentes veteranos, que han servido durante tanto tiempo con lealtad y eficacia.

—Pues búscalos otros cargos —sugirió Sir Robert—. En América Central, en Sudamérica, en África...

—Y tampoco puedo hacer un paquete con ellos y enviarlos a Burundi, hasta que les llegue la jubilación.

—Dales trabajo de oficina. Aquí, «en casita».

—¿Te refieres a lo que se denomina «empleos sin atractivos»? —inquirió el jefe del SIS—. La mayoría se negará a aceptarlos.

—En tal caso tendrán que optar por la jubilación anticipada —dijo el diplomático sin alterarse. Entonces se inclinó de nuevo hacia delante e insistió—: Mark, mi querido y buen amigo, este asunto no es negociable. Tendré a los *cinco hombres sabios* encima de mí, puedes estar seguro de ello, vigilándome para ver si soy realmente uno de ellos. Podríamos otorgar cierto tipo de indemnizaciones, pero...

Los *cinco hombres sabios* son los subsecretarios permanentes del Consejo de Ministros, del Ministerio de Asuntos Exteriores, del Ministerio del Interior y de los Ministerios de Defensa y de Hacienda. Esas cinco personas ejercían un poder enorme por los pasillos del Gobierno. Entre otras cosas designaban (o recomendaban al Primer Ministro, lo que venía a ser lo mismo) al jefe del SIS y al director general del Servicio de Inteligencia militar, el MI-5. Sir Mark se sintió profundamente desdichado, pero conocía demasiado bien las realidades concretas del poder. Tendría que dar su brazo a torcer.

—De acuerdo, pero necesitaré asesoramiento en lo que respecta a las cuestiones de procedimiento.

Lo que quería decir el jefe del SIS era que, por su posición ante su propio equipo de trabajo, deseaba aparecer claramente obligado a obedecer órdenes superiores. Sir Robert Inglis se mostró muy expansivo; podía permitirse el lujo de serlo.

—El asesoramiento lo tendrás de inmediato —aseguró el diplomático—. Pediré al resto de los *hombres sabios* que celebremos una reunión y en ella promulgaremos nuevas reglas para el nuevo contexto de circunstancias. Lo que yo propongo es que, dentro del marco de esas nuevas reglas que pensamos dar a conocer, instigues lo que los abogados llaman una «acción promotora», con el fin de instituir así un canon paradigmático.

—¿Acción promotora, canon paradigmático? ¿Pero se puede saber de qué estás hablando? —preguntó Sir Mark.

—De un precedente, mi querido Mark. De un único precedente aislado, que luego puede resultar operante para el grupo entero.

—¿Un chivo expiatorio?

—No es una expresión muy afortunada que digamos. Dar a alguien la jubilación anticipada, junto con el derecho a una pensión hartamente generosa, no creo que signifique convertir a esa persona en una víctima. Eliges a un agente cuyo retiro prematuro pueda ser aceptado sin reparo alguno, convocas una reunión y en ella estableces tu precedente.

—¿Un agente? ¿Acaso habéis pensado ya en alguno concreto?

Sir Robert se puso a tamborilear con los dedos y se quedó mirando pensativo el techo.

—Bueno, siempre queda un Sam McCready.

Por supuesto. *El Manipulador*. Precisamente a raíz de su última exhibición de fuerza, haría unos tres meses de ello, en la que había hecho gala de una iniciativa no autorizada en la zona

del Caribe, Sir Colin fue informado de que el Ministerio de Asuntos Exteriores lo consideraba un Gengis Kan desbocado. ¡Extraño, realmente! Un sujeto así, tan... desaliñado.

Mientras Sir Mark cruzaba en su coche uno de los puentes sobre el Támesis para regresar a Century House, su Cuartel General, iba sumido en la más honda preocupación. Sabía que el viejo funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores no se había limitado a «proponerle» que despidiese a Sam McCready; había insistido en ello. Desde el punto de vista del jefe del SIS, el diplomático no podía haberle exigido nada más difícil.

En 1983, cuando Sam McCready fue nombrado director del departamento Enocu, Sir Mark era teniente de superintendencia, contemporáneo de McCready, y se hallaba un escalafón por encima de éste. Le gustaba aquel agente, excéntrico e irreverente, que Sir Arthur había designado para el nuevo cargo, pues, en aquel entonces, el jefe del nuevo Departamento era del agrado de casi todo el mundo.

Poco tiempo después, Sir Mark fue enviado al Lejano Oriente por tres años (hablaba el mandarín con fluidez) y regresó en 1986 para ser promovido al cargo de subdirector. Sir Arthur cogió el retiro y un nuevo jefe ocupó su sillón, aún caliente. Sir Mark le había sucedido en el pasado mes de enero.

Antes de partir para China, Sir Mark, al igual que muchos otros, había aventurado la suposición de que Sam McCready no permanecería mucho tiempo en su cargo. Según una opinión generalizada, *el Manipulador* era un diamante demasiado basto como para que pudiera encajar con facilidad en la política casera de la Century.

Por una parte, ninguno de los departamentos regionales recibiría amablemente a ese hombre nuevo que trataba de operar en territorios que ellos guardaban con tanto celo. Se presentarían auténticas luchas por el poder, las cuales podrían ser solucionadas sólo por un diplomático consumado, y cualesquiera que fuesen sus talentos, jamás se le habían reconocido tales capacidades a Sam McCready. Por otra parte, la desaliñada figura de Sam apenas lograría integrarse en ese mundo de agentes veteranos, educados y elegantes, la mayoría de los cuales era un genuino producto de los selectos internados privados de Gran Bretaña.

A su regreso, y con gran sorpresa por su parte, Sir Mark se encontró con un Sam McCready que parecía florecer como el proverbial verde laurel. Daba la sensación de estar capacitado

para dirigir a sus propios hombres, logrando de ellos lealtad tan absoluta como envidiable, y conseguir, al mismo tiempo, que no se ofendiesen ni los más intransigentes directores de departamentos «territoriales» cuando les pedía algún favor.

Podía departir en tono coloquial con los otros agentes de campo, cuando volvían de vacaciones o acudían a recibir instrucciones, y de ellos parecía haber conseguido toda una enciclopedia de información, la mayor parte de la cual jamás podría ser divulgada bajo ningún concepto.

Se sabía que podía compartir una cerveza con los cuadros del equipo técnico, un grupo formado por mujeres y hombres a los que se tenía por una pandilla de excéntricos y medio chiflados —camaradería esta que no siempre se les dispensaba a los agentes superiores—, y de ellos obtenía de vez en cuando la grabación de una conversación telefónica, algún tipo de correspondencia interceptada o un pasaporte falso, mientras que otros directores de departamento estaban todavía rellenando los formularios para conseguir algo de eso.

Todo esto, y algunas manías irritantes, como su tendencia a saltarse las normas y desaparecer cuando le venía en gana, no servían precisamente para que la camarilla gobernante se prendase de él. De todos modos, lo que le mantenía en su puesto era algo muy simple: él suministraba las mercancías, proporcionaba el producto, dirigía una operación que mantenía a la KGB abastecida de pastillas contra la indigestión. Y de este modo permaneció en su cargo... hasta ahora.

Sir Mark suspiró hondo, se apeó de su «Jaguar» en el estacionamiento subterráneo de la Century House y cogió el ascensor para subir a su despacho situado en la última planta. De momento no necesitaba hacer nada. Sir Robert Inglis se entrevistaría con sus colegas y juntos promulgarían «las nuevas reglas», el deseado *asesoramiento* que permitiría al atribulado jefe del SIS declarar, sin atentar contra la verdad, pero con el corazón oprimido:

—No tengo elección.

Hasta principios de junio no le llegó el «asesoramiento», o la orden en realidad, de la Secretaría de Estado para Asuntos Exteriores y de la Commonwealth, lo que permitió a Sir Mark convocar en su despacho a sus dos asistentes.

—¡Esto es una condenada guarrada! —exclamó Basil Gray—. ¿No puede usted oponerse?

—Esta vez, no —contestó el jefe—. Inglis está saboreando ya el bocado entre sus dientes y, como podéis ver, cuenta con el respaldo de los otros cuatro Hombres Sabios.

El documento que había entregado a sus dos ayudantes para que lo estudiaran era un modelo de claridad y de lógica impecables. En él se señalaba que para el día tres de octubre, Alemania Democrática, uno de los Estados comunistas más sólidos y más eficaces de la Europa Oriental, habría dejado, literalmente, de existir. No quedaría ninguna Embajada en Berlín Oriental, el Muro no era ya más que una farsa, la formidable Policía secreta, la SSD, se encontraba en completa desbandada y las tropas soviéticas estaban tocando retirada. Una zona que en sus buenos tiempos había exigido del SIS en Londres un sinfín de operaciones de gran envergadura se convertiría en un espectáculo de segunda clase, si es que se la podía seguir considerando un espectáculo.

Por añadidura, se seguía diciendo en el documento, el simpático Mr. Vaclav Havel se estaba haciendo cargo del Gobierno en Checoslovaquia y su Servicio de Espionaje, el STB, se vería relegado muy pronto a la categoría de predicadores en escuelas dominicales. Y si a esto se añadía el colapso de los regímenes comunistas en Polonia, Hungría y Rumania y su próxima desintegración en Bulgaria, se podía palpar los aproximados contornos del futuro.

—Bien —apuntó Timothy Edwards, dando un suspiro—, hemos de reconocer que no realizaremos en el futuro el tipo de operaciones que solíamos llevar a cabo en la Europa Oriental y que tampoco necesitaremos a tantos agentes nuestros allí. Tienen un punto a su favor.

—¡Qué amable de tu parte es decir eso! —exclamó el jefe, esbozando una sonrisa.

Basil Gray había sido promovido por él mismo: fue su primer acto al ser nombrado jefe del SIS en enero. Timothy Edwards había heredado su cargo. Sir Mark sabía que Edwards estaba desesperado por sucederle en el puesto en un plazo de tres años, así como también sabía que no tenía la más mínima intención de recomendarlo. No es que Edwards fuese un estúpido. Estaba muy lejos de ello; era brillante pero...

—No mencionan para nada los otros peligros —refunfuñó Gray—. Ni una sola palabra acerca del terrorismo internacional. La vertiginosa ascensión de los consorcios de la droga, los ejércitos privados... y ni una sola palabra tampoco sobre la proliferación de armas nucleares.

En su propio informe, *El Servicio Secreto en los años noventa*, que Sir Robert Inglis había leído y aprobado en apariencia, Sir Mark había hecho hincapié en el desplazamiento, más que en la disminución, de las amenazas globales. Y a la cabeza de esas amenazas había colocado el problema de la proliferación —de la adquisición continua por parte de dictadores, algunos de los cuales de carácter altamente inestable— de grandes arsenales de armas; no de excedentes de guerra, como se hacía en los viejos tiempos, sino de equipos modernos de alta tecnología, de misiles, con ojivas cargadas con armas químicas y bacteriológicas, y hasta con acceso al arsenal nuclear. Y en el documento que tenía ante sus ojos se pasaban por alto olímpicamente todas esas cuestiones.

—¿Y bien, qué ocurrirá ahora? —preguntó Timothy Edwards.

—Lo que ocurrirá ahora —repitió el jefe en tono afable— es que ya podemos ir imaginando un buque lleno de gente..., de nuestra gente, que regresa de la Europa Oriental a la base patria.

Sir Mark quería decir que los viejos combatientes de la «guerra fría», los veteranos que habían llevado a cabo las operaciones de la misma, los que habían realizado las medidas activas, la red de agentes locales que no pertenecieron a las Embajadas situadas al este del Telón de Acero, todos deberían regresar a casa... para encontrarse con que no tenían trabajo. Serían remplazados, desde luego, pero por hombres jóvenes, cuya auténtica profesión sería desconocida, que se mezclarían discretamente con el personal de las Embajadas, de tal forma que no «ofendieran» a las democracias que estaban surgiendo detrás del Muro de Berlín.

El reclutamiento se seguiría practicando, por supuesto; a fin de cuentas, el jefe tenía una organización que dirigir. Pero eso dejaba sin resolver el problema de los veteranos. ¿Dónde ponerlos? Sólo había una respuesta: sacarlos a pastar.

—Tenemos que sentar un precedente —dijo Sir Mark—. Uno que despeje el camino para que los demás puedan deslizarse suavemente por la senda de la jubilación anticipada.

—¿Tiene a alguien en mente? —preguntó Gray.

—Eso ya lo hizo Sir Robert Inglis por mí: Sam McCready.

Basil Gray se quedó mirando fijamente a Sir Robert con la boca abierta.

—Pero jefe —balbuceó—, usted no puede despedir a Sam.

—Nadie va a despedir a Sam —replicó Sir Mark, haciéndose eco en seguida de las palabras de Robert Inglis—. Dar a alguien

la jubilación anticipada, junto con una indemnización harto generosa, no creo que signifique convertir a esa persona en una víctima.

Sir Mark se preguntó entonces cuánto le pesarían a Judas aquellas treinta monedas de plata que le entregaron los romanos.

—Resulta muy triste, desde luego, porque todos queremos a Sam —comentó Edwards—. Pero el jefe tiene una organización a la que dirigir.

—Precisamente. Gracias por recordarlo —replicó Sir Mark.

Y al decir esto se dio cuenta por primera vez de por qué no recomendaría a Timothy Edwards para que le sucediese algún día. Él, el jefe, haría lo que tenía que hacer precisamente porque había que hacerlo, y siempre detestaría haberlo hecho. Pero Edwards lo haría porque eso significaría un paso más hacia delante en su carrera.

—Le ofreceremos tres puestos distintos para que elija —observó Gray—. Quizás escoja uno de ellos.

—Es posible.

—¿En cuáles está pensando, jefe? —preguntó Edwards.

Sir Mark abrió una carpeta en la que llevaba los resultados de una entrevista mantenida con el director de Personal.

—Los cargos vacantes son los siguientes: la comandancia de la Escuela de Entrenamiento, la dirección del Departamento de Cuentas y Administración y la dirección del Registro Central.

Edwards esbozó una leve sonrisa. «Así que ése es el truco», pensó.

Dos semanas después, la persona objeto de todas esas reuniones daba vueltas de un lado a otro de su despacho, mientras que su asistente, Denis Gaunt, miraba con aire deprimido la hoja de papel que tenía ante sí.

—No todo es malo, Sam —dijo—. Quieren que sigas aquí. Ahora sólo queda el tipo de trabajo.

—Alguien quiere verme fuera —replicó McCready, categórico.

En ese verano Londres languidecía bajo una ola de calor. Las ventanas del despacho estaban abiertas de par en par y ambos hombres se habían quitado la chaqueta. Gaunt lucía un modelo «Turnbull and Asser», un elegante traje azul pálido; McCready llevaba uno de confección de «Viyella», con un aspecto lanoso y deshilachado debido a las muchas visitas a la tintorería. Para colmo, los botones no habían sido introducidos en los ojales correspondientes, por lo que le quedaba ladeado. Cuando

llegase la hora del almuerzo, alguna secretaria, según Gaunt sospechaba, se encargaría de burlarse del error para luego corregirlo entre zalamerías. Todas las chicas que rondaban por Century House parecían estar deseando siempre poder hacer algo por Sam McCready.

A Gaunt le desconcertaban las relaciones entre McCready y las damas. Pero eso también les ocurría a otras personas. Él, Denis Gaunt, con su metro ochenta y tres de estatura, le sacaba cinco centímetros a su jefe. Era rubio, atractivo y, aunque soltero, no se acobardaba ni se sonrojaba cuando estaba entre mujeres.

El jefe de su Departamento era de estatura mediana, complexión normal, finos cabellos castaños, generalmente despeinados, y siempre llevaba ropas que daban la impresión de que había estado durmiendo con ellas. Sabía que McCready había enviudado hacía algunos años, pero que no se había vuelto a casar, ya que al parecer prefería vivir solo en su pequeño apartamento de Kensington.

Gaunt suponía que alguien debería de encargarse de la limpieza de su apartamento y de lavarle los platos y la ropa. Una asistenta quizá. Pero jamás se le ocurrió preguntárselo, y el otro jamás se lo comentó.

—Podrías aceptar alguno de esos trabajos. Eso segaría la hierba bajo sus pies.

—Denis —replicó McCready afable—, no soy un maestro de escuela, ni un contable, ni mucho menos un maldito librero. Diles que quiero que se celebre una asamblea.

Como de costumbre, la asamblea en el Cuartel General de Century House se celebró un lunes por la mañana, en la sala de conferencias, un piso más abajo del despacho del Jefe.

El sillón presidencial lo ocupaba el delegado del Jefe, Timothy Edwards, pulcro e inmaculado como siempre, luciendo un elegante traje oscuro con una corbata roja a rayas. A su derecha se sentaba el superintendente del Departamento de Operaciones Nacionales, y, a su izquierda, el superintendente responsable del hemisferio occidental. A un lado de la sala se hallaba el director de Personal, junto a un joven de la Sección de Archivos, que tenía ante sí un gran montón de carpetas y legajos.

Sam McCready fue el último en entrar y tomó asiento en un sillón enfrente de la mesa. A sus cincuenta y un años, todavía se conservaba delgado y gozaba de un aspecto saludable. Por lo

demás, pertenecía a esa clase de personas que pueden pasar inadvertidas en cualquier parte. Esa característica suya era la que le había hecho ser tan eficaz en sus buenos tiempos, tan endemoniadamente eficaz. Eso, y lo que tenía dentro de su cabeza.

Todos los presentes conocían las reglas. Si un agente rechazaba tres empleos por ser «poco atractivos», sus superiores tenían el derecho de exigirle que aceptase la jubilación anticipada. No obstante, el afectado también tenía el derecho de ser escuchado en una asamblea, donde podía discutir y sugerir algún tipo de variación a las propuestas.

Sam McCready se había hecho acompañar por Denis Gaunt para que lo defendiese y hablase en su nombre. Durante diez años seguidos Denis había sido su subalterno, a quien había convertido, ya hacía más de cinco años, en el número dos de su Departamento y en la sombra de sí mismo. McCready consideraba que Denis, con su radiante sonrisa y sus modales, propios de los graduados en colegios privados, negociarían su asunto mucho mejor de lo que él mismo podría hacer.

Todos los hombres que se encontraron en aquel aposento se conocían entre sí y estaban habituados a llamarse por el nombre de pila, incluyendo el empleado del Departamento de Archivos. En la Century House es tradicional, quizá porque se trata de un mundo cerrado en sí mismo, que cada cual pueda dirigirse a los demás utilizando el nombre de pila, con excepción del Jefe, al que se llama *Sir* o *Jefe* cuando se habla con él en persona, y *Maestro* u otros apelativos similares cuando se le menciona a sus espaldas. La puerta se había cerrado y Edwards emitió una tosecilla para indicar que deseaba estar en silencio. Tomaría la palabra.

—Bien, nos encontramos reunidos aquí para estudiar la solicitud presentada por Sam para que se introduzca un cambio en la orden dada por la Dirección, no estamos aquí para reparar ningún desagravio. ¿De acuerdo?

Todos mostraron su conformidad. Se había concertado que Sam McCready no tenía motivo de queja alguno, ya que no se había violado ninguna ordenanza.

—Denis, si no me equivoco, ¿vas a hablar en nombre de Sam?

—Sí, Timothy.

El SIS había sido fundado en su forma actual por un almirante, Sir Mansfield Cumming, y muchas de sus tradiciones internas (aun cuando no la de la familiaridad precisamente)

seguían conservando un cierto sabor náutico. Y una de ellas era el derecho que cualquier persona tenía para designar, antes de una asamblea, a algún oficial compañero que hablase en su nombre.

El director del Departamento de Personal fue breve y conciso en su intervención. Las autoridades competentes habían decidido que deseaban sacar a Sam McCready de Enocu para trasladarlo a otro cargo en el que tuviese que cumplir deberes nuevos. Habiéndole hecho tres ofertas, no había aceptado ninguna de ellas. Y esto equivalía prácticamente a elegir la jubilación anticipada. McCready había preguntado si no podía seguir al mando de Enocu y volver al trabajo de campo o si podían enviarle a un departamento que se ocupase de operaciones en el extranjero. Pero no había disponible ningún puesto de ese tipo. *Quod erat demonstrandum*.

Denis Gaunt se levantó de su asiento.

—Mirad —dijo—, todos nosotros conocemos las ordenanzas, y también las realidades. Es verdad que Sam ha pedido que no se le envíe a la Escuela de Entrenamiento, ni al Departamento de Cuentas, ni al Registro Central. Y lo ha hecho porque es un hombre creado para el trabajo de campo, tanto por entrenamiento como por instinto. Y es uno de los mejores agentes, si no es el mejor de todos.

—Eso no se discute —murmuró el superintendente responsable del hemisferio occidental.

Edwards le lanzó una mirada amenazadora.

—El hecho es —sugirió Gaunt— que si realmente se quiere, el servicio puede encontrar un puesto para Sam. En Rusia, Europa Oriental, América del Norte, Francia, Alemania o Italia. Quiero significar con esto que nuestra organización podría hacer ese esfuerzo, ya que... —Gaunt se acercó al joven del Departamento de Archivos y cogió una carpeta— ...dentro de cuatro años se jubilaría, a la edad de cincuenta y cinco, con la pensión completa...

—Se le ha ofrecido una indemnización considerable —le interrumpió Edwards—, de la que algunos opinarían que es extremadamente generosa.

—Ya que tiene a sus espaldas largos años de servicio —resumió Gaunt—, cumplidos con lealtad, con frecuencia en circunstancias muy incómodas y a veces de extrema peligrosidad. No se trata de una cuestión económica, sino de saber si nuestra organización está preparada para realizar ese esfuerzo en beneficio de alguno de sus miembros.

Denis Gaunt no tenía, por supuesto, la menor idea acerca de la conversación que Sir Colin, el Jefe, y Sir Robert Inglis habían mantenido el mes anterior en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Me gustaría recordar aquí algunos pocos casos de los que Sam llevó a cabo durante los últimos seis años. Empezando por aquel...

Timothy Edwards echó un vistazo a su reloj. Había esperado dejar zanjado ese asunto en el mismo día. Pero ya dudaba de poder hacerlo.

—Creo que todos lo recordamos —dijo Gaunt—. El asunto tuvo que ver con el último general soviético que tuvimos, con Yevgeni Pankratin...

ORGULLO Y PREJUICIOS EXTREMOS

CAPÍTULO PRIMERO

Mayo de 1983

El coronel ruso salió de entre las sombras, deslizándose lenta y sigilosamente, convencido de que había visto y reconocido la señal. Todos los encuentros con el agente británico eran peligrosos y tenían que ser evitados dentro de lo posible. Pero, en ese caso él mismo lo había solicitado. Tenía cosas que decir, que solicitar, asuntos que no podían ser enviados en un mensaje que luego se confiaría a un buzón falso. En un cobertizo, situado más abajo de la línea del ferrocarril, una de las láminas de metal del tejado estaba suelta, ahora golpeteó y gimió al ser azotada por una ráfaga de viento en medio de las tinieblas que anunciaban la próxima aurora. El hombre volvió la cabeza, verificó cuál había sido la causa del ruido, y clavó la vista de nuevo en el sendero de sombras que pasaba cerca de la plataforma giratoria de la locomotora.

—¿Sam? —llamó en voz baja.

Sam McCready también había estado esperando. Se encontraba allí desde una hora antes, envuelto en la oscuridad de aquella estación abandonada en los suburbios de Berlín Oriental. Había visto, o más bien escuchado, la llegada del ruso, y, no obstante, se había quedado esperando para asegurarse que no se oían más pisadas deslizándose entre el polvo y los escombros. No importaba el número de veces que uno repitiese una acción así, el nudo en la boca del estómago jamás desaparecería.

A la hora acordada, convencido de que se encontraban solos y satisfecho por la falta de compañía, McCready había rascado la cabeza de una cerilla con la uña del pulgar, de tal modo que la llama produjo un único y breve destello y se extinguió en

seguida. El ruso, al advertir el brillo, había salido de la vieja chabola destartada. Ambos hombres tenían serias y poderosas razones para preferir la oscuridad, ya que uno de ellos era un traidor y el otro un espía.

McCready salió de entre las sombras para que el ruso pudiese verlo, se detuvo unos momentos, con el fin de corroborar que el otro también estaba solo, y avanzó unos pasos.

—Yevgeni, amigo mío, ha pasado tanto tiempo...

A los cinco pasos pudieron verse con toda claridad, comprobar que no había habido sustitución, ni truco alguno. Ése era siempre el peligro en un encuentro cara a cara. Podían haber detenido al ruso y doblegado su voluntad en los centros de interrogatorio, permitiendo así que la KGB y la SSD de la Alemania Oriental pudiesen tender una trampa a un importante agente del Servicio de Inteligencia británico. O bien el mensaje del ruso podía haber sido interceptado, y le dejaban ir hacia su propia trampa, a la que seguiría la larga noche de los interrogatorios, que culminaría con el tiro de gracia en la nuca. La madrecita Rusia no conocía el perdón para su selecta minoría de traidores.

McCready no abrazó al otro, ni siquiera le estrechó la mano. Algunos informadores necesitaban el contacto personal, el alivio que producía el roce de los cuerpos. Pero Yevgeni Pankratin, coronel del Ejército Rojo, destinado al cuerpo de las fuerzas soviéticas acantonadas en Alemania, era una persona más bien fría; un hombre al que le gustaba mantener las distancias, que sabía contenerse y que hasta disfrutaba de su propia arrogancia.

Había sido detectado por vez primera en Moscú, en 1980, por un perspicaz agregado comercial de la Embajada británica, durante una conversación amistosa y de carácter trivial, sostenida con fines diplomáticos, pero en el curso de la cual el ruso deslizó una repentina observación harto displicente sobre su propia sociedad. El diplomático no hizo el menor gesto, ni dijo nada sobre el particular, pero registró lo ocurrido y lo comunicó. Quizá se tratase de una posibilidad. Dos meses más tarde, tuvo lugar una primera tentativa de aproximación al militar. El coronel Pankratin se había mostrado evasivo, pero sin expresar su rechazo. Esto se valoró como positivo. Algún tiempo después, el coronel había sido trasladado a Potsdam, al cuerpo de las fuerzas soviéticas estacionadas en Alemania, un ejército de trescientos treinta mil hombres y veintidós divisiones, que

mantenía a los ciudadanos de la Alemania Oriental en la esclavitud, conservaba a la marioneta de Honecker en el poder, seguía intimidando por el terror a los berlineses del sector occidental y lograba que la OTAN continuase en estado de alerta, dispuesta a lanzar en cualquier momento una ofensiva aplastante a través de las praderas de la Alemania central.

McCready se encargó personalmente del asunto; ése era su coto privado. En 1981 realizó su propio intento de aproximación y Pankratin fue reclutado. No hubo aspavientos, ni efusiones acerca de los sentimientos íntimos que uno necesitaba comunicar a alguien para poder coincidir con sólo una escueta petición de dinero.

Aquéllos que traicionan a su patria lo hacen por diversos motivos: resentimiento, ideología, carencia de perspectivas, odio a un superior, vergüenza ante las pintorescas preferencias sexuales de los jefes, miedo a ser llamado de vuelta y caer en desgracia, etcétera. En cuanto a los rusos, solía ocurrir debido a la honda desilusión que les producían la corrupción, la mentira y el sobrinazgo que veían por doquier a su alrededor. Pero Pankratin era el auténtico mercenario; sólo quería dinero. Un buen día se iría de allí, decía; pero cuando lo hiciera, tenía la intención de ser rico. Había solicitado ese encuentro de madrugada en Berlín Oriental con el fin de jugarse el todo por el todo.

Pankratin se abrió un poco la gabardina y dejó ver un voluminoso sobre de color pardo, que de inmediato ofreció a McCready. Sin denotar emoción alguna se puso a describir lo que aquél contenía, mientras McCready lo ocultaba debajo de su cazadora. Nombres, lugares, estrategias, distribución de las divisiones, órdenes internas, movimientos de tropas, acantonamientos, rampas de lanzamiento... Lo más importante, desde luego, era lo que Pankratin tenía que comunicar acerca de los «SS-20», los terribles misiles soviéticos de alcance medio y de plataforma móvil, con ojivas de triple carga nuclear, dirección independiente y programados para hacer blanco en alguna ciudad británica o del resto de Europa. De acuerdo con las revelaciones de Pankratin, los estaban trasladando hacia los bosques de Sajonia y Turingia, cerca de la frontera con Alemania Occidental, desde donde su alcance de tiro abarcaba una circunferencia que pasaba por Oslo, Dublín y Palermo. En el mundo occidental, largas columnas de personas ingenuas y sinceras marchaban enarbolando las banderas del socialismo

para pedir a sus propios Gobiernos que dismantelasen sus defensas como un gesto de buena voluntad por la paz.

—Esto tiene un precio, por supuesto —dijo el ruso.

—Por supuesto.

—Doscientas mil libras esterlinas.

—Concedidas. —En realidad, esa suma no había sido concedida aún, pero Sam McCready sabía que su Gobierno la sacaría de algún sitio.

—Hay algo más. Me he enterado de que he sido propuesto para un ascenso a general de División. Y para un nuevo destino. De vuelta a Moscú.

—Felicidades. ¿Y de qué, Yevgeni?

Pankratin hizo una pausa para acentuar el efecto que sus palabras iban a causar.

—De subdirector, en la Junta de Jefes de Estado Mayor, en el Ministerio de Defensa.

McCready estaba impresionado. Tener un hombre en el mismo corazón del número diecinueve de la calle Frunze, en Moscú, sería algo incomparable.

—Y cuando pueda salir del país quiero un bloque de apartamentos. En California. A mi nombre. En Santa Bárbara quizás. He oído decir que aquello es muy hermoso.

—Lo es —asintió McCready—. ¿No preferiría asentarse en Inglaterra? Nosotros cuidaríamos de usted.

—No. Quiero el sol. El de California. Y un millón de dólares, estadounidenses, en mi cuenta del país.

—Lo del apartamento puede arreglarse —dijo McCready—. Y también lo del millón de dólares. Siempre que el producto sea bueno.

—No se trata de un apartamento, Sam, sino de un bloque de apartamentos. Para poder vivir de las rentas.

—Yevgeni, lo que estás pidiendo es una suma que oscila entre los cinco y los ocho millones de dólares. No creo que mi gente tenga tanto dinero. Ni siquiera para tu mercancía.

Los dientes del ruso relucieron tras su bigote militar en una breve sonrisa.

—Cuando me encuentre en Moscú, la mercancía que os ofreceré superará en mucho vuestras más osadas aspiraciones. Ya encontraréis el dinero.

—Esperemos entonces a que te hayan ascendido, Yevgeni. Entonces hablaremos de ese bloque de apartamentos en California.

Cinco minutos después se separaban; el ruso de uniforme, para regresar a su despacho en Potsdam; el inglés, para regresar a su base de Berlín Occidental tras haber cruzado el Muro. Lo estarían esperando al otro lado del paso fronterizo llamado «Checkpoint Charlie». El paquete también atravesaría el Muro, pero lo haría por otra vía más segura, aunque mucho más lenta. Solamente cuando lo recuperase en el lado oeste, Sam abordaría el avión para regresar a Londres.

Octubre de 1983

Bruno Morenz golpeó con los nudillos la puerta y penetró en la habitación al escuchar la jovial invitación de «¡Adelante!». Su superior se encontraba solo en el despacho, apoltronado en su importante sillón de cuero giratorio, detrás de su importante escritorio. Estaba removiendo delicadamente el primer café del día, en una taza de porcelana china que le había servido la atenta *Fräulein Keppel*, la solícita solterona que se ocupaba de satisfacer cualquiera de sus legítimas necesidades.

Al igual que Morenz, *Herr Direktor* pertenecía a esa generación que podía recordar el fin de la guerra y los años que siguieron, cuando los alemanes tenían que preparar su café con extracto de achicoria y tan sólo los estadounidenses de las tropas de ocupación y, a veces, los británicos podían permitirse el lujo de beber verdadero café. Pero aquello pertenecía al pasado. Dieter Aust saboreaba siempre por las mañanas su café colombiano. Pero jamás ofrecía una taza a Morenz.

Ambos hombres rayaban los cincuenta, pero eso era todo lo que tenían en común. Aust era bajo y regordete, siempre muy pulcro en el afeitado y el peinado y vestía con gran elegancia; además era director de todo el departamento de Colonia.

Morenz, mucho más alto y corpulento, tenía el cabello gris, y como siempre andaba encorvado y parecía que arrastraba los pies al caminar, daba la impresión de ser bajo y rechoncho, impresión que se acentuaba por lo desaliñado de su traje de paño de lana. Para colmo de males, era un funcionario público de rango medio bajo, que nunca podría aspirar al título de *Herr Direktor*, ni a tener su propio despacho importante con una *Fräulein Keppel* que le sirviera auténtico café colombiano en una taza de porcelana china antes de que se pusiese a trabajar.

La escena de un jefe llamando a su despacho a un empleado para hablar con él debía de haber sido representada esa

mañana en muchas de las oficinas repartidas por toda Alemania, pero la clase de trabajo de esos dos hombres no sería precisamente la misma en muchas otras partes. Ni mucho menos tendría lugar la conversación que esas dos personas mantuvieron a continuación. Y es que Dieter Aust era el jefe de una de las filiales del BND, del *Bundesnachrichtendienst*, el Servicio de Inteligencia de la República Federal de Alemania.

En la actualidad, el Cuartel General del BND está emplazado en un complejo arquitectónico, fuertemente amurallado, erigido en las inmediaciones de la aldea de Pullach, a unos diez kilómetros al sur de Munich, a orillas del río Isar, en el sur de Baviera, situación que puede parecer de lo más extravagante, si se tiene en cuenta que la capital de la República Federal de Alemania desde 1949 ha sido Bonn, a orillas del Rin y a centenares de kilómetros de distancia. La causa de esto es histórica. Los estadounidenses fueron los que nada más acabarse la guerra crearon un servicio de espionaje germanooccidental para contrarrestar los esfuerzos del nuevo enemigo, la Unión Soviética. Eligieron como director al que había sido jefe del espionaje alemán durante la guerra, Reinhard Gehlen; por ello, en sus comienzos, aquella organización fue conocida como la «Gehlen Org». Estados Unidos quería tener a Gehlen en su propia zona de ocupación, que comprendía el sur de Alemania, Baviera incluida.

El alcalde de Colonia, Konrad Adenauer, era a la sazón un político bastante oscuro. Cuando los Aliados fundaron la República Federal de Alemania en 1949, Adenauer, que fue su primer canciller, estableció la capital en un sitio por demás insólito: en su propia ciudad natal, Bonn, a veinticuatro kilómetros de Colonia, remontando el Rin por su orilla izquierda. Se impartieron las órdenes pertinentes para que se trasladasen a esa ciudad cada una de las instituciones del nuevo Gobierno federal, pero Gehlen se negó en redondo, por lo que el recientemente instituido BND siguió asentado en Pullach, donde mantiene su sede hasta nuestros días. De todos modos, el BND tiene estaciones filiales en cada una de las capitales de los *Länder* («países») que integran la República Federal de Alemania, siendo la estación de Colonia una de las más importantes. Y esto se debe a que Colonia, aun cuando no es la capital del Land de Renania del Norte-Westfalia, Dusseldorf, es, sin embargo, la ciudad más próxima a Bonn, y por ser la capital de la república, Bonn es el centro neurálgico del Gobierno. Por tanto es una ciudad llena de extranjeros, y el BND, al contrario

de su organización hermana de contraespionaje, el *Bundesverfassung-schutz*, se ocupa del espionaje más allá de las fronteras.

Morenz aceptó la invitación de Aust para que tomase asiento, mientras se preguntaba qué había hecho mal, si es que había hecho algo equivocado. Su respuesta fue: nada.

—Mi querido Morenz, no quiero andarme con rodeos —dijo Aust, mientras se limpiaba los labios con un immaculado pañuelo de lino blanco—. Nuestro compañero Dorn se jubila la próxima semana. Usted ya lo sabrá, por supuesto. Las responsabilidades que deja pasarán a su sucesor. Este es mucho más joven que él, y tendrá éxito, recuerde mis palabras. No obstante, entre esas responsabilidades hay una para la que se requiere a un hombre maduro, de más edad. Me gustaría que se encargase de ella.

Morenz hizo un gesto de asentimiento como si hubiese entendido. Pero no era así. Aust juntó las yemas de sus regordetes dedos y miró a través de la ventana, contrayendo el rostro en una mueca con la que pareció expresar su desagrado ante los caprichos y extravagancias de sus semejantes. Eligió las palabras con sumo cuidado.

—De cuando en cuando llegan a este país algunos visitantes, altos dignatarios extranjeros, los cuales, al final de todo un día de negociaciones o de reuniones oficiales, necesitan distraerse un poco..., entretenerse. Como es lógico, nuestros diversos Ministerios se sienten felices de llevar a sus invitados a restaurantes exquisitos, conciertos, la ópera o el ballet. ¿Me entiende?

Morenz hizo de nuevo un gesto de asentimiento. Estaba más claro que el fango.

—Por desgracia, también hay algunas personas, por lo general de los países árabes o de África, a veces incluso también de Europa, que no tienen reparos en dar a entender con toda claridad que preferirían disfrutar de compañía femenina. Pagar por compañía femenina.

—Prostitutas —dijo Morenz.

—En resumidas cuentas, sí. Pues bien, antes de que las personalidades extranjeras que nos visitan se dediquen a abordar a los porteros de los hoteles y a los taxistas, o comiencen a rondar por delante de esas ventanas iluminadas de rojo de la calle Horn o se metan en líos en bares y en clubes nocturnos, el Gobierno prefiere sugerir un determinado número

telefónico. Créame, mi querido Morenz, esto se hace en cualquier capital del mundo. No somos una excepción.

—¿Mantenemos casas de putas? —preguntó Morenz.

Aust se escandalizó.

—¿Mantener? Por supuesto que no. Nosotros no las mantenemos. Nosotros no las pagamos. Los clientes lo hacen. Así como tampoco nos aprovechamos, y en esto he de hacer hincapié, de ningún tipo material que podamos obtener en lo concerniente a las costumbres de algunas de las personalidades que nos visitan. No recurrimos a la llamada «trampa de miel». Nuestras leyes y normas constitucionales son bastante claras al respecto y no han de ser infringidas. Las trampas de miel las dejamos para los rusos y... —prosiguió el director, dando un suspiro— para los franceses.

Entonces cogió de su escritorio tres carpetas delgadas y se las entregó a Morenz.

—Ahí tiene a tres chicas. Cada una con un tipo físico diferente. Le estoy pidiendo que se encargue de este asunto porque usted es un hombre casado y maduro. Tendrá que supervisarlas con cierto espíritu paternal. Asegurarse de que asisten al médico con regularidad y de que están presentables. Vea si están fuera, o enfermas, o si se han ido de vacaciones. En resumidas cuentas, ocúpese de si están disponibles o no.

»Y ahora, para finalizar, lo siguiente. A veces recibirá la llamada de un tal Herr Jakobsen. No haga caso alguno de si la voz que le habla por teléfono cambia, siempre se tratará de Herr Jakobsen. De acuerdo con las preferencias y los gustos del visitante, de los que Jakobsen le pondrá al corriente, elija a una de las tres, establezca el momento de la visita, asegúrese de que la chica está disponible, y Jakobsen volverá a telefonearle indicándole la hora y el lugar, que él habrá acordado con el visitante. Después de todo esto, lo demás se lo dejamos a la prostituta y a su cliente. No se trata de un trabajo agobiante, en realidad. Así que no tiene por qué interferir con sus demás obligaciones.

Morenz cogió las tres carpetas y se puso en pie, encorvado como siempre. «¡Qué maravilla! —pensó cuando salía del despacho—. Treinta años de abnegado trabajo para el Servicio Secreto, cinco años de aquí a que me retire, y ahora me convierto en una alcahueta al servicio de unos extranjeros que quieren pasar una noche de juerga.»

Noviembre de 1983

Sam McCready se encontraba sentado en una oscura habitación situada a gran profundidad, en los sótanos de la Century House de Londres, sede del cuartel general del Servicio Secreto de Inteligencia británico o SIS, llamado equivocadamente MI-6 por parte de la Prensa y al que las personas allegadas denominan «la Firma». Estaba contemplando una pantalla titilante en la que se veían desfilar la masa de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas (o al menos de una parte de ella) en una procesión interminable que cruzaba la Plaza Roja de Moscú. Los dirigentes de la Unión Soviética se complacen en convocar todos los años dos monstruosas paradas militares en esa plaza; una, con motivo de la festividad del primero de mayo; la otra, para conmemorar la victoria de la «Gran Revolución Socialista de Octubre». Esta última se celebra el siete de noviembre, y en ese día estábamos a ocho. La cámara se apartó de la fila de tanques que se deslizaba por delante de la tribuna y enfocó el mar de rostros que se apretujaban por encima del mausoleo de Lenin.

—Más despacio —dijo McCready.

El técnico que se encontraba a su lado apretó un botón en el tablero de control y las imágenes de los primeros planos empezaron a pasar con más lentitud. Aquel «imperio del mal» del presidente Reagan (él utilizaría esa expresión más adelante) se asemejaba mucho más a un sanatorio para ancianos decrepitos. Azotados por el aire gélido, los envejecidos y abotargados rostros desaparecían prácticamente tras los cuellos de sus abrigos, los cuales, al llevarlos tan levantados, se juntaban con los grises sombreros de paño o los pardos gorros de piel con los que se cubrían.

El propio secretario general no se encontraba allí. En esos momentos Yuri V. Andropov, director de la KGB de 1963 a 1978, que había llegado al poder a finales de 1982, a raíz de la muerte, demasiado retrasada por lo demás, de Leonid Breznev, se estaba muriendo, muy poco a poco, en la clínica que el Politburó tenía en Kuntsevo. No había sido visto en público desde el anterior mes de agosto, y nunca más volverían a verle.

Chernenko (que sucedería a Andropov a los pocos meses) se encontraba allí, con Gromyko, Kirilenko, Tijonov y ese teórico del Partido de rostro enjuto llamado Suslov. El ministro de Defensa, Ustinov, se encontraba embozado en su gabán de mariscal, con el pecho abarrotado de medallas, al menos las

suficientes como para servirle de parabrisas desde la barbilla hasta la cintura. Había también unos pocos lo bastante jóvenes como para ser competentes: Grishin, jefe del Partido en Moscú, y Romanov, jefe de la organización de Leningrado. A un lado se encontraba el más joven de todos, una persona que casi parecía un intruso, un hombre fornido y regordete llamado Gorbachov.

La cámara se acercó para enfocar al grupo de oficiales que rodeaba al mariscal Ustinov.

—¡Alto! —ordenó McCready.

La imagen se quedó congelada en la pantalla.

—A ése —insistió—, al tercero contando por la izquierda. ¿Puedes agrandarlo?, ¿traerlo más cerca?

El técnico se quedó mirando el tablero de mandos y manipuló las teclas con sumo cuidado. El grupo de oficiales se aproximó más y más. Algunos sobrepasaron el punto focal y quedaron borrosos. La persona a la que McCready había señalado se estaba desplazando demasiado hacia la derecha. El técnico regresó tres o cuatro cuadros hasta que la tuvo centrada y la aproximó más. El oficial quedaba medio oculto por la gran figura de un general de las fuerzas especiales de cohetes estratégicos; pero fue el bigote, tan poco común entre los oficiales soviéticos, lo que le identificó. Las charreteras de su gabán indicaban que era *general de División*.

—¡Dios bendito! —exclamó McCready en un susurro—. Lo ha conseguido. Se encuentra allí. —Volvió el rostro hacia el impassible técnico. Y añadió—: Dime, Jimmy, ¿cómo demonios hacemos para conseguir un bloque de apartamentos en California?

—Pues bien, la respuesta más breve a tu pregunta, mi querido Sam —dijo Timothy Edwards dos días después—, es que no podemos. Es imposible. Sé que resulta duro, pero he presentado el asunto ante el Jefe y ante los chicos de finanzas, y resulta que ese tipo es demasiado rico para nosotros.

—Pero su mercancía es de un valor incalculable, no tiene precio —protestó McCready—. Ese hombre vale su peso en oro. Más incluso. Es una mina de platino puro.

—Eso no se discute —replicó Edwards en tono afable. Era unos diez años más joven que McCready, una persona acostumbrada a volar muy alto, con un distinguido rango académico y una saludable fortuna privada. Apenas había sobrepasado los treinta años y ya era asistente del jefe del SIS. Casi todos los hombres de su edad se hubieran dado con un canto en los dientes si hubiesen podido encargarse de la

jefatura de alguna dependencia extranjera, dirigiesen algún Departamento o alcanzasen el grado de agente. Y Edwards se encontraba justo debajo del último peldaño, tocando techo como quien dice.

—Mira —prosiguió—, el Jefe ha estado en Washington. Hizo alusión a tu hombre, precisamente en lo que concierne a su posible promoción. Nuestros primos siempre han recibido la mercancía del coronel ruso desde que tú lo contrataste. Y se han regocijado mucho al recibirla. Y ahora, según parece, serían enteramente felices si pudiesen encargarse del hombre, incluyendo lo que cuesta y todo lo demás.

—Es una persona muy quisquillosa, difícil de tratar. Me conoce. No querrá trabajar para nadie más.

—Dejemos eso, Sam. Has sido el primero en reconocer que no es más que un mercenario. Irá donde esté el dinero. Y nosotros recibiremos la mercancía de todas formas. Tienes que darte cuenta que, en el fondo, es un modo agradable de traspasar privilegios.

Edwards hizo una pausa y le dirigió la más encantadora de sus sonrisas.

—Por cierto —prosiguió—, el Jefe quiere verte. Mañana por la mañana, a las diez. No creo que esté sobrepasando mis competencias si te digo que piensa en un nuevo puesto. Un escalafón más arriba. Afrontemos la situación tal como es. A veces, las cosas evolucionan por sí mismas hacia la mejor solución posible. Con Pankratin de vuelta en Moscú sería mucho más difícil para ti acceder a su persona, y ya has cubierto la zona de Alemania Oriental durante muchísimo tiempo. Los Primos están preparados para hacerse cargo de ese caso, y tú tendrás un ascenso bien merecido. La dirección de un Departamento, probablemente.

—Yo soy un hombre de acción —replicó McCready.

—¿Por qué no esperas a oír lo que el Jefe tiene que decirte? —sugirió Edwards.

Veinticuatro horas después, Sam McCready era nombrado director de En-ocu y Op-psi. La CÍA se encargó de supervisar y pagar al general Yevgeni Pankratin.

Julio de 1985

Hacía mucho calor en Colonia ese verano. Los que podían permitírselo habían enviado a sus esposas y a sus hijos a los

lagos, a las montañas y a los bosques o a sus villas en las costas mediterráneas, con la intención de reunirse con ellos algo más tarde. Bruno Morenz no disponía de una casa de veraneo. Estaba encadenado a su trabajo. No tenía un sueldo en modo alguno elevado, así como tampoco sería fácil que se lo aumentasen, y al faltarle sólo tres años para acogerse a la jubilación a los cincuenta y cinco, era muy improbable que le concediesen un ascenso dentro de ese plazo.

Bruno se encontraba sentado en la terraza de una cafetería, con el nudo de la corbata flojo y la chaqueta colgada del respaldo del asiento, mientras saboreaba una gran jarra de cerveza de barril. Nadie le dirigía ni una sola mirada al pasar. Había prescindido de su traje de invierno de paño, para otorgar su preferencia a un traje de algodón con rayas en relieve, que se veía mucho más deforme, si es que esto es posible. Se sentaba encorvado sobre la jarra, y, de vez en cuando, se llevaba la mano a la cabeza y se alisaba alguno de los mechones de su espesa cabellera gris hasta que lograba domarlos. No era un hombre vanidoso en lo que atañía a su apariencia personal, pues, de lo contrario, se hubiera preocupado de pasarse de vez en cuando un peine por los cabellos, se hubiera afeitado más a menudo, usado un agua de colonia decente (a fin de cuentas vivía en la ciudad que la inventó) y se hubiera mandado hacer un traje elegante y bien ajustado. Habría tirado a la basura esas camisas con los puños visiblemente raídos y hubiera enderezado los hombros. Entonces su apariencia sería la de una persona con autoridad. Pero Bruno desconocía la vanidad personal.

De todos modos, tenía sus sueños; mejor dicho, había tenido sus sueños. En cierta ocasión, hacía ya mucho tiempo. Y no se habían cumplido. A los cincuenta y dos años, casado y padre de dos hijos ya mayores, Bruno Morenz contemplaba, con expresión melancólica, a los transeúntes que pasaban por la acera. De haber conocido el término, se habría dado cuenta de que sufría de eso que los alemanes denominan *Torschlusspanik*. Ésta es una palabra que no existe en ningún otro idioma, y que expresa el miedo a no tener más oportunidades en la vida, a seguir siendo una solterona para siempre o a quedarse a la luna de Valencia, y que significa, literalmente, «pánico ante las puertas cerradas».

Detrás de la fachada que ese hombre tan extraordinariamente amable ofrecía, que realizaba su trabajo con toda honradez, recibía su modesto salario todos los fines de mes y volvía todas las noches a refugiarse en el seno de su

familia, Bruno Morenz era, en realidad, una persona muy desdichada.

Se encontraba encadenado en un matrimonio carente de amor con Irmtraut, una mujer de una imbecilidad bovina, contornos semejantes a los de una patata y que, con el transcurso de los años, había dejado de quejarse de lo bajo que era el salario del marido y de la incapacidad de éste para hacer carrera. En cuanto al empleo de Bruno, sólo sabía que trabajaba para una de esas organizaciones gubernamentales que tienen algo que ver con la Administración, sin que mostrase el más mínimo interés por informarse de algo más al respecto. Si el aspecto de Bruno era descuidado, llevaba los puños de las camisas raídos y los trajes llenos de bolsas y arrugas se debía, en parte, a que Irmtraut había dejado de preocuparse por su ropa. La mujer mantenía más o menos limpio y ordenado el pequeño apartamento que tenían en una prosaica calle del barrio de Porz y servía la cena unos diez minutos después de que él entrara en su casa, semicongelada si su marido se retrasaba.

Su hija Ute se había distanciado de los dos en cuanto hubo terminado sus estudios en el instituto, aduciendo para ello diversas razones de índole política y de tendencia izquierdista (el padre había tenido que someterse a una investigación sobre su persona por parte de los Servicios de Seguridad del Estado debido a las ideas políticas de Ute), y fue a vivir a una especie de madriguera en Dusseldorf con varios hippies que aporreaban la guitarra. Bruno jamás pudo averiguar con cuál de ellos estaba. Su hijo Lutz todavía seguía viviendo en la casa, donde siempre se le podía encontrar tumbado delante del equipo de televisión. Un mozalbete con el rostro plagado de espinillas, al que habían cateado en todos los exámenes a los que se había presentado y que ahora rechazaba todo tipo de educación, así como a ese mundo estúpido que tanta importancia concedía a los estudios. Por ello prefería adoptar la moda *Punk* en el cabello y en el vestir como expresión de su protesta en contra de la sociedad, guardándose mucho de caer en la tentación de aceptar cualquier tipo de empleo que la sociedad tuviera preparado con la intención de ofrecérselo.

Bruno lo había intentado en la vida; en verdad se había esforzado por lograr algo, dando lo mejor de sí mismo, sin tapujos. Había trabajado duro, pagado sus impuestos, mantenido a su familia lo mejor que podía y no había gozado de grandes distracciones a lo largo de su existencia. Al cabo de tres

años, treinta y seis meses exactamente, se jubilaría. Celebrarían una fiestecita en la oficina, Aust pronunciaría un discurso, chocarían luego las copas llenas de champán, y él se iría. ¿Para hacer qué? Tendría su pensión y los ahorros de su «otro trabajo», ahorros que había ido acumulando con sumo cuidado en una gran variedad de cuentas, entre medianas y pequeñas, que tenía repartidas por toda Alemania bajo un gran número de seudónimos distintos. En esas cuentas tenía el dinero suficiente, más de lo que nadie podría imaginarse o sospechar siquiera, para comprarse una casa a la que retirarse y para poder hacer lo que *realmente* quería...

Y es que detrás de su amable fachada, Bruno Morenz era también una persona extraordinariamente reservada. Jamás había hablado con Aust ni con cualquier otra persona del Servicio Secreto acerca de su «otro trabajo»; en todo caso, eso estaba prohibido y conduciría al despido instantáneo. Y jamás había hablado con Irmtraut de *ninguno* de sus trabajos, así como tampoco le había contado nada de sus ocultas economías. Sin embargo, ése no era el problema real, tal como él lo veía.

Su problema real era que deseaba sentirse libre. Quería comenzar de nuevo, y como si el destino le hubiese enviado una señal, sabía de qué forma podía hacerlo. Y es que Bruno Morenz, bien entrado en su madurez, se había enamorado, de una manera loca, de la cabeza a los pies. Y lo bueno de todo ese asunto era que Renate, la jovencísima y sorprendentemente cariñosa Renate, sentía el mismo loco amor por él.

Y en aquella tarde de verano, allí, en aquel café, Bruno puso al fin en orden sus ideas. Lo haría. Le contaría que tenía la intención de abandonar a Irmtraut, tras dejarle lo suficiente para vivir, y acogerse a la jubilación anticipada; así se libraría del trabajo y se la llevaría para que viviese una nueva vida a su lado, en una casa de ensueño que tendrían en la región del norte donde él había nacido, junto a la costa.

El problema real de Bruno Morenz, tal como él *no* lo veía, era que no se estaba encaminando hacia una de esas crisis de la mediana edad, sino que ya estaba metido hasta el cuello en una crisis de dimensiones catastróficas. Pero como él no lo advertía, y era un disimulador profesional, no había nadie que se hubiera dado cuenta.

Renate Heimendorf medía algo más de un metro setenta de estatura, tenía veintiséis años, el cabello castaño y era guapa y bien proporcionada. Cuando contaba dieciocho años se había

convertido en la amante y el juguete de un acaudalado hombre de negocios que le triplicaba la edad, una relación que había durado cerca de cinco años. Cuando el hombre cayó muerto de repente a causa de un ataque cardíaco, provocado, quizá, por un exceso en la comida, en la bebida, en los habanos y en Renate, resultó que había pasado por alto, de una forma desconsiderada, la necesidad de preocuparse por el futuro de Renate recordándola en su testamento, descuido este que su vengativa esposa no estuvo dispuesta a rectificar.

La chica se las ingenió para saquear el nido de amor que habían tenido en común y que tan ricamente amueblado estaba. Con esto, y con el producto de la venta de las joyas y las baratijas que el otro le había ido regalando durante esos años, logró reunir, después de la liquidación total, una cantidad de dinero bastante respetable.

De todos modos, esa suma no fue lo bastante grande como para que pudiera retirarse a vivir de rentas; ni para que pudiera permitirse el lujo de continuar el ritmo de vida al que se había acostumbrado; tampoco tenía la intención de solicitar un trabajo de secretaria por el que recibiría un miserable salario. Entonces decidió dedicarse a los negocios. Experta en el arte de despertar, con esfuerzo y paciencia, la excitación sexual de un hombre ya mayor, entrado en carnes y no desprovisto de achaques, llegó a la conclusión de que ahí estaba realmente lo único que podía hacer.

Se compró a muy largos plazos un apartamento en el tranquilo y respetable Hahnwald, un distinguido barrio de las afueras de Colonia, en el que abundaban los parques y los árboles. Los edificios de esa zona, en la que predominaban la piedra y el ladrillo, se caracterizaban por su magnífica y sólida construcción, y, en algunos casos, habían sido convertidos en bloques de apartamentos, precisamente como la casa en la que vivía y trabajaba. Se trataba de una edificación de piedra, de cuatro plantas, con un apartamento en cada una. El suyo se encontraba en la primera. Después de mudarse llevó a cabo ciertas mejoras.

El piso tenía sala de estar, cocina, cuarto de baño, dos dormitorios, vestíbulo y un pasillo. La sala de estar se encontraba a la izquierda del vestíbulo, junto a la cocina. Al otro lado, a la izquierda del pasillo que se extendía a la derecha desde la sala de estar, estaban uno de los dormitorios y el cuarto de baño. El dormitorio grande se hallaba al final del pasillo, por lo que el cuarto de baño se encontraba entre las dos

habitaciones. Justo al lado de la puerta del dormitorio grande, empotrado en la pared izquierda, había un armario de dos metros de ancho, que tomaba su espacio del cuarto de baño.

Renate dormía en el dormitorio pequeño y usaba el grande como cuarto de trabajo. Aparte el armario empotrado en la pared del pasillo, sus mejoras estructurales habían consistido, entre otras cosas, en la insonorización del dormitorio principal, con gruesas planchas de corcho que tapizaban el interior de las paredes, las cuales habían sido cubiertas con papel y decoradas de tal manera que no se notase la presencia del material aislante. A esto había que añadir los cristales dobles de las ventanas y un grueso revestimiento almohadillado en la parte interior de la puerta. Pocos eran los sonidos del dormitorio que pudiesen atravesar las barreras y salir al exterior para alarmar al vecindario, que era, precisamente, lo que ella quería evitar. Aquel aposento, con su decoración y sus complementos tan poco habituales, se mantenía siempre cerrado.

El armario del pasillo contenía sólo la ropa de invierno normal y los impermeables. En otros armarios que había en el cuarto de trabajo había un amplio e impresionante surtido de lencería, así como gran variedad de trajes y de prendas que permitían a Renate vestirse de escolar, criada, novia, camarera, institutriz, ama de llaves, maestra de escuela, azafata, policía, chica perteneciente a la Asociación Nazi, guarda forestal o jefa de exploradores, todo esto junto con las prendas y los accesorios usuales de cuero y de plástico, entre los que se contaban las botas que llegaban hasta el muslo, las gorras y las máscaras.

En una cómoda guardaba un surtido más reducido de ropas para los clientes que no llevaban nada consigo, tal como trajes de boy-scout, escolar o esclavo romano. Amontonados en un rincón se encontraban los instrumentos de tortura, látigos, palos..., y en un baúl guardaba cadenas, grillos, guanteletes y correas, todo lo que se necesitaba para las escenas de la esclavitud y de castigo.

Renate era una buena puta; tenía éxito, en todo caso. Muchos de sus clientes volvían con regularidad. Actriz en buena parte —y todas las putas tienen que ser algo actrices, aun cuando rara vez se dé el caso contrario—, podía meterse dentro de las fantasías anheladas por su cliente, poniendo una convicción total en ello. Sin embargo, una zona de su mente permanecía siempre aparte, indiferente a todo, dedicada a observar, registrar, despreciar. Nada de lo que se veía obligada

a hacer en su trabajo la afectaba; en todo caso, sus gustos personales eran *muy* diferentes.

Había estado metida en esa profesión durante tres años, y tenía la intención de retirarse pasados otros dos. Entonces dedicaría una temporada a limpiarse del pasado y luego viviría de sus ahorros, rodeada de lujo, en algún lugar que se encontrase muy lejos de allí.

Aquella tarde sonó la campanilla de la puerta de su apartamento. Renate solía levantarse tarde, por lo que todavía llevaba puesto el salto de cama y la bata de andar por casa. La joven frunció el entrecejo; un cliente la visitaría sólo si había acordado una cita previa. Una mirada a través de la mirilla óptica en la puerta de entrada le reveló, como si estuviese dentro de una pecera redonda, la presencia de los desgredados cabellos grises de Bruno Morenz, su acompañante del Ministerio de Asuntos Exteriores. Renate dio un profundo suspiro, puso una sonrisa de extasiada bienvenida en su bello rostro y abrió la puerta.

—Bruno, caaaariñito...

Dos días después, Edwards llevaba a Sam McCready a comer al «Brook's Club», en Saint James, en Londres. De entre los diversos clubes para caballeros de los que era Edwards miembro, el «Brook's Club» era su favorito para almorzar. Allí siempre había grandes posibilidades de poder intercambiar unas breves y corteses palabras con Robert Armstrong, el secretario del Consejo de Ministros, quizás uno de los hombres más influyentes de todo el Reino Unido, y, en todo caso, el presidente de los *cinco hombres sabios*, los cuales elegirían un buen día al nuevo jefe del SIS, que después presentarían a Margaret Thatcher para que ésta diese su aprobación.

El café lo tomaron arriba, en la biblioteca, bajo los retratos de ese grupo de pisaverdes y petimetres de la época de la Regencia, los Diletantes. Entonces Edwards abordó un tema concreto.

—Como te he dicho abajo, Sam, todos están muy complacidos, verdaderamente complacidos. Pero nos encontramos ante el advenimiento de una nueva era, Sam. Una era cuyo *leitmotiv* podríamos expresar con la frase «según las reglas». El hecho de infringir las reglas, una de esas cosas tan típicas en el viejo modo de hacer las cosas, es algo que debería estar..., ¿cómo podría decirlo...?, vedado.

—Vedado es una expresión muy buena —asintió Sam.

—Perfecto. Pues bien, una rápida ojeada por los archivos nos demuestra que uno siempre tiende a retener en la memoria, admitamos que sobre una base adecuada, los nombres de ciertas personas importantes cuya utilidad pertenece al pasado. Viejos amigos, quizás. Ello no es problema, a menos de que se encuentren en una posición delicada... A menos de que el hecho de ser descubiertos por aquellos que los emplearon pueda ocasionar a la Firma problemas reales...

—¿Como cuáles? —preguntó McCready.

Ése era el eterno inconveniente de los expedientes y de las hojas de servicio, que siempre estaban en alguna parte, guardadas en los archivos. Tan pronto como uno pagaba a alguien para que hiciese alguna diligencia, un expediente de pago quedaba registrado.

Edwards optó al fin por echar a un lado sus ambiguas insinuaciones.

—*El Duendecillo*, Sam, no sé cómo ha podido pasarse eso por alto durante tanto tiempo. Y ese *Duendecillo* es un funcionario a tiempo completo del BND. Se armaría la de Dios es Cristo si los de Pullach llegasen a descubrir que tienes pluriempleado a ese hombre. Eso va en contra de todas las reglas. Nosotros no, repito, no *mantenemos* empleados de otras Agencias amigas. Eso es algo completamente inadmisibile. Tienes que desembarazarte de él, Sam. Corta esa nómina de servicios. De inmediato.

—Es un compañero —arguyó McCready—, juntos hemos recorrido un largo camino, que se remonta hasta lo del Muro de Berlín. Nos ayudó mucho entonces, realizó trabajos muy peligrosos para nosotros, precisamente cuando necesitábamos a gente como él. Nos cogieron por sorpresa, no teníamos gente, o, al menos, no el número suficiente de personas que pudieran, o quisieran, cruzar tal como lo hacía él.

—Esto no es negociable, Sam.

—Confío en él. El confía en mí. Nunca me dejaría caer. Ese tipo de cosas no se compran. Y cuesta muchos años. Una pequeña asignación es un precio muy bajo.

Edwards se puso de pie, se sacó un pañuelo de la manga y se enjugó el oporto de los labios.

—Desembarázate de él, Sam. Me temo que he de convertir esto en una orden. *El Duendecillo* tiene que desaparecer.

A finales de esa misma semana, la comandante Ludmilla Vanavskaya dio un bostezo, se desperezó y se reclinó contra el

respaldo de su silla. Estaba cansada. Había sido una larga jornada de trabajo. Echó mano de su paquete de «Marlboro» fabricado en la Unión Soviética, advirtió que tenía el cenicero abarrotado de colillas y apretó el timbre que estaba sobre el escritorio.

De la antesala entró un joven cabo. La comandante no le hizo caso alguno y se limitó a señalarle con el dedo el cenicero.

El cabo se apoderó de él al instante, salió de la oficina, para regresar pocos segundos después con el cenicero limpio. La comandante saludó con la cabeza. El cabo salió de nuevo y cerró la puerta a sus espaldas.

No había habido el menor intercambio de palabras, por no hablar ya de bromas. La comandante Vanavskaya lograba siempre intimidar a la gente. En años pasados, algunos mozos atrevidos se habían fijado en la brillante melena rubia, que flotaba por encima de la delgada camiseta reglamentaria y de la fina falda gris, y habían tratado de probar fortuna. Pero no hubo nada que hacer. A los veinticinco años se casó con un coronel, una hábil maniobra para hacer carrera, y tres años después se divorció de él. La carrera de su ex marido se estancó, la suya arrancó con ímpetu. A los treinta y cinco años ya no llevaba uniforme, vestía blusa blanca con un severo traje gris oscuro, hecho a medida, con el cabello recogido en la nuca en una pequeña coleta que le caía por la espalda.

Algunos pensaban aún en llevársela a la cama, hasta que debían ponerse a salvo de aquellos ojos azules, fríos como el hielo. En la KGB, que no es una organización de liberales, la comandante Vanavskaya tenía la reputación de fanática. Y los fanáticos amedrentan.

El fanatismo de la comandante se concentraba en su trabajo... y en los traidores. Mujer completamente entregada al comunismo, de una gran pureza ideológica a toda prueba, se había impuesto la misión de perseguir a los traidores, a quienes odiaba con frío apasionamiento. Por medio de artimañas había logrado que la trasladasen desde el Segundo Directorio, donde los objetivos eran el ocasional poeta sedicioso o el obrero inconformista, al independiente Tercer Directorio, llamado también Directorio de las Fuerzas Armadas. En él, los traidores, en el caso de que los hubiera, serían personas de alto rango, más peligrosas, merecedoras de su odio y dignas de enfrentarse a su temple.

El traslado al Tercer Directorio, asunto que su esposo el coronel arregló durante los últimos días de su matrimonio,

cuando el hombre trataba desesperadamente de complacerla por todos los medios, la había llevado a ese anónimo edificio de oficinas situado en la Sadovaya Spasskaya, una de las carreteras de circunvalación moscovitas, y a ese despacho, así como a la carpeta que tenía abierta ante ella.

Dos años de trabajo había invertido en esa carpeta, habiéndose visto obligada a sacar tiempo de entre sus muchas otras obligaciones, hasta que sus superiores empezaron a creerla. Dos años de comparaciones, comprobaciones y verificaciones, suplicando la ayuda de los otros departamentos, en lucha continua contra la ceguera y la obcecación de esos hijos de puta del Ejército, siempre dispuestos a taparse los unos a los otros. Dos años dedicados a correlacionar fragmentos de información minúsculos hasta que, poco a poco, un cuadro empezó a surgir de ellos.

El trabajo de la comandante Ludmilla Vanavskaya, y su vocación, consistía en perseguir y atrapar a los negligentes, a los elementos subversivos, o, en ocasiones, también a algún que otro traidor declarado en el seno del Ejército, de la Armada o de las Fuerzas Aéreas. La pérdida de equipos valiosos propiedad del Estado, por culpa de la negligencia, era bastante malo en sí; la falta de tesón en la persecución de los rebeldes afganos, era algo mucho peor, pero la historia que le contaba la carpeta que tenía sobre su escritorio era algo diferente. La comandante estaba convencida de que en alguna parte del Ejército había una filtración deliberada. Y el responsable de ella ocupaba una posición elevada, endemoniadamente elevada.

Había una lista con ocho nombres en el folio que tenía sobre las demás hojas que llenaban la carpeta abierta ante sus ojos. Cinco de ellos habían sido tachados ya. En dos había unos signos de interrogación. Pero su mirada volvía una y otra vez al octavo. Descolgó el teléfono y pidió un número, en el que la atendió otro comandante, el secretario del general Chaliapin, jefe del Tercer Directorio.

—Sí, comandante. ¿Una entrevista personal? ¿No desea hablar con ninguna otra persona? Entiendo... El problema es que el camarada general se encuentra en el Lejano Oriente... No hasta el próximo martes. De acuerdo entonces, hasta el martes que viene.

La comandante Vanavskaya colgó el auricular y frunció el entrecejo. Cuatro días. Bueno, si había esperado dos años, bien podía esperar cuatro días más.

—Creo que ya puedo finiquitar el negocio —decía Bruno a Renate con infantil complacencia, en la mañana del domingo siguiente—. Tengo lo suficiente como para adquirir la propiedad y algo más para decorarlo y equiparlo. Es un pequeño y maravilloso bar.

Ambos estaban en la cama en el dormitorio privado de Renate. Éste era un favor que ella le concedía a veces, ya que Bruno detestaba el dormitorio de «trabajo» tanto como odiaba la ocupación de la joven.

—Cuéntamelo de nuevo —rogó Renate con voz melosa—. Me gusta oírlo.

Bruno sonrió. Lo había visto una sola vez, pero se había quedado prendado de él. Era lo que siempre había deseado, y en el sitio donde lo había deseado, al lado del mar abierto, donde los impetuosos vientos del Norte mantendrían el aire fresco y tonificante. Frío en el invierno, por supuesto, pero haría instalar calefacción central.

—De acuerdo. Se llama «Bar de la Linterna», y su emblema es un viejo farol mariner. Está situado frente al desembarcadero, a la derecha del muelle de Bremerhaven. A través de las ventanas del piso de arriba puedes divisar hasta la isla de Mesllum; si las cosas nos van bien, podríamos conseguir un bote de vela y navegar hasta allí en verano.

»Es una taberna estilo antiguo, con decoraciones de cobre y una preciosa barra, tras la que nos colocaremos para servir bebidas, y tiene un precioso y cómodo apartamento en el piso de arriba. No es tan grande como éste, pero resultará muy confortable una vez que lo hayamos arreglado. Ya he acordado el precio y he pagado el depósito. Habré terminado de pagarlo para finales de septiembre. Entonces podré alejarte de todo esto.

La chica se retorció de risa en la cama, soltando alegres y sonoras carcajadas.

—No puedo esperar, amor mío. Será una vida maravillosa. ¿Quieres intentarlo de nuevo? Quizá funcione esta vez.

Si Renate hubiese sido una persona diferente, hubiera procurado desilusionar poco a poco a ese hombre mayor, explicándole que no tenía la más mínima intención de permitir que nadie la alejase de «todo eso», y mucho menos para ir a parar a un muelle sombrío, azotado por los vientos, en la dársena de Bremerhaven. Pero le divertía postergar el momento de la decepción de Bruno, para que sus futuros padecimientos fuesen incluso mayores.

Una hora después de que esa conversación tuviese lugar en Colonia, un «Jaguar» negro, que avanzaba a toda velocidad por la Autopista M3, tomaba una desviación y se metía por las tranquilas carreteras comarcales de Hampshire, no muy lejos del pequeño pueblo de Dummer. Era el automóvil personal de Timothy Edwards, y lo conducía el chófer que el Servicio Secreto le había asignado. En el asiento de atrás se encontraba Sam McCready, al que habían arrancado de sus habituales placeres dominicales en el apartamento que tenía en Abingdon Villas, al oeste de Londres, cuando recibió la llamada telefónica del asistente jefe.

—Mucho me temo que no hay otra alternativa, Sam. Es muy urgente.

Cuando recibió la llamada, se encontraba disfrutando de un prolongado baño caliente, con el agua hasta el cuello como a él le gustaba, mientras escuchaba a Vivaldi, y con los periódicos dominicales esparcidos por todo el suelo de la sala de estar. Tuvo el tiempo justo de ponerse a toda prisa una camisa deportiva y unos pantalones de pana y de echarse una chaqueta por encima antes de que John llamase a la puerta. Había ido a recoger el «Jaguar» del estacionamiento de vehículos oficial.

El coche se metió por un caminillo de grava de acceso a una mansión rural de estilo georgiano y se detuvo ante la fachada principal. John se apresuró a descender del automóvil para ir a abrirle la portezuela a Sam, pero éste se lo impidió. Sam McCready odiaba ser tratado con zalamerías.

—Me encargaron que le dijera que estarían en la parte de atrás de la casa, señor, en la terraza —le comunicó John.

McCready examinó la mansión. Hacía unos diez años, Timothy Edwards había contraído matrimonio con la hija de un duque, el cual fue lo bastante considerado como para estirar la pata a comienzos de su edad madura y dejar a sus dos herederos, el nuevo duque y Lady Margaret, extensas tierras y una cuantiosa fortuna. Lady Margaret recibió unos tres millones de libras esterlinas. McCready calculó que la mitad de aquella suma tendría que estar invertida ahora en ese magnífico palacete de la heredad de Hampshire. Rodeó la casa y se encaminó hacia las columnas del patio de la parte posterior.

Había cuatro sillas de mimbre puestas en círculo; tres de ellas, ocupadas. A un lado, en una mesa de hierro blanca, el almuerzo estaba servido para tres. No cabía duda de que Lady Margaret se encontraría dentro de la casa. Nadie comía. No se

hubiesen atrevido a hacerlo. Los dos hombres sentados en las sillas de mimbre se pusieron de pie.

—¡Oh, Sam, qué alegría que hayas podido venir! —exclamó Edwards.

«Esto es realmente pasarse —pensó McCready—, no me ha dejado otra maldita alternativa.»

Edwards se quedó mirando a McCready y se preguntó, no por primera vez, por qué ese compañero de trabajo de tan extraordinaria inteligencia, insistía en acudir a la fiesta que se daba en una mansión rural de Hampshire —aunque no tuviera la intención de quedarse mucho tiempo—, vestido como si fuese el jardinero. Edwards, por su parte, calzaba unos relucientes zapatos, vestía unos impecables pantalones color canela de raya perfecta, una camisa de seda y un pañuelo anudado al cuello.

McCready, a su vez, también se le quedó mirando, y se preguntó por qué Edwards insistía siempre en llevar escondido un pañuelo dentro de su manga izquierda. Ésta era una costumbre del Ejército y que había surgido en los regimientos de Caballería debido a que sus oficiales llevaban unos calzones tan ajustados que el bulto de un pañuelo en el bolsillo podría haber causado en las damas la impresión de que se habían acicalado demasiado. Sin embargo, Edwards nunca había estado en la Caballería, ni en ningún otro regimiento. Había llegado de Oxford al Servicio Secreto.

—No creo que conozcas a Chris Appleyard —dijo Edwards cuando un estadounidense de elevada estatura tendía su mano a McCready.

El hombre tenía el aspecto correoso de un vaquero tejano.

En realidad había nacido en Boston. El aspecto correoso le venía de los cigarrillos «Camel» que se fumaba encadenados. Su rostro no estaba bronceado por el sol, sino que tenía una tonalidad algo extraña.

«Así que por eso están comiendo aquí afuera —reflexionó Sam—. A Edwards no le gustaría ver sus Canalettos recubiertos de nicotina.»

—Me temo que no —dijo Appleyard—. Es un placer saludarte, Sam. Estoy enterado de tu reputación.

McCready sabía quién era el otro, por el nombre y por fotografías; subdirector de la División europea de la CÍA. La mujer que ocupaba la tercera silla se inclinó hacia delante y le tendió la mano.

—¡Hola, Sam! ¿Qué tal te encuentras últimamente?

Claudia Stuart todavía era, a sus cuarenta años, una mujer extraordinariamente atractiva. Mantuvo la mirada y la mano de Sam un poco más de tiempo de lo que hubiese sido necesario.

—Muy bien, Claudia, gracias. Estupendamente.

Los ojos de la mujer le dijeron que no le creía. A ninguna mujer le agrada pensar que el hombre con el que en cierta ocasión compartió su cama ha podido recobrase de tal experiencia.

Algunos años antes, en Berlín, habían tenido una relación corta pero ardiente. Ella estaba en las oficinas de la CÍA en Berlín Occidental; él había ido de visita. Sam jamás le habló de su misión allí. En aquel tiempo estaba dedicado a la tarea de reclutar al entonces coronel Pankratin. Eso Claudia lo supo mucho después. Ella se hizo cargo del general.

A Edwards no le había pasado por alto ese lenguaje corporal. Se preguntó qué habría detrás de todo eso, y se planteó la hipótesis correcta. Nunca dejaba de admirarle el hecho de que Sam gustase a las mujeres. Era tan... desaliñado. Se decía que algunas de las chicas de la Century House se hubieran sentido felices si hubiesen podido arreglarle la corbata, cosido un botón o hecho algunas otras cosas más por él. Edwards encontraba todo eso inexplicable.

—Siento mucho lo de May —dijo Claudia.

—Gracias —contestó McCready.

May. Su esposa. Hacía tres años que había muerto. May, que se había quedado esperando todas aquellas largas noches durante los primeros días, que siempre se encontraba en casa cuando él volvía de una incursión al otro lado del Telón, que jamás le preguntó, y jamás se quejó. La arteriosclerosis múltiple puede actuar con rapidez o con lentitud. En May actuó rápidamente. En un año se encontró atada a una silla de ruedas; dos años después había muerto. Desde entonces, Sam había vivido solo en el apartamento de Kensington. Gracias a Dios que su hijo se encontraba a la sazón en el colegio y fue llamado con el tiempo justo para poder asistir a los funerales. No tuvo que presenciar los sufrimientos de su madre ni la desesperación de su padre.

El mayordomo —McCready pensó que debía de ser un mayordomo— se presentó con unas copas de champán en una bandeja. McCready enarcó una ceja. Edwards susurró algo al oído del criado; y éste salió y volvió al poco rato con una jarra de cerveza. McCready dio unos sorbos y la saboreó. Los demás se le quedaron mirando. Cerveza ligera dorada. Una marca

conocida. Producto extranjero. McCready dio un suspiro. Hubiese preferido la típica cerveza británica, espesa y amarga, servida a temperatura ambiente, aromatizada con las maltas escocesas y el lúpulo del Condado de Kent.

—Tenemos un problema, Sam —dijo Appleyard—. Claudia te lo contará.

—Se trata de Pankratin —comenzó ella—. ¿Te acuerdas de él?

McCready se quedó contemplando su cerveza y asintió con la cabeza.

—En Moscú hemos mantenido el contacto con él casi con cuentagotas. Siempre a una prudente distancia. Y muy escasos contactos personales. Hemos recibido una mercancía fantástica, y a unos precios bastante razonables. Pero apenas ha habido encuentros personales. Y ahora nos ha venido un mensaje. Un mensaje urgente.

Se produjo un silencio embarazoso. McCready alzó la mirada y miró a Claudia con atención.

—Dice que ha conseguido una copia no registrada del *Manual de guerra del Ejército soviético*. Todo el orden de batalla. Para el conjunto del frente occidental. Queremos tenerlo, Sam; es muy urgente.

—Pues id a buscarlo —dijo él.

—Pero esta vez no quiere utilizar un buzón falso. Aduce que el paquete es demasiado voluminoso. No lo cree conveniente. Resultaría demasiado llamativo. Quiere entregárselo sólo a alguien que conozca y en quien confíe plenamente. Desea que seas tú.

—¿En Moscú?

—No, en Alemania Oriental. Muy pronto hará una gira de inspección por allí que durará una semana. Quiere efectuar la entrega en una zona muy al sur de Turingia, cerca de la frontera con Baviera. Su gira le llevará por el Sur y por el Oeste, a través de Cottbus, Dresde, Kart-Marx-Stadt, Gera y Erfurt. Después regresará a Berlín, el miércoles por la noche. Quiere que el encuentro tenga lugar el martes por la noche o el miércoles por la mañana. No conoce la zona. Desea usar algún apartadero. Por lo demás, lo ha planeado todo a la perfección, ya sabe cómo se escurrirá para acudir a la cita...

—Creo que debo indicar que Sam no puede ir de momento —dijo Edwards, interrumpiendo a Claudia—. Ya se lo he mencionado al Jefe, y éste se ha mostrado de acuerdo. Sam ha

sido condenado a muerte por la policía secreta de Alemania Oriental.

Claudia enarcó las cejas.

—Eso quiere decir, amor, que si me pescan de nuevo por allí, esta vez no habrá ningún amable intercambio de espías en la frontera.

—Lo interrogarán y lo fusilarán —añadió Edwards innecesariamente.

Appleyard dio un silbido.

—Pero muchacho, eso va en contra de todas las reglas —dijo—. Habrás hurgado a fondo en su avispero.

—Uno hace lo mejor que puede... —dijo Sam en tono melancólico—. Por cierto, si bien es verdad que yo no puedo ir, conozco a alguien que sí puede hacerlo. Timothy y yo estuvimos hablando de él la semana pasada cuando almorzamos en el club.

Edwards casi se asfixia con el trago de champán que tenía en la boca.

—¿*El Duendecillo*? —preguntó al recuperarse—. Pero si Pankratin dice que se entrevistará sólo con alguien a quien conozca.

—Conoce muy bien al *Duendecillo* —replicó Sam—. ¿Recuerdas que te conté cuánto me había ayudado en los primeros tiempos? Allá, por el ochenta y uno, cuando recluté al coronel, nuestro *Duendecillo* tuvo que encargarse de él y cuidarlo hasta que yo pude pasar. Hoy en día, el general siente un gran aprecio por *el Duendecillo*. Se acordará de él y le entregará el manual. Nuestro ruso no tiene un pelo de tonto.

Edwards se arregló el pañuelo que llevaba al cuello.

—Está bien, Sam —asintió—. Pero que sea la última vez.

—El asunto es muy peligroso y los riesgos muy grandes. Quiero una recompensa para nuestro amigo. Diez mil libras esterlinas.

—Concedidas —dijo Appleyard sin un titubeo; luego sacó de su bolsillo una hoja de papel y añadió—: Aquí están los detalles que Pankratin ha ideado para la forma en que se llevará a cabo el encuentro. Necesitamos dos lugares opcionales. El del encuentro y el de reserva por si el primero falla. ¿Puedes darnos a conocer en el plazo de veinticuatro horas los lugares de la carretera que hayas elegido? Nosotros se los comunicaremos.

—No puedo obligar al *Duendecillo* a que vaya —advirtió McCready—. Trabaja por su cuenta, no es un empleado mío.

—Trata de conseguirlo, Sam, por favor. Inténtalo —pidió Claudia.

Sam se puso en pie.

—Por cierto —dijo—, ese *martes*... ¿en qué semana cae?

—En ésta no, en la próxima —dijo Appleyard—. Dentro de ocho días.

—¡Dios mío! —murmuró McCready.

CAPÍTULO II

Lunes

Sam McCready se pasó casi todo el día estudiando mapas a gran escala y fotografías. Había vuelto a visitar a sus viejos amigos del Departamento de Alemania Oriental para pedirles unos favores. Ellos se mostraron muy celosos de su territorio, pero también complacientes —él tenía la autoridad—, y no eran tan tontos como para preguntar al director del Departamento de Engaño, Ocultación y Operaciones Psicológicas qué era lo que estaba buscando.

A eso de la media tarde, ya había localizado dos puntos que podrían servir para el caso. Uno de ellos era un apartadero resguardado de la carretera nacional siete de Alemania Oriental, la cual corre en dirección este-oeste, paralela a la Autopista E-40. Esa carretera angosta pasa a la izquierda de la ciudad industrial de Jena y se dirige a la localidad algo más rural de Weimar, para cruzar luego la llanura en dirección a Erfurt. El primer apartadero de emergencia que encontró fue justo al oeste de Jena. El segundo se hallaba en la misma carretera, pero a mitad de camino entre Weimar y Erfurt, ni a cinco kilómetros de distancia de la base soviética de Nohra.

Si el general ruso se encontraba en algún sitio entre Jena y Erfurt durante su gira de inspección en el martes y el miércoles de la otra semana, sólo tendría que hacer una pequeña carrera para trasladarse a cualquiera de los dos lugares de encuentro. A las cinco de la tarde, Sam McCready presentaba su proyecto a Claudia Stuart en la Embajada de Estados Unidos, situada en la plaza Grosvenor. Un mensaje cifrado partió en seguida para el Cuartel General de la CÍA en Langley, Virginia; allí dieron su aprobación y transmitieron el mensaje al contacto que Pankratin tenía asignado en Moscú. La información fue depositada en uno de esos buzones llamados «de destinatario único», detrás de un ladrillo suelto en el cementerio de Novodevichi, a primeras horas de la mañana del día siguiente. El general Pankratin la recogió, cuatro horas más tarde, cuando se dirigía, por su camino habitual, hacia el Ministerio.

Y ese mismo lunes, antes de caer la tarde, McCready envió un mensaje cifrado a la filial del SIS en Bonn, donde el hombre que lo leyó lo destruyó de inmediato, descolgó el teléfono y realizó una llamada local.

Bruno Morenz regresó ese día a su casa a las siete de la tarde. Estaba terminando de tomar la sopa cuando su mujer se acordó de algo.

—Tu dentista, el doctor Fischer, ha telefoneado.

Morenz alzó la cabeza y luego se quedó contemplando la bazofia congelada que tenía ante sí.

—Ajá.

—Dijo que necesitaba mirarte de nuevo el empaste. Mañana. Me preguntó si podrías estar a las seis en su consulta.

Dado el recado, la mujer volvió a ensimismarse en la contemplación del concurso televisivo de la tarde. Bruno hizo votos por que le hubiera transmitido el mensaje con toda exactitud. Su dentista no era el doctor Fischer. Y había dos bares en los que McCready podía desear verle. A uno le llamaban *consultorio*, el otro, *clínica*. Las seis quería decir la una en punto, a la hora del almuerzo.

Martes

McCready había pedido a su asistente, Denis Gaunt, que lo llevase en coche hasta el aeropuerto de Heathrow, donde pensaba coger el vuelo de madrugada para Colonia.

—Estaré de vuelta mañana por la noche —dijo—. Cuida del quiosco por mí.

En Colonia, con un maletín por todo equipaje, pasó rápidamente los controles de pasaporte y aduanas, cogió un taxi y pudo apearse ante el edificio del Palacio de la Ópera pocos segundos antes de las once. Durante hora y media estuvo deambulando por las calles. Primero había dado la vuelta a la manzana, luego había bajado por la Kreuzgasse y se había internado por la concurrida zona peatonal de la Schildergasse. Se detuvo ante los escaparates de una gran cantidad de tiendas. A veces daba una repentina media vuelta y caminaba en sentido contrario, o entraba en algunos grandes almacenes por la puerta delantera para salir luego por la de atrás. A la una menos cinco, satisfecho al comprobar que no se le había pegado ninguna sombra ajena por el camino, volvió a meterse por la

angosta Krebsgasse y se encaminó resueltamente hacia un bar decorado al estilo antiguo, casi todo él tapizado de madera y que se anunciaba en la calle con un cartel en letras góticas. Las ventanas, estrechas y de cristales de colores, mantenían el interior en penumbra. Se sentó en el rincón más apartado que encontró, pidió una jarra de cerveza del Rin y se dispuso a esperar. Cinco minutos después, la desgarrada figura de Bruno Morenz se dejaba caer en la silla que había frente a él.

—Esta vez ha pasado mucho tiempo, viejo amigo —dijo McCready.

Morenz hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y bebió un trago de su cerveza.

—¿Qué deseas, Sam?

Sam se lo contó. Necesitó diez minutos para ello. Morenz sacudió la cabeza.

—No, Sam. Tengo cincuenta y dos años. Pronto me jubilaré. He hecho mis planes. En los viejos tiempos, todo era diferente, excitante. Pero hoy en día, te lo digo con franqueza, esas bestias del otro lado me dan miedo.

—Y a mí, Bruno. Pero iría si pudiera. Me tienen fichado. Tú estás limpio. Sólo se trata de pasar al otro lado por la mañana y regresar al anochecer. Aunque si la primera vez no resultase, tendrías que volver al día siguiente, a media tarde. Ofrecen diez mil libras esterlinas, en dinero contante y sonante.

Morenz le miró con fijeza.

—Es una buena cantidad. Debe de haber otros que querrían ganársela. ¿Por qué he de ser yo?

—Él te conoce. Te aprecia. Aunque vea que yo no he ido, no se echará atrás. Me repugna tener que pedírtelo de este modo, pero se trata realmente de mí. Será la última vez, te doy mi palabra. Por nuestros viejos tiempos.

Bruno terminó su cerveza y se levantó.

—Tengo que volver..., de acuerdo, Sam. Lo haré por ti. Por los viejos tiempos. Pero después de esta vez no habrá otra, te lo advierto. Nunca más.

—Tienes mi palabra, Bruno. No volverá a ocurrir jamás. Confía en mí. No pienso fallarte.

Acordaron encontrarse de nuevo el lunes siguiente, al amanecer. Bruno regresó a su despacho. McCready esperó diez minutos, luego se fue paseando hasta la parada de taxis de la Tunistrasse donde cogió uno que le condujo a Bonn. Se pasó el resto del día, y también el martes, discutiendo con la oficina del

SIS en Bonn acerca de todo lo que necesitaba. Tenía un montón de cosas que hacer, y no le quedaba mucho tiempo para ello.

A dos husos horarios de distancia, en Moscú, la comandante Ludmilla Vanavskaya acudía a su entrevista con el general Chaliapin, inmediatamente después de almorzar. El general estaba sentado detrás de su escritorio y leía con gran atención el contenido de la carpeta que la comandante le había entregado. Era un siberiano de cabeza rapada y aspecto melancólico que irradiaba poder y astucia. Cuando terminó, se la devolvió.

—Todo muy circunstancial —dijo.

El general estaba acostumbrado a hacer que sus subordinados defendieran sus propias afirmaciones. En los viejos tiempos, y el general Chaliapin se remontaba realmente hasta ellos, lo que tenía frente a sus ojos hubiese sido más que suficiente. En la Lubianka siempre había espacio para uno más. Pero los tiempos habían cambiado, y seguían cambiando.

—Por el momento, camarada general —admitió Ludmilla Vanavskaya—. Pero hay, sin embargo, una *gran cantidad* de pruebas circunstanciales. Esos cohetes «SS-20» en la República Democrática Alemana, hace unos dos años, los yanquis lo *supieron* con demasiada rapidez.

—Alemania Oriental está repleta de espías y de traidores. Estados Unidos tiene satélites, los RORSATS...

—Los movimientos de nuestra Armada más allá de los puertos del Norte. Los imperialistas parecían saber siempre que...

Chaliapin no pudo reprimir una sonrisa ante la pasión de la joven. Nunca había menospreciado la actitud de vigilancia en su gente, precisamente estaban para eso. Sin embargo, hacía tiempo que el general no utilizaba el término de *imperialistas* para referirse a las fuerzas armadas de la OTAN. Eso ya no era más que una jerga propia de las juventudes comunistas, para adolescentes fogosos que todavía no habían aprendido las leyes de la supervivencia.

—Puede que haya una filtración —admitió el general—. O varias. Negligencia, alguien que se va de la lengua, un conjunto de agentes poco importantes. Pero usted piensa que se trata de un solo hombre...

—De ese hombre —insistió la comandante al tiempo que se inclinaba hacia delante y señalaba la fotografía que encabezaba el expediente.

—¿Pero por qué? ¿Por qué él precisamente?

—Porque siempre se encuentra en el lugar de los hechos.

—Cerca —rectificó el general.

—De acuerdo, cerca. En la vecindad, en el mismo teatro de operaciones. Siempre está a disposición.

El general Chaliapin había sobrevivido durante bastante tiempo, y tenía la intención de sobrevivir mucho más. Ya en el mes de marzo se había dado cuenta de que las cosas estaban a punto de cambiar. A la muerte de aquel viejo decrépito que era Chernenko, Mijaíl Gorbachov había sido elegido, rápida y unánimemente, secretario general. Era una persona joven y vigorosa, y podría permanecer mucho tiempo en el poder. Quería reformas. Ya había comenzado a purgar el Partido de sus inútiles más notorios.

Chaliapin conocía las reglas del juego. Ni siquiera un secretario general podía oponerse a los tres pilares del Estado soviético al mismo tiempo. Si la tomaba con la vieja guardia del Partido, debería tratar con guante blanco a la KGB y al Ejército. El general se inclinó sobre el escritorio y hundió su regordete índice en el pecho de la ruborizada comandante.

—Con esto que tengo aquí no puedo ordenar la detención de un oficial del Estado Mayor que pertenece a la cúpula del Ministerio de Defensa. Aún no. Algo de peso, necesito algo de peso, aunque sólo sea un detalle minúsculo.

—Permíteme que lo ponga bajo vigilancia —pidió Ludmilla Vanavskaya.

—Una vigilancia discreta.

—Muy bien, camarada general, una vigilancia discreta.

—En tal caso, tiene mi consentimiento, comandante. Impartiré las órdenes necesarias.

Miércoles

—Sólo unos pocos días, Herr director. Una breve interrupción en vez de las vacaciones de todo un verano. Me gustaría llevar de viaje unos pocos días a mi esposa y a mi hijo. El fin de semana, más el lunes, el martes y el miércoles.

Dieter Aust se encontraba de buen humor. Por lo demás, como buen funcionario público, sabía que su gente tenía derecho a sus vacaciones de verano. Siempre le había sorprendido el hecho de que Morenz pareciese tomar tan pocas

vacaciones. Quizá no pudiese permitirse el lujo de tomarse tantos días de fiesta.

—Mi querido Morenz, nuestras obligaciones en el Servicio de Inteligencia son onerosas. Pero el Servicio siempre es generoso en lo que respecta a las vacaciones de sus empleados. Cinco días no plantean problema alguno. Tal vez si nos lo hubiese anunciado con un poco más de antelación...; pero, sí, no hay inconveniente. Diré a Fräulein Keppel que haga los cambios necesarios en la distribución de las tareas.

Esa misma noche, ya en casa, Bruno Morenz comunicó a su mujer que debía salir de viaje durante cinco días por cuestiones de trabajo.

—Tan sólo será este fin de semana, y lunes, martes y miércoles de la próxima —explicó—. El director quiere que le haga compañía durante una pequeña gira de negocios.

—¡Oh, qué bien! —exclamó ella, para enfrascarse en seguida en la televisión.

En realidad, Morenz tenía planeado pasar con Renate un largo fin de semana, romántico y desenfrenado, después reservaría el lunes para Sam McCready y la reunión que se prolongaría durante todo el día, y el martes haría su incursión a través de la frontera de la Alemania Oriental. Incluso en el caso de que tuviese que pasar la noche en la zona oriental para asistir a la segunda cita, estaría de regreso el miércoles por la tarde y podría viajar durante toda la noche y llegar a casa con el tiempo necesario para arreglarse e ir a trabajar el jueves. Entonces presentaría su dimisión. Aprovecharía el mes de septiembre para poner en orden sus asuntos, romper con su mujer y partir con Renate para Bremerhaven. No creía que a Irmtraut le importase su decisión; en realidad, ella apenas se daba cuenta de si Bruno estaba en la casa o no.

Jueves

La comandante Ludmilla Vanavskaya lanzó una maldición impropia de una dama y colgó el teléfono de un golpe. Tenía su equipo de vigilancia preparado, listo para comenzar a seguir los pasos al objetivo militar que ella les había señalado. Pero lo primero que necesitaba conocer, aunque fuese a grandes rasgos, eran los hábitos que tenía y cuáles serían sus movimientos cotidianos. Para averiguar todo eso se había puesto en contacto con uno de los espías que el Tercer

Directorio de la KGB tenía introducidos en la Inteligencia Militar, el GRU.

Aun cuando la KGB y su homóloga militar, el GRU, se encontraban con frecuencia a punto de tirarse los trastos a la cabeza, había pocas dudas en cuál de las dos organizaciones era el león y cuál el ratón. La KGB, muchísimo más poderosa, mantenía una supremacía absoluta desde que, a comienzos de los años sesenta, un coronel de la GRU, llamado Oleg Penkovski, había revelado tal cantidad de secretos soviéticos, que pasó a convertirse en el renegado más dañino que la Unión Soviética ha tenido en su historia. Desde entonces, el Politburó había permitido que la KGB infiltrara agentes de su propia organización en el seno del GRU. Pese a que esos personajes vestían uniformes y convivían día y noche con los militares, no dejaban de pertenecer a la KGB, y estaban entregados a su organización en cuerpo y alma. Los verdaderos oficiales del GRU sabían muy bien quiénes eran los agentes infiltrados y procuraban mantenerlos dentro del mayor ostracismo posible, lo que no siempre resultaba tarea fácil.

—Lo siento, camarada comandante —le había dicho por teléfono el joven agente de la KGB que operaba en las oficinas centrales del GRU—. Precisamente tengo ante mí el permiso de viaje. Su hombre parte mañana mismo para Alemania, donde realizará una gira por nuestras guarniciones militares más importantes en ese país. Sí, tengo aquí su plan de viaje.

Antes de que la comandante estrellase el auricular contra la horquilla del aparato telefónico, el joven agente le había dictado el contenido del documento. Ludmilla Vanavskaya permaneció durante un rato sumida en sus pensamientos; después relleno su propia solicitud con el fin de obtener un permiso para visitar a la jefatura del Tercer Directorio, en el Cuartel General de la KGB en Berlín Oriental. Fueron necesarios dos días para solucionar todo aquel papeleo. El sábado por la mañana saldría en avión y aterrizaría en el aeropuerto militar de Potsdam.

Viernes

Ese día, Bruno se afanó por realizar su trabajo lo más rápidamente posible para poder escaparse temprano de la oficina. Como tenía la intención de presentar su dimisión tan pronto como se reincorporase a mediados de la siguiente semana, se dedicó a limpiar algunos de sus cajones. Dejó para

el final su pequeña caja fuerte oficial. Los documentos que él manejaba estaban clasificados a un nivel de confidencialidad tan bajo, que apenas necesitaba guardarlos bajo llave. Los cajones de su escritorio tenían cerradura, la puerta de su despacho quedaba siempre cerrada con llave por las noches, y el edificio estaba custodiado con estrictas medidas de seguridad. De todas formas, se puso a clasificar los pocos papeles de la caja fuerte. Al fondo, detrás de todos los documentos, se encontraba su pistola automática de reglamento.

La «Walther PPK» estaba realmente sucia. No la había usado desde que participó en las pruebas de tiro obligatorias que se llevaron a cabo en el campo de tiro de Pullach, hacía ya algunos años de ello. Pero el arma tenía tanto polvo, que se preguntó si debería de limpiarla antes de devolverla. Los útiles de limpieza los tenía en casa. Cuando faltaban diez minutos para las cinco de la tarde, se metió la pistola en uno de los bolsillos laterales de su chaqueta —de nuevo llevaba su traje de algodón con rayas en relieve— y salió de la oficina.

Mientras bajaba en el ascensor hacia la planta baja, sintió que la pistola se le clavaba dolorosamente en la cadera, por lo que se la sacó del bolsillo, se la introdujo entre el vientre y el cinturón y se abrochó la chaqueta por encima. Esbozó una maliciosa sonrisa al pensar que iba a ser la primera vez que le enseñaba el arma a Renate. Quizás entonces se diese cuenta de que su trabajo exigía cierta responsabilidad. Aunque eso no tenía importancia. Ella lo amaba por encima de todo.

Antes de dirigirse en el coche hacia Hanhwald estuvo haciendo algunas compras por el centro de la ciudad; adquirió unos buenos filetes de ternera, verduras frescas y una botella de un exquisito clarete francés. Pensaba preparar una sabrosa cena cuando llegase al piso de Renate; le gustaba cocinar. Su última adquisición fue un gran ramo de flores.

Tal como solía hacer siempre, aparcó su «Opel Kadett» a la vuelta de la esquina de la calle de Renate y recorrió a pie el resto. No había telefoneado para decirle que iría. Quería darle una sorpresa. Con el ramo de flores. A la joven le gustaría. Al llegar a la puerta del edificio una señora salía en ese momento, por lo que no necesitó pulsar el timbre del portero automático para avisar a Renate. Mejor que mejor, sería una verdadera sorpresa. Bruno tenía su propia llave del apartamento.

Entró en el piso con todo sigilo para que la sorpresa fuese más divertida. El saloncito estaba en silencio. Abría la boca para gritar: «Renate, cariño, soy yo...», cuando escuchó una

carcajada de la joven. Bruno sonrió. Estaría viendo los dibujos animados en la televisión. Bruno se deslizó en silencio hacia la salita. Estaba vacía. Las carcajadas se repitieron de nuevo, del fondo del pasillo, en el cuarto de baño. Se dio cuenta entonces, maldiciéndose por su estupidez, de que la joven podría estar con un cliente. No se le había ocurrido llamar antes para cerciorarse. Pero también se dio cuenta entonces de que si ella tenía algún cliente, se encontraría en el dormitorio *de trabajo*, con la puerta cerrada, y que aquella habitación era a prueba de ruidos. De nuevo estaba a punto de llamarla, cuando escuchó las risas de otra persona, y eran las de un hombre. Morenz cruzó la salita y se adentró en el pasillo.

La puerta del dormitorio se encontraba entreabierta unos centímetros, y la rendija que quedaba libre estaba a oscuras porque una de las grandes puertas del armario empotrado en la pared, que también estaban abiertas, la tapaba. Bruno vio abrigo esparcidos por el suelo del pasillo.

—¡Pero qué pedazo de imbécil! —dijo la voz masculina—. ¿Así que cree realmente que piensas casarte con él?

—El muy cretino está convencido de ello. Estúpido hijo de puta. ¡Fíjate bien en él!

Era la voz de Renate.

Morenz depositó el ramo de flores y las bolsas de la compra en el suelo y avanzó por el pasillo. Estaba simplemente asombrado. Con gran cuidado cerró las puertas del armario para poder pasar, y empujó suavemente la puerta del dormitorio con la punta del pie.

Renate estaba sentada al borde de la ancha cama de matrimonio, cubierta con sábanas negras, fumándose un canuto. La atmósfera apestaba a marihuana. Repantigado a sus anchas sobre la cama se encontraba un hombre al que Morenz no había visto nunca. Un joven delgado y fuerte, que vestía téjanos y una chaqueta de cuero de motorista. Los dos advirtieron el movimiento de la puerta y se levantaron de la cama, el hombre lo hizo de un salto, que le llevó a caer de pie detrás de Renate. De facciones vulgares, tenía el cabello rubio ceniza. Al parecer, a Renate, en su vida privada, le gustaba ese tipo de hombres llamados «tipos duros», y el que estaba junto a ella, su amante regular, era lo más *duro* que se podía encontrar.

Morenz había advertido ya el parpadeo de la señal del vídeo en el equipo de televisión colocado cerca de los pies de la cama. Ningún hombre de mediana edad se ve muy digno mientras hace el amor, y mucho menos si el acto sexual no está

concebido para él. Morenz se quedó mirando su propia imagen en la pantalla del televisor, experimentando por dentro una creciente sensación de vergüenza y desesperación. Renate aparecía con él en la película, y a veces miraba por encima del hombro de Bruno, lo que aprovechaba para dirigir toda suerte de gestos de burla y menosprecio hacia donde se hallaba la cámara. Tal había sido, por lo visto, la causa de todas aquellas risotadas.

Renate estaba frente a Bruno completamente desnuda, pero se recobró de su sorpresa con bastante rapidez. Su rostro se contrajo en una mueca de ira. Cuando se puso a hablar, no lo hizo en el tono al que él estaba acostumbrado, sino con los gritos propios de una verdulera.

—¿Qué coño haces aquí?

—Quería darte una sorpresa —balbuceó él.

—¡Joder, pues vaya mierda de sorpresa que me has dado! Y ahora lárgate. Vuélvete a tu casa, junto al estúpido saco de patatas que tienes en Porz.

Morenz contuvo la respiración.

—Lo que me hiere en realidad es que podías habérmelo dicho —repuso él—. No tenías ninguna necesidad de hacerme quedar como un payaso. Porque yo te amaba de verdad.

El rostro de Renate estaba descompuesto por la ira.

—¿Te he hecho quedar? —escupió ella las palabras—. Pero si no necesitas ayuda para eso. Tú eres un payaso. Un viejo payaso gordo. En la cama y fuera de ella. ¡Y ahora lárgate!

Y en ese momento fue cuando él la golpeó. No le dio un puñetazo, sino una bofetada con la palma de la mano, en una mejilla. Algo se revolvió en su interior y le pegó. El golpe hizo que ella perdiese el equilibrio. Bruno era un hombre grande, y la bofetada hizo que Renate cayera al suelo.

Lo que el hombre rubio estaba pensando al respecto, Morenz jamás lo supo. En realidad, Bruno estaba a punto de dar media vuelta y marcharse. Pero el chulo se metió la mano debajo de la chaqueta. Parecía que iba armado. Morenz sacó su pistola, pensando que tenía el seguro puesto. Tenía que haberlo estado. Lo único que él pretendía era que el chulo pusiese las manos en alto para después dejarlo ir. Pero el otro sacó una pistola. Morenz apretó el gatillo. Tal vez la «Walther» estuviese llena de polvo, pero disparó.

En el campo de tiro, Morenz no podía dar ni a la puerta de un corral. Y hacía años que no había estado en él. Los verdaderos tiradores se ejercitan casi cada día. Pero también

está lo que se llama la suerte del principiante. Ese único disparo acertó al chulo en el centro del corazón, a cinco metros de distancia. El hombre sufrió una convulsión y su rostro se contrajo en una mueca de incredulidad. Sin embargo, fuese una reacción refleja de los nervios o no, el caso es que alzó el brazo derecho con su «Beretta» empuñada. Morenz apretó el gatillo de nuevo. Renate eligió ese preciso momento para levantarse del suelo. El segundo tiro disparado por Bruno la acertó en la coronilla. La habitación, insonorizada, había permanecido cerrada durante todo aquel altercado, ningún ruido había salido de allí.

Morenz permaneció de pie durante unos minutos, contemplando los dos cuerpos. Se sentía aturdido y algo mareado. Por último salió del dormitorio y cerró la puerta detrás de él. No echó la llave. Estaba a punto de pasar por encima de las ropas para dirigirse a la sala, cuando se le ocurrió preguntarse, incluso en el estado de atontamiento en que se encontraba, qué hacían esas prendas tiradas por el suelo. Miró dentro del armario empotrado en la pared y advirtió que uno de los paneles del fondo parecía estar suelto. Entonces tiró de ese panel hacia él...

Bruno Morenz se pasó otros quince minutos en el apartamento antes de abandonarlo de una manera definitiva. Se llevó la cinta de vídeo de sí mismo, la comida que había comprado, el ramo de flores y una bolsa de lona que no le pertenecía. Después no pudo explicarse por qué había hecho algo así. A unos tres kilómetros de Hahnwald se desembarazó de la comida, del vino y de las flores, arrojándolo todo en diversos contenedores de basura situados al borde de la carretera. Luego condujo durante casi una hora, aminoró la marcha al pasar por el puente de Severin, tiró desde el coche al Rin la cinta de vídeo y la pistola; después regresó a Colonia, depositó la bolsa de lona en un casillero automático y, por último, emprendió el camino de vuelta a casa, dirigiéndose a Porz. Cuando entró en el cuarto de estar a las nueve y media, su mujer no hizo comentario alguno.

—Mi viaje de negocios con el director ha sido postergado —dijo—. Así que, en vez de irme ahora, saldré el lunes por la mañana muy temprano.

—¡Oh, qué bien! —replicó la mujer.

Bruno Morenz pensaba a veces que si una tarde de esas dijese, al regresar de la oficina: «*Hoy he ido de cacería a Bonn y*

he matado a tiros al canciller Kohl», ella seguiría respondiendo: «¡Oh, qué bien!»

El almuerzo se le antojó incomedible, por lo que no probó ni un bocado.

—Voy a salir a beber algo —dijo.

La mujer cogió una nueva barra de chocolate, ofreció un trozo a Lutz, y madre e hijo siguieron viendo la televisión.

Bruno se emborrachó esa noche. Había estado bebiendo solo. Advirtió que las manos le temblaban y que se ponía a sudar por todos los poros de su cuerpo. Pensó que estaba a punto de pescar uno de esos resfriados de verano. O quizá fuese una gripe. Él no era médico y tampoco había alguno que lo atendiera. Así que nadie podía decirle que estaba al borde de sufrir un fuerte ataque de nervios.

Sábado

La comandante Ludmilla Vanavskaya llegó al aeropuerto de Berlín-Schönefeld y fue conducida en un coche sin distintivo oficial al Cuartel General de la KGB en Berlín Oriental. Se interesó por el paradero del hombre al que estaba vigilando. Supo que se encontraba en Cottbus, camino de Dresde, rodeado de oficiales, trasladándose en un convoy militar, y fuera de su alcance. El domingo habría llegado a Kart-Marx-Stadt; el lunes, a Zwickau y el martes, a Jena. Los poderes de vigilancia de la comandante no se extendían a Alemania Oriental. Hubiera podido ampliarlos, pero esto hubiese requerido nuevos trámites burocráticos.

«Siempre el maldito papeleo», pensó irritada.

Domingo

Sam McCready regresó de nuevo a Alemania y se pasó el día conferenciando con la dirección del SIS en Bonn. Al caer la tarde se hizo cargo de un «BMW», guardó toda la documentación que necesitaba y partió para Colonia. Allí se hospedó en el hotel «Holiday Inn», en las inmediaciones del aeropuerto, donde alquiló, y preparó, una habitación para dos noches.

Lunes

Bruno Morenz se levantó de la cama mucho antes que su familia, metió su equipaje en un pequeño bolso de viaje, a sabiendas de que no tendría que utilizarlo, y salió silencioso de la casa. Llegó al «Holiday Inn» alrededor de las siete de la madrugada de ese luminoso día de septiembre y se reunió con McCready en la habitación de este. El inglés ordenó que le sirvieran allí mismo un desayuno para dos. Cuando el camarero se hubo retirado, extendió sobre una mesa un mapa de carreteras en el que aparecían tanto la occidental como la oriental.

—Primero nos ocuparemos de la ruta —dijo McCready—. Mañana saldrás de aquí a las cuatro de la madrugada. Es un trayecto largo, así que tómatelo con calma, por etapas. Cogerás aquí mismo la E-35 dirección Bonn y pasarás por Limburg y Francfort. Ahí te desviarás a la izquierda, cogerás la E-41 y la E-45 y dejarás atrás Wurzburg y Nuremberg. Al norte de Nuremberg te meterás a la derecha por la E-51, pasarás Bayreuth y te dirigirás a la frontera. Éste es el punto por el que habrás de cruzar la frontera, en las cercanías de Hof. En la estación fronteriza del puente del Saale. Se trata de un viaje de unas seis horas de duración. Trata de estar allí alrededor de las once. Yo habré llegado antes que tú y me ocuparé de que te cubran. ¿Te sientes bien?

Aun cuando se había quitado la chaqueta, Morenz sudaba.

—Aquí hace mucho calor —replicó.

McCready dio vueltas al botón del aire acondicionado y lo puso en «baja temperatura».

—Pasada la frontera sigues recto dirección norte hasta el cruce de Hermsdorf, Allí giras a la derecha, te metes por la E-40, que te llevará hacia el Oeste. A la altura de Mellingen dejas la autopista y te diriges a Weimar. Dentro de esa población buscarás la carretera nacional siete y volverás a viajar en dirección oeste. A unos siete kilómetros al oeste de la ciudad, a la derecha de la carretera, hay un área de estacionamiento...

McCready le mostró entonces una fotografía muy ampliada de esa parte de la carretera, tomada desde un avión en vuelo, pero con un ángulo muy agudo, ya que el aparato se encontraba dentro del espacio aéreo bávaro. Morenz pudo ver el angosto estacionamiento, algunas casitas de campo, e incluso pudo distinguir los árboles que daban sombra al sendero de guijarros que había sido elegido como el lugar de su primer encuentro:

Poco a poco, con gran meticulosidad, McCready le fue explicando el método que debería utilizar para la cita y lo que tendría que hacer en el caso de que ese primer encuentro fallase, cómo y dónde pasar la noche y dónde y cuándo tendría que asistir a su segundo encuentro con Pankratin. A media mañana hicieron un descanso para tomar un café.

A las nueve de la mañana de ese mismo día, Frau Popovic llegó al apartamento de Hahnwald para comenzar su labor. Era la mujer de la limpieza, una trabajadora, emigrante yugoslava, que iba allí todos los días de nueve a once de la mañana. Tenía sus propias llaves de la entrada del edificio y del apartamento. Sabía que a Fräulein Heimendorf le gustaba dormir hasta tarde, por lo que la mujer empezaba siempre por los demás cuartos de la casa y dejaba el dormitorio para el final; así la señorita podía levantarse a las diez y media. Entonces arreglaba el dormitorio de la dama. Jamás había entrado en la habitación cerrada al final del pasillo. Renate le había dicho, y así lo había creído ella, que se trataba de un cuarto pequeño, donde almacenaba trastos viejos. No tenía ni idea de lo que su patrona hacía para ganarse la vida.

Esa mañana empezó por la cocina, continuó por la salita y siguió con el pasillo. Estaba pasando la aspiradora por este pasillo y había llegado al final del mismo, cuando advirtió en el suelo, junto a la puerta del cuarto cerrado, lo que se le antojó ser unas enaguas de seda parda. Se agachó para recogerlas, pero se encontró con que no eran ningunas enaguas de seda, sino una gran mancha marrón, ya reseca y dura, que parecía salir por debajo de la puerta. Maldijo su suerte cuando pensó en el trabajo adicional que le daría restregar todo aquello. Volvió a la cocina por un cubo con agua y un cepillo. Mientras trabajaba de rodillas en el suelo, tratando de quitar aquella mancha, se golpeó contra la puerta. Para su gran sorpresa, ésta se movió. Agarró el pestillo y encontró que no estaba cerrado con llave.

Y como hasta ese momento la mancha había resistido todos sus esfuerzos por eliminarla, y pensando en que eso podría repetirse, abrió la puerta para ver qué estaría derramándose. Segundos más tarde corría escaleras abajo, dando gritos, para ir a aporrear a la puerta del apartamento de la planta baja y despertar así al perplejo librero jubilado que vivía allí. El hombre no subió al piso de arriba, pero descolgó el teléfono, marcó el ciento diez, el número de las emergencias, y preguntó por la Policía.

La llamada fue registrada a las nueve horas y cincuenta y un minutos en la Dirección General de Policía, en Waidmarkt. Siguiendo la invariable rutina policíaca alemana, los primeros en llegar fueron dos agentes uniformados en un coche de la Policía municipal. Su misión consistía en comprobar si realmente se había cometido un delito, y, en caso afirmativo, a qué categoría pertenecía, con el fin de poder alertar así al Departamento apropiado. Uno de los hombres se quedó en el apartamento de la planta baja, con Fräü Popovic —a la que la anciana esposa del librero había estado consolando—, mientras el otro subía al primer piso. No tocó nada, se limitó a caminar hasta el final del pasillo, miró a través de la puerta entreabierta, dio un silbido de asombro y regresó a la planta baja para utilizar el teléfono del librero. No necesitaba ser un Sherlock Holmes para deducir que se trataba de un evidente caso de homicidio.

De acuerdo con el procedimiento habitual, llamó primero al médico de guardia, que en Alemania siempre es enviado por los bomberos. Después telefoneó a la Dirección General de Policía y preguntó por el Departamento de Homicidios, el encargado de los crímenes violentos. Comunicó a la telefonista el sitio en que estaba y lo que había encontrado y pidió que enviaran otros dos policías de uniforme. El mensaje pasó a la Brigada de Homicidios, la *Mordkommission*, popularmente conocida como «primera K», cuya sede se halla en las plantas décima y undécima de ese edificio verde, feo y funcional, que ocupa un lado entero de la plaza Waidmarkt. El director de la «primera K» envió a un comisario y dos asistentes. Más tarde, los informes indicaron que los tres hombres llegaron al apartamento de Hahnwald a las diez horas y cuarenta minutos, cuando el médico estaba a punto de irse.

Éste había echado un vistazo algo más completo que el agente uniformado; comprobó si había algún signo de vida en los cuerpos, no tocó absolutamente nada y se dispuso a marcharse para redactar un informe oficial. El comisario, cuyo nombre era Peter Schiller, se encontró con él en la escalera. Schiller lo conocía.

—¿Que tenemos ahí? —preguntó.

La misión del médico no era hacer una autopsia, sino establecer el hecho de la muerte.

—Dos cadáveres. Uno masculino y otro femenino. Vestido el uno, desnudo el otro.

—¿Causa de la muerte? —preguntó Schiller.

—Heridas de bala, diría yo. La autopsia lo revelará.

—¿Cuándo ha sido?

—Yo no soy el forense. Pero bueno, de uno a tres días, me atrevería a decir. El *rigor mortis* está muy bien establecido. Pero esto no es oficial, por supuesto. Yo he hecho ya mi trabajo. Me marchó.

Schiller siguió escaleras arriba en compañía de un asistente. El otro ya estaba tratando de recabar información de Fräü Popovic y del anciano librero. Los vecinos empezaban a asomarse por la calle. Ya había tres vehículos oficiales estacionados delante del edificio.

Al igual que su compañero uniformado, Schiller lanzó un ligero silbido cuando vio el interior del dormitorio principal. Renate Heimendorf y su chulo seguían en el mismo sitio donde habían caído, con la inerme cabeza de la mujer cerca de la puerta, por debajo de la cual la sangre derramada por la herida en la nuca se había desparramado hacia el pasillo. El chulo estaba atravesado en la habitación, caído de espaldas contra el equipo de televisión, todavía con una expresión de sorpresa reflejada en el rostro. El equipo de televisión estaba apagado. La cama, con sus negras sábanas de seda, era el mudo testigo de dos cuerpos que se habían estado revolcando en ella.

Con sumo cuidado, Schiller abrió armarios y cajones.

—Ése sería su alcahuete —dijo—. Y ella era una puta, de eso no hay la menor duda. Me extrañaría mucho que los de abajo lo sepan. Les interrogaremos. De hecho, tendremos que interrogar a todos los inquilinos. Empieza a preparar una lista de nombres.

Wiechert, el asistente del comisario, estaba a punto de irse cuando se volvió y dijo:

—Yo he visto a ese hombre en alguna parte..., Hoppe. Bernhard Hoppe. Asaltó un Banco a mano armada, según creo. Un hombre peligroso.

—¡Oh, qué maravilla! —exclamó Schiller en tono irónico—. ¡Justo lo que necesitábamos! Un arreglo de cuentas entre bandas rivales.

Había dos extensiones telefónicas en el apartamento, pero Schiller, a pesar de que estaba usando guantes, no utilizó ninguna de ellas. Podían tener huellas. Bajó al piso del librero y le pidió permiso para usar su teléfono. Pero antes de telefonar apostó dos agentes uniformados a la entrada del edificio, un tercero en el vestíbulo y un cuarto ante la puerta del apartamento.

El comisario llamó a su superior Rainer Hartwig, director de la Brigada de Homicidios, y le dijo que era posible que hubiese

ramificaciones con el mundo del hampa. Hartwig decidió que lo mejor sería contárselo a su superior, el director de la Brigada de Investigación Criminal, la IKA.

(La Policía de Alemania Occidental tiene dos ramas principales: la *Schützpolizei*, civil o uniformada, y la *Kriminalpolizei*, los detectives. Estos últimos trabajan en la *Kriminalamt*, «Oficina de lo criminal», conocida como KA. Si Wiechert tenía razón, y el cadáver que estaba tirado en el suelo era el de un gángster, entonces habría que consultar a los expertos de otros Departamentos tales como los de Robo y Estafa, por ejemplo.)

Entretanto, Hartwig había enviado ya al equipo forense, a un fotógrafo y a cuatro especialistas en huellas dactilares. El apartamento pertenecería durante horas única y exclusivamente a esos hombres; y así seguiría hasta que no se hubiese removido, para su análisis posterior, todas las huellas y rasguños, cada fibra y cada partícula que pudiesen ser de algún interés. Hartwig relevó de sus obligaciones a otros ocho hombres más. No tendrían más remedio que llevar a cabo una penosa labor puerta a puerta, en busca del testigo que hubiese visto a un hombre o a varios entrar y salir de la casa.

El informe sobre las causas de la muerte lo presentaría después el equipo forense, que había llegado a las once horas y treinta y un minutos al lugar de los hechos, y que se demoraría alrededor de unas ocho horas.

En ese mismo momento, Sam McCready depositaba sobre la mesa su segunda taza de café y plegaba el mapa. Había explicado a Morenz, con todo lujo de detalles, cómo deberían de desarrollarse los dos encuentros con Pankratin en el sector oriental; también le había mostrado la última fotografía que poseían del general ruso y le había explicado que su hombre vestiría el holgado uniforme de campaña de un cabo del Ejército soviético, llevaría el rostro algo oculto por la visera de la gorra y conduciría un jeep militar. Esa sería la forma en que se presentaría el ruso.

—Por desgracia cree que se encontrará conmigo. Confiemos en que te reconozca de la época de Berlín y haga la entrega de todos modos. Y ahora, el automóvil. Está abajo, en el estacionamiento al aire libre. Después de almorzar iremos a dar una vuelta para que te acostumbres a usarlo.

—Es un «BMW», negro, con matrícula de Wurzburg. Y esto se debe a que vives y trabajas en Wurzburg, aunque eres

renano de nacimiento. Después te daré la carpeta con tu biografía ficticia completa y toda la documentación falsa. El coche con ese número de matrícula existe de verdad. Y es un sedán «BMW» negro.

»Pero el que tenemos abajo pertenece a la Firma. Ya ha pasado varias veces por el puesto fronterizo del puente del Saale, así que podemos confiar en que se habrán acostumbrado a verlo cruzar la frontera. Los conductores siempre han sido distintos, pues se trata de un vehículo que pertenece a una empresa privada. Siempre lo han llevado hasta Jena, con el fin aparente de visitar las fábricas de la «Zeiss». Y en cada ocasión ha ido limpio. Pero esta vez le hemos hecho una modificación. Debajo de la batería hay un compartimiento plano, casi invisible, a menos de que lo busques expresamente. Es lo bastante grande como para que escondas el libro que Smolensko te dará.

(Por razones de seguridad obvias, Morenz nunca había sabido el verdadero nombre de Pankratin. No llegó a conocer al hombre que había sido ascendido a general de División y que ahora estaba destinado en Moscú. La última vez que había visto a Pankratin, éste era un coronel acantonado en Berlín Oriental, y cuyo nombre secreto era Smolensko.)

—Pero vamos a almorzar —dijo McCready.

Durante la comida, que les fue servida en la habitación, Morenz bebió con notoria avidez, y las manos le temblaban.

—¿Seguro que te encuentras bien? —le preguntó McCready.

—Por supuesto que sí. No es más que uno de esos malditos resfriados de verano, ya sabes cómo son. Y también algo de nervios. Eso es natural.

McCready asintió con la cabeza. El nerviosismo era algo completamente normal. Atacaba a los actores antes de salir al escenario. A los soldados, antes de entrar en combate. A los agentes, antes de una incursión ilegal (sin cobertura diplomática) en el bloque soviético.

—Vamos a ver el automóvil —dijo Sam.

No hay muchas cosas que ocurran en Alemania que la Prensa no sepa, y esto sucedía también en aquellos tiempos de 1985, cuando Alemania era Alemania Occidental. El periodista más brillante y ducho en sucesos criminales era, y sigue siendo, Günther Braun, del *Kölner Stadt-Anzeiger*. Mientras almorzaba con un policía que le servía de contacto, éste le mencionó que había habido cierto revuelo en Hahnwald. Braun se presentó

junto con su fotografía Walter Schiesteí ante la puerta del edificio pocos minutos antes de las tres. Intentó llegar hasta el comisario Schiller, pero éste se encontraba en el piso de arriba y le hizo saber que estaba muy atareado, por lo que le remitió a la oficina de Prensa de la Dirección General de Policía. ¡Vaya perspectiva! Después recibiría el esterilizado comunicado policial. Braun se puso a investigar por su cuenta, preguntando a diestro y siniestro. Más tarde hizo algunas llamadas telefónicas. A primeras horas de la noche, con tiempo suficiente para que apareciese en la primera edición, ya tenía compuesto su artículo. Era una buena historia. Claro está que la Radio y la Televisión se le adelantarían con la noticia en términos generales, pero él sabía que les llevaba una clara ventaja.

En el piso de arriba, el equipo forense había terminado la inspección de los cadáveres. El fotógrafo los había fotografiado desde los ángulos más diversos; también había hecho numerosas fotografías de los decorados del aposento, de la enorme cama de matrimonio, del gigantesco espejo que había contra la pared, detrás de la cabecera de la cama, y de los equipos y complementos que había en los armarios y en los baúles. Habían trazado líneas de tiza alrededor de los cadáveres, luego los habían metido en bolsas de plástico y enviado al depósito central de cadáveres, donde los forenses realizarían su trabajo. Los detectives necesitaban establecer la hora de la muerte y así como el asunto de las balas..., y todo ello con suma urgencia.

En el apartamento habían sido detectados diecinueve tipos de huellas dactilares distintas. Tres de ellas las eliminaron por pertenecer a los dos fallecidos y a Fräü Popovic, que ahora se encontraba en la Dirección General de Policía, donde sus huellas habían sido cuidadosamente tomadas. Eso dejaba dieciséis personas.

—Clientes, casi seguro —rezongó Schiller.

—Y uno de los grupos, ¿no podía pertenecer al asesino? —sugirió Wiechert

—Lo dudo mucho —replicó el comisario—. Todo esto me huele demasiado a un condenado profesional. Es probable que haya utilizado guantes.

El mayor problema, pensaba Schiller, no radicaba en la falta de motivos, sino en que había demasiados. ¿Era la prostituta la persona a la que habían querido matar? ¿Un cliente ultrajado, un antiguo marido, una esposa vengativa, alguna rival de ese negocio, un antiguo chulo enfurecido? ¿O era tan sólo una

víctima accidental y su chulo el objetivo real? El hombre había sido identificado como Bernhard Hoppe, antiguo presidiario, atracador de Bancos, gángster, un sujeto muy peligroso de vida depravada. ¿Acaso un arreglo de cuentas, una venta de drogas en la que hubo engaño, extorsión, venganza por proteger a los rivales? El comisario Schiller sospechó que aquello iba a convertirse en un caso endiablado.

Las declaraciones de los demás inquilinos, así como las de los vecinos, habían revelado que nadie estaba al corriente de la profesión secreta de Renate Heimendorf. Había habido visitantes, por supuesto, pero siempre caballeros honorables. Nada de fiestas por las noches, ni de música a todo volumen.

A medida que el equipo forense iba terminando las áreas en las que había dividido el apartamento, Schiller podía ir moviéndose con mayor libertad y coger algún que otro objeto. Entró en el cuarto de baño. Había algo muy extraño en él, pero el comisario no pudo precisar de qué se trataba. El equipo forense terminó su tarea poco después de las siete; los hombres llamaron a Schiller para comunicarle que se iban. El comisario pasó cerca de una hora dando vueltas por el piso, que había quedado patas arriba, mientras Wiechert se quejaba a cada rato, diciendo que quería irse a cenar. Pasadas las ocho, Schiller se encogió de hombros y dio la jornada por terminada. Dejaría de pensar en el caso hasta el día siguiente, cuando volvería a ocuparse del mismo en su despacho. Precintó el apartamento, dejó a un hombre uniformado en el pasillo de la escalera, por si se daba el caso de que alguien volviese al lugar del crimen — algo que ya había ocurrido más de una vez—, y se dirigió a su casa. Pero todavía había algo que seguía preocupándole con respecto a aquel piso. El comisario Schiller era un joven detective, de una extraordinaria inteligencia, y muy perspicaz.

McCready pasó la tarde finalizando el entrenamiento de Bruno Morenz.

—Te llamas Hans Grauber, de cincuenta y un años, casado y con tres hijos. Al igual que todos los respetables padres de familia, tú también llevas fotografías de tu familia en tu cartera. Aquí las tienes, tomadas cuando estabais de vacaciones. Heidi, tu esposa, junto con el pequeño Hans, Lotte y Úrsula, a la que todos llaman Uschi. Trabajas en Wurzburg, en la «BKI», una empresa dedicada a la fabricación de instrumentos ópticos de precisión. La empresa existe, y el automóvil es suyo. Por fortuna, trabajaste en cierta ocasión en una empresa de

instrumentos ópticos, por lo que podrás utilizar la jerga técnica, si te ves en la necesidad de hacerlo.

»Tienes una cita con el director del departamento de ventas al extranjero de las empresas «Zeiss», de Jena. Aquí está la carta. Este documento es real, y el hombre existe. La firma se parece a la suya, pero la hemos hecho nosotros. La cita es para mañana a las tres de la tarde. Si todo sale bien, podrás acordar la compra de un lote de lentes de precisión de la «Zeiss» y volver a la Zona Oeste en la misma noche. En el caso de que debas realizar conversaciones complementarias, quizá te veas obligado a pasar allí la noche. Bien, todas estas explicaciones son por si los agentes fronterizos te hiciesen demasiadas preguntas y tuvieses que entrar en detalles.

»Es muy poco probable que la Policía de frontera se preocupe por comprobar tus declaraciones con la «Zeiss». Los de la Policía secreta lo harían seguramente, pero hay demasiados hombres de negocios occidentales que tratan con la «Zeiss» para que uno más sea causa de sospechas. Bien, aquí tienes tu pasaporte, algunas cartas de tu mujer, una entrada, ya usada, para el Palacio de la Ópera de Wurzburg, tarjetas de crédito, el permiso de conducir y un manajo de llaves, en el que va incluida la del «BMW». Tu billetera.

»No necesitarás más que este maletín y esta pequeña maleta con la ropa necesaria para pasar una noche. Estúdiate bien el maletín y lo que contiene. La cerradura de seguridad se abre con los números de tu supuesta fecha de nacimiento, 5 de abril de 1934, o sea: el 5-4-34. Todos los documentos que llevas están relacionados con tu intención de comprar productos de la «Zeiss» para tu empresa. Firma como Hans Grauber, con tu propia letra. Las prendas y los utensilios de aseo personal son mercancías genuinas de Wurzburg, usadas y llevadas a la lavandería, con algunas marcas de tintorerías de Wurzburg. Y ahora, mi viejo amigo, vayamos a comer algo.

Dieter Aust, director de la oficina del «BND» en Colonia, no vio las noticias de la noche en la televisión. Había salido a cenar. Fue algo de lo que se arrepentiría más tarde.

A eso de la medianoche, Sam McCready era recogido en un «Range Rover» por Johnson, un agente de enlace de la oficina del Servicio Secreto de Inteligencia en Bonn. Los dos partieron de viaje con el fin de llegar al puente del Saale, al norte de Baviera, antes que Morenz.

Martes

Bruno Morenz llamó al servicio de habitaciones para que le subiesen una botella de licor y bebió demasiado. Durmió mal durante dos horas y se despertó a las tres al oír el despertador que se había colocado junto a la cabecera de la cama. A las cuatro abandonaba «Holiday Inn», entraba en el «BMW» y, en la oscuridad, se dirigió hacia el Sur para coger la autopista.

A la misma hora, Peter Schiller, que dormía en Colonia al lado de su mujer, se despertaba de repente y daba un salto en la cama al caer en la cuenta de qué le había intrigado tanto en el apartamento de Hahnwald. De inmediato telefoneó al indignado Wiechert y le dijo que se reuniese con él a las siete de la mañana en el apartamento de Hahnwald. Los agentes de la policía alemanes han de estar acompañados cuando realizan una investigación.

Bruno Morenz llevaba un considerable adelanto a la hora fijada, por lo que antes de llegar a la frontera se detuvo a matar el tiempo durante veinticinco minutos en el restaurante del área de servicio de Frankenwald. No bebió alcohol, se limitó a tomar café, pero hizo que le llenasen su petaca de licor.

Cuando faltaban cinco minutos para las once de la mañana de ese martes, Sam McCready, con Johnson a su lado, se encontraba ya en un pinar en la cima de una montaña situada al sur del río Saale. Habían dejado el «Range Rover» en el bosque, fuera de la vista. Por entre los árboles podían divisar el puesto fronterizo de la República Federal alemana, situado al fondo, a unos ochocientos metros por debajo de donde ellos se encontraban. Más allá, una brecha abierta en el bosque de la montaña les permitía ver los tejados del puesto fronterizo de la República Democrática Alemana, a otros ochocientos metros de distancia.

Debido a que las autoridades de Alemania Oriental habían construido los puestos de control bien adentrados en su propio territorio, un conductor se hallaría dentro de la Alemania Oriental tan pronto como hubiera pasado el puesto fronterizo de Alemania Occidental. A continuación, una carretera de doble vía, con una alta alambrada a ambos lados. Inmediatamente detrás de la alambrada estaban, jalonadas, las torres de los vigilantes. Por entre los árboles, usando unos prismáticos potentes,

McCready veía a los guardias fronterizos apostados detrás de las ventanas, pegados a los cristales y usando sus propios gemelos para escudriñar lo que ocurría en la Zona Occidental. También podía ver sus pistolas ametralladoras. La razón de que hubiera ese corredor de seiscientos metros de ancho dentro de la Alemania Oriental era que cualquier persona que intentase escapar, si es que había logrado atravesar el puesto fronterizo oriental, podía ser acribillada a tiros cómodamente entre las dos alambradas antes de que hubiese conseguido llegar al otro lado.

Cuando faltaban dos minutos para las once de la mañana, Sam McCready divisó, a través de sus prismáticos, el «BMW» negro, que cruzaba el negligente puesto de control de la República Federal Alemana. Luego se dirigió hacia el corredor, custodiado por la organización que controlaba el país, la SSD, la Policía Secreta más temida y más eficaz de todo el Bloque Oriental

Capítulo III

Martes

—**S**e trata del cuarto de baño, tiene que ser el cuarto de baño —dijo el comisario Schiller, pocos segundos después de las siete de la mañana, cuando se adelantaba al soñoliento y malhumorado Wiechert para entrar en el apartamento.

—Pues a mí todo me pareció en orden —refunfuñó Wiechert—. A fin de cuentas, los chicos del equipo forense lo han registrado todo.

—Ellos buscaban huellas dactilares, no proporción en las medidas —replicó Schiller—. Fíjate en este armario empotrado en la pared del pasillo. Tiene dos metros de ancho. ¿No es así?

—Sobre poco más o menos.

—Ese lado de allá está al mismo nivel que la puerta del dormitorio de la puta. La puerta está al mismo nivel que la pared y el espejo que hay encima de la cabecera de la cama. Y ahora fíjate en que la puerta del cuarto de baño está más allá del armario empotrado. ¿Qué deduces de todo esto?

—Que tengo hambre —contestó Wiechert.

—Cállate. Observa que cuando entras al cuarto de baño y te vuelves hacia la derecha, tendría que haber dos metros hasta la pared del cuarto de baño. Ésa es la anchura exterior del armario, ¿correcto? Bien, compruébalo.

Wiechert entró en el cuarto de baño y miró hacia su derecha.

—Un metro —dijo.

—Exacto. Eso fue lo que me intrigó. Entre el espejo que hay detrás del lavabo y el espejo que hay detrás de la cabecera de la cama falta un metro de espacio.

Schiller se puso a fisgonear dentro del armario y a la media hora encontraba el pestillo de una puerta, una especie de nudo hábilmente disimulado dentro de un hueco practicado en la tabla de madera de pino. Cuando abrió esa pared del armario, Schiller divisó, a duras penas, un interruptor de luz en el interior. Usó un lápiz para accionarlo y se encendió una luz interior, una simple bombilla que colgaba del techo.

—¡Demonios! —exclamó Wiechert, mirando por encima del hombro de Schiller.

El compartimiento secreto medía unos tres metros de largo, lo mismo que el cuarto de baño, pero tan sólo unos noventa y dos centímetros de ancho. Y sin embargo, era más que suficiente. A su derecha tenían la parte posterior del espejo que había encima de la cabecera de la cama, en el cuarto de al lado, un espejo de cristal unidireccional, a través del cual se podía ver todo el dormitorio. Frente al centro del espejo, y de cara al dormitorio, en un trípode había una cámara de vídeo, uno de esos aparatos que forman parte de los equipos de alta tecnología y que daría, sin duda alguna, películas de una gran definición, pese a haber sido tomadas a través de un cristal y con escasa iluminación. El equipo de sonido era también uno de los mejores. Toda la parte interior de la pared del pasillo era una única estantería, desde el suelo hasta el techo, y cada uno de los estantes estaba lleno de cajas con cintas de vídeo. El lomo de cada una de ellas llevaba pegada una etiqueta con un número. Schiller retrocedió.

El teléfono, después de que los hombres del equipo forense lo hubiesen limpiado de huellas dactilares el día anterior, se podía usar. Telefoneó a la Dirección General de Policía y pidió que le pusieran directamente con Rainer Hartwig, el director de la Primera K.

—¡Mierda! —exclamó Hartwig cuando el comisario le hubo comunicado los detalles—. Muy bien hecho. Quédate allí. Te enviaré a dos hombres del departamento de Huellas. Eran las ocho y cuarto de la mañana. Dieter Aust se estaba afeitando. En el dormitorio, la televisión estaba encendida con el espectáculo matutino. Después transmitieron las noticias. Aust podía escucharlas desde el cuarto de baño. No prestó mucha atención a una reseña acerca de un doble crimen en Hahnwald hasta que el locutor dijo:

—Una de las víctimas, la prostituta de lujo Renate Heimendorf...

En ese momento, el director de la oficina de Colonia del «BND» se hizo un corte profundo en la mejilla izquierda. En diez minutos se encontraba sentado al volante de su automóvil y se dirigía a toda velocidad a su despacho, al que llegó una hora más temprano que de costumbre. Eso desconcertó sobremanera a Fräulein Keppel, habituada a estar en la oficina una hora antes que su jefe.

—Ese número —dijo Aust—, el número de contacto que Morenz nos dejó antes de irse de vacaciones, ¿quiere tener la amabilidad de dármelo?

Cuando trató de ponerse en comunicación con su subordinado, escuchó el típico tono del aparato «descolgado». Verificó entonces el número con la telefonista de una popular colonia vacacional en la Selva Negra, pero ésta le informó de que esa línea parecía estar fuera de servicio. Dieter Aust ignoraba que uno de los hombres de McCready había alquilado el chalé y lo había dejado cerrado después de haber descolgado el teléfono. Sin saber qué hacer, y más como la corroboración de una conjetura, por demás aventurada, Aust marcó el número de teléfono del piso de Morenz en Porz, y para su gran asombro, se encontró hablando con Fräü Morenz. Debían de haber regresado a casa antes de lo previsto.

—¿Podría hablar con su marido, por favor? Soy el director —Aust, la llamo desde la oficina.

—Pero si está con usted, Herr *direktor* —le explicó la mujer, paciente—. Fuera de la ciudad. De viaje. Volverá mañana por la noche.

—¡Ah, sí, claro, ya lo veo! ¡Muchas gracias, Fräü Morenz!

Colgó el teléfono, apesadumbrado. Morenz le había mentido. ¿Qué pretendería hacer? ¿Pasar un fin de semana con una amante en la Selva Negra? Era posible, pero no le gustaba nada el asunto. Entonces se puso en comunicación con Pullach, a través de una línea de seguridad, y habló con el subdirector del Directorio de Operaciones, la División para la que ambos trabajaban. El doctor Lothar Herrmann se mostró muy frío. Pero le escuchó con gran atención.

—Así que una prostituta asesinada. Y su chulo. ¿Cómo les mataron?

El director Dieter Aust consultó el *Kölner Stadt-Anzeiger* que tenía sobre el escritorio.

—A tiros.

—¿Tenía Morenz un arma? —preguntó la voz desde Pullach.

—Bueno..., eh..., me parece que sí.

—¿Dónde le fue expedida, por quién y cuándo? —preguntó el doctor Herrmann, para añadir de inmediato—: No importa. He de tenerlo por aquí. No se mueva de ahí, espere mi llamada.

A los diez minutos sonaba el teléfono.

—Se trata de una «Walther PPK», entregada por la Firma —dijo el doctor Herrmann—. En este centro. Había sido probada

en el campo de tiro y en el laboratorio antes de dársela. De eso hace diez años. ¿Dónde está el arma ahora?

—Tendría que estar en su caja fuerte personal —contestó Aust.

—¿Y es así? —preguntó el doctor Herrmann con gran frialdad.

—La buscaré y le llamaré de nuevo —respondió el atemorizado Aust entre susurros. Él tenía la llave maestra para todas las cajas fuertes de su Departamento. Cinco minutos después hablaba de nuevo con el doctor Herrmann.

—No está —dijo—. Se la habrá llevado a su casa, por supuesto.

—Eso está terminantemente prohibido. Al igual que el mentir a un oficial superior, cualquiera que pueda ser la causa. Creo que lo mejor será que yo vaya a Colonia. Espéreme, por favor, en el próximo vuelo que llegue de Munich. No importa cuál sea, estaré en ese avión.

Antes de irse de Pullach, el doctor Herrmann hizo tres llamadas telefónicas. Como resultado de las mismas, un policía de la Selva Negra haría una visita de inspección al chalé designado como lugar de vacaciones, entraría al mismo con la llave que el arrendatario le había facilitado y constataría que si bien el auricular del teléfono no descansaba en su horquilla, la cama no daba muestras de haber sido utilizada. En modo alguno. Esto sería lo que comunicaría en su informe. El doctor Herrmann aterrizó en Colonia a las doce menos cinco.

Bruno Morenz metió el «BMW» por el conjunto de construcciones de hormigón armado que integraban el paso fronterizo de Alemania Oriental y alguien le hizo señas para que se colocase detrás de una larga fila de coches. Un guardia fronterizo, con uniforme verde, asomó el rostro por la ventanilla del conductor.

—*Aussteigen, bitte. Ihre papiere.*

Morenz se apeó del coche y le tendió el pasaporte. Otros guardias se acercaron y rodearon el automóvil, lo que no dejaba de ser normal.

—Abra el capó, por favor, y el maletero.

Morenz hizo lo que le pedían; los otros iniciaron el registro. Un guardia introdujo debajo del coche una carretilla con un espejo encima. Otro se dedicó a examinar la caja del motor. Bruno hizo denodados esfuerzos para no mirar en esa dirección cuando uno de ellos se puso a inspeccionar la batería.

—¿Cuál es el motivo de su viaje a la República Democrática Alemana?

Bruno se volvió hacia el hombre que le había hablado. Unos ojos azules detrás de unas gafas sin montura se le quedaron mirando. Bruno le explicó que se dirigía a Jena con el fin de discutir una posible compra de instrumentos ópticos de la «Zeiss»; que si todo iba bien, regresaría esa misma noche; en caso contrario, volvería a reunirse por segunda vez con el director del departamento de Ventas al Extranjero en la mañana del día siguiente. Rostros impasibles. Le indicaron que pasase al salón de visitantes. «Deja que ellos encuentren los documentos por sí mismos —le había dicho McCready—. No les ofrezcas *demasiado*.» Los agentes de la Aduana inspeccionaron minuciosamente su maletín, leyeron con atención las cartas entre la «Zeiss» y la «BKI» de Wurzburg y registraron la maleta. Morenz rezó por que los sellos y el franqueo fuesen correctos. Lo eran. Entonces le devolvieron el equipaje. Morenz se lo llevó al coche. La inspección del automóvil había terminado. A un lado se encontraba un guardia fronterizo con un gigantesco perro alsaciano. Detrás de las ventanas del edificio, dos hombres vestidos de civil estaban vigilando. Eran de la Policía Secreta.

—Le deseo que disfrute de su visita a la República Democrática Alemana —le dijo el mayor de los guardias fronterizos, aun cuando no daba la impresión de que deseara lo que decía.

En ese momento se escucharon gritos y voces en las columnas de coches que se extendían a lo largo de las dos vías, separadas por una barrera de hormigón armado. El escándalo se había producido, al parecer, en la fila de los que salían. Todos volvieron para ver qué ocurría. Morenz se encontraba ya sentado al volante de su sedán negro. Se quedó mirando fijamente, angustiado por el terror.

A la cabeza de la columna había una furgoneta. Con matrícula de la República Federal Alemana. Dos guardias sacaban, de la parte trasera, a una chica joven que iba escondida debajo del suelo, en un angosto nicho construido con tal propósito. La chica estaba gritando. Era la novia del joven germanooccidental que conducía la furgoneta. Habían arrastrado al joven fuera del vehículo y lo acosaban, en el centro de un círculo formado por furiosas fauces de perros, a duras penas contenidos, y cañones de fusiles ametralladores. El joven, pálido como la cera, alzó los brazos.

—¡Dejadla en paz, hijos de puta! —vociferó.

Alguien le dio un golpe en el estómago. El joven cayó de bruces, retorciéndose de dolor.

—¡Vamos! ¡Adelante! —ordenó, irritado, el guardia que estaba cerca de Morenz.

Bruno soltó el embrague y el «BMW» dio un salto hacia delante. Cruzó las barreras y se detuvo ante el «Banco del Pueblo» para entregar sus marcos occidentales y recibir, al cambio de uno por uno, la misma cantidad nominal de unos marcos orientales que apenas tenían valor; luego recogió su declaración de cambio de divisas, debidamente sellada. El cajero se encontraba alicaído al parecer. A Morenz le temblaban las manos. De vuelta en su automóvil, miró por el espejo retrovisor y vio cómo se llevaban a empellones al joven y a la chica, que seguía gritando; momentos después desaparecían en una de las edificaciones de hormigón.

Bruno se dirigió hacia el Norte, sudaba profusamente. Sabía que beber alcohol mientras se conducía estaba rigurosamente prohibido en la República Democrática Alemana; no obstante, echó mano de su petaca y tomó un buen trago. Comenzó a sentirse mucho mejor. Tenía que haberse dado cuenta de que había perdido la facultad de dominar sus nervios. Padecía el típico agotamiento; lo único que le hacía mantenerse en pie era la experiencia acumulada en tantos años de entrenamiento. Y también la firme resolución de no dejar en la estacada a su amigo McCready. Por ello condujo con prudencia. No demasiado rápido, pero tampoco muy lento. Echó una mirada al reloj para comprobar la hora. Tenía tiempo. Era mediodía, y la entrevista se celebraría a las cuatro de la tarde. Condujo durante dos horas. Pero ese miedo cerval que se apodera del agente secreto durante una misión en territorio enemigo, cuando piensa que puede pasarse diez años en un campo de trabajos forzados si es descubierto, había empezado a socavar un sistema nervioso que, en realidad, se hallaba reducido a un montón de ruinas.

McCready lo había estado observando mientras entraba en el corredor entre los dos postes fronterizos, luego lo había perdido de vista. No se había enterado del incidente con la chica y el joven porque debido a la curva que había en la colina, sólo podía ver los tejados de la parte de la Alemania Oriental y la bandera que ondeaba sobre ellos, con el escudo del martillo, el compás y los manojos de espigas de trigo. Poco antes de que

diesen las doce divisó, muy a lo lejos, el sedán «BMW» negro, que se alejaba por las tierras de Turingia.

En la parte trasera del «Range Rover», Johnson tenía lo que podía parecer un maletín cualquiera. Dentro llevaba un teléfono portátil, pero diferente de todos los demás. El equipo podía enviar y recibir mensajes en clara conversación, pero desmodulados, con lo que podían comunicarse con el cuartel general de Comunicaciones del Gobierno británico, el famoso GCHQ, situado en las inmediaciones de Cheltenham, en Inglaterra; o con la Century House, en Londres, o con la estación del SIS en Bonn. El equipo parecía un teléfono portátil ordinario, con botones numerados para marcar. McCready se lo había llevado consigo con el fin de permanecer en contacto con su propia base de operaciones, e informar del momento en que *el Duendecillo* regresase a casa sano y salvo.

—Ya ha pasado —comentó McCready a Johnson—, ahora sólo nos queda esperar.

—¿Desea comunicárselo a Bonn o a Londres? —preguntó Johnson.

McCready denegó con la cabeza.

—No hay nada que puedan hacer —dijo—. Ahora, nadie puede. Es el turno del *Duendecillo*.

En el apartamento de Hahnwald, los dos hombres del departamento de dactiloscopia habían terminado su trabajo en el recinto secreto y se disponían a marcharse. Dentro de aquella especie de mazmorra habían descubierto tres grupos distintos de huellas dactilares.

—¿Se encuentran entre las diecinueve que encontrasteis ayer? —preguntó Schiller.

—Lo ignoro —dijo el mayor de los técnicos—. Tendré que comprobarlo en el laboratorio. Te lo haré saber. En todo caso, ahora puedes entrar.

Schiller se metió de nuevo en el escondite y examinó las inscripciones en las cajas de las cintas de vídeo. Nada había que indicase su contenido, tan sólo números marcados en las etiquetas de los lomos. Cogió una de las cajas al azar, se dirigió al dormitorio principal y metió la cinta en el vídeo. Con el mando a distancia encendió éste y el aparato de televisión. Entonces apretó el botón de *ejecución*. Se sentó al borde de la desmantelada cama. Dos minutos después se levantó y desconectó los aparatos. Aquel hombre joven estaba perplejo y conmocionado.

—*¡Donnerwetter nochmal!* —susurró Wiechert, de pie en el umbral de la puerta, devorando un gran trozo de *pizza*.

Tai vez aquel senador de Baden-Württemberg no fuese más que un simple político de provincias, pero era bastante conocido a escala nacional por sus frecuentes apariciones en los canales de la Televisión federal, en los que clamaba por una vuelta a los viejos valores morales tradicionales y exigía la proscripción de la pornografía. Sus votantes lo habrían visto en muy variadas poses: acariciando las cabecitas de los niños, dando besitos a recién nacidos, inaugurando celebraciones eclesiásticas o dirigiéndose a un público de damas conservadoras. Pero no lo habrían visto caminando desnudo y a cuatro patas por un aposento, con un collar de perro al cuello, atado con una correa y conducido por una jovencita que vestía únicamente unas botas muy altas y que blandía, amenazante, una fusta.

—Quédate aquí —dijo Schiller—. ¡No te vayas! ¡No se te ocurra moverte! Vuelvo a la Dirección General de Policía.

Eran las dos de la tarde.

A esa misma hora, Bruno Morenz echaba una ojeada a su reloj de pulsera. Debía de encontrarse ahora al oeste del cruce de Hermsdorf, ese gran cruce de carreteras en el que la Autopista Norte-Sur, que parte de Berlín y llega al puerto fronterizo del río Saale, se cruza con la Autopista Este-Oeste, que sale de Dresde hasta Erfurt. Aún le quedaba mucho tiempo por delante. Quería estar en el área de estacionamiento a las cuatro menos diez, para encontrarse allí con Smolensko, y no deseaba llegar antes porque, en ese caso, resultaría muy sospechoso que alguien que conducía un automóvil matriculado en Alemania Occidental estacionara en un lugar como ése durante tanto tiempo.

De hecho, cualquier tipo de parada despertaría la curiosidad. Los hombres de negocios germanooccidentales tienden a ir derechos a su lugar de destino, liquidan sus asuntos y regresan de inmediato. Mejor sería que siguiera conduciendo. Decidió pasar por Jena y Weimar hasta el desvío hacia Erfurt, dar entonces la vuelta y dirigirse otra vez a Weimar. Así mataría el tiempo. En ese momento advirtió que, por detrás, por el carril de adelantamientos, se le acercaba un coche «Wartburg», de la llamada Policía Popular, cuyo techo iba adornado con dos faros de luces azuladas y un megáfono exterior. Los dos agentes de tráfico que patrullaban por la autopista se le quedaron mirando fijamente, con rostros inexpresivos.

Morenz aferró el volante con fuerza, tratando de dominar el pánico que se había apoderado de él.

«Se han enterado de todo —le decía en su interior una vocecilla traicionera—. Es más que una trampa. Han cogido a Smolensko. Y ahora te atraparán a ti. Te esperaban. Están controlándote, porque has llegado demasiado pronto.»

«No seas imbécil», le decía su mente consciente. Pero entonces el recuerdo de Renate acudió a él, y la más amarga desesperación se fue a juntar con el miedo, por lo que éste salió vencedor.

«Escucha, pedazo de cretino —le dijo su mente—, has cometido una estupidez. Pero no fue porque quisieras cometerla. Y además utilizaste tu cabeza. Los cadáveres no serán descubiertos hasta dentro de algunas semanas. Y, para entonces, ya estarás fuera de la Compañía, incluso del país, con tus ahorros, en un país donde te dejarán tranquilo. En paz. Y esto es lo único que ahora necesitas: paz. Tranquilidad. Y tendrán que dejarte en paz debido a lo de las cintas.

El coche de los *vopos* redujo la velocidad y los dos hombres se le quedaron mirando, inquisitivos. Bruno empezó a sudar. Le invadía un miedo cervical. No podía saber que los dos jóvenes policías eran muy aficionados a los coches, y que nunca habían visto hasta entonces el nuevo modelo sedán de la «BMW».

El comisario Schiller se entrevistó durante una media hora con el director de la Brigada de Homicidios, a quien explicó lo que había encontrado. Hartwig se mordió los labios.

—Esto empieza a ponerse de castaño oscuro —dijo el director—. ¿Había comenzado ya a ejercer la extorsión o lo que tenía ahí se lo reservaba para su jubilación? No lo sabemos.

Cogió el teléfono y pidió que le comunicaran con el laboratorio de criminología forense.

—Quiero tener en mi despacho, dentro de una hora, las fotografías de los proyectiles extraídos, y las huellas dactilares, las diecinueve de ayer y las tres de esta mañana, ¿entendido?

El director se puso entonces de pie y se dirigió de nuevo a Schiller:

—En marcha. Volvamos al lugar de los hechos. Quiero ver aquello con mis propios ojos.

Y fue el director Hartwig el que encontró la libreta de apuntes. Nadie podía imaginar cómo una persona podía ser tan desconfiada como para ocultar una libreta en un cuarto que ya se encontraba de por sí perfectamente escondido. La libreta

estaba debajo del anaquel inferior de la estantería en la que estaban almacenadas las grabaciones de vídeo.

Como se pudo comprobar, la lista era del propio puño y letra de Renate Heimendorf. Quedaba claro que había sido una mujer muy inteligente y que ésa era su auténtica operación, la cual había empezado con los refinados arreglos que introdujo en el apartamento original y que culminaba en ese mando a distancia, tan inofensivo en apariencia, con el que podía mover a capricho la cámara que tenía emplazada detrás del espejo. Los chicos del equipo forense lo habían visto sobre la cama, pero habían pensado que era un mando de repuesto para el televisor.

Hartwig recorrió la lista de nombres anotados en la libreta, cuya numeración se correspondía a los números que figuraban en los lomos de las cajas con las cintas de vídeo. Reconoció algunos nombres, otros, no. Pensó que los que no había reconocido pertenecerían a personalidades importantes extranjeras. Entre los que había reconocido se encontraban dos senadores, un diputado (del partido gobernante), un financiero, un banquero (de la localidad), tres industriales, el heredero del propietario de una importante fábrica de cerveza, un juez, un cirujano famoso y un personaje de la televisión, muy conocido a escala nacional. Ocho de los nombres parecían anglosajones (¿británicos?, ¿estadounidenses?, ¿canadienses?) y dos eran franceses. Contó el resto.

—Ochenta y un nombres —dijo—. Ochenta y una cintas. ¡Por los clavos de Cristo!, si los nombres que yo he reconocido son más o menos representativos del conjunto total, ahí tiene que haber el material suficiente como para hacer caer a varios Gobiernos estatales, quizás hasta el de Bonn.

—Pues en buen lío nos hemos metido —dijo Schiller—. Aquí hay sólo sesenta y una.

Los dos hombres se pusieron a contarlas de nuevo. Sesenta y una.

—¿No dijiste que en este escondrijo habían encontrado tres grupos de huellas?

—Así es, señor.

—Suponiendo que dos pertenezcan a Heimendorf y a Hoppe, las del tercer grupo deben de ser las de nuestro asesino. Y tengo la terrible impresión de que ese hombre se ha llevado veinte cintas. Vámonos, iré a ver al director con todo esto. Este asunto sobrepasa los límites de un simple asesinato, va mucho más allá.

El doctor Herrmann estaba terminando de almorzar con su subordinado Aust.

—Mi querido Aust, no sabemos absolutamente nada, de momento. Pero sí tenemos motivos para estar preocupados, eso es todo. Es posible que la Policía detenga e inculpe de un momento a otro a un gángster, y que Morenz vuelva según había anunciado, después de haber pasado un delicioso fin de semana con una amante en algún otro lugar que no sea la Selva Negra. Quiero decirle que su inmediata expulsión del cuerpo, con pérdida automática de la pensión, es algo que está fuera de toda duda. Pero lo único que quiero, de momento, es que lo busque y averigüe dónde está. Envíe a alguna mujer de nuestra organización a su casa, para que haga compañía a la esposa, por si acaso él llama. Puede utilizar la excusa que más le plazca. Intentaré informarme de cómo van las investigaciones policíacas. Y póngase en contacto conmigo si tiene noticias de él.

Sam McCready estaba sentado en el pescante del «Range Rover», sintiendo la caricia de los ardientes rayos del sol en lo alto de una montaña desde la que se divisaba, abajo, la corriente del río Saale, mientras saboreaba el café que llevaba en un termo. Johnson depositó su equipo portátil en el suelo. Había estado hablando con Cheltenham, la gigantesca estación de escucha situada al oeste de Inglaterra.

—Nada —dijo—, todo normal. No hay aumento de las comunicaciones radiofónicas en ninguno de los sectores, ni de los rusos, ni del Servicio de Seguridad del Estado, ni de la Policía Popular. Sólo rutina.

McCready echó un vistazo a su reloj. Las cuatro menos diez. En esos momentos aproximadamente Bruno se estaría dirigiendo hacia el área de estacionamiento al oeste de Weimar. Le había dicho que llegase cinco minutos antes, y que no esperase más de veinticinco si Smolensko no estaba allí. Eso sería considerado como un fallo. McCready se mantenía en calma frente a Johnson, pero detestaba las esperas. Lo peor de todo era tener que aguardar a un agente que había cruzado la frontera. La imaginación le juega a uno más de una mala pasada, creando todo un cúmulo de problemas que podrían haber surgido al otro lado, pero que probablemente no han surgido. Por centésima vez, McCready calculó el tiempo que podría durar la operación. Cinco minutos en el estacionamiento a un lado de la carretera; el ruso hacía la entrega; diez minutos

más para permitir al ruso que se fuera. Partida a las cuatro y cuarto. Cinco minutos para pasar el manual desde el sobaco, tapado por la chaqueta, al compartimiento situado debajo de la batería; una hora y cuarenta y cinco minutos de viaje —tendría que aparecer por su campo visual a eso de las seis de la tarde...—, otra taza de café.

El director de la Policía de Colonia, Arnim von Starnberg, escuchaba con solemnidad el informe que el joven comisario le presentaba. A su derecha estaba sentado Hartwig, el director de la Brigada de Homicidios, y a su izquierda, Horst Fránkel, el director de toda la Brigada de Investigación Criminal. Esos dos altos oficiales habían llegado a la conclusión de que tenían que ir a verlo de inmediato. Ese asunto no sólo era algo más que un simple asesinato, sino que sobrepasaba también las competencias de Colonia. El director había decidido ya traspasar el caso a estamentos superiores antes de que el joven Schiller terminase de hablar.

—Guardaré el más completo silencio sobre todo esto, Herr Schiller —dijo Von Starnberg—. Tanto usted como su colega, el subcomisario Wiechert. Sus carreras dependen de ello, ¿me ha comprendido? —Entonces se dirigió a Hartwig—: Y lo mismo reza para esos dos hombres de dactiloscopia que vieron el cuarto de la cámara de vídeo. —Despidió a Schiller y se dirigió a los otros detectives—: ¿Hasta dónde han llegado ustedes en sus pesquisas?

Fránkel hizo una señal a Hartwig, el cual mostró un montón de fotografías ampliadas de una gran calidad.

—Pues bien, señor director, ahora tenemos las balas que causaron la muerte de la prostituta y de su amante. Necesitamos encontrar la pistola que las disparó. —Hartwig señaló dos fotografías—. Son dos balas, una en cada cuerpo. También tenemos las huellas dactilares. Había tres grupos en el recinto de la cámara. Dos pertenecían a la prostituta y a su chulo. Creemos que el tercer grupo de huellas debe de pertenecer al asesino. Asimismo pensamos que él ha sido el ladrón de las veinte cajas que faltan.

Ninguno de los tres hombres podía saber que, en realidad, faltaban veintiuna cintas de vídeo. En la noche del viernes, Bruno Morenz había arrojado al Rin la vigésimo primera cinta, en la que aparecía él mismo, y que no estaba registrada en la libreta porque él jamás podía ser tomado como posible objeto de chantaje, sino de simple diversión.

—¿Dónde están las sesenta y una cintas restantes? —preguntó Von Starnberg.

—En mi caja fuerte personal —contestó Fránkel.

—Tráigalas a mi despacho en seguida, por favor. Nadie debe verlas.

Cuando Arnim von Starnberg se quedó solo en su despacho, se puso inmediatamente a telefonar. A lo largo de aquella tarde, la responsabilidad del asunto fue ascendiendo por la jerarquía oficial con más rapidez que un mono trepa por un árbol. Colonia traspasó el caso a la Brigada Provincial de Investigación Criminal de Dusseldorf, la capital del land, que a su vez se lo pasó a la Brigada Federal de Investigación Criminal, con sede en Wiesbaden. Limusinas fuertemente custodiadas, con las sesenta y una cintas y la libreta de notas, circularon de ciudad en ciudad. En Wiesbaden, el material quedó retenido durante un buen rato mientras las autoridades competentes se ponían de acuerdo en cómo comunicar la noticia al ministro de Justicia en Bonn, que era el siguiente peldaño en la escalera. Para entonces, los sesenta y un atletas sexuales habían sido identificados ya. Aproximadamente el cincuenta por ciento era gente acomodada; el resto estaba integrado por personas igualmente ricas; pero que, al mismo tiempo, eran parte integrante de las llamadas fuerzas vivas de la nación. Y lo que empeoraba el asunto, también estaban involucrados seis parlamentarios del partido en el Gobierno, más dos de la oposición, dos funcionarios públicos de alta jerarquía y un general del Ejército. Eso en lo que respectaba a los alemanes. También había dos diplomáticos extranjeros residentes en Bonn (uno de ellos de uno de los países aliados de la OTAN), dos políticos extranjeros que habían estado de visita en Alemania, y un miembro de la Casa Blanca, persona muy próxima a Ronald Reagan.

Pero incluso mucho peor era lo de la lista con los nombres, ahora por fin identificados, de las personas cuyas diversiones grabadas habían desaparecido. Entre ellas se contaban un respetable miembro de la junta directiva del partido en el poder en la República Federal Alemana, un ministro (federal), un diputado (federal), un juez (del Tribunal Supremo de Justicia), un oficial de alta graduación de las Fuerzas Armadas (esta vez del Aire), el magnate de la cerveza identificado por Hartwig y un joven ministro con una rápida carrera ascendente. Y esto aparte de otras personalidades, flor y nata del comercio y de la industria.

—Uno bien puede reírse de esos atolondrados hombres de negocios —comentó un alto funcionario de la Brigada Federal de Investigación Criminal en Wiesbaden—. Si se han arruinado por su frivolidad, ellos mismos tienen la culpa. Pero esa puta se había especializado en personalidades del Sistema.

A últimas horas de la tarde, y por una simple cuestión de procedimiento, el BFV, Servicio de Seguridad interna del país, fue informado de los hechos. No se le comunicaron todos los nombres, sólo un sucinto relato del curso de las investigaciones y los progresos realizados. Lo irónico del caso era que el BFV tiene su cuartel general en Colonia, ciudad en la que todo había comenzado. El memorándum interdepartamental acerca del caso fue a parar al escritorio de un alto agente del Servicio Secreto de Contraespionaje llamado Johann Prinz.

Bruno Morenz circulaba con lentitud en dirección oeste por la Autopista siete. Se encontraba a unos seis kilómetros al oeste de Weimar y a un kilómetro y medio de los barracones soviéticos de Nohra, que se distinguían a lo lejos por sus murallas blancas. Cogió una curva y, al salir de ella, se encontró con el área de estacionamiento a ese lado de la autopista, justo donde McCready le había dicho que tendría que estar. Comprobó la hora; faltaban ocho minutos para las cuatro. La carretera estaba vacía. Aminoró la velocidad y se metió en el área de estacionamiento.

Siguiendo las instrucciones recibidas, se apeó del coche, abrió el maletero y sacó la caja de las herramientas. La abrió y la depositó en el suelo, delante del vehículo, en el lado del volante, donde era bien visible para cualquiera que circulase por allí. Apretó el botón que abría el capó y lo levantó. Su estómago empezó a gruñir. Detrás del estacionamiento y a lo largo de la autopista había árboles y matorrales. En su imaginación vio a los agentes de la SSD agazapados, esperando para efectuar el doble arresto. Tenía la boca seca y el sudor le corría a raudales por la espalda. Tenía los nervios hechos polvo, y operaba sólo gracias a una reserva interior que también estaba a punto de partirse en dos como una cinta elástica estirada hasta el límite.

Cogió una llave dentada, justo la que necesitaba para realizar su trabajo, y metió la cabeza debajo del capó. McCready le había enseñado la manera de aflojar la tuerca que sujetaba el tubo del agua al radiador. Y eso fue lo que hizo. Al instante empezó a chorrear el agua. Cambió entonces la llave dentada

por otra, en la que, evidentemente, la tuerca no encajaba, y trató en vano de asegurar el tubo de nuevo.

Los minutos pasaban con lentitud. Inclinado sobre el motor, Morenz continuaba afanándose inútilmente con su chapucería. Echó una mirada de reojo a su reloj de pulsera. Las cuatro y seis minutos. «¿Dónde demonios estás?», preguntó para sus adentros. Casi en ese mismo instante se escuchó el rechinar de guijarros bajo las ruedas al detenerse un vehículo. Morenz mantuvo la cabeza agachada. El ruso se le acercaría y le diría, en su alemán con acento extranjero: *Si le ha surgido algún problema, es posible que yo tenga un mejor juego de herramientas*, entonces le ofrecería la plana caja de madera de las herramientas del jeep. El manual titulado *Orden soviético de batalla* se encontraría debajo de las llaves dentadas, en un sobre rojo de plástico...

Los oblicuos rayos del sol se vieron ensombrecidos por el cuerpo de alguien que se acercaba. Pisadas de botas crujieron en la gravilla. El hombre estaba cerca de él, a su espalda. No le dijo nada. Morenz se enderezó. El coche de la Policía germano-oriental se había detenido a unos cinco metros de distancia. Un policía vestido de uniforme verde se había apostado ante la abierta portezuela del conductor. El otro se encontraba junto a Morenz, mirando el motor del sedán «BMW».

Morenz sintió ganas de vomitar. Las paredes de su estómago empezaron a irrigar ácidos dentro de su sistema digestivo. Sintió que le doblaban las rodillas y que las piernas no le sostenían. Trató de erguirse y faltó poco para que se desplomase al suelo. El policía le miró a los ojos.

—¿Le ocurre algo? —preguntó.

Por supuesto que se trataba de una farsa, esa endiablada cortesía para enmascarar el triunfo. La pregunta de si algo andaba mal no era más que el prelude de los gritos, las voces y la detención. A Morenz le pareció que la lengua se le había quedado pegada al paladar.

—Pensé que estaba perdiendo agua —dijo.

El policía metió la cabeza debajo del capó y examinó el radiador. Cogió la llave dentada que empuñaba Morenz, la probó, se agachó y eligió otra del suelo.

—Ésta encajará —aseguró, ofreciéndosela.

Morenz la utilizó y logró apretar la tuerca. El tubo dejó de chorrear agua.

—No era la llave adecuada —dijo el policía.

El hombre se quedó mirando el motor del «BMW». Parecía contemplar fijamente la batería.

—Hermoso coche —dijo al fin—. ¿Dónde se hospeda usted?

—En Jena —respondió Morenz—. Mañana por la mañana he de ver al director del Departamento de Ventas al extranjero de la «Zeiss». Tengo que comprar algunos artículos para mi compañía.

El policía hizo un gesto de aprobación.

—Producimos cosas estupendas en la República Democrática Alemana —comentó.

No era verdad. Alemania Oriental no poseía más que una sola fábrica que produjese artículos equiparables al nivel tecnológico occidental, y ésa era la «Zeiss».

—¿Qué está haciendo por aquí?

—Quería ver Weimar..., la casa de Goethe.

—Pues va en dirección contraria. Weimar queda por allí.

El policía señaló la carretera con el índice, apuntando hacia detrás de Morenz. Un jeep «GAZ» soviético, pintado de gris y verde, pasó por su lado en ese momento. El conductor, con la visera de la gorra calada hasta los ojos, se volvió hacia Morenz, se encontró con su mirada durante un segundo, se fijó en el vehículo de los *vopos* y pasó de largo. El encuentro había fallado. Smolensko no se acercaría.

—Sí, lo sé. Cogí un desvío equivocado al salir de la ciudad. Estaba tratando de ver dónde podía dar la vuelta cuando advertí que la presión del agua disminuía...

Los *vopos* le ayudaron a dar la vuelta y le siguieron hasta Weimar. Se separaron de él a la entrada de la ciudad. Morenz se dirigió a Jena y se hospedó en el hotel «Oso Negro».

El doctor Herrmann tenía un contacto en el BFV. Algunos años antes, al trabajar en el escándalo provocado por Günther Guillaume, cuando se descubrió que el secretario particular del canciller Willy Brandt era un espía de la Alemania Oriental, los dos hombres se habían conocido y colaborado. A las seis de la tarde, el doctor Herrmann llamó por teléfono al BFV en Colonia y pidió que le pusieran con la persona que deseaba ver.

—¿Johann? Soy Lothar Herrmann. No, no, estoy aquí, en Colonia. Oh, asuntos rutinarios, ¿sabes? Tenía la esperanza de poder invitarte a cenar. ¡Fantástico! Pues bien, mira, me hospedo en el hotel que hay frente a la catedral. ¿Qué te parece si nos encontramos en el bar? ¿Alrededor de las ocho? Te estaré esperando.

Johann Prinz colgó el auricular y se preguntó qué habría obligado a Herrmann a ir a Colonia. ¿Acaso visitar sus tropas? Tal vez...

A las ocho, en la cima de la montaña por encima del río Saale, Sam McCready se apartó los prismáticos de los ojos. La débil luz crepuscular le impedía ver el puesto fronterizo de Alemania Oriental y la carretera que se extendía detrás. Se sentía cansado, vacío. Algo había salido mal al otro lado de esos campos minados y de esas alambradas. No tenía por qué ser algo importante, quizá tan sólo se tratara del simple reventón de un neumático o de un atasco de tráfico... Pero eso sí que no era probable. Quizá su hombre se encontrase ya conduciendo en dirección Sur, hacia la frontera. A lo mejor Pankratin no se había presentado en el primer encuentro, por no haber conseguido un jeep o no haber tenido la oportunidad de escapar... La espera era siempre lo peor de todo, el tener que aguardar sin saber qué podía haber salido mal.

—Volvamos abajo, a la carretera —le dijo a Johnson—. De todos modos, ya no puedo ver nada desde aquí.

Dejó a Johnson instalado en el aparcamiento de la estación de servicio de Frankenwald, en el lado de la vía que se dirige hacia el Sur, pero con el morro del vehículo hacia el Norte, en dirección a la frontera. Johnson permanecería allí sentado durante toda la noche, vigilando por si el «BMW» aparecía. McCready abordó a un camionero que se dirigía hacia el Sur, le explicó que su coche se había averiado y se hizo llevar por él unos diez kilómetros, dirección sur. Se bajó en el cruce hacia Münchberg, recorrió el kilómetro y medio que le separaba de aquella pequeña aldea y se alojó en el «Braunschweiger Hof». En una bolsa llevaba su teléfono portátil por si Johnson quería comunicarse con él. Encargó que un taxi le recogiera a las seis de la mañana.

Herrmann y Prinz estaban sentados a una mesa en un rincón del restaurante y encargaron la cena. Hasta ese momento se habían comportado con exquisita cortesía. «¿Qué tal te van las cosas?» «Muy bien, gracias.» Cuando estaban saboreando el cóctel de gambas, Herrmann empezó a abordar el tema:

—¿Me imagino que ya os habrán informado sobre el caso de la prostituta...?

Prinz se quedó sorprendido. ¿Cuándo se habían enterado los del BND? Él mismo no había visto el expediente hasta las cinco

de la tarde. Herrmann le había telefoneado a las seis, y a esa hora ya se encontraba en Colonia.

—Sí —contestó—. Esta tarde nos ha llegado el expediente.

Herrmann fue entonces el sorprendido. ¿Por qué se informaba al Servicio de Contraespionaje de un doble crimen en Colonia? Había imaginado que tendría que explicárselo a Prinz antes de poder pedirle el favor.

—Asunto enojoso —murmuró Herrmann cuando les estaban sirviendo los solomillos.

—Y que está empeorando —asintió Prinz—. A Bonn no le hace ninguna gracia que esas cintas pornográficas estén dando vueltas por ahí.

Herrmann mantuvo el rostro impasible, pero se le revolvió el estómago. ¿Cintas pornográficas? ¡Dios Santo! ¿Qué clase de cintas? Fingió una leve sorpresa y bebió algo más de vino.

—Eso va un poco lejos, ¿no? Seguramente estaría fuera del despacho cuando los últimos detalles llegaron. ¿Puedes ponerme al corriente?

Y eso fue lo que Prinz hizo. Herrmann perdió definitivamente el apetito. El único olor que le llegaba a la nariz no era el de la carne y el del clarete, sino el de un escándalo de dimensiones apocalípticas.

—Y hasta ahora ninguna pista —murmuró Herrmann en tono de preocupación.

—No gran cosa —asintió Prinz—. Han dado orden a la Brigada de Investigación Criminal para que aparten a todos los hombres de otros casos y los dediquen exclusivamente a éste. La búsqueda, como es lógico, se centra en el arma y en el propietario de esas huellas dactilares.

Lothar Herrmann dio un suspiro.

—Me pregunto si el criminal no podía ser un extranjero —sugirió Herrmann.

Prinz terminó de comerse el helado y dejó la cucharilla sobre el plato. Se sonrió, con expresión maliciosa.

—¡Ajá!, ahora me doy cuenta. ¿Conque nuestro Servicio de Inteligencia exterior está interesado en el asunto?

Herrmann se encogió de hombros, como si quisiera restar importancia al caso.

—Mi querido amigo, ambos tenemos que cumplir en gran parte la misma misión. Proteger a nuestros dirigentes políticos...

Al igual que la inmensa mayoría de los altos funcionarios públicos, los dos hombres tenían una idea de sus dirigentes políticos que en modo alguno era compartida por éstos.

—Como es lógico, disponemos de nuestros propios archivos —dijo Herrmann—. Huellas dactilares de extranjeros que han llamado nuestra atención... Pero, por desgracia, no hemos recibido copias de las huellas dactilares que andan buscando nuestros amigos de la Brigada de Investigación Criminal...

—Podrías pedir las por conducto oficial —apuntó Prinz.

—Sí, pero, en ese caso, ¿por qué armar tanto alboroto por algo que a lo mejor no conduce a ninguna parte? De la otra forma, de un modo no oficial...

—No me gusta eso de *no oficial* —le espetó Prinz.

—Tampoco a mí, amigo mío, pero..., insisto de nuevo..., en aras de nuestra vieja amistad. Te doy mi palabra de que si descubro algo, te lo comunicaré de inmediato. Un esfuerzo conjunto de los dos Servicios. Repito, te doy mi palabra de honor. Y si no resulta nada, tampoco se habrá hecho daño a nadie.

Prinz se levantó de la mesa.

—Está bien —dijo—, en aras de nuestra vieja amistad. Pero sólo por esta vez.

Y al salir del hotel se preguntó qué demonios sería lo que Herrmann sabía o de qué sospechaba, y de lo que él no tenía ni la menor idea.

En el «Braunschweiger Hof» de Münchberg, Sam McCready estaba sentado en el bar. Acompañaba su soledad con la bebida, mientras contemplaba fijamente el entarimado de las paredes. Estaba triste y profundamente atormentado. Una y otra vez se preguntaba si había hecho bien en enviar a Morenz al otro lado.

Algo le pasaba a aquel hombre. ¿Un constipado veraniego?

Aquello se parecía más a una gripe virulenta. Pero la gripe no pone nervioso. Y su viejo amigo se veía demasiado excitado. ¿Habría perdido los nervios? No, no el viejo Bruno. Ya había hecho eso varias veces. Y estaba *limpio*, al menos por lo que McCready sabía. Trató entonces de justificarse a sí mismo. No había tenido tiempo para encontrar a una persona más joven. Y Pankratin no se detendría a mirar un rostro extraño. También la vida de Pankratin estaba en peligro. Pero si él se hubiese negado a enviar a Morenz, hubieran perdido el manual de guerra soviético. No tenía elección, se había visto obligado a hacerlo... Pero no podía dejar de atormentarse.

A unos ciento doce kilómetros más al Norte, Bruno Morenz se encontraba en el bar del «Hotel Oso Negro», en Jena. También él bebía, y también lo hacía solo. Pero mientras McCready podía permitírselo, Morenz, no. Ya había dejado de aguantar el alcohol. Se engañó a sí mismo, convenciéndose de que la bebida era su sostén, que le daría fuerzas y le ayudaría a salir de ésa. Pero la verdad era que lo estaba conduciendo cada vez más cerca del abismo.

Al otro lado de la calle podía divisar la entrada principal de la secular Universidad Schiller. Afuera había un busto de Karl Marx. En una placa se comunicaba que Marx había estudiado ahí en 1841, en la Facultad de Filosofía. Morenz pensó que era una auténtica lástima que aquel filósofo barbudo no hubiese reventado en ese mismo sitio en su época de estudiante. Así jamás hubiera ido a Londres a escribir *El capital*, y él no se encontraría ahora en tamaña miseria y tan lejos de su casa.

Miércoles

A la una de la mañana, alguien entregaba en la recepción del hotel, enfrente de la catedral, un sobre pardo, lacrado y precintado, a nombre del doctor Herrmann. Éste se encontraba despierto todavía. En el sobre había tres grandes ampliaciones; dos eran las fotografías de dos balas de nueve milímetros, y en la tercera aparecía un grupo de huellas dactilares, en las que se apreciaban un pulgar, algunos dedos y parte de la palma de la mano. Decidió no transmitir por fax las fotografías a Pullach, sino llevarlas él mismo por la mañana. Si esos delgados rasguños a lo largo de los proyectiles y la filigrana de las huellas coincidían realmente, se vería enfrentado a un dilema mayúsculo. ¿A quién decírselo y cuánto revelar? Si al menos ese cerdo de Morenz apareciese de una vez... A las nueve de la mañana abordó el primer avión de regreso a Munich.

A las diez de la mañana, la comandante Ludmilla Vanavskaya comprobaba una vez más en Berlín los lugares en los que podría encontrarse el hombre al que estaba buscando. Le habían dicho que se hallaba con la guarnición acantonada en las afueras de Erfurt. A las seis de la tarde, él partiría para Potsdam; al día siguiente volaría de regreso a Moscú.

«Y yo iré contigo, hijo de puta», pensó.

A las once y media, Morenz se levantó de la mesa de la cafetería donde había estado haciendo tiempo y se encaminó hacia su automóvil. Se sentía a morir. Llevaba la corbata desarreglada y no había podido afeitarse esa mañana. Una incipiente barba canosa le cubría las mejillas y la barbilla. No se veía precisamente como un hombre de negocios que estuviese a punto de entablar una transacción sobre instrumentos ópticos de precisión en la sala de juntas de las empresas «Zeiss». Condujo cuidadosamente hasta salir de la ciudad y luego dobló hacia el Oeste, en dirección a Weimar. La zona de estacionamiento se hallaba a unos cinco kilómetros de distancia.

Era mucho más grande que la del día anterior, y recibía la sombra de frondosas hayas que se extendían por los dos bordes de la carretera. En el lado contrario al estacionamiento, rodeada de árboles, estaba la cafetería «Mühltalperle». Nadie parecía merodear por los alrededores. El local no debía de encontrarse abarrotado de gente. Metió el coche en el aparcamiento a las doce menos cinco, sacó la caja de las herramientas, levantó el capó y repitió el procedimiento habitual. A las doce y dos minutos, el jeep «GAZ» del día anterior entró a la zona cubierta de grava y se detuvo. El hombre que se apeó del vehículo llevaba un holgado uniforme de campaña, de algodón, y calzaba unas botas que le llegaban hasta las rodillas. Lucía las insignias de cabo del Ejército soviético y se había calado la visera de la gorra hasta los ojos. Con paso resuelto se encaminó hacia el «BMW», llevando en la diestra una caja de madera aplanada.

—Si hay algún problema, es posible que yo tenga un mejor juego de herramientas —le dijo. Por debajo del capó metió la caja de madera en la que llevaba sus herramientas y la puso sobre el bloque de los cilindros. Con la sucia uña del dedo pulgar de la mano derecha empujó la aldabilla que abría la tapa. Dentro había un desordenado montón de llaves fijas.

—Conque nos vemos de nuevo, *Duendecillo*, ¿qué tal te va últimamente? —murmuró.

Bruno Morenz tenía de nuevo la boca completamente seca.

—Bastante bien —contestó Bruno en un susurro. Entonces apartó las llaves fijas. Debajo se encontraba el manual envuelto en un plástico rojo.

El ruso empuñó una llave y apretó la tuerca que había quedado suelta. Morenz cogió el libro, se lo metió por debajo de su fino impermeable, y, con la mano izquierda, se lo colocó en el sobaco. El ruso puso la llave en su lugar correspondiente y cerró la caja de las herramientas.

—Tengo que irme —musitó—. Dame diez minutos para desaparecer. Y muéstrame tu agradecimiento. Alguien puede estar observándonos.

Pankratin se enderezó, alzó una mano y regresó al jeep. El motor seguía encendido. Morenz se irguió y le saludó levantando el brazo.

—¡Muchas gracias! —le gritó.

El jeep se puso en marcha, de regreso a Erfurt. Morenz se sintió desfallecer. Le hubiese gustado encontrarse fuera de aquello. Necesitaba beber algo. Ya se detendría después y escondería el manual en el compartimiento secreto debajo de la batería. Pero en ese instante necesitaba un trago. Dejó caer el capó, metió las herramientas en el maletero, lo cerró y se sentó al volante. La petaca de licor estaba en la guantera. La sacó y bebió un buen trago; entonces se sintió satisfecho. Cinco minutos después, una vez recobrada la confianza en sí mismo, emprendió el camino de regreso a Jena. Se había fijado en que había una zona de aparcamiento similar más allá de Jena, justo antes del desvío que debía coger para entrar en la autopista en dirección a la frontera. Haría un alto en ese lugar para esconder el manual.

El accidente no fue culpa suya. Al sur de Jena, en el suburbio de Stadtroda, mientras avanzaba por la vía principal entre los enormes y espantosos bloques de apartamentos de esa ciudad-dormitorio, un «Trabant» salió disparado de una calle lateral. Morenz casi pudo frenar a tiempo, pero estaba lento de reflejos. El «BMW», mucho más fuerte que el otro coche, aplastó la parte trasera del *mini* germanooriental.

Y en ese mismo instante, el pánico se apoderó de Morenz. ¿Se trataba de una trampa? ¿No sería de la Seguridad del Estado el conductor de ese «Trabant»? El hombre se apeó del coche, contempló su parte de atrás aplastada y se lanzó contra el «BMW». Tenía el rostro congestionado por la ira y una expresión entre afligida y furiosa.

—¿Qué demonios se supone que está usted haciendo? —vociferó—. Malditos occidentales, ustedes se creen que pueden conducir como locos...

En la solapa de su chaqueta, el hombre llevaba el pequeño distintivo redondo del Partido Socialista Unificado (comunista). Miembro del Partido. Morenz se metió la mano izquierda por debajo de la chaqueta para colocar bien el manual en su lugar, se apeó del automóvil y sacó un buen fajo de billetes de la cartera. De marcos orientales, por supuesto; no hubiera podido

ofrecerle marcos occidentales, pues eso hubiese sido cometer un segundo crimen. La gente empezó a acudir al lugar del encontronazo.

—Escúcheme —dijo Bruno—, siento mucho lo ocurrido. Le indemnizaré por los daños causados. Este dinero debe de ser más que suficiente. Pero es que voy muy retrasado.

El enfurecido alemán oriental contempló el dinero. Era en verdad un buen fajo de billetes.

—Ése no es el caso —replicó—. Tuve que esperar cuatro años para conseguir este coche.

—Podrán repararlo —dijo un hombre que se encontraba al lado.

—No lo harán hasta que les dé la gana —argumentó el afligido propietario—. Tendré que enviarlo de vuelta a la fábrica.

La multitud era más numerosa cada vez. Y es que la vida resultaba aburrida en la ciudad-dormitorio de un centro industrial. Y el sedán «BMW» era digno de ser admirado. En ese momento, fue cuando el coche de la Policía apareció por allí. Era el tipo de automóvil corriente que patrullaba las calles, pero Morenz se puso a temblar. Los policías se apearon. Uno de ellos se quedó mirando los daños causados.

—Esto tiene fácil arreglo —dijo el policía—. ¿Prefiere usted poner una denuncia?

El conductor del «Trabant» se estaba echando atrás.

—Bien, yo...

El otro policía se acercó a Morenz.

—*Ausweis, bitte* —dijo.

Morenz utilizó la mano derecha para sacarse el pasaporte. Y la mano le temblaba. El policía se fijó en ella, en los enrojecidos ojos y en el rostro sin afeitar.

—Usted ha estado bebiendo —dijo. Acto seguido se aproximó a Bruno, lo olió y al hacerlo, su sospecha se confirmó—. Acompáñenos a la Comisaría. Vamos, entre en el coche...

El policía empezó a empujar a Morenz hacia el vehículo policial, cuyo motor seguía encendido. La portezuela del asiento del conductor estaba abierta. Y fue entonces cuando Bruno perdió definitivamente los estribos. Todavía llevaba el manual debajo del brazo. En la Comisaría se lo encontrarían, sin lugar a dudas. Con el brazo que le quedaba libre dio un golpe violento hacia atrás, acertó al policía en el centro del rostro y lo tiró al suelo, inconsciente, con la nariz partida. Entonces entró en el coche de la Policía, metió una marcha y salió disparado. Circulaba por el camino equivocado, hacia el Norte, en dirección

a Jena. El otro policía, aturdido por el asombro, pudo al fin sacar su arma y hacer cuatro disparos. Tres fallaron. El vehículo de los *vopos* se desvió bruscamente y desapareció al girar en una esquina. Iba perdiendo gasolina por el agujero que la cuarta bala había hecho en el depósito.

CAPÍTULO IV

Los dos *vopos* se quedaron tan asombrados por lo sucedido que sólo pudieron reaccionar poco a poco. Nada en su entrenamiento o en su experiencia previa les había acostumbrado a esa clase de desobediencia civil. Habían sido asaltados y humillados frente a un gran número de personas, por lo que ambos estaban fuera de sí y consumidos de rabia. Una buena cantidad de gritos y maldiciones tuvo lugar antes de que los dos hombres decidiesen lo que tenían que hacer.

El policía que no había sido agredido dejó a su compañero, con la nariz rota, en el lugar del suceso, mientras se dirigía a la Comisaría. No tenían aparato de comunicación portátil ya que estaban acostumbrados a utilizar la emisora de radio del coche para dar los partes. Los requerimientos a la gente para que alguien les dejase usar el teléfono fueron acogidos con gestos de indiferencia y encogimientos de hombros. La clase trabajadora no tiene teléfono en el paraíso de los obreros y los campesinos.

El miembro del Partido, con su aplastado «Trabant», preguntó si podía marcharse, y de inmediato fue retenido a punta de pistola por *Nariz Rota*, el cual empezaba a sospechar que cualquiera de los de allí presentes podía haber tomado parte en la conspiración.

Su compañero, que ascendía por la carretera en dirección a Jena, vio un «Wartburg» venir hacia él, así que le hizo señas (también a punta de pistola) y ordenó al conductor que lo condujera en seguida a la Comisaría central de Jena. Llevaban recorridos unos dos kilómetros cuando vieron acercarse un vehículo de la Policía. El *vopo* que iba en el «Wartburg» hizo señas amistosas a sus compañeros para que se detuviesen y les relató lo que había ocurrido. Haciendo uso de la radio del vehículo policial, dieron parte del caso, explicaron la naturaleza de los diversos crímenes que habían sido perpetrados y recibieron orden de comunicar los hechos de inmediato a la Jefatura Central de Policía. Mientras tanto, nuevos vehículos policiales eran enviados como refuerzos al lugar del accidente.

La llamada a la Jefatura Central de Policía de Jena fue registrada a las doce horas y treinta y cinco minutos. Pero también había sido tomada, a muchos kilómetros de distancia, en lo alto de las montañas de Harz —al otro lado de la frontera—, por un puesto de escucha británico, cuyo nombre cifrado era *Arquímedes*.

A las trece horas, el doctor Lothar Herrmann, ya de vuelta a su despacho de Pullach, descolgó el teléfono y recibió la ansiada llamada del laboratorio de balística que el BND tenía en un edificio contiguo. En el laboratorio, situado junto al depósito de armas y al campo de tiro, tenían la previsor costumbre, cuando entregaban un arma de fuego a algún agente, de no limitarse a anotar y registrar el número de serie de la pistola, por ejemplo, sino que efectuaban dos disparos en un recinto cerrado y luego recogían las balas y las guardaban.

El técnico, en un mundo perfecto, hubiera preferido disponer de las balas auténticas que habían sido extraídas de los cadáveres de Colonia, pero se las arregló con las fotografías. Todos los cañones de las armas de fuego son diferentes entre sí en lo que respecta a ciertas peculiaridades ínfimas, por lo que cada vez que se dispara un proyectil, el cañón deja en las balas que han salido por él unos rasguños diminutos, llamados *surcos*. Son algo similar a las huellas dactilares. El especialista en balística había comparado las dos balas de muestra que aún se conservaban en el laboratorio de aquella «Walther» entregada hacía diez años con las de las fotografías que le habían dado y de cuya procedencia no tenía ni la menor idea.

—¿Un parecido perfecto? Ya veo. Gracias —dijo el doctor Herrmann.

Llamó entonces al departamento de huellas dactilares —el BND conservaba también un juego completo de huellas de cada uno de sus propios empleados y agentes, además de las de otras personas que caían en su foco de atención—, y recibió la misma respuesta. El doctor Herrmann dio un hondo suspiro y descolgó de nuevo el auricular. Ya no podía hacer nada más; tendría que dirigirse al propio Director General.

Lo que siguió a continuación fue una de las reuniones más difíciles de toda su carrera. El Director General vivía obsesionado con la idea de la eficacia de su Agencia y de la imagen que ofrecía, no sólo en las antecámaras del poder en Bonn sino también ante toda la comunidad de los Servicios de Inteligencia de los países occidentales. Las noticias que Herrmann le traía le sentaron como una patada en el estómago.

No dejó de acariciar la idea de que las balas de muestra y las huellas dactilares de Morenz podrían «perderse», pero la rechazó de inmediato. La Policía acabaría por capturar a Morenz tarde o temprano, los técnicos del laboratorio deberían declarar: el escándalo sería mucho peor.

El Servicio Secreto de Inteligencia de la República Federal Alemana ha de rendir cuentas sólo a la oficina del Canciller, y el director general del BND sabía que, más tarde o más temprano, y lo probable era que fuese más temprano, tendría que informar sobre las anomalías que se habían producido en sus dependencias. Le horrorizaba lo que se le venía encima.

—¡Encuétralo! —ordenó a Herrmann—. Encuéntralo enseguida y recobra esas cintas.

Cuando el doctor Herrmann se disponía a salir del despacho del Director General, éste, que hablaba un inglés fluido, le hizo esta otra observación:

—Doctor Herrmann, los ingleses tienen un dicho que le recomiendo: *Thou shalt not kill, yet need not strive officiously to keep alive.*

El Director le había dado la frase rimada en inglés. El doctor Herrmann la había entendido, pero le faltaba el significado de la palabra *officiously*. De regreso a su despacho consultó un diccionario y decidió que la palabra alemana *unnötig* (innecesario) era, probablemente, la mejor traducción. Durante toda una vida dedicada al BND, ésa había sido la insinuación más elocuente que le habían hecho. Llamó entonces por teléfono al registro central del Departamento de Personal.

—Necesito de inmediato el *curriculum vitae* de uno de nuestros agentes —ordenó—; se llama Bruno Morenz.

A las dos de la tarde, Sam McCready se encontraba todavía en lo alto de la montaña donde había llegado con Johnson a las siete de la mañana. De todos modos sospechaba que el primer encuentro en las afueras de Weimar tenía que haber fallado, aunque nunca se estaba seguro de lo ocurrido; Morenz podría haber cruzado la frontera de madrugada, pero no lo había hecho. Y, una vez más, McCready pasó revista al posible horario; encuentro a las doce, partida a las doce y diez, una hora y tres cuartos de viaje... Morenz tendría que aparecer en cualquier momento. Se llevó de nuevo los prismáticos a los ojos y atisbó la lejana carretera al otro lado de la frontera.

Johnson estaba leyendo un periódico local, que había comprado en la estación de servicio de Frankenwald, cuando su

teléfono sonó discretamente. Se lo llevó al oído, escuchó unos instantes y se lo pasó a McCready.

—El Cuartel General —dijo—, quieren hablar contigo.

Era un amigo de McCready, que le llamaba desde la estación de Cheltenham.

—Mira, Sam —dijo la voz—, creo saber dónde os encontráis. De repente ha habido un inusitado aumento de las comunicaciones de radio no lejos de donde estás. Quizá deberías llamar a *Arquímedes*. Ellos tienen muchos más datos que nosotros.

En ese momento la comunicación se cortó.

—Ponme con *Arquímedes* —dijo McCready a Johnson—. Con el agente de servicios de la sección de Alemania Oriental.

Johnson comenzó a marcar los números de inmediato.

A mediados de los años cincuenta, el Gobierno británico, actuando a través del Ejército británico del Rin, compró un viejo castillo en ruinas, situado en lo alto de las montañas del Harz, no muy lejos de la bella y pequeña localidad histórica de Goslar. El Harz es un macizo montañoso, compuesto por cimas escalonadas, densamente pobladas de bosques, a través del cual pasaba la frontera entre las dos Alemanias, con un trazado sinuoso, que ora serpenteaba por cerradas revueltas, ora se deslizaba por las laderas de las montañas, ora corría a través de los rocosos barrancos. Era la región favorita para los posibles fugados de la Alemania Oriental que deseaban probar suerte por allí.

El castillo de Lówenstein fue restaurado por los ingleses, de un modo muy llamativo, como lugar de retiro para los músicos de las bandas militares, que podían practicar su arte; lo que sólo era un ardid mantenido con la ayuda de grabaciones y potentes altavoces. Cuando repararon los tejados, los ingenieros enviados de Cheltenham instalaron algunas antenas muy sofisticadas, que fueron perfeccionadas con los años a medida que los conocimientos científicos avanzaban. Pese a que los dignatarios alemanes de la localidad habían sido invitados algunas veces para asistir a auténticos conciertos de música de cámara y militar, ejecutadas por bandas militares contratadas para tales ocasiones. Lówenstein era en realidad una estación filial de la de Cheltenham con el nombre secreto de *Arquímedes*. Su misión consistía en escuchar los interminables parloteos que rusos y alemanes orientales mantenían al otro lado de la frontera. He ahí el valor de las montañas; garantizaban la recepción perfecta.

—Sí, acabamos de retransmitir a Cheltenham —dijo el agente de guardia cuando McCready le dio sus credenciales—, nos han dicho que puede usted llamarnos directamente.

Sam McCready habló durante varios minutos; al colgar el auricular estaba pálido.

—Por lo visto, los de la Policía de la Comisaría de Jena se han vuelto majaras —le dijo a Johnson—. Al parecer ha habido un accidente de tráfico a las afueras de Jena. Al Sur de la ciudad. Un coche de la República Federal Alemana, de marca desconocida, chocó contra un «Trabant». El alemán occidental golpeó a uno de los *vopos* que se ocupaban del accidente y salió huyendo... en el mismísimo coche de los *vopos*, para mayor sorpresa. Por supuesto, puede que no se trate de nuestro hombre.

Johnson hizo un gesto de asentimiento, aunque creía en esa posibilidad tanto como McCready.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó.

McCready estaba sentado en el «Range Rover», con la cabeza entre las manos.

—Esperar —contestó—. No podemos hacer nada más. *Arquímedes* nos llamará si hay noticias nuevas.

A esas horas, el «BMW» negro ya había sido conducido al garaje del Cuartel General de la Policía de Jena. Nadie se había preocupado por el asunto de las huellas dactilares, sabían a quién querían arrestar. El *vopo* de la nariz rota había sido vendado y ahora estaba prestando una larga declaración, así como su compañero. El conductor del «Trabant» había sido detenido e interrogado, al igual que una docena de mirones más. Sobre el escritorio del comandante de la Comisaría se encontraba el pasaporte expedido a nombre de Hans Grauber, documento este que había sido recogido del pavimento de la calle, donde el *vopo* de la nariz partida lo había dejado caer. Un grupo de inspectores había registrado hasta el menor resquicio en el maletín y la maleta del prófugo. El director del Departamento de Ventas al extranjero de las empresas «Zeiss» había sido conducido a las dependencias policiales de Jena, pese a sus protestas de que jamás había oído hablar de ese Hans Grauber, aunque tuvo que reconocer que, en el pasado, había mantenido relaciones comerciales con la «BKI» de Würzburg; Al enseñarle su firma falsificada en las cartas de presentación, alegó que parecía la suya, pero que no lo era. Su pesadilla no había hecho más que comenzar.

Debido a que el pasaporte era de Alemania Occidental, el comandante de la Policía del Pueblo hizo una llamada rutinaria a la oficina local de la SSD. No habían pasado diez minutos cuando éstos le telefonearon a su despacho.

—Queremos que carguen el coche en un remolque y lo lleven a nuestro garaje principal en Erfurt —le dijeron—. Y que no sigan llenándolo de huellas dactilares. También queremos todo lo que haya encontrado en el automóvil. Copias de todas las declaraciones de testigos, etcétera. ¡Inmediatamente!

El comandante sabía muy bien quién tenía la sartén por el mango en el país. Cuando los de la *Stasi* daban una orden, no había más remedio que obedecer. El «BMW» negro llegó al garaje principal de la SSD en Erfurt, debidamente cargado en un remolque, a las cuatro y media de la tarde y los mecánicos de la Policía Secreta se pusieron a trabajar. El comandante tuvo que admitir que los de la Policía Secreta tenían razón. De momento, nada en aquel asunto tenía sentido. El alemán del Oeste se hubiera encontrado con tener que pagar una multa bastante alta por haber conducido en estado de embriaguez; Alemania Oriental siempre necesitaba divisas fuertes. Pero ahora se enfrentaba a muchos años de cárcel. ¿Por qué habría huido? De todos modos, con independencia de lo que los de la *Stasi* quisiesen hacer con el automóvil, su misión consistía en encontrar a ese hombre. Ordenó a todos los coches de policía y a todos los hombres que andaban patrullando a pie a mil leguas a la redonda que estuviesen muy atentos para ver si daban con el paradero de Grauber y del coche de policía robado. Las descripciones tanto del hombre como del coche, fueron comunicadas por radio a todas las unidades, hasta Apolda, al norte de Jena, y Weimar, al Oeste. No se hizo llamamiento a través de los medios de comunicación, requiriendo la colaboración ciudadana. La ayuda a la Policía en un Estado policiaco es un raro artículo de lujo. Pero el frenético incremento de las comunicaciones radiofónicas fue seguido muy de cerca por *Arquímedes*.

A las cuatro de la tarde, el doctor Herrmann telefoneaba a Colonia y hablaba con Dieter Aust. No le informó de los resultados del laboratorio, así como tampoco le puso al corriente de lo que había recibido de Johann Prinz la noche anterior. Aust no necesitaba saberlo.

—Quiero que interrogue personalmente a Fräü Morenz —le dijo—. ¿No tiene a una agente con ella? Pues bien, llámelas y

que vayan a verle a usted. Si la Policía se presenta para interrogar a Fräü Morenz, no haga nada por impedirlo, pero comuníquemelo en seguida. Trate de sacarle alguna pista sobre adonde puede haber ido Morenz: una casa de veraneo, el apartamento de una amante, la vivienda de algún pariente, todo lo que pueda. Utilice al personal a su servicio al completo para seguir cualquier pista que ella le dé. Y hágame saber los progresos.

—En Alemania no tiene más parientes que su mujer, una hija y un hijo —contestó Aust, que también se había estado interesando por la vida pasada de Morenz, al menos en los datos que los expedientes personales le revelaron—. Creo que su hija es una *hippie*, vive en una comuna, en Dusseldorf. Tendré que hacerle una visita, por si acaso.

—Hágalo —dijo Herrmann, y colgó el teléfono. Y basándose en algo que acababa de leer en la carpeta de Morenz, el doctor Herrmann envió un mensaje cifrado, al que puso la categoría de «sumamente urgente», al agente que el BND tenía entre el personal de la Embajada alemana en la plaza Belgrave de Londres.

A las cinco de la tarde, el teléfono del equipo radiofónico que se encontraba en el portón del «Range Rover» comenzó a sonar. McCready atendió la llamada. Pensó que sería Londres o *Arquímedes*. La voz que escuchó era débil, ahogada, como si el que hablaba se estuviese asfixiando.

—¿Sam, eres tú, Sam?

McCready se puso rígido.

—Sí —respondió con brusquedad—, soy yo.

—Lo siento, Sam. Lo siento de veras. Lo he estropeado todo...

—¿Te encuentras bien? —preguntó McCready en tono apremiante.

Morenz estaba desperdiciando unos segundos de importancia vital.

—*Kaput*. Estoy acabado, Sam. Yo no quería matarla. La amaba, Sam. Yo la amaba...

McCready colgó rápidamente el teléfono, cortando la comunicación. Nadie podía realizar una llamada a Occidente desde una cabina telefónica de Alemania Oriental. Este país tenía rigurosamente prohibidas las comunicaciones con el exterior. Pero el SIS disponía de una casa de seguridad libre de toda sospecha, en la región de Leipzig, ocupaba por un «agente

in situ», ciudadano de la Alemania Oriental, que trabajaba para Londres. Cualquiera llamada a ese número, hecha desde dentro de Alemania Oriental, pasaba de inmediato por un equipo transmisor que enviaba el mensaje a un satélite, el cual lo transmitía a Occidente.

Pero las llamadas tenían que ser de cuatro segundos, ni uno más, con el fin de evitar que en Alemania Oriental pudiesen calcular la triangulación con respecto a la fuente del sonido y localizasen así la casa. Morenz había estado farfullando durante nueve segundos. Aun cuando McCready no podía saberlo, el escucha de guardia de la SSD había logrado detectar la región de Leipzig como fuente de la emisión cuando se cortó la comunicación. Otros seis segundos más y hubiesen dado con la casa y su ocupante. Le había dicho a Morenz que usase ese número de teléfono sólo en caso de extrema necesidad y durante un tiempo muy breve.

—Está destrozado —dijo Johnson—, hecho añicos.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó McCready angustiado—. Gimoteaba como un chiquillo. Se encuentra bajo los efectos de un fuerte colapso nervioso. Me habla de algo que ignoro. ¿Qué demonios ha querido decir con eso de «yo no quería matarla»?

Johnson se quedó pensativo.

—Viene de Colonia, ¿no?

—Eso ya lo sabes.

En realidad Johnson no lo sabía. De lo único que estaba enterado era de que había ido a recoger a McCready al aeropuerto de Colonia y al hotel «Holiday Inn». Nunca había visto al *Duendecillo*. Ni había tenido necesidad de ello. Johnson cogió el periódico local y señaló con el dedo el segundo artículo editorial de la primera página; el que Günther Braun había publicado en el *Kölnischer Stadt-Anzeiger*, recogido y reproducido por el *Nordbayrischer Kurier*, el periódico bávaro editado en Bayreuth. El artículo, fechado en Colonia, llevaba los siguientes titulares:

Una prostituta y su chulo abatidos a tiros en su nido de amor

McCready lo leyó, dejó el periódico a un lado y escudriñó la lejanía, con la mirada clavada en el Norte.

—¡Ay, Bruno, mi pobre amigo! ¿Qué demonios has hecho?

Cinco minutos después, *Arquímedes* telefoneaba.

—Lo hemos oído —dijo el agente—. También, imagino, todo el mundo lo habrá escuchado. Lo siento. Está acabado, ¿no?

—¿Cuáles son las últimas noticias? —preguntó Sam.

—Están empleando el nombre de Hans Grauber en sus comunicados —dijo *Arquímedes*—, y han desplegado un gran cerco policiaco por todo el sur de Turingia. Embriaguez, asalto con agresión y robo de un coche de la Policía. El automóvil que él conducía era un «BMW» negro, ¿no es así? Ya se lo han llevado al garaje principal de la SSD en Erfurt. Según parece, todas sus demás pertenencias han sido debidamente requisadas y enviadas a los de la *Stasi*.

—¿Puede decirme con toda exactitud a qué hora tuvo lugar ese accidente? —preguntó Sam.

El agente consultó a alguien.

—La primera llamada a Jena se hizo desde un vehículo de la Policía, que estaba en movimiento. El que hablaba, parece ser el *vopo* al que habían golpeado, dijo, textualmente: «hace cinco minutos». Esta llamada fue registrada a las doce y treinta y cinco.

—Muchas gracias. —McCready cortó la comunicación.

A las veinte horas, uno de los mecánicos del garaje de Erfurt encontraba la cavidad secreta debajo de la batería. A su alrededor, otros dos mecánicos trabajaban en lo que había quedado del «BMW». Los asientos del sedán y toda la tapicería estaban esparcidos por el suelo; las ruedas habían sido desmontadas, así como los neumáticos y sus cámaras. Tan sólo el armazón permanecía en pie, y en él descubrieron la cavidad secreta. El mecánico llamó a un hombre que vestía ropas de civil, un comandante de la SSD. Ambos examinaron la cavidad y el comandante hizo un gesto de satisfacción.

—Un coche espía —dijo.

Siguieron trabajando con el vehículo hasta que apenas quedaba ya algo por desmontar. El comandante subió entonces a su despacho y llamó por teléfono al Cuartel General del Servicio de Seguridad del Estado, cuya sede era una inmensa y tétrica fortaleza, una vieja y lúgubre edificación de ladrillo situada en el número veintidós de Normannstrasse, en la barriada de Lichtenberg, en Berlín Oriental. El comandante sabía dónde tenía que emplazar esa llamada; pidió que le pusiesen directamente con el *Abteilung II*, el *Spionage Abwehr* o Departamento de Contraespionaje de la *Stasi*. Allí, el director del Departamento, el coronel Otto Voss, se encargó personalmente del caso. Su primera orden fue que cualquier cosa relacionada con el caso debería ser enviada a Berlín Oriental; la segunda era que todas aquellas personas que

hubiesen visto el sedán «BMW» o a su ocupante desde la entrada de éste al país, empezando por los guardias del puesto fronterizo del río Saale, deberían ser trasladadas a Berlín para ser interrogadas exhaustivamente. Y en esta orden, más tarde, quedarían incluidos todo el personal de hotel «Oso Negro», los policías que patrullaban por la autopista —y que se habían quedado contemplando el «BMW»— en especial aquellos dos que habían provocado el fracaso del primer encuentro, y la pareja que se había dejado robar el vehículo oficial.

La tercera orden de Voss pretendía que acabara cualquier tipo de mención sobre el asunto por radio o por las líneas telefónicas no protegidas con medidas de seguridad. Una vez hecho esto, descolgó su teléfono interno y pidió que le comunicaran con el *Abteilung VI*, Departamento de puestos fronterizos y aeropuertos.

A las diez de la noche, *Arquímedes* telefoneaba a McCready por última vez.

—Me temo que todo se ha acabado —dijo el agente de servicio—. Aún no ha sido detenido, pero lo harán. Según parece, han descubierto algo en el garaje de Erfurt. Una asombrosa cantidad de comunicaciones radiofónicas, codificadas, entre Erfurt y Berlín Oriental. Un hermetismo total en sus canales de comunicación. ¡Ah!, y todos los puestos fronterizos están en estado de máxima alerta; las guardias han sido redobladas, las luces de los focos iluminan la frontera sin cesar. Han multiplicado todas las medidas de seguridad. Lo siento.

Incluso desde la cima de la montaña, McCready pudo darse cuenta de que desde hacía una hora la cantidad de luces de los coches que circulaban desde Alemania Oriental habían disminuido considerablemente, y que cada vez se hacían más distantes entre sí. Un par de kilómetros más allá deberían de estar deteniendo a los vehículos durante horas enteras, iluminándolos con sus lámparas de arco voltaico, registrándolos con tal minuciosidad que ni un ratón podría escapar a su examen.

A las diez y media de la noche, Timothy Edwards se encontraba al otro extremo de la línea.

—Escucha, Sam, todos aquí lo sentimos mucho, pero el asunto ha terminado —dijo—. Vuelve a Londres ahora mismo.

—Todavía no ha sido capturado, debería quedarme aquí. Tal vez pueda ayudarle. Aún no ha terminado todo.

—Aparte la gritería, sí ha concluido todo —insistió Edwards—. Hay algunos asuntos que hemos de discutir aquí. Y la pérdida del paquete no es el menos importante precisamente. Nuestros primos estadounidenses no son un grupo feliz, sólo por mencionar uno de los más importantes. Por favor, coge el primer avión que salga de Munich o de Francfort, el primer vuelo que encuentres para este próximo día.

La elección recayó otra vez sobre Francfort. Johnson lo llevó al aeropuerto a través de la noche y luego siguió con el «Range Rover» y el equipo hasta Bonn, donde el joven llegó agotado. McCready pudo dormir un par de horas en el aeropuerto y coger el primer avión que salía al día siguiente para Heathrow, donde aterrizó el jueves, poco después de las ocho de la mañana, habiendo ganado una hora con la diferencia horaria. Denis Gaunt fue a recibirlo y lo condujo directamente a la Century House.

Jueves

La comandante Ludmilla Vanavskaya se levantó esa mañana más temprano que de costumbre, y, a falta de un gimnasio, realizó sus ejercicios diarios en su propia habitación, en uno de los barracones de la KGB. Sabía que su avión no saldría hasta el mediodía, pero quería pasar por el Cuartel General de la KGB con el fin de hacer la última revisión al itinerario del hombre al que estaba persiguiendo.

Sabía que éste había vuelto de Erfurt con el convoy militar a última hora de la tarde del día anterior, y que había pasado la noche en Potsdam, alojado en la residencia de oficiales. Al mediodía, los dos cogerían el mismo avión en Potsdam para regresar a Moscú. El general iría en los asientos delanteros, que se reservaban, incluso en los aviones militares a los privilegiados, los *vlasti*. Ella se haría pasar por una humilde mecanógrafa de la gigantesca Embajada que la Unión Soviética tenía en la avenida Unter den Linden, sede (soviética) real del poder en Alemania Oriental. No se encontrarían, él ni siquiera advertiría su presencia; pero, tan pronto como entrasen en el espacio aéreo soviético, el hombre estaría bajo vigilancia.

A las ocho cruzaba la entrada del Cuartel General de la KGB, cuyo edificio se encontraba a unos ochocientos metros del de la Embajada soviética, y se dirigía al Departamento de Comunicaciones. Desde allí podrían llamar a Potsdam para

confirmar si no había habido cambio en el horario de vuelo. Mientras esperaba que le diesen la información, pidió un café en la cantina y compartió una mesa con un joven teniente que estaba visiblemente cansado y que bostezaba con frecuencia.

—¿Despierto toda la noche? —le preguntó.

—Pues sí. Turno de noche. Los *Krauts* han estado muy excitados durante todo este tiempo.

El joven no se dirigió a la mujer por su grado porque ésta llevaba ropas de civil y él no tenía forma de saber que era comandante. También utilizó un calificativo despectivo para referirse a los alemanes orientales. Pero ésa era una costumbre compartida por todos los rusos.

—¿Y por qué? —preguntó ella.

—¡Oh, bueno!, han interceptado un coche de Alemania Occidental y han encontrado dentro una cavidad secreta. Piensan que ha sido utilizado por algún agente secreto del otro lado.

—¿Aquí, en Berlín?

—No, en Jena.

—¿Dónde queda Jena... exactamente?

—Mira, cariño, mi turno ha acabado. Estoy a punto de irme a dormir.

La mujer le sonrió con dulzura, abrió su bolso y le mostró la carterita roja con su documento de identidad del servicio de Inteligencia. El teniente dejó de bostezar y se puso pálido como la cera. La presencia de todo un comandante del Tercer Directorio era una mala noticia. Le señaló lo que quería en un gran mapa que colgaba de la pared, al final de la cantina. Ella le dejó ir, y se quedó contemplando el mapa. Zwickau, Gera, Jena, Weimar, Erfurt... todos en una misma línea: la línea seguida por el convoy del hombre al que ella perseguía. Ayer... Erfurt. Y Jena sólo a veinte kilómetros... Cerca, condenadamente cerca.

Diez minutos después, un comandante soviético le estaba explicando el modo que los alemanes orientales tenían de operar.

—En estos momentos estará su *Abteilung II* —le dijo—. Lo dirige el coronel Voss. Otto Voss. Él se habrá hecho cargo del asunto.

La mujer utilizó el teléfono del despacho del comandante soviético, dio como referencia los nombres de algunos oficiales de rango superior y se aseguró una entrevista con el coronel Otto Voss en el cuartel general de la SSD en Lichtenberg. A las diez de la mañana.

A las nueve, hora de Londres, McCready tomó asiento a la mesa de la sala de conferencias de Century House, situada en la penúltima planta, es decir; debajo del despacho del Jefe. Claudia Stuart, sentada frente a él, le miraba con aire de reproche. Chris Appleyard, que había volado a Londres para escoltar personalmente el manual de guerra soviético en su viaje de regreso a Langley, fumaba y contemplaba el techo. Su actitud parecía decir: «Éste es un asunto *Limey*. Quien meta la pata, que la saque.» Timothy Edwards estaba sentado a la cabecera de la mesa, como una especie de árbitro. Sólo había un orden del día tácito: evaluación de daños. La disminución de los daños, si había alguna, vendría después. No hacía falta informar a nadie de lo sucedido; todos habían leído ya el expediente *con* los mensajes interceptados y los análisis de la situación.

—Pues bien —dijo Edwards—, todo parece indicar que tu hombre, el *Duendecillo*, se ha desmoronado y ha hecho fracasar la misión. Vamos a ver si hay algo que podamos salvar de todo este lío...

—¿Por qué demonios lo enviaste, Sam? —preguntó Claudia, exasperada.

—Pues porque queríais que se realizase una misión —dijo McCready—. Porque vosotros mismos no podíais llevarla a cabo. Porque era una misión planeada de la noche a la mañana. Porque yo no podía ir. Porque Pankratin insistía en que fuese yo personalmente. Porque el *Duendecillo* era el único sustituto aceptable. Porque él aceptó hacerlo.

—Sin embargo, ahora se descubre que al parecer —dijo Appleyard, arrastrando con lentitud las palabras— acababa de asesinar a su amante prostituta y que estaba casi completamente agotado. ¿No advertiste nada?

—No. Parecía nervioso, pero controlado. El nerviosismo es algo normal..., hasta un cierto punto. Nada me contó de sus problemas personales, y yo no soy clarividente.

—Lo peor del caso es que ha visto a Pankratin —dijo Claudia—. Cuando los de la *Stasi* le cojan en sus manos y le «trabajen», hablará. Habremos perdido a Pankratin y sabe Dios cuántos daños más acarrearán los interrogatorios a los que le sometan en la Lubianka.

—¿Dónde está Pankratin ahora? —preguntó Edwards.

—De acuerdo con el horario previsto, en estos momentos debe de estar en el aeropuerto militar de Potsdam: desde allí volará a Moscú.

—¿No podéis acercaros a él y advertirle?

—¡No, maldita sea! Cuando llegue a Moscú, se tomará una semana de permiso. Junto con algunos amigos del Ejército, en el campo. No podemos enviarle un mensaje cifrado hasta que no esté de vuelta en Moscú... si es que vuelve alguna vez.

—¿Y qué ha pasado con el manual de guerra? —preguntó Edwards.

—Creo que lo tiene el *Duendecillo* —dijo McCready.

Todos se le quedaron mirando. Appleyard dejó el cigarrillo en el aire.

—¿Por qué? —inquirió.

—Un simple cálculo de tiempo —contestó McCready—. El segundo encuentro era a las doce. Supongamos que se fue de la zona de estacionamiento a eso de las doce y veinte. El accidente ocurrió a las doce y media. A los diez minutos, y a unos ocho kilómetros de distancia, al otro lado de Jena. Estoy convencido de que si hubiese tenido escondido el manual en el compartimiento secreto debajo de la batería, incluso en el estado en que estaba, hubiera aceptado ser detenido por embriaguez al volante, pasando la noche en el calabozo, y luego hubiese pagado su multa. Tenía grandes probabilidades de que los *vopos* no hubieran sometido nunca su automóvil a un registro meticuloso.

»Si el manual hubiese estado ya en el «BMW», me parece que hubiéramos encontrado algún tipo de pista al interceptar los comunicados de la Policía. Ellos habrían informado a la central de la SSD en un lapso de diez minutos, no de dos horas. Estoy convencido de que lo lleva consigo, debajo de su chaqueta, quizá. Por eso no podía ir a la Comisaría. Cuando le hicieran la prueba del alcohol, le hubiesen quitado la chaqueta. Por eso tuvo que huir.

Se produjo entonces un silencio que duró algunos minutos.

—Ahora todo vuelve a depender del *Duendecillo* —dijo Edwards, que prefería utilizar, al igual que los demás, el seudónimo operativo, aun cuando todos conocían ya el verdadero nombre del agente—. Pero ha de estar en algún sitio. ¿Adonde puede haber ido? ¿Tiene amigos por allí? ¿Algún refugio seguro? ¿Algo?

McCready denegó con la cabeza.

—Hay una casa franca en Berlín Oriental. La conoce de los viejos tiempos. Ya he tratado de averiguarlo, pero no se ha establecido contacto. En el Sur no conoce a nadie. Nunca había estado por esa zona.

—¿Puede esconderse en los bosques? —preguntó Claudia.

—No es el terreno apropiado. No son los montes del Harz, con sus bosques umbríos. Llanos campos de labranza, ciudades pequeñas, aldeas, villorrios, granjas...

—Vamos, que no es el lugar apropiado para un hombre fugitivo, ya entrado en años y que ha perdido la chaveta —comentó Appleyard.

—En ese caso lo hemos perdido —dijo Claudia—. A él, el manual de guerra y a Pankratin, gran negocio.

—Me temo que todo parece indicarlo así —dijo Edwards—. La Policía del Pueblo empleará tácticas de saturación. Bloqueará todas las carreteras, todas las calles y todos los caminos. Sin un refugio al que acudir, me temo que, para el mediodía, habrá sido capturado.

La reunión concluyó con esa desalentadora observación. Cuando los estadounidenses se marcharon, Edwards detuvo a McCready en el umbral de la puerta.

—Escucha, Sam, sé que no hay esperanza, pero sigue con el caso, ¿quieres? He hablado con los de Cheltenham, con el departamento de Alemania Oriental, y les he pedido que continúen con la vigilancia y se pongan en contacto contigo para informarte en el mismo instante en que logren escuchar alguna cosa. Cuando capturen al *Duendecillo*, y acabarán por capturarlo, quiero saberlo al instante. Y ahora tendremos que apaciguar a nuestros primos de algún modo, aunque sólo Dios sabe cómo.

De regreso en su despacho, McCready empezó a preguntarse qué pasaría por la cabeza de un hombre que había sufrido un colapso nervioso. Por su parte, nunca había contemplado ese fenómeno. ¿Qué sería de Bruno Morenz en esos momentos? ¿Cómo reaccionaría ante su situación?, ¿de un modo lógico?, ¿o absurdo? Descolgó el teléfono y pidió que le comunicaran con el psiquiatra asesor del Servicio Secreto, un eminente profesional, conocido irreverentemente como *el Loquero*. Localizó al doctor Alan Carr en su consultorio de la calle Wimpole. El doctor Carr le dijo que estaría muy ocupado toda la mañana, pero que le agradecería encontrarse con McCready para ir a almorzar y responder a sus preguntas. McCready se citó con el psiquiatra en el hotel «Montcalm» a la una de la tarde.

La comandante Ludmila Vanavskaya entraba, a las diez en punto, por la puerta principal del edificio del estado mayor del Servicio de Seguridad del Estado, en la calle Normannen, donde

le indicaron que subiese a la cuarta planta, que era la ocupada por el *Abteilung II*, el departamento de Contraespionaje. El coronel Voss la estaba esperando. La condujo hasta su despacho privado y le indicó que tomase asiento en una silla enfrente de su escritorio. El hombre se sentó a su vez y pidió que les sirvieran café. Cuando el ayudante salía del despacho, el coronel preguntó con amabilidad:

—¿Qué puedo hacer por usted, camarada comandante?

El coronel sentía curiosidad por saber a qué se debería esa visita en un día que prometía ser enormemente agitado para él. Pero el requerimiento provenía del Comandante en Jefe del cuartel general de la KGB, y el coronel Voss era perfectamente consciente de quiénes llevaban la voz cantante en la República Democrática Alemana.

—Usted está al cargo de un caso de la región de Jena —le contestó Vanavskaya—. El de un agente de Alemania Occidental que huyó, después de un choque, abandonando su automóvil. ¿Podría ponerme al corriente de los últimos detalles?

Voss le expuso aquellos pormenores que no habían sido incluidos en el informe que ya conocían los rusos.

—Supongamos —dijo Vanavskaya cuando el otro hubo terminado— que ese agente, Grauber, haya venido para recoger o entregar algo... ¿Alguna cosa de las que se encontraron en el automóvil o en la cavidad secreta podía ser lo que él trajo o lo que trataba de sacar?

—Nada en absoluto. Todos sus documentos no eran más que parte de su biografía ficticia. La cavidad estaba vacía. Si trajo alguna cosa, ya la había entregado; si pretendía llevarse algo, aún no lo había recogido...

—O todavía lo llevaba encima.

—Es posible. Sí. En todo caso, lo sabremos cuando lo interroguemos. ¿Podría preguntarle por qué se interesa tanto en este caso?

Antes de contestar, la comandante Ludmilla Vanavskaya sopesó sus palabras con sumo cuidado.

—Existe una posibilidad, tan sólo una remota posibilidad, de que el caso en el que yo estoy trabajando actualmente coincida con el suyo.

Pese a la absoluta inexpresividad de su rostro, el coronel Otto Voss se estaba divirtiendo de lo lindo. ¿Así que esa guapa hurona rusa sospechaba que el alemán occidental podía haber entrado en la Zona Este con el fin de ponerse en contacto con

una fuente de información *rusa*, y no con un traidor de Alemania Oriental? ¡Qué interesante!

—¿Tiene alguna razón especial para creer, coronel, que Grauber vino a establecer algún contacto o que sólo tenía que depositar algo en un buzón falso?

—Estamos convencidos de que vino con el fin de establecer contacto con alguien —contestó Voss—. El accidente se produjo a las doce y media del mediodía de ayer, pero él había pasado por la frontera el martes a las once de la mañana. Si lo único que tenía que hacer era recoger un paquete de un buzón falso, o depositarlo, no hubiese necesitado quedarse más de veinticuatro horas. Eso podría haberlo hecho el mismo martes, al anochecer. Pero lo cierto es que pasó la noche del martes al miércoles en el hotel «Oso Negro» de Jena. Por eso creemos que vino para establecer contacto con alguien.

A la comandante Ludmilla Vanavskaya el corazón le dio un vuelco en el pecho. Un contacto, en la zona de Jena y Weimar, en algún tramo de la carretera, probablemente en una por la que viajaba el hombre al que ella perseguía, y más o menos casi a la misma hora. «¡A ti vino a visitar, hijo de puta!»

—¿Han logrado identificar a Grauber? —preguntó la comandante—. Seguro que ése no es su verdadero nombre.

Disimulando su orgullo, Voss abrió una carpeta, sacó una lámina de ella y le tendió un retrato robot. Había sido dibujado con la ayuda de los dos policías de Jena, de los dos agentes que habían ayudado a Grauber a apretar la tuerca del coche y del personal del hotel «Oso Negro». El retrato era muy bueno. Sin decir ni una palabra, Voss le tendió una fotografía de gran formato. Los rostros de ésta y del retrato robot eran idénticos.

—Se llama Morenz —dijo Voss—. Bruno Morenz. Un agente que trabaja a tiempo completo para el BND, en su sede de Colonia.

Vanavskaya estaba atónita. ¿Así que se trataba de una operación de Alemania Occidental? Siempre había sospechado que su hombre trabajaba para la CÍA, o para los británicos.

—¿Y aún no lo han detenido?

—No, comandante. Confieso que estoy sorprendido por la tardanza. Pero lo cogeremos. Encontraron abandonado el coche de la Policía, anoche, ya muy tarde. Los informes señalan que el depósito de la gasolina había sido agujereado. Estaba en las inmediaciones de Apolda, justo al norte de Jena. Eso significa que nuestro hombre va a pie. Tenemos una descripción perfecta de él: alto, corpulento, de cabello gris, y lleva un impermeable

arrugado. No tiene documentación, su acento es renano. En lo físico, no está muy en forma que digamos. Caerá como fruta madura.

—Quisiera estar presente durante los interrogatorios —dijo Vanavskaya que no tenía nada de melindrosa. Ya había asistido antes a algunos interrogatorios.

—Si se trata de una solicitud oficial de la KGB, daré mi consentimiento, por supuesto.

—Lo será —dijo Vanavskaya.

—En ese caso, no se aleje mucho, comandante. Lo cogeremos, lo probable es que lo consigamos antes del mediodía.

La comandante Ludmilla Vanavskaya volvió al edificio de la KGB, canceló su vuelo de Potsdam a Moscú y utilizó una línea de seguridad para ponerse en contacto con el general Chaliapin. Este se mostró de acuerdo.

A las doce del mediodía, un avión de transporte «Antonov 32» de las Fuerzas Aéreas soviéticas despegó del aeropuerto de Potsdam en dirección a Moscú. El general Pankratin y otros altos oficiales del Ejército y de las Fuerzas Aéreas se encontraban a bordo, de regreso a la capital soviética. Algunos oficiales jóvenes iban en la parte de atrás, junto con las sacas del correo. En ese vuelo de regreso al hogar no se encontraba ninguna secretaria de la Embajada soviética, vestida con un traje oscuro. De todas formas, nadie la echó en falta.

—Se encuentra en lo que solemos llamar estado de disociación, o crepuscular, o de huida —dijo el doctor Carr, mientras se inclinaba sobre los entremeses compuestos por rodajas de melón y aguacates.

El doctor Carr había escuchado atentamente la descripción que McCready le hacía de un hombre anónimo que había sufrido un grave colapso nervioso. Nada sabía, ni tampoco lo había preguntado, acerca de la misión que ese hombre estaba realizando, ni de dónde había ocurrido ese colapso nervioso, salvo que había sido en territorio hostil. Les retiraron los platos vacíos y les sirvieron los lenguados, limpios de espinas.

—¿Disociación de qué? —preguntó McCready.

—De la realidad, por supuesto —contestó el doctor Carr—. Es uno de los síntomas clásicos de esa clase de síndrome. Es muy posible que haya mostrado algunos signos de desilusión

consigo mismo antes de que se produjese el derrumbamiento final.

«Ya lo creo que ha habido signos», pensó McCready. Haciéndose creer a sí mismo que una hermosa prostituta se había enamorado de él, que podía comenzar una nueva vida junto a ella, escapando de todo; cargando a sus espaldas con un doble crimen.

—El de huida —prosiguió el doctor Carr mientras hundía el tenedor en el exquisito lenguado a la *meuniere*— significa simplemente eso, huir. Escapar de la realidad, en especial de la realidad cruda y desagradable. Estoy convencido de que su hombre estará pasando ahora por unos momentos muy difíciles.

—¿Y qué hará? —le preguntó McCready—. ¿Adonde se dirigirá?

—Buscará refugio, un sitio en el que se sienta a salvo, donde pueda ocultarse; un lugar en que todos los problemas desaparezcan y la gente lo deje en paz. Puede regresar a un estado similar al de la infancia. En cierta ocasión tuve un paciente que atosigado por los problemas, se retiró a su dormitorio, se acostó, adoptó la posición fetal, se metió el dedo pulgar en la boca y se quedó allí. No quería levantarse. Vuelta a la infancia, como puede ver. Sentirse a salvo, en lugar seguro. Sin problemas. Éste es un lenguado excelente, por cierto. Sí, un poco más de ese *Meursault* borgoñón... Gracias.

«Todo eso estará muy bien —pensó McCready—, pero Bruno Morenz no tiene refugio alguno donde esconderse. Nacido y criado en Hamburgo, designado a Berlín, Munich y Colonia por razones de trabajo, no podía disponer de ningún lugar donde esconderse en las inmediaciones de Jena y Weimar.» Bebió unos sorbos más de vino y preguntó:

—¿Y suponiendo que no tenga refugio adonde pueda ir a esconderse?

—En ese caso, me temo que estará deambulando sumido en un estado de confusión, incapaz de ayudarse a sí mismo. Según mi experiencia, si tiene algún lugar de destino podría actuar de forma lógica para alcanzarlo. Pero sin ese lugar... —prosiguió el doctor, haciendo una pausa para encogerse de hombros—, lo cogerán. Quizá ya le hayan detenido. O será al atardecer, a más tardar.

Sin embargo, no lo cogieron. A lo largo de la tarde la ira y la frustración del coronel Voss fueron en aumento. Las veinticuatro horas se habían convertido en treinta; miembros de la Policía

uniformada y de la Secreta estaban presentes en todas las esquinas de las calles y bloqueaban todas las carreteras en la región comprendida entre las ciudades de Apolda, Jena y Weimar; y ese alemán occidental, corpulento y grandullón, de paso lerdo, enfermo, confuso y desorientado, se había evaporado.

Voss anduvo dando vueltas toda la noche por su despacho de la calle Normannen; Vanavskaya estuvo esperando, sentada al borde de su catre, en los acuartelamientos para mujeres célibes de los barracones de la KGB; algunos hombres permanecieron inclinados sobre sus aparatos de radio en el castillo de Lowenstein y en Cheltenham; en todas las carreteras del sur de Turingia se hacían señales luminosas a los vehículos para que se detuvieran; McCready consumía litros y más litros de café solo en su despacho de la Century House. Y... no pasaba nada. Bruno Morenz había desaparecido.

CAPÍTULO V

La comandante Ludmilla Vanavskaya no pudo conciliar el sueño. Trató de dormir, pero permaneció despierta en la oscuridad, preguntándose, intrigada, cómo demonios era posible que los alemanes orientales, con su reputación de eficacia en el control de su propia población, pudiesen dejar escapar a un hombre como Morenz en un área de treinta kilómetros cuadrados. ¿Había hecho autostop, robado una bicicleta?, ¿seguiría agazapado en el fondo de una zanja? ¿Qué diablos estaban haciendo los *vopos* en toda esa zona?

A las tres de la madrugada se había convencido a sí misma de que algo tenía que haber sido pasado por alto, alguna minúscula pieza de ese rompecabezas de cómo un hombre medio chiflado que andaba por una pequeña zona barrida por la Policía del Pueblo podía escapar a su detención.

A las cuatro se levantó de la cama y volvió a las oficinas de la KGB, donde importunó al personal de guardia con su petición de una línea de seguridad con el cuartel general de la SSD. Cuando la obtuvo, habló con el coronel Voss. El hombre no había abandonado su despacho todavía.

—Esa fotografía de Morenz —inquirió la comandante—, ¿era reciente?

—De hace un año aproximadamente —respondió Voss, intrigado.

—¿Cómo la consiguieron ustedes?

—A través de la HVA —contestó Voss.

Vanaskaya le dio las gracias y colgó

Por supuesto, la HVA, la *Hauptverwaltung Aufklärung*, el Servicio Secreto de Inteligencia en el extranjero de Alemania Oriental, el cual, por obvias razones lingüísticas, se especializaba en tender redes de espionaje por todo el territorio de la República Federal Alemana. Era dirigido por el legendario general Marcus Wolf. Incluso la misma KGB, cuyo desprecio por los Servicios de Inteligencia de los países satélites era más que notorio, sentía por ese maestro de espías un respeto considerable. Marcus *Mischa* Wolf había perpetrado algunos

brillantes golpes de mano contra los alemanes occidentales; uno de los más notables fue «colocar» un espía como secretario privado del canciller Willy Brandt.

La comandante llamó por teléfono y despertó al jefe del Tercer Directorio de la KGB en Berlín Oriental y le comunicó lo que quería, no sin dejar de mencionar el nombre del general Chaliapin. La estratagema le dio resultado. El coronel contestó que vería qué podía hacer. A la media hora, el coronel le devolvía la llamada.

—Parece ser que el general Wolf es ave madrugadora —le dijo—; tiene usted una cita con él en su despacho a las seis.

A las cinco de la mañana, los hombres del Departamento de Criptografía del cuartel general de comunicaciones del Gobierno británico de Cheltenham terminaban las tareas de decodificación del último paquete de mensajes de escasa importancia que se habían ido acumulando a lo largo de las últimas veinticuatro horas. Ahora, ya en forma de textos claros, serían transmitidos, a través de una serie de líneas de comunicación de alta seguridad, a diversos destinos: unos irían a parar a las oficinas del SIS, en la Century House; otros, a las del MI-5, en Curzon Street; algunos, al Ministerio de Defensa, en Whitehall. Muchos de esos mensajes serían «copiados» si se consideraba que podría resultar de interés a dos de esas instituciones o incluso a las tres a la vez. Los mensajes de Inteligencia urgentes se tramitaban con mucha más rapidez, pero las apacibles horas de la mañana eran un buen momento para enviar a Londres la información clasificada como de «bajo interés»; las líneas se encontraban mucho más desocupadas.

Entre ese material había un mensaje del miércoles por la noche, enviado desde Pullach al delegado del BND en la Embajada de la República Federal Alemana. Este país fue, y sigue siendo, por supuesto, un valioso y respetado aliado de Gran Bretaña. No hubo segunda intención por parte de Cheltenham cuando interceptó y descifró un mensaje confidencial de un país aliado a su propia Embajada. El código secreto había sido descubierto hacía ya algún tiempo. No se trataba de nada ofensivo, sino simplemente rutinario. Ese mensaje en particular fue a parar al MI-5 y al Departamento para asuntos de la OTAN de la Century House, donde se analizaban todas las relaciones de espionaje con los aliados de Gran Bretaña, excepto la CÍA, la cual tenía asignado su propio Departamento de enlace.

Había sido el director del Departamento para asuntos de la OTAN el primero en llamar la atención a Edwards sobre lo embarazoso que sería que McCready hubiera captado como su agente personal a un oficial de un Servicio Secreto aliado como era el BND. De todos modos, el jefe del Departamento para asuntos de la OTAN seguía siendo un amigo de McCready. Cuando leyó el mensaje de los alemanes a las diez de la mañana, decidió ponerlo en conocimiento de Sam. Por si se diese el caso... Pero no tuvo tiempo de hacerlo hasta el mediodía.

A las seis de la mañana la comandante Ludmilla Vanavskaya fue introducida en el despacho del general Marcus Wolf, dos plantas más arriba de donde el coronel Voss tenía su despacho. Al maestro de espías de Alemania Oriental le disgustaban los uniformes; llevaba puesto un traje oscuro, hecho a medida. También prefería el té al café, y le agradaba una clase de té particularmente aromática que recibía desde Londres de la casa «Fortnum and Masón». Ofreció una taza a la comandante soviética.

—Camarada general, esa fotografía reciente de Bruno Morenz proviene de su organización.

Mischa Wolf se la quedó mirando fijamente por encima del borde de su taza. Si tenía fuentes y contactos en el seno de las altas jerarquías de Alemania Occidental, como era en realidad, no estaba dispuesto a confirmárselo a aquella extranjera.

—¿Podría usted conseguir una copia del *curriculum vitae* de Morenz? —le preguntó la mujer.

Marcus Wolf se quedó pensando acerca de la solicitud que la joven le hacía.

—¿Para qué la quiere? —preguntó, afable.

La comandante le explicó lo que pensaba. Con todo detalle, violando incluso algunas normas.

—Sé que no es más que una simple sospecha —dijo ella—. Nada en concreto. La sensación de que aquí falta una pieza. Quizás algo perteneciente a su pasado.

Wolf hizo un gesto de asentimiento. Le agradaba ese modo de pensar. Muchos de sus mejores éxitos habían tenido su origen en una vaga idea, en la sospecha de que el enemigo debía de tener un talón de Aquiles y sólo hacía falta encontrarlo. El general se levantó, se dirigió a un archivador y sacó un fajo de ocho hojas. Se lo entregó sin decir ni una palabra. Allí estaba la biografía de Bruno Morenz. De los archivos de Pullach, el

mismo expediente que Lothar Herrmann había estado estudiando el miércoles por la tarde. Vanavskaya exhaló un suspiro de admiración. Wolf sonrió.

Si Marcus Wolf había llegado a ese puesto en el mundo del espionaje no se debía tanto al hecho de sobornar o extorsionar a personalidades influyentes de Alemania occidental (cosa que también se podía hacer a veces, por supuesto), sino a su habilidad para introducir en los despachos de los peces gordos a mujeres solteras y de honradez a toda prueba, a personas de un estilo de vida intachable y con unos antecedentes libres de toda mácula. El general sabía muy bien que una secretaria que gozase de la confianza de su jefe veía tanto como éste, y, en ocasiones, mucho más.

A través de los años, la República Federal Alemana se había visto conmocionada por una serie de escándalos protagonizados por las secretarías particulares de personalidades de la política o de la defensa de la nación, cuando éstas o bien eran detenidas por el BFV o lograban huir a tiempo al Este. El general sabía que llegaría el día en que sacaría a Fräulein Erdmute Keppel de la oficina del BND en Colonia y la haría volver a su amada República Democrática Alemana. Pero hasta que ese momento llegase, Fräulein Keppel seguiría llegando a la oficina una hora antes que su jefe, Dieter Aust, y copiaría todo aquello que fuese de interés, incluyendo los expedientes personales de todos los empleados. Y durante el verano seguiría llevándose el almuerzo a un parque solitario, donde masticaría sus bocadillos vegetales con escrupulosa parsimonia, alimentaría a las palomas con pulcras migajas y, por último, tiraría la bolsa, en la que había llevado sus bocadillos, a la papelería más próxima al banco donde había estado sentada. La cual sería retirada pocos minutos después por el elegante caballero que había sacado a su perro a pasear. Durante el invierno, sin embargo, tomaría su almuerzo en una acogedora cafetería y tiraría su periódico en el cubo de la basura que se encontraba cerca de la puerta, de donde sería recogido por el barrendero.

Cuando volviese a Oriente, Fräulein Keppel se encontraría con una recepción estatal, además de la felicitación personal del ministro de Seguridad, Erich Mielke, o quizá del mismo jefe del partido, Erich Honecker, una medalla, una pensión estatal y un hogar confortable para descansar junto a los lagos de Fürstenwalde.

Pero, como es lógico, ni siquiera el propio Marcus Wolf podía ser clarividente. El hombre no podía saber que para 1990 la

República Democrática Alemana habría dejado de existir, que Mielke y Honecker, destituidos de sus cargos, habrían caído en desgracia, que él habría sido jubilado y estaría escribiendo sus memorias por unos emolumentos sustanciosos, o que Fräulein Erdmute Keppel se encontraría pasando sus últimos años en Alemania occidental, en un lugar de reclusión mucho menos confortable que el piso que le había sido asignado en Fürstenwalde.

De pronto, la comandante Ludmilla Vanavskaya levantó la cabeza.

—Tiene una hermana —exclamó.

—Sí —dijo Wolf—. ¿Cree usted que esa mujer puede saber algo?

—No es más que una hipótesis —contestó la rusa—. Si pudiera ir a verla...

—Si le es posible obtener el permiso de sus superiores —le recordó Wolf, interrumpiéndola, afable—. Por desgracia, usted no trabaja para mí.

—Pero si pudiera ir, necesitaría cobertura. No rusa, ni de Alemania Oriental...

Wolf se encogió de hombros, aparentando modestia.

—Poseo ciertas *historias* listas para su uso. Por supuesto. Esto forma parte de nuestro comercio exterior...

A las diez de la mañana, un «LOT 104» de las líneas aéreas polacas despegaba del aeropuerto de Berlín Schönefeld. Había sido retenido durante diez minutos para que la comandante Ludmilla Vanavskaya pudiese subir a bordo. Como Wolf había apuntado, el alemán que hablaba la rusa era correcto y fluido, pero no tanto como para que pudiese hacerse pasar por alemana. Y la probabilidad de que se tropezase en Londres con alguien que hablase polaco era mínima. La comandante llevaba la documentación de una maestra de escuela polaca que iba a visitar a sus parientes. Situación creíble, ya que Polonia tenía un régimen de gobierno mucho más liberal.

El avión de línea polaco aterrizó a las once, habiendo ganado una hora debido a la diferencia horaria. La comandante Ludmilla Vanavskaya no necesitó más que treinta minutos para pasar por los controles de pasaporte y aduana, realizó dos llamadas telefónicas desde una cabina pública en el vestíbulo de la Terminal número dos, correspondiente a los vuelos internacionales, y cogió un taxi que la condujo a un barrio de Londres llamado Primrose Hill.

Al mediodía, el teléfono sonó en el despacho de Sam McCready. Acababa de colgar tras haber mantenido una conversación con los de Cheltenham. La respuesta: nada todavía. Habían pasado ya cuarenta y ocho horas, y Bruno Morenz seguía sin aparecer. La nueva llamada provenía del hombre del despacho para asuntos de la OTAN, situado en la planta de abajo.

—Aquí tengo una nota que llegó en la bolsa de la mañana —dijo—. Es posible que no signifique nada; en tal caso, tirla a la basura. De todos modos, te la envío en seguida con un mensajero.

El despacho llegó cinco minutos después. Cuando lo abrió y vio la hora de entrada, McCready blasfemó en voz alta.

La regla de no saber más que lo imprescindible funciona, por regla general, de un modo admirable en el mundo oculto del espionaje. Jamás se pasará una información concreta a aquellos que no necesitan saberla para el buen ejercicio de sus funciones. De ese modo, si hay una filtración, bien sea deliberada o debida a que alguien se va de la lengua por pura negligencia, el daño resultante se mantendrá siempre dentro de unos límites razonables. Sin embargo, a veces esta regla opera en sentido contrario. Una pieza de información que podría haber cambiado los acontecimientos no se transmite porque nadie lo cree necesario.

A la estación de las montañas del Harz que había detectado las comunicaciones sobre el *Duendecillo* y al departamento de escuchas de Cheltenham especializados en Alemania Oriental se les había transmitido la orden de comunicar a McCready, sin ninguna dilatación, cualquier información que pudiesen interceptar. Las palabras «Grauber» y «Morenz» actuaban como activadores del instantáneo procesamiento de la información. Pero a nadie se le había ocurrido alertar también a los centros de escucha que, dentro de las mismas estaciones, se especializaban en el registro de las comunicaciones diplomáticas y militares de los países aliados.

El mensaje que tenía sobre su escritorio estaba datado a las cuatro horas y veintidós minutos de la tarde del miércoles. Rezaba así:

De Herrmann a Fietzaul:

De suma urgencia. Contactar con Mrs. A. Farquarson, Morenz de soltera, con probable residencia en Londres stop

Preguntar si en los últimos cuatro días ha visto a su hermano o ha tenido noticias suyas fin

«Nunca me dijo que tuviese una hermana en Londres. Nunca me dijo que tuviese una hermana», pensó McCready. Empezó a preguntarse entonces si no habría muchas otras cosas más que su amigo Bruno habría dejado de contarle acerca de su pasado. Cogió de una repisa una guía telefónica y se puso a buscar entre las personas que llevaban el apellido de Farquarson.

Por fortuna, no se trataba de un apellido demasiado común. Con el de Smith, el asunto hubiese sido completamente diferente. Había catorce Farquarson, pero ninguna Mrs. A. Empezó a llamar a uno detrás de otro. De los siete primeros, cinco dijeron que no conocían a ninguna Mrs. Farquarson. Dos no contestaron. Con el octavo tuvo suerte; el número correspondía a Robert Farquarson. Contestó una mujer.

—Sí, yo soy Mrs. Farquarson.

—¿Pero es usted Mrs. A. Farquarson?

—Sí

La mujer parecía a la defensiva.

—Discúlpeme por molestarla, Mrs. Farquarson. Soy del departamento de Inmigración de Heathrow. ¿Tiene usted por casualidad un hermano llamado Bruno Morenz?

Un largo silencio.

—¿Se encuentra ahí, en Heathrow?

—No estoy autorizado para decírselo, señora. A menos de que usted sea su hermana.

—Sí. Yo soy Adelheid Farquarson. Bruno Morenz es mi hermano. ¿Puedo hablar con él?

—Me temo que de momento no será posible. ¿Seguirá usted en esa dirección, digamos..., dentro de un cuarto de hora? Se trata de un asunto importante.

—Sí, aquí estaré.

McCready pidió un coche con chófer a la central de vehículos y salió precipitadamente del despacho.

Era un gran apartamento tipo estudio en la última planta de una sólida mansión de estilo eduardiano detrás de la carretera de Regent's Park. McCready subió y pulsó el timbre. Mrs. Farquarson lo recibió ataviada con una bata corta, como las que usan los pintores, y le hizo pasar a un estudio en el que reinaba la mayor confusión, con cuadros en los caballetes y bocetos esparcidos por el suelo.

Era una mujer muy atractiva, de cabello canoso como su hermano. McCready, supuso que tendría algo menos de sesenta años, mayor que Bruno. La mujer hizo sitio para que se sentara y sostuvo su mirada con gesto campechano. McCready advirtió que en una mesita cercana había dos tazas de café. Ambas vacías. Y mientras Mrs. Farquarson tomaba asiento, McCready se las ingenió para rozar una de las tazas. Aún estaba caliente.

—¿En qué puedo servirle, Mr...?

—Jones. Me gustaría hacerle unas preguntas sobre su hermano, Herr Bruno Morenz.

—¿Por qué?

—Es algo relacionado con inmigración.

—Me está mintiendo, Mr. Jones.

—¿Yo?

—Sí, mi hermano no ha venido a Inglaterra. Y si quisiera hacerlo, no tendría ningún tipo de problemas con la inmigración británica. Mi hermano es ciudadano de la República Federal Alemana. ¿Es usted policía?

—No, Mrs. Farquarson. Pero sí soy un amigo de Bruno. Desde hace ya muchos años. Hemos recorrido un largo camino juntos. Le ruego que me crea lo que le estoy diciendo porque es la pura verdad.

—Se encuentra en dificultades, ¿no es cierto?

—Sí, me temo que sí. Estoy tratando de ayudarle, si puedo, pero no va a resultar fácil.

—¿Qué ha hecho?

—Todo parece indicar que ha asesinado a su amante en Colonia. Y que ha huido. Me hizo llegar un mensaje. Me decía en él que no había tenido la intención de hacerlo. Luego desapareció.

La mujer se levantó de su asiento, se dirigió a la ventana y se quedó contemplando los árboles del parque de Primrose Hill, con las tonalidades propias del follaje en las postrimerías del verano.

—¡Ay, Bruno! —exclamó melancólica—. ¡Siempre tan loco! Mi pobre y asustadizo Bruno.

La mujer dio media vuelta y se le quedó mirando.

—Estuvo aquí un hombre de la Embajada alemana —le explicó—. Ayer por la mañana. Había llamado antes por teléfono, el miércoles por la noche, cuando yo estaba fuera. No me explicó lo que usted me ha contado..., sólo me preguntó si había tenido noticias de Bruno. Le dije que no. Y tampoco puedo ayudarle a usted, Mr. Jones. Probablemente usted sabrá mucho

más que yo, si mi hermano le ha dejado un mensaje. ¿Tiene usted idea de dónde ha ido?

—Ahí radica el problema. Creo que ha cruzado la frontera. Se ha marchado a la Alemania Oriental. En algún lugar cercano a la ciudad de Weimar. Quizá para refugiarse en casa de algunos amigos. Sin embargo, por lo mucho que sé, jamás en su vida había estado en las inmediaciones de Weimar.

Mrs. Farquarson le miró sorprendida.

—¿Por qué dice eso? —preguntó—. Vivió allí dos años.

McCready conservó el gesto impasible, pero estaba asombrado.

—Lo siento. No lo sabía. Nunca me lo contó.

—No, seguro que no lo hizo. Detestaba aquel lugar. Fueron los dos años más desdichados de su vida. Jamás hablaba de aquel período.

—Creía que su familia era de Hamburgo, que ustedes habían nacido y crecido en esa ciudad.

—Sí, allí nacimos y nos criamos. Hasta 1943. En esa fecha, Hamburgo fue destruida por la RAF, cuando desencadenaron el gran bombardeo llamado *Tormenta de fuego*. ¿Ha oído hablar de aquello?

McCready hizo un gesto de asentimiento. Él tenía cinco años entonces. Royal Air Force había bombardeado el centro de Hamburgo con tal intensidad, que provocaron incendios incontenibles. El fuego consumió el oxígeno de los suburbios hasta crear un infierno devastador en el que las temperaturas aumentaron de tal forma, que el acero se fundió y corrió como agua, mientras el hormigón explotaba como bombas. Aquel infierno se extendió por la ciudad, convirtiendo en vapor todo aquello que encontraba a su paso.

—Aquella noche, Bruno y yo nos quedamos huérfanos. Cuando todo hubo pasado, las autoridades se encargaron de nosotros y nos evacuaron. Yo tenía quince años y Bruno diez. Fuimos separados. A mí me enviaron con una familia que vivía en las afueras de Gotinga. Y a Bruno, a la casa de un granjero, en las inmediaciones de Weimar.

«Después de la guerra le busqué y la Cruz Roja me ayudó en mi empeño y pudimos volver a reunirnos. Regresamos a Hamburgo. Cuidé de él. Recuerdo que apenas hablaba de los años que tuvo que pasar en Weimar. Empecé a trabajar en las cantinas de la NAAFI británica, para mantener a Bruno. Aquellos tiempos fueron muy duros.

McCready hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Sí, lo siento— murmuró.

Ella se encogió de hombros.

—Era la guerra —prosiguió—. En fin, en 1947 conocí a un sargento británico. Robert Farquarson. Nos casamos y vinimos a vivir aquí. Murió hace ocho años. Cuando Robert y yo nos fuimos de Hamburgo, en 1948, Bruno tenía un puesto de aprendiz en una empresa que fabricaba instrumentos ópticos. Desde entonces no le habré visto más que tres o cuatro veces, y ni una sola vez en los últimos diez años.

—¿Le ha contado eso al hombre de la Embajada?

—¿A Herr Fietzau? No, no me preguntó por la infancia de Bruno. Pero se lo he contado a la mujer.

—¿A la mujer?

—Se fue de aquí hace tan sólo una hora. Era del Departamento de Pensiones.

—¿Pensiones?

—Sí. Me dijo que Bruno seguía trabajando en el ramo de la fabricación de instrumentos ópticos de precisión, para una empresa de Wurtzburgo llamada «BKI». Pero, según parece, la «BKI» ha sido adquirida por la firma británica «Pilkington Glass», y como ya se acerca la fecha de la jubilación de Bruno, necesitaba algunos datos sobre su vida para evaluar su cualificación. ¿No pertenecía a la empresa donde trabaja Bruno?

—Lo dudo. Es probable que sea de la Policía de Alemania Occidental. Me temo que ellos también están buscando a Bruno, pero no para ayudarlo.

—Lo siento. Creo que me he comportado con gran insensatez.

—Usted no podía saberlo, Mrs. Farquarson. ¿Hablabas esa mujer bien el inglés?

—Sí, a la perfección, aunque con un ligero acento, polaco quizá.

McCready tenía muy pocas dudas acerca del país de procedencia de la dama. Había otros cazadores que iban persiguiendo a Bruno Morenz, muchos, pero sólo McCready y los de otro grupo sabían de la existencia de la «BKI» de Wurtzburgo. McCready se levantó.

—Haga un esfuerzo por recordar lo poco que usted le contó sobre aquellos años después de la guerra. ¿Hay alguien allí, aunque no sea más que una sola persona, a quien Bruno pueda dirigirse en estas horas de necesidad? ¿Para refugiarse?

La mujer se quedó reflexionando durante largo rato, haciendo un visible esfuerzo de concentración.

—Hay un nombre que él mencionó, el de una persona que había sido cariñosa con él. La maestra de la escuela primaria. La Fräulein..., ¡maldita sea...!, Fräulein Neuberg..., no..., ahora lo recuerdo: Fräulein Neumann. Ése era el apellido. Neumann. Pero lo más probable es que haya muerto. De eso hace cuarenta años.

—Una última pregunta. Mrs. Farquarson. ¿Le dijo esto a la dama de la empresa de instrumentos ópticos?

—No, de esto me acabo de acordar ahora mismo. Le dije únicamente que Bruno, al ser evacuado de niño, había pasado dos años en una granja situada a unos quince kilómetros de Weimar.

De vuelta en Century House, McCready pidió prestado al departamento de Alemania Oriental una guía telefónica de Weimar. Había varias personas con el apellido Neumann, pero tan sólo una precedida por *Frl.*, abreviatura de *Fräulein*, «señorita». Tenía que ser una solterona sin duda alguna. Una jovencita no tendría su propio apartamento, y con teléfono, al menos no en Alemania Oriental. Debía de ser una mujer soltera y madura, con una profesión. Que esto fuese así no era más que una probabilidad muy remota, una conjetura harto arriesgada. Podría hacer que la llamase por teléfono alguno de los agentes *in situ* que tenía el Departamento de Alemania Oriental al otro lado del Muro. Pero los de la *Stasi* estaban por todas partes, husmeando cada cosa. Una única pregunta como: *¿Fue usted la maestra que, en la posguerra, dio clases a un niño pequeño llamado Morenz y ha estado él por su casa?*, podía echarlo todo al traste. La siguiente visita de McCready fue a esa sección de la Century House cuya especialidad consiste en la preparación de documentos de identidad falsos.

Telefoneó a las oficinas de la «British Airways», pero no pudieron ayudarle. Sin embargo sí pudieron hacerlo los de la «Lufthansa». Tenían un vuelo a las cinco y cuarto de la tarde para Hannover. Pidió a Denis Gaunt que le llevase de nuevo a Heathrow.

Los proyectos mejor urdidos por ratones y por hombres, como el poeta escocés podría haber dicho, terminan a veces pareciéndose a la merienda de un perro chiflado. El vuelo de las líneas aéreas de regreso a Varsovia vía Berlín Oriental tenía prevista su salida para las tres y media. Pero cuando el piloto conectó los sistemas de control, una luz de alarma roja se

encendió. Al final resultó ser un solenoide averiado, pero esto retrasó la hora del despegue hasta las seis. En la sala de espera de salida, la comandante Ludmilla Vanavskaya echó un vistazo al monitor en el que se transmitía la información televisada de los vuelos, advirtió que habría un retraso «por razones técnicas», blasfemó por lo bajo y volvió a ensimismarse en su libro.

McCready estaba a punto de salir de su despacho cuando sonó el teléfono. Durante unos segundos titubeó si contestaba o no, al fin decidió hacerlo. Podía ser algo importante. Era Edwards.

—Sam, alguien de Documentos Raros ha venido a verme. Y ahora escúchame, Sam: no tendrás mi permiso para ir a Alemania Oriental, no lo tendrás en absoluto. ¿Está claro?

—Perfectamente claro, Timothy, no podía estarlo más.

—Bien —replicó el asistente del Jefe, antes de colgar el teléfono.

Gaunt había escuchado la voz al otro extremo de la línea y lo que ésta había dicho.

A McCready empezaba a gustarle Gaunt. Sólo llevaba seis meses en su Departamento, pero ya había dado claras muestras de ser el poseedor de una mente brillante, así como una persona en la que uno podía confiar, además de muy capaz de guardar un secreto.

Sabía mantener la boca cerrada. Cuando dejaron atrás la plaza Hogarth, giraron por un montón de esquinas y se metieron en el denso tráfico de los viernes por la tarde en la carretera de Heathrow, Gaunt decidió abrir la boca.

—Sam, ya sé que te has metido en más sitios peligrosos que el brazo derecho de un pastor, pero has sido declarado proscrito en Alemania Oriental y el Jefe te ha prohibido que vuelvas allí.

—Una cosa es prohibir y otra es prevenir —dijo McCready.

Cuando Sam McCready atravesó el vestíbulo de salidas de la Terminal Dos para abordar el avión de la «Lufthansa» con destino Hannover, no se le ocurrió echar una mirada a la atractiva mujer de brillantes cabellos rubios y penetrantes ojos azules que estaba sentada, leyendo, a menos de dos metros de él. Y ella tampoco se fijó en aquel hombre de complexión mediana y finos cabellos castaños, que pasó por su lado envuelto en una gabardina gris y con aire desgarrado.

El avión de McCready mantuvo su horario previsto y aterrizó en Hannover a las ocho, hora local. La comandante Ludmilla Vanavskaya salió de Londres a las seis y aterrizó en el aeropuerto de Berlín-Schonefeld a las nueve. McCready alquiló un automóvil, y condujo más allá de Hildesheim y Salzgitter, hasta que llegó a su lugar de destino en los bosques de las afueras de Goslar. Vanavskaya fue recogida por un coche de la KGB, que la condujo al número veintidós de Normannenstrasse. Tuvo que esperar una hora para poder entrevistarse con el coronel Otto Voss, que estaba reunido con Erich Mielke, el ministro de la Seguridad del Estado.

McCready había llamado por teléfono desde Londres a su anfitrión, el cual le estaba esperando. El hombre salió a recibirle a la puerta de su sólida casa, un hermoso refugio de cazadores convertido en espléndida mansión situada en un claro de la ladera de una montaña, desde el que se divisaba, a la luz del día, un ancho valle poblado de coníferas. A sólo ocho kilómetros de distancia las luces de Goslar brillaban en la oscuridad. Si no hubiese caído ya la noche, McCready hubiera visto en la lejanía, hacia el Este, en la cima de un picacho de los montes del Harz, el tejado de una alta torre. Podía ser confundida con las torres que los cazadores utilizan, pero no lo era. Se trataba de una torre de vigilancia, y no había sido construida para dar caza al fiero jabalí, sino a mujeres y a hombres. El hombre al que McCready había ido a visitar había elegido ese cómodo hogar como lugar de retiro, aunque sin perder de vista la frontera que había hecho su fortuna.

Su anfitrión había cambiado mucho con los años, pensó McCready cuando el otro le hizo pasar a un saloncito de paredes recubiertas de madera, de las que colgaban cabezas disecadas de jabalíes y cornamentas de ciervos. Un brillante fuego chisporroteaba en la chimenea de piedra; a principios de septiembre, la noche ya era fría en la alta montaña.

El hombre que había salido a recibirle había engordado con los años; el que antes fuera enjuto era ahora obeso. Seguía siendo bajo, por supuesto, y su redondo y enrojecido rostro, con su cabellera blanca como el azúcar, le hacía parecer más inofensivo que nunca. Si no se le miraba a los ojos. Ojos astutos, taimados, que habían visto demasiado, y hecho muchos negocios en asuntos de vida o muerte, y que había vivido en el arroyo, logrando sobrevivir. Un perverso niño de la guerra fría,

que en sus buenos tiempos había sido el rey indiscutible de los bajos fondos berlineses.

Durante veinte años, desde la construcción del Muro de Berlín en 1961 hasta su destrucción, Andre Kurzlinger había sido un *Grenzgänger*; literalmente: «el que camina a través de la frontera», el que se gana la vida cruzándola clandestinamente. La construcción del muro echó los cimientos de su fortuna. Antes de que lo levantaran, el ciudadano de Alemania Oriental que quería fugarse a Occidente no tenía más que viajar hasta Berlín Oriental, y, desde allí, darse un paseo hasta Berlín Occidental. Después, el 21 de agosto de 1961, durante la noche, fueron colocados aquellos grandes bloques de hormigón armado que hicieron de Berlín la Ciudad Dividida. No faltaron los intentos por saltar el muro; algunos con éxito. Muchos fueron sorprendidos en el intento, retenidos por la fuerza y enviados a prisión durante mucho tiempo. Otros fueron abatidos con ráfagas de ametralladora en la misma alambrada, donde quedaron colgando como armiños hasta que retiraron sus cadáveres. Para la inmensa mayoría, cruzar la frontera era una hazaña única e irrepetible, en la que, por regla general, se dejaba la vida. Para Andre Kurzlinger, estraperlista y gángster berlinés hasta entonces, cruzarla se convirtió en su profesión.

Se dedicó a pasar gente... por dinero. Cruzaba la frontera disfrazado del modo más diverso, o enviaba emisarios, para negociar el precio. Algunos pagaban en marcos orientales, una gran suma de marcos orientales. Con ese dinero, Kurzlinger compraba las únicas tres cosas que *eran* de buena calidad en Berlín Oriental: maletas húngaras de piel de cerdo, discos checoslovacos de música clásica y habanos cubanos. Estos productos eran tan baratos, que incluso deduciendo los costos del contrabando permitían a Kurzlinger obtener pingües beneficios.

Otros refugiados acordaban pagarle en marcos occidentales una vez hubieran llegado a la parte occidental y hubiesen encontrado un trabajo. Muy pocos le fallaban. Kurzlinger era meticuloso en extremo para cobrar sus deudas; empleaba a varios socios para asegurarse de que los refugiados no le engañaban.

Se rumoreaba que trabajaba para los Servicios de Inteligencia Occidentales. No era cierto, aun cuando a veces sacaba a alguien por encargo de la CÍA o del SIS. También los rumores le acusaban de ser uña y carne con la gente de la SSD o de la KGB. Tampoco esto era verdad, dado que Kurzlinger

causaba un daño considerable a la Alemania Oriental. Lo que sí era cierto es que había sobornado a más guardias fronterizos y agentes comunistas de los que él mismo podía recordar. Se decía que era capaz de oler a un agente sobornable a un centenar de leguas de distancia.

Pese a que Berlín era su coto de caza, Kurzlinger también trazaba líneas a través de la frontera entre las dos Alemanias, con lo que abarcaba una zona de operaciones que iba desde el mar Báltico hasta Checoslovaquia. Cuando al fin se retiró con una considerable fortuna, eligió para asentarse la Alemania Occidental, y no Berlín Occidental. Pero aun así no pudo apartarse mucho de aquella frontera. Su casa, en lo alto de los montes del Harz, estaba situada a tan sólo ocho kilómetros de la línea fronteriza.

—Bien, Herr McCready, mi querido amigo Sam, esta vez sí ha transcurrido una gran cantidad de tiempo.

Kurzlinger se encontraba de pie, de espaldas al fuego. Un caballero retirado vistiendo una chaqueta de esmoquin de terciopelo. Un largo camino le separaba de aquel rapazuelo callejero de mirada animal, que se debatía por salir del fango y que empezó a conseguirlo en 1945 proporcionando chicas a los soldados estadounidenses a cambio de cajetillas de «Lucky Strike».

—¿Tú también estás jubilado?

—No, Andre, todavía tengo que seguir trabajando para ganarme las habichuelas. No soy tan inteligente como tú, como puedes ver.

A Kurzlinger le agradó la respuesta. Apretó un timbre y en seguida se presentó un criado llevándoles un exquisito vino de Mosela en copas de cristal.

—Y bien, ¿qué puede hacer un pobre anciano por el todopoderoso Servicio de Inteligencia de Su Majestad? —preguntó Kurzlinger, contemplando las llamas a través del vino.

McCready le dijo lo que quería. El hombre siguió contemplando el fuego, pero frunció los labios y sacudió la cabeza.

—Ya estoy fuera de todo eso, Sam. Retirado. Y ahora me dejan en paz. Ambas partes. Pero ya sabes, me han advertido, como supongo que te habrán advertido a ti, de que si empiezo de nuevo, vendrán por mí. Una operación rápida, en la que se pasa al otro lado de la frontera y se regresa antes del amanecer. Me cogerán aquí mismo, en mi propia casa. Lo dicen

de veras. En mis buenos tiempos les hice mucho daño, como bien sabes.

—Lo sé —respondió McCready.

—Y además, los tiempos cambian. Si estuviésemos en aquella época, en Berlín, claro que podría ayudarte a pasar al otro lado. En el campo tenía mis senderos de conejo. Pero todos han ido siendo descubiertos. Y clausurados. Las minas que yo desconecté fueron remplazadas. Los guardias a los que yo había sobornado han sido trasladados; ya sabes que nunca conservan durante mucho tiempo a los mismos guardias en esta frontera. Constantemente los están llevando de un lado para otro. Todos mis contactos han desaparecido. Ya es demasiado tarde.

—Necesito pasar al otro lado —dijo McCready con lentitud—, porque tenemos a un hombre allí. Está enfermo, muy enfermo. Pero si puedo traérmelo, es probable que eso arruinase la carrera de la persona que ahora dirige el *Abteilung II*, Otto Voss.

Kurzlinger no se movió, pero su mirada se tornó muy fría. Hacía muchos años, tal como McCready sabía, Kurzlinger había tenido un amigo. Un amigo muy íntimo en verdad, quizás el más íntimo que tuvo en su vida. El hombre fue sorprendido cuando intentaba cruzar la frontera. Después se supo que había levantado las manos. Pero Voss disparó contra él de todos modos. Primero le atravesó las rodillas, luego los codos y después los hombros. Por último le disparó al estómago. Con balas explosivas.

—Ven —dijo Kurzlinger—. Vamos a cenar. Te presentaré a mi hijo.

El apuesto joven, rubio y de unos treinta años, que se sentó con ellos en la mesa, no era hijo de Kurzlinger, por supuesto. Pero éste lo había adoptado formalmente como tal. De vez en cuando, el hombre mayor le sonreía y el hijo adoptivo le correspondía con una mirada de adoración.

—Saqué a Siegfried del Este —explicó Kurzlinger, como si tan sólo quisiera mantener la conversación—. No tenía a dónde ir, así que..., ahora vive aquí, conmigo.

McCready siguió comiendo. Sospechaba que había algo más.

—¿Oíste hablar alguna vez del *Arbeitsgruppe Grenzen*? —preguntó Kurzlinger mientras cogía un racimo de uvas.

McCready había oído hablar de esa organización. El Grupo Operativo de Frontera, con hondas raíces en la SSD, aunque apartado de todos los *Abteilungen* con sus designaciones en

números romanos, era un grupo muy pequeño y que estaba especializado en un asunto realmente grotesco.

En casi todas las operaciones, si Marcus Wolf quería introducir un agente en el Oeste, podía hacerlo a través de un país neutral, con lo que el agente adoptaba su nueva «historia» durante esa estadía temporal. Pero, a veces, la SSD o la HVA querían poner a un hombre al otro lado de la frontera en una operación «negra». Para conseguirle, los alemanes orientales abrían una «ruta de conejo» a través de sus propias defensas de Este a Oeste. Aunque muchas de esas rutas eran abiertas en sentido contrario para sacar de Occidente a personas de las que se suponía que no deberían estar allí. Cuando los de la *Stasi* querían abrir una ruta de conejo para sus propios fines, usaban a los especialistas del Grupo Operativo de Fronteras, el AGG. Esos ingenieros zapadores, trabajando en el silencio de la noche (ya que el Servicio de Protección de Alemania Federal también vigilaba la zona fronteriza), escondiéndose prácticamente bajo el filo de una navaja, trazaban una delgada línea a través de los campos minados, sin dejar rastro alguno en los lugares por los que habían pasado.

Tras los campos de minas venía la franja roturada de doscientos metros de ancho, donde el prófugo sería atrapado entre los haces luminosos de los focos y las ráfagas de ametralladora. Y al final, en el lado occidental, se encontraba la valla. Los expertos del Grupo Operativo de Fronteras la dejarían intacta, ya que abrirían un hueco para que el agente pasase y luego lo repararían, entrelazando de nuevo los alambres que antes habían cortado. Los focos, que por las noches siempre estaban orientados hacia el Oeste, iluminarían un lugar distinto al utilizado por los expertos, y la franja roturada los ocultaría bajo la espesa hierba que solía crecer a todo su largo y ancho, en especial a finales de verano. Por la mañana, la hierba se habría enderezado por sí sola, cubriendo todas las huellas de las pisadas que la surcaron.

Cuando los alemanes orientales hacían esto, tenían la cooperación de sus propios guardias fronterizos. Pero forzar la frontera era harina de otro costal; en ese caso no se contaría con la cooperación de Alemania Oriental.

—Siegfried solía trabajar para el AGG —dijo Kurzlinger—. Hasta que decidió usar una de sus propias rutas de conejo. Como es lógico, los de la *Stasi* la clausuraron de inmediato. Siegfried, nuestro amigo necesita pasar al otro lado. ¿Podrías ayudarle?

McCready se preguntó si había juzgado a su hombre sin equivocarse. Pensó que había acertado. Kurzlinger odiaba a Voss por lo que había hecho, y los deseos de venganza de un homosexual que había padecido por la muerte de su amado no podían ser subestimados.

Siegfried se quedó meditando un buen rato.

—Por ahí tiene que haber una ruta —dijo el joven al fin—. Pensaba utilizarla yo mismo, por lo que no presenté el informe pertinente. Sin embargo, el caso es que después salí por otra ruta distinta.

—¿Dónde está? —preguntó McCready.

—No muy lejos de aquí —contestó Siegfried—. Entre Bad Sachsa y Ellrich.

El joven fue a buscar un mapa y señaló en él las dos pequeñas localidades al sur del Harz: Bad Sachsa, en Alemania Occidental, y Ellrich, en la Oriental.

—¿Me dejas ver los documentos que piensas utilizar? —preguntó Kurzlinger.

McCready le entregó su documentación. Y Kurzlinger se la pasó luego a Siegfried, que la examinó con sumo detenimiento.

—Son muy buenos —dijo el joven—, pero necesitará un pase para el ferrocarril. Yo tengo uno. Y todavía está en vigor.

—¿Cuál es la mejor hora para emprender la marcha? —preguntó McCready.

—Las cuatro. Antes de que amanezca. A esa hora es cuando más oscuridad hay y los guardias están cansados. Utilizan menos sus focos para barrer la franja roturada. Necesitaremos monos de camuflaje, por si nos atrapan con sus luces. El camuflaje puede salvarnos la vida.

Estuvieron discutiendo los detalles durante una hora.

—Tiene que entender una cosa, Herr McCready —dijo Siegfried—, de mi fuga hace ya cinco años. Tal vez no pueda recordar por dónde pasé. Dejé un hilo de pescar en el suelo cuando tracé el camino a través de la zona minada. Es posible que no lo encuentre. Si no puedo, tendremos que regresar. Meterse por el campo de minas sin conocer el camino que yo tracé es caminar a una muerte segura. O quizá mis antiguos compañeros lo hayan encontrado, cerrándolo entonces. En ese caso nos volveremos..., si aún estamos a tiempo.

—Entiendo —dijo McCready—. Le estoy muy agradecido.

A la una, Siegfried y McCready salieron de la casa dispuestos a emprender el viaje de dos horas que harían con lentitud

conduciendo por las carreteras de montaña. Kurzlinger se quedó de pie, delante de la puerta.

—Cuida de mi muchacho —pidió—. Esto sólo lo hago por otro chico que Voss me quitó hace muchos años.

—Si logras cruzar la frontera —dijo Siegfried cuando iban en el coche—, haz a pie los diez kilómetros que te faltan hasta Nordhausen. Da un rodeo y evita la localidad de Ellrich, allí hay guardias, y los perros ladrarán. Coge el tren en Nordhausen hasta Erfurt y allí el autobús a Weimar. Los dos medios de transporte estarán llenos de obreros.

Condujeron muy despacio al cruzar la pequeña ciudad de Bad Sachsa, sumida en el sueño, y estacionaron en las afueras. Siegfried se internó en la oscuridad provisto de una brújula y de una linterna diminuta. Una vez que hubo encontrado su pista, se internó por el bosque de pinos en dirección Este. McCready lo siguió.

Cuatro horas antes, la comandante Ludmilla Vanavskaya se encontraba con el coronel Voss en su despacho.

—Según lo que su hermana me dijo, hay un lugar en el que puede esconderse en la zona de Weimar.

La comandante le relató a continuación lo que la hermana de Bruno Morenz le había contado acerca de la evacuación de éste durante la guerra.

—¿Una granja? —inquirió Voss—. ¿Y cuál de ellas? Las hay a centenares en esa zona.

—Ella no sabía el nombre. Lo único que me dijo fue que debería de encontrarse a unos quince kilómetros de Weimar, todo lo más. Tienda su cerco, coronel. Envíe tropas. Antes de que el día termine, lo habrá capturado.

El coronel Voss llamó por teléfono al *Abteilung XIII*, el Servicio de Inteligencia y Seguridad del Ejército Nacional del Pueblo, NVA. Como quiera que la autorización para toda la operación provenía directamente del ministro Erich Mielke, en el Servicio de Inteligencia militar no hubo oposición. Unas cuantas llamadas telefónicas pusieron en estado de alerta al Cuartel General de la NVA en Karlshorst, y, antes de que empezase a amanecer, las tropas partían hacia el Sur, en dirección a Weimar.

—Ya está cerrado el círculo —dijo Voss a eso de la media noche—. Las tropas formarán un amplio círculo alrededor de Weimar, dividiéndose la zona por sectores, e irán avanzando hacia la ciudad barriendo todo a su paso. Registrarán cada

granja cada establo, cuadras y cobertizos, todos los almacenes, las pocilgas, hasta que hayan completado un círculo con un radio de quince kilómetros. Sólo confío en que usted tenga razón comandante Vanavskaya. Ahora hay una gran cantidad de hombres involucrados en la operación.

Para aprovechar las pocas horas que le quedaban, el coronel Voss se dirigió hacia el Sur en su coche privado. La comandante Vanavskaya lo acompañó. El barrido de la zona comenzaría al rayar el alba.

CAPITULO VI

Sábado

Siegfried estaba tumbado boca abajo al borde de una hilera de árboles y estudiaba los oscuros contornos del bosque que se extendía a partir de unos trescientos metros de distancia del territorio de Alemania Oriental. McCready se encontraba a su lado.

Cinco años antes, también en la oscuridad, Siegfried había trazado su ruta de conejo a partir de la base de un pino particularmente alto, situado en la parte Este, y orientándose hacia un alto peñasco de reluciente blancura que había en la cima de una colina en la parte occidental. Y ahora tenía un problema: siempre había pensado que vería la roca desde el Este, cuando brillaba pálida bajo la mortecina luz que precede al amanecer; jamás había pensado que podría necesitar verla desde el otro. Y el peñasco estaba muy por encima de él, tapado por los árboles. El único modo de que le fuera visible sería desde una posición dentro de la «tierra de nadie». Estimó su línea imaginaria lo mejor que pudo, cruzó arrastrándose los últimos diez metros de Alemania Occidental y comenzó a cortar con suma cautela los gruesos alambres de la alta valla.

Cuando tuvo hecho su agujero, alzó la mano e hizo señas a McCready para que se acercara. Éste también se arrastró hasta la valla. Sam se había pasado los últimos cinco minutos vigilando las torretas de los guardias fronterizos de Alemania Oriental, y estudiando los movimientos de los focos cuando efectuaban el barrido de la zona. Siegfried había elegido muy bien su punto de partida, justo entre dos torres de vigilancia. A esto se añadía una circunstancia favorable: con el crecimiento de los árboles durante el verano, algunos pinos habían extendido sus ramas por encima del campo de minas algo más de un metro; lo suficiente como para que uno de los focos se viese bloqueado en parte por ese aumento de la vegetación. En el otoño, los podadores recortarían esas ramas, pero no ahora.

El otro foco abarcaba con su haz el camino que ellos pensaban seguir, pero el hombre que lo manejaba debía de estar cansado o aburrido, ya que empleaba algunos minutos en cada ciclo de iluminación. Cuando empezaba de nuevo, siempre apuntaba hacia otra dirección. Entonces efectuaba el barrido hacia el camino elegido por ellos, retrocedía y se apartaba. Si el guardia se mantenía fiel a ese patrón, tendrían unos cuantos segundos de aviso.

Siegfried agachó la cabeza y se deslizó a través del agujero, McCready lo siguió, llevando consigo su saco de yute. Luego el alemán se volvió y enderezó los alambres cortados, colocándolos de nuevo en su sitio. Nadie advertiría el desperfecto si no se acercaba mucho a ese lugar; en cuanto a los guardias, jamás cruzaban la frontera para inspeccionar la alambrada, a menos que se hubiesen dado cuenta de que alguien había abierto un hueco en la misma. A ellos, tampoco les gustaba el campo de minas.

Había que vencer la tentación para no cruzar a la carrera el centenar de metros de anchura que tendría la franja roturada, ahora completamente cubierta por una espesa capa de hierba con tallos de gran altura, cardos y ortigas que crecían a intervalos entre la hierba. Pero quizás hubiera alambres ocultos que activarían las alarmas. Era mucho más seguro arrastrarse. Así que siguieron avanzando de ese modo. Cuando ya estaban a mitad del trayecto, se encontraron con que las sombras de unos árboles les protegían del foco que tenían a su izquierda, pero el haz del de su derecha se les acercaba. Los dos hombres se quedaron rígidos en sus monos verdes, con el rostro pegado contra la tierra. Ambos se habían pintado de negro la cara y las manos; Siegfried, con crema para los zapatos, y McCready con corcho ahumado, que eliminaría con mayor facilidad cuando estuviera al otro lado.

La pálida luz se posó sobre ellos, titubeó, se apartó y se alejó de nuevo. Unos diez metros más adelante Siegfried encontró uno de los alambres de las trampas e hizo señas a McCready para que diese un rodeo. Otros cuarenta metros más y alcanzaron el campo de minas. Allí, los cardos y la hierba les llegaban hasta el pecho. Nadie intentaba segar el campo de minas.

El alemán miró hacia atrás. Por encima de las copas de los árboles, McCready pudo divisar el blanco peñasco, que proyectaba un pálido sendero entre las tinieblas del bosque de pinos. Siegfried volvió la cabeza y reconoció el árbol gigantesco

situado al otro extremo del sendero proyectado por la roca. Se alzaba a unos diez metros a la derecha de su línea. Se arrastró de nuevo a lo largo del borde del campo de minas. Cuando se detuvo, se puso a palpar con sumo cuidado entre los altos tallos de hierba. Al cabo de dos minutos, McCready escuchó un resoplido de triunfo. Siegfried sostenía entre el índice y el pulgar un fino hilo de pesca. Tiró de él cuidadosamente. Si el otro extremo estaba suelto la misión habría terminado. El hilo se puso tirante y ofreció resistencia.

—Sigue este hilo —susurró Siegfried—. Te conducirá a través del campo de minas hasta el túnel que pasa por debajo de la alambrada. El sendero no tiene más de sesenta centímetros de ancho. ¿Cuándo estarás de vuelta?

—Dentro de veinticuatro horas —respondió McCready—. O de cuarenta y ocho. Después de ese plazo, olvídale. No volveré. Te haré una señal con mi linterna desde la base del árbol grande antes de emprender el regreso. Mantenme la valla abierta.

McCready desapareció por el campo de minas, arrastrándose sobre el vientre, oculto entre las altas hierbas y la espesa maleza. Siegfried esperó a que la luz del foco pasase por encima de él una última vez y se arrastró de regreso al Oeste.

McCready avanzó a gatas por el campo de minas, siguiendo el camino que el hilo de nilón le marcaba. De vez en cuando tiraba de él para asegurarse de que aún estaba firme. Sabía que no vería ninguna mina. Las que allí había no eran las grandes tipo placa, que podían lanzar un camión por los aires, sino minas pequeñas, hechas de plástico y fabricadas contra las personas, invisibles a los detectores de metales, que algunos, en sus intentos de huida, habían tratado de utilizar sin éxito. Las minas estaban enterradas, y se activaban por la presión en la superficie. No explotarían si un conejo o un zorro pasaban por encima, pero eran lo suficiente sensibles como para detectar un cuerpo humano. Y lo bastante potentes como para arrancar una pierna de cuajo, esparcir los intestinos por el aire o vaciar la cavidad pectoral. Con frecuencia no mataban al instante, y dejaban al frustrado prófugo malherido, gritando inútilmente en la oscuridad, hasta que los guardias, acompañados de guías, acudían después de la salida del sol para retirar el cadáver.

McCready vio por encima de su cabeza las enmarañadas ondas de los alambres de espino que marcaban el final del campo de minas. El hilo de pescar lo condujo hasta una depresión plana por debajo de la alambrada. Se dio entonces la

vuelta para quedar tumbado de espaldas, con el saco empujó los alambres hacia arriba, valiéndose de los hombros y presionando en el suelo con los talones. Palmo a palmo fue deslizándose por debajo de la alambrada. Por encima de su rostro podía ver las relucientes púas, que hacían esa clase de alambre más doloroso que la navaja de un barbero.

La alambrada tenía una anchura de diez metros, y una altura de dos y medio. Cuando al fin salió a la Zona Oriental, advirtió que el hilo de nilón estaba atado a una fina estaquilla que casi se había salido del suelo. Un tirón más y se hubiera desprendido del todo, haciendo fracasar toda la operación. Enterró bien la estaquilla, la cubrió con un montón de agujas de pino y se fijó en la posición que ocupaba, justo enfrente a la cara posterior del gran pino. Sacó la brújula, la mantuvo delante de él y prosiguió su avance.

Se arrastró siguiendo un ángulo de noventa grados, hasta que llegó a los límites de un sendero. Allí se despojó del mono, lo enrolló alrededor de la brújula y lo ocultó bajo una capa de agujas de pino unos doce metros en el interior del bosque. No podía dejarlo en el sendero abierto al descubierto porque si pasaba algún perro, olería la ropa, con toda seguridad. Partió una rama por encima de su cabeza y la dejó colgando de un saliente en la corteza. Nadie se daría cuenta, pero él, sí.

A su vuelta, sólo tendría que encontrar el sendero y la rama partida para recobrar el mono y la brújula. Un ángulo de doscientos setenta grados le llevaría de nuevo al pino gigante. Dio media vuelta y anduvo hacia el Este. Mientras caminaba, iba tomando nota mental de cada marca: árboles caídos, montones de troncos, revueltas y encrucijadas. Después de un kilómetro y medio salió a una carretera y algo más adelante vio la aguja de la iglesia luterana de Ellrich.

Tal como Siegfried le había advertido, rehuyó esa carretera y se internó por campos de trigo, ya segados, hasta que dio con la carretera que iba a Nordhausen, unos ocho kilómetros más arriba. Eran las cinco en punto de la madrugada. Caminó por el borde de la carretera, dispuesto a lanzarse a la cuneta si un vehículo aparecía en cualquier dirección. Más hacia el Sur confió en que el raído chaquetón, los pantalones de pana, las botas y la gorra con visera, indumentaria habitual de muchos obreros agrícolas alemanes, le harían pasar inadvertido. De todos modos, la población en aquella comarca era tan reducida, que todo el mundo se conocía. Tampoco tenían por qué preguntarle hacia dónde se dirigía, ni mucho menos de dónde venía. A sus

espaldas no había ningún lugar del que pudiese venir, a excepción de la localidad de Ellrich o de la frontera.

En las afueras de Nordhausen tuvo un golpe de suerte. Detrás de la cerca medio derruida de una casa a oscuras había una bicicleta apoyada contra un árbol. Mohosa pero utilizable. Sopesó el riesgo que supondría apoderarse de ella con la ventaja de cubrir una cierta distancia más de prisa que sobre dos piernas. Si su pérdida permanecía sin descubrirse durante una media hora, habría merecido la pena. Así que cogió la bicicleta y caminó con ella un centenar de metros, después se montó y se dirigió hacia la estación de ferrocarril. Eran las seis menos cinco. El primer tren para Erfurt saldría en quince minutos.

En el andén de la estación, varias docenas de obreros esperaban para dirigirse hacia el Sur, a su trabajo. McCready colocó sobre la taquilla algo de dinero, compró un billete y se dirigió al tren, que llegaba arrastrado por una vieja locomotora, pero a su hora. Acostumbrado al servicio de cercanías de los ferrocarriles británicos, McCready agradeció esa puntualidad. Dejó su bicicleta en consigna, en el vagón de equipajes, y fue a sentarse en los bancos de madera. El tren se detuvo de nuevo en Sonderhausen, en Greussen y en Strausfurt antes de llegar a Erfurt a las seis horas y cuarenta y un minutos. McCready recogió la bicicleta y pedaleó por las calles que le conducirían hacia la parte oriental de la ciudad, de cuyas afueras partía la carretera nacional número siete en dirección a Weimar.

Poco después de las siete y media, a pocos kilómetros al este de la ciudad, un tractor le adelantó. Arrastraba un remolque plano y lo conducía un hombre algo mayor. Había llevado un cargamento de remolacha azucarera a Erfurt y regresaba a su granja. El anciano aminoró la marcha y se detuvo.

—*¡Sieig mal rauf!* —le gritó el campesino, tratando de hacerse oír por encima de los gruñidos del destartado motor, que expulsaba densas nubes de humo negro.

McCready hizo un gesto de agradecimiento, subió la bicicleta al remolque y se montó en el tractor. El ruido del motor impedía toda conversación, algo que no podía menos que favorecer a McCready, pues, pese a que hablaba un alemán bastante fluido, no poseía ese fuerte acento de la Baja Turingia. En todo caso, el viejo granjero también se sentía feliz de poder chupetear a sus anchas su pipa apagada y conducir. A unos quince kilómetros de Weimar, McCready advirtió la muralla de soldados.

Estaban en la carretera, varias docenas de ellos, y también esparcidos por los campos, a derecha e izquierda. Pudo ver los cascos que protegían sus cabezas, deslizándose entre los maizales. A la derecha se abría un sendero que conducía a una granja. McCready miró hacia ellos. A unos diez metros, toda una fila de soldados avanzaba en dirección a Weimar. El tractor aminoró la marcha y se detuvo ante la barrera. Un sargento se puso a gritar al conductor, ordenándole que apagase el motor. El viejo le devolvió los gritos:

—Si lo hago, lo más probable es que no pueda volver a arrancar. ¿Me empujarán tus muchachos?

El sargento lo reconsideró, se encogió de hombros e hizo señas al viejo granjero para que le mostrase sus documentos. Los inspeccionó, se los devolvió y se acercó adonde estaba sentado McCready.

—Documentación —le dijo.

McCready le entregó su documento de identidad. En él decía que era Martin Kroll, trabajador del campo y empadronado en la circunscripción administrativa de Weimar. El sargento, que era un hombre de ciudad, nacido en Schwerin, al norte de Alemania, se puso a olfatear.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Remolacha azucarera —se apresuró a contestar McCready, el cual no pensaba confesar voluntariamente que era un invitado en el tractor, si nadie se lo preguntaba.

Tampoco le explicó que antes de transportar la remolacha azucarera el remolque había servido para llevar una carga mucho más olorosa. El sargento frunció la nariz, le devolvió la documentación y les hizo señas para que siguieran camino. De Weimar se acercaba un camión que prometía ser mucho más interesante; además, a él le habían ordenado que prestase atención a la gente que trataba de salir del cerco, en especial si se trataba de un hombre de cabello gris y acento renano, no que se ocupase de un maloliente tractor que entraba en el cerco. El tractor siguió por la carretera hasta llegar a un desvío, a unos cinco kilómetros de Weimar, donde se metió por un camino comarcal. McCready saltó a tierra, bajó la bicicleta, dio las gracias con gestos al viejo granjero y pedaleó hacia la ciudad.

Al llegar a las afueras de Weimar, Sam McCready tuvo que avanzar pegado a la cuneta para evitar los camiones cargados de tropas con los uniformes verde y gris del Ejército Nacional del Pueblo, el NVA. También se divisaban algunas salpicaduras

de verde brillante, correspondiente a los agentes de la Policía del Pueblo, los *vopos*. Grupos de ciudadanos de Weimar se agolpaban en las esquinas, mirando con curiosidad. Alguien sugirió que era un ejercicio militar; nadie le llevó la contraria. A fin de cuentas, las maniobras son propias de los militares. Era normal, pero no usual en el centro de la ciudad.

A McCready le hubiese gustado llevar un plano de la ciudad, pero no podía permitirse el lujo de que le vieran estudiando uno. No era un turista. Había memorizado su ruta en el plano que había sacado prestado del departamento de Alemania Oriental en Londres, y que había estudiado en el avión durante su viaje a Hannover. Entró en la ciudad siguiendo la Erfurterstrasse, pedaleó todo recto en dirección al casco antiguo y vio, frente a él, el edificio del Teatro Nacional. El asfaltado pavimento se convirtió en adoquinado. Giró a la izquierda para meterse por la Heinrich Heine Strasse y continuó hasta la plaza Karl Marx. Allí desmontó y se puso a empujar la bicicleta, con la cabeza gacha, cuando unos coches de los *vopos* pasaron por su lado en ambas direcciones.

En la plaza Rathenau se puso a buscar la Brennerstrasse, y la encontró en el extremo más alejado de la plaza. Si la memoria no le fallaba, Bockstrasse tendría que estar a la derecha. Y, en efecto, así era. El número catorce correspondía a un viejo edificio que, desde hace muchísimo tiempo hubiese necesitado alguna que otra reparación, al igual que casi todas las casas en el paraíso de Herr Honecker. La pintura y el revocado de las paredes se caían a pedazos y los nombres escritos junto a los ocho timbres estaban borrosos. Pero logró descifrar con algún esfuerzo un único nombre, el del apartamento número tres: Neumann. Metió la bicicleta por el gran portalón de entrada, la dejó en el vestíbulo, de suelo enlosado, y subió las escaleras. Había dos apartamentos en cada planta. El número tres estaba un piso más arriba. Se quitó la gorra, se arregló un poco la chaqueta y pulsó el timbre. Eran las nueve menos diez.

Durante un buen rato nada sucedió. Pero pasados dos minutos, se escuchó el ruido de unos pies que se arrastraban y la puerta se abrió poco a poco. Fräulein Neumann era muy vieja, iba vestida de negro, tenía el cabello blanco y caminaba apoyándose en dos bastones. McCready calculó que le faltaría muy poco para cumplir los noventa. La mujer se le quedó mirando.

—¿Ja? —preguntó.

A McCready se le iluminó la cara con una sonrisa, como si la hubiese reconocido.

—¡Oh, sí, es usted, Fräulein! Ha cambiado, por supuesto. Pero no mucho más que yo. Ya no se acordará de mí. Soy Martin Kroll. Usted me dio clases en la escuela primaria, hace unos cuarenta años.

La anciana se limitó a mirarle con sus brillantes ojos azules detrás de unas gafas de montura de oro.

—Yo me encontraba en Weimar en aquellos años. Vengo de Berlín, ¿sabe usted? Vivo allí. Y me pregunté si usted seguiría aquí. En la guía telefónica encontré su nombre. Así que vine para ver qué tal le va. ¿Me permite entrar?

La anciana se apartó a un lado y McCready entró. Un recibidor sombrío y mohoso por los años. La anciana, arrastrando los pies debido a la artrosis de las rodillas y los tobillos, le condujo hasta su sala de estar, cuyas ventanas daban a la calle. McCready esperó a que la anciana se sentara para tomar asiento en una silla.

—¿Así que le di clases en aquella época, en la vieja escuela primaria de la Heinrich Heine Strasse? ¿Cuándo fue eso exactamente?

—Bien, tuvo que ser en los años cuarenta y tres y cuarenta y cuatro. Nuestra casa había sido bombardeada. En Berlín. Así que fui evacuado aquí junto con otros niños. Tuvo que ser en el verano del cuarenta y tres. Estaba en una clase con..., ¡ay, los nombres...!, bueno, me acuerdo de Bruno Morenz. Era mi compañero de juegos.

La anciana se le quedó mirando un buen rato, luego se puso de pie. McCready la imitó. La mujer se deslizó hasta la ventana y miró hacia la calle. Un camión lleno de *vopos* pasaba traqueteando. Todos iban sentados muy rígidos. Llevaban las cartucheras al cinto, en las que llevaban sus pistolas «AP9» de fabricación húngara.

—Siempre los uniformes —murmuró la anciana como si hablase consigo misma—. Primero los nazis, ahora los comunistas. Y siempre los uniformes y las pistolas. Primero la Gestapo y ahora la SSD. ¡Ay, Alemania!, ¿qué hemos hecho para merecernos ambas cosas?

La mujer se apartó de la ventana y se volvió hacia McCready.

—Usted es inglés, ¿verdad? Siéntese, haga el favor.

McCready se alegró de poder hacerlo. Se dio cuenta de que, pese a su avanzada edad, la dama conservaba aún una mente afilada como una navaja.

—¿Por qué dice una cosa así? —preguntó McCready con acento indignado.

La anciana no se inmutó ante aquella muestra de indignación.

—Por tres razones. Me acuerdo de todos los niños a los que di clases en aquella escuela durante la guerra y después de la guerra, y no había ningún Martin Kroll entre ellos. Y, en segundo lugar, la escuela no estaba en esa calle. Heine era judío, y los nazis se encargaron de hacer desaparecer su nombre de calles y monumentos.

McCready se hubiese dado de bofetadas. Tenía que haber sabido que el nombre de Heine, uno de los más grandes poetas de Alemania, no había sido rehabilitado hasta después de la guerra.

—Si usted grita o da la voz de alarma —dijo él, sereno—, yo no le haré daño. Pero ésos vendrán por mí, me llevarán y me fusilarán. La elección es suya.

La anciana anduvo cojeando hasta su sillón y se sentó.

—En 1934, yo era catedrática en la Universidad Humboldt, en Berlín. Más joven que el resto de los catedráticos, y la única mujer. Los nazis llegaron al poder. Yo los despreciaba. Y así lo manifesté. Me imagino que he de considerarme afortunada, pues podrían haberme enviado a un campo de concentración.

»Pero se mostraron indulgentes; me enviaron aquí, para que diese clases en la escuela primaria a los hijos de los trabajadores del campo.

»Después de la guerra no regresé a la Humboldt. En parte, porque me parecía que los niños de aquí tenían más derecho a las clases que yo pudiera darles que los espabilados jóvenes de Berlín, y, en parte, porque tampoco se me apetecía enseñar la versión comunista de las mentiras. ¿Responde esto a su pregunta?»

—¿Y si me llegan a detener de todos modos y les hablo de usted?

La anciana sonrió por primera vez.

—Mi querido joven, cuando una tiene ochenta y ocho años, no hay nada que le puedan hacer a una que Dios Nuestro Señor no vaya a hacer muy pronto. ¿Por qué ha venido a verme?

—Bruno Morenz. ¿Se acuerda de él?

—¡Oh, sí, claro que me acuerdo! ¿Tiene problemas?

—Sí, Fräulein Neumann, y muy graves. Se encuentra aquí, no muy lejos de esta casa. Vino con una misión..., mía. Cayó enfermo, de la cabeza. Ha perdido completamente los nervios, tiene que estar escondido por ahí afuera, en alguna parte. Necesita ayuda.

—La Policía y todos esos soldados, ¿están aquí por Bruno?

—Sí. Si le encuentro antes que ellos, quizá pueda ayudarle. Llévame a tiempo.

—¿Y por qué ha venido a verme?

—Hablé con la hermana de Bruno en Londres, me dijo que él le había contado muy pocas cosas de los dos años que pasó aquí durante la guerra. Sólo que había sido muy desdichado y que su único amigo había sido su maestra de escuela, Fräulein Neumann.

La anciana se balanceó hacia delante y hacia atrás durante un rato.

—Pobre Bruno —dijo al fin—, pobre niño asustadizo. Siempre tan atemorizado. De los gritos y de los castigos.

—¿Por qué tenía Bruno miedo, Fräulein Neumann?

—Provenía de una familia socialdemócrata de Hamburgo. El padre había muerto, durante un bombardeo; pero, antes de que eso ocurriera debió de haber hecho en su hogar algún comentario ofensivo sobre Hitler. Bruno estaba alojado en la casa de un granjero a las afueras de la ciudad, un hombre brutal que bebía mucho. Por añadidura, un nazi fanático. Un buen día, por la noche, Bruno tuvo que haber dicho algo que había aprendido de su padre porque el granjero se quitó la correa y le dio una paliza con ella. Le golpeó duramente. A partir de entonces, aquello se convirtió en una rutina. El pobre Bruno solía salir huyendo de la casa.

—¿Y en dónde se escondía, Fräulein Neumann? ¡Por favor, dígame!

—En el pajar. En una ocasión me lo enseñó. Cuando fui a la granja a recriminar al granjero. Había un pajar solitario, al otro lado de los campos de heno, lejos de la casa y de los demás pajares. Bruno hacía un agujero en las balas de heno colocadas en lo alto del pajar. Solía esconderse allí, donde permanecía hasta que el granjero caía sumido en su acostumbrado sueño de borracho.

—¿Dónde estaba situada la granja exactamente?

—La aldehuela se llamaba Marionhain. Creo que todavía existe. Eran unas cuatro granjas agrupadas. Ahora habrán sido colectivizadas. Se encuentra entre los pueblos de Ober

Grünstedt y de Nieder Grünstedt. Salga por la carretera en dirección a Erfurt. A unos seis kilómetros gire a la izquierda por un camino de tierra. Tiene que haber un letrero. La granja se llamaba *Finca de Müller*, pero lo más probable es que la hayan cambiado de nombre. Quizás ahora tenga un número. Pero si todavía existe, busque un pajar que se encuentra a unos doscientos metros del grupo de casas, al final de los campos de heno. ¿Cree que podrá usted ayudarlo?

McCready se levantó.

—Si Bruno está allí, Fräulein Neumann, trataré de ayudarlo. Le juro que lo intentaré por todos los medios. Le doy las gracias por su ayuda.

Cuando llegaron a la puerta, McCready se volvió hacia la anciana.

—Usted me ha hablado de tres razones que la habían llevado a creer que yo era inglés, pero sólo ha mencionado dos.

—¡Ah, sí! Usted va vestido como un obrero del campo y sin embargo, afirma que viene de Berlín. Allí no hay granjas. Lo que significa que ha de ser un espía, o bien trabaja para éstos... —dijo la dama, volviendo la cabeza hacia la ventana, por donde entraba el ruido de otro camión que pasaba por la calle—, o para los del otro lado.

—Podía haber sido un agente de la *Stasi*.

La anciana sonrió de nuevo.

—No, míster inglés, me acuerdo muy bien de los oficiales británicos que estuvieron aquí en 1945, durante un breve tiempo, antes de que los rusos llegasen. Ustedes eran mucho más educados.

El camino de tierra que salía de la carretera principal se encontraba exactamente donde la anciana había dicho que debería de estar, a la izquierda, y llevaba hacia una zona de ricos campos de labranza situada entre la N-7 y la autopista E-40. En un pequeño cartel se podía leer Ober Grünstedt. Se metió con la bicicleta por aquel camino hasta llegar a un cruce, a un kilómetro y medio de distancia. El camino se bifurcaba. A su izquierda estaba Nieder Grünstedt. McCready pudo ver la muralla de uniformes verdes que rodeaban la aldea. A su derecha se extendían los campos de maíz, aún no cosechados, cargados de espigas y de metro y medio de alto. Se inclinó sobre el manillar y se metió por el camino de la derecha. Bordeó Ober Grünstedt y vio un camino de tierra aún más estrecho que el anterior. Entró por él y cuando llevaba recorridos unos

ochocientos metros divisó los tejados de un grupo de casas, graneros y establos, del típico estilo de Turingia, con los tejados sumamente empinados, altísimas torres y altos y anchos portalones para permitir la entrada a las carretas de heno a los grandes patios interiores de forma cuadrada. Marionhain.

McCready no quiso pasar la aldehuela. Podría encontrarse con campesinos que lo identificarían al instante como a un extranjero. Dejó la bicicleta en los maizales y se subió a un montículo para poder observarlo todo mejor. A su derecha vio un pajar grande y solitario, construido con ladrillos y negras maderas embreadas, y se encontraba bastante apartado del grupo de graneros principal. Se agachó y, caminando casi en cuclillas, empezó a abrirse paso hacia el pajar, rodeando el lugar. En el horizonte, una oleada de uniformes verdes comenzó a moverse por los alrededores de Nieder Grünstedt.

El doctor Lothar Herrmann también estaba trabajando esa mañana. No solía hacerlo los sábados, por regla general, pero necesitaba estar ocupado en algo para distraerse y no darle vueltas a la situación tan embarazosa en la que se había metido. La noche anterior estuvo cenando con el Director General, la situación no resultó nada fácil.

Aún no se había efectuado detención alguna en relación con el caso del asesinato de Heimendorf. La Policía no había recibido todavía la información «requerida» acerca de una persona en particular a la que deseaban interrogar. Los agentes de la Brigada de Homicidios parecían encontrarse ante un muro impenetrable que se alzaba en torno a un juego de huellas dactilares y a dos balas disparadas por la misma pistola.

Se llevaron a cabo discretos interrogatorios a un cierto número de caballeros muy respetables, pertenecientes tanto al sector público como al privado, los cuales se vieron avergonzados por la situación en que se encontraban. No obstante, todos, sin excepción, cooperaron con la Policía en la medida de sus fuerzas. No pusieron objeción a dejarse tomar las huellas dactilares, ni a entregar armas para que fueran comprobadas, así mismo facilitaron los datos que permitieran verificar sus coartadas. Y el resultado de todo eso fue... nada.

El Director General se había mostrado comprensivo y pesaroso, pero inflexible. La falta de cooperación por parte del Servicio Secreto había ido ya demasiado lejos. El lunes por la mañana estaba dispuesto a ir él mismo en persona a las oficinas de la Cancillería Federal para entrevistarse con el Secretario de

Estado, el cual tenía la responsabilidad en el aspecto político del BND. Sería una entrevista muy escabrosa, y él, el Director General, no estaba satisfecho. En absoluto.

El doctor Herrmann abrió la gruesa carpeta con las comunicaciones de radio mantenidas al otro lado de la frontera en el período comprendido del miércoles al viernes. Advirtió que parecía haber bastantes más que de costumbre. Algún tipo de alarma entre los *vopos* de la región de Jena. Cuando releía por encima los comunicados, la mirada del doctor Herrmann se detuvo en una frase que había sido utilizada en una conversación sostenida entre el vehículo de los *vopos* y la Central de Jena: «Grande, cabellos grises, acento renano...» El doctor Herrmann se quedó pensativo. Algo le vino a la memoria...

Su ayudante entró en ese momento en el despacho y dejó un telegrama sobre el escritorio, delante de su jefe. Si *Herr Doktor* insistía en trabajar el sábado por la mañana, bien podía ir procesando la información a medida que ésta llegaba. El telegrama se debía a la gentileza del Servicio de Contraespionaje, el BFV. En el despacho se comunicaba que un agente, particularmente observador, se había fijado en el rostro de un viajero que había llegado al aeropuerto de Hannover en un vuelo procedente de Londres, y que había entrado en Alemania bajo el nombre de Maitland. Como se trataba de un agente muy avisado, el hombre del Servicio de Contraespionaje buscó aquel rostro entre los de sus expedientes, y transmitió su identificación a la oficina central de Colonia. Desde allí fue transmitida a Pullach. El caballero Maitland era, en realidad Mr. Samuel McCready.

El doctor Herrmann se sintió muy ofendido. Era una gran descortesía por parte de un alto oficial del Servicio de Inteligencia de uno de los países de la OTAN el hecho de entrar en el país sin anunciarse. Y no tenía nada de usual. A menos que... Releyó las comunicaciones de Jena que habían sido interceptadas y el telegrama con la noticia de Hannover. «No se atrevería», pensó. Entonces otra parte de su cerebro le replicó: «Por supuesto que sí, el puñetero sería muy capaz de ello.» El doctor Herrmann descolgó el teléfono y empezó a tomar sus disposiciones.

McCready salió del abrigo que los campos de maíz le deparaban, atisbo a derecha e izquierda, y cruzó a la carrera los escasos metros de hierba que le separaban del viejo pajar. La

puerta rechinó sobre sus oxidados goznes cuando la empujó para entrar. A través de algunas rendijas entre las tablas penetraban los rayos de sol, haciendo danzar las motas de polvo que revoloteaban por el aire y permitiendo ver en la penumbra el contorno confuso de viejos carretones, barriles, aperos de labranza, arreos de caballerías y artesas mohosas. McCready alzó la mirada. La parte de arriba, a la que se accedía por una escalera de mano, estaba repleta de fardos de heno apilados. McCready subió por la escalera y llamó con voz sofocada.

—Bruno.

No obtuvo respuesta. Entonces pasó por entre los fardos de heno apilados, tratando de encontrar algún indicio de que habían sido removidos. Al fondo del pajar advirtió, entre dos fardos, lo que le pareció ser el trozo de un tejido impermeable. Con gran cuidado separó los fardos.

Bruno Morenz yacía en su escondite, tumbado de lado, Tenía los ojos abiertos, pero no hacía el menor movimiento. Cuando la claridad penetró en su escondrijo, se estremeció, sobresaltado.

—Bruno, soy yo, Sam. Tu amigo. Mírame, Bruno.

Morenz volvió el rostro hacia él. Tenía la tez grisácea y estaba sin afeitar. Llevaba tres días sin comer y sólo había bebido agua estancada de un tonel. Su mirada parecía perdida. Cuando vio a McCready, trató de enfocarla.

—¿Sam?

—Sí, Sam. Sam McCready

—No les digas que estoy aquí, Sam. No me encontrarán si no les dices nada.

—No les diré nada, Bruno. Nunca.

A través de una grieta entre las tablas, McCready divisó la fila de uniformes verdes que avanzaba a través de los maizales, en dirección a Ober Grünstedt.

—Intenta sentarte, Bruno.

McCready le ayudó a ello y le recostó la espalda contra los fardos de heno.

—Tenemos que darnos prisa, Bruno. He venido a sacarte de aquí.

Morenz sacudió la cabeza con gesto torpe

—No, Sam, quédate conmigo. Aquí estaremos a salvo. Nadie podrá encontrarnos nunca.

«No —pensó McCready—, un granjero borracho jamás te encontraría. Pero quinientos soldados, sí.» Entonces intentó ayudar a Morenz a que se pusiese de pie, pero fue inútil, pesaba demasiado. Las piernas no le obedecerían. McCready le rodeó el

pecho con sus brazos. Debajo del impermeable sintió un bulto. Le soltó, y Morenz se desplomó de nuevo sobre el manto de heno. Allí, se acostó otra vez, haciéndose un ovillo. McCready supo entonces que su amigo jamás conseguiría ir con él hasta la frontera en las inmediaciones de Ellrich, ni pasar por debajo de las alambradas de espino, ni atravesar el campo de minas. Estaba acabado.

A través de la rendija, más allá de los maizales con sus mazorcas brillando bajo los rayos del sol, divisó los verdes uniformes que ahora se extendían por entre las casas y los pajares de Ober Grünstedt. Marionhain será su siguiente objetivo.

—He estado visitando a Fräulein Neumann. ¿Te acuerdas de Fräulein Neumann? Es muy amable.

—Sí, muy amable. Ella puede saber que estoy aquí, pero no se lo diré a nadie.

—Jamás lo diré, Bruno. Jamás. Me dijo que tienes los deberes de casa para ella. Los necesita para corregirlos.

Entonces, Morenz sacó un grueso manual de tapas rojas de debajo del impermeable. En la cubierta de plástico estaban, estampadas en oro, la hoz y el martillo. Morenz tenía la corbata desanudada y la camisa abierta. De un cordel que llevaba alrededor del cuello le colgaba una llave. McCready cogió el manual.

—Tengo sed, Sam.

Del bolsillo trasero del pantalón McCready sacó una petaca de plata y se la dio. Morenz bebió el whisky con gran avidez. McCready miró a través de la rendija. Los soldados habían terminado en Ober Grünstedt. Algunos bajaban por el sendero, otros se acercaban a través de los campos.

—Pienso quedarme aquí, Sam —dijo Morenz.

—Está bien —contestó McCready—, te quedarás aquí. Adiós, viejo amigo. Que duermas bien. Nadie volverá a molestarte nunca más.

—Nunca más —repitió el hombre en un murmullo antes de quedarse dormido.

McCready le sacó del cuello el cordel con la llave y metió el manual en su saco de yute. Después bajó por la escalera de mano y salió a esconderse entre los maizales. Dos minutos después el cerco se cerraba. Era mediodía.

Necesitó doce horas para regresar hasta el lugar donde se alzaba el pino gigante, en la zona fronteriza cercana al pueblo de Ellrich. Se puso el mono de camuflaje y esperó, agazapado

debajo de los árboles, hasta que fueron las tres y media. Entonces dirigió su linterna hacia la roca blanca que se alzaba al otro lado de la frontera y la encendió tres veces consecutivas; después se deslizó por debajo de la alambrada, cruzó arrastrándose el campo de minas y siguió a través de la franja roturada. Siegfried le estaba esperando al otro lado de la valla.

Mientras iban en el automóvil de vuelta a Goslar, McCready examinó la llave que había quitado a Bruno. Era de acero y en el reverso tenía grabadas las palabras *Flughafen Koln*, «aeropuerto de Colonia». Después de un opíparo desayuno se despidió de Kurzlinger y de Siegfried y condujo su coche hacia el Sudoeste en vez de dirigirse al Norte, a Hannover.

A las trece horas del sábado, los soldados entraban en contacto con el coronel Voss, el cual llegaba en un automóvil oficial acompañado de una dama que vestía ropa de civil. Los dos subieron a lo alto del pajar por la empinada escalera de mano y examinaron el cadáver tendido en el heno. Se había efectuado un registro a fondo, el pajar había sido prácticamente desmenuzado, pero no se encontró ni el menor rastro de material escrito, ni mucho menos de un grueso manual. Aunque lo cierto era que tampoco tenían ni la más remota idea de qué estaban buscando.

Un soldado cogió una botellita de plata de la mano del muerto y se la pasó al coronel Voss. Éste la olió y murmuró entre dientes:

—Cianuro.

La comandante Vanavskaya se apoderó de la botellita y le dio la vuelta. En el dorso podía leerse: *Harrods, London*. La comandante utilizó una expresión muy impropia en una dama. El coronel Voss pensó que había sonado a algo así como «¡Grandísimo hijo de puta!»

Domingo

Al mediodía, McCready entraba en el aeropuerto de Colonia con el tiempo suficiente para poder coger el vuelo de las trece horas para Inglaterra. Cambió su billete de avión de Hannover a Londres por otro de Colonia a Londres, se anunció como pasajero y se encaminó hacia los casilleros de la consigna automática, situados a un lado del vestíbulo. Sacó la llave de

acero y la introdujo en la cerradura del compartimiento cuarenta y siete. Dentro había una bolsa de lona. McCready la cogió.

—Creo que yo me haré cargo de la bolsa, muchas gracias, Herr McCready.

Éste dio media vuelta. A unos cuantos pasos de él se encontraba el subdirector del Directorio Operacional del BND. Dos caballeros de gran envergadura rondaban algo más allá. Uno de ellos se examinaba con detenimiento las uñas de los dedos, mientras que el otro hacía lo mismo con el techo, como si estuviese buscando alguna gotera.

—¡Vaya, doctor Herrmann, qué alegría verle de nuevo! ¿Qué le trae por Colonia?

—La bolsa... si tiene la amabilidad. Mr. McCready.

—Sam se la entregó. Herrmann se la pasó a uno de los hombres de su escolta. Podía permitirse el lujo de mostrarse afable.

—Vamos, Mr. McCready, nosotros, los alemanes, somos gente hospitalaria. Permítame que le escolte hasta el avión. Imagino que no deseará perderlo.

Se encaminaron hacia el control de pasaportes.

—En cuanto a un cierto colega mío... —insinuó Herrmann.

—No regresará jamás, doctor Herrmann.

—¡Oh, pobre hombre! Pero quizás haya sido mejor así.

Llegaron ante la ventanilla de la inspección de pasaportes. El doctor Herrmann sacó un carnet de su bolsillo, se lo mostró a los oficiales del Departamento de Inmigración y pasaron de largo sin más preámbulos. Cuando la salida del vuelo fue anunciada, los hombres escoltaron a McCready hasta la puerta del corredor de embarque.

—¡Mr. McCready!

Éste se volvió en el umbral de la puerta. El doctor Herrmann le dirigió una sonrisa.

—También nosotros sabemos cómo escuchar las conversaciones radiofónicas al otro lado de la frontera. Le deseo un buen viaje, Mr. McCready. Mis saludos a Londres.

La noticia llegó a Langley una semana después. El general Pankratin había sido trasladado. En el futuro dirigiría un grupo de campos de concentración para prisioneros militares en la provincia de Kazajstán.

Claudia Stuart se enteró de la noticia a través de su hombre en la Embajada de Estados Unidos en Moscú. Todavía estaba meciéndose en los laureles que le llovían desde las altas esferas

a medida que los analistas iban estudiando el programa completo del *Orden soviético de batalla*. Así que estaba preparada para adoptar una actitud filosófica ante lo que le había ocurrido a su general soviético. Como apuntó a Chris Appleyard en el economato militar:

—Conservó el pellejo y el rango. Eso es mejor que extraer plomo en las minas de Yakutsia. Y en cuanto a nosotros..., bien, nos resulta más barato que un bloque de apartamentos en Santa Bárbara

INTERLUDIO

La asamblea reanudó sus sesiones a la mañana siguiente, un martes. Timothy Edwards siguió comportándose como si fuese la amabilidad en persona, mientras que en su interior rogaba por que todo ese asunto se solucionara a la mayor brevedad posible. Él, al igual que los dos superintendentes que le flanqueaban, había trabajado para que fuese así.

—Muchas gracias por recordarnos los acontecimientos de 1985 —dijo—, pero creo que alguien podría objetar que ese año constituye ahora, en términos de Inteligencia, una era diferente que ha dejado de existir.

Denis Gaunt no se dejó engañar por esas palabras. Sabía que tenía todo el derecho a rememorar cualquier episodio que desease de la carrera de su jefe inmediato con el fin de tratar de persuadir a la junta para que recomendase al Jefe un cambio en su decisión. Sabía también que era muy poco probable que Timothy Edwards se inclinase por hacer esa recomendación; pero se tomaría una resolución por mayoría cuando las deliberaciones terminasen, y era precisamente a los dos superintendentes a los que quería dirigirse para influir en su ánimo. Denis se levantó de su asiento, se dirigió al secretario del departamento de Archivo y le pidió otra carpeta.

Sam McCready sentía calor y aburrimiento. A diferencia de Gaunt, sabía que sus probabilidades de mantenerse en el puesto eran tan remotas como las que tenía un pastel de pasar inadvertido en la puerta de un colegio. Había insistido en que se celebrase esa junta sólo por puro espíritu de contradicción. Se recostó contra el respaldo de su asiento, desvió la atención y dio rienda suelta a su imaginación. A fin de cuentas, lo que Denis Gaunt fuese a decir sería algo que él ya sabía.

Hacía ya mucho tiempo, unos treinta años, que vivía dentro del pequeño mundo de la Century House y del Servicio Secreto de Inteligencia; en realidad, casi todo el tiempo que abarcaba su vida profesional. Se preguntó a dónde iría si le echaban. Se preguntó también, y no por primera vez en su vida, cómo

demonios había ido a parar a ese extraño mundo de las sombras. Nada en su nacimiento, como hijo humilde de la clase trabajadora, hubiera indicado que llegaría el día en que sería un alto oficial del Servicio Secreto de Inteligencia británico.

Había nacido en la primavera de 1939, el año que estalló la Segunda Guerra Mundial, y era hijo de un lechero que vivía en uno de los barrios del sur de Londres. De su padre tenía un recuerdo muy vago, sólo un par de escenas borrosas que se conservaban como fogonazos en su memoria.

Cuando aún era un niño de pecho, había sido evacuado de Londres junto con su madre después de la caída de Francia en 1940, cuando las Fuerzas Aéreas alemanas iniciaron aquel largo y caluroso verano de incursiones aéreas sobre la capital británica. Pero McCready nada recordaba de aquello. Al parecer, o eso fue al menos lo que su madre le contó después, regresaron a Londres en el otoño de 1942 para volver a vivir en la casita con terraza que tenían en la pobre pero limpia calle de Norbury; aunque, ya para entonces, el padre se había ido a la guerra.

Había en aquella casa una fotografía de sus padres tomada en el día de su boda; eso era algo que recordaba con toda claridad. La madre estaba vestida de blanco y llevaba un ramillete de florecillas, y el hombre grandullón que se hallaba a su lado aparecía muy estirado y con un aspecto muy digno, luciendo un traje oscuro y un clavel rojo en la solapa. La fotografía estaba sobre la repisa de la chimenea, tenía el marco de plata, y su madre la limpiaba todos los días. Algo después, otra fotografía vino a colocarse al otro extremo de la repisa, la de un hombre grandullón y sonriente, vestido de uniforme y luciendo los galones de sargento en sus mangas.

La madre salía de casa todos los días y cogía el autobús hasta Croydon, donde fregaba las escaleras y los corredores de la próspera clase media acomodada que vivía en aquella pequeña ciudad. También les lavaba la ropa. McCready todavía recordaba cómo la angosta cocina estaba siempre llena de vapor cuando su madre trabajaba durante toda la noche para tener la ropa a punto a la mañana siguiente.

En cierta ocasión, debió de ser en 1944, el hombre grandullón y sonriente llegó a casa, lo cogió, lo levantó en sus brazos y lo lanzó por los aires mientras él no paraba de gritar. Luego volvió a marcharse para reunirse con las fuerzas que participaron en el desembarco en las playas de Normandía, y para morir en el asalto a Caen. Sam recordaba a su madre

llorando ese verano, y cómo él trataba de decirle algo, pero sin saber qué, por lo que también él se pasó los días llorando, aun cuando ignoraba exactamente por qué.

En enero del año siguiente comenzó a ir a una escuela pública en régimen de internado, con lo que su madre podía desplazarse a Croydon todos los días sin tener que dejar al niño al cuidado de la tía Vi. El pequeño Sam pensó que aquello era una auténtica lástima, ya que la tía Vi llevaba la tienda de dulces que estaba al final de la carretera y solía dejarle meter bien el dedo en el recipiente de los helados para que luego pudiese lamérselo a gusto. Aquello coincidió con el momento en que los cohetes «V-1» alemanes, las llamadas «bombas volantes», empezaron a llover sobre Londres, partiendo de sus rampas de lanzamiento en los Países Bajos.

Recordaba con gran claridad el día justo antes de su sexto cumpleaños, en que se presentó en la escuela un hombre que llevaba el uniforme de los encargados de la protección civil, con el casco de acero puesto y la máscara antigás colgando de su cintura.

Hubo un ataque aéreo y los niños pasaron la mañana en los sótanos de la escuela, lo que era mucho más divertido que asistir a clase. Cuando la sirena sonó dando la señal de que el peligro había pasado, los niños regresaron a sus aulas.

El hombre había estado hablando en voz muy baja con la directora de la escuela, y ésta le había sacado de la clase y le había conducido, llevándole de la mano, a su saloncito particular, detrás del aula, donde le ofreció pastas espolvoreadas con semillas de anís. Él se quedó allí, esperando, sintiéndose muy pequeño y confuso, hasta que el simpático hombre del «Doctor Barnardo's» se lo llevó al orfanato. Después le dijeron que ya no había más fotografía con marco de plata ni más foto del hombre grandullón y sonriente con galones de sargento en las mangas.

Sam se portó bien en el Barnardo's, aprobó todos los exámenes, y salió de allí para enrolarse en el Ejército cuando todavía no era más que un niño. Cuando tenía dieciocho años fue trasladado a Malaya, donde había estallado ya en la jungla la guerra no declarada entre los británicos y los terroristas comunistas. Fue adscrito como escribiente al Cuerpo de Inteligencia Militar.

Un buen día pidió ver a su coronel y le hizo una sugerencia. El coronel, un oficial de carrera, le contestó de inmediato:

—¡Póngalo por escrito!

McCready lo hizo.

Los hombres del Servicio de Contraespionaje habían capturado a un cabecilla de los terroristas con la ayuda de algunos chinos malayos de la localidad. McCready había propuesto que se dejase filtrar una información entre la comunidad china acerca de que el hombre capturado había cantado como un canario y que sería trasladado desde Ipoh hasta Singapur en una fecha determinada.

Cuando los terroristas atacaron el convoy, el camión, que iba armado en su interior, estaba provisto de mirillas por las que asomaron los cañones de las ametralladoras emplazadas sobre trípodes. Cuando la emboscada acabó, los cadáveres de dieciséis comunistas chinos quedaron en la selva, otros doce habían recibido heridas de gravedad y los exploradores malayos se encargaron de eliminar al resto. Sam McCready permaneció un año más cumpliendo con su deber en Kuala Lumpur, luego abandonó el Ejército y regresó a Inglaterra. La propuesta que había escrito para su coronel fue archivada, por supuesto, pero alguien, en alguna parte, tuvo que leerla.

Se encontraba haciendo cola ante las oficinas de Cambio de Trabajo —en aquellos días todavía no se llamaba Oficina de Empleo— cuando sintió una palmadita en el hombro y un hombre de mediana edad, con chaqueta de tweed y sombrero pardo, le propuso ir a tomar algo a una taberna cercana. Dos semanas después, durante las que había habido tres entrevistas más, McCready fue reclutado por la Firma.

Desde entonces, hacía treinta años de ello, la Firma había sido para él su única familia. McCready oyó pronunciar su nombre y despertó de sus ensoñaciones. «Tienes que prestar atención —se recordó a sí mismo—, están hablando de tu carrera.»

Era Denis Gaunt quien lo hacía, empuñando en sus manos una gruesa carpeta.

—Caballeros, creo que deberíamos tener en cuenta una serie de acontecimientos que sucedieron en 1986, los cuales, por sí solos, justificarían que se reconsiderase el caso de la jubilación anticipada de Sam McCready. Acontecimientos que comenzaron, al menos en lo que a nosotros respecta, en una mañana primaveral en la meseta de Salisbury...

EL PRECIO DE LA NOVIA

CAPÍTULO PRIMERO

Al fondo, a la derecha del grupo de hombres, aún se extendían algunos jirones de niebla que se cernían sobre el terreno boscoso conocido como «Refugio del Zorro», y que presagiaba el advenimiento de un día caluroso y despejado.

Sobre el otero, desde donde se dominaba una superficie de terreno ondulado que dos generaciones de soldados conocían como la «Colina de las Ranas», los integrantes de aquel grupo mixto de oficiales iban ocupando sus posiciones respectivas para observar el desarrollo de unas maniobras militares cuyas fuerzas se medían a nivel de batallón. Ambos grupos estarían compuestos por soldados británicos, que, por razones de índole diplomática, no se dividirían en «británicos» y el «enemigo», sino en azules y verdes. Incluso la usual designación de «los rojos» había sido eliminada como deferencia a la composición de los oficiales que se hallaban en la cima del otero.

A lo largo del trecho de campo abierto en el extremo norte de la meseta de Salisbury, tan apreciada por el Ejército británico como el terreno ideal para efectuar las maniobras por su gran similitud con la meseta central alemana, sobre la que se presumía que sería librada la Tercera Guerra Mundial, habían sido apostados algunos árbitros, los cuales asignarían puntos a ambos bandos al finalizar, y esa puntuación sería la que decidiría el resultado de la batalla. Los hombres no morirían; ese día sólo se prepararían para ello.

Detrás del grupo de oficiales estaban aparcados los vehículos en los que habían llegado hasta allí; varios automóviles oficiales y un gran número de «Land Rover», mucho menos confortables, con pintura de camuflaje o simplemente de un color verde opaco. Los hombres del Cuerpo de Avituallamiento habían dispuesto ya las cocinas de campaña, imprescindibles para

satisfacer las interminables demandas de humeantes tazas de té y café durante el día, y ahora se dedicaban a la tarea de desempacar los bocadillos y los fiambres para el refrigerio.

Los oficiales se arremolinaban en grupos o permanecían aparte, de pie, firmes e inmóviles, en las poses y con los ademanes que suelen adoptar, en cualquier lugar del mundo, los oficiales que pretenden estar observando algo. Algunos examinaban planos cubiertos con protectoras láminas de plástico transparente, sobre las que se podría escribir con bolígrafos especiales y borrarlo después. Otros inspeccionaban el terreno con sus potentes gemelos. Algunos conferenciaban entre sí con aire de extrema gravedad.

En el centro del grupo estaba el general británico de más alta graduación, el jefe del Comando Sur. A su lado se encontraba su invitado personal, el general de más alto rango del grupo de visitantes. Entre ambos, aunque conservando una cierta distancia detrás de ellos, se erguía un brillante y joven alférez, recién salido de una escuela de idiomas, que iba murmurando en los oídos de ambos hombres la traducción simultánea de cuanto decían.

El grupo de los oficiales británicos era el más numeroso de los dos, y estaba compuesto por una treintena de hombres. Todos ellos se distinguían por su aire de gravedad, como si fuesen muy conscientes de lo inusitado y trascendental de la ocasión. También irradiaban cierta actitud de desconfianza, dando la impresión de que no eran capaces de desprenderse de los hábitos adquiridos durante tantos años. Y es que aquél era el primer año de la *Perestroika*, y aunque los oficiales soviéticos ya habían sido invitados a presenciar algunas maniobras militares británicas en Alemania, ésa era la primera vez que se encontraban en el corazón de Inglaterra en calidad de invitados del Ejército británico. Los viejos hábitos se resisten a morir.

Los rusos estaban tan serios como los británicos, o quizás aún más. Hacían un total de diecisiete oficiales, cada uno de ellos había sido cuidadosamente seleccionado y examinado. Algunos hablaban un inglés pasable, y hasta lo entendían; cinco lo dominaban a la perfección y pretendían no entender ni una sola palabra.

De todos modos, el hecho de saber inglés no había sido prioritario en su selección. La capacidad fue lo primero que se tuvo en cuenta. Cada uno de los oficiales soviéticos era un experto en su campo, y estaba muy familiarizado con los equipos, las tácticas y las estructuras militares de los británicos.

Su misión no consistía sólo en escuchar lo que se les dijera, ni mucho menos en darle crédito; también debían estudiar a fondo todo cuanto vieran, no pasar nada por alto e informar a su regreso de qué tal eran los británicos, qué tipo de equipo habían usado, cómo lo habían usado y cuáles eran sus puntos débiles, si es que los tenían.

Habían llegado la noche anterior después de haber estado en Londres un día, la mayor parte del cual lo habían pasado en su propia Embajada. La primera cena en el comedor de oficiales de la base militar de Tidworth había transcurrido con cortesía y corrección, quizás en un ambiente algo tirante, pero sin incidentes. Los chistes y las canciones vendrían más tarde, quizás en su segunda o tercera noche. Los rusos sabían muy bien que de los diecisiete que eran tendría que haber cinco de ellos al menos que se dedicasen a vigilar al resto, y, probablemente, los unos a los otros.

Nadie mencionó nada de eso a los británicos, así como éstos tampoco se molestaron en comunicar a los rusos que entre sus treinta miembros había cuatro que pertenecían al Servicio de Contraespionaje, es decir, que eran los guardianes. De todos modos, los guardianes británicos estaban allí sólo para vigilar a los rusos, no a sus paisanos y compañeros de profesión.

El grupo de los militares rusos estaba compuesto por dos generales —uno, cuyas insignias indicaban que era del cuerpo de Infantería motorizada, mientras el otro pertenecía a la División Acorazada—; un coronel del Estado Mayor; un coronel, un comandante y un capitán del Servicio de Inteligencia militar, todos ellos «declarados», lo que significaba que admitían que lo eran; un coronel de las Fuerzas Aerotransportadas, cuya camisa de combate de cuello abierto dejaba ver el triángulo de una camiseta a rayas azules y blancas, que era el distintivo de las *spetsnaz* o Fuerzas Especiales; un coronel y un capitán de Infantería; un coronel y un capitán de la División Acorazada. A éstos se sumaban un teniente coronel del Estado Mayor conjunto, un comandante y dos capitanes; y terminaba la lista con un coronel y un comandante de Transmisiones.

El Servicio de Inteligencia militar soviético es conocido como el GRU, y los tres miembros «declarados» del GRU llevaban sus propias insignias. Sólo ellos sabían que el comandante de Transmisiones y uno de los capitanes del Estado Mayor conjunto eran también oficiales del Servicio de Inteligencia militar, pero «no declarados». Exceptuando esos cinco hombres, ninguno de los demás, rusos o británicos, estaba al tanto de ese hecho.

Los británicos, por su parte, no habían considerado necesario informar a los rusos de que veinte agentes del Servicio de Seguridad habían sido apostados alrededor del comedor de oficiales de Tidworth, y que permanecerían en sus puestos hasta que la delegación soviética hubiese partido para Londres y Moscú en la mañana del tercer día. Esos vigilantes se dedicaban a cuidar el césped y los macizos de flores, a servir las mesas o a abrillantar los objetos de bronce. Durante la noche se «relevarían» unos a otros, implantando turnos para no perder de vista el edificio del comedor y mantenerlo bajo vigilancia desde diversos puntos estratégicos repartidos en un amplio círculo. Como dijera el jefe del Estado Mayor al jefe del Comando Sur durante una reunión celebrada en el Ministerio de Defensa algunos días antes:

—En realidad, sería preferible no perder a ninguno de esos mierdas.

Tal como estaba previsto, el simulacro de guerra comenzó a las nueve de la mañana y se alargó durante todo el día. El lanzamiento de los efectivos del segundo batallón, del Regimiento de Paracaidistas, tuvo lugar inmediatamente después del almuerzo. Un comandante de las Fuerzas Paracaidistas se encontró al lado del coronel soviético de las Aerotransportadas, el cual estaba presenciando las maniobras con el más vivo interés.

—Veo —apuntó el ruso— que ustedes dan preferencia al mortero de campaña de dos pulgadas.

—Un instrumento muy útil y eficaz —asintió el inglés—, y en el que todavía se puede confiar.

—Estoy de acuerdo —dijo el ruso, despacio, con cierto acento extranjero—. Los usé en Afganistán.

—¿De veras? Pues yo los utilicé en las islas Malvinas —replicó el comandante del segundo de Paracaidistas, el cual también pensó, pero no lo dijo: «Y la diferencia consiste en que nosotros ganamos la guerra de las Malvinas en breve tiempo, mientras que vosotros la estáis perdiendo de mala manera en Afganistán.»

El ruso se permitió a sí mismo una torva sonrisa. El británico le correspondió con otra similar. «Hijo de puta —dijo el ruso para sus adentros—, está pensando en lo mal que lo estamos haciendo en Afganistán.»

Los dos hombres mantuvieron un duelo de sonrisas. En aquella época nadie podía saber que el nuevo y notable Secretario General del Partido en Moscú ordenaría al Ejército

soviético que se retirara de aquel país y abandonara su aventura afgana. Aún eran los primeros días de la *Perestroika*, y los viejos hábitos se resisten a morir.

Aquella noche, la cena en la base de Tidworth fue mucho más relajada. El vino corrió a raudales, y fue notoria la presencia del vodka, una bebida que el Ejército británico rara vez toma. Por encima de la barrera idiomática se abrió paso un ambiente de jocosidad. Los rusos recibieron la señal del general de Infantería Motorizada. Éste parecía estar rebosante de alegría con la conversación (traducida) del general británico, por lo que sus hombres se relajaron. El comandante del Estado Mayor conjunto estaba escuchando a un oficial inglés de la División Acorazada cuando éste se puso a contarle un chiste, entonces soltó la carcajada antes de caer en la cuenta de que se suponía que no sabía ni una palabra de inglés y que tendría que haber esperado la traducción para reírse.

El comandante del segundo batallón del Regimiento de Paracaidistas, que se encontraba al lado del comandante «declarado» del Servicio de Inteligencia militar soviético, del GRU, pensó que podría practicar sus nociones de ruso.

—¿*Govoritia vi pa angleeski?*—preguntó el británico.

El ruso estaba encantado.

—*Ochen malinko*—contestó el ruso, para pasar en seguida a un inglés entrecortado—: Muy poco, lo siento. Me esfuerzo por estudiarlo en libros, pero mi inglés no es bueno.

—Mejor que mi ruso, estoy seguro—dijo el paracaidista—. A propósito, me llamo Paul Sinclair.

—¡Oh, lo siento, por favor!—respondió el ruso, estirando el brazo y ofreciéndole la mano—. Pavel Kuchenko.

Fue una buena cena que terminó con canciones en el bar antes de que los dos grupos de oficiales saliesen en tropel hacia sus habitaciones a las once de la noche. Algunos de ellos pensarían que a la mañana siguiente les permitirían quedarse en la cama, pero los ordenanzas habían recibido la orden de presentarse con tazas de té a las siete.

En realidad, el comandante Kuchenko estaba ya despierto a las cinco de la madrugada, y se pasó dos horas sentado y sin moverse detrás de las cortinas de encaje que cubrían las ventanas de su dormitorio de soltero. Permaneció allí, con todas las luces apagadas, vigilando el camino que pasaba por delante de la residencia de los oficiales, seguía hacia la entrada principal

y desembocaba en la carretera de Tidworth. Advirtió, o creyó advertir, en la semipenumbra de esas primeras horas de la mañana, la presencia de tres hombres que podían ser vigilantes.

También vio, a las seis en punto, al coronel Arbuthnot cuando salía por la puerta principal de la residencia, situada casi debajo de su ventana, para emprender lo que parecía ser su carrera matutina. Tenía motivos para pensar que se trataba de un hábito regular, ya que había visto al viejo coronel haciendo lo mismo en la madrugada del día anterior.

El coronel Arbuthnot no era un hombre al que costase trabajo distinguir desde lejos, ya que le faltaba el brazo izquierdo. Lo había perdido años atrás cuando estaba patrullando junto con sus hombres en aquella extraña y ya casi olvidada guerra que se desarrolló en los montes de Dhofar, una campaña que fue librada por las fuerzas especiales británicas y el ejército reclutado por Omán para impedir que una revolución comunista derrocará al sultán de Omán y se hiciese con el control del estrecho de Ormuz. El sentimentalismo de un tribunal militar le había permitido seguir en el Ejército, y ahora era el encargado de Intendencia en la residencia de oficiales de Tidworth. Para mantenerse en forma, el coronel salía a correr todas las mañanas por la carretera de Tidworth y hacía unos ocho kilómetros antes de regresar. Era, por lo tanto, una figura harto habitual con su chándal blanco, la capucha por la cabeza y sujeta con un cordón azul y la manga izquierda prendida al costado de la chaqueta. Era la segunda mañana que el comandante Kuchenko lo vigilaba con suma atención.

El segundo día de maniobras transcurrió sin que se produjera incidente alguno, y, finalmente, los oficiales de ambas nacionalidades coincidieron por mayoría absoluta en la apreciación de que los árbitros habían hecho un buen trabajo al otorgar la victoria técnica a los verdes, los cuales acabaron por desalojar a los azules de las posiciones que éstos ocupaban en la Colina de las Ranas y protegieron el Refugio del Zorro de un contraataque. La tercera cena fue muy animada. Hubo gran variedad de canapés, después una interpretación muy aplaudida de *Malinka* a cargo del joven capitán del Estado Mayor conjunto, que no era un espía, pero tenía una preciosa voz de barítono. El grupo ruso se reuniría a las nueve de la mañana del día siguiente en el vestíbulo principal, después del desayuno, para coger el autobús que les conduciría hasta Heathrow. El autocar llegaría de Londres con dos miembros de la Embajada soviética,

que los acompañarían hasta que hubiesen pasado por el control de pasaportes del aeropuerto. Mientras el joven capitán cantaba *Malinka*, nadie advirtió que alguien se deslizaba dentro de la habitación del coronel Arbuthnot, cuya puerta no estaba cerrada con llave, en la que permaneció unos sesenta segundos para salir después con el mismo sigilo con el que había entrado e ir a reunirse luego con el grupo de oficiales en el bar, haciendo ver que volvía de los lavabos.

A la mañana siguiente, cuando todavía faltaban diez minutos para las seis, una figura vestida con un chándal blanco, la capucha puesta y atada al cuello con un cordón azul, y la manga izquierda prendida a un costado de la chaqueta, bajó los escalones de entrada de la residencia de oficiales y se dirigió corriendo hacia la puerta principal del cuartel de Tidworth. La figura fue divisada por un vigilante que estaba apostado detrás del cristal de la ventana de una de las habitaciones superiores de otro edificio situado a unos doscientos metros. El hombre apuntó algo en una libreta, pero no emprendió acción alguna.

En la puerta de entrada al cuartel, el cabo de guardia salió de la garita, se cuadró y dirigió un saludo militar a la figura que se agachaba para pasar por debajo de la barra. El corredor, al no llevar gorra con visera, no podía devolver el saludo; pero levantó la mano derecha en señal de saludo, enfiló a continuación por la dirección habitual y salió corriendo hacia Tidworth.

A las seis y diez, el cabo levantó la cabeza, se quedó mirando fijamente y luego se volvió hacia su sargento.

—Acabo de ver pasar al coronel Arbuthnot —dijo.

—¿Y qué? —preguntó el sargento.

—Que es la segunda vez —replicó el cabo.

El sargento estaba cansado. Los dos serían relevados en veinte minutos. El desayuno les estaría esperando. El sargento se encogió de hombros.

—Habrás olvidado algo —comentó.

Después, durante las sesiones del consejo disciplinario, el sargento lamentaría haber hecho ese comentario.

El comandante Kuchenko recorrió unos dos kilómetros y fue a ocultarse detrás de unos árboles situados a un lado de la carretera, donde se quitó el chándal que había robado y lo escondió bien entre la maleza. Cuando volvió a la carretera llevaba holgados pantalones grises de franela, chaqueta de lana, camisa blanca y corbata. Sólo sus zapatillas deportivas

desentonaban con su nueva indumentaria. Suponía, aun cuando no podía estar seguro de ello, que el coronel Arbuthnot vendría corriendo por la carretera un kilómetro y medio más allá, después de haber perdido diez preciosos minutos buscando su chándal habitual, hasta que llegase a la conclusión de que su ordenanza debía de habérselo llevado a la lavandería y no habría ido a recogerlo todavía. El coronel llevaba sus ropas de repuesto y no se había dado cuenta de que también le faltaba en el armario una camisa, una corbata, una chaqueta y unos pantalones.

Kuchenko podría haberse mantenido delante del coronel británico, conservando una prudente distancia hasta que Arbuthnot decidiese dar media vuelta y emprender el camino de regreso; pero, de todos modos, vino a salir de ese dilema gracias a un automóvil que rodaba detrás de él y que se detuvo a su lado. Kuchenko se inclinó y se asomó por la ventanilla del lado del conductor.

—Siento mucho molestarle —dijo—, pero mi coche se ha averiado. Algo atrás. Me estaba preguntando si había algún taller en North Tidworth donde pudiesen ayudarme.

—Es un poco temprano —le contestó el conductor—, pero puedo llevarle hasta allí. Suba.

El comandante de los paracaidistas se hubiese quedado muy sorprendido por el súbito dominio del inglés del que hacía gala Kuchenko. No obstante, aún se notaba el acento extranjero.

—Usted no es de por aquí, ¿verdad? —preguntó el conductor cuando estaban hablando.

Kuchenko se echó a reír.

—No. Soy noruego. He venido a ver las catedrales británicas.

El amable conductor dejó a Kuchenko en el centro de la adormilada ciudad de North Tidworth cuando faltaban diez minutos para las siete. El conductor prosiguió su viaje en dirección a Marlborough. Jamás tuvo motivo alguno para mencionar aquel incidente, y tampoco nadie le preguntaría nunca por él.

En el centro de la ciudad, Kuchenko encontró una cabina telefónica y cuando sólo faltaba un minuto para las siete, marcó un número telefónico de Londres, tras haber metido una moneda de cincuenta peniques para hacer la llamada. Después del decimoquinto timbrado, le contestaron.

—Quisiera hablar con Mr. Roth; con Mr. Joe Roth —dijo Kuchenko.

—Pues está hablando con Joe Roth —dijo la voz al otro extremo de la línea.

—¡Qué lástima! —replicó Kuchenko—. Fíjese, en realidad me hubiese gustado hablar con Chris Hayes.

En el pequeño pero elegante apartamento del barrio londinense de Mayfair, Joe Roth se puso rígido, y todas sus antenas profesionales entraron en estado de máxima alerta. Se había despertado hacía tan sólo veinte minutos, todavía estaba en pijama, sin afeitarse, con el agua caliente cayendo en la bañera y preparándose el primer café del día. Había salido de la cocina y cruzaba la sala de estar, con un vaso de zumo en una mano y una taza de café en la otra, cuando sonó el teléfono. Era muy temprano todavía, incluso para él, y eso que no era hombre al que le gustase despertarse tarde, pese a que su cargo de asistente de Asuntos Públicos en la Embajada de Estados Unidos, que estaba a cuatrocientos metros de distancia, en la plaza de Grosvenor, no exigía de él que hiciese acto de presencia hasta las diez de la mañana.

Joe Roth era miembro de la CÍA, pero no era el director de la Compañía en la central de Londres. Ese honor correspondía a William Carver, y éste se encontraba en la sede de la División para el hemisferio occidental, tal como correspondía al director de una Central de Inteligencia en país amigo. Y como tal, Carver estaba «declarado», lo que significaba que cualquiera podía saber quién era y qué trabajo realizaba. Carver se encontraría, *ex officio*, en la sede del Comité de Inteligencia Conjunto Británico, que es como se llama la representación oficial de la Compañía en Londres.

Roth provenía de la Oficina de Proyectos Especiales, un departamento que se había creado tan sólo hacía seis años con el fin de llevar a cabo, tal como su nombre indicaba, ciertos proyectos y algunas medidas activas que en Langley consideraban lo bastante delicados como para que fuese necesario preservar la facultad del director de la Central de poder proclamar su inocencia, incluso ante los aliados de Estados Unidos.

Todos los agentes de la CÍA, con independencia del Departamento al que pertenezcan, tienen un nombre real y otro operacional o profesional. El nombre real lo es, en efecto, cuando se trata de Embajadas en países amigos; así que Joe Roth era realmente Joe Roth, y como tal estaba inscrito en la lista del cuerpo diplomático. Pero al contrario de Carver, Joe Roth era un agente «no declarado», excepto para un minúsculo

comité compuesto por tres o cuatro agentes británicos del Servicio Secreto de Inteligencia. Así que su nombre profesional era conocido sólo por ese reducido grupo de personas, a las que habría que añadir a algunos de sus compañeros que operaban en Estados Unidos. El hecho de que le espetasen ese nombre por teléfono a las siete de la mañana, y que lo hiciese una voz con un acento extranjero, era como un timbre de alarma.

—Lo siento —replicó, prudente—, pero está hablando con Joe Roth. ¿Quién es usted?

—Escúcheme con atención, Mr. Roth o Mr. Hayes. Me llamo Piotr Alexándrovich Orlov. Soy coronel de la KGB...

—Escuche, si se trata de una broma...

—Mr. Roth, el hecho de que me dirija a usted por su nombre operativo no puede significar para usted ninguna broma. Y mi deserción y mi huida a Estados Unidos no supone ninguna broma para mí. Y eso es precisamente lo que le estoy ofreciendo. Quiero irme a América... de inmediato. Dentro de muy poco me será imposible regresar junto a los de mi bando. No me aceptarían excusa alguna. Poseo gran cantidad de información muy valiosa para su Agencia, Mr. Roth. Tiene que tomar su decisión rápidamente, pues, de lo contrario, volveré mientras todavía estoy a tiempo...

Roth había garabateado a toda prisa el nombre en una libreta de apuntes que había cogido de la mesita del café en la sala de estar. En la libreta tenía anotados todavía los tantos de la partida de póquer que había estado jugando hasta altas horas de la noche con Sam McCready. Al acordarse de su amigo, pensó: «Dios mío, si Sam estuviese oyendo esto ahora, se pondría fuera de sí.» Roth interrumpió al ruso:

—¿Dónde se encuentra ahora exactamente, coronel?

—Dentro de una cabina telefónica en una pequeña ciudad situada cerca de la meseta de Salisbury —contestó la voz.

Desde un punto de vista gramatical, el inglés de aquella persona era casi perfecto. Tan sólo el acento resultaba claramente extranjero. Roth había sido entrenado para distinguir dejes dialectales, y localizarlos. Ese acento era eslavo, ruso probablemente. Todavía seguía pensando que esa llamada podía ser una de las endiabladas bromas de McCready y que, de repente, escucharía por el auricular una explosión de alegres carcajadas. Pero, por desgracia, no era el uno de abril, el día que los ingleses dedican a gastarse inocentadas los unos a los otros. Era el tres.

—Durante tres días —dijo la voz— he estado con un grupo de oficiales soviéticos presenciando unas maniobras del Ejército británico en la meseta de Salisbury, alojado en el cuartel de Tidworth. Allí me hice pasar por el comandante Pavel Kuchenko, del GRU. He salido a dar un paseo hace sesenta minutos. Si no estoy de vuelta dentro de una hora, ya no podré regresar. Para volver necesitaré una media hora. Así que tiene treinta minutos para hacerme saber su decisión, Mr. Roth.

—Está bien, coronel. Trataré de solucionar el asunto lo antes posible. Le ruego que me llame dentro de quince minutos. Tendrá la línea libre. Y también su respuesta.

—Quince minutos entonces. Y si no se decide, regresaré al cuartel —dijo la voz, antes de cortar la comunicación.

A Roth la cabeza le daba vueltas. Tenía treinta y nueve años y llevaba doce en la Agencia. Nunca le había ocurrido algo así. Pero también era verdad que había muchos que se pasaban toda una vida de trabajo en la Agencia y jamás llegaban a oler siquiera a un desertor de la Unión Soviética. Sabía que, en casi todos los casos, la gente se pasaba al otro bando después de haber realizado primero algunas tentativas de aproximación. Las deserciones solían producirse después de que el desertor se hubiera pasado un largo período de tiempo dándole vueltas al asunto y una vez que hubiese hecho ciertos preparativos. Se enviaban mensajes a los hombres conocidos de la Agencia en la zona. Se quería un encuentro previo, se deseaban discutir las condiciones. Por regla general se pedía al desertor en potencia que permaneciera en su puesto y que pasara un montón de información antes de dar el salto final al otro lado. Si el desertor se negaba a ello se le urgía para que acudiera con una gran cantidad de documentos al menos. El volumen total de lo que podía enviar antes de pasarse o de lo que podía llevarse consigo afectaría a su *statu quo*, sus pretensiones, su estilo de vida... Dentro del oficio, eso era lo que se llamaba el precio de la novia.

A veces, sólo a veces, podía presentarse lo que se denominaba un «caminante». El desertor se presentaba por las buenas, tras haber quemado sus naves, incapaz ya de volver. Esto dejaba un escaso margen de elección, o bien se aceptaba al hombre tal como era o se le internaba en un campamento para refugiados. Esto último se hacía sólo en muy contadas ocasiones, ni siquiera en aquellos casos de desertores más bien inservibles y de muy escaso valor, como alguien de la Marina

mercante o algún miembro de base del Partido sin nada que ofrecer. Por regla general se recurría a esa medida extrema sólo si las pruebas realizadas con el detector de mentiras sobre las causas de la deserción demostraban que el hombre era un agente de desinformación. Estados Unidos rehusaría aceptarlo. Y lo normal, cuando esto ocurría, era que los rusos hiciesen de tripas corazón, fuesen a buscar a su hombre al campo de refugiados y se lo llevasen de vuelta a casa.

Roth recordaba que, en cierta ocasión, la KGB había logrado descubrir cuál era el campo de refugiados al que habían enviado a un desertor y lo había liquidado. Porque el hombre no había salido bien en las pruebas del detector de mentiras pese a que había dicho la verdad. El aparato había interpretado su nerviosismo como mentiras. Tuvo mala suerte. Claro está que aquello había ocurrido hacía muchos años. Los detectores de mentiras habían mejorado desde entonces.

Y ahora se encontraba con un hombre que decía ser coronel de la KGB y que quería pasarse así por las buenas. Sin advertencia previa. Sin regateos. Sin un maletín repleto de documentos frescos, extraídos del último correo recibido en la *rezidentsia* de la KGB. Y desertando además en el corazón de Inglaterra precisamente, no en Oriente Medio o en Iberoamérica. Y desertando para irse con los norteamericanos, no con los británicos. ¿O acaso se habría aproximado ya a éstos? ¿Habría sido rechazado por ellos? Roth iba analizando rápidamente las distintas posibilidades mientras los minutos transcurrían inexorables.

Las siete y cinco, las dos y cinco en Washington. Todos estarían durmiendo. Podía haber telefoneado a Calvin Bailey, el director de la Oficina de Proyectos Especiales, su jefe. En esos momentos estaría durmiendo, sin lugar a dudas, en Georgetown. Pero el tiempo..., no había tiempo. Apretó un botón en la pared y abrió un pequeño armario empotrado en el que tenía su ordenador personal. Se puso a teclear de inmediato y, con gran rapidez, se abrió paso hasta el ordenador central, en los sótanos de la Embajada en Grosvenor Square. Accionó el modo operativo y pidió al ordenador central que estableciese una lista de todos los altos oficiales de la KGB que fuesen conocidos en Occidente. A continuación le preguntó: *¿Quién es Piotr Alexándrovich Orlov?*

Una de las cosas más extrañas que se dan dentro del mundo del espionaje es esa atmósfera propia del club privado que

existe entre sus miembros. Los pilotos comparten también la misma especie de camaradería, pero a ellos les está permitido. Entre los paracaidistas ocurre lo mismo, y también entre los miembros de las Fuerzas Especiales.

Los profesionales tienen la tendencia a respetarse los unos a los otros, incluso por encima de rivalidades, oposición o franca hostilidad. Durante la Segunda Guerra Mundial, los pilotos de la *Luftwaffe* y de la RAF rara vez se odiaban entre sí, dejaban esa clase de sentimientos para los fanáticos y los civiles. Los profesionales servirán a sus jefes políticos y a sus burócratas con gran lealtad, pero, a la hora de tomarse unas jarras de cerveza, preferirán hacerlo, por regla general, con aquellos que compartan sus ocultas habilidades, aun cuando éstos pertenezcan al bando contrario.

En el mundo del espionaje se lleva una cuidadosa cuenta de quiénes son las personas que el adversario ha colocado en el teatro de operaciones en los últimos días. Los ascensos y los traslados en las Agencias aliadas, rivales o enemigas son registrados y archivados con suma atención. En cualquier capital del mundo, el residente de la KGB sabrá, seguramente, quiénes son los jefes de las delegaciones británica y estadounidense, y viceversa. En cierta ocasión, en la ciudad de Dar es Salam, el jefe residente de la KGB se acercó, en el transcurso de una fiesta, al director del SIS británico, llevando un whisky con soda en la mano.

—Child —anunció el ruso con gran solemnidad—. Usted sabe quién soy yo y yo sé quién es usted. La nuestra es una profesión hartamente difícil. No deberíamos ignorarnos uno al otro.

Y los dos hombres brindaron por ello.

El potente ordenador de la CÍA en Londres está directamente comunicado con Langley, en Virginia, así que, como respuesta a la pregunta de Roth, unos diminutos y singulares circuitos empezaron a recorrer las listas de los agentes de la KGB que la CÍA conocía. Había centenares de «confirmados» y millares de «probables». La mayor parte de esa información había sido conseguida de las declaraciones de los mismos desertores, ya que una de las misiones de los agentes de recogida de información consiste en analizar siempre con el desertor recién llegado el *quién es quién* en esos últimos días, quién ha sido trasladado, degradado o promovido, etcétera. Estos conocimientos van aumentando con cada nuevo desertor.

Roth sabía que los británicos, en los últimos cuatro años, habían prestado una valiosa ayuda en ese sentido, revelando centenares de nombres, muchos de ellos nuevos, habiendo otros que eran confirmaciones o simples sospechas. Los británicos atribuían su conocimiento en parte a la interceptación de comunicaciones, en parte al análisis sagaz, y en parte también a desertores como Vladimir Kuzichkin, el hombre del Directorio de Agentes Ilegales que habían logrado sacar en secreto de Beirut. Una vez que el banco de datos de Langley hubo obtenido su peculiar información, no desperdició ni un instante en facilitar su respuesta. Letras verdes empezaron a parpadear en la pequeña pantalla del ordenador personal de Roth.

PIOTR ALEXÁNDROVICH ORLOV, KGB, CORONEL. EN LOS ÚLTIMOS CUATRO AÑOS AL PARECER EN EL TERCER DIRECTORIO, SE CREE QUE SE HACE PASAR POR COMANDANTE DEL GRU DENTRO DEL ESTADO MAYOR CONJUNTO DEL EJÉRCITO EN MOSCÚ. CARGOS ANTERIORES CONOCIDOS: OFICIAL DEL CENTRO DE PLANIFICACIÓN DE OPERACIONES DE MOSCÚ Y PRIMER JEFE DE DIRECTORIO (DIRECTORIO DE ILEGALES) EN YASENEVO.

Roth lanzó un silbido cuando la máquina terminó de comunicarle lo que tenía sobre un hombre llamado Orlov. Entonces apagó el ordenador. Lo que le había dicho la voz al teléfono cobraba ahora sentido. El Tercer Directorio o Directorio de las Fuerzas Armadas de la KGB era el departamento encargado de mantener en todo momento un ojo vigilante sobre la lealtad de las Fuerzas Armadas. La KGB solía infiltrar en ellas a sus agentes del Tercer Directorio presentándolos como oficiales del Servicio de Inteligencia militar. Con ese truco se daba una explicación plausible al porqué de su presencia en todas partes y a todas horas, siempre preguntando y vigilando. Si Orlov se había pasado realmente cuatro años dentro del Estado Mayor conjunto del Ministerio de Defensa soviético en calidad de comandante del Servicio de Inteligencia militar, ese hombre debía de ser una enciclopedia ambulante. Y eso sería también lo que habrían tenido en cuenta a la hora de designarlo como acompañante del grupo de oficiales soviéticos que habían sido invitados a presenciar las maniobras militares británicas en la meseta de Salisbury dentro de los marcos de los nuevos y recientes acuerdos entre la OTAN y el Pacto de Varsovia.

Roth echó una ojeada a su reloj de pulsera. Eran las siete y catorce minutos. No disponía de tiempo para llamar a Langley. Tenía sesenta segundos para tomar una decisión. «Hay demasiado riesgo —pensó—, dile que se vuelva a la residencia de oficiales, que se deslice sigilosamente en su habitación y acepte la sabrosa taza de té que le lleve el camarero británico. Y luego a Heathrow y de allí a Moscú. O trata de persuadirle para que se pase en Heathrow y así tendrás tiempo de ponerte en contacto con Calvin Bailey en Washington.» Pero, en ese momento, sonó el teléfono.

—Mr. Roth, hay un autobús al lado de esta cabina. Es el primero de la mañana. Creo que está recogiendo al personal civil que realiza trabajos de limpieza en el cuartel de Tidworth. Tengo el tiempo justo para regresar a la hora prevista, si es que me veo en la obligación de...

Roth respiró hondo y retuvo el aire en los pulmones. «Hay que tomar una decisión inmediata, chico —se dijo—, y a toda prisa.»

—OK, coronel Orlov, nos haremos cargo de usted. Me pondré en contacto con mis compañeros británicos; ellos le pondrán a salvo en menos de treinta minutos...

—¡No! —La respuesta del ruso fue brusca, en un tono que no admitía oposición—. Sólo me entregaré a los norteamericanos —insistió—. Quiero salir de este país y llegar cuanto antes a Estados Unidos. Ése es el trato, Mr. Roth. Y no aceptaré ningún otro.

—Pero, coronel...

—¡Le digo que no, Mr. Roth! Quiero que venga a recogerme usted. Dentro de dos horas. En el patio de la estación de Andover. Y desde allí me llevará a la base de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos en Heyford. Me enviará a América en un avión de transporte. Ése es el único trato que estoy dispuesto a aceptar.

—De acuerdo, coronel. Lo haremos como usted quiere. Pasaré a recogerle.

Roth necesitó unos diez minutos para vestirse con ropas de calle, coger el pasaporte, la identificación de la CÍA, dinero y las llaves del coche, y bajar hasta el sótano para meterse en su automóvil.

Un cuarto de hora después de haber colgado el teléfono, Roth ya se había abierto camino por Park Lane y se dirigía hacia el Norte por el Marble Arch para ir a meterse por Bayswater

Road. Prefirió esa ruta al atasco seguro si cruzaba Knightsbridge y Kensington.

A las ocho ya había dejado atrás Heathrow y se había desviado hacia el Sur por la M-25, para luego seguir en dirección sudoeste por la M-3 y desviarse después a la izquierda para coger la A-303 hacia Andover. A las nueve y diez minutos entraba en el patio de la estación de ferrocarril. Una larga fila de vehículos pasaba por delante de la estación, dejando pasajeros y abandonando el patio en cuestión de segundos. Los pasajeros se apresuraban a coger los trenes de cercanías. Tan sólo una persona permanecía inmóvil. Estaba apoyada contra una pared, llevaba chaqueta de lana y unos holgados pantalones grises; estaba leyendo un periódico. Roth se le acercó.

—Me imagino que usted será la persona a la que he venido a recoger —dijo en tono afable.

El lector del diario alzó la vista. Sus ojos grises le contemplaron con serenidad. Tendría unos cuarenta y cinco años y las facciones de su rostro expresaban dureza.

—Eso depende de que usted lleve algún tipo de identificación —respondió el hombre.

Era la misma voz que le había hablado por teléfono. Roth le mostró su carnet de la CÍA. Orlov lo examinó con detenimiento y asintió con la cabeza. Roth le indicó por señas dónde tenía su automóvil, que había dejado con el motor en marcha y bloqueando la salida de los otros vehículos. Orlov miró a su alrededor como si se estuviese despidiendo por última vez de un mundo que le era familiar. Luego subió al automóvil.

Roth había pedido al oficial de guardia de la Embajada que alertase a la base de Upper Heyford, anunciándoles que se presentaría allí con un invitado. Roth necesitó unas dos horas más para llegar a la base de las Fuerzas Aéreas norteamericanas situada en el Condado de Oxfordshire. Al llegar se dirigió directamente a la oficina del comandante de la base. Hubo que hacer dos llamadas a Washington y los de Langley se encargaron de aclarar las cosas con el Pentágono, desde donde enviaron instrucciones al comandante de la base. A las quince horas, de Upper Heyford salió un avión de comunicaciones en dirección a la base de las Fuerzas Aéreas norteamericanas en Andrews, en Maryland, con dos pasajeros extras a bordo.

Eso ocurría cinco horas después de que todos los demonios hubieran empezado a desencadenarse entre Tidworth y Londres.

Antes de esto se había producido un jaleo de padre y muy señor mío entre el Ejército británico, el Ministerio de Defensa, el Servicio de Seguridad y la Embajada rusa.

Alrededor de las ocho el grupo de oficiales soviéticos se reunió para desayunar en el comedor de la residencia de oficiales, en un ambiente de lo más relajado con respecto a sus camaradas británicos. A las ocho y veinte ya se habían reunido dieciséis de ellos. Se advirtió la ausencia del comandante Kuchenko, pero no hubo la menor señal de alarma.

Cuando faltaban unos diez minutos para las nueve, los dieciséis rusos se reunieron de nuevo en el vestíbulo principal, llevando esta vez sus equipajes, y de nuevo se advirtió la ausencia del comandante Kuchenko. Enviaron a un camarero para que le comunicara que tenía que darse prisa. El autocar les estaba esperando delante de la puerta.

El camarero regresó para comunicar que no había nadie en la habitación del comandante, aun cuando sus ropas todavía se encontraban allí. Una delegación compuesta por dos oficiales británicos y dos rusos subió a buscarle. Los oficiales comprobaron que la cama había sido usada por la noche, que en el cuarto de baño aún había señales de vapor y que *todas* las ropas de Kuchenko estaban allí, lo que indicaba que él debía encontrarse en algún lugar cercano, en pijama y bata. Fueron a mirar en el cuarto de baño que había al fondo del pasillo (sólo los dos generales rusos habían sido alojados en habitaciones con cuarto de baño), pero no lo encontraron. También registraron los servicios, pero todos estaban vacíos. Para entonces, los rostros de los dos soviéticos, uno de los cuales era el coronel del Servicio de Inteligencia militar, habían perdido todo rastro de afabilidad.

También los británicos comenzaban a preocuparse. Entonces se efectuó un registro a fondo de toda la residencia de oficiales, pero resultó ser igualmente infructuoso. Un capitán del Servicio de Inteligencia militar británico salió del edificio para ir a interrogar a los invisibles «vigilantes» del Servicio de Seguridad. En las anotaciones de éstos podía leerse que dos oficiales en traje de deporte habían salido a correr esa mañana, pero que sólo uno de ellos había regresado. Se realizó una llamada desesperada al puesto de guardia de la puerta principal. En el Diario de Noche estaba anotado que el coronel Arbuthnot había salido del cuartel y que había regresado.

Para resolver ese problema se sacó de su cama al cabo de guardia. Éste contó lo de la doble salida del coronel Arbuthnot,

el cual, al serle presentada esa declaración, negó rotundamente haber salido por la puerta principal, entrado de nuevo y vuelto a salir. Un registro en la habitación del coronel reveló que faltaba el chándal blanco, una chaqueta, una camisa, una corbata y unos pantalones. El capitán del Servicio de Inteligencia militar sostuvo una apresurada conversación en susurros con el general británico de mayor graduación, el cual, poniéndose extremadamente serio, pidió a su colega soviético que lo acompañase a su despacho.

Cuando el general ruso salió de allí, tenía el rostro blanco y contraído por la ira y lo primero que hizo fue exigir que le pusieran un vehículo oficial a su disposición para que lo condujese a su Embajada en Londres. La noticia se extendió rápidamente entre los otros quince oficiales rusos, que se pusieron rígidos e inabordables. Eran las diez de la mañana. La larga lista de conversaciones telefónicas acababa de empezar.

El general británico despertó al jefe del Estado Mayor central en Londres y le dio un informe completo de la situación. El jefe de los «vigilantes» también dio otro informe completo de lo sucedido a sus superiores en el Cuartel General del Servicio de Seguridad, situado en Curzon Street, en Londres. Ese informe pasó al subdirector general, el cual sospechó en seguida que ahí se advertía la mano oculta del TSAR, abreviatura cariñosa que a veces utilizaban los hombres del Servicio de Seguridad para referirse a los del Servicio Secreto de Inteligencia. Eran las siglas de: *Those Shits Across the River* («Esos mierdas de al otro lado del río»).

Al sur del Támesis, en la penúltima planta de la Century House, Timothy Edwards, delegado del jefe, recibió una llamada de Curzon Street, pero pudo negar que el SIS hubiese tenido algo que ver con eso. Cuando colgó el teléfono, presionó el botón del interfono que tenía sobre su escritorio.

—¡Haga el favor de decir a Sam McCready que suba inmediatamente a verme! —vociferó.

A mediodía, el general ruso, acompañado del coronel del Servicio de Inteligencia militar, se reunía en la Embajada soviética, en Kensington Palace Gardens, con el agregado militar soviético, que se hacía pasar por general de División de Infantería, aun cuando tenía el mismo rango en el Servicio de Inteligencia militar. Ninguno de los tres oficiales sabía que el comandante Kuchenko era, en realidad, el coronel Orlov, de la KGB; conocimiento éste que sólo le estaba reservado a un

número muy reducido de oficiales de alta graduación pertenecientes a la Junta de Jefes de Estado Mayor en Moscú. De hecho, los tres hombres se hubieran sentido aliviados si lo hubiesen sabido, ya que pocas cosas hay en este mundo que complazcan más a los soldados y oficiales del Ejército soviético que ver a los de la KGB quedar en ridículo. Los oficiales reunidos en la Embajada de Londres creían haber perdido a un comandante del Servicio de Inteligencia militar, y se sentían extraordinariamente desdichados ante la esperada reacción por parte de Moscú.

En Cheltenham, en el Cuartel General de Comunicaciones del Gobierno británico, el centro de escucha de la nación, se observó un súbito y frenético incremento de las comunicaciones radiofónicas entre la Embajada rusa y Moscú; comunicaciones en las que estaban utilizando los códigos diplomático y militar. Los especialistas de Cheltenham se apresuraron a informar de este hecho.

A la hora del almuerzo, el embajador soviético, Leonid Zamiatin, hizo llegar su más enérgica protesta al Foreign Office, alegando que había habido un secuestro, y exigiendo el acceso inmediato al lugar donde estaba retenido, en contra de su voluntad, el comandante Kuchenko. La protesta dirigida al Foreign Office actuó de rebote y, en seguida, tuvo repercusiones adversas en todas las Agencias de Inteligencia, las cuales se apresuraron a levantar al unísono sus manos inmaculadas, replicando a coro:

—Pero si nosotros no lo tenemos.

Mucho antes del mediodía, la cólera de los soviéticos era ya equiparable al desconcierto de los británicos. El método utilizado por Kuchenko (los ingleses seguían llamándole así) para pasarse al enemigo había sido del todo inusitado, por expresarlo de un modo elegante. Los que desertaban no lo hacían como si fuesen al bar a tomarse una cerveza; antes se procuraban un refugio, que, por regla general, tenían previsto con mucha anticipación. Si Kuchenko hubiese ido a presentarse a una Comisaría, el hecho ya se habría sabido, pues la Policía del Condado de Wiltshire hubiese informado a Londres de inmediato. Y ya que todas las Agencias británicas proclamaban su inocencia, quedaba la posibilidad de que el culpable se encontrase en cualquiera de las otras Agencias que operaban en suelo británico.

La posición de Bill Carver, el director de la delegación de la CÍA en Londres, era harto difícil de sostener, por no decir imposible. Roth se había visto forzado a ponerse en contacto con Langley desde la base aérea con el fin de obtener el permiso para poder utilizar un avión de las Fuerzas Armadas estadounidenses, y Langley había informado a Carver. El norteamericano sabía muy bien las reglas del acuerdo angloamericano en este sentido: sería considerado una grave ofensa de los norteamericanos el hecho de que sacaran ilegalmente a un ruso de Inglaterra en las mismas narices de los británicos, sin decirles nada de lo que estaban haciendo. Pero a Carver le habían advertido que atrasara su respuesta hasta que el avión del MATS hubiese salido del espacio aéreo británico. Así que se refugió en el truco de estar inaccesible durante toda la mañana, y luego solicitó una entrevista urgente con Timothy Edwards para las tres de la tarde, la cual le fue concedida de inmediato.

Carver llegó con retraso a la cita: a unas tres manzanas de la Century House había estacionado su automóvil y se había quedado en él hasta que le informaron por el teléfono del vehículo de que el avión había despegado de la base. Cuando saludó a Edwards eran ya las tres y diez, y el jet estadounidense había sobrevolado el canal de Bristol al sur de Irlanda, y no se detendría hasta llegar a Maryland.

En el momento de verse frente a Edwards, Carver había recibido ya un exhaustivo informe de Roth, que un mensajero de la USAF le había llevado desde la base de Heyford a Londres. Roth le había explicado que el tal Kuchenko-Orlov no le había dejado más alternativa que aceptarlo sin más o dejar que se fuera y que Orlov estaba dispuesto a entregarse sólo a los norteamericanos.

Carver usó estos mismos argumentos para tratar de convencer a su interlocutor y restar importancia a la ofensa que eso podría significar para los británicos. Edwards había comprobado la información con McCready, y sabía quién era Orlov; el banco de datos norteamericano que Roth había consultado a eso de las siete de la mañana se había nutrido en primer lugar de los informes facilitados por el SIS británico. Personalmente, Edwards sabía muy bien que él hubiese actuado igual que Roth, aprovechando la ocasión y no dejando escapar la presa; pero, de todos modos, adoptó una actitud fría y reservada. Una vez recibió el informe de Carver, se apresuró a

informar a los Ministerios de Defensa y de Asuntos Exteriores y al Servicio de Seguridad. Kuchenko (no vio la necesidad de decirle a todos que el verdadero nombre era Orlov, al menos de momento) se encontraba en el ámbito de soberanía de Estados Unidos, y fuera del alcance de cualquier control británico.

Una hora después, Mr. Zamyatin llegaba al Foreign Office, en King Charles Street, y era conducido de inmediato al despacho del propio ministro. Aun cuando se había propuesto aparentar que recibía las explicaciones con gran escepticismo, en su interior estaba preparado para creer lo que Sir Geoffrey le dijera, pues sabía que era un verdadero hombre de honor. Simulando que se encontraba aún hondamente ultrajado, regreso a la Embajada soviética y pasó su informe a Moscú. La delegación militar soviética emprendió el vuelo de vuelta a casa a altas horas de la noche, hondamente preocupados ante la perspectiva de los interminables interrogatorios que les tendrían preparados.

Por otra parte, en Moscú había estallado ya la gran batalla entre la KGB, que acusaba al GRU de no ejercer la suficiente vigilancia, y el GRU, que acusaba a la KGB de tener oficiales traidores en su plantilla. La esposa del coronel Orlov, profundamente perturbada por la noticia y que hizo angustiosas protestas de su inocencia, fue sometida a extensos interrogatorios, al igual que los compañeros de trabajo del coronel, sus amigos y sus contactos.

En Washington, el director de la Agencia Central de Inteligencia recibió una airada llamada por parte del secretario de Estado, el cual, a su vez, había recibido un afligido telegrama de Sir Geoffrey Howe por la forma de tratar ese asunto. Cuando el director de la CÍA colgó el teléfono, alzó la vista por encima de su escritorio y se quedó mirando fijamente a dos hombres sentados frente a él, el subdirector del departamento de Operaciones y el jefe del departamento de Proyectos Especiales, Calvin Bailey. Fue a este último a quien se dirigió.

—Su joven Mr. Roth. La ha armado buena esta vez. ¿Y usted me asegura que actuó por cuenta propia?

—Así es. Pero, por lo que he podido saber, el ruso no le dio tiempo para utilizar los canales oficiales. Le puso en la disyuntiva de tomarlo o dejarlo.

Bailey era un hombre delgado y austero, no muy dado a entablar fuertes amistades personales dentro de la Agencia. La

gente lo encontraba frío y reservado. Pero era muy bueno en su trabajo.

—Les hemos gastado una bonita mala pasada a los británicos. ¿Habría corrido usted el mismo riesgo? —preguntó el director de la CÍA.

—Lo ignoro —respondió Bailey—. Y no podremos saberlo hasta que hablemos con Orlov. Hasta que conversemos de verdad con él.

El director de la CÍA asintió con la cabeza. En el mundo del espionaje, al igual que en cualquier otro, la norma es muy simple. Si uno emprende un negocio arriesgado del que luego saca ricos dividendos, se convierte en un tipo listo, destinado a ocupar los más altos cargos. Pero si el negocio falla, siempre está la jubilación anticipada. El director de la CÍA quería que Bailey se comprometiera.

—¿Se hace usted responsable de Roth?, ¿tanto en lo bueno como en lo malo?

—Sí —respondió Bailey—, me hago responsable. A fin de cuentas la suerte está echada. Ahora hay que averiguar qué hemos conseguido.

Cuando el avión de transporte de las Fuerzas Aéreas estadounidenses aterrizó en la base de Andrews, poco después de las seis de la tarde, hora de Washington, cinco limusinas de la Agencia estaban esperando en la pista de aterrizaje. Antes de que el personal de servicio hubiese tenido tiempo de desembarcar, los dos hombres, a quienes ninguno de los militares había reconocido ni volvería a ver en su vida, habían sido escoltados hasta fuera del avión para ser introducidos sin demora en las limusinas de ventanillas oscuras que esperaban en las inmediaciones. Bailey se encontró cara a cara con Orlov, le saludó fríamente con una ligera inclinación de cabeza y vio cómo lo conducían hasta el segundo coche. Entonces se volvió hacia, Roth.

—Te lo doy, Joe. Llévatelo y arráncale sus secretos.

—Pero si yo no soy un interrogador —replicó Roth—. Esa no es mi especialidad.

Bailey se encogió de hombros.

—Tú lo conseguiste. Te pertenece. Es posible que se encuentre más relajado contigo. Tendrás todo el respaldo técnico que necesites: traductores, analistas, especialistas en cualquier campo que ese hombre aborde... Y el detector de mentiras, por supuesto, empieza con el aparato. Llévate a tu

hombre al rancho. Te están esperando. Y otra cosa, Joe, quiero saberlo todo, tal como vaya saliendo, al momento; sólo para mis ojos, y en persona, ¿de acuerdo?

Roth hizo un gesto de asentimiento.

Diecisiete horas antes, cuando se estaba apoderando de un chándal blanco en un dormitorio en Inglaterra, el coronel Piotr Orlov, alias Pavel Kuchenko, era todavía un honorable oficial soviético, con hogar, esposa, brillante carrera y patria. Y ya sólo era un fardo, un simple paquete que se cargaba en el asiento trasero de un sedán en un país extranjero, destinado a ser exprimido hasta la última gota y condenado a sentir irremediablemente, tal como le ocurría a todos, las primeras puntadas de remordimiento, de duda y, quizás, hasta de pánico. Roth se inclinó para meterse en el automóvil, al lado del ruso.

—Una última cosa, Joe. Si Orlov, al que desde ahora daremos el nombre de *el Trovador*, resulta ser un cero a la izquierda, el Director está dispuesto a hacerme picadillo. Pero treinta segundos antes, yo te habré hecho picadillo a ti. ¡Buena suerte!

El rancho era, y sigue siendo, una de las casas anónimas de la CÍA, una granja auténtica del sur de Virginia de las que se dedican a la cría de caballos. No demasiado lejos de Washington, pero bien oculta en la profundidad de los bosques, cercada y vallada, con un acceso único por un camino particular, y custodiada por un equipo de jóvenes muy atléticos, que habían aprobado con sobresaliente los cursos de entrenamiento en Quantico sobre combate cuerpo a cuerpo y uso de armas.

A Orlov le designaron una cómoda habitación, pintada de alegres colores, con cuarto de baño y todos los requisitos habituales de un buen hotel: televisión, vídeo, tocadiscos, asientos cómodos y una mesa para comer. Allí le sirvieron la cena, su primera comida en Estados Unidos, y Joe Roth cenó con él. Durante el viaje en el avión, los dos hombres habían acordado que se llamarían por sus nombres, Peter y Joe, cuando se vieran. Y ahora todo parecía indicar que su acuerdo iba a ser duradero.

—Las cosas no van a ser fáciles siempre, Peter —dijo Roth, mientras observaba cómo se las arreglaba el ruso con una hamburguesa enorme.

Puede ser que Roth estuviera pensando en los cristales a prueba de balas en unas ventanas que no podían abrirse, en los espejos unidireccionales que había en todas las habitaciones y

en las grabadoras que registraban cada palabra pronunciada en esa casa. El ruso hizo un gesto de asentimiento.

—Mañana empezaremos, Peter. Tenemos que conversar, que hablar de verdad. Primero te someterás a una prueba del detector de mentiras. Si la pasas, tendrás que contarme... muchas cosas. Todo, en realidad. Cualquier cosa que sospeches. Una y otra vez.

Orlov dejó el tenedor y sonrió.

—Joe, no olvides que somos personas que hemos pasado nuestra vida en este mundo tan extraño. No necesitas... —titubeó en busca de la frase adecuada— ...andarte con rodeos. Tengo que justificar el riesgo que has corrido por mí al sacarme de Inglaterra. Darte lo que vosotros llamáis «el precio de la novia», ¿no?

Roth se echó a reír.

—Sí, Peter, eso es lo que necesitamos ahora. El «precio de la novia».

En Londres, el Servicio Secreto de Inteligencia británico no se había quedado de brazos cruzados. Timothy Edwarss se enteró del nombre del oficial desaparecido —Pavel Kuchenko— gracias al Ministerio de Defensa. Y su propio banco de datos le reveló que ése era el nombre de cobertura del coronel Piotr Orlov, miembro del Tercer Directorio de la KGB. Fue entonces cuando citó a Sam McCready en su despacho.

—He apretado las tuercas a nuestros primos estadounidenses lo más fuerte que he podido. Les he dicho que estamos profundamente ofendidos, que eso representa un ultraje a cualquier nivel, en fin, todo ese tipo de cosas. Bill Carver siente una gran preocupación, se mortifica; ve peligrar su propia posición. En todo caso, está dispuesto a ejercer presión sobre Langley para que nos pasen una buena cantidad de información, conforme la vayan recibiendo. Quiero formar un pequeño grupo que se encargue de analizar la mercancía de Orlov cuando nos llegue. Me gustaría que te hicieses cargo de ello... bajo mi dirección.

—Te lo agradezco —dijo *el Manipulador*—, pero yo iría mucho más lejos: les pediría el acceso a la fuente. Podría ser que Orlov conociese cosas que son específicamente para nosotros. Esas cosas no les interesan a los de Langley. Quiero acceso a la fuente, acceso personal.

—Eso va a resultar difícil —replicó Edwards, reflexionando. Casi seguro que ya lo tienen bien escondido en algún lugar de Virginia. Pero puedo preguntarles.

—Tienes derecho a hacerlo —insistió McCready—. En los últimos tiempos les hemos pasado una cantidad de mercancía enorme.

El pensamiento no expresado flotaba en el aire. Ambos sabían de dónde había salido casi toda la información obtenida durante los últimos cuatro años. Y estaba además el *Manual de guerra soviético*, que habían facilitado a Langley el año anterior.

—Y otra cosa —dijo Sam—. Me gustaría verificar a Orlov. Con *Recuerdo*.

Edwards miró a McCready fijamente. *Recuerdo era* un «beneficio» británico, un ruso que trabajaba para el SIS, pero que ocupaba un cargo tan alto y de tanta importancia, que tan sólo a cuatro hombres en la Century House les estaba reservado saber quién era, y no llegaba a la docena el número de personas que estaba al corriente nada más que de su existencia. Los que conocían la identidad de *Recuerdo* eran el Jefe, Edwards, el superintendente del bloque soviético y Sam McCready, el agente encargado del caso y de la «tutela» del ruso.

—¿Es eso prudente? —preguntó Edwards.

—Me parece que está justificado.

—Ten mucho cuidado.

A la mañana siguiente, un automóvil negro se encontraba visiblemente estacionado en un paso de cebra, por lo que el policía de tráfico no titubeó un momento en denunciarlo. Ya había terminado de rellenar el impreso de la multa y se disponía a sujetarlo con el limpiaparabrisas, metido en un sobre de plástico, cuando un hombre esbelto y elegante, vestido de traje gris, salió de una tienda cercana, se quedó mirando la multa y empezó a protestar. Era una de esas escenas comunes en las que nadie se fija, y mucho menos en una calle londinense.

Cualquier espectador que hubiera contemplado la escena a cierta distancia hubiese visto las gesticulaciones habituales del conductor y la expresión de indiferencia del policía de tráfico, el cual se encogía de hombros con calma imperturbable. Tirándole de una manga, el conductor apremió al agente para que se acercase a la parte de atrás del automóvil y viese la matrícula. Y al hacer esto, el policía de tráfico vio que junto al número de la matrícula, había una placa de identificación con las siglas *C.D.*, pertenecientes al Cuerpo Diplomático. Era evidente que el

policía había pasado por alto esa señal, pero no por eso se mostró impresionado. Los representantes extranjeros del cuerpo diplomático bien podían gozar de inmunidad ante los tribunales, pero no ante las multas de tráfico. El agente hizo ademán de retirarse.

El conductor cogió el sobre del parabrisas y lo agitó en el aire, justo delante de la nariz del policía. Éste le hizo una pregunta. Para probar que era realmente diplomático, el conductor echó mano a su cartera, sacó un documento de identidad y obligó al policía a que lo mirara. El policía echó un vistazo al documento de identidad, volvió a encogerse de hombros y se alejó. En un ataque de rabia, el extranjero estrujó el sobre con la multa, hizo con él una pelota y la tiró dentro de su coche, a través de la ventanilla del conductor que había conservado abierta, antes de meterse en él y sumarse al tráfico.

Lo que un espectador no hubiera podido ver era el trozo de papel que estaba dentro del documento de identidad y en el que se leía: *sala de lectura, Museo Británico, mañana, sin hora*. Tampoco habría advertido que el conductor, tras haber recorrido unos dos kilómetros, alisaba el papel de la multa y leía en el reverso: *El coronel Piotr Alexándrovich Orlov ha desertado y se ha pasado a los estadounidenses. ¿Sabe usted algo de él?*

El Manipulador acababa de ponerse en contacto con *Recuerdo*.

CAPÍTULO II

Las formas de tratar a un desertor, o su «manejo», varían de un caso a otro, según el estado de ánimo del sujeto en cuestión y las costumbres del Servicio Secreto que le ha dado acogida y que se encarga de los interrogatorios. El único elemento que tienen en común todos esos casos es que siempre se trata de un asunto delicado y complejo.

Ante todo, el desertor ha de recibir alojamiento, éste debe estar en un entorno que no parezca amenazador pero que impida su huida, a menudo por su propio bien. Dos años después de lo de Orlov, los Estados Unidos cometieron un grave error con Vitali Urchenko, otro de esos desertores que optan por pasarse sin contactos previos. Dispuestos a crear una atmósfera de normalidad absoluta, los estadounidenses se lo llevaron a comer a un restaurante de la zona residencial de Georgetown, en el distrito de Columbia, no lejos de la ciudad de Washington. El hombre cambió entonces de parecer, se escapó saltando por la ventana del servicio de caballeros, regresó caminando a la Embajada soviética y se entregó. Aquello no le salió bien; fue devuelto a Moscú, donde lo sometieron a brutales interrogatorios antes de fusilarlo.

Aparte las tendencias autodestructivas que el desertor pueda tener, y de las que tendrá que ser protegido, habrá que protegerle también de las posibles represalias. La Unión Soviética, y la KGB en particular, se distinguen por su notoria actitud implacable ante aquellos que consideran traidores, a los que procuran dar caza y liquidar siempre que puedan hacerlo. Cuanto más alto sea el grado del desertor, tanto más grave será el delito de traición, y la persona que ostenta un alto cargo en la KGB está considerada como poseedora de la más alta graduación. Porque los que pertenecen a la KGB forman parte de la flor y nata de la sociedad, y disfrutan de todos los privilegios y lujos en un país en que la inmensa mayoría de sus habitantes pasa hambre y frío. La renuncia a ese modo de vida, el más encopetado que la Unión Soviética puede ofrecer, equivale a dar muestras de una ingratitud que sólo se puede castigar con la pena de muerte. El rancho ofrecía, en apariencia, esa clase de seguridad necesaria.

El principal factor en la complicación de las cosas es el estado mental del desertor. Una vez pasados los primeros

momentos de euforia por haber logrado escapar a Occidente, con sus correspondientes descargas de adrenalina, muchos empiezan a desarrollar síntomas de reflexión. Toman conciencia de la tremenda magnitud del paso dado; del hecho de haber perdido para siempre esposa, familia, amigos y patria. Esto puede conducir a una depresión, similar a la del drogadicto, el cual, después de haberse «colocado», comienza la «bajada», precursora del «mono».

Para contrarrestarlo, casi todos los interrogatorios comienzan con un examen lento de la vida del desertor —un *curriculum* completo—, desde el nacimiento y la infancia hasta llegar al momento de la deserción. El hecho de narrar los primeros años de vida, las descripciones del padre y de la madre, de los compañeros de la escuela, de los juegos en los parques durante el invierno, de los paseos por el campo en verano, no sólo no provoca más nostalgia y mayor depresión, sino que tiene un efecto sedante. Mientras tanto, se anota todo, hasta el más ínfimo detalle, hasta el más mínimo gesto.

Algo por lo que los interrogadores muestran siempre gran interés es qué causas movieron al desertor a dar ese paso. ¿Por qué decidió pasarse? (Hay que señalar que la palabra «deserción» jamás es utilizada, ya que implica deslealtad en lugar de la razonable decisión de cambiar los propios puntos de vista.)

En ocasiones, el desertor miente sobre sus motivaciones. Entonces puede declarar que ha sufrido una desilusión profunda ante la corrupción, el cinismo y el nepotismo del sistema que servía y que ha abandonado. Para muchos, ésta es una razón auténtica; de hecho, es la más común para la mayoría. Pero no siempre es la verdadera. Puede ocurrir que el desertor haya metido mano en la caja de caudales y sepa que deberá enfrentarse a un duro castigo por parte de la KGB. O quizá se encontraba a punto de ser llamado a comparecer en Moscú para dar cuenta de una vida de enredos amorosos. O tal vez haya sido degradado, aunque también el odio a un determinado superior puede ser la razón principal de su deserción. Es posible que el Servicio Secreto que acoge al desertor esté enterado de las causas *reales* que indujeron al hombre a dar ese paso. Entonces, las excusas serán escuchadas con suma atención y gran simpatía, aun cuando se sepa que son falsas. Y todo será anotado. Puede ocurrir que el hombre falsee la verdad sobre sus motivaciones por un prurito de vanidad, pero no por ello

mentirá necesariamente sobre los secretos del espionaje. ¿O acaso también...?

Otros urden las mentiras por vanagloria, buscando así incrementar su propia importancia en su vida pasada, con el fin de impresionar a sus anfitriones. Éstos comprobarán cada detalle, y, tarde o temprano, conocerán los verdaderos motivos, el *status quo* real del huésped. Pero, de momento, se le escucha con aire de simpatía. El análisis y la verificación de los hechos vendrán después, como en un tribunal de justicia.

Cuando el interrogatorio sobre los temas concretos del espionaje haya finalizado, comenzarán las trampas. Los agentes interrogadores harán muchas preguntas, muchísimas, cuyas respuestas conocen de antemano. Y si *ellos* no las conocen, los analistas, trabajando durante las noches con las grabaciones, no tardarán en hallar esas respuestas al establecer comparaciones y comprobaciones. A fin de cuentas, ya ha habido antes muchos desertores, y los Servicios Secretos occidentales disponen de un inmenso caudal de conocimientos sobre la KGB, el GRU, el Ejército soviético, la Armada y las Fuerzas Aéreas, y hasta del mismo Kremlin, para sacar sus propias conclusiones.

Si se advierte que el desertor ha mentado en lo concerniente a asuntos de los que tenía que saber la verdad, según sus declaraciones anteriores, se convertirá inmediatamente en sospechoso. Puede haber mentado para darse importancia, para impresionar, o porque, en realidad, jamás ha tenido acceso a esa información, aunque haya afirmado continuamente que lo tenía; o porque lo ha olvidado; o...

No es nada fácil mentir al Servicio Secreto anfitrión durante las largas y arduas sesiones de ininterrumpida charla. Los interrogatorios pueden prolongarse durante meses, incluso años, dependiendo de la cantidad de asuntos expuestos por el desertor y que no parecen susceptibles de una verificación ulterior. Si algo de lo que un nuevo desertor dice *está* en contradicción con la verdad comúnmente aceptada, puede ocurrir que esa verdad comúnmente aceptada sea falsa. Entonces, los analistas vuelven a comprobar las fuentes originales de su información. Es posible que hayan estado equivocados durante todo ese tiempo y que el nuevo desertor tenga razón. Los temas cuestionados serán dejados aparte mientras se llevan a cabo las comprobaciones, y luego volverán a ser abordados. Una y otra vez.

A menudo, el desertor no se da cuenta de la trascendencia que tiene una pequeña pieza de información que él transmite

como de pasada y a la que no atribuye una particular importancia. Pero, para sus anfitriones, esa aparente bagatela puede ser la pieza perdida del rompecabezas que les ha estado confundiendo durante mucho tiempo.

Aparte del interés por descubrir quiénes conocen ya las respuestas, se desea saber también para quiénes son valiosas las respuestas *verdaderas*. Ése es el auténtico hallazgo. ¿Puede ese nuevo desertor contarnos algo que no sepamos? De ser así, ¿cuánta importancia tiene?

En el caso del coronel Piotr Alexándrovich Orlov, la CÍA llegó a la conclusión en menos de cuatro semanas de que habían topado casualmente con un auténtico filón de oro puro. La «mercancía» del hombre era fantástica.

Ante todo, el coronel se mostró frío y sereno desde un comienzo. Narró a Joe Roth la historia de su vida desde su nacimiento en una humilde choza en las inmediaciones de Minsk, poco después de acabar la guerra, hasta el día que decidió, seis meses antes en Moscú, que no podía soportar por más tiempo una sociedad y un Gobierno a los que había llegado a despreciar. Jamás negó que seguía sintiendo un profundo amor por su patria, por la madre Rusia, y daba muestras de la emoción normal ante el hecho inexorable de haberla abandonado para siempre.

Declaró que su matrimonio con Gaia, una famosa directora de teatro en Moscú, estaba acabado desde hacía unos tres años, y que lo único que quedaba de esa relación era el nombre, y admitió, con el enfado propio de tales casos, las diversas aventuras que su mujer había tenido con apuestos actores jóvenes.

Pasó tres pruebas distintas con el detector de mentiras, relativas a sus antecedentes, experiencias personales, carrera, vida privada y a los cambios en sus convicciones políticas. Y empezó a revelar información de primer orden.

Por una parte, su carrera había sido muy variada. Durante los cuatro años que pasó en el Tercer Directorio, o Directorio de las Fuerzas Armadas, operando dentro del Estado Mayor de Planificación Central en el Cuartel General del Ejército, donde se había hecho pasar por el comandante Kuchenko del Servicio de Inteligencia militar, había ido acumulando amplios conocimientos acerca de las distintas personalidades de los altos cargos militares, de la distribución de las divisiones del Ejército y de las escuadrillas de las Fuerzas Aéreas, así como de la

ubicación y características de los barcos de la Armada, tanto en el mar como en los astilleros.

Proporcionó fascinantes revelaciones sobre los reveses sufridos por el Ejército Rojo en Afganistán, habló de la insospechada desmoralización de las tropas soviéticas en aquel teatro de operaciones, y de la creciente desilusión de Moscú con el dictador títere afgano Babrak Kamal.

Antes de haber trabajado para el Tercer Directorio, Orlov había estado en el Directorio de Ilegales, ese departamento adjunto al Primer Directorio y que es responsable del control de los agentes «ilegales» en todo el mundo. Los «ilegales» son los más secretos de todos los agentes que espían contra su propio país (si es que tienen la nacionalidad del país al que delatan) o de todos aquellos que viven en un país extranjero en las condiciones más rigurosas de cobertura. Ésos son los agentes que no gozan de protección diplomática, por lo que su descubrimiento y captura no suele terminar en un mero castigo de ser declarado persona *non grata* y ser expulsado del país, sino en esa terapia mucho más dolorosa del arresto, los interrogatorios duros y, a veces, la ejecución.

Aun cuando sus conocimientos en ese ámbito se remontaban a cuatro años atrás, Orlov parecía poseer una memoria enciclopédica y empezó a poner al descubierto las muchas redes de espionaje que él mismo había ayudado a organizar y a dirigir, sobre todo en la América Central y en Sudamérica, zonas en las que se había especializado.

Cuando un nuevo desertor llega y las informaciones que ofrece dan origen a fuertes controversias, suelen formarse dos campos contrarios entre los agentes del Servicio Secreto anfitrión: el de aquellos que creen y apoyan al nuevo desertor y el de los que dudan de lo que dice y se oponen a él. En la historia de la CÍA el caso más notorio al respecto fue el de Golitsin y Nosenko.

En 1960, Anatoli Golitsin desertó, y convirtió en la misión de su vida el convencer a la CÍA de que la KGB había sido directamente responsable de todas las calamidades ocurridas en el mundo desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Para Golitsin no había infamia ante la que la KGB se detuviera o que no estuviese dispuesta a preparar. Esto sonaba a música en los oídos de una facción dura de la CÍA, encabezada por el jefe del Departamento de Contraespionaje, James Angleton, el cual llevaba advirtiendo de lo mismo a sus superiores desde hacía

muchos años. Golitsin se convirtió en una auténtica estrella, y fue colmado de condecoraciones.

En noviembre de 1963, el presidente Kennedy fue asesinado, aparentemente por un fanático de izquierdas, casado con una rusa, y que se llamaba Lee Harvey Oswald, personaje que había desertado en cierta ocasión para irse a la Unión Soviética, país en el que vivió durante más de un año. En enero de 1964, Yuri Nosenko, desertó, confesó haber sido el agente encargado del caso Oswald en Rusia y declaró que la KGB consideraba a éste una auténtica sabandija, por lo que había roto todos los contactos con él y nada tenía que ver con el asesinato de Kennedy.

Golitsin, apoyado por Angleton, denunció de inmediato a su compatriota ruso, el cual fue sometido a unos interrogatorios severos, pero se negó a modificar sus declaraciones. Aquella controversia dividió a la Agencia en dos bandos durante algunos años, y sus repercusiones se prolongaron a lo largo de dos décadas. Según como sea el desenlace a la pregunta *¿Quién tenía la razón y quién estaba equivocado?*, se hacen carreras o se deshacen, ya que es proverbial que empiecen a subir aquellos que se apuntan el mayor éxito.

En el caso de Piotr Orlov no se formó ninguna facción hostil y esa gloria coronó la cabeza del director del Departamento de Proyectos Especiales, Calvin Bailey, que lo había reclutado.

Un día después de que Joe Roth comenzase a compartir su vida con el coronel Orlov, en el sur de Virginia, Sam McCready cruzó las enormes puertas del Museo Británico, situado en el corazón del barrio londinense de Bloomsbury, y se encaminó hacia la sala de lectura, un amplio recinto circular con techo abovedado.

Dos hombres jóvenes lo acompañaban, uno de ellos era Denis Gaunt, en quien McCready depositaba cada vez más su confianza, y el otro uno llamado Patten. Ninguno de esos dos hombres que integraban el equipo de guardaespaldas vería el rostro de *Recuerdo*; no tenían necesidad alguna de ello y, además, podía resultar peligroso. Su misión consistía en quedarse holgazaneando cerca de la entrada, echando un vistazo a los periódicos allí expuestos, y asegurarse de que su jefe de departamento no sería molestado por intrusos.

McCready se dirigió a una mesa de lectura oculta entre estantes de libros y preguntó con toda cortesía al hombre que estaba allí sentado si no le importaba aceptar su compañía.

Aquél, inclinado sobre un grueso volumen del que tomaba algunas notas de vez en cuando, le indicó por señas que tomara asiento en la silla que tenía enfrente y se sumió de nuevo en la lectura. McCready esperó en silencio. Había elegido el libro que deseaba leer, y, pocos momentos después, uno de los empleados de la sala de lectura se le acercó, le entregó el volumen solicitado y se alejó en seguida con el mayor sigilo. El hombre que se encontraba al otro lado de la mesa mantuvo la cabeza gacha. Cuando se quedaron solos, McCready inició la conversación.

—¿Qué tal estás, Vitali?

—Bien —murmuró el otro, mientras anotaba algo en su cuadernillo de apuntes.

—¿Hay noticias nuevas?

—Tendremos visita la semana que viene. En la *Residencia*.

—¿De la Central de Moscú?

—Sí. El general Drozdov en persona.

El rostro de McCready permaneció impasible. Continuó absorto en su libro y sus labios apenas se movieron. Nadie situado fuera de aquel enclave delimitado por estanterías de libros podría haber escuchado ni el más leve murmullo, y nadie hubiera podido entrar en aquel enclave, pues Gaunt y Patten se hubiesen dado cuenta en seguida. Sin embargo, Sam McCready se había asombrado al escuchar ese nombre. Drozdov, un hombrecillo bajo y rechoncho que tenía una semejanza asombrosa con el difunto presidente Eisenhower, era el jefe del Directorio de Ilegales, y rara vez se aventuraba a salir de la Unión Soviética. El hecho de que fuera a meterse en la misma boca del lobo londinense era de lo más insólito y podía significar algo muy importante.

—¿Es eso bueno o malo? —preguntó McCready.

—No lo sé —respondió *Recuerdo*—. De hecho, resulta muy extraño. No es mi superior inmediato, pero él no podría venir sin haberlo acordado antes con Kriujkov.

(El general Vladimir Kriujkov, presidente de la KGB desde 1988, era el jefe del espionaje en el extranjero, y, por lo tanto, dirigía el Primer Directorio.)

—¿Querrá hablar contigo de sus «ilegales» introducidos en Gran Bretaña?

—Lo dudo. Le gusta dirigir directamente a sus ilegales. Puede ser algo relacionado con Orlov. Ha habido un lío de mil demonios en torno a esa cuestión. Los otros dos agentes del GRU que venían con la delegación todavía están siendo

sometidos a interrogatorios. Lo mejor que les puede pasar es que una corte marcial los juzgue por negligencia. O, quizá...

—¿Alguna otra razón para su visita?

Recuerdo suspiró y alzó los ojos por primera vez. McCready le devolvió la mirada. Con el correr de los años se había hecho amigo del ruso, confiaba en él y creía cuanto le decía.

—Sólo es un presentimiento —dijo *Recuerdo*—. Tal vez haya venido a inspeccionar la *Residencia*. Pero no sé nada en concreto. Se trata de mi olfato. Es posible que sospeche algo.

—Vitali, esto no puede durar eternamente. Ya lo sabemos. Tarde o temprano, las piezas encajarán. Hay demasiadas filtraciones, excesivas coincidencias. ¿Quieres pasarte ahora? Puedo arreglarlo. Tú tienes la palabra.

—Todavía no. Pronto quizá, pero no por ahora. Puedo conseguir más. Si tienen pensado organizar la operación aparte de Londres, sabré que se llevan algo entre manos. Habrá tiempo entonces, al menos el suficiente para irme. Pero no ahora. Y, por cierto, no interceptéis a Drozdov. Si *vuestra* gente se muestra suspicaz, Drozdov se dará cuenta de que algo se está cociendo.

—Será mejor que me digas cuándo vendrá, no sea que ocurra un accidente de verdad en Heathrow —dijo McCready.

—Vendrá como un hombre de negocios suizo —repuso el ruso—. De Zurich. Con un vuelo de la «British Airways», el martes.

—Tomaré mis precauciones para que no lo molesten en lo más mínimo —dijo McCready—. ¿Sabes algo de Orlov?

—Todavía no —contestó *Recuerdo*—. Le conozco de oídas, mas nunca me he encontrado con él. Pero me sorprende que haya desertado. Gozaba de la máxima confianza allí.

—Igual que tú —replicó McCready.

El ruso sonrió.

—Por supuesto —dijo—. No se trata de una cuestión de gustos. En fin, intentaré informarme de todo lo que pueda sobre él. ¿Por qué te interesa tanto?

—Nada concreto —contestó McCready—; como tú dices, se trata de mi olfato. La forma que utilizó para venir, sin dar tiempo a Roth para que hiciese averiguaciones. En un marinero que salta de un barco, eso es normal, pero muy raro en un coronel de la KGB. Podía haber logrado un mejor acuerdo.

—Coincido contigo —dijo el ruso—. Haré lo que pueda.

La posición del soviético en la Embajada era tan delicada, que cualquier encuentro personal implicaba un gran riesgo, de

ahí que fuesen poco frecuentes. Acordaron celebrar el siguiente en un pequeño y mugriento café de Shoreditch, en el East End londinense. A principios del siguiente mes, en mayo.

A finales de abril, el director de la Agencia Central de Inteligencia tuvo una reunión en la Casa Blanca con el Presidente. Nada había de inusitado en ello, ya que solían verse con cierta regularidad, a veces con otras personas en las reuniones del Consejo de Seguridad Nacional, o bien en privado. Pero en esa ocasión el Presidente se mostró inusualmente afable con la CÍA. La gratitud de que había dado muestras un gran número de Agencias y Departamentos de Inteligencia a raíz de las informaciones que la CÍA les había suministrado gracias al flujo de conocimientos que llegaba constantemente del rancho ubicado en los bosques del sur de Virginia alcanzaba ahora niveles tan elevados como el del Salón Ovalado.

La carrera del director de la CÍA, un hombre de carácter fuerte, se remontaba a los días de la OSS, en la Segunda Guerra Mundial, además de ser un fiel colega de Ronald Reagan. También era una persona muy correcta que no veía razón alguna para rehusar los honores de esos halagos generalizados al jefe del Departamento de Proyectos Especiales como responsable de la captación del coronel Orlov. Cuando regresó a Langley, lo primero que hizo fue llamar a Calvin Bailey a su despacho.

Bailey encontró al director junto a la ventana panorámica que ocupaba casi toda una pared del despacho que el director de la Agencia tenía en la última planta del edificio que sirve de cuartel general a la CÍA. El jefe estaba contemplando el valle que se extendía a sus pies, donde el verde follaje de los árboles, vestidos ahora con sus hojas de primavera, había terminado por tapar la vista que se tenía del río Potomac en el invierno. Cuando Bailey entró, el director se volvió hacia él, recibéndolo con una amplia sonrisa.

—¿Qué quieres que te diga? Las felicitaciones nos llueven por todas partes, Cal. Los del Departamento de la Armada irradian felicidad, dicen que aún lograrán muchas cosas. Los mexicanos están encantados; acaban de desmantelar una red de espionaje compuesta por diecisiete agentes y se han incautado de cámaras fotográficas, aparatos de radio..., una gran cantidad de cosas.

—Gracias —dijo Calvin Bailey en tono comedido.

Bailey estaba considerado como un hombre precavido, poco inclinado a las francas exhibiciones de efusividad.

—En fin, el caso es —prosiguió el director de la CÍA— que Frank Winght, como todos sabemos, se jubilará a finales de este año, por lo que necesitaré un nuevo subdirector de Operaciones. Y pudiera ser, Calvin, sólo pudiera ser, que yo supiese quién ocupará su lugar.

Pese a la calma imperturbable que caracterizaba a Bailey, en su impassible rostro los ojos lanzaron unos destellos extraños como si la perspectiva del placer los animase. Dentro de la CÍA, incluso el cargo de director se debe siempre a un nombramiento de carácter político, al menos así ha ocurrido desde hace tres décadas. Por debajo de él se encuentran las dos divisiones principales de la Agencia: la de Operaciones (DDO), dirigida por el subdirector de Operaciones, y la de Inteligencia (análisis), dirigida por el subdirector de Inteligencia (DDI). Esos dos puestos son los más altos a los que un profesional puede aspirar. El subdirector de Operaciones se encarga de dirigir todas las actividades de la Agencia que están relacionadas con la recogida de información, mientras que el subdirector de Inteligencia se ocupa del análisis de la información en bruto con el fin de ponerla en una forma presentable y utilizable para los fines de Inteligencia.

Una vez que el director hubo terminado con sus cumplidos, volvió a referirse a asuntos más mundanos.

—Fíjate, se trata de los británicos. Como ya sabes, Margaret Thatcher estaba de lo más amable.

Calvin Bailey asintió con la cabeza. Todo el mundo estaba al corriente de las estrechas relaciones amistosas existentes entre la Primera Ministra británica y el Presidente estadounidense.

—Mrs. Thatcher trajo consigo a su Christopher... —Y aquí el director de la CÍA mencionó el nombre del que por entonces era jefe del SIS británico—. Tuvimos algunas reuniones muy buenas. Nos han pasado una mercancía realmente fabulosa. Se lo debemos, Cal. Favor por favor. Me gustaría reparar lo ocurrido. Han expresado dos deseos. Dicen que están muy agradecidos por toda la información del *Trovador* que les hemos pasado, pero señalan que en lo que se refiere a los agentes soviéticos que operan en Inglaterra, por muy valiosa que pueda ser esa información, sólo son nombres en clave. ¿No podría el *Trovador* dar los nombres actuales de algunos agentes, o de los agentes de enlace..., algo que les permitiera la identificación de los espías enemigos en su propio suelo?

Bailey se quedó reflexionando unos instantes.

—Ya le hemos preguntado antes sobre ese asunto —dijo—. Y hemos enviado a los británicos todo lo que les concierne, aunque sólo sea remotamente. Le preguntaremos de nuevo, encargaré a Joe Roth de que le insista a ver si puede recordar algún nombre concreto, ¿de acuerdo?

—Perfecto, perfecto —dijo el director de la CIA—. Una última cuestión: nos han solicitado el acceso personal. Y quieren que sea allí. En estos días. Estoy dispuesto a concedérselo. Pienso que podemos permitirnos ese lujo.

—Yo preferiría que permaneciese aquí, donde está más seguro.

—También podemos garantizar su seguridad en otra parte. Fíjate, podríamos trasladarle a una base norteamericana. A Upper Heyford, Lakenheath o Alconbury. A cualquiera de ellas. Podrán verlo y hablar con él bajo nuestra supervisión, después, nos lo traeremos de vuelta.

—No me gusta la idea —dijo Bailey.

—Mira, Cal... —comenzó a decir el director de la CIA con un cierto tono de dureza en la voz—, ya he dado mi consentimiento. Así que toma las medidas necesarias.

Calvin Bailey condujo su automóvil en dirección al rancho para poder hablar personalmente con Joe Roth. Se reunieron en las habitaciones privadas de éste, situadas sobre el pórtico central de la casa del rancho. Bailey encontró a su subordinado cansado y con ojeras. Interrogar a un desertor es una tarea fatigosa, que presupone muchas horas de trabajo con él, seguidas de largas noches en vela, preparando los cuestionarios que habrán de ser utilizados al día siguiente. El descanso no es algo que suela estar en el orden del día, y cuando el desertor, como ocurre con frecuencia, ha entablado una relación de amistad con el agente que dirige los interrogatorios, no resulta nada fácil dar tiempo libre a ese agente y remplazarlo por otro.

—En Washington están muy satisfechos —le dijo Bailey—. Más que satisfechos, encantados. Todo lo que nos cuenta es verificado. Los desplazamientos del Ejército soviético, así como los de la Armada y los de las Fuerzas Aéreas, han sido confirmados por otras fuentes, entre ellas las de los satélites. Niveles de armamento, capacidad de maniobra, cuarteles en Afganistán... han sido muy encomiados por el Pentágono. Todo lo has hecho bien, Joe. Muy bien.

—Todavía queda un largo camino por recorrer —dijo Roth—. Aún han de aparecer muchas más cosas. Y así tiene que ser, pues ese hombre es una enciclopedia ambulante, con una memoria fenomenal. A veces se atasca en algún detalle, que, por regla general, recuerda después. Pero...

—¿Pero..., qué? Fíjate, Joe, está acabando con años de paciente trabajo de la KGB en América Central y en Sudamérica. Nuestros amigos en aquellos países están desmantelando una red de espionaje tras otra. Todo va bien. Sé que estás cansado. Mantente en la brecha.

Bailey contó entonces a Roth lo que el director de la CÍA le había insinuado acerca de su posible empleo como subdirector de Operaciones. Por regla general Bailey no era hombre inclinado a las confidencias, pero no había razón alguna para que no le diese a su subordinado lo que él mismo había recibido del director de la Agencia.

—Si eso ocurre, Joe, el cargo de director del Departamento de Operaciones Especiales también quedará vacante. Y mi recomendación tendrá gran peso. Y será para ti, Joe. Quiero que lo sepas.

Roth se mostró agradecido, aunque no entusiasmado. Parecía más que cansado. Algo le rondaba por la cabeza.

—¿Está causando problemas? —preguntó Bailey—, ¿tiene todo lo que desea?, ¿necesita compañía femenina?, ¿y tú? Éste es un lugar muy aislado. Lleváis más de un mes aquí. Esas cosas pueden solucionarse.

Bailey sabía que Roth, a sus treinta y nueve años, estaba divorciado y vivía solo. Es legendario el alto índice de divorcios de la Agencia. Como dicen en Langley: son gajes del oficio.

—No, ya se lo he ofrecido. Él se limitó a denegar con la cabeza. Juntos nos matamos a trabajar. Eso ayuda. También corremos por el bosque hasta que apenas podemos mantenernos en pie. Jamás me he encontrado en tan buenas condiciones físicas. Él es mayor que yo, pero está mucho más fuerte. Y ésa es una de las cosas que me preocupa, Calvin. No tiene ni una grieta, jamás manifiesta la menor debilidad. Si se emborracha, trato de sonsacarle, pero nunca se pone sentimental cuando piensa en su patria, ni pierde la compostura...

—¿Has tratado de provocarlo? —preguntó Bailey.

Provocar la cólera en un desertor, para desencadenar una explosión de emociones en él, puede tener un efecto relajante y

servir de terapia. Eso de acuerdo con los psiquiatras asesores de los Servicios de Inteligencia, en todo caso.

—Sí. Me he burlado de él, llamándole traidor y renegado. Pero nada. Se limitó a derribarme al suelo y a reírse de mí. Y, a continuación, me obligó a seguir con lo que denomina «el trabajo»: desenmascarar a agentes de la KGB infiltrados por todo el mundo. Es un profesional auténtico.

—Por eso es el mejor de todos los que hemos tenido hasta ahora, Joe. No te desanimes. Deberías estar agradecido...

—Calvin, ésa no es la principal razón de mis preocupaciones. Me gusta como persona. Incluso le respeto. Nunca me hubiese imaginado que respetaría a un desertor. Pero hay algo más. Esta ocultando algo.

Calvin Bailey se puso rígido.

—Las pruebas del detector no dicen lo mismo —replicó con mucha serenidad.

—No, señor, no lo dicen. Y por eso no puedo estar seguro de tener razón. Sólo lo presiento. Hay algo que no quiere decir.

Bailey se incorporó y miró con fijeza a Roth a los ojos. Muchas cosas dependían de la respuesta a la pregunta que iba a hacerle.

—Joe, bajo tu punto de vista, ¿existe alguna posibilidad de que, pese a todas las pruebas realizadas, pueda ser un farsante, un anzuelo que nos ha tendido la KGB?

Roth lanzó un suspiro de alivio. Lo que le había estado preocupando salía por fin a relucir.

—Lo ignoro. No lo creo, pero lo ignoro. En lo que a mí respecta, creo que hay un margen de duda del diez por ciento. Tengo el presentimiento de que nos oculta algo. Y si estoy en lo cierto, *no soy capaz* de saber de qué se trata.

—Entonces descúbrelo, Joe. Descúbrelo —dijo Calvin Bailey. No necesitaba señalar que si había algo turbio en el coronel Piotr Orlov, dos carreras en la CÍA irían a parar al cubo de la basura. Bailey se puso de pie.

—Personalmente pienso que no tiene importancia, Joe. Pero haz lo que tengas que hacer.

Roth encontró a Orlov en sus habitaciones, tumbado en un sofá escuchando su música favorita. Pese al hecho de que era prácticamente un prisionero, el rancho estaba equipado con todas las comodidades de un excelente club de campo. Además de las carreras por el bosque, siempre acompañado por cuatro de los jóvenes atletas de Quantico, el ruso tenía acceso al

gimnasio, a la sauna y a la piscina, un excelente *chef* y un bar muy bien equipado, del que se servía con gran frugalidad.

Desde su llegada había confesado que le gustaban los cantantes de baladas de los años sesenta y principios de los setenta. Y cada vez que visitaba al ruso, Roth se había acostumbrado a oír a Simón y Garfunkel, a los Seekers o los lentos acordes melosos de Presley.

Esa noche, cuando penetró en la habitación, escuchó la fresca voz infantil de Mary Hopkin llenando el lugar con sus acordes. Era una de sus canciones famosas. Orlov estaba estirado sobre el sofá con expresión complacida. Al verlo, el ruso señaló el tocadiscos.

—¿Te gusta? Escucha...

Roth se puso a escuchar.

—*Qué días aquellos, amor mío, de los que pensábamos que jamás pasarían...*

—Sí, es muy bonito —dijo Roth, que prefería el jazz en su corriente más tradicional.

—¿Sabes qué es?

—Una chica inglesa, ¿no es así? —contestó Roth.

—No, no. No se trata de la cantante, sino de la tonada. Pensarás que es una tonadilla inglesa, ¿verdad? De los Beatles quizá.

—Algo así —asintió Roth, sonriendo también.

—Pues estás equivocado —replicó Orlov con expresión triunfal—. Se trata de una vieja canción rusa. *Dorogoy dlinnoyu da nochkoy lunayu*. «Por un largo camino en una noche de luna.» ¿La conocías?

—No, de verdad que no la conocía.

La elegante tonadilla sonó hasta el fin y Orlov apagó el tocadiscos.

—¿Quieres que hablemos algo más? —preguntó el ruso.

—No —dijo Roth—. Sólo he entrado para ver si te encontrabas bien. Me voy a la cama. Ha sido un día muy largo. Por cierto, pronto volveremos a Inglaterra. Demos a los británicos la oportunidad de hablar contigo. Imagino que estarás de acuerdo.

Orlov frunció el entrecejo.

—El trato que hicimos fue que yo vendría aquí. Sólo aquí.

—Ya lo sé, Peter. Pero estaremos muy poco tiempo, y será en una de las bases de las Fuerzas Aéreas estadounidenses. A todos los efectos será como si permaneciéramos en Estados

Unidos. Y yo iré contigo para protegerte de esos feroces hijos de la pérfida Albión.

Orlov ni siquiera sonrió ante la expresión utilizada por Roth.

—¿Piensas acostarte ya? —preguntó Roth.

—Me quedaré despierto un rato. Leyendo y escuchando música —respondió el ruso.

De hecho, las luces de las habitaciones de Orlov permanecieron encendidas hasta la una y media de la madrugada. Cuando el comando asesino de la KGB, asestó su golpe mortal, faltaban unos pocos minutos para las tres.

Más tarde explicaron a Orlov que los asesinos habían silenciado a dos guardianes en las inmediaciones de la casa utilizando poderosas ballestas, luego habían atravesado el césped por la parte de atrás de la mansión sin ser detectados para, por último, introducirse en el edificio por las ventanas de la cocina.

Lo primero que Roth y Orlov oyeron en la planta de arriba fue una ráfaga de metralleta en el vestíbulo de la planta baja, seguida de ruido de pasos que se precipitaban escaleras arriba. Orlov se despertó con la celeridad de un felino, saltó de la cama y cruzó sus dependencias en menos de tres segundos. Abrió la puerta que daba al pasillo y alcanzó a divisar fugazmente la figura del vigilante de Quantico que hacía la guardia nocturna, cuando giraba bruscamente al final del rellano y se precipitaba hacia el piso de abajo por la escalera principal. Una figura borrosa, vestida con un mono negro ajustado y el rostro cubierto por un pasamontañas de los que se utilizan para esquiar, disparó una breve ráfaga desde la mitad del tramo de la escalera. El agente recibió la descarga en el pecho. Se desplomó contra la barandilla, con toda la parte delantera empapada en sangre. Orlov cerró la puerta de golpe y se volvió hacia el dormitorio.

Sabía que las ventanas no se abrirían; no tenía escapatoria. Tampoco estaba armado. Entraba en el dormitorio justo cuando el hombre vestido de negro se precipitaba desde el pasillo por la puerta de entrada a sus habitaciones, seguido por un estadounidense. Lo último que Orlov vio antes de empujar la puerta de su dormitorio tras de sí, fue que el asesino de la KGB se volvía y ametrallaba al agente norteamericano que iba pisándole los talones. El asesinato dio tiempo a Orlov para cerrar la puerta y echar la llave.

Pero sólo se trató de un respiro momentáneo. Pocos segundos después, la cerradura volaba por los aires y la puerta era abierta de un puntapié. A la mortecina luz que llegaba desde el corredor a través del cuarto de estar, Orlov vio cómo el hombre de la KGB tiraba al suelo la metralleta, ya descargada y empuñaba una «Makarov» automática de nueve milímetros que sacó de su cinturón. No pudo ver el rostro que se escondía detrás de la máscara, pero sí oyó la palabra en ruso y el desdén con que fue pronunciada.

La figura vestida de negro empuñó la «Makarov» con las dos manos apuntó al rostro de Orlov y escupió:

—*¡Predatel!*

Sobre la mesilla de noche había un cenicero de cristal. Orlov nunca lo había usado, ya que, al contrario que la inmensa mayoría de los rusos, no era fumador. Pero el cenicero seguía allí. En un último gesto de desesperación, cogió el cenicero y lo lanzó al rostro del asesino ruso. Y al hacerlo, le contestó con rabia:

—*¡Padla!*

El hombre de negro se echó a un lado para esquivar el pesado cenicero de cristal que volaba hacia él. Ese movimiento le retrasó una fracción de segundo. El tiempo necesario para que el jefe de los agentes de seguridad de Quantico entrara en el cuarto de estar y disparase por dos veces su pesado «Magnum» del cuarenta y cuatro contra la espalda del hombre vestido de negro, que se encontraba en el umbral de la puerta del dormitorio. El ruso fue lanzado hacia delante mientras su pecho explotaba, salpicando de sangre las sábanas y la colcha de la cama. Orlov se lanzó hacia el hombre que se desplomaba para arrebatarse la «Makarov» de la mano, pero ya no era necesario. Nadie en el mundo puede recibir el impacto de dos proyectiles de «Magnum» en la espalda y seguir luchando.

Kroll, el hombre que había disparado, cruzó el cuarto de estar y penetró en el dormitorio. Estaba pálido de ira y excitación.

—¿Se encuentra bien? —preguntó entre resuellos, y cuando Orlov le respondió que sí con un gesto, el agente añadió—: Otro hijo de puta. Había dos de ellos. Dos de mis hombres han sido abatidos, aunque quizás haya más ahí afuera.

En ese momento Joe Roth, en pijama, entró en el dormitorio.

—¡Dios mío, Peter, cuánto lo siento! Tenemos que irnos de aquí. Ahora mismo. En seguida.

—¿Y adónde? —preguntó Orlov—. Creí haberte oído decir que ésta era una casa segura. —Estaba pálido pero sereno.

—Pero, por lo visto, no lo bastante segura. Al menos ya ha dejado de serlo. Ya investigaremos y descubriremos el porqué. Más adelante. Ahora vístete. Recoge tus cosas. ¡Kroll, quédese con él!

A sólo unos treinta kilómetros del rancho había una base militar de las Fuerzas Aéreas. Langley arregló las cosas con el comandante de la base. En menos de dos horas, Roth, Orlov y los agentes que quedaban del equipo de Quantico habían ocupado toda una planta en el edificio de la residencia del cuartel. Miembros de la Policía Militar rodearon el edificio. Roth no tuvo necesidad de conducir hasta la base. Fueron trasladados en un helicóptero, que aterrizó en el jardín adyacente al club de oficiales, y despertó a todos los que aún dormían en la base.

Sólo era un alojamiento temporal. Ese mismo día, antes de que se hiciese de noche, ya se habían instalado en otra de las casas clandestinas de la CÍA, situada en Kentucky, mucho mejor protegida que la anterior.

Mientras el grupo de Roth y Orlov se encontraba en la base militar, Calvin Bailey regresó al rancho. Quería un informe exhaustivo de lo sucedido. Había hablado con Roth por teléfono para que le diese su versión de los hechos. Primero escuchó a Kroll, pero la declaración que realmente deseaba escuchar era la del ruso encapuchado con el pasamontañas negro que había apuntado a Orlov con el cañón de su pistola «Makarov».

El joven oficial de los Boinas Verdes se estaba frotando la magullada mano de la que Orlov le había arrancado la pistola cuando él se desplomó al suelo. Ya se había limpiado del cuerpo el líquido viscoso y coloreado que simulaba ser sangre humana, se había despojado del mono negro con los dos agujeros en la espalda y se había quitado los tirantes con los saquitos cargados de sangre artificial, que habían servido para salpicar la cama.

—¿Cuál es el veredicto? —preguntó Bailey.

—Tiene que ser auténtico —contestó el oficial de los Boinas Verdes, que hablaba ruso—. O eso, o le importa un bledo morir o seguir viviendo. Algo que dudo. A la mayoría de los hombres le importa.

—¿No sospechó de usted? —preguntó Bailey.

—No, señor. Le miré fijamente a los ojos. Estaba convencido de que iba a morir. Lo único que le preocupaba era combatir. Es todo un tipo.

—¿Alguna otra posibilidad? —inquirió Bailey.

El oficial se encogió de hombros.

—Tan sólo una. Si es un farsante y pensó que iba a ser liquidado por los de su propio bando, tendría que haber gritado algo al particular. Presumiendo que le importe en algo su vida, eso haría de él el hombre más valiente que he conocido en mi vida.

—Creo que ya tenemos la respuesta —decía Bailey a Roth por teléfono poco después—. El hombre es legal, y esto tiene carácter oficial. Intenta que recuerde algún nombre... para los británicos. Partiréis el martes de la semana que viene en un jet militar. A la base de Alconbury.

Roth pasó dos días con Orlov en su nueva residencia, repasando los detalles desperdigados en las declaraciones del coronel acerca de sus días en el Directorio de Ilegales concernientes a los agentes soviéticos infiltrados en Gran Bretaña. Como quiera que, por aquel entonces, Orlov se había especializado en el ámbito de Centroamérica y Sudamérica, las islas británicas no eran algo que le hubiesen preocupado principalmente. Pero, a pesar de todo, siguió rebuscando en su memoria. Sin embargo, lo único que recordaba eran nombres en clave. Hasta que, de repente, algo afloró a su memoria, al final del segundo día.

Un funcionario en el Ministerio de Defensa en Whitehall. Desconocía su nombre, pero sabía que el dinero le había sido ingresado siempre en el Midland Bank, de Croydon High Street.

—No es gran cosa —comentó el agente del Servicio de Seguridad, el MI-5, cuando le dieron la noticia. Estaba sentado en el despacho que Timothy Edwards tenía en el Cuartel General del servicio hermano, el SIS—. Puede haber cambiado de trabajo desde entonces —prosiguió—. Quizás haya abierto esa cuenta bajo un nombre falso. Pero lo encontraremos.

El agente regresó a Curzon Street, en Maifair, y empezó a tender sus redes. Los Bancos británicos no están autorizados a mantener una discreción absoluta sobre sus clientes, pero no por eso se muestran dispuestos a revelar a cualesquiera detalles de las cuentas privadas de los mismos. Una institución que siempre encuentra la colaboración de los Bancos, dentro de los marcos legales, es la Inland Revenue.

La Inland Revenue estuvo de acuerdo en cooperar en la investigación, por lo que el director del Midland Bank, en Croydon High Street, situada en las afueras del sur de Londres, fue entrevistado con suma discreción. Era nuevo en su cargo, pero su ordenador, no.

Un agente del Servicio de Seguridad se había presentado a él haciéndose pasar por inspector de la Inland Revenue. Llevaba una lista de todos los funcionarios del Ministerio de Defensa y de los cargos que habían ocupado durante los últimos diez años. De modo sorprendente, el caso se solucionó con increíble rapidez. Un solo funcionario del Ministerio de Defensa tenía cuenta en el Midland Bank, de Croydon High Street. En realidad, el hombre había abierto dos cuentas, y ambas seguían en funcionamiento. Disponía de una cuenta corriente y otra de ahorros, con el dinero depositado a un interés mayor. Se hicieron sendas copias de los extractos de las mismas.

A través de los años, veinte mil libras en total habían sido ingresadas en su cuenta de ahorros, ingresos que había efectuado él en persona, siempre en metálico, y con cierta regularidad. Se llamaba Anthony Milton-Rice.

En la conferencia que se celebró en Whitehall esa misma noche estaban presentes el director y el subdirector general del MI-5 y el subcomisario de la Policía metropolitana encargado de la Rama Especial. En Gran Bretaña, el MI-5 no puede efectuar detenciones. Sólo la Policía puede hacerlo. Cuando el Servicio de Seguridad quiere poner a alguien a buen recaudo, llaman a la Rama Especial para que se encargue de tal honor. La reunión estaba presidida por el presidente del Comité Conjunto de Inteligencia, el cual empezó con una pregunta:

—¿Quién es exactamente Mr. Milton-Rice?

El subdirector general del MI-5 consultó sus notas.

—Funcionario público de segunda clase en la plantilla del Departamento de Compra de material.

—¿No es un cargo bastante insignificante?

—No obstante se trata de un trabajo muy delicado. Sistemas de armamentos, acceso a la evaluación de armas nuevas...

—¡Caramba! —murmuró el presidente—. Y bien, ¿qué deseáis?

—El caso es, Tony —dijo el director general—, que tenemos muy poco en lo que basarnos. Ingresos no justificados en su cuenta durante unos años. Eso no es causa suficiente para detenerle, no basta para condenarlo. Puede alegar que lo ha

ganado en las carreras de caballos, que siempre va al hipódromo y que de ese modo consigue el dinero en efectivo. Y, por supuesto, es posible que confiese. Aunque también es posible que no lo haga.

El policía hizo gestos de aprobación. Sin una confesión pasaría muy malos ratos tratando de convencer al Ministerio Público de la Corona de que ordenase la instrucción pertinente sobre el caso. Tenía sus dudas acerca de que pudieran presentar como testigo al hombre que había denunciado a Milton-Rice.

—Lo primero que haremos será ponerle bajo vigilancia —dijo el director general—, las veinticuatro horas del día. Si contacta con los rusos, lo tendremos en el saco, con confesión o sin ella.

Eso fue lo acordado. El Departamento de Vigilancia del MI-5 (con su selecto equipo de agentes, los cuales, en su campo, son reconocidos por todos los Servicios de Inteligencia occidentales como los mejores «seguidores» del mundo) fue puesto en estado de alerta para que tendiese su invisible manto de vigilancia sobre Anthony Milton-Rice a partir de la mañana siguiente, desde el mismo momento en que se aproximase al Ministerio de Defensa, durante las veinticuatro horas de cada día.

Anthony Milton-Rice, como la mayoría de la gente con un trabajo regular, tenía hábitos regulares. Amante de la rutina, los días laborables salía de su casa en Addiscombe a las ocho menos diez y recorría a pie los ochocientos metros que le separaban de la estación de East Croydon, a menos de que estuviese lloviendo a cántaros, en cuyo caso, ese funcionario público solterón cogía el autobús. Todos los días cogía el mismo tren de cercanías, utilizaba su billete de abonado, viajaba hasta Londres y se apeaba en la estación Victoria. Desde allí tenía un corto trayecto en el autobús que baja por Victoria Street hasta la plaza del Parlamento. Allí se apeaba y cruzaba Whitehall hacia el edificio del Ministerio.

La mañana siguiente de la conferencia celebrada acerca de su persona, hizo lo mismo. No se fijó en el grupo de jóvenes que subió al tren en la estación de Norwood Junction. Sólo advirtió su presencia cuando entraron al vagón en que él iba apretujado entre los demás pasajeros. Las mujeres chillaron y los hombres dieron gritos de alarma cuando los adolescentes, entregados a una auténtica orgía de robos y asaltos fortuitos, que se suele llamar «desahogo», se precipitaron a través del

vagón, arrancando a las mujeres los bolsos y las joyas, quitando a los hombres las carteras a punta de navaja, golpeando a cualquiera que pareciese resistirse y sin molestar a los que se dejaban saquear sin rechistar.

Cuando el tren entró silbando en la siguiente estación, aquella horda de unas dos docenas de jóvenes matones, que proclamaban a voz en grito su odio contra el mundo, salió del tren y se dio a la fuga, saltando las barreras y desapareciendo por las calles del Crystal Palace. Detrás quedaba un confuso grupo de mujeres histéricas, hombres perturbados y frustrados agentes de la Policía de transportes. No se practicó ninguna detención; el atropello había sido demasiado rápido e imprevisto.

El tren fue retenido en la estación, lo que ocasionó estragos ese día en los horarios de los pasajeros cuando otros trenes fueron a colocarse detrás, mientras los agentes de la Policía de transportes subían a tomar declaraciones. Cuando uno de los policías tocó en el hombro a un pasajero que, con una gabardina de color gris claro, dormitaba en un rincón, el hombre se inclinó lentamente hacia delante y cayó al suelo. Hubo más gritos cuando la sangre que le salía por la herida del puñal que le había atravesado el corazón empezó a manar por debajo de la encorvada figura. Mr. Anthony Milton-Rice estaba bien muerto.

El «Ivan's Cafe», nombre realmente apropiado para celebrar un encuentro con un ruso, estaba situado en Crondall Street, del barrio de Shoreditch, y Sam McCready, como siempre, fue el segundo en entrar, pese a que había sido el primero en llegar a la calle donde se encontraba aquel local. Porque, si alguno de los dos había sido seguido, lo más probable era que el perseguido fuese *Recuerdo*, no él. Así que siempre se quedaba en su automóvil una media hora antes de que el ruso se presentase y luego aguardaba un cuarto de hora más para cerciorarse de que su agente en la Embajada soviética no había sido seguido, McCready entró en el «Ivan's Cafe», se hizo servir una taza de té en el mostrador y se dirigió hacia una pared junto a la que estaban colocadas dos mesas contiguas.

Recuerdo ocupaba una de ellas, la de la esquina, y parecía ensimismado en la lectura del *Sporting Life*. McCready abrió el *Evening Standard* y se enfrascó de inmediato en su lectura.

—¿Qué tal fue todo con el bueno del general Drozdov? — preguntó en un murmullo. Su voz se perdió entre la algarabía de los contertulios y en los silbidos de la tetera.

—Amable y enigmático —contestó el ruso, mientras estudiaba la relación sobre el estado físico de los caballos que participarían en la carrera de las quince y treinta en el hipódromo de Sandown—. Me temo que el motivo de su visita era controlarnos. Me enteraré de más cosas si los del Sector K deciden visitarnos, o si mi propio hombre del Sector K empieza a desarrollar una actividad frenética.

El Sector K es la rama interna de la KGB especializada en el contraespionaje y la seguridad, encargada no tanto del espionaje como de vigilar a los demás agentes de la KGB y tratar de descubrir las posibles filtraciones internas.

—¿Has oído hablar de un hombre llamado Anthony Milton-Rice? —preguntó McCready.

—No. Nunca. ¿Por qué?

—¿No lo controlabas a través de tu *rezidenstia*? ¿Un funcionario del Ministerio de Defensa?

—Nunca he oído hablar de él. Su mercancía jamás ha pasado por mis manos.

—Pues bien, ahora está muerto. Ya es demasiado tarde para preguntarle quién era su contacto. Si tenía alguno. ¿Podría haber recibido las órdenes directamente de Moscú a través del Directorio de Ilegales?

—Si trabajaba para nosotros, ésa sería la única explicación posible —respondió el ruso entre murmullos—. Pero nunca lo hizo en la sección británica. Al menos no ha sido controlado por la estación londinense. Como te he dicho, nunca hemos comerciado con esa mercancía. Tiene que haber estado en contacto con Moscú a través de un agente de enlace que no perteneciese a la Embajada. ¿Por qué ha muerto?

McCready suspiró.

—Lo ignoro.

Pero lo que sí sabía era que, a pesar de que parecía tratarse de una notable coincidencia, alguien tenía que haberse ocupado de que se produjera. Alguien que, al tanto de los hábitos del funcionario público, había enviado a aquellos asesinos al tren que el hombre solía coger todas las mañanas, los había pagado, dándoles instrucciones para que montasen aquella actuación... Y lo más probable era que Milton-Rice ni siquiera hubiese trabajado para los soviéticos. Pero entonces, ¿cuál era el porqué de aquella denuncia?, ¿de dónde procedía ese dinero? O quizás era cierto que Milton-Rice había estado espionando para Moscú, pero a través de un enlace que *Recuerdo* no conocía, alguien que informaba al Directorio de Ilegales en Moscú. Y lo cierto era

que el general Drozdov acaba de estar en la ciudad. Y *él* era el responsable de los ilegales...

—Lo denunciaron —dijo McCready—. A nosotros. Y a continuación fue asesinado.

—¿Quién lo denunció? —preguntó *Recuerdo*.

El ruso removió el té con la cucharilla, aun cuando no tenía la menor intención de beberse esa dulzona mezcla lechosa.

—El coronel Piotr Orlov —contestó McCready en voz muy baja.

—¡Anda! —exclamó *Recuerdo* en un ligero murmullo—. Tengo algo para ti sobre eso. Piotr Alexándrovich Orlov es leal y fiel agente de la KGB. Su desertión es tan falsa como un billete de tres dólares. No es más que un agente infiltrado para pasar información falsa. Un hombre de una extraordinaria preparación, y muy bueno en su trabajo.

—Pues ahora eso está causando problemas —sentenció McCready.

CAPÍTULO III

Timothy Edwards escuchaba atentamente. El relato de los hechos y el análisis que de los mismos le hizo McCready se prolongaron durante media hora. Cuando hubo terminado, Edwards le preguntó, sin perder su calma habitual:

—¿Y estás completamente seguro de que puedes confiar en *Recuerdo*?

McCready esperaba esa pregunta. *Recuerdo* llevaba trabajando cuatro años para los ingleses, desde el día que, en Dinamarca, se aproximó por primera vez a un agente del Servicio Secreto de Inteligencia británico y le ofreció sus servicios como agente *in situ*. Sin embargo, no podía olvidar que se trataba de un mundo repleto de sombras e incertidumbres. Siempre cabía la posibilidad, aunque muy remota, de que *Recuerdo* fuese un agente doble y que siguiese siendo leal a Moscú. Es decir, que precisamente él fuese aquello de lo que ahora acusaba a Orlov.

—Han transcurrido cuatro años ya —contestó McCready—. Durante cuatro años hemos estado comprobando todas las informaciones de *Recuerdo* y las hemos comparado con todo lo que sabíamos. Son auténticas.

—Sí, por supuesto —replicó Edwards sin alterarse—. Pero, por desgracia, si nuestros primos llegasen a enterarse de lo que aquí estamos hablando, dirían todo lo contrario: que nuestro hombre miente y que el suyo dice la verdad. En Langley están enamorados de ese Orlov.

—Pienso que no les deberíamos de decir nada sobre *Recuerdo* —argumentó McCready, el cual se sentía en el deber de proteger al ruso de la Embajada en el Kensington Palace Gardens—. Y dicho sea de paso, *Recuerdo* presiente que el tiempo se le acaba. Presiente que en Moscú han empezado a sospechar que tienen una filtración en alguna parte. Si esas sospechas se convierten en convencimiento, sólo será cuestión de tiempo que logren localizarlas en su estación londinense. Cuando *Recuerdo* venga a refugiarse definitivamente con nosotros, podremos arreglar las cosas con nuestros primos.

Pero, de momento, sería muy peligroso aumentar el círculo de los que le conocen.

Edwards tomó una decisión.

—Estoy de acuerdo, Sam. Pero he de ir a hablar con el jefe. Esta mañana se encuentra en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Lo cazaré más tarde. Mantente en contacto.

Durante la hora del almuerzo, mientras Edwards tomaba una frugal comida con el jefe en un restaurante situado en la última planta de un edificio oficial, una versión militar del «Grumman Gulfstream III» aterrizaba en la base de las Fuerzas Aéreas estadounidenses en Alconbury, justo al Norte de la ciudad de Huntingdon, en el condado de Cambridgeshire. Había despegado a medianoche de la base de la guardia Aérea Nacional de Trenton, en Nueva Jersey, sus pasajeros habían llegado de Kentucky, abordado el avión al amparo de la oscuridad y alejados de los edificios de la base.

Al elegir Alconbury, Calvin Bailey había hecho una buena elección. La base era la sede del escuadrón de combate 527, llamado el «Escuadrón Agresor», de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, cuyos pilotos tripulaban los caza-bombarderos «F-5» con una misión muy específica en su vida. Eran llamados los *Agresores* porque los «F-5» tienen una configuración similar a la de los «Mig-29» rusos y porque desempeñaban el papel de atacantes soviéticos en los simulacros de combate aéreo que realizaban contra sus compañeros estadounidenses y británicos. Los pilotos estudiaban con asiduidad todas las tácticas soviéticas de combate aéreo y las practicaban introduciéndose tanto en su papel, que incluso sólo hablaban en ruso cuando tenían que comunicarse entre ellos en el aire. Los proyectiles y los misiles que utilizaban estaban preparados para dar en el blanco o errar el tiro tan sólo desde un punto de vista «electrónico», pero el resto del material que utilizaban, como las insignias y los uniformes, era de fabricación rusa, incluidas la jerga y el tipo de maniobras.

Cuando Roth, Orlov, Kroll y el resto de los que componían el grupo bajaron del «Grumman», todos llevaban los uniformes de los pilotos del «Escuadrón Agresor». Cruzaron la pista de aterrizaje sin que nadie se fijase en ellos y pronto se hallaron instalados en el lugar que les había sido asignado, un edificio aislado que servía de almacén y que estaba separado del resto de las edificaciones de la base, pero que había sido equipado con dormitorios, baños y cocina, con sala de conferencia y una

habitación provista de todos los equipos de grabación electrónicos que necesitaban para llevar a cabo los interrogatorios al coronel Orlov. Roth se entrevistó con el comandante de la base y acordó con él que permitiría la entrada a la base al grupo británico a la mañana siguiente. Y a continuación, algo afectados por el viaje en avión, el grupo estadounidense decidió retirarse a dormir algo.

El teléfono en el despacho de McCready sonó a las tres de la tarde y Edwards le pidió verse de nuevo.

—Nuestra solicitud ha sido aprobada y concedida —dijo Edwards—. Nos reservaremos la opinión de que *Recuerdo* dice la verdad y que los norteamericanos están tratando con un agente doble. O sea, que nuestro problema consiste en que no podremos enterarnos todavía de las intenciones que el coronel Orlov pueda tener, cualesquiera que éstas sean. Según parece, de momento el material que entrega es excelente, lo que dificultaría que nuestros primos llegasen a creernos, sobre todo cuando el jefe está completamente de acuerdo en la necesidad de no revelar la existencia de *Recuerdo*, cuya identidad ha de permanecer en secreto. Y bien, ¿cómo sugieres que deberíamos de proceder?

—Deja que lo coja por mi cuenta —dijo McCready—. Tenemos derecho a interrogarlo directamente. Le podríamos hacer algunas preguntas. Joe Roth es el encargado del caso y conozco muy bien a Joe. No tiene un pelo de tonto. Quizá pueda acorralar a Orlov, ponerlo entre la espada y la pared, apretarle bien las tuercas antes de que Roth grite: ¡*Basta!* Tal vez siembre algunas dudas en ellos y consiga que nuestros primos empiecen a acariciar la idea de que a lo mejor ese hombre no es lo que representa.

—Conforme —dijo Edwards—. Te encargarás de él. —Edwards dio a entender que era decisión suya; pero, en realidad, el mismo jefe había sugerido durante el almuerzo que McCready podría encargarse de interrogar a Orlov.

McCready se levantó temprano a la mañana siguiente para ir en coche a la base de Alconbury. Denis Gaunt conducía. Edwards había logrado que se aceptase la propuesta de McCready de que Gaunt asistiera a los interrogatorios. En el asiento de atrás iba una dama del MI-5. El Servicio de Seguridad había reclamado con carácter de urgencia su derecho a tener a alguien de su personal en la reunión con el ruso, ya

que de las preguntas que se le hicieran, una parte importante cubriría el ámbito específico de la actuación de los agentes soviéticos que operaban en suelo británico y en contra de Gran Bretaña, lo que caía dentro de la jurisdicción del Servicio de Seguridad. Alice Daltry tendría algo más de treinta años, era bonita y brillante en su trabajo. Parecía sentirse algo intimidada ante McCready, por el que sentía un profundo respeto. En ese hermético mundo en el que imperaba el principio de no saber más de lo necesario se había corrido la voz, sin embargo, de lo sucedido con el general Pankratin el año anterior.

El automóvil llevaba teléfono de seguridad. Similar al teléfono común de un automóvil, era un poco más grande y podía ser utilizado en clave para comunicarse con Londres, pues la conversación se codificaba y descodificaba de forma automática. Y es que de la conversación con Orlov podrían surgir algunos puntos que fuese necesario consultar con Londres.

Durante casi todo el trayecto, McCready guardó silencio y se limitó a mirar a través del parabrisas y contemplar el paisaje campestre que se extendía ante sus ojos a esas primeras horas de la mañana veraniega, sorprendiéndose una vez más de la belleza de Inglaterra en esa época del año.

En su mente iba repasando las cosas que *Recuerdo* le había dicho. Según lo que el ruso le había contado en Londres, éste había colaborado años antes, aunque de forma marginal, en los primeros pasos preparatorios de una gran operación de desinformación, de la cual Orlov no podía ser más que el fruto final. Aquella operación había recibido entonces el nombre en clave de «Proyecto Potemkin».

«Un título irónico —pensó McCready—, uno de esos rasgos de humor macabro que siempre tiene la KGB.» No cabía la menor duda de que ese nombre no había sido elegido en recuerdo del acorazado *Potemkin*, ni tampoco del mariscal Potemkin, cuyo apellido había dado nombre al barco de guerra. Pero sí en conmemoración de las famosas «Aldeas de Potemkin».

En tiempos pasados, la emperatriz Catalina *la Grande*, representante de las tiranías despóticas e inhumanas que la tan sufrida Rusia ha tenido que soportar siempre, fue en cierta ocasión a visitar la recientemente conquistada provincia de Crimea. Por miedo a que la soberana contemplara el triste espectáculo de aquellas masas famélicas y tiritantes, apelotonadas en sus destartaladas chozas que poco podían

protegerlas del frío, su primer ministro, Potemkin, envió carpinteros, albañiles y pintores para que fuesen por delante de la ruta imperial y construyesen y pintasen bellas fachadas de limpias y sólidas casitas de campo, con alegres campesinos sonrientes en sus ventanas. La anciana y miope emperatriz se divirtió al contemplar aquellas escenas de dicha bucólica y regresó a su palacio. Después, los obreros desmantelaron las fachadas y dejaron de nuevo al descubierto las miserables aldehuelas que había detrás. Aquella superchería recibió el nombre de «Aldeas de Potemkin».

—El objetivo es la CÍA —le había dicho *Recuerdo*.

Pero no sabía cuál era ni cómo se iba a llevar a efecto. El proyecto no había sido controlado por su departamento, al que sólo se dirigieron para solicitar una asistencia complementaria.

—De todos modos, ése tiene que ser Potemkin que ha venido a culminar la operación —le había dicho el ruso—. Y la prueba la tendremos en dos partes. Primera, ninguna información aportada por Orlov ocasionará un daño grande e irreversible a los intereses soviéticos. Y, segundo, ya verás cómo se producirá una enorme pérdida de moral en el seno de la CÍA.

«De momento, la segunda profecía no se ha cumplido», se dijo McCready. Habiéndose recobrado del innegable revés que habían sufrido con el caso Urchenko el año anterior, sus amigos norteamericanos estaban pasando ahora por un período de euforia, debido en buena parte al nuevo tesoro que habían encontrado. Así que McCready decidió concentrarse en el primer supuesto.

McCready mostró un documento de identidad (no expedido a su nombre verdadero) en la puerta de entrada de la base aérea y preguntó por Joe Roth a través de cierta extensión telefónica.

Pocos minutos después Roth se presentaba en un jeep de las Fuerzas Aéreas.

—¡Sam, qué alegría verte de nuevo!

—Lo mismo te digo, Joe. Desapareciste como si te hubieses largado de repente de vacaciones.

—Sam, lo siento. No tuve elección, ni oportunidad de explicarme. Era una cuestión de coger al tipo y salir corriendo con él o de rechazarlo.

—Está bien, no te preocupes —se apresuró a decir McCready—, todo ha sido explicado. Y las cosas han quedado aclaradas. Deja que te presente a mis dos compañeros.

Roth entró en el automóvil y saludó a Gaunt y a Daltry con sendos apretones de manos. Se sentía relajado y efusivo. No pensaba en problemas y estaba contento de que los británicos compartiesen con los estadounidenses esa bolsa de caramelos. Aclaró lo de los permisos de entrada para el grupo británico con el oficial de guardia y a continuación cruzaron la base en el automóvil en dirección al edificio aislado en el que se había instalado el equipo de la CÍA.

Al igual que ocurre con muchas edificaciones destinadas a ofrecer un servicio, el viejo almacén no tenía valor arquitectónico alguno, pero era eminentemente funcional. Un único corredor lo atravesaba de parte a parte y a todo lo largo del mismo, a izquierda y derecha, se veían las puertas de los dormitorios, el comedor, las cocinas, los lavabos y las salas de conferencias. Doce policías militares de las Fuerzas Aéreas estaban apostados alrededor del edificio, todos armados y, como McCready pudo advertir, pendientes sólo de la vigilancia de ese único objetivo.

Roth les condujo hasta una habitación situada en el centro del edificio. Las ventanas estaban cerradas y tapadas; la única iluminación era eléctrica. Unas mullidas poltronas formaban un cómodo grupo en el centro de la habitación; adosadas a las paredes había mesas y sillas para el personal encargado de levantar actas y tomar notas.

Con gesto afable, Roth indicó al grupo de agentes británicos que tomara asiento en las poltronas y pidió a uno de los suyos que les sirviese café.

—En fin, chicos, voy a traer al *Trovador* —dijo—, a menos de que antes queráis descansar un poco.

McCready denegó con la cabeza.

—También podríamos descansar con él, Joe.

Cuando Roth salió del aposento, McCready hizo señas a Gaunt y a Daltry para que se sentaran en las sillas junto a la pared. El mensaje era: *Oíd y escuchad, pero no intervengáis*. Joe Roth había dejado la puerta abierta. Del corredor le llegó a McCready la machacona melodía de *Bridge Over Troubled Waters*. La canción se detuvo cuando alguien apagó el tocadiscos. Instantes después Roth regresaba acompañado por un hombrecillo rechoncho y de mirada torva, que llevaba zapatillas de deporte, pantalones holgados y un jersey de polo.

—Sam, permíteme que te presente al coronel Piotr Orlov. Peter, éste es Sam McCready.

El ruso contempló a McCready con mirada inexpresiva. Había oído hablar de él. La gran mayoría de los agentes de alta graduación de la KGB había oído hablar de Sam McCready. Sin embargo no hizo el menor signo de que lo conociera de oídas. McCready cruzó de un par de zancadas la alfombra que había en el centro de la habitación y le tendió la mano.

—Mi querido coronel Orlov. Es un placer conocerle —dijo McCready, con una calurosa sonrisa.

Les sirvieron el café y tomaron asiento. McCready y Orlov lo hicieron frente a frente, y Roth a un lado. Sobre una de las mesas junto a la pared un magnetófono empezó a funcionar. No había ningún micrófono en la mesita del café. Sólo hubiese servido de distracción. De todos modos, la grabadora no dejaría nada sin registrar.

McCready comenzó a hablar en tono afable, con expresiones lisonjeras, y así continuó durante la primera hora. Las respuestas de Orlov brotaban con fluidez y facilidad. Pasada la primera hora, McCready se veía cada vez más confuso, o al menos, lo aparentaba.

—Todo está muy bien, es un material maravilloso —dijo—. Pero tengo un pequeño problema; bien, en realidad estoy convencido de que a todos nos ocurre lo mismo. Lo que usted nos ha dado son sólo nombres en clave. Tenemos a un tal agente *Ánade* en alguna dependencia del Ministerio de Asuntos Exteriores; a otro agente llamado *Cernícalo*, que puede ser un oficial de la Armada o un civil que trabaja para la Armada. Y como usted puede darse cuenta, coronel, nada de lo que usted dice nos sirve para detectar a una persona, y mucho menos para detenerla.

—Mr. McCready, como ya he explicado varias veces aquí, y en Estados Unidos, mi período de trabajo en el Directorio de Ilegales se remonta a cuatro años atrás. Y yo estaba especializado en Centroamérica y Sudamérica. No tenía acceso a los expedientes de los agentes que operaban en Europa Occidental, Gran Bretaña o Estados Unidos. Esos agentes estaban rodeados de una extraordinaria protección, como seguirán ahora, con toda seguridad.

—¡Ah, sí, por supuesto, tonto de mí! —exclamó McCready—. Pero yo me refería al tiempo que usted pasó en Planificación. Por lo que sabemos, ello implica la preparación de biografías ficticias, de «leyendas» para las personas que van a ser infiltradas o simplemente reclutadas. Así como los sistemas para organizar los contactos, pasar la información... y pagar a los

agentes. Y eso incluye los Bancos que han de utilizarse, las sumas pagadas, los períodos durante los que se efectuaron los pagos, los costos de mantenimiento, etcétera. Y según parece, todo eso, coronel..., usted lo ha olvidado.

—La época en que estuve en Planificación fue anterior a la que pasé en el Directorio de Ilegales —replicó Orlov—. Y de aquello hace más de ocho años. Las cuentas bancarias son numeradas, imposibles de recordar.

En esa ocasión se advertía un cierto nerviosismo en la voz del coronel. El hombre comenzaba a enfurecerse. Roth había empezado a fruncir el ceño:

—O quizá con un sólo número —murmuró McCready como si estuviese pensando en voz alta—. O incluso no haya más que un Banco.

—¡Sam! —exclamó Roth de repente, inclinándose hacia delante—. ¿Qué estás insinuando?

—Simplemente intento comprobar si algo de lo que el coronel Orlov nos ha contado estas seis últimas semanas va a significar un daño grande e irreparable para los intereses de la Unión Soviética.

—¿Pero de qué demonios habla? —gritó Orlov, poniéndose de pie y ya enfadado—. Durante días enteros he estado ofreciendo detalles sobre la planificación militar soviética, los desplazamientos de tropas, las armas, los estados de alerta y la idiosincrasia de una multitud de personas. Detalles sobre la guerra de Afganistán. Redes de espionaje en Centroamérica y en Sudamérica las cuales ya han sido desmanteladas. Y ahora usted viene y me trata como a un... como a un criminal.

Roth también se había puesto de pie.

—Sam, ¿puedo hablar contigo un momento? En privado. Afuera. —Se dirigió a la puerta.

Orlov volvió a tomar asiento y se quedó mirando el suelo con expresión desconsolada. McCready se levantó y siguió a Roth. Daltry y Gaunt permanecieron sentados frente a sus mesas, mientras contemplaban la escena con los ojos muy abiertos. El joven agente de la CÍA que operaba la grabadora la desconectó. Roth no dejó de caminar hasta que no salió al descampado que había detrás del edificio. Entonces se volvió hacia McCready.

—¡Sam! ¿Qué demonios te crees que estás haciendo?

McCready se encogió de hombros.

—Sólo intento establecer la buena fe de Orlov —contestó—. Por eso estoy aquí.

—Vamos a aclarar las cosas de una vez por todas —replicó Roth con acritud—. Tú no estás aquí *en absoluto* para establecer la buena fe del *Trovador*. Eso se ha hecho ya. En Estados Unidos. Una y otra vez. Estamos satisfechos, el hombre es auténtico, se esfuerza todo lo posible por recordar. Tú estás aquí, por cortesía del director de la CÍA, para compartir el material del *Trovador*. Eso es todo.

McCready se quedó mirando con expresión soñadora los ondulantes campos de trigo que se extendían al otro lado de la alambrada de la base.

—¿Y cuánto crees que vale ese material en realidad, Joe?

—Mucho. Como él ha dicho, se trata de pormenores sobre los desplazamientos de tropas soviéticas, el armamento que utilizan, las redes de espionaje, la planificación...

—Todo lo cual puede ser cambiado con gran rapidez y facilidad —murmuró Sam—. En el caso de que sepan que él iba a contártelas.

—Y lo de Afganistán —insistió Roth.

McCready guardó silencio. No podía contar a su colega de la CÍA lo que *Recuerdo* le había dicho en el bar hacía tan sólo veinticuatro horas, pero aún podía escuchar en su mente aquella voz que murmuraba a su lado:

—Sam, ese hombre de Moscú, ese Gorbachov, sabéis muy poco de él todavía. Pero yo lo conozco. Cuando estuvo aquí para visitar a Mrs. Thatcher, antes de que lo nombrasen Secretario General del Partido, cuando sólo era otro miembro más del Politburó, yo fui el encargado de velar por su seguridad. Hablamos largo y tendido. Es un hombre poco común, muy abierto, franco. Me habló acerca de la *perestroika*, y del *glasnot*. ¿Y sabes lo que eso significará, amigo mío? Pues que dentro de dos años, en 1988 o quizás en el 89, todos esos detalles militares no tendrán ya la menor importancia. Él no se está preparando para atacar a través de la meseta central de Alemania. Está dispuesto a transformar toda la economía y la sociedad soviéticas. Fracasará, por supuesto, pero lo intentará. Retirá sus tropas de Afganistán, y de Europa Central. Todo lo que Orlov está contando a los norteamericanos será sólo material de archivo dentro de dos años. Pero la Gran Mentira, cuando llegue su hora, será muy importante. Durante una década, amigo mío. Espera que la Gran Mentira llegue. El resto no es más que un sacrificio de índole menor calculado por la KGB. Mis antiguos colegas saben jugar muy bien al ajedrez.

—¿Y las redes de agentes de Sudamérica? —inquirió Roth—. ¡Maldita sea, Sam! Los compañeros de México, Chile y Perú están encantados. Han apresado a un montón de agentes soviéticos.

—Todos gente reclutada en esos mismos países, simples agentes auxiliares —replicó McCready—. No hay ni un solo ruso de nacimiento entre ellos. Redes envejecidas, casi descubiertas, con agentes anquilosados, soplones de baja estofa. Todos ellos reemplazables.

Roth se le quedó mirando con expresión de incredulidad.

—¡Dios mío! —exclamó—. Piensas que es un impostor, ¿verdad? Crees que se trata de un agente doble. ¿Por qué, Sam? ¿No tendrás una fuente de información, un agente del que nada sabemos?

—En absoluto —repuso McCready categórico.

No le hacía ninguna gracia mentir a Roth, pero las órdenes eran las órdenes. De hecho, la CÍA había recibido siempre el material proporcionado por *Recuerdo*, pero en forma solapada y atribuyéndoselo a siete fuentes distintas.

—Lo único que quería era apretarle un poco las clavijas. Tengo la impresión de que trata de ocultar algo. Tú no eres tonto, Joe. Creo que en el fondo de tu corazón tienes el mismo presentimiento que yo.

El dardo dio en el blanco. Eso era exactamente lo que Roth pensaba. Hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo, Sam. Vamos a tratarle con dureza. A fin de cuentas, no ha venido a pasar unas vacaciones. Y el tipo es duro. Volvamos adentro.

Reanudaron el interrogatorio a las doce menos cuarto. McCready volvió a abordar el tema de los agentes soviéticos en Gran Bretaña.

—Ya les he revelado la identidad de uno de ellos —dijo Orlov—. Si es que pueden dar con él en base a esos datos. El agente al que llamaban *Juno*. El que tenía su cuenta en el Banco Midland, de Croydon Street.

—Ya lo hemos localizado —replicó McCready con voz serena—. Se llama..., mejor dicho, se llamaba Anthony Milton-Rice.

—Pues bien, ahí lo tienen ustedes —dijo Orlov.

—¿Qué quieres decir con eso de «se llamaba»? —intervino Roth.

—Está muerto.

—Yo no lo sabía —dijo Orlov—. Aquello fue hace varios años.

—Ése es otro de mis problemas —dijo Sam McCready en tono pesaroso—. El hombre no murió hace varios años, sino ayer por la mañana. Asesinado, liquidado justo una hora antes de que pudiésemos establecer un equipo de vigilancia a su alrededor.

Entonces se produjo un silencio embarazoso. De nuevo, Roth se puso de pie; se sentía ultrajado. Dos minutos después, los dos hombres se hallaban otra vez en el descampado de la parte de atrás del edificio.

—¿Pero qué coño piensas que estás haciendo, Sam? —estalló Roth—. Podrías habérmelo dicho.

—Quería ver cómo reaccionaba Orlov —replicó Sam con brusquedad—. Pensé que si te lo decía, tú mismo le darías la noticia. ¿Te has fijado en su reacción?

—No, yo miraba hacia ti.

—Pues no la hubo —dijo McCready—. Yo imaginaba que se sorprendería de lo lindo. Que se preocuparía al menos. Que pensaría en las posibles implicaciones.

—Tiene nervios de acero —dijo Roth—. Es todo un profesional. Si él no quiere enterever algo, no advertirás nada. Ah, otra cosa, ¿es cierto eso de que el hombre ha muerto o sólo era un truco?

—Él está bien muerto, Joe. Fue apuñalado por un miembro de una banda de adolescentes enfurecidos cuando se dirigía a su trabajo. Nosotros lo llamamos «arrebatos de ira»; vosotros, «estallidos de salvajismo». Lo cual nos plantea un problema, ¿no es así?

—¿Quizás una filtración en el extremo británico?

McCready sacudió la cabeza con gesto de escepticismo.

—No hubo tiempo. Y se necesita bastante para preparar un asesinato como ése. No conocimos la identidad real del hombre hasta la noche anterior, tras veinticuatro horas de pesquisas policiales. Lo asesinaron ayer por la mañana. No hubo tiempo. Dime una cosa, ¿qué ocurre en realidad con el material de *Trovador*?

—Primero pasa a Calvin Bailey, directamente y en persona. Luego, a los analistas. Y, por último, a los consumidores.

—¿Cuándo os comunicó Orlov lo del espía en nuestro Ministerio de Defensa?

Roth se lo explicó.

—Cinco días —murmuró McCready—. Cinco días antes de que nos llegase. Tiempo suficiente...

—¡Eh tú! —protestó Roth—, a ver si te paras un momento...

—Lo que nos da tres posibilidades —continuó McCready—. Se trata de una singular coincidencia, y en nuestra profesión no podemos permitirnos el lujo de creer demasiado en las coincidencias o hay una filtración entre tu persona y el operador del teletipo o había estado planificado con anterioridad. Quiero decir, que el asesinato había sido preparado para un día y a una hora determinados. De repente, un cierto número de horas antes de esa fecha anticipada, al coronel Orlov se le refresca la memoria. Y de ese modo, antes de que nuestros chicos puedan ponerle la mano encima, el agente denunciado está muerto.

—No creo que tengamos una filtración en la Agencia —se apresuró a replicar Roth—, y tampoco creo que Orlov sea un farsante.

—Entonces, ¿por qué no lo ha confesado todo? Volvamos con él —propuso cordial Sam.

Cuando regresaron, Orlov se encontraba alicaído. Era evidente que se sentía conmocionado por la noticia de que el espía británico denunciado por él había sido luego liquidado de un modo tan conveniente. Cambiando de tono, McCready le habló con gran cortesía.

—Coronel Orlov, usted es un extranjero en un país extranjero. Le atormentarán las dudas acerca de su futuro. Y por eso querrá reservarse cierta información, como un seguro de vida. Podemos entenderlo. Yo también lo haría si estuviese en Moscú. Todos necesitamos asegurarnos. Pero el caso es que Joe me ha informado que el prestigio del que usted goza en la Agencia es tan alto que ya no necesita ningún seguro. Ahora, ¿hay algunos otros nombres reales que pueda comunicarnos?

Se produjo un silencio sepulcral en la habitación. Poco a poco, Orlov movió la cabeza en un gesto de asentimiento. Hubo un suspiro general entre los presentes.

—Peter —dijo Roth en tono persuasivo—, éste es el momento de hablar.

—Remyants —murmuró Piotr Orlov—, Gennadi Remyants.

La exasperación de Roth fue casi palpable.

—Ya conocemos a Remyants —replicó, mirando a McCready—. Es el representante de «Aeroflot» en Washington. Ésa es su cobertura. El FBI lo descubrió y le hizo cambiar de bando hace dos años. Desde entonces trabaja para noso...

—Estás equivocado —lo interrumpió Orlov, alzando la mirada—. Remyants *no* es un agente doble. En Moscú habían preparado lo de su desertión. Su detención por el FBI era algo calculado. Su cambio de bando no fue más que una farsa. Todo

lo que confesó había sido cuidadosamente preparado en Moscú. Costará millones a Estados Unidos reparar en su día los daños causados. Remyants es comandante de la KGB y miembro del Directorio de Ilegales. Dirige cuatro redes de espionaje diferentes en el territorio estadounidense y conoce la identidad de todos los agentes que las integran.

Roth emitió un silbido.

—Si eso es cierto, estamos ante un auténtico filón. *Si* es cierto, claro está.

—Pues sólo hay un medio para poder dilucidarlo —sugirió McCready—. Detén a Remyants, atibórrale de pentotal y a ver qué sale de ahí. Por lo demás, creo que es hora del almuerzo.

—Acabas de tener dos buenas ideas en menos de diez segundos —reconoció Roth—. Muchachos, no tengo más remedio que ir a Londres para telefonar a Langley. Nos tomaremos un descanso de veinticuatro horas.

Joe Roth consiguió línea directa con Calvin Bailey a las ocho de la noche —hora de Londres—, las tres de la tarde en Washington. Roth se encontraba a varios metros de profundidad, en el gabinete de mensajes cifrados, el cual se hallaba en los sótanos del edificio de la Embajada de Estados Unidos, en Grosvenor Square; Bailey se encontraba en su despacho en Langley. Los dos hablaban con lentitud, pronunciando todas las palabras con claridad, ya que sus voces tenían que ser procesadas con los métodos tecnológicos de la criptografía digital para que pudiesen atravesar con seguridad el océano Atlántico.

—He pasado la mañana con los británicos en Alconbury —dijo Roth—. Ha sido su primera reunión con *el Trovador*.

—¿Y cómo ha ido?

—Muy mal.

—¿No me estarás tomando el pelo? ¡Desagradecidos hijos de puta! ¿Y qué ha salido mal?

—Escúchame, Calvin, quien se ocupó del interrogatorio fue Sam McCready. Y ya sabes que no es ni antinorteamericano ni estúpido. Él opina que *el Trovador* no es más que un farsante, un agente doble.

—Pues bien, que se vaya a hacer puñetas. ¿Le has hablado de las muchas pruebas que ha pasado *el Trovador*?, ¿de que estamos satisfechos de los resultados obtenidos y consideramos que dice la verdad?

—Sí, con todo lujo de detalles. Pero se aferra a su punto de vista.

—¿Te ha dado pruebas concretas que justifiquen esas absurdas fantasías?

—No. Se limitó a decirme que eran el resultado del análisis al que los británicos han sometido la mercancía entregada por *el Trovador*.

—Pero qué demonios, eso es cosa de locos. La mercancía que *el Trovador* nos ha estado suministrando durante más de seis semanas ha sido algo fabulosa. En fin, ¿de qué se queja Mr. McCready?

—Hemos hablado de tres temas distintos. Sobre las informaciones de carácter militar del *Trovador* dice que Moscú bien podría cambiarlo todo, cuanto más si están enterados de qué es lo que *el Trovador* nos está contando, algo que han de saber al dedillo si ellos son los que nos lo han enviado.

—¡Y una mierda! Sigue.

—Cuando abordé lo de Afganistán, guardó silencio. Pero conozco a Sam. Se comportó como si supiese algo que yo ignoro, y que él no me puede decir. Todo cuanto pude sacarle fueron suposiciones. Me dio a entender que los británicos están convencidos de que los soviéticos se retirarán de Afganistán en un futuro no muy lejano. Y que si eso ocurre, todo lo que *el Trovador* nos ha contado acerca de la guerra en Afganistán quedará para engrosar los archivos. ¿Disponemos de algún análisis similar?

—Joe, no hay la mínima evidencia de que los rusos tengan la intención de abandonar Kabul, ni ahora ni en un futuro más o menos cercano. ¿Y qué más no satisfacía a Mr. McCready?

—Me dijo que, en su opinión, esas redes soviéticas que han sido desmanteladas en la América Central y en Sudamérica no eran más que redes envejecidas y casi descubiertas, tales fueron sus palabras, y que estaban compuestas por agentes auxiliares reclutados en esos mismos países, sin que hubiese ni un solo ruso de nacimiento entre ellos.

—Fíjate, Joe, *el Trovador* ha puesto al descubierto una docena de redes dirigidas por Moscú en cuatro países situados al sur de Estados Unidos. Por supuesto que los agentes habían sido reclutados entre la población local. Ya han sido debidamente interrogados, no con muy buenos modales, debo reconocerlo. Claro que todos estaban fuera del ámbito de las Embajadas soviéticas. Pero veinte diplomáticos rusos han caído en desgracia y han sido devueltos a su país. *El Trovador* ha

echado por tierra años de trabajo de la KGB en este continente. McCready no dice más que idioteces sin sentido.

—En algo tiene razón. Todo lo que *el Trovador* ha dado acerca de los agentes soviéticos aquí se reduce a nombres en clave. Nada que permita identificar a un solo agente ruso en este país. Con excepción de uno. Y está muerto. ¿Has oído hablar del caso?

—Por supuesto. Una mala suerte endiablada. Una desgraciada coincidencia.

—Sam piensa que no se trata de una coincidencia. Cree que *el Trovador* sabía que ese hombre sería asesinado en una fecha determinada, por lo que retuvo esa información hasta que fue demasiado tarde para que los británicos pudiesen echar el guante a ese hombre, aunque también opina que podríamos tener alguna filtración.

—¡Me cago en ambas ideas!

—Él se inclina por la primera posibilidad. Está convencido de que *el Trovador* trabaja para Moscú.

—¿Y Mr. Sam *Sabelotodo* McCready te ha ofrecido alguna prueba concreta que justifique su hipótesis?

—Ninguna. Le pregunté si tenía algún agente en Moscú que hubiese denunciado al *Trovador*. Me respondió que no. Insistió en que se basaba en los análisis de la mercancía efectuados por su propia gente.

Se produjo un largo silencio, como si Bailey se hubiese sumido en sus pensamientos. Después preguntó:

—¿Crees que te ha dicho la verdad?

—Francamente, no. Creo que estaba mintiendo. Sospecho que ellos tienen a un agente infiltrado del que no sabemos nada.

—Pero entonces, ¿por qué los ingleses no nos dicen la verdad?

—Lo ignoro, Calvin. Si tienen un agente que ha denunciado al *Trovador*, ellos lo niegan.

—Está bien, escúchame Joe. Di a Sam McCready de mi parte que desembuche o que cierre el pico. Tenemos un éxito fabuloso con el *Trovador* y no estoy dispuesto a tolerar que una campaña de difamación urdida en la Century House lo eche todo por tierra. ¡No sin pruebas de peso, y eso quiere decir de verdadero peso! ¿Me has entendido, Joe?

—Perfectamente.

—Y una cosa más, Joe; aun en el caso de que les hayan comunicado que Orlov es un farsante, ésa es la práctica habitual

de la central moscovita. Moscú lo ha perdido, nosotros lo tenemos, a los ingleses les pasó por delante de las narices. Y como es lógico, ahora Moscú deja escapar la filtración a los británicos de que nuestro triunfo es infundado y no sirve para nada. Y éstos, por su parte, se inclinan a creerles debido a la frustración que sienten por no haber sido ellos los que consiguieron al *Trovador*. En lo que a mí respecta, estoy convencido de que la información confidencial que los británicos han recibido es un caso típico de desinformación. Si tienen un hombre, el suyo miente mientras que el nuestro es honrado.

—Muy bien, Calvin. Si el tema sale a relucir de nuevo, ¿Puedo decirle eso a Sam?

—Por supuesto. Es el punto de vista oficial de Langley, y así lo defenderemos.

Ninguno de los dos hombres se molestó en recordar que, a partir de ese momento, la reivindicación de Orlov se encontraba ligada al futuro de sus respectivas carreras dentro de la Agencia.

—Sam pudo apuntarse un tanto —dijo Joe Roth—. Trató al *Trovador* con gran dureza. Tuve que sacarlo dos veces del cuadrilátero. Pero logró que *el Trovador* revelase un nuevo nombre. Gennadi Remyants.

—Nosotros dirigimos a Remyants —replicó Bailey—. Sus mercancías pasan por mi escritorio desde hace ya dos años.

Roth le contó entonces lo que Orlov había revelado acerca de la lealtad que Remyants seguía manteniendo por Moscú y le habló de la propuesta de McCready, el cual consideraba que la forma más simple de dilucidar todo ese asunto consistía en encerrar a Remyants y arrancarle la verdad. Bailey permaneció callado. Por fin dijo:

—Es posible. Tenemos que pensarlo. Hablaré con el director y con el FBI. Si decidimos seguir ese camino, te lo haré saber. Mientras tanto mantén a McCready alejado del *Trovador*. Da un descanso a esos dos.

Joe Roth invitó a McCready a desayunar con él a la mañana siguiente, invitación que McCready aceptó. La cita, en el apartamento de Roth.

—No te atormentes por eso, Sam —le había dicho Roth—. Ya sé que en los alrededores hay algunos hoteles excelentes y que el *tío Sam* bien podía permitirse el lujo de costear un desayuno para dos personas, pero el caso es que yo también estoy en

condiciones de preparar un desayuno bástame aceptable. En fin, dime lo que prefieres: ¿zumo, huevos, galletas, té, café...?

Al otro extremo de la línea se escucharon las risotadas de McCready.

—Zumo y café serán más que suficientes.

Cuando McCready llegó al apartamento de Roth, encontró a éste atareado en la cocina; llevaba un delantal atado a la cintura sobre la camiseta y demostraba orgulloso sus talentos culinarios con la preparación de huevos fritos con jamón. McCready se ablandó y probó aquel desayuno.

—Sam —dijo Roth cuando los dos estaban sentados tomando el café—, me gustaría que revisases tu opinión sobre *el Trovador*. Anoche hablé con Langley.

—¿Con Calvin?

—Has acertado.

—¿Y cómo reaccionó?

—Estaba muy dolorido por tu actitud.

—¿Dolorido has dicho? —preguntó McCready—. Apostaría cualquier cosa a que usó algunas viejas expresiones anglosajonas para referirse a mi persona.

—Vale, lo hizo. No pareció muy satisfecho que digamos. Imaginó que os estábamos dando la generosa oportunidad de hablar con *el Trovador*. Tengo un mensaje para ti. El punto de vista oficial en Langley es el siguiente: nosotros, los estadounidenses, conseguimos al *Trovador* y en Moscú están locos de rabia por ello. Ahora tratan de desacreditarle haciendo llegar a Londres la mentira de que *el Trovador* es, en realidad, un agente de Moscú. Ése es el punto de vista de Langley. Lo siento, Sam; pero, esta vez, tú eres el equivocado. Orlov nos está contando la verdad.

—Joe, no somos una partida de imbéciles a este lado del océano. Y tampoco vamos a caer así como así en la trampa que cualquier recién llegado nos tienda con sus informaciones falsas. En el caso de que dispusiéramos de algún tipo de información, de una fuente cuya identidad no quisiéramos, o no pudiéramos, revelar, por ejemplo, esa fuente sería anterior a la desertión del coronel Orlov.

Roth dejó sobre la mesa su taza de café y se quedó mirando a McCready con la boca abierta. Tardó cerca de un minuto en recobrar el habla.

—¡Dios mío, Sam! —exclamó al fin—. ¿*Tenéis* un agente infiltrado en Moscú? ¡Por el amor de Dios, Sam, dime la verdad!

—No puedo —repuso Sam—, y de todos modos, no lo haríamos. Si tuviésemos a alguien en Moscú, no te habríamos contado nada.

En un sentido estricto, McCready no le estaba mintiendo, ya que *Recuerdo* no se encontraba en Moscú.

—Pues entonces lo siento mucho, Sam, pero Orlov se queda donde está. Es sincero. Opinamos que vuestro agente, ese que en realidad no existe, está mintiendo. Vosotros habéis sido los embaucados, nosotros no. Y éste es el punto de vista oficial. Orlov ya ha pasado por tres pruebas del detector, ¡Por los clavos de Cristo! Es prueba más que suficiente.

Por toda respuesta, McCready sacó un pliego de papel del bolsillo interior de su chaqueta, lo desdobló y lo puso sobre la mesa, delante de Roth. Éste leyó en voz alta.

—Hemos descubierto que hay ciudadanos de Europa Oriental que pueden engañar al detector de mentiras en cualquier momento. Los estadounidenses no somos muy buenos en ello ya que hemos sido educados para decir la verdad y cuando mentimos resulta fácil descubrir que no somos sinceros. Pero hemos encontrado a una gran cantidad de europeos —aquí puntos suspensivos— que pueden engañar al detector sin que se produzca la más mínima oscilación extraña en los cuadros de control. Las personas que viven en esa parte del mundo se pasan la vida mintiendo sobre esto o aquello, hasta que al final adquieren tal pericia en el arte de la mentira, que pueden pasar cualquier prueba del detector que se les haga.

Roth soltó un bufido y tiró el papel sobre la mesa.

—Esto lo habrá escrito algún asno universitario sin la menor experiencia en lo que hacemos en Langley —sentenció.

—En efecto —asintió McCready en tono afable—, eso lo dijo Richard Helms hace dos años.

Richard Helms había sido uno de los directores legendarios de la Agencia Central de Inteligencia. Roth pareció algo conmovido. McCready se levantó de la mesa.

—Joe, una de las cosas que Moscú ha estado persiguiendo siempre es que británicos y yanquis se peleen como perros y gatos. Y eso es lo que estamos haciendo ahora, y nuestro amigo Orlov no lleva ni cuarenta y ocho horas en este país. Piensa en esto.

En Washington, la CÍA y el FBI habían estado de acuerdo en que el único camino posible para descubrir qué había de cierto en la declaración de Orlov sobre Remyants era arrestar a este

último. Los preparativos se hicieron a lo largo del mismo día que Roth y McCready habían desayunado juntos, y la detención se fijó para esa misma tarde, cuando Remyants saliese de las oficinas de «Aeroflot», en el centro comercial de Washington, a eso de las cinco de la tarde, hora local, mucho después de que hubiese oscurecido en Londres.

El ruso salió del edificio algo después de las cinco de la tarde, anduvo calle abajo y se metió por una zona peatonal en dirección hacia el sitio donde había dejado su automóvil.

Las oficinas de «Aeroflot» habían estado bajo vigilancia, y Remyants, al salir, no advirtió la presencia de los seis agentes del FBI, todos bien armados, que le fueron siguiendo hasta el descampado que necesitaba cruzar para llegar hasta su coche.

Los agentes tenían la intención de detener al ruso cuando éste se hubiese sentado al volante. Todo sería rápido y discreto. Nadie se enteraría.

El descampado era una especie de parquecillo, con una serie de caminillos entre zonas de un césped pisoteado y lleno de basura, así como varios bancos, colocados allí para que los honrados ciudadanos de Washington pudieran sentarse a tomar el sol o a comerse los manjares que llevasen preparados. Los padres de la ciudad no habían previsto que, algún día, ese parquecillo se convertiría en lugar de reunión para que «camellos» y sus clientes, hicieran sus cambalaches. Cuando Remyants cruzaba el parquecillo en dirección a la zona de estacionamiento, uno de los bancos estaba ocupado por un negro y un hispano tratando de cerrar un trato. Cada uno de los comerciantes llevaba su propia escolta.

La pelea comenzó cuando el sudamericano lanzó un grito de rabia, se levantó del banco y enarboló un cuchillo. Entonces, uno de los guardaespaldas del negro sacó una pistola y le pegó un tiro al cubano. Entonces, ocho hombres más, pertenecientes a las dos bandas, sacaron sus armas y abrieron fuego contra sus adversarios. Los pocos ciudadanos honrados que había por allí, y que no estaban involucrados en el asunto, se pusieron a gritar y salieron corriendo. Los agentes del FBI, paralizados durante un instante ante la celeridad de todo lo ocurrido reaccionaron conforme al entrenamiento que habían recibido en Quantico, y se dejaron caer al suelo, rodaron sobre sí mismos y sacaron las pistolas de las cartucheras.

Remyants recibió un balazo en la nuca y cayó de bruces. Su asesino fue abatido de inmediato por un agente del FBI. Las dos bandas, la de los negros y la de los cubanos, huyeron en varias

direcciones. Todo aquel fuego cruzado había durado siete segundos y dejado a dos hombres muertos en el suelo, un cubano y el ruso, alcanzado por uno de los disparos intercambiados entre las dos bandas.

El modo que tienen los norteamericanos de hacer las cosas está muy ligado a la tecnología, y a veces han sido criticados por eso, pero nadie puede negar los resultados cuando la tecnología actúa por todo lo alto.

Los dos hombres muertos fueron trasladados al depósito de cadáveres más cercano, donde los del FBI se encargaron de la vigilancia. La pistola que el cubano llevaba fue enviada de inmediato a los laboratorios de la Policía, pero no ofreció pista alguna. Se trataba de una «Star» checa, no registrada, quizás importada de Sudamérica. Sin embargo, las huellas dactilares del cubano dieron mejor fruto. Fue identificado como Gonzalo Appio, cuyo nombre se encontró en seguida en los archivos del FBI. Las comprobaciones realizadas en los ordenadores revelaron que también era conocido en los archivos de la DEA y que estaba fichado en el Departamento de Policía de Metro-Dade, que cubría el área de Miami.

Gonzalo Appio era conocido como traficante y asesino a sueldo. Años atrás, en el curso de su miserable vida, había sido uno de los llamados *marielitos*, esos cubanos que habían sido generosamente «liberados» por Fidel Castro cuando éste despachó desde el puerto de Mariel a Florida a los criminales, psicópatas, pederastas y otros maleantes y gente de baja estofa que tenía a buen recaudo en sus prisiones y asilos, engañando a Estados Unidos para que los acogieran.

Lo único que no se le podía probar a Appio, aun cuando el FBI lo sospechaba, era que se trataba de un pistolero a sueldo de la DGI, la Policía Secreta cubana dominada por la KGB. Las sospechas se basaban en la probable participación de Appio en el asesinato de dos conocidos locutores de radio anticastristas que trabajaban en Miami.

El FBI pasó su informe a Langley, donde ocasionó profundo desconcierto. Entonces, el subdirector de operaciones, Frank Wright, se saltó a Bailey a la torera y habló con Roth en Londres.

—Necesitamos saber qué está ocurriendo, Joe. Ahora mismo. De inmediato. Si hay algo de verdad en las sospechas de los ingleses acerca del *Trovador*, tenemos que saberlo. Sin miramientos, Joe. Usa el detector de mentiras, lo que sea.

¡Muévete y descubre por qué demonios están saliendo mal las cosas!

Antes de partir para Alconbury, Roth vio de nuevo a Sam McCready. No fue un encuentro feliz. Estaba amargado y de mal humor.

—Sam, si sabes algo, si realmente sabes algo, tienes que sincerarte conmigo. Te haré responsable de todo esto si hemos cometido un grave error en este caso porque no quieres colaborar con nosotros. Pero nosotros sí hemos colaborado contigo. Y ahora venga la verdad, ¿qué tenéis?

McCready se quedó mirando a su amigo con rostro inexpresivo. Había jugado demasiado al póquer como para que se le notase en el rostro aquello que no deseaba revelar. En realidad se encontraba ante un dilema. A nivel personal le hubiese gustado poderle hablar a Joe Roth de *Recuerdo*, dándole así la prueba concluyente que el otro necesitaba para perder su fe en Orlov. Pero *Recuerdo* se encontraba caminando sobre una cuerda muy floja, que el Servicio de Contraespionaje soviético estaba cortando debajo de sus pies, hebra tras hebra, y acabaría definitivamente con ella en el mismo instante que tuviese la evidencia de que había una filtración en alguna parte de Europa Occidental. No podía revelar la existencia de *Recuerdo* y, al mismo tiempo, ocultar el rango y posición de aquél. Por lo demás, tampoco se hubiese atrevido a hacerlo.

—Tenéis un problema, Joe —dijo McCready al fin—. No me echéis a mí la culpa. He ido lo más lejos que he podido. Me parece que los dos estamos de acuerdo en que el asesinato de Milton-Rice puede haber sido una casualidad, pero no el de los dos.

—Quizás hayáis tenido una filtración vosotros mismo —replicó Roth, el cual lamentó al instante haber pronunciado esas palabras.

—Imposible —contestó McCready con calma—, teníamos que haber conocido entonces la hora y el lugar para dar el golpe en Washington. Y no lo sabíamos. O bien se trata de Orlov, que da los nombres siguiendo un esquema preestablecido, o hay una filtración entre vosotros. Ya sabes lo que yo pienso: es Orlov. Por cierto, ¿cuántas personas en vuestra organización tienen acceso a las mercancías de Orlov?

—Dieciséis —contestó Roth.

—¡Cristo! Podíais haber puesto también un anuncio en el *New York Times*.

—Yo, dos asistentes, los operadores de las grabadoras, los analistas..., poco a poco se va sumando. El FBI se hallaba al corriente de la detención de Remyants, pero no sabía nada de Milton-Rice. Unas dieciséis personas podrían haber estado enteradas de ambos casos a la vez. Me temo que tenemos alguna tuerca suelta; quizás a un nivel bajo, algún oficinista, un criptógrafo, un secretario...

—Y yo pienso que tenéis a un desertor farsante.

—Sea como sea, lo descubriré.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Sam.

—Lo siento, amigo mío, esta vez, no. Esto es un asunto interno de la CÍA. Un problema casero. Ya nos veremos, Sam.

El coronel Piotr Orlov observó el cambio en la gente que le rodeaba desde el mismo momento que Roth volvió a la base de Alconbury. En cuestión de pocos minutos la jovial familiaridad se había evaporado. El personal de la CÍA en el edificio adoptó una actitud rígida y ceremoniosa. Orlov esperó, paciente.

Cuando Roth se sentó frente a él en la habitación de los interrogatorios, dos ayudantes entraron empujando un carrito sobre el que llevaban un aparato. Orlov echó una ojeada al aparato. Ya lo conocía de antes. El detector de mentiras. Volvió la mirada hacia Roth.

—¿Algo anda mal, Joe? —preguntó en tono sereno.

—Sí, Peter, algo anda muy mal.

En pocas palabras Roth informó al soviético del fracaso en Washington. Algo relampagueó en los ojos de Orlov, ¿miedo?, ¿culpa? El aparato se encargaría de descubrirlo.

Orlov no protestó cuando los técnicos le ajustaron los pequeños discos sobre el pecho, las muñecas y la frente. Roth no manejaba el aparato; para eso tenían allí a un técnico. Pero sabía qué preguntas quería hacer.

El detector se parece mucho al electrocardiógrafo de cualquier hospital; de hecho, su funcionamiento es similar. El aparato registra los latidos del corazón, el pulso, la exudación..., todos los síntomas, en fin, que suelen manifestarse en cualquier persona que esté mintiendo en condiciones de presión, y la coacción mental se siente por el mero hecho de saber que uno está siendo sometido a prueba.

Roth empezó con unas preguntas muy simples cuyo único objetivo era el establecer una «norma» de respuesta, por lo que la fina pluma que se deslizaba sobre el rollo de papel en movimiento se puso a trazar perezosas curvas de ondulaciones

suaves. Por tres veces había sido sometido Orlov a esa prueba, y en las tres ocasiones no había manifestado ninguno de los síntomas característicos del hombre que miente. Roth le preguntó sobre su vida en general, sus años en la KGB, la desertión, los informes que había facilitado... Y, a continuación, se endureció.

—¿Eres acaso un agente doble al servicio de la KGB?

—No.

La pluma seguía trazando curvas de ondulaciones suaves.

—¿Se puede confiar en todo lo que nos has dicho?

—Sí.

—¿Hay alguna información importante que no nos hayas dado?

Orlov permaneció callado. Se aferró a los brazos de su sillón.

—No.

La fina pluma osciló varias veces arriba y abajo antes de estabilizarse de nuevo. Roth lanzó una mirada al operador y recibió un gesto de confirmación. Entonces se levantó de la silla, se acercó al detector de mentiras, miró el papel y ordenó al técnico que desconectase la máquina.

—Lo siento, Peter, pero has respondido con una mentira.

Se produjo un largo y embarazoso silencio en el aposento. Cinco personas miraban fijamente al ruso, el cual, a su vez, contemplaba el suelo. Al fin alzó la mirada.

—Joe, amigo mío —dijo—, ¿puedo hablar contigo a solas? ¿Realmente a solas?, ¿sin micrófonos ocultos, sólo tú y yo?

Eso iba contra las reglas, e implicaba un riesgo. Roth pensó un momento: ¿Por qué?, ¿qué querría decirle ese hombre enigmático, que, por primera vez, había fallado a la prueba del detector de mentiras, y que no deberían escuchar siquiera los funcionarios del Servicio de Seguridad? Asintió bruscamente. Cuando se quedaron solos, con todo el sistema tecnológico desconectado, preguntó:

—¿Y bien?

El ruso dio un largo suspiro de alivio.

—Joe, ¿nunca te extrañaste por la forma en que llevé a cabo mi desertión? ¿Con tanta precipitación? ¿Sin darte la más mínima oportunidad de ponerte en contacto con Washington?

—Sí, por supuesto que me extrañó. Y te pregunté sobre ello. Y para serte sincero, nunca me sentí completamente satisfecho con tus explicaciones. ¿Por qué desertaste de ese modo?

—Porque no quería terminar como Volkov.

Roth se desplomó en su silla como si le hubiesen asestado un golpe en el estómago. Todos los que estaban en el «negocio» conocían los pormenores del lamentable caso Volkov. En los primeros días de setiembre de 1945, Konstantin Volkov, aparentemente el vicecónsul soviético en Estambul, se dirigió al consulado británico y, ante un asombrado funcionario declaró que, en realidad, era el subdirector de la KGB en Turquía, y que deseaba desertar. Entre otras cosas, ofreció desenmascarar a trescientos catorce agentes soviéticos en Turquía y a doscientos cincuenta en Gran Bretaña. Y, lo más importante de todo, afirmó que dos diplomáticos británicos en el Ministerio de Asuntos Exteriores estaban trabajando para los rusos y que había otro en un alto puesto del Servicio Secreto de Inteligencia británico.

La noticia fue comunicada a Londres mientras Volkov volvía a su consulado. En Londres, el asunto había pasado a manos del director de la Sección Rusa. Ese agente tomó las medidas necesarias y partió de inmediato para Estambul. Lo último que pudo verse de Volkov fue una figura fuertemente vendada que era introducida a toda prisa en un avión de transporte soviético con destino a Moscú, donde el hombre murió en la Lubianka después de haber sufrido salvajes torturas. El director de la Sección Rusa llegó a Estambul demasiado tarde. Lo cual no tiene nada de sorprendente, ya que él mismo había informado a Moscú desde su base en Londres. Se llamaba Kim Philby, y era el espía soviético que hubiese quedado al descubierto con las declaraciones de Volkov.

—¿Qué me estás tratando de decir exactamente, Peter?

—Tenía que entregarme como lo hice porque sabía que podía confiar en tu grupo. No estabas lo bastante encumbrado.

—¿Lo bastante encumbrado... para qué?

—Pues que no estabas lo bastante encumbrado como para que pudieses ser él.

—No he podido seguir lo que has dicho —dijo Roth, aunque no era cierto.

El ruso habló entonces con lentitud y claridad, como si se estuviese desembarazando de una pesada y angustiosa carga.

—La KGB tiene infiltrado un agente en la CÍA desde hace diecisiete años. Y pienso que ya habrá subido muy alto.

CAPÍTULO IV

Joe Roth estaba tumbado en el catre de su dormitorio, en el solitario edificio que se alzaba en los campos de Alconbury y se preguntaba una y otra vez qué podía hacer. Una misión que tan sólo seis semanas antes le había parecido una tarea fascinante y apropiada para impulsarle en su carrera a pasos agigantados se había convertido en una auténtica pesadilla.

Durante cuarenta años, desde su fundación en 1948, la CÍA había estado persiguiendo de manera obsesiva un objetivo prioritario: mantenerse a sí misma pura de cualquier infiltración de un posible *topo* soviético. Con el fin de garantizar este objetivo habían sido gastados miles de millones de dólares en tomar medidas preventivas de contraespionaje. Todo el personal reclutado era examinado una y otra vez, sometido con regularidad al detector de mentiras, interrogado, inspeccionado y vuelto a inspeccionar.

Y el método había funcionado. Mientras que los británicos se veían conmocionados hasta en sus cimientos, a principios de los años cincuenta, por la traición de Philby, Burgess y Maclean, la Agencia permanecía pura. Y mientras que aquel caso seguía repercutiendo y dañando la imagen del SIS británico, en tanto que aquel hombre expulsado de sus filas gozaba de libertad y continuaba haciendo de las suyas en Beirut hasta que se trasladó definitivamente a Moscú en 1963, la Agencia se había mantenido inmaculada.

Cuando Francia, a comienzos de los años sesenta se vio sacudida por el *affair* Georges Paques y Gran Bretaña se conmocionaba de nuevo con el de George Blake, la CÍA se mantenía impenetrable. Durante todo ese tiempo, el servicio de contraespionaje de la Agencia, la llamada Oficina de Seguridad, había estado dirigido por una persona notable, James Jesús Angleton, un hombre solitario, reservado y obsesivo que sólo vivía y respiraba para lograr una cosa: mantener a la Agencia libre de toda infiltración soviética.

Al final, Angleton fue víctima de su innata desconfianza. Empezó a creer que, pese a todos sus esfuerzos, un topo leal a

Moscú se *había* introducido en el seno de la CÍA. A pesar de las pruebas a las que sometía a su gente y de todas las pesquisas emprendidas, acabó por convencerse de que en las filas de la CÍA se había introducido un traidor. Su razonamiento parecía ser el siguiente: si no hay un topo, podría haberlo. Así que tendría que haberlo; es decir, lo había. La caza desatada tras el supuesto *Sacha* empezó a consumir cada vez más tiempo y esfuerzos.

El paranoico desertor ruso Golitsin, que consideraba a la KGB responsable de todo lo malo que ocurría en el planeta, le dio la razón.

Las declaraciones de Golitsin sonaron como música celestial en los oídos de Angleton. La búsqueda de *Sacha* se incrementó.

Corrió el rumor de que su nombre empezaba por K. Aquellos agentes cuyos apellidos empezaban por K se vieron relegados de la noche a la mañana. Algunos presentaron la dimisión enfurecidos; otros fueron expulsados porque no pudieron probar su inocencia. Medidas todas que podrían ser calificadas de prudentes, pero que no contribuían en modo alguno a elevar la moral de los agentes de la CÍA. Durante diez años más, desde 1964 a 1974, la caza continuó. Hasta que, por último, el director William Colby perdió la paciencia. Obligó a Angleton a aceptar la jubilación.

La Oficina de Seguridad pasó entonces a otras manos. Mantuvo sus obligaciones de conservar a la Agencia libre de toda penetración rusa, pero con un estilo de trabajo más benévolo y menos agresivo.

Por ironías del destino, los británicos, tras haber pasado por aquel período de traidores por causas ideológicas pertenecientes a la vieja generación, no volvieron a sufrir ningún escándalo de espionaje más en el seno de la comunidad de Inteligencia internacional. Entonces, el péndulo pareció apuntar hacia otra parte.

Estados Unidos, tan libre de traidores desde los últimos años de la década de los cuarenta, empezó a producir una multitud de ellos, no de personas que quisieran traicionar a su patria por motivos ideológicos, sino de sinvergüenzas dispuestos a venderla por dinero: Boyce, Lee, Harper, Walker y, por último, Howard, el cual había estado dentro de la CÍA y había traicionado y denunciado a los agentes estadounidenses que trabajaban en su nativa Rusia. Denunciado por Urchenko, tras su rocambolesca deserción después de una anterior deserción, Howard logró escapar a Moscú antes de ser arrestado. Aquellos

dos casos, el de la traición de Howard y el de la doble desertión de Urchenko, ambos ocurridos el año anterior, habían dejado a la Agencia muerta de vergüenza.

Pero todo aquello no había sido más que un juego de niños en comparación con las posibles consecuencias de la declaración de Orlov. Si lo que decía era verdad, la sistemática búsqueda del traidor podía desgarrar en pedazos a la Agencia. Si lo que el ruso decía era cierto, reparar los daños causados podía convertirse en una empresa de muchos años, pues tendrían que introducir de nuevo a millares de agentes, cambiar claves y códigos, transformar las redes en el extranjero y revisar todo el sistema de alianzas, lo que podría durar unos diez años y costar miles de millones de dólares. La reputación de la Agencia quedaría por los suelos y tendrían que pasar muchos años antes de que fuese restaurada.

La cuestión a la que Roth estuvo dándole vueltas en la cabeza durante toda la noche mientras se revolvía en su lecho era: «¿A quién demonios puedo dirigirme?» Poco antes del amanecer tomó una decisión. Se levantó de la cama, se vistió e hizo la maleta.

Antes de partir fue a echar un vistazo a Orlov, el cual se hallaba profundamente dormido, y dijo a Kroll:

—Vigílalo bien en mi lugar. Nadie puede entrar ni salir de aquí. Ese hombre ha adquirido de repente un valor incalculable.

Kroll no entendió el porqué, pero se apresuró a hacer un gesto de asentimiento con la cabeza. Era un hombre que siempre cumplía las órdenes y nunca las discutía. Para decirlo con las palabras del poeta, cumpliría con su deber o moriría.

Roth viajó hasta Londres en su automóvil. Evitó la Embajada de Estados Unidos como la peste, y fue directamente a su apartamento para coger un pasaporte en el que figuraba un nombre distinto al suyo. Se aseguró una de las últimas plazas que quedaban en el avión para Boston de una compañía aérea privada británica y en el aeropuerto de Logan logró hacer transbordo a un avión que partía para el Washington National. Aun habiendo ganado las cinco horas por la diferencia horaria, ya había anochecido cuando llegó a Georgetown en un coche de alquiler. Lo dejó estacionado junto a la acera y bajó caminando por la calle K hasta el final de la misma, en las inmediaciones del campus de la Universidad de Georgetown.

La casa que estaba buscando era un elegante edificio de rojos ladrillos y que sólo se distinguía de los otros que lo

rodeaban por los amplios sistemas de seguridad que inspeccionaban la calle y cualquier objeto o persona que se aproximara a la casa. Le salieron al paso cuando cruzaba la calle en dirección al portal, y les mostró su identificación de la CÍA. En la puerta de entrada manifestó su deseo de ver al hombre por el que había ido hasta allí. Le dijeron que el caballero en cuestión se encontraba cenando, pero que podrían transmitirle su mensaje. Minutos después era introducido en la casa y conducido hasta una artesonada biblioteca en la que se aspiraba el aroma de los libros encuadernados en cuero y del humo de los cigarros puros. Se dejó caer en un sillón y se dispuso a esperar. Al poco rato, la puerta se abrió y el director de la Agencia Central de Inteligencia entraba en el aposento.

Pese a que no tenía la costumbre de recibir en su casa a jóvenes agentes de la CÍA, a menos que él los hubiese invitado a comparecer, el director se acomodó en un mullido sillón de cuero, indicó con un gesto a Roth que se sentara frente a él y, con voz serena le preguntó cuál era el motivo de su visita. Roth, muy calmado, se lo explicó: El director de la Agencia tenía más de setenta años, edad poco habitual para ese cargo, pero también él era un hombre poco común. Había servido en la OSS durante la Segunda Guerra Mundial, introduciendo agentes en la Francia ocupada por los nazis y en Holanda. Una vez acabada la guerra, y habiendo sido desmantelada la OSS, el hombre volvió a la vida privada; se hizo cargo de la pequeña fábrica del padre, y logró convertirla en un complejo gigantesco. Cuando la CÍA fue creada como organización sucesora de la Oficina de Servicios Estratégicos, le ofrecieron la oportunidad de entrar en la organización a las órdenes del primer director de la misma, Alien Dulles, pero él no aceptó.

Años después, siendo ya un hombre adinerado y uno de los mayores colaboradores del Partido Republicano, se encontró de repente ligado a un antiguo actor de cine que se presentaba a las elecciones para gobernador de California. Y cuando Ronald Reagan alcanzó la presidencia del país y se instaló en la Casa Blanca, pidió a su amigo de confianza que se encargase de dirigir la CÍA.

El director de la CÍA era católico, viudo desde hacía tiempo, de una estricta moralidad puritana, y conocido en los pasillos de Langley como al «viejo rufián hijo de puta». No carecía de talento e inteligencia, pero su pasión era la lealtad. Había tenido buenos amigos que habían sido torturados en las mazmorras de la Gestapo porque alguien los había traicionado, y la traición era

lo que no estaba dispuesto a tolerar bajo ninguna circunstancia. Hacia los traidores sólo sentía una repugnancia visceral. En la mente del director de la CÍA no podía existir el perdón para ellos.

Escuchó el relato de Roth con gran atención mientras mantenía la vista perdida en los leños artificiales del calentador de gas instalado en la chimenea, donde no ardía llama alguna en esa noche calurosa de verano. Nada había en su rostro que revelase lo que estaba pensando y sintiendo, salvo un ligero temblor en los músculos que rodeaban la papada.

—¿Ha venido usted directamente aquí? —preguntó cuando Roth terminó de hablar—. ¿No ha hablado con nadie más?

Roth le explicó de qué manera había llegado hasta él, como un ladrón introduciéndose de noche en su propio país, con pasaporte falso y dando un buen rodeo. El anciano asintió con la cabeza; también él, en otros tiempos, había entrado así en la Europa dominada por Hitler. Se levantó del sillón y fue a llenarse una copa en el barrilillo de caoba, lleno de coñac, que tenía en un antiguo anaquel, deteniéndose junto a Roth para darle unas amistosas palmaditas en el hombro.

—Lo has hecho muy bien, hijo mío —le dijo. Luego le ofreció una copa de coñac, pero Roth sacudió la cabeza—. Diecisiete años has dicho, ¿no?

—Según Orlov. Todos mis superiores hasta Frank Wright llevan al menos ese tiempo en la Agencia. No sabía, pues, a quién podía dirigirme.

—No, por supuesto que no.

El director de la CÍA regresó a su sillón y se quedó sumido en sus propios pensamientos. Roth no le interrumpió:

—De eso ha de encargarse la Oficina de Seguridad —dijo el anciano al fin—. Pero no el jefe de la misma. No dudo de su total lealtad; sin embargo, es un hombre que lleva veinticinco años en la Agencia. Lo enviaré de vacaciones. Hay un joven muy brillante que trabaja de ayudante suyo. Un antiguo abogado. No creo que lleve con nosotros más de quince años.

El director de la CÍA avisó a un ayudante y le ordenó hacer algunas llamadas telefónicas. Se confirmó entonces que el subdirector de la Oficina de Seguridad tenía cuarenta y un años y que había entrado en la Agencia al terminar la carrera de abogado, hacía unos quince años. Le telefonearon a su casa en Alexandria para que acudiera a Georgetown. Se llamaba Max Kellogg.

—Menos mal que no trabajaba en la época de Angleton — dijo el director de la CÍA—, su apellido empieza por K.

Max Kellogg, aturdido y receloso, llegó poco después de medianoche. Se encontraba a punto de irse a la cama cuando le llamaron por teléfono y se quedó sorprendido al oír la voz del director de la CÍA en persona.

—Cuéntaselo —ordenó el director.

Roth repitió su historia. El abogado judío escuchó todo el informe sin pestañear, no pasó nada por alto, hizo un par de preguntas suplementarias y no tomó nota.

—¿Y por qué se me elige a mí, señor? —preguntó al director—. Harry está en la ciudad.

—Tú llevas con nosotros sólo quince años —replicó el anciano.

—¡Ah!

—He decidido mantener a Orlov, *Trovador* o como quiera que le llamemos, en la base de Alconbury —dijo el director de la CÍA—. Es probable que allí estará a salvo, quizá más que si lo traemos aquí. Rehuye a los ingleses, Joe. Diles que *Trovador* nos ha sorprendido con más información y que ésta sólo incumbe a Estados Unidos. Asegúrales que volveremos a facilitarles el acceso a la fuente cuando hayamos verificado los últimos datos.

»Tú saldrás en avión por la mañana... —prosiguió el director, consultando su reloj de pulsera—, esta misma mañana, en un vuelo directo a Alconbury. No te andes con miramientos. Es demasiado tarde para eso. Los riesgos son enormes. Orlov lo entenderá. Cógelo aparte. Sácale todo. Quiero saber dos cosas, en seguida: si eso es verdad, y de ser así, ¿quién es?

»Y a partir de ahora, vosotros dos trabajaréis para mí, sólo para mí. Me informaréis directamente. Sin reservas. Sin objeciones. Todo me lo diréis a mí. Yo me ocuparé de organizar las cosas desde aquí.

En los ojos del anciano, las luces que preceden al combate destellaban de nuevo.

Roth y Kellogg trataron de dormir un poco en el avión «Grumman» que les condujo desde Andrews Field hasta Alconbury. Se sentían andrajosos y cansados cuando llegaron. El cruce del espacio aéreo de Oeste a Este es el peor. Por fortuna, los dos hombres evitaron el alcohol y bebieron sólo

agua. Apenas se dieron un respiro para lavarse un poco y cepillarse la ropa antes de dirigirse a la habitación del coronel Orlov. Cuando entraban en el aposento, Roth escuchó los familiares acordes de una canción de Arthur Garfunkel que sonaba en el tocadiscos.

«Muy apropiado —pensó Roth, sombrío—, pues la verdad es que hemos venido para hablar de nuevo contigo, pero esta vez no habrá ni un momento de silencio.»

Sin embargo, Orlov era ahora la cooperación hecha persona. Parecía haberse resignado y hecho a la idea de que ya había divulgado hasta la última partícula de su precioso «seguro». Había entregado el precio de la novia en su totalidad. La única cuestión que quedaba por saber era si el pretendiente estaría conforme con la dote.

—Nunca supe su nombre —dijo Orlov en el cuarto de los interrogatorios.

Kellogg había decidido tener desconectados todos los micrófonos y los magnetófonos. Llevaba su propia grabadora portátil y la utilizaba junto con sus notas a mano. No quería que se hiciese una copia de la grabación ni que estuviese presente ningún otro miembro de la CÍA. Los técnicos habían sido despedidos; Kroll y otros dos agentes más custodiaban el pasillo ante la puerta de la habitación, que había sido insonorizada. La última misión que los técnicos tuvieron que cumplir fue la de eliminar los micrófonos ocultos y certificar que estaba «limpia». Todos se extrañaron mucho de las nuevas disposiciones.

—Puedo afirmarlo bajo juramento. Se le conocía sólo como el agente *Halcón* y el general Drozdov lo dirigía personalmente.

—¿Dónde y cuándo fue reclutado?

—Creo que en Vietnam, en el sesenta y ocho o en el sesenta y nueve.

—¿Cree?

—No, sé que fue en Vietnam. Yo trabajaba en Planificación y estábamos llevando a cabo una operación de gran envergadura en aquel país, en Saigón y en sus alrededores. Los auxiliares se reclutaban en la zona, eran vietnamitas, por supuesto, del Vietcong, pero también teníamos allí a nuestra propia gente. Uno de ellos informó que los del Vietcong le habían llevado a ver a un norteamericano que se sentía insatisfecho. Nuestro residente local cultivó el trato de aquel hombre y logró que cambiara de bando. A finales de 1969, el general Drozdov fue a Tokio a hablar con el norteamericano. Entonces le pusieron el nombre de *Halcón*.

—¿Cómo sabes eso?

—Había que arreglar ciertos detalles, establecer líneas de comunicación, transferir fondos... Yo era el responsable.

Los tres hombres estuvieron hablando durante una semana. Orlov recordó los nombres de los Bancos a los que se había estado enviando el dinero durante años, y hasta recordó los meses (aunque no los días exactos) en los que se habían hecho las transferencias. Las sumas se incrementaban con el paso del tiempo, quizás en atención a los ascensos y a la mejora de la mercancía.

—Cuando me trasladaron al Directorio de Ilegales y me pusieron bajo las órdenes de Drozdov, mi relación con el caso *Halcón* prosiguió. Pero, esta vez, mi colaboración no tenía nada que ver con las transferencias bancarias, era más de carácter operativo. Si *Halcón* nos comunicaba el nombre de un agente que operaba contra nosotros, yo me encargaba de informar al departamento apropiado, por lo general a los de Acción Ejecutiva, llamados también de «Asuntos Resbaladizos», y ellos se encargaban de liquidar al agente enemigo si se encontraba fuera de nuestro territorio, o de detenerlo, si estaba dentro. Ése fue el procedimiento que utilizamos con los cuatro anticastristas cubanos.

Max Kellogg anotaba todo cuanto se decía y lo controlaba con sus grabaciones durante la noche.

—Hay una sola explicación que permita hacer coincidir todas estas declaraciones —dijo a Roth—. No sé cuál es, pero las cintas nos darán la respuesta. Ahora es cuestión de entablar comparaciones. De pasarse horas y horas verificando y comprobando. Y esto sólo puedo hacerlo en Washington, en el Registro Central. Tengo que volver a Estados Unidos.

Al día siguiente cogió un avión de vuelta, pasó cinco horas con el director de la CÍA en su mansión en Georgetown y luego se encerró en su propio despacho con las grabaciones. Tenía carta blanca, por orden expresa del director de la CÍA en persona. Nadie podía negar nada a Kellogg. Pese al secreto con el que se había rodeado todo el asunto, los rumores empezaron a propalarse por Langley. Algo se estaba cocinando. Algún escándalo se había producido y ese escándalo debía de estar relacionado con la seguridad interna. Empezó a cundir el pánico. Esas cosas jamás pueden ser mantenidas en secreto.

En Goldens Hill, al norte de Londres, hay un parquecillo — una especie de apéndice al parque de Hampstead Heath, mucho más grande— que contiene un jardín zoológico en el que se exhiben ciervos, cabras, patos y otras aves. McCready se encontró con *Recuerdo* en ese lugar el mismo día que Max Kellogg regresaba en avión a Washington.

—Las cosas no andan muy bien en la Embajada —dijo *Recuerdo*—. El hombre de la rama interna de contraespionaje y seguridad, por orden de Moscú, ha comenzado a preguntar por algunos expedientes que se remontan a años atrás. Pienso que se trata de una investigación sobre la seguridad interna, probablemente de todas las Embajadas soviéticas en Europa Occidental. Tarde o temprano le tocará el turno a la de Londres.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

—Es posible.

—Dímelo —pidió McCready.

—Me ayudaría mucho si les pudiese pasar alguna información que fuese realmente de interés; algunas buenas noticias sobre Orlov, por ejemplo.

Cuando el agente que se tiene destacado en un país extranjero ha cambiado de bando, se vuelve sospechoso si deja de conseguir información valiosa año tras año. Por eso, sus nuevos jefes acostumbran revelarles auténticos secretos, con el fin de que los transmita a casita y así dé prueba fehaciente de lo buen chico que es.

Recuerdo había dado a McCready los nombres de todos los agentes soviéticos en Gran Bretaña de los que él tenía conocimiento, lo que representaba la mayoría de ellos. Por razones obvias, los ingleses no los habían detenido a todos, ya que de, hacerlo, el juego hubiese acabado. Algunos habían sido apartados del acceso al material confidencial, no de un modo manifiesto, sino poco a poco, dentro del contexto de los cambios «administrativos». Otros hasta habían sido promovidos a cargos más altos, pero en los que no estaban en contacto con material secreto. Y otros recibían la información que pasaba por sus escritorios después de que hubiera sido manipulado, por lo que ocasionarían a sus patronos más daños que beneficios.

Recuerdo había recibido el permiso de «reclutar» algunos nuevos agentes para probar su fidelidad a Moscú. Uno de ellos era un oficinista que trabajaba en el Registro Central del SIS, un hombre de una lealtad a toda prueba hacia Gran Bretaña, pero dispuesto a hacerse pasar por traidor. En Moscú quedaron encantados al enterarse del reclutamiento del agente *Glotion*. Y

así se acordó que, dos días después, *Glotón* haría llegar a *Recuerdo* una copia del memorándum que obraba en poder de Denis Gaunt y en el que se decía que a Orlov lo tenían escondido en la base militar de Alconbury, donde los norteamericanos lo tenían guardado a cal y canto, habiendo llegado incluso a negar el acceso a los británicos.

—¿Cómo andan las cosas con Orlov? —inquirió *Recuerdo*.

—Todo se ha silenciado de repente —contestó McCready—. Pude entrevistarme con él medio día, y nada más. Creo que sembré ciertas dudas en la mente de Joe Roth, cuando estuve en la base y aquí, en Londres. Luego regresó a Alconbury, habló de nuevo con Orlov y de repente salió disparado hacia Estados Unidos con un pasaporte falso. Quizá pensó que no nos daríamos cuenta. Parecía tener mucha prisa. Y no ha vuelto desde entonces, al menos no lo ha hecho a través de un aeropuerto regular. Tal vez haya ido directamente a Alconbury en un vuelo militar.

Recuerdo dejó de tirar migas de pan a los patos y se volvió a mirar a McCready.

—¿Han hablado contigo desde entonces?, ¿te han invitado a volver a la base?

—No. Y ya ha transcurrido una semana. Silencio total.

—En ese caso, él ha dicho ya la Gran Mentira, que era a lo que venía. De ahí que la CÍA se encuentre ahora atareada consigo misma.

—¿Tienes alguna idea de lo que podría ser?

Recuerdo suspiró.

—Si yo fuese el general Drozdov, pensaría como un hombre de la KGB. Hay dos cosas que la KGB ha estado persiguiendo siempre. Una de ellas es conseguir que estalle una guerra cruenta entre la CÍA y el SIS británico. ¿Han comenzado ya a combatirse?

—No, han estado muy amables. Sólo que nada comunicativos.

—Pues entonces se trata de la segunda cosa. El otro sueño de la KGB consiste en desgarrar a la CÍA desde su interior. En destruir su moral. Enemistar a los compañeros entre sí. Orlov denunciará a alguien como agente de la KGB en el seno de la CÍA. Se llegará a una acusación formal. Te lo advierto, el «caso Potemkin» es un asunto planificado desde hace mucho tiempo.

—¿Pero cómo desenmascararlo si ellos no hablan con nosotros?

Recuerdo empezó a caminar de vuelta hacia su automóvil. De repente volvió la cabeza y dijo por encima del hombro:

—Busca al hombre al que la CÍA haga el vacío de pronto. Ese será el hombre, y ese hombre será inocente.

Edwards se horrorizó.

—¿Permitir que Moscú se entere de que ahora tienen escondido a Orlov en la base de Alconbury? Si en Langley se llegan a enterar de esto, se formará la de Dios es Cristo. ¿A santo de qué vamos a hacer eso?

—Es una prueba. Creo en lo que *Recuerdo* me dice. Es mi amigo. Confío en él. Así que creo igualmente que Orlov es un farsante. Si no hay ninguna reacción de Moscú, si no hacen nada para atentar contra la vida de Orlov, ésa será la prueba. Los mismos norteamericanos tendrán que rendirse ante la evidencia. Se enfadarán, por supuesto, pero se darán cuenta de la lógica que ese acto encerraba.

—Y si por casualidad atacan y matan a Orlov, ¿serás tú el que vaya a contárselo a Calvin Bailey?

—No lo harán —replicó McCready—. Tan cierto como que la noche sigue al día, no lo harán.

—Y hablando del rey de Roma, pronto vendrá a visitarnos. De vacaciones.

—¿Quién?

—Calvin. Con su mujer y su hija. Encontrarás una carpeta sobre tu escritorio. Quiero que la Firma se encargue de brindarle cierta hospitalidad. Hay que concertar una serie de cenas con personas a las que él desea ver. Ha sido un buen amigo de Gran Bretaña desde hace muchos años. Es lo mínimo que podemos hacer.

McCready bajó las escaleras con aire displicente, se dirigió a su despacho y abrió la carpeta. Denis Gaunt estaba sentado frente a él.

—Es un amante de la ópera —dijo McCready, leyendo el informe—. Imagino que podemos conseguirle entradas para el «Covent Garden», el «Glyndebourne» y toda esa clase de lugarcejos.

—¡Dios mío, y yo no puedo ir al «Glyndebourne»! —exclamó Gaunt con envidia—. Hay una lista de espera de por lo menos siete años.

El suntuoso palacio, en el corazón del condado de Sussex, rodeado de preciosas campiñas, y que es la sede de uno de los teatros de la ópera más distinguidos de toda la nación, ha sido,

y sigue siéndolo, el sueño de cualquier amante de la ópera en una noche de verano.

—¿Te gusta la ópera? —preguntó McCready.

—Por supuesto que sí.

—¡Estupendo! Puedes servir de nodriza a Calvin y a Mrs. Bailey mientras estén aquí. Consigue entradas para el «Covent Garden» y para el «Glyndebourne». Utiliza el nombre de Timothy. Que te den un buen palco, insiste en ello. Este maldito trabajo ha de tener también algunos alicientes, aunque el diablo me lleve si algún día me aprovecho de ellos.

McCready se levantó para irse a almorzar. Gaunt cogió la carpeta.

—¿Y para cuándo tiene que ser? —preguntó.

—Para dentro de una semana —contestó McCready desde el umbral de la puerta—. Llámale por teléfono. Infórmale de lo que hayas organizado. Pregúntale por sus obras favoritas. Ya puestos a hacer las cosas, hagámoslas bien.

Max Kellogg se encerró entre sus archivos y convivió con ellos durante diez días. Su mujer, en Alexandria, fue informada que su esposo se encontraba de viaje fuera de la ciudad, y ella lo creyó. Kellogg se hacía traer la comida a su despacho, aunque se mantenía casi exclusivamente con una dieta consistente en café y una gran cantidad de cigarrillos largos con filtro.

Dos archiveros habían sido puestos a su disposición personal. Nada sabían acerca de sus investigaciones, se limitaban a llevarle todos los expedientes que él iba solicitando, uno tras otro. De viejas carpetas, almacenadas en recónditos lugares desde hacía largo tiempo, ya que eran de poca importancia, sin apenas relevancia, surgían amarillentas fotografías. Al igual que todos los servicios de espionaje, la CÍA jamás tira nada a la basura, por muy insignificante y atrasado que parezca; uno nunca puede saber si llegará el día en que ese detalle minúsculo, ese recorte de periódico o esa foto podrán ser necesitados. Y muchos de esos detalles insignificantes se necesitaban ahora.

Cuando estaba a mitad de sus investigaciones, dos agentes fueron enviados a Europa. Uno de ellos visitó Viena y Francfort, el otro, Estocolmo y Helsinki. Ambos iban provistos de sendos documentos que los identificaban como agentes de la DEA y llevaban cartas del Secretario del Tesoro de Estados Unidos en las que se solicitaba a los Bancos su cooperación. Horrorizados

ante la idea de haber sido utilizados como centro para el blanqueo de dinero negro proveniente de la droga.

Un Banco importante en cada una de las cuatro ciudades convocó una reunión de sus directores y decidió abrir sus archivos.

Los cajeros eran llamados a comparecer en los despachos de los directores, donde el agente les enseñaba una fotografía. Se anotaron las fechas de las transacciones y los movimientos de las cuentas bancarias. Uno de los cajeros no pudo recordar nada. Los otros tres asintieron con la cabeza. Los agentes recogieron fotocopias de las cuentas, de los justificantes de las sumas depositadas y de las transferencias efectuadas. También muestras de firmas de una variedad de nombres para su análisis grafológico posterior en Langley. Y una vez que recolectaron todo aquello que habían ido a buscar, regresaron a Washington y depositaron sus trofeos sobre la mesa de Max Kellogg.

De una primera selección compuesta por más de veinte agentes de la CÍA que habían prestado sus servicios en Vietnam durante el período significativo de tiempo —y Kellogg había ampliado ese período añadiendo dos años más por delante y otros dos por detrás al espacio de tiempo que había indicado Orlov—, pronto fue eliminada una primera docena de ellos. Del resto, uno tras otro pasó por el cedazo.

Ellos o no habían estado en la ciudad señalada en la fecha indicada, o no podían haber divulgado cierta clase de información porque jamás la habían conocido, o no habían realizado cierto tipo de cita por haberse encontrado en esos momentos en la otra parte del mundo. Todos, excepto uno.

Antes de que los agentes volvieran a Europa Kellogg sabía ya quién era su hombre. Las evidencias suministradas por los Bancos no hicieron más que confirmar sus sospechas. Cuando lo tuvo todo listo, una vez finalizado su trabajo, volvió a la casa del director de la CÍA en Georgetown.

Tres días antes de que Kellogg fuese a ver al director de la CÍA, Calvin y su esposa, en compañía de su hija Clara, volaron de Washington a Londres. Bailey adoraba Londres; en realidad, era un anglófilo empedernido. La historia de la ciudad le entusiasmaba.

Le agradaba visitar los viejos castillos y las majestuosas mansiones construidas en pasadas épocas; recorrer los frescos claustros de las viejas abadías y los centros de estudio. Se instaló con su familia en un apartamento en Mayfair, propiedad

de la CÍA y reservado para los visitantes encumbrados; alquiló un automóvil y se dirigió a Oxford, evitando la autopista y metiéndose por serpenteantes carreteras comarcales, haciendo un alto por el camino en la localidad de Bisham, donde se detuvo a comer al aire libre, en la terraza de la hostería «El Toro», cuyas vigas habían sido colocadas mucho antes de que la reina Isabel I viniese al mundo.

En su segundo día en Inglaterra, Joe Roth fue por la noche a visitarlo, invitado a tomar una copa. Fue la primera vez que vio a la increíblemente sencilla Mrs. Bailey y a Clara, una desgarrada niña de ocho años a la que los dientes le sobresalían, tenía unas largas trenzas color jengibre y llevaba gafas. Nunca había visto antes a la familia de Bailey; su superior no era esa clase de personas que uno asociaría a las partidas de cartas hasta altas horas de la noche y a las comilonas campestres al aire libre con las chuletas asándose sobre las brasas. Sin embargo, la habitual frialdad de Calvin Bailey parecía haberse desvanecido, lo que quizá podía deberse al hecho de que estaba gozando de unos días de vacaciones durante los que asistiría a la ópera y a los conciertos y visitaría las galerías de arte que tanto admiraba, o quizá también a la perspectiva de un futuro ascenso; en todo caso, eso era algo que Roth no hubiese podido decir.

A sus treinta y nueve años, Roth era lo bastante joven como para desear abrir su pecho a otro ser humano. Le hubiera gustado hablar con Bailey del alboroto que Orlov había organizado con su noticia bomba, pero las órdenes del director de la CÍA eran terminantes. De momento, a nadie le estaba permitido conocer lo que pasaba, ni siquiera a Calvin Bailey, director de Operaciones Especiales, hombre leal y de confianza de la Agencia, con un largo y distinguido historial a sus espaldas, en el que no escaseaban los méritos. Cuando se hubiese demostrado con pruebas fehacientes que la denuncia de Orlov era falsa, o que era verdadera, el director de la CÍA en persona se encargaría de informar a ese hombre, que ocupaba uno de los cargos más altos entre los agentes de mayor graduación de la Agencia. Pero hasta entonces; silencio. Podía hacer preguntas, mas no dar respuestas, y, desde luego, no voluntariamente. Así que Roth mintió.

Contó a Bailey que los interrogatorios a los que Orlov era sometido iban por buen camino, pero a un ritmo mucho más lento. Por supuesto, todo lo que Orlov recordaba con claridad ya había sido comunicado. Ahora de lo que se trataba era de ir

extrayendo de su memoria detalles cada vez más pequeños. Estaba cooperando mucho y los británicos se sentían francamente contentos con él. Ahora había que revisar de nuevo aquellos aspectos que ya habían sido tratados con anterioridad. Ésa era una tarea que requería mucho tiempo; pero cada vez que repasaban algo ya analizado, aparecían algunos detalles nuevos, a veces minúsculos, pero siempre valiosos.

Cuando Roth estaba apurando su copa, Sam McCready llamó a la puerta del apartamento. Denis Gaunt le acompañaba y hubo nuevas presentaciones. Roth tuvo que admirar la desenvoltura de su colega británico. McCready, haciendo gala de unos modales exquisitos, felicitó a Bailey por el éxito extraordinario con Orlov, y le presentó todo un *menú* de propuestas que el SIS había elaborado para hacer más placentera la estancia de Bailey en Gran Bretaña.

Bailey se mostró encantado con las entradas para la ópera en el «Covent Garden» y el «Glyndebourne». Esos acontecimientos significarían el punto culminante de la visita de doce días que la familia Bailey dispensaba a Londres.

—¿Y después de vuelta a los Estados Unidos? —preguntó McCready.

—No. Aún haremos una escapada a París, Salzburgo y Viena, y luego a casa —contestó Bailey.

McCready hizo un gesto de comprensión. Tanto en Salzburgo como en Viena, el arte de la Ópera había alcanzado un grado de perfección apenas comparable con cualquier otro en el mundo.

La reunión se convirtió en una velada tranquila y agradable. La obesa Mrs. Bailey andaba pesadamente de un lado a otro sirviendo las bebidas. Clara se despidió de ellos antes de irse a la cama. Los tres visitantes se marcharon poco después de las nueve de la noche.

Ya en la acera, McCready preguntó a Roth en voz baja:

—¿Qué tal marchan las investigaciones, Joe?

—Te has obsesionado con una bobada —contestó Roth.

—Ten mucho cuidado —replicó McCready—, os estáis dejando embaucar de lo lindo. Os están tomando el pelo.

—Pues eso es lo que pensamos de vosotros, Sam.

—¿A quién ha engatusado él de nuevo, Joe?

—¡Déjame en paz! —replicó Roth irritado—. A partir de ahora, *el Trovador* es algo que incumbe sólo a la Compañía. Nada tiene que ver con vosotros.

Joe Roth dio media vuelta y se dirigió con rápidos pasos hacia Grosvenor Square.

Dos días después, Max Kellogg se reunía de noche con el director de la CÍA en la biblioteca de la mansión de éste, junto con expedientes, notas, copias de cuentas bancarias y fotografías. Entonces le contó lo que había averiguado.

Tenía un cansancio de muerte, se encontraba exhausto después de haber realizado una labor que, en condiciones normales, hubiera requerido un equipo de hombres y el doble de tiempo. Se le veía demacrado y con ojeras.

El director de la CÍA estaba sentado al otro lado de la vieja mesita de caoba, que había sido colocada entre los dos para disponer sobre ella todo el cúmulo de papeles que Kellogg había llevado consigo. El anciano parecía hundido dentro de la chaqueta de terciopelo de su esmoquin; mientras las luces de las lámparas sacaban extraños reflejos de su calva cabeza y de su rostro fruncido, por debajo de las oscuras cejas sus ojillos se movían nerviosos, posándose en Kellogg para, de inmediato, clavarse en los documentos testimoniales, eran como los de una vieja lagartija.

—¿No puede haber dudas? —preguntó cuando Kellogg acabó su exposición.

Kellogg denegó con la cabeza.

—*El Trovador* nos facilitó veintisiete indicios que pueden servir de pruebas. Veintiséis de ellos coinciden.

—¿Todos de carácter circunstancial?

—Inevitablemente. Si exceptuamos el testimonio de los tres cajeros de Banco. Los tres lo identificaron; en base a fotografías, por supuesto.

—¿Se puede declarar a alguien culpable basando la acusación en pruebas circunstanciales?

—Por supuesto que sí, señor. Hay muchos precedentes y es un caso ampliamente documentado. No siempre se necesita un cadáver para detener a alguien por asesinato.

—¿No se requiere una confesión?

—No es imprescindible. Y puede decirse con certeza que no directamente. Se trata, a fin de cuentas, de un agente muy astuto, muy hábil, muy duro y de gran experiencia.

El director de la CÍA suspiró.

—Ve a casa, Max. Vuelve a tu hogar con tu esposa. No digas nada. Te llamaré cuando te necesite de nuevo. No vuelvas a la oficina hasta que yo no te lo ordene. Tómate unas vacaciones. Descansa.

El anciano hizo un gesto de despedida con la mano y le señaló la puerta. Max Kellogg se levantó y salió de la biblioteca. El director llamó a un ayudante y le ordenó que enviase un telegrama en clave a Londres, a nombre de Joe Roth, clasificado «tan sólo para sus ojos». El texto rezaba, escueto:

Regresa de inmediato. Misma ruta. Preséntate a mí. Mismo sitio.

El mensaje estaba firmado con la palabra en clave que le diría a Roth que provenía del director de la CÍA en persona.

Las sombras sobre Georgetown se aumentaron en aquella noche de verano, al igual que, cada vez más, las sombras se extendían por los pensamientos del anciano. El director de la CÍA permaneció a solas en su biblioteca; meditaba sobre los viejos tiempos, recordando a amigos y a compañeros, a hombres y mujeres, todos ellos jóvenes brillantes, que él mismo había enviado al otro lado del Atlántico, y que habían muerto durante los interrogatorios por culpa de un soplón, de un traidor. No existían las excusas en aquellos tiempos, no había ningún Max Kellogg que se preocupase de buscar las pruebas contundentes después de un trabajo abrumador. Y tampoco existía el perdón en aquellos días; al menos, no para un denunciante. Se quedó mirando fijamente la fotografía que tenía delante.

—¡Hijo de puta! —exclamó, pronunciando con lentitud cada palabra—. ¡Hijo de perra, traidor!

Al día siguiente, un mensajero entró en el despacho de Sam McCready, en la Century House, y le dejó un mensaje del departamento de claves sobre el escritorio. McCready estaba muy ocupado, por lo que hizo un gesto a Gaunt, indicándole que lo abriera. Éste lo leyó, emitió un silbido y se lo pasó. Se trataba de una orden de la CÍA impartida desde Langley. Durante sus vacaciones en Europa, a Calvin Bailey le estaba prohibido el acceso a toda información de índole confidencial.

—¿Orlov? —preguntó Gaunt.

—Por supuesto —contestó McCready—. ¿Qué demonios habrá hecho para convencerlos?

En ese momento, McCready tomó su propia decisión al respecto. Utilizó un buzón falso para enviar un mensaje a *Recuerdo*, pidiéndole una entrevista lo antes posible.

A la hora del almuerzo, en uno de esos mensajes de rutina que enviaba la división de Vigilancia de Aeropuertos,

perteneciente al MI-5, le informaron de que Joe Roth había salido de nuevo de Londres en dirección a Boston, utilizando el mismo pasaporte falso.

Esa misma noche, habiendo ganado cinco horas al cruzar el Atlántico, Joe Roth se encontraba sentado ante la mesita de la biblioteca, en la mansión del director de la CÍA. Éste se había sentado frente a él y tenía a Max Kellogg a su derecha. El anciano tenía una expresión siniestra, mientras que Kellogg se veía simplemente nervioso. Cuando llegó a su casa, en la ciudad de Alexandria, se metió en la cama y aún le dio tiempo de dormir veinticuatro horas hasta que recibió la llamada en la que se le ordenaba regresar a Georgetown. Había dejado todos sus documentos en la casa del director, pero los tenía de nuevo ante él.

—Comienza de nuevo, Max. Desde el principio. Explicándolo todo como me lo contaste a mí.

Kellogg echó una mirada a Roth, se ajustó las gafas y cogió un pliego de encima del montón de legajos.

—En mayo del sesenta y siete, Calvin Bailey fue enviado a Vietnam en calidad de jefe provincial, de G-12. Aquí está el nombramiento. Fue asignado, como puedes ver, al llamado «Programa Fénix». Ya habrás oído hablar de él, ¿no, Joe?

Roth asintió con la cabeza. Cuando la guerra del Vietnam estaba en todo su apogeo, los norteamericanos desencadenaron una operación de gran envergadura con la que pretendían contrarrestar los drásticos efectos que el Vietcong se había asegurado entre la población local mediante su política de sádicas ejecuciones públicas, de carácter selectivo. La idea era aplicar el terrorismo contra los norvietnamitas, identificando y eliminando a los activistas del Vietcong. En eso consistía el «Programa Fénix». El número de personas sospechosas de pertenecer al Vietcong que fueron enviadas a reunirse con su Creador, sin que pudieran acogerse al postulado de la presunción de inocencia o al derecho a tener un juicio justo, es algo que jamás ha llegado a establecerse con exactitud. Algunos han arrojado el cálculo de unas veinte mil personas, que la CÍA reduce a ocho mil.

Aún más problemática sigue siendo la cuestión de saber con certeza cuántos de aquellos sospechosos pertenecían realmente al Vietcong, ya que pronto se convirtió en práctica habitual entre los vietnamitas el denunciar a cualquier persona contra la que se sintiese alguna clase de rencor. La gente era denunciada

por motivos que obedecían a las luchas irreconciliables entre familias o entre clanes, a las disputas sobre límites territoriales o, simplemente, a casos de deudas, que quedaban zanjadas si el acreedor moría.

Por regla general, la persona denunciada pasaba a manos de la Policía Secreta vietnamita o del Ejército, la ARVN. La forma de llevar los interrogatorios y los métodos utilizados en las ejecuciones eran una prueba evidente del ingenio oriental.

—Había allí jóvenes norteamericanos, recién llegados de Estados Unidos —prosiguió Kellogg—, los cuales tuvieron que presenciar actos que nadie debiera haber presenciado. Algunos desertaron, otros necesitaron ayuda psiquiátrica. Y hubo una persona que cambió de modo de pensar y abrazó precisamente la ideología de los hombres a los que había sido enviado a combatir. Calvin Bailey fue esa persona, al igual que George Blake cuando cambió su modo de pensar en Corea. No tenemos pruebas de que haya ocurrido realmente así, ya que no podemos saber qué ocurre dentro de una mente humana, pero la evidencia de lo que sigue nos permite suponer que nuestra hipótesis cae dentro de lo que podríamos calificar de «completamente razonable».

»En marzo de 1968 se produjo lo que, en mi opinión, fue la experiencia cumbre. Bailey se encontraba presente en la aldea de My Lai justamente cuatro horas después de la masacre— ¿Te acuerdas de My Lai?

Roth asintió de nuevo con la cabeza. Todo aquello formaba parte de la historia. Y Roth conocía la historia contemporánea de su nación. El 16 de marzo de 1968, una compañía de Infantería del Ejército estadounidense entró en una pequeña aldea llamada My Lai, donde se sospechaba que algunos miembros del Vietcong o simpatizantes de esa organización podían estar ocultos. Qué fue exactamente lo que les hizo perder el control y actuar como seres enloquecidos es algo que sólo pudo establecerse más tarde, y de modo inadecuado. Cuando no recibieron respuestas a sus preguntas, comenzaron a disparar, una vez que habían empezado no pudieron detenerse hasta que unos cuatrocientos cincuenta civiles desarmados, entre hombres, mujeres y niños, yacían acribillados en el suelo, formando montones de cadáveres mutilados. Tuvieron que transcurrir dieciocho meses antes de que la noticia se filtrase en la sociedad estadounidense, y tres años más hasta el día en que el teniente William Calley tuvo que comparecer ante un Consejo

de Guerra. Pero Calvin Bailey lo había sabido a las cuatro horas, y lo había visto todo.

—Aquí está el informe que presentó en aquella época —dijo Kellogg, pasando por encima varias páginas—, escrito de su puño y letra. Como puedes ver, está redactado por un hombre sacudido por una tremenda conmoción. Por desgracia parece ser que esa experiencia convirtió a Bailey en un simpatizante del comunismo.

«Seis meses después, Bailey informó que había reclutado a dos primos vietnamitas, Nguyen Van Troc y Vo Nguyen Can, y que había logrado infiltrarlos en el mismo Servicio de Inteligencia del Vietcong. Fue un golpe maestro, el primero de muchos. De acuerdo con las declaraciones de Bailey, estuvo dirigiendo a esos hombres durante dos años. De acuerdo con las de Orlov, ocurrió todo lo contrario. Ellos le estuvieron dirigiendo a él. Mira esto.

Kellogg pasó dos fotografías a Roth. En una de ellas se veía a dos jóvenes vietnamitas, tomados en un primer plano y con la jungla de fondo. Uno de ellos estaba marcado con una cruz en el rostro, para indicar que ya había muerto. La otra fotografía, tomada mucho después en una terraza con sillas de mimbre, mostraba a un grupo de oficiales vietnamitas en un ambiente relajado, mientras les estaban sirviendo el té. El camarero miraba hacia la cámara y sonreía.

—La persona que servía el té acabó en un campo de refugiados en Hong Kong, tras haber huido en un barco. La fotografía era su posesión más preciada, pero los británicos se la quitaron porque estaban interesados en el grupo de oficiales. Fíjate en el hombre que está a la izquierda del camarero.

Roth lo miró. Aquel hombre era Nguyen Van Troc, diez años más viejo, pero la misma persona, sin duda alguna. En sus hombreras se veía el distintivo de un oficial de alta graduación.

—En la actualidad es subdirector del Servicio de Contraespionaje vietnamita —dijo Kellogg—. Y con esto hemos comprobado uno de los cargos.

»Y a continuación tenemos lo que afirmó *el Trovador* de que nuestro hombre pasó al servicio de la KGB precisamente en Saigón. *El Trovador* nombró a un hombre de negocios de nacionalidad sueca, ya muerto, que era el residente de la KGB en Saigón en el año de 1970. Desde 1980 sabemos que ese hombre de negocios no era lo que pretendía ser; por otra parte, el Servicio de Contraespionaje sueco descubrió hace ya tiempo la falsedad de su biografía ficticia. El hombre jamás vino de

Suecia, así que lo más probable es que viniese de Moscú. Bailey pudo haberse entrevistado con él cada vez que hubiese querido.

»Y ahora pasemos a Tokio. *El Trovador* aseguró que Drozdov en persona estuvo en esa ciudad en ese mismo año, en 1970, cuando se encontró con nuestro hombre y le puso el nombre de *Halcón*. No podemos probar que Drozdov se hallara allí en esa fecha, pero *el Trovador* estaba muy seguro de esos datos. Y Bailey viajó a Tokio aquel año. Aquí tienes su orden de traslado en la «Air America», las líneas aéreas de la CÍA. Todo encaja. Regresó a Estados Unidos en 1971 convertido ya en agente de la KGB.

A partir de entonces, Calvin Bailey había ocupado dos cargos en América Central y en Sudamérica y tres en Europa, un continente este último que había visitado en muchas ocasiones conforme ascendía dentro de la jerarquía y tuvo que hacer viajes de inspección a las estaciones de la CÍA en el extranjero.

—Sírverte un trago tú mismo, Joe —refunfuñó el director de la CÍA—, que ahora se pone peor.

—*El Trovador* mencionó cuatro Bancos a los cuales su departamento en Moscú hizo transferencias en metálico para el traidor. Incluso nos dio las fechas de esas transferencias. Tenemos las cuatro cuentas, una en cada uno de los Bancos mencionados por *el Trovador*; en Francfort, Helsinki, Estocolmo y Viena. He aquí los comprobantes de los pagos, sumas elevadas y en metálico. Todos ellos fueron hechos al mes de haber sido abiertas las cuentas. A cuatro cajeros se les mostró una fotografía del sospechoso; tres de ellos lo identificaron como el hombre que había abierto las cuentas. Ésta es la fotografía.

Kellogg le pasó una fotografía de Calvin Bailey. Roth se quedó contemplando el rostro como si fuese el de un extraño. No podía creerlo. Había comido con ese hombre, bebido con él, reunido con su familia. El rostro de la fotografía le devolvía la mirada con absoluta inexpresividad.

—*El Trovador* nos mencionó cinco aspectos confidenciales que la KGB conocía y que no tenía por qué saber. Y nos indicó también las fechas en que esas informaciones llegaron a poder de los rusos. Cada una de esas cuestiones secretas era conocida exclusivamente por Calvin Bailey y por otras pocas personas.

»Incluso los éxitos de Bailey, esos golpes de mano que le aseguraron el ascenso en la Compañía, Moscú se los suministró, no fueron más que sacrificios auténticos de la KGB para fortalecer la posición de su agente en nuestra Organización. *El*

Trovador mencionó cuatro operaciones que fueron dirigidas por Bailey con notable éxito. Y está en lo cierto. Pero también afirmó que todas esas operaciones fueron realizadas con el consentimiento de Moscú, y mucho me temo que sea cierto, Joe.

»Tenemos un total de veinticuatro elementos concretos que Orlov nos ha facilitado, y veintiuno de ellos coinciden con nuestro hombre. Tendríamos ahora otros tres, mucho más recientes. Joe, cuando Orlov te telefoneó aquel día en Londres, ¿qué nombre usó?

—*Hayes* —contestó Roth.

—Tu nombre en clave. ¿Cómo lo sabía?

Roth se encogió de hombros.

—Y, por último, llegamos a los recientes asesinatos de los agentes mencionados por Orlov. Bailey te dijo que le llevases a él antes que a nadie el material de Orlov, y que se lo entregases en mano, ¿no es así?

—Sí. Pero eso era algo de lo más normal. Se trataba de un proyecto de Operaciones Especiales, y el material sería estrictamente confidencial. Bailey quería ser el primero en verificarlo.

—Cuando Orlov denunció al inglés Milton-Rice, ¿no fue Bailey el primero en enterarse?

Roth asintió con la cabeza.

—¿Y los británicos, tres días después?

—Sí.

—Y Milton-Rice fue asesinado antes de que los ingleses pudiesen echarle el guante. Lo mismo que ocurrió con Remyants. Lo siento mucho, Joe. Está más claro que el agua. Hay demasiadas pruebas.

Kellogg cerró su última carpeta y dejó a Roth absorto en la contemplación del material que tenía frente a él; las fotografías, los recibos bancarios, los pasajes de avión, las órdenes de traslado. Todo aquello parecía un endemoniado rompecabezas que hubiese sido resuelto sin que quedase ninguna pieza por encajar. Incluso la motivación, esa tremenda experiencia en Vietnam, era lógica.

Kellogg recibió la orden de retirarse. El director de la CÍA miró a Roth fijamente desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué estás pensando, Joe?

—¿Sabe que los ingleses piensan que *el Trovador* es un farsante? —contestó Roth—. La primera vez que vine le comuniqué cuál es el punto de vista de Londres,

El director de la CÍA, profundamente irritado, hizo un gesto de impaciencia, dando un manotazo como, si quisiera alejar algo de sí

—¡Pruebas, Joe! Les pediste pruebas concretas. ¿Te dieron alguna?

Roth hizo un gesto con la cabeza en señal de negación.

—¿Acaso te dijeron que tienen un agente que ocupa un alto cargo en Moscú y que ha denunciado al *Trovador*?

—No, señor. Sam McCready lo negó.

—¡Pues entonces no hablan más que mierda! —gritó el director de la CÍA—. Carecen de pruebas, Joe, sólo es el resentimiento por no ser ellos los que tienen al *Trovador*. Aquí sí hay pruebas, Joe. Páginas y páginas enteras de pruebas.

Roth se quedó mirando los papeles con expresión de incredulidad. Enterarse de repente que había estado colaborando con un hombre que llevaba ya muchos años abocado a la tarea de traicionar a su patria era como si le hubiesen asestado un duro golpe en el estómago.

Se sentía enfermo.

—¿Qué quiere que haga, señor? preguntó con voz serena.

El director de la CÍA se levantó del sillón y comenzó a pasear por su elegante biblioteca.

—Soy el director de la Agencia Central de Inteligencia. Nombrado por el propio Presidente. Y como tal tengo la misión de proteger a este país con todas mis fuerzas y lo mejor que pueda. De todos sus enemigos. Con el Presidente, pero también sin él. No puedo, y no quiero, ir ahora a verle y decirle que nos encontramos ante otro escándalo mayúsculo que hará aparecer a todas las traiciones anteriores como inocentes juegos de niños. Y mucho menos después de la reciente serie de fallos en nuestro sistema de seguridad.

»No lo expondré al escarnio de la Prensa y a la mofa de las demás naciones. No habrá detención, ni tampoco juicio, Joe. El juicio ha sido celebrado ya, aquí, y emitido el veredicto. La sentencia la he de dictar yo, ¡que Dios me ayude!

—¿Qué quiere que haga, señor? —repitió Roth.

—En un último análisis, Joe, podría obligarme a mí mismo a no preocuparme por la traición a la confianza depositada en él, los secretos divulgados, la pérdida de prestigio, el gran daño moral que nos inflige, el escarnio de los medios de comunicación y las burlas de los demás países. Pero *no puedo* expulsar de mi mente las imágenes de los agentes denunciados, sus viudas y

sus huérfanos. Para el traidor, sólo puede dictarse una sentencia, Joe.

»No volverá aquí, jamás. No pondrá los pies en este país, nunca más. Será condenado a la oscuridad eterna. Volverás a Inglaterra y antes de que pueda llegar a Viena y atraviere la frontera con Hungría, que es seguramente lo que tendrá planeado desde que *el Trovador* se ha pasado a nosotros, harás lo que hay que hacer.

—No estoy muy seguro de que yo sea capaz de ello, señor.

El director de la CÍA se inclinó por encima de la mesa y extendió el brazo, cogió a Roth por la barbilla, le alzó el rostro y miró con expresión inquisidora los ojos de aquel hombre joven. Los suyos eran duros como la obsidiana.

—Lo harás, Joe. Lo harás porque yo te lo ordeno como director de la CÍA, porque a través de nuestro Presidente hablo en nombre de este país, y porque tienes que hacerlo por tu patria. Vuelve a Londres y haz lo que hay que hacer.

—Sí, señor —dijo Joe Roth.

CAPÍTULO V

La embarcación zarpó del muelle de Westminster a las tres en punto de la tarde y comenzó su perezosa travesía río abajo, dirección Greenwich. Una multitud de turistas japoneses se aglomeraba en cubierta, apretando los disparadores de sus cámaras fotográficas cual si de cerradas ráfagas de ametralladora se tratara con el fin de retener la huidiza imagen del edificio del Parlamento.

Cuando el barco se aproximó a la mitad del río, un hombre vestido con un ligero traje gris se levantó con calma de su asiento y se dirigió hacia popa, donde se quedó de pie, contemplando la agitada estela que la embarcación dejaba en las aguas del Támesis. Pocos minutos después, otro hombre, que llevaba un ligero impermeable de verano, se levantó de un banco diferente y se acodó a su lado.

—¿Qué tal andan las cosas por la Embajada? —preguntó Sam McCready en voz baja y serena.

—No demasiado bien —contestó *Recuerdo*—. Ya se ha confirmado el hecho de que una acción de contraespionaje a gran escala se halla en marcha. De momento, eso está afectando sólo a mis empleados jóvenes. Pero en forma intensiva. Cuando hayan acabado con ellos, el foco de búsqueda se dirigirá más hacia arriba..., a mí. Estoy ocultando pruebas lo mejor que puedo, pero hay algunos asuntos para los que tendría que hacer desaparecer carpetas enteras, y eso me ocasionaría más perjuicio que beneficio.

—¿Cuánto tiempo crees que puedes quedarte todavía?

—Unas pocas semanas todo lo más.

—Ten mucho cuidado, querido amigo. Nunca pecarás por exceso de prudencia. En modo alguno queremos otro Penkovsky.

A principios de los años sesenta, el coronel Oleg Penkovsky, del Servicio de Inteligencia militar soviético, trabajó para los británicos durante dos años y medio que bien pueden ser calificados de gloriosos. Hasta entonces, y durante muchos años después, fue el agente soviético más valioso jamás reclutado, y

el que más daño hizo a la Unión Soviética. En aquel breve espacio de tiempo hizo llegar a los británicos más de cinco mil documentos calificados *top secret*, lo que culminó con el informe secreto vital acerca de la existencia de misiles soviéticos en Cuba en 1962, información que permitió al presidente Kennedy jugar magistralmente sus cartas contra Nikita Krushev. Pero Penkovsky se quedó más tiempo de lo conveniente. Habiéndole apremiado para que huyera, insistió en permanecer allí unas cuantas semanas más. Fue descubierto, torturado e interrogado, sometido a juicio y fusilado. *Recuerdo* sonrió.

—No te preocupes, que no habrá otro *affair* Penkovsky. No se repetirá. ¿Y cómo te van las cosas?

—No muy bien. Creemos que Orlov ha denunciado a Calvin Bailey.

Recuerdo emitió un silbido de asombro.

—¿Tan alto? Bien, bien. ¿Conque el mismísimo Calvin Bailey? Así que *él* era el objetivo del «Proyecto Potemkin». Sam, tienes que convencerles de su equivocación, de que Orlov miente.

—No puedo —dijo McCready—. Ya lo he intentado. Pero se han desbocado.

—Tienes que intentarlo de nuevo. Ahora está en juego una vida humana.

—¿No pensarás realmente que...?

—¡Oh, sí, mi viejo amigo, claro que lo pienso! —replicó el ruso—. El director de la CÍA es un hombre apasionado. No creo que esté dispuesto a permitir que se produzca otro escándalo monumental, más grande que todos los escándalos juntos que hubo anteriormente, y mucho menos si perjudica la carrera de su Presidente. Optará por imponer silencio. Para siempre. Pero por supuesto, no se saldrá con la suya. Se imaginará que una vez perpetrado el hecho, el asunto nunca saldrá a relucir. Pero nosotros sabemos que se equivoca, ¿no es cierto? Los rumores empezarán a correr muy pronto, porque la KGB se preocupará de que proliferen. Son muy buenos en ese campo.

»Lo irónico de todo este asunto es que Orlov ha ganado ya. Si Bailey es detenido y llevado a juicio, con la gigantesca y dañina publicidad que eso implica, Orlov ha ganado. Si Bailey es silenciado y la noticia sale a relucir, la CÍA sufrirá un gran descalabro en su moral y en su imagen, con lo que Orlov ha ganado. Si Bailey es expulsado sin derecho a pensión, él proclamará su inocencia y la controversia durará años. Y, de nuevo, Orlov será el ganador. Tienes que disuadirlos.

—Ya lo he intentado. Pero siguen pensando que la mercancía de Orlov es inmensamente valiosa y pura. Creen en él.

El ruso se quedó mirando las espumosas aguas por debajo del castillo de popa mientras la embarcación pasaba por delante de la zona de reurbanización portuaria, en la que se veía un gran número de grúas y montones de escombros de las tiendas abandonadas y semidemolidas.

—¿Te he hablado alguna vez de mi teoría del cenicero?

—No —contestó McCready—, no creo que lo hayas hecho.

—Cuando daba clases en la escuela de entrenamiento de la KGB, les decía a mis alumnos que cogiesen un cenicero de cristal y lo rompiesen en tres pedazos. Si a continuación recogemos uno de ellos, sólo sabremos que tenemos un pedazo de vidrio. Si recogemos dos, sabremos que tenemos las dos terceras partes de un cenicero, pero no podremos echar dentro las colillas de nuestros cigarrillos. Para disponer del artículo entero y poder utilizarlo, necesitamos los tres pedazos del cenicero.

—¿Y entonces?

—Pues que entonces todo cuanto Orlov ha facilitado representa uno o dos pedazos de diversos ceniceros enteros. Hasta ahora no ha entregado ni un solo cenicero completo a los norteamericanos. Algo realmente secreto que la Unión Soviética venga ocultando desde hace años y que no desee que se sepa. Di a los estadounidenses que le sometían a una prueba definitiva. Fracasaré. Pero cuando me vaya, traeré el cenicero completo. Entonces lo creerán.

McCready se quedó pensativo. Al cabo de un rato preguntó:

—¿Conocerá Orlov el nombre del *quinto hombre*?

Recuerdo se puso a pensar en lo que su amigo le había preguntado.

—Es probable que sí, aunque no puedo estar seguro —contestó al fin—. Orlov pasó muchos años en el Directorio de Ilegales. Yo, nunca. Siempre pertenezco al servicio de espionaje operativo de Embajadas. Los dos hemos estado en la Sala Conmemorativa; eso forma parte habitual del entrenamiento. Pero, de los dos, sólo él ha podido ver el *Libro Negro*. Oh, sí, tiene que saber el nombre.

En lo más profundo del corazón del edificio número dos de la plaza Yezhinsky, donde está el cuartel general de la KGB, se encuentra la llamada Sala Conmemorativa, una especie de santuario dentro de una edificación atea en el que se rinde culto

a los grandes precursores de la presente generación de altos agentes de la KGB. Entre los retratos de personas reverenciadas que cuelgan de sus paredes se encuentran los de Arnold Deutsch, Teodor Maly, Anatoli Gorsky y Yuri Modin, quienes fueron sucesivamente agentes reclutadores y controladores y formaron parte de la red de espionaje más dañina que pudo ser reunida jamás por la KGB entre los británicos.

Los reclutamientos se llevaron a cabo sobre todo entre un grupo de jóvenes estudiantes de la Universidad de Cambridge a mediados y a finales de la década de los treinta. Todos habían estado coqueteando con el comunismo, como también hicieron muchos otros que después lo abandonaron. Pero cinco de ellos continuaron y se dedicaron a servir a Moscú de un modo tan brillante y eficaz, que han llegado a ser conocidos hasta el día de hoy como los *Cinco Magníficos* o las *Cinco Estrellas*.

Uno de ellos fue Donald Maclean, el cual dejó Cambridge para entrar en el Ministerio de Asuntos Exteriores. A finales de los años cuarenta se encontraba en la Embajada británica en Washington, donde desempeñó un papel fundamental en la entrega a Moscú de centenares de documentos en los que se consignaban los secretos de la nueva bomba atómica que Estados Unidos estaba fabricando en colaboración con Gran Bretaña.

Otro fue Guy Burgess, fumador y bebedor empedernido, y rabioso homosexual, que se las ingenió de algún modo para no ser expulsado del Foreign Office a causa de sus vicios. Servía de enlace y garantizaba la comunicación entre Donald Maclean y sus amos moscovitas.

Ambos fueron descubiertos al fin en 1951, pero pudieron evitar ser detenidos gracias a que alguien les avisó en secreto y huyeron a Moscú.

El tercero fue Anthony Blunt, también homosexual, hombre de una inteligencia extraordinaria y con un gran talento para el espionaje, que puso a disposición de Moscú. Se preocupó también por explotar su otro talento para la historia del arte y se convirtió en conservador de la colección de arte privada de la Reina y en caballero del reino. Él fue la persona que avisó a Burgess y a Maclean del arresto inminente, en 1951. Habiendo salido airoso de una serie de investigaciones, fue descubierto al fin, por lo que le despojaron de su título y cayó en desgracia, pero todo eso no sucedió hasta bien entrada la década de los ochenta.

De todos ellos, el que obtuvo mayor éxito fue Kim Philby, el cual entró en el Servicio Secreto de Inteligencia británico y llegó a dirigir el Departamento Soviético. La huida de Burgess y de Maclean en 1951 hizo que las sospechas también recayeran sobre él. Fue interrogado, no confesó nada, lo apartaron del servicio y, finalmente, huyó a Moscú desde Beirut, en 1963.

Los retratos de los cuatro colgaban de las paredes de la Sala Conmemorativa. Pero el grupo había estado compuesto por cinco personas, y el quinto retrato no era más que un recuadro en negro. La identidad real del quinto hombre sólo se podía encontrar en el *Libro Negro*. La razón era sencilla.

Confundir y desmoralizar al adversario es uno de los principales fines estratégicos de la guerra que se libra en el oculto mundo del espionaje, y la causa de la retardada creación del departamento de maniobras de diversión que dirigía McCready. Desde principios de los años cincuenta, los ingleses sabían que había existido un quinto hombre en aquella red de espionaje reclutada hacía ya tanto tiempo, pero nunca habían podido enterarse de quién se trataba. Moscú sacaba provecho de todo.

A lo largo de todos aquellos años, treinta y cinco en total, y para satisfacción de Moscú, el enigma estuvo atormentando al Servicio Secreto británico, acosado también por una Prensa ávida de sensacionalismos y por una larga serie de libros.

Las sospechas recayeron sobre una docena de agentes de comprobada lealtad y largos años de servicio, los cuales tuvieron que presenciar cómo sus carreras se frenaban en seco y sus vidas eran destrozadas. El principal sospechoso fue el último Sir Roger Hollis, que ascendió hasta el puesto de director general del MI-5, que se convirtió en el blanco de las manías persecutorias de otro hombre de carácter tan obsesivo como James Angleton, del funesto Peter Wright, el cual trató de hacer una fortuna con un libro terriblemente aburrido en el que sacaba a relucir de nuevo sus quejas egocentristas acerca de su pequeña pensión (lo mismo que hace cualquiera) y su convencimiento de que Roger Hollis había sido el Quinto Hombre.

Otras personas también fueron sospechosos, incluidos los dos lugartenientes de Hollis, e, incluso, personaje de tan profundo patriotismo como Lord Víctor Rothschild. Todo aquello no eran más que tonterías, pero el rompecabezas seguía. ¿Vivía el quinto hombre aún? ¿Quizá todavía en funciones? ¿Ocupando un alto cargo en el Gobierno? ¿Era un honrado funcionario

público o pertenecía a algún Servicio Secreto? Y de ser así, sería desastroso. El asunto podría acallarse si se identificaba de una vez por todas a aquel quinto hombre que había sido reclutado hacía tanto tiempo. Como era lógico, la KGB había estado guardando celosamente ese secreto durante treinta y cinco años.

—Pide a los norteamericanos que pregunten a Orlov cómo se llamaba el quinto hombre. No lo revelará. Pero yo lo averiguaré, y lo traeré conmigo cuando me pase a vuestro lado.

—Nos enfrentamos a la cuestión del tiempo —dijo McCready—. ¿Cuánto puedes resistir aún?

—Unas cuantas semanas como mucho, quizá menos.

—Ellos no esperarán, si estás en lo cierto con respecto a la reacción del director de la CÍA.

—¿No tienes otra manera de convencerles de que se queden quietos? —preguntó el ruso.

—La hay. Pero tendrías que darme tu permiso.

Recuerdo le escuchó durante algunos minutos. Luego asintió con la cabeza.

—Si ese tal Roth te da su solemne palabra de honor de que no dirá nada, y si confías en que la mantendrá, entonces, sí.

Cuando a la mañana siguiente, Joe Roth abandonó la terminal del aeropuerto, habiendo volado toda la noche desde Washington, se encontraba atontado por el viaje en avión y no estaba del mejor humor.

Había bebido demasiado durante el viaje y no le divirtió en absoluto que una caricatura de voz con acento irlandés le hablara al oído.

—Muy buenos y santos días, *Mr. Casey*, y bien venido de nuevo entre nosotros.

Roth se volvió. Sam McCready se encontraba a su lado. Era evidente que el muy hijo de puta estaba enterado desde hacía mucho tiempo de lo del pasaporte a nombre de *Casey*, y que había ordenado comprobar las listas de pasajeros en la terminal de Washington para estar seguro de que lo encontraría en el vuelo indicado.

—Sube —dijo McCready cuando salieron a la calle—. Te llevaré hasta Mayfair.

Roth se encogió de hombros. «¿Por qué no?» Se preguntó qué demonios sabría el otro o qué se figuraría. El agente británico mantuvo la conversación a un nivel de charla

insustancial hasta que llegaron a las afueras de Londres. Cuando abordó el tema con seriedad, lo hizo de pronto.

—¿Cuál ha sido la reacción del director de la CÍA? —le preguntó.

—No sé de qué me estás hablando.

—No. Venga, Joe. Orlov ha denunciado a Calvin Bailey. Eso es una gilipollada. ¿No os lo habréis tomado en serio?

—Estás muy equivocado, Sam.

—Hemos recibido una nota en Century House. Mantened apartado a Bailey de todo material confidencial. Eso significa que está bajo sospecha. ¿Y quieres hacerme creer que no es porque Orlov lo ha acusado de ser un agente soviético?

—Es sólo rutina, ¡por el amor de Dios! Algo relacionado con el mantenimiento de demasiadas amantes.

—Podría decirte que me lamieses el culo —replicó McCready—. Calvin puede ser muchas cosas, pero lo cierto es que no es ningún tenorio. Prueba con otra mentira.

—¡No me presiones, Sam! No abuses demasiado de nuestra amistad. Ya te lo dije en otra ocasión; se trata de un asunto interno de la Compañía. ¡Déjame en paz!

—¡Joe, por el amor de Dios! Las cosas han ido demasiado lejos. Se escapan de las manos. Orlov os ha mentido y temo que vayáis a hacer algo terrible.

Joe Roth perdió los estribos.

—¡Para el coche! —gritó—. ¡Para esta mierda de coche!

McCready frenó el «Jaguar» junto al bordillo de la acera. Roth cogió su equipaje del asiento de atrás asió el pestillo de la portezuela. McCready le agarró del brazo.

—Joe, mañana a las dos y media. Tengo algo que quiero mostrarte. Te recogeré a la puerta de tu casa a las dos y media.

—¡Piérdete! —exclamó el norteamericano.

—Tan sólo unos pocos minutos de tu tiempo. ¿Es demasiado pedir? Por los viejos tiempos, Joe, por todo lo que hemos hecho juntos.

Roth se desprendió de su amigo, descendió del coche y se alejó por la calle en busca de un taxi.

Pero allí se encontraba McCready al día siguiente, a las dos y media de la tarde, esperándole en la acera, delante del bloque de apartamentos en el que vivía. Permaneció sentado en el «Jaguar» hasta que Roth subió en él y se alejaron del lugar sin decir una palabra. Su amigo estaba todavía enojado y receloso. El trayecto que recorrieron no llegó a los ochocientos metros.

Roth pensó que le conducía a su propia Embajada, tan cerca habían llegado de la plaza Grosvenor, pero McCready detuvo el coche en Mount Street, una manzana más allá.

A la mitad de Mount Street se encuentra uno de los restaurantes de pescado más exquisitos de Londres, el «Scott's». A las tres en punto un distinguido caballero, que vestía un traje gris claro, salió por la puerta del restaurante y se quedó en el umbral de la entrada. De inmediato, una limusina negra de la Embajada soviética se acercó para recogerlo.

—Dos veces me preguntaste si teníamos un agente infiltrado en la KGB en Moscú —dijo McCready en tono sereno—. Te respondí que no. Y no te mentía. No del todo. Nuestro hombre no se encuentra en Moscú; está aquí, en Londres. Lo estás viendo en este momento.

—No creo lo que estoy viendo —susurró Roth—. Ése es Nikolai Gorodov. Es el director de toda la maldita *rezidentura* de la KGB en Gran Bretaña.

—En carne y hueso. Y trabaja para nosotros, desde hace cuatro años. Vosotros habéis recibido todo su material, con la fuente camuflada, pero puro. Y él afirma que Orlov está mintiendo.

—Pruébalo —dijo Roth—. Siempre estás diciendo que Orlov ha de probar lo que nos cuenta. Ahora pruébalo tú. Dame una prueba de que ese hombre es vuestro.

—Si Gorodov se rasca la oreja izquierda con la mano derecha antes de meterse en el coche, significará que trabaja para nosotros —dijo McCready.

La limusina negra se detuvo delante de la puerta del restaurante. Gorodov no miró ni por un instante hacia el «Jaguar». Pero alzó la mano derecha, la cruzó por delante del pecho, se rascó el lóbulo de la oreja izquierda y se metió en el coche. El vehículo de la Embajada se alejó.

Roth agachó la cabeza y hundió el rostro entre las manos. Respiró hondamente varias veces y luego levantó la cabeza.

—Tengo que decírselo al director de la Agencia —dijo—. Personalmente. Volaré a Washington.

—Ése no ha sido el trato —dijo McCready—. Di mi palabra a Gorodov, y tú me has dado la tuya hace diez minutos.

—Tengo que decírselo al director de la Agencia —repitió Roth—, o, de lo contrario, la suerte estará echada. Ahora ya no puedo retroceder.

—Entonces, retrásalo. Puedes decir que has conseguido otras pruebas, o inventarte algún pretexto para postergarlo. Quisiera hablarte de la teoría del cenicero.

Le habló entonces de la conversación que había mantenido con *Recuerdo* dos días antes, en la embarcación que surcaba el Támesis.

—Pregunta a Orlov por el nombre del quinto hombre. Lo sabe, mas no querrá decírtelo. Pero *Recuerdo* lo averiguará y nos lo dirá cuando se pase a nuestro lado.

—¿Cuándo será eso?

—Muy pronto. Dentro de unas pocas semanas, todo lo más. En Moscú andan con la mosca detrás de la oreja. El círculo se está cerrando.

—Una semana —dijo Roth—. Bailey saldrá para Salzburgo y Viena dentro de una semana. No tiene que llegar a Viena. El director se imagina que huirá por la frontera húngara.

—¿Y por qué no le llamáis con carácter de urgencia? Eso es, ordenadle que vuelva a Washington. Si obedece, eso bien merece un retraso. Si se niega, tiraré la toalla.

Roth consideró la proposición.

—Lo intentaré —dijo—. Ante todo iré a Alconbury. Y mañana, cuando regrese de la base, si Orlov se ha negado a decirme el nombre del quinto hombre, enviaré un cable al director comunicándole que los británicos nos han dado pruebas recientes de que Orlov puede estar mintiendo y le pediré que Bailey regrese a Langley de inmediato. A guisa de prueba. Estoy seguro de que el director acabará dando su consentimiento. Y con eso tendremos un retraso de algunas semanas.

—Suficiente, viejo amigo —dijo McCready—. Más que suficiente. *Recuerdo* se habrá pasado ya con nosotros para entonces y podremos arreglar todas las cosas con vuestro director. Confía en mí.

Roth se encontraba en Alconbury poco después de la puesta del sol. Encontró a Orlov en su habitación, tumbado en la cama, leyendo y escuchando música. Ya había agotado el tema de Simón y Garfunkel —Kroll le dijo que los hombres del equipo de vigilancia ya se sabían casi de memoria cada palabra de los veinte éxitos musicales— y se había pasado a los Seekers. Cuando Roth entró en la habitación, Orlov apagó el tocadiscos, en el que sonaba *Mornigtown*, y se sentó sobre la cama dirigiéndole una sonrisa.

—¿Cuándo regresaremos a Estados Unidos? —preguntó—. Aquí me aburro. Incluso en el rancho estaba mejor, pese a todos los riesgos.

Orlov había engordado de tanto permanecer tumbado y sin posibilidad de hacer ejercicio. Su alusión al rancho era una broma. Después de aquel simulacro de atentado, Roth, durante un tiempo, mantuvo la versión de que había sido obra de la KGB, que Moscú debía de haberse enterado de los detalles del rancho por Urchenko, el cual había sido interrogado en ese lugar antes de que cometiese la estupidez de volver con la KGB. Pero después reveló a Orlov que había sido una jugarreta de la CÍA para comprobar las reacciones del desertor ruso. Al principio, Orlov se enfureció («¡Hijos de puta, creí que iba a morir!», gritó.) Pero después se echó a reír al recordar el incidente.

—Muy pronto —contestó Roth—. Muy pronto habremos terminado aquí.

Esa noche cenó con Orlov le habló de la Sala Conmemorativa en Moscú. Orlov asintió.

—Por supuesto, ya lo creo que he estado en ella. Todos los agentes iniciados son llevados allí. Para ver a los héroes y admirarlos.

Roth encauzó la conversación hacia los retratos de las *Cinco Estrellas*. Masticando un trozo de solomillo, Orlov denegó con la cabeza.

—Cuatro —le corrigió—. Sólo hay cuatro retratos. Los de Burgess, Philby, Maclean y Blunt. Cuatro estrellas.

—¿Pero no hay acaso un quinto marco que no contiene más que un papel negro? —inquirió Roth.

Orlov había comenzado a masticar mucho más despacio.

—Sí —admitió tras tragar el trozo de carne—. Un marco pero sin retrato.

—¿Así que *había* un Quinto Hombre?

—Aparentemente.

Roth no cambió el tono de la conversación, mas se quedó vigilando a Orlov por encima del tenedor.

—Pero tú eras todo un comandante en el Directorio de Ilegales. Has tenido que leer el nombre impreso en el *Libro Negro*.

Algo extraño relampagueó en los ojos de Orlov.

—Nunca me mostraron ningún *Libro Negro* —replicó Orlov con toda calma.

—¡Peter! ¿Quién *era* el Quinto Hombre? ¡Su nombre, por favor!

—No lo sé, amigo mío. Te lo juro. —Sonrió de nuevo de ese modo tan caluroso y atractivo que le caracterizaba—. ¿Quieres interrogarme con el detector de mentiras?

Roth le devolvió la sonrisa, pero pensó: «¡No, Peter!, porque creo que puedes engañar a esa máquina cada vez que te lo propongas.» Decidió volver a Londres a la mañana siguiente y enviar un mensaje pidiendo un aplazamiento y que se llamase a Bailey a Washington para probarlo. Si había el más ínfimo elemento de duda —pese a la forma exhaustiva con que Kellogg creía haber comprobado el caso—, y ahora aparecía ese elemento de duda, él no cumpliría la orden, ni siquiera por obediencia al director de la CÍA ni pensando en su propia y brillante carrera. Algunos precios que había que pagar resultaban en realidad demasiado elevados.

A la mañana siguiente llegaron las limpiadoras. Eran señoras de Huntingdon, las mismas que se empleaban en el resto de la base. Cada una de esas mujeres había sido investigada por los Servicios de Seguridad y llevaba una tarjeta de identificación especial para entrar en el área acordonada. Roth y Orlov, sentados frente a frente, se encontraban tomando el desayuno en el comedor, mientras intentaban hablar por encima del ruido de una enceradora giratoria que alguien estaba manejando fuera en el pasillo. El insistente zumbido del aparato se acercaba y se alejaba conforme la mujer de la limpieza lo llevaba de un lado a otro.

Orlov se enjugó los restos de café de los labios, se excusó de que tenía que ir al servicio y salió de la sala. En lo que le quedaba de vida, Roth jamás volvería a burlarse de la creencia en un sexto sentido. Pocos segundos después de que Orlov hubiese salido, Roth advirtió un cambio en el ruido de la enceradora. Salió al corredor para ver la causa. La máquina estaba abandonada, con sus cepillos cepillando el suelo en el mismo sitio y el motor emitiendo un continuo y agudo alarido.

Había visto a la limpiadora cuando él se dirigía al comedor para desayunar con Orlov; se trataba de una señora delgada, con la bata de trabajo, rulos en el cabello y un pañuelo cubriéndole la cabeza. Para dejarlo pasar, la mujer se había echado a un lado y había continuado su faena sin levantar la mirada. Y ahora había desaparecido. Al final del pasillo, la puerta del servicio de caballeros se bamboleaba aún lentamente.

—¡Kroll! —gritó Roth con todas sus fuerzas mientras se precipitaba hacia el final del pasillo.

La mujer se encontraba de rodillas en el suelo, en el centro del servicio de caballeros, con el cubo de plástico junto a ella y las botellas de detergentes y bayetas esparcidas a su alrededor. En la mano derecha empuñaba una pistola «Sig Sauer» con silenciador, que las bayetas habían ocultado. En el extremo más alejado del recinto se abrió la puerta de uno de los cubículos y Orlov salió. La asesina, arrodillada alzó el arma y apuntó.

Roth no sabía ruso, pero conocía unas pocas palabras. Gritó «¡*Stoi!*» con todas sus fuerzas. La mujer giró sobre sus rodillas. Roth se lanzó al suelo. Oyó un «plop» y sintió la onda expansiva cerca de su cabeza. Todavía estaba tumbado sobre las baldosas cuando hubo un ruido atronador a sus espaldas y sintió los efectos de más ondas expansivas a su alrededor. Y es que los lavabos cerrados no son lugares para disparar un «Magnum» del cuarenta y cuatro.

Detrás de él se encontraba Kroll, en el umbral de la puerta, empuñando su revólver con ambas manos. No necesitaba efectuar un segundo disparo. La mujer yacía de espaldas sobre las baldosas, una mancha roja en su pecho hacía juego con las rosas de su bata de trabajo. Poco después descubrirían que la verdadera señora de la limpieza se encontraba en su casa en Huntingdon, atada y amordazada.

Orlov seguía aún ante la puerta del cubículo, con el rostro pálido como la cera.

—¿Más juegos? —vociferó—. ¡Ya está bien de juegos de la CÍA!

—Nada de juegos —replicó Roth, al tiempo que le levantaba del suelo—. Esto no ha sido un juego. Ha sido la KGB.

Orlov miró de nuevo y vio que el oscuro charco rojizo que se extendía ahora sobre las baldosas no era un efecto especial de Hollywood. No en esta ocasión.

Roth necesitó dos horas para conseguir un avión que trasladase de inmediato a Orlov y al resto del equipo de vuelta a Estados Unidos, y para asegurarse de que, una vez allí, serían llevados en seguida al rancho. Orlov abandonó la base muy contento, llevándose su magnífica colección de canciones. Cuando el avión de transporte militar estadounidense despegó hacia Estados Unidos, Roth se montó en su automóvil y se dirigió a Londres. Estaba profunda y amargamente enfadado.

En parte se culpaba a sí mismo. Habría debido saber que después de haber sido descubierto Bailey, la base de Alconbury no podía ser considerada por mucho tiempo como un lugar seguro para Orlov. Pero con la interferencia de los británicos había estado tan atareado que el asunto se le había ido de la mente. Nadie es infalible. Se preguntó extrañado por qué Bailey no habría avisado a Moscú para que organizaran el asesinato de Orlov, antes de que ese coronel de la KGB hubiese tenido la oportunidad de mencionar su nombre. Quizás había confiado en que Orlov jamás le nombraría, pues no tendría esa información. Ése fue el error de Bailey. Nadie es infalible.

Cuando llegó a la Embajada sabía muy bien lo que tenía que hacer. La pelota se encontraba ahora en el campo de McCready. Si éste quería sostener su teoría de que Gorodov era un desertor de verdad y Orlov sólo un farsante, y que, por lo tanto, Bailey estaba fuera de toda sospecha, ya que, siendo una persona inocente, había sido víctima de una pérfida maquinación, tan sólo había una cosa que el británico pudiese hacer. Tenía que organizar las cosas para que Gorodov se pasase *ya*, de modo que Langley hablara con él y aclarase las cosas de una vez por todas. Se dirigió a su despacho para llamar por teléfono a McCready a la Century House. En el corredor se tropezó con su jefe de departamento.

—¡Ah!, por cierto —dijo Bill Carver—, nos acaba de llegar algo, por cortesía de Century. Parece que nuestros amigos de Kensington Palace Gardens están moviendo las cosas. Su *resident*, Gorodov, ha salido en avión para Moscú esta mañana. Lo tienes sobre tu escritorio.

Roth no hizo la llamada. Se sentó frente a su escritorio. Se sentía aturdido. Así que habían tenido razón, él y su director y su Agencia. Pero, en lo hondo de su corazón, sintió lástima de McCready. Haberse equivocado de tal modo, haber sido engañado de una manera tan miserable durante cuatro años tenía que representar un golpe terrible. Y en lo que respectaba a él mismo, lo cierto era que se sentía aliviado de un modo muy extraño, pese a lo que le quedaba por hacer. Ahora no tenía dudas, ni la más mínima. Los dos acontecimientos ocurridos en una sola mañana habían servido para disipar de su cabeza cualquier resto de duda. El director de la CÍA estaba en lo cierto. Lo que había que hacer tenía que ser hecho.

Pero todavía sentía lástima por McCready. «Seguro que en la Century House le estarán dando ahora una buena reprimenda», pensó.

Y se la estaban dando, o se la daba, mejor dicho, Timothy Edwards.

—Lamento mucho tener que decirte esto, Sam, pero estamos ante un fracaso total. Precisamente acabo de ver al Jefe y hemos intercambiado algunas palabras, y la conclusión a la que hemos llegado es que podemos plantearnos con toda seriedad la posibilidad de que *Recuerdo* haya sido un leal agente soviético durante todo este tiempo.

—No lo ha sido —replicó McCready categórico.

—Eso es lo que tú dices, pero las evidencias actuales parecen apuntar claramente a la posibilidad de que nuestros primos estadounidenses estén en lo cierto y nosotros hayamos sido embaucados. ¿Sabes cuáles serán las consecuencias de todo esto?

—Puedo imaginármelo.

—Tendremos que analizarlo todo de nuevo, y evaluar cada maldita cosa que *Recuerdo* nos haya dado durante estos cuatro años. Es una empresa endemoniada. Y, peor aún, nuestros primos han compartido toda nuestra información, así que tendremos que decírselo para que ellos, a su vez, revisen todo de nuevo. Reparar los daños será labor de muchos años. Y aparte de todo, se trata de una vergüenza mayúscula. El Jefe no está muy satisfecho que digamos.

Sam dio un suspiro. Siempre ocurría lo mismo. Cuando la mercancía de *Recuerdo* era la auténtica sal de la vida, dirigirlo era una operación propia del Servicio. Pero ahora se trataba de un error cometido única y exclusivamente por *el Manipulador*.

—¿Te hizo saber de algún modo que tuviese la intención de regresar a Moscú?

—No.

—¿Cuándo pensaba finiquitar sus cosas y venirse con nosotros?

—Dentro de dos o tres semanas —contestó McCready—. Pensaba comunicarme el momento en que su situación se volviese desesperada y entonces saltar la valla.

—Pues bien, no lo ha hecho. Ha vuelto a su casa. Y es de suponer que voluntariamente. Los del servicio de vigilancia de aeropuertos nos informan que pasó por Heathrow sin ninguna coacción. Ahora hemos de pensar que Moscú es su verdadera patria.

»Y para colmo tenemos ese maldito asunto de Alconbury. ¿Qué clase de espíritu maligno te ha poseído? Dijiste que se trataba de una prueba. Pues bien, ahí la tienes, Orlov la ha

pasado con sobresaliente. Esos hijos de puta han intentado matarle. Hemos tenido mucha suerte de que tan sólo muriese la asesina. Y eso es algo que no podemos contar a nuestros primos. Jamás. ¡Ya puedes enterrarla!

—Sigo sin creer que *Recuerdo* nos haya mentido.

—¿Y por qué no? Ha vuelto a Moscú.

—Tal vez trate de conseguir un último maletín lleno de documentos para dárnoslo.

—Correría un peligro terrible. Tiene que estar loco. ¡Con el cargo que ocupa!

—Pues es la verdad. Quizá se trate de un equívoco. Pero él es así. Hace años prometió que nos traería un último paquete con un gran regalo antes de venirse con nosotros. Estoy convencido de que ha ido a buscarlo.

—¿Sustentas con alguna prueba ese notable exceso de confianza?

—Instinto.

—¿Instinto? —remedó Edwards en tono sarcástico—. No podemos llevar a cabo con éxito ninguna empresa basándonos en el instinto.

—Colón lo hizo —replicó McCready—. ¿Puedo hablar con el Jefe?

—Así que apelando al César, ¿eh? Serás bien recibido. Pero no creo que logres nada.

Sin embargo, McCready lo logró. Sir Christopher escuchó atentamente lo que le proponía.

—¿Y suponiendo que sea leal a Moscú después de todo? —preguntó.

—En ese caso, lo sabré en breves instantes.

—Pueden encarcelarte —dijo el Jefe.

—No lo creo. No parece que Gorbachov desee de momento una confrontación diplomática.

—Y tampoco la tendrá —aseguró el Jefe, categórico—. Si vas, lo harás por tu cuenta.

Así que Sam McCready se dispuso a viajar en esas condiciones. Lo único que deseaba era que Gorbachov no estuviese enterado de las mismas. Necesitó tres días para hacer sus planes.

Cuando McCready se encontraba en su segundo día de preparativos, Joe Roth llamó por teléfono a Calvin Bailey.

—Calvin, acabo de regresar de Alconbury. Creo que deberíamos de hablar.

—Por supuesto, Joe, ven a verme.

—Lo cierto es que de momento no corre mucha prisa. ¿Por qué no me invitas a cenar para mañana?

—Ah, muy bien, es una buena idea, Joe. De todos modos, Gwen y yo andamos muy mal de tiempo en estos días. Hoy, por ejemplo, hemos almorzado en la Cámara de los Lores.

—¿De verdad?

—Como lo oyes, Joe. Con el jefe del Alto Estado Mayor.

Roth no salía de su asombro. En Langley, Bailey era una persona fría y distante, con tendencia al escepticismo. No había más que dejarlo suelto en Londres y ya era como un niño en una tienda de juguetes. ¿Y por qué no? Dentro de seis días se encontraría a salvo en Budapest, tras haber cruzado la frontera.

—Calvin, conozco una hostería maravillosa subiendo por el Támesis, en la localidad de Eton. Sirven un exquisito menú de pescado. Se dice que el rey Enrique VIII solía enviar una embarcación a Ana Bolena para que la remontase río arriba cuando quería encontrarse con ella a escondidas en aquel lugar.

—¿En serio? ¿Es tan antigua? Bien, escucha, Joe, mañana por la noche vamos al «Covent Garden». Pero el jueves podría ser.

—De acuerdo. Quedamos para el jueves, Calvin. Como tú quieras. Estaré esperándote a las ocho a la puerta tu casa. Hasta el jueves entonces.

Al día siguiente, Sam McCready terminó sus preparativos y se dispuso a dormir en esa noche que quizá fuere la última que pasara en Londres.

Por la mañana, tres hombres aterrizaban en Moscú en vuelos diferentes. El primero fue el rabino Birnbaum. Llegaba de Zurich en un avión de la «Swissair». El policía que se ocupaba del control de pasaportes en Scheremetievo pertenecía al Directorio de Policías fronterizos de la KGB; era un joven de cabellos tan rubios como la mies, ojos azules y mirada fría. Inspeccionó al rabino de pies a cabeza y, a continuación, concentró toda su atención en el pasaporte. Se trataba de un estadounidense llamado Norman Birnbaum y tenía cincuenta y seis años.

Si el policía hubiese sido algo mayor, hubiera recordado cuando en Moscú, y prácticamente en toda Rusia, había muchos judíos ortodoxos que se parecían al rabino Birnbaum. Era un hombre fuerte que vestía traje negro y camisa blanca con corbata negra. Lucía una poblada barba canosa y bigote. Cubría su cabeza con un sombrero negro y llevaba unas gafas de

cristales tan gruesos, que las pupilas se le dilataban y distorsionaban cuando se esforzaba por ver a través de aquellos lentes. A ambos lados del rostro, como si saliesen del ala del sombrero, le caían sendos bucles de cabellos ensortijados. El rostro que se veía en la fotografía del pasaporte era el mismo de aquel hombre, pero sin el sombrero.

El visado estaba en orden y había sido expedido por el Consulado General de la Unión Soviética en Nueva York. El policía le miró de nuevo.

—¿Cuál es el motivo de su visita a Moscú?

—Deseo visitar a mi hijo durante algunos días. Trabaja aquí, en la Embajada de Estados Unidos.

—Un momento, por favor —dijo el policía. Se levantó de su asiento y se retiró. Detrás de una puerta de cristal, el rabino pudo verlo mientras deliberaba con un oficial de más alta graduación, que se puso a examinar el pasaporte.

Los rabinos ortodoxos eran muy raros en un país en el que la última escuela rabina había sido abolida hacía ya algunas décadas. El joven oficial regresó.

—¡Espere un momento, por favor! —le ordenó, e hizo señas al siguiente en la cola para que se acercara.

Hubo algunas llamadas telefónicas. Alguien en Moscú consultó una lista en la que venía la relación del personal diplomático acreditado. El oficial de mayor graduación regresó poco después con el pasaporte y susurró algo al oído del joven. Al parecer existía un Roger Birnbaum, el cual aparecía como miembro del Departamento de Contabilidad de la Embajada de Estados Unidos. Lo que no se decía en la lista era que su auténtico padre vivía retirado en Florida, y que la última vez que había estado en una sinagoga había sido con motivo de la consagración religiosa de su hijo, cuando éste cumplió los trece años de edad, es decir, hacía unos veinte años. Por señas indicaron al rabino que podía pasar.

Luego le registraron la maleta en la aduana. Llevaba la muda habitual de camisas, calcetines y calzoncillos, otro traje negro, útiles de aseo y una edición del *Siddur* en hebreo. El policía de la aduana lo hojeó, sin entender ni una palabra. A continuación dejó pasar al rabino.

Birnbaum cogió el autobús de «Aeroflot», que lo condujo hasta el centro de Moscú mientras soportaba alguna que otra mirada de curiosidad o de burla. Desde el edificio de la terminal de autobuses anduvo hasta el «Hotel Nacional», en Manege, donde entró en el servicio de caballeros y usó el urinario hasta

que el otro ocupante que había se fue. Entonces se ocultó en el cubículo de uno de los retretes.

El disolvente del pegamento lo llevaba en su frasco de colonia. Cuando salió de los lavabos, todavía llevaba la chaqueta negra, pero sus pantalones reversibles eran ahora de un color gris claro. El sombrero descansaba dentro de su maleta, junto con las pobladas cejas, los largos bigotes canosos y la cerrada barba, objetos a los que hacían compañía la camisa y la corbata. Sus cabellos, en vez de grises, eran ahora de un color castaño claro y vestía puesto un jersey de cuello alto, de un amarillo chillón, que antes llevaba debajo de la camisa. Salió del hotel, sin que nadie le prestara atención, cogió un taxi y se hizo conducir hasta la puerta de la Embajada británica, situada en el terraplén enfrente del Kremlin.

Dos jóvenes de las milicias rusas, que montaban guardia ante la puerta, en territorio soviético, le pidieron la identificación. Les mostró el pasaporte británico y sonrió con expresión afectada al joven que lo examinaba. Éste se sintió azorado y se lo devolvió rápidamente. Muy irritado, hizo señas al homosexual británico de que penetrase en el territorio de su Embajada y enarcó las cejas, echando a su compañero una expresiva mirada mientras el inglés obedecía sus órdenes. Instantes después, éste había cruzado la puerta y desaparecía tras los muros de la Embajada.

El rabino Birnbaum no era en realidad ni judío, ni estadounidense, ni homosexual. Su verdadero nombre era David Thornton y era uno de los mejores maquilladores de artistas de la cinematografía británica. La diferencia que existe entre el maquillaje para teatro y el que se necesita para el cine consiste en que en el teatro las luces son muy intensas y la distancia entre los actores y el público es considerable. En el cine también hay luces, pero puede ocurrir que el cámara necesite tomar primeros planos y acerque el objetivo hasta pocos centímetros del rostro. De ahí que el maquillaje para el cine tenga que ser más sutil, más realista. David Thornton había trabajado durante años para los estudios «Pinewood», donde seguía siendo uno de los maquilladores más solicitados. Pertenecía también a ese grupo de expertos al que el Servicio Secreto de Inteligencia británico podía recurrir en cualquier momento cada vez que necesitaba a alguno de ellos.

La segunda persona en llegar tenía vuelo directo desde Londres, y viajaba con la «British Airways». Se trataba de Denis Gaunt, exactamente igual a sí mismo, salvo en el hecho de que tenía el cabello canoso y se veía quince años más viejo de lo que era en realidad. Llevaba un estrecho maletín de cuero con cerradura de combinación, sujeto a la muñeca izquierda por unas esposas, y lucía una corbata azul en la que tenía estampada la figura de un galgo, el distintivo de uno de los cuerpos de Mensajeros de la Reina.

Todos los países disponen de correos diplomáticos que se pasan la vida acarreando documentos de una Embajada a otra y volviendo con más documentos a sus respectivas naciones. De acuerdo a lo establecido en el Tratado de Viena, se les considera personal diplomático y sus equipajes no son registrados. El pasaporte de Gaunt estaba expedido a otro nombre, pero era un documento británico perfectamente válido. Lo presentó y pasó por los distintos controles sin impedimento alguno.

A la entrada del aeropuerto, un funcionario de la Embajada lo estaba esperando en un «Jaguar» para conducirlo a la Embajada británica, a donde llegó una hora después de Thornton. Así que pudo entregar a éste todos los instrumentos necesarios para el ejercicio del arte del maquillaje, los cuales había transportado en su propia maleta.

La tercera persona en pisar suelo moscovita fue Sam McCready, que llegó desde Helsinki en un vuelo de la «Finnair». Él también llevaba un pasaporte británico válido expedido a un nombre falso, y él también se había maquillado. Pero debido al calor que hacía dentro del avión, algo había salido mal.

Su rubia peluca se había ladeado un poco y, por debajo de ella, asomaba un mechón de cabellos oscuros. La goma de pegar que sujetaba su rubio bigote parecía haberse derretido, y, en uno de los extremos, su bien recortado bigote se había levantado, y le caía un poco sobre el labio superior.

El policía del control de entrada se quedó mirando la fotografía en el pasaporte y luego escudriñó el rostro del hombre que tenía frente a él. Los rostros eran idénticos, cabellos, bigote, todo. Nada hay de ilegal en el hecho de llevar una peluca, ni siquiera en Rusia; es algo que muchos hombres calvos hacen. ¿Pero un bigote que se afloje de pronto? El policía del control de pasaportes, que no era el mismo que había visto al rabino Birnbaum, ya que Scheremetievo es un aeropuerto

muy grande, también fue a consultar a un oficial superior, el cual contempló al pasajero a través de un espejo unidireccional.

Al otro lado de ese mismo espejo, un fotógrafo sacó varias fotografías del pasajero, se impartieron una serie de órdenes y algunas personas pasaron de hallarse en condición de espera a encontrarse en estado de alarma operativo. Cuando Sam McCready hubo terminado en el control de aduanas y salió del aeropuerto, dos automóviles «Moscovitch», sin distintivo oficial, lo estaban esperando. También él fue recogido por un coche de la Embajada —de no tan alta categoría como un «Jaguar»—, y conducido hasta el edificio de la Embajada británica, aunque, en esta ocasión, el automóvil de la Embajada fue seguido durante todo el trayecto por dos vehículos de la KGB, cuyos ocupantes se encargaron después de dar aviso a sus superiores del Segundo Directorio Principal.

A últimas horas de la tarde, las fotografías de aquel extraño pasajero llegaban a la localidad de Yazenevo, donde tiene su sede el cuartel general del aparato de contraespionaje de la KGB, el llamado Primer Directorio Principal. Acabaron su recorrido sobre el escritorio del subdirector, el general Vadim V. Kirpichenko. El general se las quedó mirando, leyó luego el informe sobre la peluca y el extremo del bigote suelto, cogió las fotos y bajó con ellas hasta el laboratorio fotográfico.

—A ver si podéis quitarle esa peluca y el bigote —ordenó el general.

Los técnicos se pusieron a trabajar con el aerógrafo. Cuando el general vio el resultado final, estalló en estruendosas carcajadas.

—¡Que me lleven todos los diablos si éste no es Sam McCready! —murmuró.

Informó al Segundo Directorio Principal de que sus propios hombres se encargarían de seguir al sospechoso e impartió las órdenes.

—Hay que vigilarle las veinticuatro horas del día. Si establece contacto con alguien, detened a los dos. Si recoge algo de un buzón falso, detenedlo. Si se tira un pedo apuntando hacia el mausoleo de Lenin, detenedlo.

El general colgó el auricular y leyó de nuevo los datos del pasaporte de McCready. Se suponía que el hombre, un especialista en electrónica, había volado desde Londres vía Helsinki, para limpiar la Embajada de micrófonos ocultos y aparatos de escucha, una labor rutinaria.

—¿Pero qué demonios estás haciendo realmente aquí? —preguntó el general al rostro de la fotografía que tenía sobre su escritorio.

En la Embajada británica, McCready, Gaunt y Thornton comían a solas. Al embajador no le hacía mucha gracia el tener a esos tres extraños invitados, pero la petición le había llegado del gabinete del Consejo de Ministros, asegurándole que esa molestia no duraría más de veinticuatro horas. En lo que atañía a Su Excelencia, cuanto antes se marcharan esos tres fantasmas indeseados, tanto mejor.

—Espero que resulte —dijo Gaunt mientras tomaban el café—.

Los rusos son extraordinariamente buenos jugando al ajedrez.

—Cierto —asintió McCready con toda calma—, pero mañana nos enteraremos de lo buenos que son con el truco de las tres cartas.

CAPÍTULO VI

A las ocho y cinco minutos en punto de la mañana de un caluroso día de julio, un sedán «Austin Montego», sin distintivo oficial alguno, salía por el portalón de la Embajada británica en Moscú y cruzaba el puente sobre el Moskova en dirección hacia el centro de la ciudad.

Según el informe presentado por los agentes de la KGB, Sam McCready iba al volante y viajaba solo. Aunque su peluca y su bigote rubios estaban ahora impecablemente colocados en su lugar, no por eso dejaban de ser visibles para los vigilantes que acechaban tras los parabrisas de diversos automóviles. Al mismo tiempo se hicieron muchas fotografías con cámaras provistas de teleobjetivo, y varias más durante el resto del día.

El agente británico condujo cuidadosamente su automóvil por las céntricas calles de Moscú y luego se dirigió hacia el parque del Archivo Tecnológico, situado en el norte de la ciudad. Durante el trayecto realizó varias tentativas para sacudirse de encima algún posible perseguidor, pero todas fueron infructuosas. Tampoco se dio cuenta de que lo seguían. Los de la KGB estaban utilizando seis automóviles, cada uno de los cuales se comunicaba por radio con los demás, por lo que ninguno de esos vehículos se mantenía detrás del sedán «Montego» durante algo más de unos pocos kilómetros.

Una vez en el recinto del enorme parque el agente del SIS británico abandonó su automóvil y siguió su recorrido a pie. Dos de los vehículos de la KGB se quedaron vigilando cerca del sedán «Montego». La dotación de los otros cuatro coches se apeó y se desplegó por entre los instrumentos científicos en exhibición hasta que el británico estuvo rodeado por un círculo invisible.

El hombre se compró un helado, y estuvo casi toda la mañana sentado en un banco, simulando leer un periódico, mientras que echaba frecuentes ojeadas a su reloj de pulsera como si esperase a alguien. Pero nadie se le acercó, si se exceptúa a una anciana dama que le preguntó la hora. El agente

británico le mostró su reloj sin decir ni una palabra, la mujer miró la hora, le dio las gracias y continuó su camino.

En seguida, la mujer fue puesta a buen recaudo, registrada e interrogada. A la mañana siguiente, los de la KGB estaban perfectamente convencidos de que la mujer no era más que una pobre anciana que quería saber la hora. El vendedor de helados también fue detenido.

Poco después de las doce, el agente de Londres sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta un paquete con bocadillos y se los comió muy despacio. Cuando terminó, se levantó del banco, tiró el envoltorio en una papelera, se compró otro helado y regreso a sentarse en el mismo banco.

La papelera fue puesta bajo vigilancia, pero nadie se acercó a retirar el papel de envolver hasta que los del equipo de limpieza llegaron con su carrito para vaciar el cesto. El papel del envoltorio había sido cogido ya por los agentes de la KGB antes de que los basureros pudiesen hacerlo; en realidad, todo el contenido del cesto fue objeto de un análisis minucioso en el laboratorio. Entre las pruebas efectuadas se incluían las encaminadas a detectar algún tipo de escritura invisible, así como micropuntos o microfilmes ocultos entre dos capas de papel. No se encontró nada. Pero sí se detectaron restos de pan, mantequilla, pepinillos y huevos.

Algo más tarde, justo después de la una, el agente británico se levantó del banco y abandonó el parque en su automóvil. Estaba claro que su primera cita había fracasado. Se dirigió a una de esas tiendas en las que sólo se puede comprar con divisas fuertes, con la evidente intención de asistir a una segunda visita, que parecía ser un encuentro de reserva. Los agentes de la KGB entraron en la tienda y se pusieron a remolonear entre las estanterías para ver si el inglés depositaba algún mensaje entre las selectas mercancías que había en oferta o si lo recogía. Si hubiese realizado alguna compra, hubiera sido arrestado de inmediato, tal como rezaban las órdenes, debido a que el artículo comprado contendría probablemente un mensaje, por lo que la tienda estaría siendo utilizada como un buzón falso. Pero no hizo compra alguna, y lo dejaron en paz.

Cuando abandonó la tienda, regresó en el automóvil a la Embajada británica. Diez minutos después salía de nuevo, pero esta vez sentado en la parte trasera de un «Jaguar» que iba conducido por un chófer de la Embajada. Cuando el «Jaguar» salía de la ciudad rumbo al aeropuerto, el jefe del equipo de

vigilancia de la KGB estableció comunicación directa con el general Kirpichenko.

—Ahora se está aproximando al edificio del aeropuerto, camarada general.

—¿No ha establecido contacto de ninguna clase? ¿Absolutamente de ninguna?

—No, camarada general. Aparte la anciana y el vendedor de helados, ahora bajo custodia, no ha hablado con nadie, y tampoco nadie se ha dirigido a él. El periódico que había estado leyendo, y que después tiró, así como el papel que envolvía sus bocadillos se encuentran en nuestro poder. Por lo demás, no ha tocado nada.

—Se trata de una misión fallida —comentó pensativo el general Kirpichenko—. Ya volverá. Y nosotros le estaremos esperando.

El general sabía que Sam McCready, con el pretexto de ser un técnico del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, viajaba con pasaporte diplomático.

—Dejad que se vaya —ordenó el general—. Vigilad bien, no sea que vaya a establecer algún contacto dentro de la sala de espera; de no ser así, seguidle por los controles hasta que se encuentre dentro del avión.

Poco después, el general examinaría las fotografías que los hombres de su equipo habían tomado con teleobjetivo; entonces pediría una lupa de gran aumento, las examinaría de nuevo, se enderezaría con el rostro enrojecido por la ira y gritaría:

—¡Partida de cretinos estúpidos, éste no es McCready!

A las ocho y diez minutos de esa misma mañana, un «Jaguar», conducido por Barry Martins, el jefe de la delegación del SIS británico en Moscú, salía de la Embajada del Reino Unido y se dirigía, con gran parsimonia, hacia el viejo barrio de Arbat, con sus angostas calles flanqueadas por las elegantes casas de unos comerciantes prósperos que ya pertenecían a una época pasada. Un único «Moscovitch» se encargó de la persecución, pero eso era algo que hacían por pura rutina. Los británicos se referían a esos agentes de la KGB que lo perseguían por todo Moscú, ejecutando una de las tareas más aburridas de la vida, como «la cuadrilla de ostras». El «Jaguar» se metió por el barrio de Arbat como si paseara, pero el hombre que conducía sacaba de vez en cuando de la guantera el plano de la ciudad para consultarlo.

A las ocho y veinte una limusina «Mercedes Benz» salía de la Embajada. Al volante, con chaqueta azul y gorra de visera, iba uno de los chóferes de la Embajada. Nadie se fijó en la parte trasera del automóvil, así no vieron a una figura agazapada contra el suelo del vehículo y cubierta por una manta. Otro «Moscovitch» salió en persecución de este último coche.

Al entrar en el barrio de Arbat, el «Mercedes» pasó al lado del «Jaguar», estacionado. En ese momento, Martins, que se encontraba todavía consultando su plano de la ciudad, reaccionó con prontitud, se alejó del bordillo de la acera efectuando un viraje brusco y se colocó entre el «Mercedes» y el «Moscovitch» que lo seguía. El convoy quedó constituido entonces por un «Mercedes» un «Jaguar» y dos «Moscovitch», todos circulando en fila india.

El «Mercedes» se desvió entonces por una calle de dirección única, seguido por el «Jaguar», al que, de repente, empezó a fallarle el motor, que comenzó a carraspear, toser y gemir, sufrió unas cuantas sacudidas y se detuvo en seco. Los dos «Moscovitch» que quedaron pegados al «Mercedes» y empezaron a vomitar agentes de la KGB. Martins accionó la palanca para abrir el capó, se apeó del vehículo, y levantó la tapa. De repente se vio rodeado por hombres que vestían chaquetas de cuero y que no hacían más que protestar.

El «Mercedes» desapareció calle abajo y giró por una esquina. A ambos lados de la calle se habían formado unos corrillos de moscovitas que contemplaban la escena y se divertían al escuchar cómo el conductor del «Jaguar» decía al jefe del grupo de la KGB:

—¡Escúcheme, buen hombre, si piensa que no tiene más remedio que proseguir con su labor de espionaje, pase por encima de mi coche!

No hay nada que regocije más a un moscovita que ver a un grupo de *chequistas* metidos en apuros. Uno de los agentes de la KGB se metió de nuevo en su automóvil y empezó a hablar por radio.

Cuando el «Mercedes Benz» salió del barrio de Arbat, con David Thornton al volante, éste se dejó dirigir por Sam McCready, el cual, sin ningún tipo de disfraz, y asemejándose precisamente a sí mismo, salió de debajo de la manta y se puso a darle instrucciones.

Veinte minutos después, el «Mercedes» se detenía en un camino solitario y rodeado de árboles en el centro del parque

Gorki. Sam McCready se dirigió a la parte trasera del automóvil y arrancó la placa con el distintivo CD, del cuerpo diplomático, la cual estaba asegurada con un pestillo a presión fácilmente desmontable, y, sobre la placa británica colocó una placa de matrícula distinta, preparada con un pegamento muy fuerte por el reverso. Thornton hizo lo mismo en la placa de la parte frontal del automóvil. McCready sacó del portaequipajes el maletín en el que Thornton llevaba sus utensilios de maquillaje y fue a sentarse en la parte trasera del automóvil. Thornton cambió su gorra de visera azul marino por una de cuero típicamente rusa y volvió a ocupar su puesto al volante.

A las nueve y dieciocho minutos, el coronel Nikolai Gorodov salió de su apartamento en un edificio de la calle Shabolovsky y se encaminó hacia la plaza Yerdzinski, donde se encontraba la sede del Cuartel General de la KGB. Se veía pálido y demacrado; la causa de su miserable aspecto apareció pronto detrás de él. Dos hombres salieron por el umbral de una puerta y, sin el más mínimo asomo de disimulo, se pusieron a seguirle.

Habría andado unos doscientos metros cuando un «Mercedes» negro se aproximó a la acera por donde caminaba y aminoró la velocidad hasta igualarla a su marcha. Escuchó entonces el zumbido del motor eléctrico que hacía descender el cristal de una ventanilla, y, a continuación, una voz que le susurraba en inglés:

—Muy buenos días, coronel. ¿Sigue usted mi camino?

Gorodov se detuvo y miró hacia donde sonaba la voz. Enmarcado en la ventanilla, oculto tras las cortinillas a las miradas de los dos agentes de la KGB que subían por la acera, estaba Sam McCready. Gorodov mostró sorpresa, pero no expresión de triunfo.

«Ésa era precisamente la mirada que yo esperaba ver», pensó McCready.

Gorodov se recobró y contestó con voz lo bastante alta, como para que los dos esbirros de la KGB lo escucharan.

—¡Gracias, camarada, qué amable de su parte!

A continuación se metió en el automóvil, que salió disparado. Los agentes de la KGB titubearon unos instantes... y lo perdieron de vista. La razón de que hubieran vacilado había que buscarla en la matrícula del «Mercedes», que exhibía las siglas MOC, así como en el hecho de que dentro iban dos personas.

Las matrículas particularmente selectas que llevan las siglas MOC pertenecen a los miembros del Comité Central del Partido,

y tendría que ser tan temerario como insensato aquel pobre soldado raso de la KGB que osase detener o importunar siquiera a un miembro del Comité Central. No obstante, anotaron el número de la matrícula y utilizaron sus aparatos de radio portátiles para ponerse en contacto con sus jefes en la oficina central.

Martins había elegido muy bien. El número de matrícula del «Mercedes Benz» pertenecía a un miembro del Comité Central y candidato al Politburó, que, a la sazón, se encontraba por Extremo Oriente, en algún lugar situado en las inmediaciones de Kabarovsk. Hicieron falta cuatro horas para dar con él y enterarse de que él tenía un «Chaika», no un «Mercedes», y que su vehículo se encontraba a buen recaudo en un garaje en Moscú. Pero para entonces era demasiado tarde; el «Mercedes» se encontraba ya de regreso en su estacionamiento en la Embajada británica, con la bandera del Reino Unido ondeando gallardamente en su pequeño mástil.

Gorodov se recostó contra el respaldo del asiento, sabiendo que había quemado definitivamente todas sus naves.

—Si resulta que, a la postre, eres un agente soviético infiltrado, puedo darme por muerto —sentenció McCready.

Gorodov se quedó reflexionando sobre sus palabras y contestó:

—Y si resulta que tú, a la postre, eres un agente soviético, yo seré el hombre muerto.

—¿Por qué regresaste? —preguntó McCready.

—Pues como me di cuenta después, por equivocación —respondió Gorodov—. Te había prometido algo y me di cuenta de que jamás lograría descubrirlo en Londres. Cuando doy mi palabra, me gusta cumplirla. Entonces me llamaron de Moscú con carácter de urgencia para consultarme algunas cosas. La desobediencia a ese llamamiento hubiera implicado tener que pasarme a Occidente sin pérdida de tiempo. No me hubiesen aceptado excusa alguna para mi negativa a regresar, aunque permaneciera en la Embajada. Pensé que podía venir aquí para una semana, encontrar lo que necesitaba y viajar de regreso a Londres.

»Y hasta que no me encontré aquí, no me di cuenta de que ya era demasiado tarde. Me encontraba bajo fuertes sospechas, mi apartamento y mi despacho estaban llenos de micrófonos ocultos, era seguido a todas partes, me prohibieron salir de

Yazenevo, y me encomendaron una labor insignificante en la Central de Moscú. Ah, por cierto, tengo algo para ti.

Gorodov abrió su maletín, saco una delgada carpeta de él y se la entregó a McCready. Había cinco folios en su interior, cada uno de ellos con una fotografía y un nombre. La primera tenía escrito debajo el nombre de *Donald Maclean*; la segunda el de *Guy Burgess*. Ambos habían muerto y estaban enterrados en su Moscú adoptiva. En el tercer folio se veía el rostro tan familiar de Kim Philby, aún vivo y radicado en Moscú. El cuarto llevaba la fotografía de un hombre de rasgos ascéticos encima del nombre de *Anthony Biunt*, el cual había caído en desgracia en Inglaterra. McCready pasó la hoja y se fijó en el quinto pliego.

La fotografía era muy vieja. Mostraba a un joven delgado, de larga y revuelta cabellera ensortijada, con gafas redondas que le daban aspecto de búho. Debajo de la foto podían leerse dos palabras: *John Cairncross*. McCready se echó hacia atrás en el asiento y dio un suspiro.

—¡Dios bendito! —exclamó—. ¡Él todo el tiempo!

McCready conocía ese nombre. Cairncross, pese a su juventud, había desempeñado un alto cargo público durante la guerra y después de acabada la misma. Había prestado sus servicios en un sinnúmero de tareas diversas: secretario privado en el gabinete de guerra del ministro Lord Hankey como secretario particular; en el Servicio Secreto de señales, en Bletchly Park; en el Ministerio de Hacienda y en el Ministerio de Defensa. Tuvo acceso a los secretos nucleares en los últimos años de la década de los cuarenta. A principio de los cincuenta, las sospechas cayeron sobre él, pero no reconoció cargo alguno y fue absuelto. No le pudieron probar nada, por lo que recibió el permiso para integrarse al equipo de la Organización de Alimentación y Agricultura en Roma. En 1986 se encontraba en Francia ya retirado. Una cacería que había durado más de treinta y cinco años terminaba así y nunca más se acusaría a personas inocentes.

—Sam, ¿qué es lo que vamos a hacer exactamente? —preguntó Gorodov sereno.

—Mi horóscopo dice que hoy haré un viaje a occidente —contestó McCready—. Y el tuyo, también.

Entretanto, Thornton estacionaba de nuevo junto a unos árboles en el parque Gorki, cambiaba de puesto con uno de los hombres que iban en el asiento de atrás y se ponía a trabajar. El hombre al que había cedido su puesto se encontraba ahora al volante, haciéndose pasar por el chófer. Nadie hubiese osado

entrometerse en los asuntos de unos caballeros que iban en la limusina de un miembro del Comité Central, ni aun en el caso de que lo hubieran visto. Los altos miembros del Partido siempre protegen las ventanillas con cortinas, y en ese caso las llevaban echadas. Thornton trabajaba en su cliente —siempre daba el calificativo de «clientes» a aquellos a los que maquillaba y disfrazaba— en la difusa claridad producida por los rayos solares al filtrarse a través de las cortinas.

Colocó un chaleco inflable a su cliente para darle el robusto volumen del rabino Birnbaum. Luego le ayudo a ponerse la camisa blanca, los pantalones negros, la corbata y la chaqueta. Thornton le fijó los grandes bigotes y la espesa barba encanecida, le tiño los cabellos del mismo color de aquélla y dispuso los dos largos y ensortijados bucles, propios de un rabino ortodoxo, para que colgaran de las sienes de su cliente. Y cuando a todo esto añadió el sombrero negro y un buen apretón de manos, el rabino Birnbaum había sido creado a imagen y semejanza del otro rabino que había llegado en avión el día anterior. Excepto que era una persona distinta. Por último, de nuevo convirtieron el «Mercedes» en un flamante vehículo de la Embajada británica.

Dejaron al rabino a la entrada del «Hotel Nacional», donde el hombre tomó un opíparo almuerzo, que luego pagó con dólares estadounidenses, y abandonó el comedor para salir a coger un taxi que lo llevaría hasta el aeropuerto. Tenía hecha la reserva en el vuelo de la tarde para Londres, y en su billete podía leerse que transbordaría para Nueva York.

Thornton condujo de vuelta el automóvil hasta la Embajada británica, llevando a su otro cliente agazapado en el suelo de la parte trasera y cubierto con una manta. Al llegar, se puso a trabajar de inmediato, utilizando una peluca rubia y un bigote del mismo color, cremas de maquillaje, colorantes, lentes de contacto coloreadas y tinte para manchar los dientes. Diez minutos después de que volviese en su «Montego», Denis Gaunt, sudoroso y ansioso por quitarse la peluca rubia que había estado llevando durante todo el día para despistar a los de la KGB, el segundo cliente salía para el aeropuerto en el «Jaguar», conducido por Barry Martins hasta Scheremetievo.

El rabino atrajo sobre su persona las acostumbradas miradas de curiosidad, pero su documentación estaba en orden. Pasó las formalidades en quince minutos y entró en la sala de espera.

Tomó asiento y se puso a leer el *Siddur*, murmurando de vez en cuando algunos rezos en un idioma incomprensible.

El hombre de la peluca y bigote postizo rubios fue prácticamente conducido por su nutrida escolta hasta la salita de espera, tan numerosos eran los agentes de la KGB que se habían reunido para impedir que recibiera un mensaje o algún paquete.

El último en llegar fue el Mensajero de la Reina, con el maletín diplomático encadenado a su muñeca izquierda. Los preciosos utensilios de trabajo de Thornton iban esta vez en su propia maleta; ya no necesitaba que se los llevaran, pues su equipaje no sería registrado.

Denis Gaunt permaneció en la Embajada. Tres días después sería rescatado cuando otro agente del Servicio Secreto de Inteligencia británico entrase a Moscú haciéndose pasar por Mensajero de la Reina y entregase a Gaunt un pasaporte expedido a su propio nombre, Masón. Y después, exactamente en el mismo instante, dos Masón pasarían por el control de pasaportes en dos puntos diferentes del aeropuerto y la «British Airways» registraría dos Masón a bordo por el precio de uno.

Pero esa tarde, los pasajeros con destino a Londres embarcaron a su hora debida y el avión de la «British Airways» salió del espacio aéreo soviético a las diecisiete y quince. Inmediatamente después, el rabino se levantó de su asiento, caminó hasta la sección de fumadores y dijo al hombre de la peluca y el bigote rubios:

—Nikolai, amigo mío, ya estamos en Occidente.

Entonces pidió champán para los dos y para el Mensajero de la Reina. La estratagema había salido bien porque McCready se había dado cuenta que tanto él como Gaunt y Gorodov tenían la misma estatura e idéntica constitución física.

Con la ganancia de tiempo que tuvieron por haber volado hacia el Oeste, aterrizaron en el aeropuerto de Heathrow después de las siete de la tarde. Un grupo de la Century House, que había sido alertada por Martins desde Moscú, estaba esperándolos. Nada más salir del avión fueron rodeados y sacados discretamente del aeropuerto.

Haciendo una concesión, Timothy Edwards permitió que McCready llevara a Nikolai Gorodov a su apartamento en Abingdon Villas para que pasara la noche.

—Me temo, coronel —le había dicho—, que los interrogatorios auténticos comenzarán por la mañana. Le hemos

preparado una casa de campo muy agradable. No le faltará nada, se lo aseguro.

—Muchas gracias. Lo comprendo —respondió Gorodov.

Después de las diez de la noche, Joe Roth se presentó en el apartamento de McCready después de haber recibido una llamada telefónica de éste rogándole que lo visitara. Cuando llegó, en el vestíbulo del edificio encontró a dos agentes del SIS, particularmente corpulentos, y otros dos más apostados en el corredor, junto a la puerta del modesto apartamento de McCready, lo que le sorprendió mucho.

Después de pulsar el timbre, McCready salió a recibirle. El británico vestía unos pantalones de andar por casa y un jersey, y llevaba un vaso de whisky en una mano.

—Gracias por venir, Joe. Entra. Dentro hay alguien a quien tenía ganas de presentarte desde hace mucho tiempo. No puedes ni imaginarte lo mucho que lo deseaba.

McCready acompañó a su visitante hasta la sala de estar. El hombre que miraba en esos momentos por la ventana se dio media vuelta y le sonrió.

—¡Buenas noches, Mr. Roth! —dijo Gorodov—. No sabe cuánto me alegra encontrarme al fin con usted.

Roth se detuvo como si se hubiese quedado petrificado. Luego se dejó caer en un sillón y aceptó el whisky que McCready le ofrecía. Gorodov tomó asiento frente a él.

—Es preferible que se lo cuentes tú —dijo McCready al ruso—, ya que estás mejor informado que yo.

El ruso saboreó su bebida mientras se preguntaba por dónde empezar.

—El «proyecto Potemkin» comenzó hace unos ocho años —empezó al fin—. La idea original se le ocurrió a un joven oficial, pero el general Drozdov se apresuró a hacerla suya. Así que se convirtió en su *baby*, como ustedes dicen. El plan consistía en denunciar a un alto agente de la CÍA como espía soviético; pero de un modo tan convincente y con una profusión tal de pruebas, irrefutables en apariencia, que nadie se atreviera a poner en duda esa acusación.

»El objetivo a largo plazo era sembrar la semilla de la discordia en el seno de la Agencia y socavar así la moral entre sus empleados por lo menos durante una década, y, al mismo tiempo destruir las buenas relaciones con el Servicio Secreto de Inteligencia británico.

»En un principio, no se pensó en ningún agente en particular, pero después de haber tomado en cuenta a una media docena de ellos, la elección recayó sobre Calvin Bailey. Hubo dos razones para eso. Una de ellas, era que sabíamos que no se trataba de una persona querida en la Agencia debido a sus peculiaridades personales. Y la segunda, que había prestado sus servicios en Vietnam, un lugar apropiado para un posible reclutamiento.

»Calvin Bailey fue identificado en Vietnam como agente de la CÍA dentro de lo que puede calificarse de mera rutina. Ya sabrá que todos tratamos de identificarnos mutuamente, de saber qué puesto ocupa cada cual, para poder ir siguiendo luego cada uno de sus movimientos y los progresos realizados dentro de la jerarquía, datos que se registran con toda meticulosidad. En ocasiones, la falta de ascenso suele ser fuente de resentimientos, los cuales pueden ser aprovechados muy bien por una persona experta en reclutamiento. En fin, como bien sabe, esto es algo que todos hacemos.

»Pues bien, al igual que la CÍA, en la KGB jamás se tira nada. Cualquier dato ínfimo con valor informativo, cualquier fragmento minúsculo, es recogido y archivado cuidadosamente. La idea se le ocurrió a Drozdov al examinar de nuevo el material que los norvietnamitas nos habían entregado después de la definitiva caída de Saigón en 1975. Muchos de vuestros documentos habían sido quemados, pero algunos se salvaron del fuego gracias a la confusión. Y en uno de esos documentos se mencionaba a un tal Nguyen van Troc como uno de los sudvietnamitas que habían colaborado con los estadounidenses.

«Aquel documento significó el fin de Van Troc. Tanto él como su primo fueron detenidos; ellos no habían tratado de escapar. El primo fue ejecutado, pero Van Troc, pese a que fue brutalmente interrogado durante muchos meses, fue enviado a un campo de trabajos forzados al norte de Vietnam. Y allí fue donde lo encontró Drozdov, en 1980, aún con vida. Bajo tortura confesó que había trabajado para Calvin Bailey como agente infiltrado en el Vietcong.

»El Gobierno de Hanoi se mostró dispuesto a cooperar y a poner en escena la sesión de fotografía. Sacaron a Van Troc del campo de trabajos forzados, lo engordaron a base de buena comida y lo vistieron con el uniforme de coronel del aparato de Inteligencia de Hanoi. Le fotografiaron junto con otros oficiales, saboreando una taza de té después de la invasión de Camboya. Fueron tres camareros distintos, todos ellos agentes de Hanoi,

intervinieron en el asunto y luego fueron enviados a Occidente junto con sus fotografías. Después de eso, Van Troc fue ejecutado.

»Uno de los camareros se mezcló con un grupo de refugiados que logró huir en una barca y mostró muy orgulloso su reliquia a un oficial británico en Hong Kong, el cual acabó interesándose por la fotografía, que acabaron por confiscar para enviarla a Londres..., tal como se había planeado.

—En aquella ocasión enviamos una copia a Langley —dijo McCready—, como prueba de cortesía, pues la verdad es que parecía carecer de todo valor.

—Drozdov sabía ya de la intervención de Bailey en el «programa Fénix» —resumió Gorodov—. Había sido detectado por nuestro *resident* en Saigón, un hombre que se hacía pasar por importador de licores sueco que abastecía a los extranjeros de esa ciudad. Y Drozdov también sabía que Bailey había estado en May Lai, precisamente por las declaraciones del mismo Bailey ante el consejo de guerra que juzgó a aquel joven oficial. Son ustedes muy tolerantes con los registros públicos en Estados Unidos. La KGB los busca con gran avidez.

»En todo caso, parecía que así podría establecerse un escenario verosímil para el cambio de convicciones en Bailey. Su visita a Tokio en 1970 fue registrada y anotada, como pura rutina. Lo único que Drozdov tuvo que hacer fue dar instrucciones a Orlov para que declarase que él, Drozdov en persona, había estado en Tokio en una fecha determinada para hacerse cargo de un renegado estadounidense de la CÍA, y para que luego ustedes lo comprobasen y... ¡abracadabra!, las mismas fechas. Por supuesto, Drozdov jamás estuvo en Tokio en 1970. Esto fue algo que se añadió más tarde.

»A partir de ese punto, el caso contra Bailey empezó a construirse, pieza tras pieza. En 1981 Piotr Orlov fue elegido agente de desinformación; desde entonces recibió el entrenamiento apropiado. Cuando cometió la imbecilidad de volver a Moscú, Urchenko proporcionó una información muy detallada antes de morir sobre los métodos exactos que ustedes, los norteamericanos utilizan en su trato con desertores. Orlov pudo prepararse para evitar las trampas, engañar al detector de mentiras y contarles en todo momento lo que ustedes querían oír. No demasiado, pero sí lo suficiente como para que todo encajase cuando los datos fuesen comprobados.

»Después que Drozdov eligiera a Bailey como víctima, éste fue sometido a una intensa vigilancia. Se anotaron todos sus pasos. Cuando ascendió en la Agencia y empezó a hacer viajes a Europa y a otros lugares para visitar las delegaciones de la CÍA en el extranjero, también las cuentas bancadas comenzaron. Si Bailey era detectado en una ciudad europea, se le abría de inmediato una cuenta en un Banco, con un nombre que él mismo pudiera haber elegido, como el apellido de casada de la hermana de su mujer o el de su abuela materna.

»Drozdov preparó a un actor, un hombre que era el vivo retrato de Bailey, y lo tuvo siempre dispuesto para volar hasta la ciudad requerida, donde abriría una cuenta bancaria, de tal modo que luego el cajero reconociera a Bailey como a su cliente. Más tarde se depositaban grandes sumas en esas cuentas, siempre en metálico y siempre por un hombre con un fuerte acento eslavo.

»Una serie de informaciones que provenían de las más variadas fuentes: conversaciones aisladas, comunicaciones de radio interceptadas, grabaciones de llamadas telefónicas, publicaciones técnicas (y es que algunas de las publicaciones técnicas que aparecen en Estados Unidos son increíblemente reveladoras) le fueron atribuidas a Bailey. Incluso grabaciones de conversaciones confidenciales sostenidas en la propia Embajada de ustedes en Moscú. ¿Sabía usted eso? ¿No? Bien, ya tendremos tiempo de hablar de ello con más detenimiento.

»Lo único que Drozdov tuvo que hacer fue cambiar las fechas. Algunos secretos de Inteligencia de los que no logramos enterarnos hasta principios de los años ochenta fueron presentados por Orlov como si los hubiésemos sabido desde mediados de la década de los setenta, y su revelación atribuida a Bailey. Y siempre se cambiaron las fechas, para dar la impresión de que nos habíamos enterado de aquellas cosas mucho antes de lo que nos hubiera sido humanamente posible, a menos que tuviésemos a un traidor dentro de la CÍA. Así fue como se hizo.

»No obstante, hace dos años, todavía seguía faltándole algo a Drozdov. Necesitaba datos sobre los chismorreos en los pasillos del Langley, seudónimos que sólo fuesen conocidos dentro de sus muros, su propio nombre profesional de *Hayes*, Mr. Roth. Por entonces, Edward Howard desertó y huyó a Rusia, y Drozdov tuvo todo cuanto necesitaba. De ese modo pudo recolectar nuevos datos hasta entonces ignorados por él, tenían una estrecha relación con la figura de Bailey, lo que le permitió

entrenar a Orlov para que éste declarase que se le había permitido participar, hasta un cierto punto, en los planes de la KGB para la promoción de su agente *Halcón*. Desde luego, los éxitos logrados por *Halcón* no se debieron a la complicidad de Moscú, sino que fueron triunfos auténticos logrados por Bailey mediante trabajo y esfuerzo.

»Y, por último, se dio orden a Orlov de desertar, presentando su huida de un modo tan rocambolesco que él pudiera aducir luego que tenía miedo de ser detectado y traicionado *por Halcón* si no actuaba de otro modo. Por la misma razón necesitaba pasarse a los norteamericanos, y no a los británicos. Estos le hubieran interrogado acerca de otras cuestiones.

»Se pasó, y denunció a dos agentes de la KGB justo antes de que los liquidaran. Todo esto estaba previsto. Pero con ello se dio la impresión de que había una cierta filtración en Washington, como si alguien estuviese enviando a Moscú los detalles del interrogatorio a Orlov. Cuando todo estaba ya preparado para que el enemigo picase el anzuelo, salió al fin con la noticia de que había un espía soviético entre las altas jerarquías de la CÍA. ¿Fue así?

Roth hizo un gesto de asentimiento. Se veía ojeroso y demacrado.

—¿Y lo de la tentativa de asesinato contra Orlov en Alconbury? —preguntó Roth—, ¿a qué se debió?

—Un seguro extra para Drozdov. Él nada sabía de mí, por supuesto. Lo que pretendía era incrementar un poco más las pruebas a su favor. El asesino era uno de los mejores, una dama extraordinariamente peligrosa. Recibió instrucciones de herir, no de matar, y escapar luego.

Se hizo entonces un profundo silencio en la sala. Joe Roth contemplaba su vaso fijamente. Hasta que se levantó de repente.

—Tengo que irme —dijo en tono escueto.

McCready lo acompañó hasta el pasillo y luego bajó con él la escalera. Al llegar al vestíbulo, dio unas palmaditas al norteamericano en la espalda.

—¡Ánimo, Joe! ¡Que demonios! En este juego todos nos equivocamos. Mi Firma ha cometido errores bastante gordos en el pasado. Míralo desde el lado bueno. Ahora puedes ir a la Embajada y enviar un mensaje al director de la Agencia diciéndole que las cosas han cambiado. Bailey está fuera de toda sospecha.

—Pienso que será mejor que regrese a Estados Unidos en avión y se lo comunique personalmente —murmuró Roth, y salió fuera.

McCready lo acompañó hasta el comienzo de los escalones de la fuente, pero Roth no le dijo ni una sola palabra más.

Cuando McCready regresó a su apartamento, los dos guardaespaldas se hicieron a un lado para dejarle pasar y cerraron la puerta cuando él entró. En el cuarto de estar encontró a Gorodov sentado y contemplando en actitud meditabunda un ejemplar del *Evening Standard*, que había cogido para echarle un vistazo mientras esperaba. Sin decir nada, lo extendió sobre la mesa y señaló algunos párrafos de la página cinco. McCready lo cogió.

En el día de hoy, buzos de la Policía han rescatado de las aguas del Támesis el cadáver de un turista norteamericano en la esclusa de Teddington. De acuerdo con un portavoz oficial, se cree que el hombre cayó al río ayer por la noche en algún lugar de las inmediaciones de Eton. El ahogado ha sido identificado como Calvin Bailey, un funcionario público estadounidense que se encontraba de vacaciones en Londres.

Según las declaraciones ofrecidas por la Embajada de Estados Unidos, Mr. Bailey había ido a cenar a Eton con un amigo, el subsecretario de su Embajada. Después de la cena, Mr. Bailey se sintió algo indispuerto y salió a dar un paseo para tomar algo de aire fresco. Su amigo se quedó en el restaurante mientras pagaba la cuenta. Cuando salió a reunirse con Mr. Bailey, no lo encontró. Después de esperarle durante una hora llegó a la conclusión de que Mr. Bailey debía de haber decidido regresar solo a Londres. Tras realizar una llamada telefónica y comprobar que no había sido así, el amigo lo consultó con la Policía de Eton. Se llevó a cabo una búsqueda por la ciudad en la oscuridad, pero sin resultado alguno.

Esta mañana, un portavoz de la Policía de Eton declaró que, al parecer, Mr. Bailey fue a dar un paseo por un caminito a la orilla del río, desde donde se suelen llevar a la sirga las embarcaciones, y envuelto en las tinieblas de la noche, tropezaría y caería al río. Hay que decir que Mr. Bailey no sabía nadar. Mrs. Gwen Bailey no estuvo en condiciones de hacer ningún comentario. Sigue aún viviendo en el apartamento que había alquilado el matrimonio, donde los médicos la han sometido a un tratamiento a base de calmantes.

McCready dejó caer el periódico y se quedó mirando hacia la puerta.

—¡Ay, pero qué idiota —murmuró—, qué maldito pobre idiota!

Joe Roth cogió el primer avión que salía por la mañana hacia Washington y al llegar al aeropuerto se fue directamente a la mansión de Georgetown. Allí presentó su renuncia, que entraría en vigor veinticuatro horas después. Al retirarse dejó detrás de sí a un hombre torturado y abatido. Pero antes de irse había hecho una solicitud. El director de la CÍA le había dado su conformidad.

Llegó al rancho ese mismo día a altas horas de la noche.

El coronel Orlov estaba todavía despierto; se encontraba solo en su cuarto, jugando al ajedrez con un miniordenador. El coronel era muy bueno jugando al ajedrez, pero el ordenador lo era más. El ordenador jugaba con las blancas; Orlov tenía el juego de piezas contrarias, que en vez de ser negras, eran de un color rojo oscuro. En el tocadiscos tenía puesto un disco de los Seekers de 1965.

Kroll entró el primero en la habitación, se puso a un lado y se colocó cerca de la pared. Roth lo siguió y cerró la puerta a sus espaldas. Orlov los miró extrañado.

Con rostro impenetrable y mirada inexpresiva, Kroll lo contempló con fijeza. Se advertía un bulto bajo su axila izquierda. Orlov se dio cuenta de ese detalle e interrogó a Roth con los ojos. Pero ninguno de los dos estadounidenses pronunció ni una palabra. Roth no hizo más que dirigirle una mirada dura y fría. La extrañeza desapareció del rostro de Orlov, y, en su lugar, apareció una expresión mezcla de entendimiento y resignación. Nadie habló.

La límpida y cristalina voz de Judith Durham llenó el aposento:

Adiós, que te vaya bien, dulce amor mío, ésta ha de ser nuestra última despedida...

Kroll alargó el brazo hacia el tocadiscos.

—La comedia se ha terminado —dijo. Oprimió un botón y el silencio se apoderó de la habitación. Orlov pronunció una palabra en ruso, la segunda que decía desde su llegada a Estados Unidos.

—¿Kto?

Lo que significa: «¿Quién?»

—Gorodov —respondió Roth.

Fue como una patada en el estómago. Orlov cerró los ojos y sacudió la cabeza como si se resistiese a creer.

Volvió la vista al tablero que tenía sobre la mesa y colocó el índice sobre la corona de su rey. Le asestó un golpecito y lo soltó. El rey rojo se tambaleó hacia un lado y cayó sobre el tablero, la señal de un jugador que admite la derrota. El precio de la novia había sido pagado y aceptado, pero no había boda. El rey rojo rodó un poco por la superficie del tablero y se quedó inmóvil.

Y el coronel Piotr Alexandrovich Orlov, hombre muy valiente y un patriota, se levantó y ascendió por entre las tinieblas para ir a reunirse con el todopoderoso Dios que lo había creado.

INTERLUDIO

—**D**e acuerdo, todo eso está muy bien, Denis, y hasta resulta de lo más emocionante —apuntó Timothy Edwards cuando la junta reanudó sus sesiones en la mañana del miércoles—, pero tendríamos que preguntar si esas dotes tan sobresalientes volverán a ser necesarias en el futuro.

—Me parece que no logro entenderte del todo —replicó Denis Gaunt.

Sam McCready se retrepó en su asiento, echándose hacia atrás todo lo que el erguido respaldo de su silla le permitía, y dejó que los demás prosiguiesen con sus peroratas. Estaban hablando sobre él como si ya se hubiese convertido en una pieza del mobiliario, en algo del pasado, en uno de esos temas que se abordan en los clubes privados mientras el camarero sirve una copa de Oporto.

A través de los cristales de las ventanas contempló el brillante cielo azul de aquel día de julio. Había todo un mundo allá fuera; otro mundo al que muy pronto debería integrarse, y en el cual tendría que forjarse su propio camino, sin pertenecer ya a ese pequeño grupo de camaradas, compuesto por agentes del Servicio Secreto y con lo que había convivido durante casi toda su vida adulta.

Pensó en su mujer; si todavía estuviese viva, le hubiera agradado retirarse con ella, encontrar una casita frente al mar en Devon o en Cornwall. A veces había soñado con poseer su propia barca de pesca, meciéndose sobre las aguas de un embarcadero protegido por murallas de piedra, a salvo de los vendavales invernales, esperando al verano para ser gobernada y conducida a alta mar, de donde regresaría por la tarde para preparar una sabrosa cena compuesta de bacalao o de platija o de una hábil y brillante caballa.

En sus sueños sería sólo Mr. McCready, el que vivía en la casita situada frente al embarcadero, o Sam el que tomaba plácidamente su cerveza en la intimidad de la taberna de la localidad con los cangrejeros y los pescadores del lugar. No era

más que un sueño, por supuesto, una fantasía que le había asaltado a veces en la oscuridad en alguna callejuela encharcada por la lluvia de Checoslovaquia o de Polonia, cuando esperaba que se celebrase un «encuentro» o mientras vigilaba el lugar en el que había un buzón falso, para averiguar si había sido puesto bajo vigilancia, antes de acercarse para recoger el mensaje depositado en su interior.

Pero May se había ido al otro mundo y él se encontraba solo en éste, protegido únicamente por la camaradería del más pequeño de los mundos pequeños, junto a otros hombres que habían decidido servir a sus países respectivos y vivir en esos imperios de las sombras en los que la muerte no se presenta arrojada con las llamaradas de la gloria, sino que está envuelta en el pálido destello del rayo de una linterna en el rostro y el rechinar de las botas de los soldados sobre el pavimento. Él había logrado sobrevivir a todos esos peligros, pero sabía que no lo conseguiría ante los mandarines.

Para colmo de males, sabía que pasaría el resto de su vida en algún lugar solitario del sudoeste británico, alejado de los otros viejos veteranos de la guerra, que tomarían sus copas de ginebra en el club de las Fuerzas Especiales, en las inmediaciones de Herbert Crescent. Al igual que la mayoría de las personas que habían pasado su vida entre las sombras, Sam era un solitario convencido, un hombre al que costaba mucho hacer amigos, una especie de zorro macho que prefería los ocultos refugios conocidos antes que los espacios abiertos.

—Quiero decir —prosiguió Timothy Edwards— que aquellos días en los que era necesario entrar y salir furtivamente de Alemania Oriental son cosas del pasado. En octubre de este mismo año, Alemania Oriental dejará virtualmente de existir, e incluso, hoy en día, tan sólo existe de nombre. Las relaciones con la Unión Soviética han cambiado por completo, hasta el punto de haberse vuelto irreconocibles; ya no habrá más desertores, sólo huéspedes honorables...

«¡Ay, Dios mío —pensó McCready—, el pobre se lo ha tragado ¿y qué ocurrirá, mi querido Timothy, cuando el hambre acose a los moscovitas y los partidos de la línea dura cierren filas y se lancen contra el acosado Mijaíl Gorbachov? Qué más da, ya lo verás...»

McCready dejó de prestar atención y se puso a pensar en su hijo. Era un buen muchacho, un bravo mozo, que acababa de

terminar sus estudios en el instituto y se disponía a convertirse en arquitecto. La vida le sonreía. Tenía una bonita novia rubia que vivía con él —todos parecían hacer lo mismo en los días de hoy...—, por lo visto, las chicas guapas no sentían la necesidad de verse rodeadas de seguridad. Lo cierto era que Dan le visitaba de vez en cuando. Unos momentos hermosos. Pero el chico tenía su propia vida, una carrera por delante, amistades que hacer, lugares que visitar, y Sam esperaba que esos lugares fueran más agradables y seguros que aquellos en los que su padre había tenido que moverse.

Le hubiera gustado haber pasado más tiempo con su hijo cuando éste era pequeño, haber dispuesto del ocio necesario para revolcarse con él sobre la alfombra del cuarto de estar y leerle cuentos por las noches sentado junto a su cama. Con demasiada frecuencia, eso era algo que había delegado en May, ya que él se encontraba muy lejos, en algún país lejano y dejado de la mano de Dios, mientras contemplaba con angustia la barrera de alambre de espinos y esperaba, impaciente, la llegada de su agente arrastrándose por el túnel en la tierra, o escuchaba los bocinazos que le indicaban que jamás volvería a ver a ese compañero.

Había tantas cosas que había hecho, y visto, y lugares en los que había estado que, en realidad, no podía comentar con ese joven que aún le llamaba *papá*.

—Te estoy muy agradecido, Timothy, por tus sugerencias, las cuales, en cierto modo, se adelantan a las mías.

Denis Gaunt estaba haciendo un buen trabajo, obligando a esos hijos de puta a escucharle, ganándose los para su causa a medida que hablaba. Era un hombre bueno, un agente con madera de líder sin duda alguna, pero también bueno.

—Porque —prosiguió Denis Gaunt— Sam se da perfecta cuenta, al igual que todos nosotros, de que no podemos seguir moviéndonos en el pasado, rumiando una y otra vez el pasto de la «guerra fría». Pero el asunto es que hay también otras amenazas que se ciernen sobre nuestro país y de las cuales podemos decir que van en aumento. Por ejemplo, la proliferación de los armamentos de alta tecnología que van a parar a manos de inestables tiranos en el Tercer Mundo. Todos nosotros sabemos con toda exactitud qué clase de armas ha vendido Francia a Irak. Y, por supuesto, está el asunto del terrorismo.

»Y a eso en particular... —continuó Gaunt mientras se levantaba y cogía una carpeta de cuero de la mesa del secretario del archivo, abriéndola—, permitidme recordaros aquel caso que comenzó en abril de 1986 y que terminó —si se puede decir que la cuestión irlandesa acabará alguna vez— a finales de la primavera de 1987. Es probable que tales casos se repitan una y otra vez, y la misión de nuestra Firma consistirá en enfrentarse a ellos... de nuevo. ¿Que prescindamos de Sam McCready? Con franqueza, caballeros, eso sería una auténtica locura.

Los superintendentes del Hemisferio Occidental y de Operaciones Locales respectivamente asintieron con la cabeza mientras Edwards les lanzaba una mirada furibunda. Ésa era la clase de conformidad que él no necesitaba. Pero Gaunt se mostró muy persuasivo mientras leía los acontecimientos de abril de 1986 que había desencadenado el caso que tuvo ocupada a la Firma durante casi toda la primavera de 1987.

—El 16 abril de 1986 cazabombarderos que despegaron de los portaaviones estadounidenses apostados en el golfo de Sirte y otros que salieron de las bases británicas bombardearon la residencia del coronel Gaddafi, en las afueras de Trípoli. El área de dormitorios del sorprendido coronel fue atacada por un cazabombardero que había partido de la localidad estadounidense de Exeter, en una operación que recibió el nombre de *Iceman Four*.

»Gaddafi logró sobrevivir, pero no sin sufrir un fuerte ataque de nervios. Cuando se recuperó, juró vengarse, tanto de Estados Unidos como del Reino Unido, ya que nuestro país había permitido a los norteamericanos el despegue de sus cazabombarderos «F-111» desde nuestras bases militares de Upper Heyford y Lakenheath.

»A comienzos de la primavera de 1987 supimos cómo pensaba Gaddafi cumplir sus amenazas contra el Reino Unido, y el caso le fue encomendado a Sam McCready...

UN DESASTRE BÉLICO

CAPÍTULO PRIMERO

El padre Dermot O'Brien recibió el mensaje de Libia a través de la vía normal para ese tipo de primeras comunicaciones: por correo.

Se trataba de una carta completamente ordinaria, y si a alguien se le hubiese ocurrido abrirla —algo que nadie hizo por la sencilla razón de que en la República de Irlanda no se suele interceptar el correo—, no hubiera encontrado nada de interés en ella. El matasellos era de Ginebra, y aun cuando provenía de allí, en el membrete que había junto a los sellos se especificaba que el remitente trabajaba en el Consejo Mundial de las Iglesias, y eso no era cierto.

El padre O'Brien encontró la carta en su casillero, situado en el vestíbulo principal, junto al refectorio, una mañana en los comienzos de la primavera de 1987, cuando salía de desayunar. Echó un vistazo a los otros cuatro sobres que había recibido también, pero su mirada volvió a fijarse en el que le llegaba de Ginebra. Entonces vio la débil marca de lápiz en la solapa del sobre, la cual le advertía que no debería abrirlo en público, ni mucho menos dejarlo tirado en cualquier sitio.

El sacerdote saludó con una amable inclinación de cabeza a dos colegas que se dirigían al refectorio y subió a su dormitorio, en el primer piso.

La carta estaba escrita en el habitual papel delgado que se utiliza para el correo aéreo. El texto era caluroso y afable, comenzaba con *Mi querido Dermot...*, y estaba redactado en ese tono que un viejo amigo suele emplear cuando se dirige a un compañero que está involucrado en la misma obra pastoral. Aun cuando el Consejo Mundial de las Iglesias es una organización protestante, ningún observador casual hubiera encontrado nada extraño en el hecho de que un clérigo luterano escribiese a un

amigo que daba la casualidad de que era un sacerdote católico. Aquéllos eran los días del ecumenismo cauteloso, sobre todo en el ámbito internacional.

El amigo de Ginebra le deseaba toda suerte de felicidades, se preocupaba por su estado de salud y le hablaba de la labor que el Consejo Mundial de las Iglesias realizaba en el Tercer Mundo. El meollo de la cuestión se encontraba en el tercer párrafo de la epístola, escrita a máquina. El remitente le comunicaba que su obispo recordaba con placer el encuentro que había tenido con el padre O'Brien y que nada le agradaría más que poder reunirse con él de nuevo. La carta concluía con un escueto *tu querido amigo Harry*.

Con sumo cuidado, el padre O'Brien dejó la carta a un lado y contempló, a través de la ventana de su alcoba, los verdes prados del Condado de Wicklow, que se extendían hasta la lejana localidad de Bray y, más allá, alcanzarían las grises aguas del mar de Irlanda. Éste se hallaba oculto por las cimas de las colinas, e incluso los tejados de Bray adquirirían un aire mortecino al encontrarse a tanta distancia de la vieja casa solariega situada en las inmediaciones de Sandymount, donde la Orden a la que él pertenecía tenía su sede. Pero el sol brillaba esplendoroso sobre esas verdes campiñas que con tanta pasión amaba; la misma que ponía en su odio contra el gran enemigo que vivía al otro lado del mar.

La carta lo dejó intrigado. Había pasado mucho tiempo, casi dos años, desde la última vez que había viajado a Trípoli para una audiencia personal con el coronel Muammar el-Gaddafi, el gran líder de la *Jamahariya* del Pueblo libio, el custodio de la palabra de Alá, el hombre al que el remitente de la carta se refería como «el obispo».

Había sido aquélla una rara y privilegiada ocasión; pero, a pesar del florido lenguaje empleado en ella, del tono afable y de las extravagantes promesas, no logró nada en concreto. Ni dinero ni armas para la causa irlandesa. Aquello había terminado con una gran desilusión, y el hombre que había organizado el encuentro, Hakin al-Mansur, jefe del aparato exterior del Servicio Secreto libio, el Moukhabarat, que ahora firmaba como *Harry*, se había limitado a explayarse en tonos apologeticos.

Y por fin, la invitación, el resultado de aquella entrevista. Aun cuando en la carta no se especificaba una fecha concreta para la reunión con el obispo, el padre O'Brien sabía que eso no era necesario. *Harry* le daba a entender que se llevaría a cabo

«sin dilación». Y aunque los árabes pueden postergar algo durante años pese a haber dicho que ha de ser sin ninguna dilación, si Gaddafi enviaba una convocatoria como ésa, lo mejor era acudir de inmediato para poder beneficiarse de su magnanimidad.

El padre O'Brien sabía muy bien que sus amigos en la Causa estaban deseosos de ser objeto de tal magnanimidad. Los fondos enviados desde Estados Unidos se estaban acabando, y los continuos llamamientos del Gobierno de Dublín por parte de esos hombres a los que el padre O'Brien veía como traidores, exhortando al mundo para que no enviase ni armas ni dinero a Irlanda, estaban, por desgracia, dando sus frutos. No sería de sabios el ignorar las invitaciones de Trípoli. El único problema consistiría en encontrar una buena excusa para emprender otro viaje tan pronto.

En un mundo perfecto, el padre O'Brien podría haberlo organizado con unas pocas semanas de descanso. Pero lo cierto era que hacía tan sólo tres días que había regresado de Ámsterdam, donde había simulado asistir a un seminario que llevaba el pomposo título de *La guerra por necesidad*.

Durante el tiempo que había pasado en el continente europeo había tenido la oportunidad de escabullirse de Ámsterdam y de alquilar por tiempo indefinido y bajo nombre falso, gracias a unos fondos que había recolectado con anterioridad en Utrecht, dos apartamentos, uno de ellos en la localidad holandesa de Roermond, el otro en Münster, en Alemania Occidental. Más tarde se convertirían en pisos francos para los jóvenes héroes que irían a refugiarse en ellos con el fin de llevar la guerra al enemigo allí donde éste menos la esperaba.

Para Dermot O'Brien, el viajar formaba parte constante de su vida. La Orden a la que pertenecía realizaba labores misioneras y ecuménicas, y llevaba el Secretariado Internacional. Ese cargo le otorgaba la tapadera perfecta para la guerra; no para la guerra por necesidad, sino contra los ingleses; guerra que se había convertido en la misión de su vida y en la razón de la misma desde el día que sostuvo entre sus manos la destrozada cabeza de un joven moribundo en las calles de Londonderry. Hacía ya muchos años de eso, y había visto a los paracaidistas ingleses recorriendo las calles, y había pronunciado sus últimos votos, mientras para sus adentros se hacía su otra promesa, de tipo personal, de la que la Orden y el obispo nada sabían.

Desde entonces había alimentado y agrandado su visceral odio contra las personas que vivían al otro lado del mar y había ofrecido sus servicios a la Causa en la que lo recibieron con los brazos abiertos. Durante diez años fue el principal «apañador» a escala internacional para el IRA Provisional. Él había recaudado los fondos, movido el dinero de un Banco a otro —utilizando siempre cuentas bajo nombres falsos—; le había procurado pasaportes falsos, además de encargarse de que las armas y sus repuestos llegasen a salvo y fuesen almacenadas en lugar seguro.

Con su ayuda, las bombas colocadas en Regent's Park y Hyde Park destrozaron a los jóvenes jinetes de la banda militar y sus caballos; mediante su apoyo logístico fue posible que los vehículos cargados de explosivos estallaran en una calle de las afueras de Harrods, destrozando cuanto había a su alrededor y lanzando por los aires entrañas y miembros mutilados. Lamentaba que aquello hubiera sido necesario, pero sabía que era justo. Luego leería las noticias en los periódicos y vería las escenas en la televisión en compañía de sus horrorizados compañeros en la sala de estar de la finca solariega de su Orden; y aceptaría la invitación de algún otro sacerdote de la obra parroquial y oficiaría la misa de difuntos con serenidad y calma espiritual.

El problema que se le había presentado esa mañana se solucionó por casualidad gracias a un pequeño anuncio publicado en el *Dublin Press*, un ejemplar del cual tenía extendido sobre su cama, ya que había estado leyéndolo mientras se tomaba el té de la mañana.

Su habitación le hacía también las veces de despacho, y disponía de teléfono propio. Realizó dos llamadas, y, durante la segunda, recibió una calurosa invitación para unirse al grupo cuya próxima peregrinación había sido anunciada en el periódico. A continuación fue a ver a su superior.

—Necesito esa experiencia, Frank —le dijo—. Si me quedo en el despacho, el teléfono no dejará de sonar. Tengo necesidad de paz, y de tiempo para rezar. Si pudieses prescindir de mí, me gustaría ir.

El superior echó una mirada al itinerario y asintió con la cabeza.

—Ve con mi bendición, Dermot. Reza por todos nosotros cuando te encuentres allí.

La peregrinación duraría una semana. El padre O'Brien sabía que no necesitaba ponerse en contacto con el Consejo del

Ejército de Liberación con el fin de pedirles permiso para ese viaje. Si a su vuelta tenía noticias, tanto mejor. En caso contrario, no había necesidad de que molestara a los del Consejo. Envió una carta a Londres, en la que adjuntó un cheque para abonar la reserva durante veinticuatro horas, sabiendo que llegaría en un plazo de tres días de la Oficina del Pueblo Libio (Embajada). Esto le daría tiempo a Trípoli para hacer los últimos preparativos.

La peregrinación comenzó con una misa solemne y rezos en el santuario irlandés de Knock, después, los peregrinos se dirigieron al aeropuerto de Shannon, donde tomaron un avión para Lourdes, en las estribaciones del Pirineo francés. Una vez allí, el padre O'Brien se apartó de la masa de peregrinos integrada por hombres y mujeres laicos, monjas y sacerdotes, y se embarcó en el pequeño aeroplano de alquiler que le estaba esperando en el aeropuerto de Lourdes. Cuatro horas más tarde aterrizaban en el aeropuerto de La Valetta, en Malta, donde los libios se hicieron cargo de él. El lujoso jet, como el que utilizan los ejecutivos, sin distintivo especial alguno, aterrizó en una pequeña base militar de las afueras de Sirte, justo veinticuatro horas después de que el sacerdote irlandés hubiese emprendido el viaje desde Shannon. Hakim al-Mansur, cortés y afable como siempre, se encontraba allí para recibirlo.

Debido a las prisas, pues tenía que regresar a Lourdes para reunirse con el grupo de peregrinos, no hubo reunión alguna con el coronel Gaddafi. De hecho, nunca se había tomado en cuenta esta posibilidad. Se trataba, en realidad, de una operación que Hakim al-Mansur había decidido llevar a cabo solo. Los dos hombres se entrevistaron en un saloncito que había sido reservado para ellos en la base, y que estaba custodiado por la guardia personal de Hakim al-Mansur. Cuando terminaron y después de que el irlandés pudiese gozar de unas pocas horas de sueño, el padre Dermot emprendió su viaje de regreso a Lourdes, pasando por Malta. El clérigo se encontraba muy excitado. Si lo que el árabe le había comentado llegaba a realizarse, significaría un paso de gigante en pro de su Causa.

Tres días después, Hakim al-Mansur acudía a su entrevista personal con el Gran Caudillo. Había sido convocado, como siempre, en el último momento, cuando se le indicó dónde estaba el coronel Gaddafi ese día. Desde el bombardeo que había sufrido el año anterior, el caudillo libio tomaba más

precauciones que nunca para cambiar su cuartel general de un sitio a otro, y se había pasado cada vez más tiempo en el desierto, a una hora en automóvil de Trípoli.

El coronel Gaddafi se encontraba ese día en lo que al-Mansur denominaba en privado «el elemento beduino», repantigado a sus anchas sobre un montón de cojines en una gran tienda de campaña, decorada con gran primor, emplazada en uno de sus campamentos del desierto, vestido con un sencillo caftán blanco. Parecía más lánguido que nunca mientras escuchaba los informes de dos nerviosos ministros que se sentaban ante él cruzados de piernas. Ambos, hombres de cultura urbana por nacimiento, hubiesen preferido estar cómodamente sentados detrás de sus respectivos escritorios, pero si el Gran Caudillo tenía el capricho de verlos sentados en cuclillas sobre los cojines extendidos en la alfombra, no les quedaba más remedio que acuclillarse sobre los cojines.

Mediante un gesto de su diestra, Gaddafi hizo notar que se daba por enterado de la presencia de Hakim al-Mansur y le indicaba que debería sentarse a un lado y esperar su turno. Una vez que los dos ministros hubieron acabado y salieron, Gaddafi bebió un sorbo de agua y ordenó a al-Mansur que le hiciera un resumen de su informe.

El joven agente le informó de sus planes sin introducir en ellos adornos superfluos o exageraciones. Al igual que todos los que rodeaban al caudillo libio, Hakim al-Mansur sentía cierto temor reverencial hacia Gaddafi. Era un enigma, y los hombres abrigan siempre un temor reverencial por los enigmas, en especial ante aquellos que sólo necesitan hacer un leve gesto con la mano para conducir a cualquiera ante el piquete de ejecución.

Al-Mansur sabía que muchos extranjeros, y en particular los norteamericanos, y a los niveles más altos, creían que Gaddafi estaba loco. Pero él, Hakim al-Mansur, sabía muy bien que no había ni un rasgo de locura en la personalidad de Muammar el-Gaddafi. Si ese hombre hubiese estado trastornado, no hubiera sobrevivido durante dieciocho años detentando el poder supremo e incuestionable en aquel país turbulento, fragmentado y dado a la violencia.

Gaddafi era, de hecho, un político tan hábil como sutil. Había cometido equivocaciones, y alimentado también sus ilusiones, curiosamente con respecto al resto de los países del mundo y a su *status* en ese mundo. Se creía una superestrella solitaria, que ocupaba el centro del escenario universal. Estaba

convencido de que sus largos y divagadores discursos eran recibidos con veneración por millones de seres de aquellas «masas» que vivían más allá de sus propias fronteras, cuando los exhortaba a que se desembarazaran de sus dirigentes y aceptaran su supremacía inevitable en la causa justa de la purificación del Islam, de acuerdo con el mensaje divino que él había recibido en persona para cumplir esa misión. Nadie de su séquito personal se hubiera atrevido a contradecirle.

Pero lo cierto era que dentro de Libia su poder era incontestado y virtualmente incuestionable. Gozaba del asesoramiento de un pequeño círculo de consejeros que compartían su intimidad. Los ministros podían ser nombrados y destituidos, pero los hombres que integraban ese reducido círculo, aun cuando sospechase que uno de ellos lo traicionaba, eran merecedores de su absoluta confianza y, de hecho, detentaban el poder real. Tan sólo unos cuantos de ellos sabían algo de los extraños parajes que conformaban «el extranjero». Y a ese respecto, Hakim al-Mansur, educado en un colegio privado británico, podía ser considerado un experto. Al-Mansur sabía que Gaddafi sentía una cierta debilidad por él. Y era un sentimiento justificado, ya que el jefe del aparato exterior del Mukhabarat había dado prueba de su lealtad, en sus años más jóvenes, al ejecutar personalmente a tres de los opositores políticos de Gaddafi, en sus escondrijos en Europa.

De todos modos, había que tratar con mucho cuidado al dictador beduino. Algunos lo conseguían a base de adulación y lenguaje florido. Al-Mansur sospechaba que Gaddafi consentía esa actitud, pero aceptándola con cierta dosis de reserva. Su propio modo de comportarse era respetuoso, pero jamás ocultaba la verdad. Exponía los hechos con sumo cuidado, aun cuando se guardaba mucho de revelarlos todos, ya que esto podía haber sido una actitud suicida; al-Mansur, tenía la impresión de que detrás de aquella soñadora sonrisa y de aquellos gestos y ademanes, casi todos afeminados, el coronel Muammar el-Gaddafi deseaba que le dijese la verdad.

Aquel día, en abril de 1987, Hakim al-Mansur habló a su caudillo de la visita del sacerdote irlandés y de la conversación mantenida por los dos. Mientras le estaba informando de ello, uno de los miembros del equipo médico de Gaddafi, que había estado mezclando una pócima en una mesa colocada en un rincón, se acercó a Gaddafi y le ofreció una tacita. El caudillo libio ingirió el brebaje e hizo señas al médico para que se

retirara. El hombre cogió sus medicamentos a toda prisa y unos segundos después abandonaba la tienda.

Aun cuando ya había transcurrido un año desde que los aviones estadounidenses bombardearan su residencia particular, el coronel Muammar el-Gaddafi no había logrado recobrase del todo. Todavía le atormentaban las pesadillas de vez en cuando y sufría los efectos de la hipertensión. El médico le había dado un calmante suave.

—¿Así que han aceptado el cincuenta por ciento de las ganancias sobre el material? —preguntó Gaddafi.

—El sacerdote comunicará esa condición —respondió al-Mansur—. Estoy convencido de que el Consejo Militar dará su aprobación.

—¿Y en cuanto al asunto del embajador estadounidense?

—Eso también.

Gaddafi emitió un profundo suspiro, haciéndolo en el modo que corresponde a un ser sobre cuyos hombros pesa demasiada parte de la carga que el mundo ha de soportar.

—Pero eso no es suficiente —dijo en tono soñador—. Hay que conseguir más. En el continente americano.

—La búsqueda continúa, Excelencia. El problema sigue siendo el mismo. En el Reino Unido contamos con el IRA Provisional, cuyos hombres se encargarán de la justa venganza en vuestro nombre. Los infieles destruirán a los infieles siguiendo los deseos de Vuestra Excelencia. Fue una brillante idea.

La idea de utilizar al IRA Provisional como conducto e instrumento para la venganza personal de Gaddafi contra los británicos había sido, en realidad, del cerebro de Hakim al-Mansur, pero el coronel Gaddafi estaba convencido de que esa iniciativa había sido suya, inspirada por el mismo Alá.

—En Estados Unidos no hay, por desgracia, ninguna red de guerrilleros que podamos utilizar del mismo modo. La búsqueda continúa. Acabaremos por encontrar los instrumentos de vuestra venganza.

El coronel Gaddafi asintió repetidas veces con la cabeza y luego le hizo un gesto indicativo de que la audiencia había terminado.

—Preocúpate de eso —murmuró con suavidad.

La recogida de información para los Servicios de Inteligencia es un oficio extraño. Rara vez suele ocurrir que un único golpe de suerte ofrezca todas las respuestas, por no hablar ya de que

resuelva todos los problemas. La búsqueda de una única y maravillosa solución es un empeño específicamente norteamericano. En casi todos los casos, el cuadro va apareciendo como si de uno de esos complicado *puzzles* se tratara, para que los vayamos ensamblando, pieza tras pieza. Por regla general, la última docena de piezas jamás llega a aparecer del todo; un buen analista de Inteligencia sabrá qué cuadro corresponde a cada conjunto de fragmentos confuso.

En algunas ocasiones, las piezas del mismo no surgen en modo alguno de la imagen analizada del rompecabezas en cuestión, sino de otro distinto. Y a veces las piezas son falsas en sí mismas. Entonces nunca encajarán con la precisión que caracteriza a un verdadero rompecabezas con sus bordes perfectamente recortados para que todas y cada una de las piezas puedan ser colocadas en el lugar correspondiente.

Hay hombres en la Century House, sede del Servicio Secreto de Inteligencia británico, que son auténticos especialistas en rompecabezas. Rara vez abandonan sus despachos; los recolectores, los agentes de campo, son los encargados de proporcionarles las piezas. El analista procurará ensamblarlas. Antes de que el mes de abril finalizase, dos piezas de un nuevo rompecabezas habían llegado a la Century House.

Una de ellas les había sido facilitada por el médico libio que estaba en la tienda cuando Gaddafi tomaba su medicina. El hombre tenía un hijo al que amaba entrañablemente. El joven se encontraba en Inglaterra, donde cursaba la carrera de ingeniero, cuando los agentes del Mukhabarat lo abordaron y le hicieron saber que si quería a su padre debería de realizar una misión para el Gran Caudillo. La bomba que le entregaron para que la depositara en un lugar estratégico explotó antes de tiempo. El padre había logrado ocultar muy bien su rabia y su dolor, y aceptar las condolencias, pero el odio se apoderó de su alma y, desde aquel momento, se dedicó a pasar a los británicos toda la información que le era dado recabar desde su posición en la corte del coronel Muammar el-Gaddafi.

Su informe sobre los fragmentos de la conversación que había logrado captar antes de abandonar la tienda no fue enviado al Reino Unido a través de la Embajada británica en Trípoli, ya que ésta se encontraba vigilada día y noche. Sino que partió para El Cairo, ciudad a la que llegó una semana después. Desde allí fue enviado a Londres a toda prisa, donde lo consideraron lo bastante importante como para ser transmitido directamente a la misma cúpula de la Century House.

—¿Qué es lo que está tratando de hacer Gaddafi? —preguntó el Jefe cuando se lo comunicaron.

—Parece ser que ha ofrecido un donativo de explosivos y armas al IRA —respondió Timothy Edwards, el cual había sido ascendido de director adjunto a subdirector ese mismo mes—. Ésa, al menos, parecer ser la única interpretación posible de esa conversación escuchada por casualidad.

—¿Cómo se hizo la oferta?

—A través de un sacerdote irlandés que había viajado expresamente a Libia.

—¿Sabemos quién es?

—No, señor. Podría ocurrir que no se tratara en realidad de un sacerdote. O que quizá fuese una cobertura para un agente del Consejo Militar del IRA. Pero la oferta parece tener su origen en el coronel Gaddafi.

—Perfecto. Bien, tenemos que descubrir la identidad de ese clérigo misterioso. Hablaré con los del *Apartado* y veré si ellos tienen algo. Si ese hombre se encuentra en el Norte, será suyo. Si está en el Sur, o en alguna otra parte, nosotros nos encargaremos de él.

El *Apartado Quinientos* es el término empleado en la jerga de la Casa para referirse al MI-5, el Servicio de Seguridad británico, el aparato de contraespionaje, cuya misión consiste en combatir el terrorismo en Irlanda del Norte como parte del territorio británico. Competencia del SIS son las operaciones de espionaje y de contraespionaje defensivo en todo el mundo, incluyendo la República de Irlanda, el «Sur».

Ese mismo día, el jefe del SIS almorzó con su colega, el director general del MI-5. El tercer hombre a la mesa era el presidente del Comité Conjunto de Inteligencia; su misión consistiría en dar la voz de alarma al Consejo de Ministros. Dos días después, en una operación realizada por el MI-5 se consiguió la segunda pieza del rompecabezas.

Nada hubo previsible en aquella operación; fue sólo uno de esos extraños golpes de suerte que, a veces, hacen la vida más fácil. Un joven militante del IRA, que conducía un automóvil con una «Armalite» en el maletero, se topó por sorpresa con la barricada que una unidad móvil de la Policía Real de Ulster había levantado en la carretera. El adolescente tuvo un titubeo, pensó luego en el subfusil que llevaba en el coche y que le garantizaría unos cuantos años de prisión en una cárcel, y trató de romper el control policiaco.

Estuvo a punto de lograrlo. Y si hubiese tenido más experiencia, se hubiera salido con la suya. El sargento y los dos policías que custodiaban la barricada tuvieron que echarse a un lado cuando el coche robado se precipitó de repente contra ellos. Pero un tercer policía, que se encontraba algo retirado, alzó su rifle y efectuó cuatro disparos contra el automóvil que se daba a la fuga. Uno de los disparos alcanzó al joven en la nuca.

El muchacho no era más que un simple recadero, pero el IRA decidió que merecía un funeral con honores militares. Aquello tuvo lugar en el pueblo natal del joven fallecido, una pequeña localidad en South Armagh. La apesadumbrada familia fue confortada por Gerry Adams, presidente del Sinn Fein, el cual les pidió un pequeño favor. ¿Estarían dispuestos a permitir que un sacerdote forastero, que sería presentado a los demás como un viejo amigo de la familia, se encargase de officiar el funeral en lugar del cura de la parroquia? La familia, compuesta toda ella por republicanos a ultranza, y con otro hijo que había dedicado su vida al servicio del asesinato, no dudó en dar su consentimiento. Los funerales fueron oficiados por el padre Dermot O'Brien.

Un hecho muy poco conocido acerca de los funerales que el IRA celebra para enterrar a sus muertos en Irlanda del Norte es que esos actos son utilizados por los dirigentes para reunirse y celebrar conferencias en un entorno que les resulta tan útil como seguro. Las ceremonias están rodeadas siempre de fuertes medidas de seguridad por parte de los «hombres duros» del IRA. Cada persona de la comitiva fúnebre —hombres, mujeres y niños— suele ser un simpatizante activo del IRA. En algunas de las localidades pequeñas de South Armagh, Fermanagh y South Tyrone, hay pueblos enteros en los que hasta el último de sus habitantes es un fanático simpatizante del Ejército Republicano irlandés.

Pese a que las cámaras de televisión se encuentran con frecuencia enfocadas hacia los participantes de esas ceremonias, los jefes del IRA, protegidos por la multitud de los especialistas en la lectura de los movimientos de los labios, pueden murmurar sus conferencias, forjar planes, tomar decisiones, intercambiar información y concretar operaciones futuras, algo que no siempre resulta fácil para personas que están bajo constante vigilancia. Para un soldado británico o para un miembro de la Policía Real de Ulster, el acercarse a uno de esos entierros puede ser la señal que desencadene un tumulto o, incluso, la muerte del soldado, como ha ocurrido muchas

veces. La vigilancia de esas ceremonias se realiza con cámaras provistas de teleobjetivos, pero no se puede detectar con ellas una conversación que se lleve a cabo entre murmullos y por las comisuras de la boca. De este modo, el IRA utiliza incluso la supuesta santidad de la muerte para planear futuras masacres.

Cuando los británicos se enteraron de lo que ocurría, no se mostraron remisos a la hora de ponerse al día. En cierta ocasión se dijo que lo más importante que un caballero inglés ha de aprender en su vida consiste precisamente en saber cuándo tiene que dejar de serlo. Así que los británicos optaron por ocultar micrófonos en los ataúdes.

La noche anterior al funeral que iba a celebrarse en la localidad de Ballycrane, dos soldados de la SAS, disfrazados con ropas de civil, se introdujeron en la funeraria donde el féretro vacío se encontraba a la espera de ser utilizado por la mañana. El cadáver, conforme a la tradición irlandesa, yacía aún afuera, en el vestíbulo familiar situado en la parte frontal de la casa con mira a la calle. Uno de los soldados era técnico en electrónica, el otro, ebanista y carpintero. En una hora ya habían implantado el micrófono dentro del maderamen del ataúd. El aparato tendría una vida muy corta, ya que antes del mediodía siguiente estaría bajo dos metros de tierra.

Por la mañana, ocultos en un refugio profundo en la ladera de una colina que se alzaba sobre la aldea, los hombres de la SAS vigilaban el entierro y fotografiaban los rostros de todos los asistentes al acto con una cámara cuyo objetivo parecía un tubo de bazuca. Uno de los soldados se encargaba de registrar los sonidos que transmitía el artilugio introducido en la madera del féretro, cuando éste era transportado a través de la calle principal de la aldea e introducido en la iglesia. El aparato en cuestión grabó todo el servicio fúnebre; luego, los soldados vigilaron el féretro, desde el momento en que era sacado de la iglesia hasta que fue depositado junto a la fosa abierta.

El sacerdote, con su sotana hinchada y ondeante por los efectos de la brisa matinal, pronunció sus últimas palabras y echó un puñado de tierra sobre el féretro cuando lo hubieron introducido en la tumba. El ruido que la tierra produjo al chocar contra la madera hizo que el soldado que estaba a la escucha se estremeciese sobresaltado, por lo fuerte que sonó. Al lado de la fosa abierta, el padre Dermot O'Brien se situó junto a un hombre que era conocido por los ingleses como el ayudante del jefe del estado mayor de la Junta Militar del IRA. Con las

cabezas gachas y ocultando los labios, se pusieron a hablar en murmullos.

Y todo cuanto dijeron quedó registrado en la grabadora que tenían en la ladera de la colina. Desde allí, la cinta fue a Lurgan, después al aeropuerto de Aldergrove y, por último, a Londres. No había sido más que una simple operación de rutina, pero el resultado era equiparable a un filón de oro puro. El padre Dermot O'Brien comunicaba a la Junta Militar del IRA todos los detalles de la oferta hecha por el coronel Gaddafi.

—¿Cuánto? —preguntó Sir Anthony, el presidente del Comité Conjunto de Inteligencia, dos días después en Londres.

—Veinte toneladas, Tony. Ésa es la oferta.

El director general del MI-5 cerró el informe que su colega había terminado de leer y lo guardó de nuevo en su portafolios.

No tenía la cinta original a mano. Sir Anthony era un hombre muy ocupado, así que un resumen escrito era todo cuanto necesitaba.

La cinta había estado más de un día en las oficinas del MI-5 en Londres, y los técnicos habían trabajado con ella a toda prisa. La calidad del sonido no era especialmente buena, algo inevitable. Por una parte, el aparato de escucha había sido preparado para registrar las palabras a través de medio centímetro de madera y el ataúd se encontraba ya dentro de la fosa cuando empezó la dichosa conversación. Por otra parte, no faltaron otros sonidos como los sollozos de la madre del joven terrorista muerto, que en todo momento estuvo cerca del cadáver; los silbidos del viento por encima de la fosa abierta y a través de los ondeantes hábitos del sacerdote; los murmullos de los asistentes y el estruendo que formó la guardia de honor del IRA, cuando sus hombres, que se cubrían el rostro con una capucha negra, dispararon al aire tres salvas seguidas. Un productor de radio hubiese pensado que se trataba de la grabación confusa de un desorden callejero. Pero esa grabación no había sido hecha pensando en su transmisión por radio. Por otra parte, la tecnología del registro electrónico de sonidos se encuentra muy avanzada. Con sumo cuidado, los ingenieros de sonido habían ido eliminando los ruidos de fondo, «filtrando» las palabras pronunciadas en distintos ámbitos de frecuencia y separándolas de todo lo demás. Las voces del sacerdote oficiante y del hombre de la Junta Militar que se encontraba junto a él jamás hubiesen ganado un premio de buena locución, pero lo que decían se escuchaba con suficiente claridad.

—¿Y en cuanto a las condiciones? —preguntó Sir Anthony—. ¿No hay duda acerca de ellas?

—Ninguna —contestó el Director General—. En esas veinte toneladas va incluido lo habitual: pistolas ametralladoras, rifles, granadas, lanzagranadas, morteros, pistolas, aparatos de relojería para las bombas y bazucas, probablemente «RPG-7» checas. A lo que hay que añadir dos mil kilos de «Semtex-H». Y de todo ello, la mitad deberá ser usada para colocar bombas en territorio británico, en una campaña de terror que incluirá el asesinato del embajador de Estados Unidos. Según parece, los libios se mostraron muy insistentes en eso.

Bobby, quiero que transmitas todo esto al SIS —dijo Sir Anthony—. Nada de rivalidad entre los Servicios, si tienes la amabilidad. Cooperación total, en todos los aspectos. Da la sensación de que se trata de una operación de ultramar, y eso es asunto suyo. Partiendo de algún lugar de Libia hasta alguna bahía olvidada de Dios en las costas de Irlanda, el asunto será una operación extranjera. Quiero de ti que les des la cooperación más absoluta de tu organización, empezando por ti mismo.

—Eso ni se discute —aseveró el Director General—. La tendrán.

Antes del anochecer, el jefe del Servicio Secreto de Inteligencia británico y su subordinado, Timothy Edwards, habían recibido un amplio y exhaustivo informe en Curzon Street, donde su Servicio hermano tenía el Cuartel General. En contra de lo que acostumbraba a hacer, el Jefe se mostró dispuesto a admitir que podía corroborar, en parte, la información del Ulster gracias a lo que el médico libio les había comunicado. En situaciones normales, nadie hubiera sido capaz de sacarle la más mínima alusión concerniente a las misiones del SIS en el extranjero, pero ésa no era una situación normal.

El jefe del SIS pidió la cooperación que deseaba y la obtuvo. El MI-5 redoblaría sus tareas de vigilancia, tanto físicas como electrónicas, en torno al hombre del Consejo Militar del IRA. Y mientras el padre O'Brien siguiese viviendo en el Norte, le serían aplicable idénticas medidas. Cuando regresara a la República de Irlanda, el SIS se haría cargo de su persona. La vigilancia también se doblaría en torno al otro hombre mencionado en la conversación mantenida junto a la tumba; un hombre que era muy conocido por las Fuerzas de Seguridad

británicas, pero que nunca había sido acusado de nada ni detenido.

El Jefe ordenó a sus propias redes de agentes en la República de Irlanda que estuvieran al tanto del regreso del padre O'Brien, para que lo mantuviesen luego bajo continua vigilancia y, por encima de todo, para que alertasen a Londres si salía al extranjero por aire o por mar. La detención del sospechoso sería mucho más fácil en el continente europeo.

Al volver a la Century House, el Jefe mandó llamar a Sam McCready.

—Impídelo, Sam —dijo el Jefe—. Impídelo como sea, bien en sus mismas fuentes en Libia o durante el transporte. Esas veinte toneladas no han de llegar a poder de esas gentes.

Sam McCready se pasó horas enteras sentado en la oscura sala de proyecciones viendo la película rodada en el funeral. Mientras la cinta grababa todo el servicio fúnebre dentro de la iglesia, la cámara había vagado afuera de un lado a otro, por el cementerio, enfocando al puñado de miembros del IRA que estaban apostados allí para impedir que alguien se acercara. Con las capuchas de lana negras, ninguno era reconocible.

Cuando el cortejo salió por el pórtico de la iglesia para encaminarse hacia la fosa abierta, cuatro hombres encapuchados llevaban el féretro sobre sus hombros; en ese momento, Sam McCready pidió a los técnicos que sincronizaran sonido e imagen. Nada se oyó que pudiera parecer ni remotamente sospechoso hasta el momento en que el sacerdote, agachando la cabeza, se colocó ante la tumba junto al hombre de la Junta Militar del IRA que estaba a su lado. El sacerdote levantó la cabeza en cierta ocasión para dirigir unas palabras de consuelo a la sollozante madre del joven muerto.

—Congelad la imagen. Sacar de ahí un primer plano. Ampliadlo.

Cuando el rostro del padre O'Brien llenó toda la pantalla, McCready se quedó contemplándolo con fijeza durante veinte minutos, memorizando cada rasgo hasta reconocer aquel rostro en cualquier lugar.

Leyó la transcripción de la parte de la cinta grabada en la que el sacerdote informaba sobre su visita a Libia, y la releyó una y otra vez. Después se encerró en su despacho y se dedicó a mirar las fotografías.

Una de ellas era de la de Muammar el-Gaddafi, con su negro cabello abultado sobresaliendo por debajo de su gorra militar y

la boca entreabierta mientras hablaba. Otra de las fotos correspondía a Hakim al-Mansur, cuando se apeaba de un automóvil en París, exquisitamente vestido por «Saville». Llamativo, pulcro y acicalado, bilingüe en árabe e inglés, hablando el francés con fluidez, educado, encantador, cosmopolita y completamente mortífero. La tercera mostraba al jefe del estado mayor de la Junta Militar del IRA, dirigiéndose a una multitud en un mitin público celebrado en Belfast, desempeñando su otro papel de hombre respetuoso de la ley y concejal local del partido político Sinn Fein. Había una cuarta foto, la del hombre que había sido mencionado junto a la tumba como miembro de la Junta Militar al que correspondería hacerse cargo de la operación y dirigirla, la persona que el padre O'Brien tenía que haber presentado y recomendado por carta a Hakim al-Mansur. Los británicos sabían que era un antiguo comandante de la brigada South Armagh del IRA, promovido ahora de su cargo en los asuntos locales a jefe de los Comandos Especiales, un hombre muy inteligente, con una larga experiencia, y, además, un asesino despiadado. Se llamaba Kevin Mahoney.

McCready permaneció contemplando las fotografías durante horas, intentando extraer algún conocimiento de los cerebros que se ocultaban tras aquellos rostros. Si deseaba ganar, tendría que medir su inteligencia con la de ellos. En cierto modo, le llevaban ventaja. Ellos deberían de saber no sólo lo que tenían que hacer, sino cómo hacerlo. Y cuándo. Él estaba al corriente de lo primero, pero ignoraba lo segundo y lo tercero.

McCready tenía dos ventajas. Sabía lo que los otros tenían en mente, pero ellos ignoraban ese detalle; y podía reconocerlos, mas ellos a él, no. ¿O acaso conocía al-Mansur su rostro? El libio había trabajado con la KGB; los rusos conocían a McCready. ¿Habrían pasado un retrato del *Manipulador* al libio?

El Jefe no estaba dispuesto a correr ese riesgo.

—Lo siento, Sam, pero no permitiré en modo alguno que vayas solo. No me importa un comino que sólo haya un uno por ciento de probabilidades de que tengan tu rostro en sus archivos, mi respuesta es no. No pueden cogerte vivo, bajo ningún tipo de circunstancias. No quiero enfrentarme a otro caso como el del pobre Buckley.

Richard Buckley, jefe de la delegación de la CÍA en Beirut, había sido apresado vivo por el Hezbollah. Tuvo una muerte lenta y terrible. Aquellos fanáticos enviaron después a la CÍA una cinta de vídeo en la que vieron, y escucharon, cómo le

desollaban vivo. Y, por supuesto, el hombre habló, lo contó todo.

—Tendrás que encontrar a alguien para eso —dijo el Jefe—. Y quiera Dios encargarse de su protección.

Y así fue como Sam McCready se puso a revisar los archivos, día tras día, avanzando y retrocediendo, descartando y sorteando, considerando y rechazando. A veces daba con un nombre, con un «posible» candidato. Y lo comentaba con Timothy Edwards.

—Estás completamente loco, Sam —le dijo Edwards—. Sabes que se trata de una persona inaceptable. Los del MI-5 lo detestan más que a la peste. Nos estamos esforzando por cooperar con ellos, y tú me vienes con una cosa así..., con un renegado. ¡Maldita sea!, es un tráfuga de pies a cabeza, un individuo capaz de morder la mano que lo alimenta. Jamás le hemos dado empleo.

—Ése es precisamente el quid de la cuestión —replicó Sam con voz serena.

Edwards cambió de argumentos.

—A fin de cuentas, nunca ha trabajado para nosotros.

—Pero podría hacerlo.

—Dame una buena razón para ello.

McCready se la dio.

—Está bien —asintió Edwards—. Por lo que se dice en los archivos, ese hombre es un extraño. El utilizarlo está prohibido. Por supuesto, si... —prosiguió Edwards, mirando a través de la ventana—. Probablemente estás dejándote llevar por uno de tus peculiares instintos.

A veces, con tales palabras se sientan las bases de carreras tan largas como brillantes. Antes de pronunciar la última frase, Timothy Edwards había apagado la grabadora, accionando con disimulo un interruptor colocado bajo su escritorio.

Sam McCready no se forjaba ilusiones acerca del IRA Provisional. Los periodistas de la Prensa sensacionalista, que calificaban a la banda terrorista irlandesa como a un hatajo de idiotas redomados a los que a veces les salían las cosas bien, no sabían de lo que estaban hablando.

Eso pudo ser cierto en los viejos tiempos, a finales de la década de los sesenta y principios de los setenta, cuando los líderes del IRA eran un puñado de ideólogos de mediana edad, que vestían gabardina, llevaban armas de pequeño calibre y hacían las bombas en garajes de ocultos callejones, utilizando para ello fertilizantes agrícolas. Aquéllos fueron los días en los

que aún pudieron ponerlos «fuera de combate» y detenerlos en su trayectoria. Sin embargo, como suele ocurrir con frecuencia, los políticos se habían equivocado, habían subestimado el peligro al creer que quienes ponían las bombas eran sólo una simple prolongación del movimiento por los derechos humanos. *Hacía ya tiempo que esos días habían pasado.* Para mediados de los años ochenta, el IRA se había transformado, convirtiéndose en el grupo terrorista más eficiente del mundo.

Tenían cuatro condiciones sin las cuales ningún grupo terrorista puede mantenerse más de veinte años, tal como ellos habían logrado. En primer lugar, tenían una fuente de apoyo tribal cuya juventud representaba una corriente constante de nuevos reclutas que se calzaban las botas de los muertos y de los que «se habían ido» (a prisión). Pese a que jamás habían tenido más de ciento cincuenta terroristas activos —y probablemente no más del doble de esa cantidad como fuerzas de soporte logístico, dispuestas a facilitar pisos francos, almacenes clandestinos de armas y apoyo en la retaguardia—, y pese a que habían tenido un centenar de muertos y varios centenares de camaradas que «se habían ido», la nueva juventud reclutada acudía constantemente desde las filas de la intransigente comunidad republicana en el Norte y en el Sur para ocupar los puestos de los desaparecidos. La fuente de reclutamiento jamás se secaría.

En segundo lugar, disponían del seguro bastión del Sur, el de la República de Irlanda, desde el cual ponían en marcha las operaciones que habrían de ser realizadas en el Norte gobernado por los británicos. Pese a que muchos de ellos vivían en el Norte, el Sur estaba siempre a mano y cualquier terrorista, perseguido por la ley, podía buscar refugio en él y desaparecer. Si las seis regiones que componen Irlanda del Norte estuviesen solas en una isla, el IRA hubiera sido desmantelado desde muchos años antes.

En tercer lugar, hacían gala de la dedicación y de la crueldad necesarias para no retroceder ante ningún umbral de atrocidad. Con el correr de los años, los viejos hombres de finales de los sesenta se habían ido calmando, al tiempo que alimentaban un fervor idealista en pro de la reunificación de su isla en la única Irlanda Unida regida por leyes democráticas. En lugar de ello, habían aparecido los fanáticos partidarios de la línea dura, hábiles y astutos, educados y adiestrados en el arte de enmascarar su crueldad. La nueva camada se había consagrado a la causa de una Irlanda Unida, pero bajo sus propias reglas y

según los principios de Marx, una dedicación que aún lograban ocultar a sus mecenas norteamericanos.

En último lugar, el IRA había logrado garantizar una afluencia constante de fondos, el elemento vital del que se nutre toda acción terrorista o revolucionaria. Durante los primeros días aquello había sido una cuestión de donaciones que se recolectaban en las tabernas de Boston, o del ocasional asalto a un Banco. Pero ya a mediados de la década de los ochenta, los dirigentes del IRA controlaban una amplia red a escala nacional de bares, de bandas dedicadas a garantizar protección y de empresas criminales normales»; todo lo cual arrojaba unos elevados ingresos anuales con los que se podía financiar cualquier campaña terrorista. Y al tiempo que aprendían a recaudar fondos, aprendieron también a velar por la seguridad interna, a respetar las reglas de la clandestinidad, así como la de la división estricta en compartimientos aislados, y la necesidad de que nadie supiese más de lo preciso. Aquellos viejos tiempos, en los que hablaban mucho y bebían aún más se habían sumido en el olvido.

El talón de Aquiles de la organización eran las armas. Disponer de dinero para comprarlas era uno de los aspectos del problema. Pero poder invertir ese dinero en ametralladoras «M-60», en morteros, bazucas o misiles tierra-aire era algo muy distinto. Tuvieron sus éxitos, y también sus fracasos. Habían intentado realizar muchas operaciones para conseguir armas de Estados Unidos; pero, por regla general, los del FBI se les adelantaban. Habían recibido armas del bloque comunista, a través de Checoslovaquia, con el beneplácito de la KGB. Pero desde que Gorbachov había llegado a la cumbre del Soviet Supremo, la buena disposición de los rusos para apoyar las acciones terroristas en Occidente se había desvanecido hasta desaparecer por completo.

McCready sabía que el IRA necesitaba armas; y en caso de que se las ofrecieran, enviarían el mejor y más brillante de sus hombres para que las recogiera. Tales eran los pensamientos de Sam cuando conducía su automóvil a través de la pequeña localidad de Cricklade y cruzaba la línea divisoria que le separaba del Condado de Gloucestershire.

La casa, construida entre los muros de un viejo establo, se encontraba donde le habían indicado que debería de estar. Oculta al fondo de un camino lateral, era una edificación en piedra caliza, que, en otros tiempos, había dado albergue al

ganado y al heno. Quienquiera que se hubiese encargado de la transformación de aquel establo en una plácida casa de campo había tenido que trabajar duro y con pericia. Rodeada por una valla de piedra, estaba apuntalada con ruedas de carreta, y en el jardín las flores primaverales relucían. McCready introdujo el automóvil por la entrada de la finca y se detuvo ante la puerta de madera de la casa. Una guapa y joven mujer, que se encontraba arrancando las malas hierbas de un pequeño bancal de flores, dejó a un lado su azadilla y se enderezó.

—¡Hola! —dijo—. ¿Viene usted por lo de las alfombras?

«Vaya —pensó McCready—, ¿así que vende alfombras para procurarse unos ingresos adicionales? Tal vez sea verdad esa información de que sus libros no se venden bien.»

—No, me temo que no —respondió—. En realidad, he venido a ver a Tom.

La sonrisa desapareció de inmediato y una expresión de desconfianza se reflejó en los ojos de la joven, como si ya antes hubiese visto a hombres como ése, inmiscuyéndose en la vida de su esposo y supiese que aquello significaba la aparición de problemas.

—Está escribiendo. En el cobertizo, al otro lado del jardín. Terminará dentro de una hora. ¿No podría usted esperar?

—Por supuesto.

La mujer le sirvió el café en la iluminada sala de estar, con cortinas de cretona, y los dos se dispusieron a esperar. La conversación languideció. Al cabo de una hora un ruido de pasos que llegaban de la cocina. La mujer se levantó de un salto...

—Nikki...

Tom Rowse apareció en el umbral de la puerta, vio al visitante y se detuvo. La sonrisa no desapareció de sus labios, pero sus ojos reflejaron una actitud de extrema vigilancia.

—Cariño, este caballero ha venido a verte. Te hemos estado esperando. ¿Quieres tomar un café?

Tom Rowse no miró a su mujer, mantuvo la vista fija en Sam McCready.

—Por supuesto, me apetece un café.

Ella salió de la sala. McCready se presentó a sí mismo, Rowse tomó asiento. En los informes constaba que tenía treinta y tres años. Pero en ellos no se decía que se veía extraordinariamente joven y fuerte. No necesitaron especificarlo.

Tom Rowse había sido capitán de un regimiento de las Fuerzas Aéreas Especiales. Llevaba tres años fuera del Ejército.

Una vez casado con Nikki, compró un establo en ruinas al oeste de Cricklade. Él mismo lo transformó, trabajando para descargar su furia durante días en los que estuvo peleando con ladrillos y mortero, vigas y tablas, ventanas y tuberías. Había trabajado arduamente para convertir unos campos áridos en fértiles prados, sembrando bancales de flores y construyendo una valla. Todo eso, durante el día; por las noches se había dedicado a escribir.

Era una novela, por supuesto, ya que un libro que no fuese de ficción hubiera topado con la prohibición del *Acta de Secretos Oficiales*. Pero incluso como novela, su primer libro había sido considerado como un ultraje en Curzon Street, sede del Cuartel General del MI-5. El libro hablaba de Irlanda del Norte, y estaba escrito desde el punto de vista de un soldado que operaba en la clandestinidad, y lo cierto era que en esa obra no salían muy bien parados el MI-5 y sus operaciones de contraespionaje.

El sistema británico puede mostrarse extraordinariamente leal para con aquellos que le son leales, pero también tremendamente vengativo contra los que parecen haberse vuelto contra él. La novela de Tom Rowse encontró al fin un editor, y hasta obtuvo un éxito modesto para tratarse de la primera novela de un autor desconocido. Sus editores le habían encargado un segundo libro, en el que estaba trabajando de momento. Pero los de Curzon Street habían hecho correr la voz de que Tom Rowse, antiguo capitán de la SAS, era un renegado, un hombre que se había situado fuera de los límites establecidos, alguien con quien no se debería tener el más mínimo contacto, ni abordar ni ayudar en forma alguna. Tom estaba enterado de ello, pero no le importaba un comino. Él se había construido un mundo nuevo, con su nueva casa y nueva esposa.

Nikki les sirvió el café, advirtió qué tipo de aire se respiraba y salió del aposento. Ella era la primera esposa de Rowse, pero éste no era su primer marido. Cuatro años antes, Rowse, agazapado tras un camión en una callejuela de West Belfast, vigilaba a Nigel Quaid cuando éste, con pasos vacilantes, avanzaba como un gigantesco cangrejo blindado hacia el «Ford Sierra» rojo situado a unos cien metros calle abajo.

Rowse sospechaba que había una bomba en el maletero del coche. Una explosión controlada hubiese bastado para terminar con aquel asunto, pero el alto mando deseaba que la bomba fuese desactivada a ser posible. Los británicos conocen la identidad de todos los agentes del IRA en Irlanda que se

dedican a fabricar bombas, ya que cada uno deja su «firma» personal en la forma como la bomba está configurada. Y esa firma salta en pedazos si la bomba explota; pero si ésta puede ser recuperada mediante la desactivación, proporciona una buena cosecha de información: de dónde procede el explosivo, el origen del fulminante, del detonador, e, incluso, alguna huella dactilar. De todos modos, aun sin huellas, es posible deducir la identidad de las manos que la han fabricado.

Así que Quaid, su viejo amigo de la infancia, al que conocía desde su época de escolar, tuvo que colocarse la pesada armadura, que apenas le permitía caminar, con el fin de llegar hasta el automóvil, abrir el maletero e intentar desactivar el dispositivo de antimanipulación. Pero su amigo fracasó. Abrió el maletero, pero el dispositivo en cuestión estaba sujeto con cinta adhesiva en el reverso de la puerta. Quaid había mirado hacia el fondo del maletero, con lo que perdió unas décimas de segundo. Cuando la luz del día incidió sobre la célula fotoeléctrica, la bomba estalló. Pese a la armadura que le cubría, la explosión le voló la cabeza.

Rowse había confortado a la joven viuda. Sus atenciones se convirtieron en afecto; y el afecto, en amor. Cuando Tom Preguntó a Nikki si quería casarse con él, ella puso una condición. Dejar Irlanda, salirse del Ejército. Y al ver a McCready, ella sospechó de inmediato que algo ocurría, ya que antes había visto también a hombres como él. Serenos, siempre ese tipo de hombres serenos. Había sido uno de ellos el que visitó a Nigel y le pidió que se fuese a un callejón en West Belfast. Afuera, en el jardín, la mujer cavó con furia el bancal, escardando las malas hierbas, mientras su marido conversaba con el hombre sereno.

McCready habló durante diez minutos. Rowse le escuchó. Y cuando el hombre mayor hubo terminado su exposición, el antiguo soldado le dijo:

—Mira hacia afuera.

McCready lo hizo. Los exuberantes campos de labranza se extendían hasta el horizonte.

Un pájaro trinó.

—Aquí me he forjado una nueva vida. Lejos de la inmundicia, apartado de esa chusma. Me he ido, McCready, me he ido de verdad. ¿No te contaron eso los de Curzon Street? Me han convertido en un intocable. Y ahora tengo una vida nueva, una esposa, un hogar, que no es una fosa húmeda en una

ciénaga irlandesa, y un modesto modo de vida gracias a mis libros. ¿Por qué diablos habría de regresar?

—Necesito un hombre, Tom. Un hombre dentro de la clandestinidad. Un infiltrado. Alguien capaz de moverse con plena libertad por el Oriente Medio con una buena cobertura. Un rostro que ellos no conozcan.

—Busca a otro.

—Si logran lo que se proponen, si consiguen introducir esas toneladas métricas de «Semtex-H» en Inglaterra, distribuidas en quinientos paquetes de dos kilos, tendremos otro centenar de casos como el de Nigel Quaid. Otros millares de Mary Feeney. Estoy tratando de evitar que eso ocurra, Tom.

—No, McCready. No conmigo. ¿Por qué demonios he de ser yo?

—Ellos, por su parte, ya están encargando a una persona de este asunto. Alguien a quien conoces: Kevin Mahoney.

Rowse se puso rígido como si le hubiesen asestado un duro golpe.

—¿Está dispuesto a hacerlo? —preguntó.

—Creemos que tiene la intención de encargarse del asunto. Si falla, eso significaría su destrucción.

Rowse se quedó contemplando el paisaje durante un buen rato. Pero veía otra campiña, mucho más verde, aunque mucho menos cuidada; y un garaje cerca de una valla; y un cuerpo menudo tendido al borde del camino, el cadáver a quien fuera una niña llamada Mary Feeney. Tom Rowse se levantó y salió de la casa. McCready oyó una conversación en voz baja y, luego, los gritos de Nikki. Al poco rato, Rowse volvía a entrar en la sala y se dirigía a su cuarto a preparar un maletín de viaje.

CAPITULO II

El entrenamiento de Rowse duró toda una semana, y McCready se encargó personalmente de llevarlo a cabo. No se podía pensar en modo alguno en tener a Rowse en las inmediaciones de la Century House, ni mucho menos cerca de Curzon Street. McCready preparó para él una de las tres apacibles casas de campo que el Servicio Secreto de Inteligencia británico tenía para casos como éste, situadas a una hora escasa de Londres, y se hizo enviar el material de instrucción desde la Century House.

Había material escrito y películas, la mayor parte de las cuales eran de tipo indistinto, y habían sido tomadas a gran distancia o a través de un agujero practicado en el costado de un camión de carga, o bien con un potente teleobjetivo emplazado en la enramada de algún matorral. Pero los rostros se apreciaban con la suficiente nitidez.

Rowse vio la película y escuchó la cinta de las escenas que habían sido registradas la semana anterior en el cementerio de Ballycrane. Estudió los rostros del sacerdote irlandés que había oficiado el servicio fúnebre y del hombre de la Junta Militar que se encontraba a su lado. Pero cuando McCready le puso delante las fotografías de los rostros que debería memorizar, su mirada volvía una y otra vez a la que mostraba los fríos y apuestos rasgos de Kevin Mahoney.

Cuatro años antes estuvo a punto de matar a ese pistolero del IRA. Mahoney se había dado a la fuga y la operación para apoderarse de él había costado semanas de paciente trabajo clandestino. Finalmente había sido detectado en el curso de una operación de engaño mediante la que se le había obligado a aventurarse en Irlanda del Norte desde su escondrijo cerca de Dundalk, en el Sur. El automóvil en el que viajaba iba conducido por otro miembro del IRA, y los dos se habían detenido a poner gasolina en una estación de servicio en las inmediaciones de Moira. Rowse les seguía en su coche, a prudente distancia, mientras iba recibiendo informaciones por radio de los vigilantes

apostados a lo largo de la ruta y en el aire. Al enterarse de que Mahoney se había detenido a repostar, decidió ir por él.

Pero cuando llegó a la estación de servicio, el conductor del IRA había llenado ya el depósito de gasolina y se encontraba de nuevo sentado al volante del coche. A su lado no había nadie. Por un momento, Rowse creyó que había perdido su presa. Dijo a su compañero que se encargara de vigilar al conductor y se apeó del automóvil. En el momento en que él mismo se encontraba ocupado en llenar el depósito de gasolina, la puerta del servicio de caballeros se abrió y Mahoney apareció en el umbral.

Rowse llevaba su pistola de reglamento de las Fuerzas Aéreas Especiales, una «Browning» de trece proyectiles, metida en el cinturón, a su espalda, debajo de un chaquetón de obrero, de basto paño azul. Una mugrienta gorra de lana le cubría gran parte de la cabeza y una barba de varios días le oscurecía el rostro. Parecía un trabajador irlandés, la cobertura que había adoptado.

Al salir Mahoney del servicio de caballeros, Rowse se agazapó detrás de una bomba de gasolina, sacó su arma, la empuñó con las dos manos mientras se ponía en posición de tiro y gritó:

—¡Mahoney, detente!

Mahoney era muy rápido. Justo cuando Rowse sacaba su arma, él echaba mano de la suya. De acuerdo con la Ley, Rowse podría haber acabado con él en ese instante de una vez para siempre. Deseaba hacerlo. Pero en vez de ello, gritó de nuevo:

—¡Suéltala o eres hombre muerto!

Mahoney había sacado ya la pistola, pero todavía la tenía a un lado. Miró al hombre semioculto detrás de la bomba de gasolina, contempló la «Browning» y tuvo la certeza de que no podría vencer. Entonces dejó caer su «Colt».

En ese momento, dos damas ancianas en un «Volkswagen», metieron el coche en la gasolinera. No tenían ni la menor idea de lo que estaba ocurriendo, pero lo cierto fue que interpusieron directamente su vehículo entre la bomba de gasolina, tras la que Rowse se había parapetado, y la pared contra la que Mahoney estaba apostado. Eso fue más que suficiente para el hombre del IRA. El terrorista se dejó caer al suelo como una pesada piedra y recuperó su arma. El conductor intentó acudir en socorro de Mahoney, pero el hombre que iba con Rowse se encontraba a su lado; el cañón de una pistola entró por la ventanilla y le apuntó a la cabeza.

Rowse no pudo disparar, ya que las dos mujeres, tras haberseles ahogado el motor, se encontraban dentro del coche pegando gritos. Mahoney salió de detrás del «Volkswagen», se escabulló ocultándose detrás de una furgoneta estacionada y se precipitó hacia la carretera. Cuando Rowse inspeccionaba la parte de atrás de la camioneta, Mahoney había alcanzado ya el centro de la carretera.

El anciano conductor del «Morris Minor» frenó en seco para no atropellar al hombre que cruzaba corriendo por delante de su coche. Mahoney, que mantuvo el «Morris Minor» entre él y Rowse, abrió la portezuela del vehículo, sacó al anciano arrastrándolo por la chaqueta y le asestó un golpe en la nuca con la culata de la pistola, dejándole tirado en la carretera. Después montó de un salto en el asiento del conductor y se alejó a toda prisa.

Quedaba un pasajero en el coche. El anciano había llevado a su nietecita al circo. Rowse, de pie en el centro de la carretera, vio abrirse la portezuela delantera del automóvil y cómo la niña era arrojada del vehículo en marcha. Escuchó el ahogado chillido de la pequeña al caer sobre el pavimento, vio el pequeño cuerpo rodando por la carretera, y cómo era atropellado por la camioneta que venía por detrás.

—Sí —asintió McCready en voz baja—, sabemos que fue él. Pese a los dieciocho testigos que declararon bajo juramento que Mahoney, a esas horas, se encontraba tomando unas copas en un bar de Dundalk.

—Después de aquello envié una carta a la madre de la niña —explicó Rowse.

—La Junta Militar también le escribió —comentó McCready—. Le expresaban su más sentido pésame, y le decían que la muerte de la niña había sido accidental.

—Fue arrojada del coche —dijo Rowse—. Vi el brazo de ese asesino. ¿Así que piensa encargarse de esa operación?

—Creemos que sí. Pero ignoramos qué medios utilizarán para el envío, ni si será por tierra, aire o mar, ni por dónde demonios aparecerá. Estamos convencidos de que él dirigirá la operación. Ya has escuchado la cinta.

McCready instruyó a Rowse sobre sus historias de cobertura. Iría provisto de dos, no de una sola. La primera sería de una transparencia razonable. Con suerte, aunque las investigaciones de los otros descubriesen la mentira, siempre dispondría de la

segunda identidad. Y con un poco de suerte (una vez más), se darían por satisfechos con su segunda cobertura.

—¿Por dónde he de empezar? —preguntó Rowse cuando la semana se acercaba a su fin.

—¿En qué lugar del mundo te gustaría hacerlo? —preguntó McCready a su vez.

—Si alguien estuviese haciendo averiguaciones sobre el tráfico internacional de armas para su próxima novela, no tardaría en descubrir que las dos bases europeas para ese tráfico son Amberes y Hamburgo —replicó Rowse.

—Cierto —asintió McCready—. ¿Dispones de contactos en alguna de esas ciudades?

—En Hamburgo vive un hombre al que conozco —contestó Rowse—. Es un tipo peligroso, medio loco, pero puede que tenga contactos con el hampa internacional.

—¿Cómo se llama?

—Kleist. Ulrich Kleist.

—¡Dios mío!, la verdad es que conoces a cada hijo de puta extranjero, Tom.

—Le salvé la vida por un pelo en cierta ocasión —respondió Rowse—. En Mogadiscio. Todavía no estaba loco. Eso vino después, cuando alguien convirtió a su hijo en un drogadicto. El muchacho murió.

—¡Ah, sí! —dijo McCready—, eso es algo que puede tener sus repercusiones. Muy bien, será Hamburgo. Estaré contigo durante todo el tiempo. No me verás, ni tampoco los cerdos con los que te topes. Pero estaré allí, en cualquier parte, siempre cerca de ti. Si corres peligro, acudiré en tu ayuda, con dos de tus antiguos camaradas del regimiento. Estarás protegido; daremos la cara por ti si se te ponen mal las cosas. Necesitaré estar en contacto contigo de ahora en adelante para ir poniendo al día los asuntos de un modo regular.

Rowse asintió con la cabeza. Sabía que todo eso era una mentira, pero se trataba de una mentira piadosa. McCready necesitaría ir poniendo al día sus asuntos incluso en el caso de que Rowse desapareciese de repente de este planeta, el SIS británico sabría hasta dónde había llegado en sus investigaciones. Y es que Rowse poseía esa cualidad tan apreciada en los grandes espías. Era perfectamente sustituible.

Rowse llegó a Hamburgo a mediados de mayo. No había anunciado su visita y se presentó solo. Sabía que McCready y los dos «guardaespaldas» le habían precedido en el viaje. No los

vio al llegar, y tampoco hizo ningún esfuerzo para detectarlos. Supuso que conocería a los dos hombres de las Fuerzas Aéreas Especiales que acompañaban a McCready, pero no tenía sus nombres. No importaba; ellos le conocían y su tarea consistía en mantenerse cerca de él pero invisibles. Ésa era su especialidad. Los dos hablarían el alemán con soltura. Estarían en el aeropuerto de Hamburgo, en las calles, cerca de su hotel, vigilándole e informando a McCready, el cual regresaría pronto a Londres.

Rowse evitó los hoteles de lujo, como el «Vier Jahreszeiten» y el «Atlantik», y eligió uno más modesto, de la estación de ferrocarril.

En una filial de la agencia «Avis» alquiló un coche pequeño en consonancia con su modesto presupuesto, pues tenía que hacerse pasar por un novelista de éxito moderado que estaba reuniendo datos para su próxima novela. A los dos días encontró a Ulrich Kleist, que trabajaba en los muelles conduciendo una carretilla elevadora.

El fornido alemán había parado su máquina y se estaba apeando de ella cuando Rowse lo llamó por su nombre. Durante un instante, Kleist se puso en guardia, preparándose para la defensa; pero, en seguida, reconoció a Rowse. Su ceñudo rostro se iluminó con una sonrisa.

—Tom, Tom, mi viejo amigo.

Rowse se encontró casi triturado en un abrazo de oso. Cuando al fin se vio libre, dio un paso atrás y se quedó contemplando al antiguo soldado de las Fuerzas Especiales a quien no veía desde hacía cuatro años y a quien había conocido en el horno asfixiante de un aeropuerto somalí en 1977. Rowse tenía entonces veintidós años, y Kleist le llevaba seis. Pero el *alemán* aparentaba ahora más de cuarenta, muchos más.

El 13 de octubre de 1977, cuatro terroristas palestinos habían secuestrado un avión de «Lufthansa» que hacía el vuelo de Mallorca a Francfort, con ochenta y seis pasajeros y una tripulación de cinco personas a bordo. Perseguido por las autoridades, el *jet* había aterrizado sucesivamente en Roma, Larnaca, Bahrain, Dubai y Aden hasta que, por último, habiéndosele acabado el combustible, se detuvo en Mogadiscio, la desolada capital de Somalia.

Y en aquel lugar, pocos minutos después de la medianoche, cuando el 18 de octubre comenzaba, el avión fue tomado por asalto por un destacamento de las Fuerzas Especiales de la Alemania Occidental, las GSG-9, que lograron superarse a sí

mismas tras un largo período de entrenamiento a cargo de la SAS británica. Aquella fue la primera misión realizada en el extranjero por las tropas de asalto comandadas por el coronel Ulrich Wegener.

Los muchachos eran buenos, francamente buenos, pero dos sargentos de la SAS los acompañaban de todos modos. Uno de ellos era Tom Rowse..., y aquello sucedió mucho antes de que presentase su dimisión.

Los británicos quisieron participar en la operación por dos razones. Ante todo, tenían gran experiencia en forzar, en fracciones de segundo, las puertas de un avión selladas; y también conocían el manejo de las granadas de «aturdimiento» británicas, las cuales lograban tres cosas destinadas a paralizar a un terrorista durante dos segundos de importancia vital. Una de ellas era el relámpago, que cegaba los ojos no protegidos; otra era la onda expansiva, que ocasionaba desorientación en el sujeto afectado; la tercera era el estruendo, que lograba conmocionar el cerebro a través de los tímpanos y paralizaba el poder de reacción del individuo.

Después del éxito de la operación en la que el avión fue rescatado, el canciller Helmut Schmidt mando alinear a sus guerreros y los condecoró, a cada uno de ellos, con la medalla al mérito, otorgada por la agradecida patria. Los dos británicos se esfumaron antes de que políticos y periodistas se presentaran en el lugar de los hechos.

Aunque los dos sargentos de la SAS estuvieron presentes tan solo en calidad de asesores técnicos —y el Gobierno laborista británico se había mostrado muy intransigente en este sentido, lo que ocurrió realmente fue lo siguiente: los dos ingleses fueron los primeros en subir por la escalerilla, con el fin de forzar la puerta de pasajeros trasera, a la cual habían accedido por debajo de la cola del avión, para evitar que los terroristas los detectaran.

Y dado que en aquella oscuridad absoluta resultaba imposible intercambiar posiciones en lo alto de la escalerilla de aluminio, los dos hombres de la SAS fueron los primeros en introducirse por la abertura practicada y arrojaron sus granadas de aturdimiento. Entonces se hicieron a un lado para dar paso al equipo de la GSG-9 y permitirles que terminaran el trabajo. Los dos primeros alemanes fueron Uli Kleist y otro paracaidista. Avanzaron hasta el centro del pasillo y se lanzaron al suelo, tal como les habían ordenado, sus metralletas apuntadas hacia la

parte delantera del avión, donde les habían dicho que estarían los terroristas.

Y efectivamente se encontraban allí, pero tras el tabique delantero, recobrándose de la explosión. Zohair Yussef Akache, alias *capitán Mahmoud*, que había dado muerte al capitán de «Lufthansa» Jürgen Schumann, estaba de pie, empuñando su pistola ametralladora. A su lado, una de las dos terroristas, Nadia Hind Alameh, había logrado incorporarse y sostenía una granada en una mano, mientras que con la otra trataba de accionar el seguro. Uli Kleist jamás había disparado a bocajarro sobre alguien, así que Rowse, saliendo de detrás de la puerta del lavabo, avanzó hasta el pasillo y lo hizo por él. A continuación, el equipo de la GSG-9 terminó el trabajo, abatiendo al segundo terrorista, Nabi Ibrahim Harb, e hiriendo a la otra mujer, Suheila Saleh. Toda la operación había durado ocho segundos.

Diez años después, Uli Kleist se encontraba bajo el sol, en uno de los muelles de Hamburgo, y sonreía al delgado joven que había disparado aquellos dos tiros por encima de su cabeza en el pasillo de un avión secuestrado hacía ya tanto tiempo.

—¿Qué te trae por Hamburgo, Tom?

—Permíteme invitarte a cenar y te lo contaré.

Tomaron una picante comida húngara en un *csarda*, en una de las callejuelas interiores de Sankt Pauli, bien alejados de las brillantes luces y los elevados precios de la Reeperbahn, y la remojaron a placer con unas botellas de *Sangre de Toro*. Rowse habló.

—Pues sí, parece una buena trama —dijo Kleist cuando el británico acabó—. Todavía no he leído tus libros. ¿Han sido traducidos al alemán?

—Aún no —replicó Rowse—. Mi agente literario confía en obtener un contrato en Alemania. Eso me ayudaría, el alemán es un gran mercado.

—Vaya, hombre, ¿así que uno puede ganarse la vida escribiendo esas novelas de aventuras?

Rowse se encogió de hombros.

—Sirve para pagar el alquiler.

—Y respecto a esa nueva, la de terroristas y traficantes de armas y la Casa Blanca, ¿le has puesto título ya?

—Todavía no.

El alemán se quedó reflexionando.

—Trataré de conseguirte alguna información, sólo con el propósito de reunir datos para tu novela, ¿no? —Se echó a reír y se dio unos golpecitos en la nariz como si le dijese: «Por supuesto, hay algo más que eso, pero todos tenemos que ganarnos la vida»—. Dame veinticuatro horas, hablaré con algunos amigos. Intentaré enterarme de si saben dónde puedes conseguir esa clase de información. Vaya, vaya, ¿así que te van las cosas bien desde que dejaste el Ejército? A mí... no tanto.

—Oí hablar de tus problemas —dijo Rowse.

—*Ach*, dos años en la cárcel de Hamburgo. Eso es pan comido. Otros dos años más y hubiese salido de allí. Pero, dicho sea de paso, bien mereció la pena.

Kleist, que estaba divorciado, había tenido un hijo. Al chico, con sólo dieciséis años, alguien lo inició en el consumo de cocaína, y, después, el *crack*. El muchacho murió a causa de una sobredosis. La rabia no convirtió precisamente a Kleist en una persona de inteligencia sutil. Descubrió los nombres del vendedor colombiano y del distribuidor alemán de aquella mercancía que había acabado con la vida de su hijo, entró en un restaurante donde los dos estaban cenando y les saltó la tapa de los sesos. Cuando llegó la Policía, Kleist no opuso resistencia a la detención. Un juez de la vieja escuela, que tenía sus propios puntos de vista sobre los traficantes de drogas, prestó oídos al alegato de la defensa de que había habido provocación e impuso cuatro años de prisión a Kleist. Éste cumplió dos, y ya hacia seis meses que había salido de la cárcel. Se rumoreaba que habían urdido una maquinación para matarlo. A Kleist aquello le tenía sin cuidado. Algunos decían que estaba loco.

Se separaron a eso de la medianoche y Rowse cogió un taxi para volver a su hotel. Un hombre en una moto le siguió durante todo el trayecto. El motorista utilizó dos veces su radiotransmisor portátil. Cuando Rowse hubo pagado al taxista, McCready surgió de entre las sombras.

—No te han seguido —le dijo. Al menos por ahora. ¿Te apetece tomar el último trago antes de acostarte?

Bebieron cerveza en un bar que permanecía abierto durante toda la noche, cerca de la estación, y Rowse le informó de la conversación que había mantenido.

—¿Entonces, no se ha creído tu historia de que estás buscando material para tu próxima novela? —preguntó McCready.

—Lo sospecha.

—Bien, esperemos que haga correr el rumor. Tengo mis dudas acerca de que puedas contactar con los verdaderos chicos malos de todo este tinglado. Confío más bien en que ellos sean los que te aborden.

Rowse hizo una observación acerca de sentirse algo así como un trozo de queso en una trampa para ratones y se bajó del taburete en el que estaba sentado junto a la barra del bar.

—Eso, en una formidable trampa para ratones —apuntó McCready mientras lo seguía afuera del bar—, ya que el queso permanecerá intacto.

—Eso es algo que tú y yo sabemos, pero cuéntaselo al queso —repuso Rowse antes de retirarse a dormir.

La siguiente noche se encontró con Kleist. El alemán sacudió la cabeza.

—He estado preguntando por todas partes —dijo—, pero lo que tú me mencionaste resulta demasiado refinado para Hamburgo. Ese tipo de material se consigue en laboratorios del Gobierno y en fábricas de armamento. No se encuentra en el mercado negro. Pero hay un hombre que se dedica a ello, o al menos es eso lo que se rumorea.

—¿Aquí, en Hamburgo?

—No, en Viena. El agregado militar de la Embajada soviética en esa ciudad es un tal comandante Vitali Kariagin. Y como sabrás, sin duda alguna, Viena es el principal canal de salida para los fabricantes de armamento checoslovacos. La gran masa de sus exportaciones les permite hacerlas por cuenta propia, pero hay materiales y compras que necesitan el permiso de Moscú. El agente que canaliza esas autorizaciones es Kariagin.

—¿Y por qué habría de ayudarme?

—Se rumorea que siente una cierta afición por las cosas buenas de la vida. Es miembro del GRU, por supuesto, pero incluso los agentes oficiales del Servicio de Inteligencia militar soviético tienen aficiones privadas. Al parecer le gustan las chicas, las caras, de la clase a las que hay que hacer costosos regalos. Y es así que él mismo los acepta, regalos en metálico, dentro de un sobre.

Rowse pensó sobre eso. Sabía que la corrupción es más una regla que una excepción en la *sociedad* soviética, ¿pero un comandante del GRU en ese negocio? El mundo del tráfico de armas es muy extraño; todo puede ocurrir en él.

—Por cierto —dijo Kleist—, en esa... novela tuya, ¿saldrá alguien del IRA?

—¿Por qué me lo preguntas? —inquirió Rowse. Él no le había mencionado el grupo terrorista IRA.

Kleist se encogió de hombros.

—Hay una unidad aquí. Tienen su base en un bar regido por palestinos. Mantienen relaciones con otros grupos terroristas de la comunidad internacional, y con vendedores de armas. ¿Quieres verlos?

—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué?

Kleist se echó a reír, quizá con demasiada ostentación y picardía.

—Puede resultar divertido —contestó.

—Y en cuanto a esos palestinos, ¿saben que en cierta ocasión liquidaste a cuatro de los suyos? —preguntó Rowse.

—Es lo más probable. En nuestro mundo cada cual conoce a cada cual. En especial si se trata de enemigos. Pero yo sigo yendo a tomarme unas copas en su bar.

—¿Por qué?

—Por diversión. Para tirar del rabo al tigre.

«Desde luego *está loco de atar*», pensó Rowse.

—Creo que deberías ir —dijo McCready horas después, esa misma noche—. Podrías enterarte de algo, descubrir alguna cosa. Ver algo. O ellos podrían verte y preguntarse qué demonios andas haciendo aquí. Si preguntan, tendrán que conformarse con la historia de que estás reuniendo información para próxima novela. No lo creerán, pero sacarán la conclusión de que, en realidad, *pretendes* comprar armas para utilizarlas en América. Se correrá la voz. Y queremos que eso ocurra. Tómate sólo un par de cervezas y mantente vigilante. Luego te apartas de ese alemán loco.

McCready no creyó necesario revelarle que tenía conocimiento del bar en cuestión. Se llamaba «Hausehohle» o «Househole» y persistía el rumor de que un agente infiltrado alemán, que trabajaba para los ingleses, había sido desenmascarado en aquel lugar el año anterior y le habían pegado un tiro en una habitación del primer piso. Lo cierto era que el hombre había desaparecido sin dejar rastro. No había razón suficiente para que la Policía alemana allanase el lugar, y el Servicio de Contraespionaje prefería dejar a los palestinos y a los irlandeses donde estaban. El haber puesto patas arriba su cuartel sólo hubiera servido para obligarlos a que se establecieran en cualquier otra parte. En todo caso, los rumores persistían.

La noche siguiente, Ulrich Kleist pagó al taxista que los había llevado hasta la Reeperbahn y condujo a Rowse por Davidstrasse hasta alcanzar la verja de hierro por la que se entraba a Herbertstrasse, calle en la que las prostitutas se exhibían día y noche tras los ventanales de los escaparates, pasó con él por delante de las puertas de las cervecerías y bajó por una callejuela hasta el final de aquel barrio, donde el río Elba brillaba bajo la luz de la Luna. Torció a la derecha para meterse por Bernhard Nochtstrasse, caminó unos doscientos metros y se detuvo ante una puerta de madera labrada.

Pulsó el timbre colocado discretamente a un lado de la puerta, y en seguida se abrió una pequeña rejilla. Un ojo le contempló, se escucharon los murmullos de una discusión al otro lado de la puerta y ésta se abrió. Tanto el portero como el hombre vestido de esmoquin que estaba a su lado eran árabes.

—¡Muy buenas noches, Mr. Abdallah! —dijo cariñosamente Kleist en alemán—. Estoy sediento y me apetecería tomar un trago.

Abdallah se quedó mirando a Rowse.

—Oh, este hombre es digno de confianza, se trata de un buen amigo mío —dijo Kleist.

El árabe hizo un gesto de asentimiento al portero, que abrió la puerta del todo para dejarlos pasar. Kleist era fuerte y grandullón, pero el portero era una mole, tenía la cabeza rapada y no parecía hombre el que se pudiese gastar alguna broma. En otro tiempo, en los campamentos del Líbano, había sido un matón de las fuerzas del orden de la OLP. En cierto modo, seguía siéndolo.

Abdallah condujo a los dos hombres hasta una mesa, llamó a un camarero con un gesto de su mano y le ordenó en árabe que atendiese a sus huéspedes. Dos agraciadas muchachas de alterne, ambas alemanas, abandonaron la barra y fueron a reunirse con ellos. Kleist sonrió con picardía.

—Ya te lo dije. Ningún problema.

Permanecieron sentados, tomando unas copas. De vez en cuando, Kleist sacaba a bailar a una de las chicas. Rowse jugueteaba con el vaso e inspeccionaba el recinto. Pese a que el local estaba situado en un callejón de mala muerte, el «Househole» estaba decorado con gran lujo, su música era buena y las bebidas no habían sido bautizadas. Incluso las chicas eran guapas, e iban bien vestidas.

Algunos de los clientes eran árabes de nacimiento, otros, alemanes. Parecían gente acomodada y dedicada sólo a pasar

un buen rato. Rowse llevaba traje y corbata; sólo Kleist se distinguía de la concurrencia ya que vestía la parda cazadora de cuero de piloto de las Fuerzas Aéreas y una camisa de cuello abierto debajo. De no haber sido quien era, con la reputación que tenía, Abdallah no le hubiese permitido entrar debido a su atuendo.

Aparte del temible portero, Rowse no pudo apreciar ningún otro indicio de que el local fuese una madriguera para gente distinta a esos hombres de negocios, que se mostraban dispuestos a ser despojados de una gran cantidad de dinero en la esperanza, totalmente infundada, de poder llevarse a su casa a alguna de las muchachas de alterne. La mayoría de ellos tomaba champán; Kleist había pedido cerveza.

En la pared detrás de la barra había un gran espejo, que dominaba toda la zona de las mesas. Era un espejo unidireccional; detrás se encontraba el despacho del gerente. Dos hombres estaban de pie ante el cristal, mirando hacia abajo.

—¿Cuál de ellos es tu hombre? —preguntó uno de ellos en voz baja, con esa áspera pronunciación gutural de las erres característica de Belfast.

—Un alemán llamado Kleist. Viene por aquí de vez en cuando. Perteneció a las Fuerzas Especiales. Pero lo dejó, ya no pertenece a ese Cuerpo. Estuvo dos años en prisión por asesinato.

—No me refiero a él —replicó el otro—, hablo del otro, del que está con él. Del británico.

—No tengo ni idea, Seamus. Se ha presentado aquí por las buenas.

—Pues entérate de quién es —insistió el otro—. Yo le he visto antes en alguna parte.

Los dos hombres aparecieron cuando Rowse se dirigió hacia el servicio de caballeros. Rowse había utilizado el urinario y estaba lavándose las manos cuando los dos entraron. Uno de ellos se acercó al urinario, se quedó de pie frente a la taza y comenzó a manipular los botones de su bragueta. Era el más alto y fornido de los dos. El más delgado, un irlandés de buena presencia, se quedó junto a la entrada. Se metió la mano en un bolsillo de la chaqueta y sacó una pequeña cuña de madera. Entonces se agachó, la dejó en el suelo y la empujó con un pie por debajo de la puerta. Así no recibirían ninguna visita inesperada.

Rowse vio en el espejo lo que el hombre hacía, pero aparentó no darse por enterado. Cuando el hombrachón se apartó del urinario, Rowse estaba preparado. Se dio media vuelta, esquivó hábilmente el primer golpe que el grandullón pretendió asestarle en la cabeza con el puño de su enorme manaza y le dio un puntapié en la rodilla izquierda, lastimándole el sensible tendón que está bajo la rótula.

El grandullón, cogido por sorpresa, gruñó de dolor. La pierna izquierda le falló, se retorció y agachó la cabeza hasta la altura de la cintura. La rodilla de Rowse subió con gran violencia y fue a estrellarse contra la mandíbula de su atacante. Se escuchó el crujido de dientes que se quiebran, y un fino chorro de sangre se escapó por entre los partidos labios del hombre que tenía frente a él. El hombrachón sintió que el dolor le subía por el muslo desde su rodilla magullada. La pelea terminó con el tercer golpe: cuatro nudillos rígidos se hundieron bajo la nuez de Adán en la garganta del hombre. Rowse se volvió hacia el que estaba cerca de la puerta.

—¡Tómeselo con calma, amigo! —dijo el hombre llamado Seamus—. Él sólo quería hablar con usted.

Seamus tenía una amplia y cautivadora sonrisa, propia de un jovencito incauto, que debería de causar estragos entre las mujeres, pero su mirada era fría y vigilante.

—*¿Qu'est-ce qui se passe?* —preguntó Rowse. Al entrar al club se había hecho pasar por un turista suizo.

—Dejemos eso, Mr. Rowse —dijo Seamus—. En primer lugar, usted lleva la palabra británico escrita de pies a cabeza. En segundo, su fotografía se encuentra en la contraportada de su libro, que leí con gran interés. Y, en tercer lugar, fue miembro de las SAS y estuvo destinado en Belfast hace años. Creo haberlo visto en alguna parte.

—¿Así que es eso? —replicó Rowse—. Ya estoy fuera de todo aquello, fuera del todo. Ahora escribo novelas para poder vivir. No hay más.

Seamus O'Keefe se quedó pensativo.

—Bien pudiera ser —admitió—. Si los británicos quisiesen infiltrar agentes en mi club, no creo que utilizaran a una persona cuyo rostro se encuentra estampado en tantos libros. ¿O lo harían?

—Podrían hacerlo —replicó Rowse—, pero no conmigo. Y la razón es que yo jamás volvería a trabajar para ellos. Hubo un momento en que nuestros caminos se separaron para siempre.

—Me gusta oír eso, para estar seguro. Pues bien, en ese caso, hombre de la SAS, vamos a tomar un trago. Uno de verdad. Para brindar por los viejos tiempos.

El irlandés retiró la cuña y abrió la puerta. Sobre las baldosas, a gatas, el hombre alto y corpulento gemía de dolor. Rowse atravesó el umbral de la puerta, O'Keefe se detuvo unos instantes para susurrar algo al oído del grandullón.

En el bar, Ulrich Kleist seguía sentado a la mesa. Las chicas se habían marchado ya. El gerente y el gigantesco portero estaban de pie, junto a su mesa. Cuando Rowse pasó por su lado, Kleist enarcó una ceja. Si Rowse hubiese asentido, el alemán se hubiera enzarzado en una pelea, a pesar de que la desigualdad de condiciones no dejase lugar a dudas sobre su funesto desenlace. Rowse denegó con la cabeza.

—Todo está en orden, Uli. Tranquilo. Vete a casa. Ya nos veremos.

O'Keefe se llevó a Rowse a su propio apartamento. Tomaron «Jamesons» con agua.

—Háblame de esas *averiguaciones*, hombre de la SAS —dijo O'Keefe en tono sereno.

Rowse sabía que otros dos hombres estaban apostados en el pasillo, prestos para acudir si eran llamados. No había necesidad de emplear más violencia. A grandes rasgos expuso a O'Keefe la trama de la próxima novela que pretendía escribir.

—Entonces, ¿no va a aparecer nada sobre los muchachos de Belfast? —preguntó O'Keefe.

—No puedo utilizar el mismo argumento dos veces —replicó Rowse—. Mis editores no me lo aceptarían. Esta vez escribiré sobre América.

Estuvieron charlando durante toda la noche. Y bebiendo. Rowse aguantaba muy bien el whisky, lo cual le vino de perillas. O'Keefe le dejó marchar casi al amanecer. Rowse hizo a pie el camino de regreso a su hotel con el fin de eliminar los vapores del alcohol.

Los otros se encargaron de trabajar a Kleist en unos grandes almacenes abandonados, adonde le habían llevado por la fuerza después de que Rowse saliese del club. El corpulento portero fue el encargado de derribarlo. Además, había otro palestino, que se dedicaba a utilizar sus instrumentos. Ulrich Kleist se distinguía por su gran resistencia, pero los palestinos habían aprendido en el sur del Líbano las técnicas de infligir dolor. Kleist se mantuvo todo lo que pudo, pero no resistió hasta el

amanecer. Abandonaron su cadáver antes de que el sol saliera. Para Kleist fue un bienvenido descanso. El irlandés que había recibido la paliza en el servicio de caballeros se limitó a vigilar y a escuchar, palpándose de vez en cuando la boca, herida. Cuando todo había finalizado, acudió a informar a O'Keefe de lo que se había enterado. El jefe de la delegación del IRA asintió con la cabeza.

—Ya pensaba yo que había algo más que esa historia de la novela —dijo. Después envió un telegrama a Viena. El texto había sido cuidadosamente redactado.

Cuando Rowse salió del apartamento de O'Keefe y regresó al hotel cerca de la estación de ferrocarril, caminando por las calles de la ciudad que se despertaba, uno de sus guardaespaldas lo siguió con cautela. El otro estuvo vigilando el edificio de los grandes almacenes abandonados, pero no intervino.

A la hora del almuerzo, Rowse se comió un descomunal *Bratwurst* fuertemente condimentado con mostaza dulce alemana. Lo había adquirido en un *Schnellimbiss*, en uno de esos puestos emplazados en las esquinas donde preparan deliciosas salchichas en forma de bocadillo para aquellos que andan con prisas. Mientras comía, hablaba con los labios torcidos hacia un lado, dirigiéndose al hombre que caminaba al lado suyo.

—¿Piensas que O'Keefe te ha creído? —preguntó McCready.

Es posible que se lo haya tragado. A fin de cuentas, se trata de una explicación bastante plausible. Después de todo, los autores de novelas de *suspense* tienen que investigar cosas harto peregrinas en los más extraños lugares. Pero quizás abrigue sus dudas. No es un imbécil.

—¿Piensas que Kleist te ha creído?

Rowse soltó la carcajada.

—No, Uli, no. Está convencido de que soy una especie de renegado, que me he convertido en un mercenario y que ando en busca de armas para suministrárselas a algún cliente. Se mostró demasiado educado como para echarme eso en cara, pero es seguro que no se ha dado por satisfecho con la historia de que busco datos para una novela.

—¡Aja! —replicó McCready—. Pues bien, quizás anoche nos hayamos apuntado un tanto. Realmente estás logrando que se fijen en ti. Ya veremos si en Viena continúa tu racha de buena

suerte. Por cierto, mañana por la mañana saca un billete de avión. Paga en efectivo en el mismo aeropuerto.

El avión con destino a Viena hacía escala en Francfort y despegó a su hora fijada. Rowse viajó en primera clase. Después del despegue, las azafatas distribuyeron los periódicos. Como se trataba de un vuelo nacional alemán, no había ningún diario en inglés. Rowse, cuyo alemán era bastante limitado, se dedicó a descifrar los titulares. Uno de ellos, que cubría casi la mitad inferior de la primera página del *Morgenpost*, no necesitó descifrarlo.

El rostro que aparecía en la fotografía tenía los ojos cerrados y aparecía cubierto de desperdicios. Los titulares decían:

ENCONTRADO MUERTO EL ASESINO DE UNOS MAGNATES DE LA DROGA

En el artículo se explicaba que unos empleados del servicio de limpieza municipal habían encontrado el cadáver junto a un contenedor de basuras en una avenida cercana a los muelles, "la Policía", que estaba investigando el caso, lo consideraba un ajuste de cuentas.

Rowse se levantó de su asiento, descorrió la cortina que aislaba la primera clase de la clase turista y avanzó por el pasillo en dirección a los lavabos. Cuando llegó a uno de los últimos asientos del avión dejó caer con fuerza el periódico en el regazo de un hombre que estaba leyendo la revista de a bordo y que le miró con sorpresa, frunciendo el ceño.

—¡Hijo de puta! —le dijo Rowse en tono silbante.

Para sorpresa de Rowse, el comandante Kariagin atendió su llamada a la Embajada soviética en el primer intento que hizo por ponerse en contacto con él. Rowse le habló en ruso.

Los soldados de las Fuerzas Aéreas Especiales, y muy particularmente los oficiales, han de ser unas criaturas de múltiples talentos. Como la unidad básica de combate de la SAS está integrada únicamente por cuatro hombres, se hace necesario un amplio espectro de habilidades por su parte. Dentro de un grupo de cuatro hombres, los cuales reciben un exhaustivo entrenamiento médico, es imprescindible que estén capacitados para operar una emisora de radio y que dominen varias lenguas entre ellos, aparte de la gran diversidad de técnicas de combate que han de utilizar. Ya que su

destacamento había actuado en Malasia, Indonesia, Omán, Centroamérica y Sudamérica, los idiomas favorecidos habían sido siempre malayo, árabe y español. Para sus actuaciones en el marco de la OTAN, las lenguas preferidas habían sido el ruso (por supuesto) y uno o dos de los idiomas de los países aliados. Rowse hablaba francés, ruso y el gaélico irlandés.

El hecho de que un completo extraño telefonara a la Embajada preguntando por el comandante Kariagin no era algo que resultase tan raro. Aparte de su función de cobertura como agregado militar, ese agente del GRU tenía la misión de vigilar la constante afluencia de solicitudes extranjeras para la compra de armas al Omnipol checoslovaco.

Las solicitudes intergubernamentales se presentaban directamente al Gobierno de Husak en Praga. Y no eran de la incumbencia del comandante. Pero otras, de procedencia más dudosa, llegarían a la delegación del Omnipol en el extranjero, cuya base neutral se hallaba en Viena. Kariagin se encargaría de revisarlas en su totalidad. Algunas las aprobaría, otras las enviaría a Moscú para que allí tomaran una decisión al respecto, pero había algunas a las que pondría su veto personal. De lo que no informaba a Moscú era que esta última clase de decisiones eran susceptibles de ser influenciadas mediante una propina generosa. Acordó encontrarse con Rowse esa misma noche en el «Sacher's».

El comandante no tenía ese aspecto de ruso que conocemos por las caricaturas. Era un hombre agraciado, siempre acicalado, bien peinado y mejor vestido. El comandante era persona conocida en ese famoso restaurante. El jefe de camareros les condujo hasta un tranquilo rincón, lejos de la orquesta y apartado de la algarabía de los demás comensales. Los dos hombres tomaron asiento y pidieron un *Schnüzel*, que acompañaron con una botella de ligero vino tinto austriaco.

Rowse le expuso la necesidad que tenía de obtener datos para su novela. Kariagin le escuchó con exquisita cortesía.

—Esos terroristas norteamericanos... —comenzó a decir cuando Rowse finalizó su exposición.

—Terroristas de ficción —le corrigió Rowse.

—Por supuesto, esos terroristas norteamericanos de ficción, ¿qué es lo que andan buscando?

Rowse sacó del bolsillo interior de su chaqueta un pliego escrito a máquina y se lo tendió. El ruso leyó la lista, enarcó las cejas y se lo devolvió.

—¡Imposible! —exclamó—. Usted no se ha dirigido a la persona adecuada. ¿Por qué ha venido a verme?

—Un amigo mío de Hamburgo me dijo que usted estaba extraordinariamente bien informado.

—Permítame que cambie mi pregunta: ¿por qué se molesta en ir a ver a alguien? ¿Por qué no se lo inventa? Al fin y al cabo sólo se trata de una novela, ¿no?

—Por un prurito de autenticidad —contestó Rowse—. Hoy en día, el novelista que pretenda ser moderno no puede escribir cosas que sean falsas. En los tiempos que vivimos son demasiados los lectores que no desean verse tratados por una obra como si fuesen unos escolares mocosos.

—Me temo, Mr. Rowse, que usted ha llamado a la puerta equivocada. En esa lista hay algunos apartados que no encajan en los marcos de la producción armamentista convencional. Maletines con trampas explosivas, minas «Claymore»..., nada de eso es suministrado por el bloque socialista, así de simple. ¿Por qué no opta por el uso de armas convencionales en su... novela?

—Porque los terroristas...

—Terroristas de ficción —le corrigió Kariagin en un murmullo.

—Por supuesto, esos terroristas de ficción, aparentemente... es decir, eso es lo que les atribuyo en mi obra, quieren llevar a cabo una acción ultrajante en la que se vea envuelta la Casa Blanca. Y eso no lo lograrían con simples rifles adquiridos en una armería de Texas.

—No puedo ayudarle —dijo el ruso, enjugándose los labios con la servilleta—. Estamos en los días del *glasnot*. Las armas de las que usted me habla, como ese tipo de minas «Claymore», que, además, son de fabricación estadounidense y, por lo tanto, no obtenibles...

—Existe una copia de la misma fabricada en el bloque oriental —insistió Rowse.

—Ese tipo de armas, simplemente, no se suministran, a menos de que sea de Gobierno a Gobierno, y tan sólo con fines de legítima defensa. A mi país no se le ocurriría ni en sueños suministrar esa clase de material o aprobar su suministro por parte de un Estado amigo.

—Como Checoslovaquia.

—Tal como usted dice, como Checoslovaquia.

—Pero esa clase de armas aparece ahora en las manos de ciertos grupos terroristas —replicó Rowse—. En poder de los palestinos, por ejemplo.

—Es posible, pero no tengo ni la más remota idea de cómo las consiguen —dijo el ruso, haciendo ademán de levantarse—. Y ahora, amigo mío, si tiene a bien excusarme...

—Sé que hay un montón de cosas por indagar —dijo Rowse—, pero en pro de esa búsqueda de autenticidad he reservado un modesto fondo para la investigación.

Rowse levantó una esquina del periódico plegado que había colocado en la tercera silla de la mesa. Un delgado sobre blanco asomó entre las páginas. Kariagin se sentó de nuevo, cogió el sobre y echó una mirada al fajo de marcos alemanes que había en su interior, lo contempló, y a continuación lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Si yo estuviese en su lugar y deseara obtener cierta clase de material para vendérsela a un grupo de terroristas americanos —todos de ficción, por supuesto—, creo que optaría por hacer un viaje a Trípoli, donde intentaría obtener una entrevista con cierto coronel llamado Hakim al-Mansur. Y ahora tengo que irme, realmente. ¡Buenas noches, Mr. Rowse!

—De momento, todo va muy bien —comento McCready cuando los dos se encontraron, uno junto al otro, en el urinario de caballeros en una tabernucha de mala muerte, situada en las proximidades del río—. Creo que deberías ir allí.

—¿Y qué pasa con el visado?

—Lo mejor sería que te dirigieras a la Oficina del Pueblo Libio, en La Valetta. Si te conceden el visado sin dilación, significaría que tu visita ha sido anunciada ya.

—Crees que Kariagin pasará el informe a Trípoli? —preguntó Rowse.

—Sí, eso creo. En caso contrario, ¿para qué insinuarte que te dirigieras a esa ciudad? Por supuesto que sí, Mr. Kariagin ofrecerá a su amigo al-Mansur la oportunidad de ver quién eres, de corroborar con algo más de profundidad esa ridícula historia tuya. A la postre, nadie se traga ya ese cuento de tu búsqueda de datos para la novela. Ya has saltado el primer obstáculo. Esos chicos malos empiezan a creer realmente que no eres más que un renegado que trata de hacer un rápido y lucrativo negocio trabajando para alguna agrupación clandestina de lunáticos norteamericanos. Al-Mansur deseará saber muchas más cosas sobre el asunto, tenlo por seguro.

Rowse voló de Viena a Roma y desde allí a la capital de Malta. A los dos días de su llegada —no había necesidad de echárseles en los brazos, como McCready había apuntado— presentó su solicitud en la Oficina del Pueblo con el fin de obtener un visado para visitar Trípoli. El motivo que adujo fue el deseo de buscar datos para un libro que pensaba escribir sobre los sorprendentes avances que la *Jamahariya* del Pueblo había realizado. Recibió el visado en veinticuatro horas.

A la mañana siguiente, Rowse embarcó en un avión de las Líneas Aéreas Libanesas que despegó del aeropuerto de La Valetta con destino Trípoli. Cuando tuvo ante su vista las pardas y amarillentas costas de la Tripolitania, que se extendían a lo largo de las brillantes aguas azules del Mediterráneo, Rowse pensó en el coronel David Stirling y en muchos otros, como Paddy Mayne, Jock Lewis, Reilly, Almonds, Cooper y el resto, los primeros hombres de las Fuerzas Aéreas Especiales que, justo después de la formación de ese grupo, atacaron, asaltaron e hicieron volar por los aires las bases alemanas a lo largo de toda esa costa, más de una década antes de que él naciera.

Y también pensó en las palabras que McCready le dijo en el aeropuerto de La Valetta mientras los dos guardaespaldas le esperaban en el automóvil:

—Me temo que Trípoli es un lugar al que no puedo acompañarte. Allí perderás tu retaguardia. Cuando llegues a esa ciudad, te encontrarás solo.

Y como sus predecesores en 1941, muchos de los cuales quedaron enterrados en el desierto, Rowse aprendería que en Libia estaría completamente solo.

El avión se inclinó hacia un ala y se dispuso a aterrizar en el aeropuerto de Trípoli.

CAPÍTULO III

Al principio no parecía haber problema alguno. Rowse hizo el viaje en clase turista y fue uno de los últimos en salir del avión. Siguió a los demás pasajeros por la escalerilla para ir a caer en las garras del sol abrasador de una mañana libia. Desde la terraza de observación del moderno y blanco edificio de aeropuerto, un par de ojos impasibles se fijaron en él y unos prismáticos se recrearon literalmente en su persona mientras cruzaba la asfaltada pista de aterrizaje en dirección a la puerta de «Llegadas».

Pasados unos segundos, los prismáticos fueron dejados a un lado, y murmuradas unas cuantas palabras en árabe.

Rowse se sumergió en el frescor del aire acondicionado de la sala de llegadas y se colocó al final de la cola de los que esperaban su turno para mostrar el pasaporte. Los policías de emigración, con sus ojos negros como el azabache, se tomaban la tarea con toda calma, hojeaban cada página de cada pasaporte, contemplaban con gran atención el rostro de cada pasajero, comparándolo detenidamente con la fotografía del pasaporte y consultando en todo momento un manual que mantenían fuera de la vista, debajo de sus escritorios. Los poseedores de pasaporte libio se alineaban en una cola aparte.

Dos ingenieros petroleros estadounidenses, que habían viajado en la zona de fumadores sentados detrás de Rowse, eran los últimos de la cola. Rowse tuvo que esperar veinte minutos hasta llegar ante el escritorio del policía que controlaba los pasaportes.

Éste, con uniforme verde, le cogió el pasaporte, lo abrió y echó una mirada a una nota que tenía debajo del escritorio. Sin la más mínima expresión en su rostro, alzó la mirada e hizo una seña a alguien que estaba detrás de Rowse. El excombatiente de la SAS sintió un golpecito en el hombro. Se volvió. Se encontró de cara con otro policía vestido de uniforme verde, algo más joven, cuya actitud era cortés, pero firme. Dos soldados armados lo escoltaban a prudente distancia.

—Tendría la amabilidad de acompañarme —le dijo el joven en un inglés bastante aceptable.

—¿Hay algo que no esté en orden? —preguntó Rowse.

Los dos ingenieros estadounidenses habían enmudecido. En una dictadura, el hecho de sacar a un pasajero de la cola del control de pasaportes hace enmudecer a la gente.

El policía que se le había acercado alargó la mano y retiró del escritorio el pasaporte de Rowse.

—Por aquí, si tiene la amabilidad —dijo.

Los dos soldados armados se adelantaron y se colocaron junto a él, uno a cada lado. El policía echó a andar, seguido por Rowse y los soldados que le escoltaban. Cruzaron el vestíbulo de pasajeros y se adentraron por un largo pasillo. Al final del mismo, el policía abrió una puerta a la izquierda e hizo un ademán indicativo a Rowse de que debía entrar. Los soldados se apostaron a cada lado de la puerta.

El oficial de Policía siguió a Rowse dentro de la habitación y cerró la puerta. Era un aposento pintado de blanco, con ventanas protegidas por barrotes. Una mesa y dos sillas, una frente a la otra, se encontraban en el centro de la habitación y no había nada más allí. De una de las paredes colgaba un gran retrato de Muammar el-Gaddafi. Rowse se sentó en una de las sillas; el policía lo hizo enfrente y se puso a estudiar su pasaporte.

—No entiendo qué ocurre —protestó Rowse—. Mi visado me fue concedido ayer por su Oficina del Pueblo en La Valetta. ¿Seguro que está en regla?

El policía se limitó a hacer un gesto lánguido con la mano, dándole a entender que debía permanecer tranquilo. El excombatiente de las Fuerzas Aéreas Especiales lo estaba. Una mosca zumbó. Transcurrieron cinco minutos.

Rowse escuchó el chirriar de la puerta al abrirse a sus espaldas. El joven policía alzó la mirada, se puso de pie de un salto, chocó los tacones de sus botas e hizo el saludo militar. Acto seguido, y sin pronunciar ni una palabra, salió de la habitación.

—Bien, Mr. Rowse, ¿así que por fin ha llegado?

La voz era cálida y bien modulada y su inglés tenía el acento y la corrección que sólo pueden ser adquiridos en alguno de los mejores colegios británicos. Rowse volvió la cabeza. No hizo el menor gesto que pudiese indicar que había reconocido ese rostro, aunque se había pasado horas enteras estudiando las

fotografías de aquel hombre durante las sesiones de entrenamiento que McCready le había impartido.

«Es una persona cortés, de cultura urbana y de una exquisita educación... adquirida en nuestro país —le había dicho McCready—. También se distingue por una crueldad sin límites, y es letal de pies a cabeza. Cuídate mucho de Hakim al-Mansur.»

El jefe del servicio de contraespionaje libio era mucho más joven de lo que las fotografías daban a entender, apenas algo mayor que el mismo Rowse. Tenía treinta y tres años, se decía en el expediente.

En 1969, Hakim al-Mansur, que tenía a la sazón quince años de edad, era un escolar que asistía a un internado privado en Harrow en las afueras de Londres, también el hijo y heredero de un cortesano de cuantiosa fortuna, confidente del rey libio Idris, con quien le unía además una íntima amistad.

Aquel año, un grupo de oficiales jóvenes y de espíritu radical, acaudillados por un coronel desconocido, de origen beduino, llamado Gaddafi, llevaron a cabo un golpe de Estado mientras el Rey se encontraba de viaje por el extranjero y lo derrocaron. Los oficiales rebeldes proclamaron de inmediato la formación de la *Jamahariyah* del Pueblo, la República Socialista. El Rey y su corte se refugiaron en Génova, adonde llevaron sus considerables riquezas, e hicieron un llamamiento a Occidente para que los ayudase en la restauración del viejo régimen. Nadie acudió.

Sin saberlo su padre, el joven Hakim se encontraba embelesado con el curso tomado por los acontecimientos en su patria. Ya había repudiado a su padre y todos sus políticos tan sólo un año antes, cuando su exaltada imaginación juvenil se vio enardecida por los disturbios callejeros y la situación prerrevolucionaria creada en París por los estudiantes radicales y los obreros de la izquierda. No es un fenómeno desconocido el hecho de que la juventud apasionada se lance en los brazos de los políticos radicales, y el joven escolar de Harrow en particular, había abrazado esa causa en cuerpo y alma. Sin perder ni un momento, se puso a bombardear la Embajada libia en Londres con peticiones encendidas para que le permitieran abandonar el internado de Harrow y regresar a su patria, donde pensaba unirse a la revolución socialista.

Sus cartas fueron estudiadas y sus peticiones rechazadas. Pero uno de los diplomáticos, un simpatizante del viejo régimen,

escribió a Ginebra para informar al padre de Hakim al-Mansur de las veleidades de su hijo. Se produjo entonces una rabiosa disputa entre padre e hijo. El chico se negó a retractarse. Viéndose despojado de sus ingresos a los diecisiete años de edad, el joven Hakim al-Mansur tuvo que abandonar Harrow antes de acabar sus estudios. Durante un año anduvo dando vueltas por Europa, mientras intentaba convencer a Trípoli de su lealtad y buenas intenciones, pero era rechazado una y otra vez. En 1972 aparentó que había cambiado de modo de pensar, hizo las paces con su padre y se integró a la corte en el exilio, en Ginebra.

Durante ese tiempo tuvo la oportunidad de enterarse de los planes de una conjura, en la que estaba implicado un gran número de oficiales formados en la SAS británica, contratados por el canciller de Finanzas del rey Idris, con el fin de organizar un golpe de Estado en contra del coronel Gaddafi, que llevarían a cabo unos comandos en las zonas costeras de Libia, y que partirían de Génova en un buque llamado *Leonardo da Vinci*. El objetivo de la operación era tomar por asalto la cárcel principal de Trípoli, la llamada «Trípoli Hilton», y liberar a todos los jefes de clan de los nómadas del desierto, los cuales eran partidarios del rey Idris y odiaban a muerte al coronel Muammar el-Gaddafi. Los jefes nómadas se darían a la fuga, alzarían a sus tribus y derrocarían al usurpador. De inmediato, Hakim al-Mansur reveló todo el plan a la Embajada libia en París.

De hecho, el plan ya había sido descubierto (por la CÍA, que más tarde se lamentó de ello) y desmantelado, a petición de los estadounidenses, por las Fuerzas de Seguridad italianas. Pero aquel gesto de Hakim al-Mansur le valió una larga y prolongada entrevista con un funcionario de la Embajada libia en París.

El joven se había aprendido de memoria casi todos los farragosos discursos del coronel Gaddafi y hecho suyas las estrafalarias ideas del caudillo libio; sus conocimientos y entusiasmo lograron impresionar lo suficiente al oficial que lo interrogó como para que el joven y ardoroso revolucionario obtuviese el permiso para regresar a su país. Dos años después se había incorporado al Servicio Secreto de Inteligencia, al Mukhabarat.

El coronel Gaddafi en persona se entrevistó con él, supervisó su carrera y le prestó apoyo durante aquellos años. Entre 1974 y 1984, el joven al-Mansur llevó a cabo una serie de «asuntos delicados» en el extranjero para el coronel Gaddafi, moviéndose sin dificultad por el Reino Unido, Estados Unidos y Francia —

donde la elocuencia y cortesía de que hizo gala fueron muy apreciadas—, así como por los nidos terroristas de Oriente Medio, en los que se convirtió en un árabe de los pies a la cabeza. Dirigió en persona el asesinato de tres enemigos políticos de Gaddafi que vivían en el extranjero, y entabló lazos de profunda alianza con la OLP, convirtiéndose además en un amigo íntimo y admirador de los cabecillas y de las eminencias grises del movimiento Septiembre Negro, en especial de Abu Hassan Salameh, a quien se parecía mucho.

Tan sólo un fuerte catarro le impidió reunirse con Salameh en el *squash* celebrado aquel día de 1979 cuando el Mossad logró arrinconar al fin al hombre que había planificado la matanza de los atletas judíos en las olimpiadas celebradas en Munich y le hizo volar en pedazos. El comando enviado por Tel Aviv jamás llegó a saber cuan cerca habían estado de matar a dos pájaros similares con una sola bomba.

En 1984 el coronel Gaddafi lo había ascendido a jefe de todas las operaciones terroristas en el extranjero y dos años después el mismo caudillo libio se veía reducido a un simple manojo de nervios a causa de las bombas y misiles estadounidenses. Por ello ardía en deseos de venganza, y la misión de al-Mansur consistía en proporcionársela... rápidamente. En relación con los británicos, no había problemas; los hombres del IRA (a los que en privado veía como a bestias feroces) se encargarían de dejar un reguero de sangre y muerte por todo el Reino Unido si se les suministraban los medios apropiados. El problema era encontrar un grupo similar dentro de Estados Unidos. Y allí estaba ese joven inglés, que podría ser un renegado..., o no serlo.

—Mi visado, le repito, está en regla —insistió Rowse, indignado—, así que ¿puedo preguntarle qué demonios está pasando?

—Por supuesto, Mr. Rowse, y la respuesta es muy simple. La entrada a Libia le ha sido denegada.

Al-Mansur cruzó el aposento y se quedó contemplando a través de una ventana los hangares del servicio de mantenimiento del aeropuerto que se veían al fondo.

—¿Pero por qué? —preguntó Rowse—. Mi visado fue expedido ayer mismo en La Valetta. Está en regla. Todo lo que quiero hacer es recoger algunos datos para unos pasajes de mi próxima novela.

—Por favor, Mr. Rowse, ahórreme usted esas protestas de inocencia. Usted es un antiguo oficial de las Fuerzas Aéreas Especiales británicas, —convertido en novelista, al parecer. Y ahora se presenta aquí y quiere convencernos de que desea describir nuestro país en su próximo libro. Con franqueza, dudo mucho de que la descripción que usted haga de mi país sea lisonjera; además, el pueblo libio no comparte, por desgracia, su británico sentido del humor. No, Mr. Rowse, usted no puede permanecer aquí. Venga, le acompañaré hasta el avión a Malta.

Al-Mansur pronunció una orden en árabe y la puerta se abrió de inmediato. Los dos soldados entraron en la habitación. Uno de ellos se apoderó del maletín de Rowse. Al-Mansur recogió el pasaporte de la mesa. Los dos soldados se echaron a un lado para ceder el paso a ambos civiles.

Al-Mansur condujo a Rowse por diversos pasillos y salieron a los ardorosos rayos del sol. El avión de las líneas aéreas libias se encontraba listo para el despegue.

—Mi equipaje —dijo Rowse.

—Ya se encuentra a bordo, Mr. Rowse —le informó al-Mansur.

—¿Puedo saber con quién he estado hablando? —preguntó Rowse.

—De momento no, querido amigo —contestó al-Mansur—. Llámeme... Mr. Aziz. Bien, ¿dónde piensa dirigirse ahora para proseguir sus investigaciones?

—No tengo ni idea —dijo Rowse—. Según parece, mis investigaciones han llegado al punto de partida.

—En ese caso, descanse —le aconsejó al-Mansur—. Disfrute de unas cortas y merecidas vacaciones. ¿Por qué no viajar a Chipre? Es una isla encantadora. Personalmente, siempre me inclino por los aires frescos de los montes Troodos en esta época del año. Justo en las afueras de Pedhoulas, en el valle de Marathassa, hay una vieja y acogedora hostería, «Apolonia». Se la recomiendo. Suelen pasar por allí personas de lo más interesantes. Que tenga un buen viaje, Mr. Rowse.

Se debió a una feliz coincidencia el que uno de los sargentos de la SAS advirtiese su llegada al aeropuerto de La Valetta. No lo esperaban tan pronto. Los dos hombres compartían una habitación en el hotel de aeropuerto y vigilaban el vestíbulo de la terminal de pasajeros en turnos de cuatro horas. El hombre de servicio se encontraba leyendo una revista deportiva cuando vio entrar a Rowse a la sala de espera, con un maletín en una

mano y una maleta en la otra. Sin levantar la cabeza, siguió a Rowse con la mirada cuando se dirigía hacia la taquilla de las líneas aéreas chipriotas. Entonces llamó desde un teléfono público para alertar a su compañero, que se encontraba en el hotel. Ése comunicó de inmediato la noticia a McCready, el cual se hospedaba en otro hotel situado en la zona céntrica de La Valetta.

—¡Cojones! —maldijo McCready—. ¿Qué demonios ha hecho para regresar tan pronto?

—Ni idea, jefe —contestó el sargento—; pero, según Danny, se está informando en la taquilla de las líneas aéreas chipriotas.

Furioso, McCready se puso a reflexionar. Había esperado que Rowse permanecería en Trípoli unos cuantos días, y que su cobertura de que andaba haciendo averiguaciones sobre armas de alta tecnología para un puñado de terroristas americanos de ficción acabase con su detención y un interrogatorio efectuado por al-Mansur en persona. Y todo parecía indicar que había sido expulsado del país. ¿Pero por qué Chipre? ¿Acaso Rowse había perdido los nervios? Tenía que verle y enterarse de lo que había ocurrido en Trípoli. Pero Rowse no se había ido a hospedar a un hotel donde sería fácil acercarse a él con disimulo para obtener un informe de la situación. Rowse continuaba viaje. Quizá pensara que aún seguía siendo vigilado por los agentes del terrorismo libio... Entonces llamó por teléfono.

—Bill dile a Danny que se mantenga junto a él. Cuando no haya moros en la costa, acércate a la taquilla de las líneas aéreas chipriotas y trata de enterarte cuál es la ciudad de destino. Que Danny embarque en ese mismo vuelo; nosotros lo haremos en el siguiente. Estaré allí lo antes posible.

El tráfico en la zona céntrica de La Valetta es muy intenso al atardecer, por eso cuando McCready llegó al aeropuerto, el avión del vuelo nocturno para Nicosia había despegado ya... con Rowse y Danny a bordo. No había otro antes del día siguiente. Así que McCready se hospedó también en el hotel del aeropuerto. A eso de la medianoche recibía la llamada de Danny.

—¡Hola, tío! Estoy en el hotel del aeropuerto de Nicosia. La tía se ha acostado ya.

—La pobre debe de estar muy cansada —dijo McCready—. ¿Es bonito el hotel?

—¡Oh sí! Encantador. Tenemos una habitación fabulosa. La seiscientos diez.

—Me alegro mucho. Es probable que yo también me hospede allí a mi llegada. ¿Y qué tal las vacaciones hasta ahora?

—Formidables. La tía ha alquilado un automóvil para mañana. Creo que haremos una excursión por las montañas.

—Todo eso es magnífico —dijo McCready con jovialidad a su «sobrino», que estaba de vacaciones con su «tía» por el Mediterráneo Oriental—. ¿Por qué no reservas una habitación para mí en el mismo hotel? Me reuniré con tu tía y contigo tan pronto como me sea posible. ¡Que pases una feliz noche, muchacho querido!

McCready colgó el teléfono.

—Ese bribón se va mañana a las montañas —apuntó pensativo—. ¿De qué demonios se habrá enterado en esa escala relámpago en Trípoli?

—Mañana lo sabremos, jefe —comentó Bill—. Danny nos dejará un mensaje en el lugar habitual.

Como nunca veía el momento de poder desperdiciar algo de tiempo durmiendo a sus anchas, Bill se dio media vuelta en la cama y a los treinta segundos se encontraba sumido en un profundo sueño. En su profesión nadie sabía cuándo podría disfrutar del próximo sueño.

El avión que McCready tomó en La Valetta aterrizó en el aeropuerto de la capital chipriota poco después de las once, con una hora perdida por el cambio de horario. Había hecho el viaje en un asiento alejado del de Bill, aunque cuando salieron del avión tomaron el mismo autobús de enlace hasta el hotel del aeropuerto. McCready se quedó en el bar del vestíbulo mientras Bill subía a la habitación seiscientos diez.

Una doncella estaba arreglándola. Bill le hizo un gesto de saludo, acompañado de una encantadora sonrisa, y le explicó que se había olvidado la navaja de afeitar en el cuarto de baño y entró en él. Danny les había dejado allí su mensaje, pegado con una cinta adhesiva debajo del depósito de agua del retrete. Cuando salió del cuarto de baño, saludó de nuevo con un gesto a la doncella, mientras mantenía a la vista la navaja de afeitar que se había sacado de un bolsillo, fue correspondido con otra sonrisa y se encaminó hacia las escaleras para volver abajo.

Bill le pasó el mensaje a McCready en el servicio de caballeros del vestíbulo del hotel. McCready se metió en uno de los cubículos de los retretes y lo leyó.

En él se explicaban las razones por las que Rowse no había tratado de ponerse en contacto. Según Danny, cuando Rowse

salió de la Aduana del aeropuerto de La Valetta, también lo hizo su «seguidor», un joven pálido, de tez cetrina, que vestía un traje de gamuza. El agente libio había estado vigilando a Rowse desde Trípoli hasta el momento en que el avión de las líneas chipriotas despegó del aeropuerto de La Valetta con destino a Nicosia, pero no viajó en ese vuelo. Otro «seguidor», enviado seguramente por la Oficina del Pueblo Libio en Nicosia, lo había estado esperando en el aeropuerto de esa ciudad y le siguió hasta el hotel, donde pasó la noche apostado en el vestíbulo. Quizá Rowse hubiera detectado a sus seguidores, pero sin dar muestras de ello. Danny se había convertido en la sombra de los dos agentes, aunque siempre a prudente distancia.

Rowse había encomendado a la recepción del hotel que le tuvieran un coche alquilado para las siete de la mañana. Mucho después, Danny había hecho lo mismo. Rowse también había pedido un mapa de la isla y consultado al jefe de recepción sobre la mejor ruta hacia los montes Troodos.

En los últimos párrafos del mensaje, Danny decía que saldría del hotel a las cinco de la madrugada, estacionaría donde pudiera vigilar la única salida del aparcamiento del hotel y esperaría allí hasta que Rowse apareciera. No podía saber si el residente libio se dedicaría a perseguir a Rowse durante todo su recorrido por las montañas o si se conformaría simplemente con verlo partir, Danny, por su parte, se mantendría lo más cerca de Rowse que pudiera y telefonaría a la recepción del hotel cuando lo hubiera seguido hasta su destino y lograra dar con un teléfono público. Preguntaría por Mr. Meldrum.

McCready volvió al vestíbulo y utilizó uno de los teléfonos públicos para realizar una breve llamada a la Embajada británica. Minutos después se encontraba charlando con el jefe de la delegación del SIS británico en la isla, un cargo importante si se piensa en las bases que el Reino Unido mantiene en Chipre y en su proximidad con el Líbano, Siria, Israel y las fortalezas que los palestinos tienen diseminadas por esa parte del Mediterráneo. McCready, que conocía a su colega desde los días en que habían trabajado juntos en Londres, muy pronto consiguió lo que deseaba: un automóvil que no estuviera fichado y con un conductor que hablase un griego fluido. Al cabo de una hora lo tenía.

La llamada para Mr. Meldrum fue recibida en el hotel a las dos y diez de la tarde. McCready cogió el auricular de manos del

jefe de recepción. Una vez más, se reprodujo la conversación habitual entre tío y sobrino.

—Hola, sobrino querido, ¿cómo estás? ¡Qué alegría escuchar tu voz de nuevo!

—¡Hola tío! La tía y yo nos hemos detenido a comer en un precioso hotel en lo alto de las montañas, a las afueras de Pedhoulas. Se llama «Apolonia». Creo que tu mujer quiere quedarse aquí, pues es un sitio encantador. El coche nos produjo algunos quebraderos de cabeza, así que lo llevé a un garaje en Pedhoulas, propiedad de un tal Demetriou.

—No tiene importancia. ¿Qué tal los olivos?

—Por aquí no hay olivos, tío. Sólo manzanos y plantaciones de cerezos. Los olivos se dan en la planicie.

McCready colgó el teléfono y se dirigió al servicio de caballeros. Bill lo siguió. Esperaron a que saliese el único ocupante, inspeccionaron los cubículos de los retretes y entonces se pusieron a hablar.

—¿Se encuentra bien Danny, jefe?

—Por supuesto. Ha estado siguiendo a Rowse hasta un hotel situado en lo alto de los montes Troodos. Al parecer, Rowse ya ha advertido su presencia. Danny se encuentra en la aldea, cerca de un garaje llamado «Demetriou». Allí nos estará esperando. El agente libio, un hombre de piel aceitunada, se ha quedado aquí abajo, satisfecho al parecer de que Rowse haya partido para donde se suponía que debía de partir. El coche llegará aquí de un momento a otro. Quiero que recojas tu equipaje y nos esperes en la carretera, a un kilómetro del hotel.

Media hora después, el automóvil del Mr. Meldrum había llegado al fin, un «Ford Orion» lleno de abolladuras, el único signo auténtico de un coche «no fichado» en Chipre. El conductor, un joven despierto, pertenecía al cuerpo de agentes del Cuartel General del SIS en Nicosia. Se llamaba Bertie Marks y hablaba el griego con gran fluidez. Encontraron a Bill descansando bajo la sombra de un árbol, a un lado de la carretera, lo recogieron y se dirigieron hacia el Sudoeste, en dirección a las montañas. Fue un viaje largo. Ya había oscurecido cuando llegaron a la pintoresca localidad de Pedhoulas, en el corazón de la zona productora de cerezas de los montes Troodos.

Danny los estaba esperando en un café enfrente del garaje. El pobre Mr. Demetriou no había podido reparar aún el automóvil alquilado; Danny se había asegurado muy bien

cuando lo estropeó de que los trabajos de reparación durasen medio día al menos.

Les indicó dónde se encontraba el hotel «Apolonia» y luego, él y Bill inspeccionaron los alrededores con sus agudas miradas de profesional, que todo lo descubrían, incluso entre aquellas tinieblas. Se fijaron en la falda de una montaña al otro lado del valle, desde la que se dominaba la espléndida terraza donde estaba el comedor del hotel, cogieron sus equipajes y desaparecieron en silencio entre los cerezos. Uno de ellos llevaba el transmisor portátil que Marks había traído de Nicosia. El otro se lo quedaría McCready. En el pueblo, los hombres del SIS británico encontraron una taberna más pequeña y menos pretenciosa, que hacía las veces de hostel, y se registraron en ella.

Rowse había llegado a esa localidad a la hora del almuerzo, después de un agradable y apacible viaje desde el hotel del aeropuerto. Daba por supuesto que había sido seguido por su «ángel» de la SAS desde luego, deseaba que hubiese sido así.

La noche anterior, en Malta, se había hecho el remolón para pasar el último por el control de pasaportes por la Aduana. Todos los demás pasajeros menos uno habían cumplido con esas formalidades antes que él. Tan sólo el joven de tez cetrina del Mukhabarat iba rezagado. Entonces fue cuando se dio cuenta de que Hakim al-Mansur había enviado a un agente para que lo vigilase. Se cuidó mucho de mirar a su alrededor para ver si descubría a los sargentos de las Fuerzas Aéreas Especiales, en la esperanza de que ellos no trataran de acercarse a él.

Sabía que su «seguidor» de Trípoli no había embarcado en el vuelo para Nicosia, de lo que dedujo que otro agente le estaría esperando en el aeropuerto de esa ciudad. Y así fue, en efecto. Rowse se comportó con toda naturalidad y luego durmió a sus anchas. Vio al libio cuando éste abandonaba su persecución en la carretera que partía del aeropuerto de Nicosia, y confió en que alguno de los hombres de la SAS fuese detrás de él. Se tomó todo con calma, pero no volvió la cabeza. Y por supuesto, tampoco se ocultó ni trató de establecer contacto. Algún otro libio podría estar apostado en las colinas.

En el «Apolonia» había una habitación libre, así que la reservó. Quizás al-Mansur se hubiera encargado de que estuviera disponible, o quizá no. Era una habitación muy agradable con una vista maravillosa sobre el valle y la falda de

una montaña poblada de cerezos, que poco tiempo antes habían estado en flor.

Tomó un almuerzo ligero pero sabroso, compuesto por un guisado de cordero, criado en la región, que acompañó con una botella de un suave vino tinto de Omhodos, seguido de un postre de frutas frescas. El hotel era una vieja taberna, restaurada y modernizada, a la que se habían añadido algunas innovaciones, tales como la terraza del comedor, construida sobre pilares y desde la que se dominaba el valle; las mesas aparecían dispuestas con generosos espacios entre ellas y protegidas por toldos a franjas. Pero por muchas personas que estuvieran hospedadas en el hotel, lo cierto era que muy pocas de ellas se habían presentado a la hora de comer. Vio allí un hombre, ya entrado en años, de cabello negro azabache, sentado solo a una mesa apartada, que se dirigía al camarero en un inglés con acento gutural, también había algunas parejas, claramente chipriotas y que habían ido simplemente a almorzar. En el momento que entraba en la terraza, una mujer, joven y muy guapa, salía de ella. Rowse se volvió para verla mejor; su cuerpo parecía el de una modelo, su melena de cabellos rubios como el trigo no le daba aspecto de chipriota. Rowse miró a los tres camareros que, embelesados, no quitaron la vista de la joven hasta que ésta salió del restaurante. Él siguió contemplándolos hasta que al fin uno de ellos advirtió su presencia y lo acompañó a una mesa.

Después de almorzar fue a su habitación y se permitió el lujo de echarse una siesta. Si al-Mansur, con aquella insinuación que tantos trabajos le había dado, pretendió decir que participaba ahora en «el juego», nada habría que él pudiera hacer más que mantenerse vigilante y esperar. Había hecho precisamente lo que el otro le había sugerido que hiciera. El siguiente movimiento, si es que se producía alguno, tendría que partir de los libios. En lo único que confiaba ahora era en contar con alguna clase de ayuda si las cosas se ponían mal.

Cuando se despertó de su siesta, la ayuda había llegado al lugar y ocupado sus posiciones. Los dos sargentos de la SAS habían encontrado una pequeña cabaña de piedra, emplazada entre los cerezos en el lado de la montaña frente a la terraza del hotel. Tras haber quitado con sumo cuidado una de las piedras de la pared que daba al valle, se encontraron con un simpático agujero desde el que podían divisar el hotel con toda comodidad a unos setecientos metros. Sus poderosos prismáticos de

campana les acercaban la terraza del comedor a una distancia que apenas parecía ser de cinco metros.

Las tinieblas ya se habían extendido por el valle cuando avisaron a McCready y le dieron las instrucciones oportunas para que se reuniera con ellos en su escondrijo al otro lado de la montaña. De acuerdo con las indicaciones, Marks condujo el coche hasta las afueras de Pedhoulas y bajó dos senderos de montaña hasta que se encontraron con Danny, que les esperaba al borde de un camino.

McCready se bajó del automóvil y siguió a Danny bordeando la montaña hasta que desaparecieron entre los cerezos y alcanzaron la cabaña sin ser vistos desde el otro lado del valle. Bill pasó a McCready sus prismáticos de visión nocturna con intensificación de imagen.

En la terraza del comedor se habían encendido las luces, un círculo de bombillas de colores se extendía sobre el perímetro de la zona del comedor, con candelabros en cada una de las mesas.

—Para mañana necesitaremos ropas de campesinos chipriotas, jefe —murmuró Danny—. No podremos andar mucho tiempo por la ladera de esta montaña vestidos de esta manera.

McCready tomó nota mental de que debería enviar a Marks por la mañana a alguna aldea situada a bastantes kilómetros de allí para que comprara esos estilos de batas cortas de lona y de pantalones que llevaban los campesinos que había visto durante el viaje, tumbados a la sombra de algún árbol al borde del camino. Con algo de suerte, nadie iría a molestarles a la cabaña; en mayo era demasiado tarde para fumigar los capullos, y muy pronto para la recolección. La cabaña estaba abandonada, con el techo semiderruido. El polvo reinaba por doquier y, apoyados contra las paredes, se veían unos cuantos azadones y un par de picos mohosos con los mangos rotos. Para los sargentos de la SAS, que habían permanecido durante semanas enteras, calados hasta los huesos, en las abruptas faldas de las montañas de Ulster, la cabaña era como un hotel de cuatro estrellas.

—¡Mi madre, vaya bombón! —murmuró Bill, que se había puesto a mirar de nuevo con los prismáticos. Entonces se los pasó a McCready.

Una joven había salido a la terraza. Un radiante camarero la acompañó hasta una mesa. Llevaba un sencillo pero elegante vestido blanco, que hacía resaltar el dorado bronceado de su

piel. Los rubios cabellos le caían sobre los hombros. La joven tomó asiento y, al parecer, encargó una bebida.

—¡Concentraos en vuestro trabajo! —refunfuñó McCready—. ¿Dónde está Rowse?

El sargento hizo una mueca de dolor.

—¡Ay, sí, Rowse! En la primera fila de ventanas por encima de la terraza. La tercera, por la derecha.

McCready se llevó los prismáticos a los ojos. Todas las cortinas estaban descorridas. En algunas ventanas había luz. McCready divisó la figura de un hombre, desnudo y con una toalla atada a la cintura, en el momento en que salía del cuarto de baño y se movía por la habitación. Era Rowse. Hasta ese momento las cosas marchaban bien. Pero aún no se había presentado ningún terrorista libio. Otros dos comensales salieron a sentarse a la terraza para cenar: un grosero hombre de negocios levantino, que llevaba relucientes anillos en los dedos de ambas manos, y un hombre ya mayor, que ocupó una mesa, solo, en un rincón de la terraza y se puso a estudiar con detenimiento la minuta. McCready suspiró. Su vida se había convertido en una penosa sucesión de esperas y ya estaba harto de ello. Se apartó los prismáticos del rostro y echó una ojeada a su reloj de pulsera. Las siete y cuarto. Aún permanecería allí dos horas más antes de regresar con Marks a la aldea para cenar. Los sargentos se encargarían de la vigilancia durante toda la noche. Eso era lo que hacían mejor, aparte las acciones que requiriesen la violencia física.

Rowse se puso el reloj de pulsera y comprobó la hora. Las siete y veinte. Salió de su habitación, cuya puerta cerró con llave, y bajó a la terraza para tomar una copa antes de cenar. El sol se había ocultado ya detrás de las montañas, dejando la cuenca del valle en la penumbra, mientras que las siluetas de las montañas se destacaban recortadas contra la brillante luz de fondo. En la costa, la ciudad de Pafos disfrutaría aún con otra hora más de sol en esa calurosa tarde primaveral.

Había tres personas en la terraza: un hombre gordo de aspecto mediterráneo, el viejo sujeto de inverosímiles cabellos negros y la joven. Ésta, sentada de espaldas a la puerta de la terraza, contemplaba el valle que se extendía a sus pies. Cuando Rowse entró, un camarero se acercó a él. Rowse le hizo una seña, indicándole que deseaba la mesa contigua a la de la mujer, junto a la barandilla de la terraza. El camarero le sonrió con picardía y se apresuró a cumplir sus deseos. Rowse pidió

una copa de *ouzo* y una jarra con agua de manantial de la localidad.

Mientras tomaba asiento, volvió la cabeza para mirar hacia la mesa de al lado. Entonces hizo un gesto de saludo.

—Buenas noches —murmuró.

La joven correspondió al saludo con una inclinación de cabeza y siguió contemplando el panorama del valle que se iba sumergiendo en la penumbra. El camarero le sirvió el *ouzo*. Rowse también miró hacia el valle.

—¿Puedo proponerle un brindis? —preguntó al cabo de rato.

La joven se mostró sorprendida.

—¿Un brindis?

Con la copa, Rowse señaló la silueta de las montañas que los rodeaban como centinelas protegidos por las sombras, y la destellante franja anaranjada que el sol dibujaba tras ellas.

—Por la tranquilidad..., y por esa espectacular belleza.

La joven esbozó una sonrisa.

—Por la tranquilidad —repitió ella y bebió un sorbo de su vino blanco.

El camarero se acercó con las minutas. En mesas separadas, ambos se dedicaron a estudiar atentamente el menú. La joven pidió trucha de montaña.

—No puedo mejorar eso. Lo mismo para mí, por favor —ordenó Rowse.

El camarero se retiró.

—¿Va a cenar sola? —preguntó Rowse con amabilidad.

—Sí —respondió la joven, con voz dulce.

—También yo —replicó Rowse—. Y eso me entristece, porque soy un hombre temeroso de Dios.

Ella frunció el entrecejo con expresión de asombro.

—¿Qué tiene Dios que ver con esto?

Rowse advirtió que no tenía acento británico. Había cierto sonido nasal en él. ¿Acaso estadounidense? Él señaló más allá de la terraza.

—La vista, la paz, las montañas, el sol que se oculta dando paso a la noche... Dios ha creado todo eso, pero seguro que no lo hizo para que uno cenase solo.

La mujer se echó a reír. Un destello de blancos dientes en su rostro bronceado por el sol. «Procura hacerlas reír —le había dicho su padre—, les gusta que alguien las haga reír.»

—¿Puedo sentarme a su mesa? ¿Sólo para cenar?

—¿Por qué no? Sólo para cenar.

Rowse cogió su copa y fue a sentarse frente a ella.

—Tom Rowse —se presentó a sí mismo.

—Monica Browne —respondió la joven.

Comenzaron a hablar de cosas insustanciales, como es habitual. Luego, Rowse le explicó que era un escritor de novelas con moderado éxito y que se encontraba allí en busca de datos para el libro que pensaba escribir en el que aparecerían algunos aspectos políticos de esa zona de Levante y de Oriente Medio. Había decidido terminar su gira por el Mediterráneo Oriental con un breve descanso en ese hotel, que un amigo le había recomendado por su comida y su tranquilidad.

—¿Y usted? —preguntó Rowse.

—Nada tan emocionante. Crío caballos. He estado en esta zona adquiriendo tres sementales purasangre. Lleva bastante tiempo conseguir los papeles de embarque; así que, bien... —prosiguió la mujer, encogiéndose de hombros—, ahora me dedico a esperar. Me pareció que sería más agradable hacerlo en este lugar que consumirme de impaciencia en los muelles.

—¿Sementales?, ¿en Chipre? —preguntó Rowse.

—No, en Siria. La feria anual de Hama. Caballos árabes. Los más puros. ¿Sabía que todas las razas de caballos que hay en Gran Bretaña descienden en última instancia de tres caballos árabes?

—¿De tres precisamente? Pues no, no lo sabía.

La mujer estaba entusiasmada con sus caballos. Rowse pudo enterarse de que era la esposa de un comandante retirado del Ejército, Erich Browne, un hombre mayor que ella, y tenían una granja en Ashford, que llevaban entre los dos, en la que se dedicaban a la cría de caballos. Ella era oriunda de Kentucky, donde había adquirido sus conocimientos sobre la cría de caballos y las razas equinas. Rowse conocía Ashford muy vagamente; una pequeña ciudad del Condado de Kent, junto a la carretera que comunica Londres con Dover.

El camarero les sirvió las truchas, deliciosamente asadas a la parrilla sobre brasas de carbón vegetal, acompañadas con vino blanco, del valle de Marathassa. Dentro del hotel, al otro lado de las puertas que daban al patio anterior a la terraza, un grupo de tres hombres se dirigió al bar.

—¿Cuánto tiempo tendrá que esperar aún? —preguntó Rowse—. ¿Por los sementales?

—Algunos días más, espero. Estoy preocupada por ellos. Tendría que haberme quedado en Siria con ellos. Son terriblemente fogosos. Se ponen muy nerviosos con el transporte. Pero el agente que tengo aquí encargado de su

transporte es muy bueno. Me telefonaré cuando lleguen, entonces me encargaré personalmente de su embarque.

Los hombres que estaban en el bar ya se habían terminado su whisky y habían salido a la terraza para sentarse a una de las mesas. Rowse logró captar algo de su acento. Con mano firme se llevó a la boca el tenedor con un trozo de trucha.

—Pide al camarero que nos sirva una ronda de lo mismo —dijo uno de los hombres.

Al otro lado del valle, Danny susurró:

—Jefe.

McCready se puso de cuclillas y acercó el rostro al pequeño agujero que los sargentos habían hecho en la pared. Danny le pasó los prismáticos y se echó a un lado. McCready ajustó el foco y emitió un largo suspiro de alivio.

—¡Bingo! —exclamó, y apartó los prismáticos—. No los perdáis de vista, regresaré con Marks para vigilar la fachada del hotel. Bill, acompáñame.

Reinaba tal oscuridad en esa parte de la montaña, que pudieron regresar tranquilamente al sitio donde Marks les estaba esperando con el automóvil, sin correr el riesgo de ser vistos desde el otro lado del valle.

En la terraza, Rowse fijó su atención exclusivamente en Monica Browne. Una sola mirada de reojo le había bastado para enterarse de todo cuanto necesitaba saber. A dos de los irlandeses jamás los había visto. El tercero, y claro cabecilla del grupo, era Kevin Mahoney.

Rowse y Monica Browne renunciaron a los postres y pidieron café. Junto con éste les fueron servidos unos dulces de aspecto empalagoso. Monica denegó con la cabeza.

—Eso no es bueno para la figura —dijo—, en realidad, no es bueno para nada.

—Y la suya no se vería perjudicada en modo alguno, porque es asombrosa —apuntó Rowse.

Ella rió como quitando importancia al cumplido, pero lo hizo con satisfacción. Entonces se inclinó hacia delante. A la luz de las velas, Rowse advirtió un breve pero excitante destello en la hondonada entre sus turgentes senos.

—¿Conoce a esos hombres? —preguntó la joven con seriedad.

—No los he visto en mi vida —contestó Rowse.

—Pues uno de ellos no le quita la vista de encima.

Rowse no quería volver la cabeza para mirarlos. Sin embargo, después de esa observación hubiera resultado muy sospechoso no hacerlo. Por el rabillo del ojo vio el rostro de tez morena y de agraciados rasgos de Kevin Mahoney, con la mirada puesta en él. Cuando Rowse volvió la cabeza, Mahoney no se molestó en mover los ojos en otra dirección. Sus miradas se encontraron. Rowse conocía muy bien aquélla, reflejando la extrañeza y el desasosiego de alguien que cree haber visto antes a una persona en alguna parte, pero que no puede situarla. Rowse volvió a su primitiva posición.

—No. Son unos completos extraños para mí.

—Pues en ese caso son unos extraños muy maleducados.

—¿Qué acento tienen? —preguntó Rowse.

—Irlandés —contestó la joven—. De Irlanda del Norte.

—¿Dónde aprendió a distinguir los acentos irlandeses? —se interesó Rowse.

—Criando caballos, por supuesto. Tom, ha sido una velada encantadora, pero si me disculpa, voy a retirarme.

La mujer se levantó. Rowse hizo otro tanto.

—Coincido con usted —dijo Rowse— en que ha sido una maravillosa velada. Espero que tengamos la oportunidad de volver a cenar juntos.

Rowse se quedó esperando a que ella le hiciese algún gesto indicándole que podía acompañarla, pero no lo hizo. Era una mujer de unos treinta años, segura de sí misma y nada estúpida. Si hubiese querido, ella se hubiera encargado de hacerle alguna insinuación. Pero al no ser así, tratar de forzar las cosas hubiera sido tonto. La joven le dirigió una radiante sonrisa y abandonó la terraza. Rowse encargó otro café, dio de nuevo la espalda al trío de irlandeses para contemplar las oscuras montañas. Al poco rato escuchó a los hombres regresar al bar, y a sus whiskies.

—Ya le dije que era un lugar encantador —dijo una voz profunda y educada a su espalda.

Hakim al-Mansur, vestido con la elegancia de costumbre, tomó asiento en la silla de enfrente e hizo una seña al camarero para que le sirviera un café. Al otro lado del valle, Danny dejó los prismáticos en el suelo y llamó con toda urgencia por su radio transmisor. En el «Orion» que estaba aparcado en la calle frente a la entrada principal del «Apolonia», McCready recibió el mensaje. No había visto entrar al libio en el hotel, pero éste podría estar allí desde hacía horas.

—Mantenme informado —pidió a Danny.

—Eso fue lo que dijo, en efecto, Mr. Aziz —asintió Rowse con calma—.Y lo es, sin lugar a dudas. Pero, si usted quería hablarme, ¿por qué me expulsó de Libia?

—¡Oh, por favor!, no fue expulsado, sólo no admitido —se defendió al-Mansur—. Pues bien, el motivo ha sido que deseaba charlar con usted en completa intimidad. Incluso en mi patria existen formalidades, informes que redactar, curiosidad de los superiores que satisfacer... Y en este lugar no hay más que paz y tranquilidad.

«Y grandes facilidades —pensó Rowse—, para liquidar a alguien con toda tranquilidad y dejar a las autoridades chipriotas con el cadáver de un ciudadano británico.»

—Pues bien —dijo Rowse—, tengo que darle las gracias por su cortesía al ayudarme en mis pesquisas.

Hakim al-Mansur esbozó una ligera sonrisa.

—Me parece que ha llegado el momento de que se acaben sus chiquilladas, Mr. Rowse. Fíjese bien: antes de que ciertas... bestias... lo liberasen de sus sufrimientos, su difunto amigo, Mr. Kleist, se mostró en extremo comunicativo.

Rowse sintió que todo le daba vueltas y una ola de amarga furia se movió en su interior.

—Los periódicos decían que había sido asesinado por traficantes en drogas —replicó—, como venganza por lo que les había hecho.

—Por desgracia, no. Los que hicieron eso están implicados en el tráfico de drogas, pero su principal entusiasmo consiste en poner bombas en los lugares públicos, sobre todo en el Reino Unido.

—¿Pero por qué? ¿Por qué habrían de estar interesados en Ulrich esos irlandeses sanguinarios?

—No lo estaban, mi querido Mr. Rowse. Les interesaba descubrir qué hacía usted realmente en Hamburgo, entonces pensaron que su amigo podría estar informado de ello. Y resultó que su amigo lo estaba. Parecía convencido de que detrás de las «mentiras» que usted le había contado sobre ciertos terroristas americanos «de ficción» se ocultaban unas intenciones de índole bien distinta. Esa información, cimentada con otros mensajes que recibimos de Viena, me hizo llegar a la conclusión de que usted puede resultar una persona interesante para sostener una amigable charla. Y confío en que lo sea, Mr. Rowse, por su bien, confío sinceramente en que lo sea. Y ahora ha llegado el momento de hablar. Pero no aquí.

Dos hombres habían aparecido de repente a espaldas de Rowse. Eran altos y fuertes y de tez aceitunada.

—Me parece que deberíamos dar un pequeño paseo —dijo al-Mansur.

—¿Se trata de ese tipo de paseos de los que uno suele volver sano y salvo? —preguntó Rowse.

Hakim al-Mansur se puso de pie.

—Eso depende de si usted es capaz de contestar un par de sencillas preguntas a mi entera satisfacción —replicó al-Mansur.

McCready, alertado por Danny desde el otro lado del valle, estaba esperando el automóvil cuando éste salió a la calle por el pórtico del «Apolonia». Vio alejarse el coche de los libios, con Rowse en el asiento trasero, entre dos corpulentos matones.

—¿Los seguimos, jefe? —preguntó Bill desde el asiento trasero del «Orion».

—No —contestó McCready—. Intentarlo sin luces por esas condenadas curvas sería suicida. Si encendemos los faros, acabaríamos con el juego. Al-Mansur ha sabido elegir muy bien su terreno. Si Rowse vuelve vivo, ya nos contará lo que ha ocurrido. Y si no... Bien, al menos habrá desempeñado su papel hasta el final. El cebo está siendo examinado. Mañana sabremos si ha sido aceptado o rechazado. Por cierto, Bill, ¿puedes entrar al hotel sin ser visto?

Bill lanzó una mirada a su jefe como si le hubiese ofendido gravemente.

—Introduce esto por debajo de la puerta de su habitación —ordenó McCready mientras entregaba un folleto turístico al sargento.

El viaje por las montañas se prolongó durante una hora. Rowse tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para *no* volver la cabeza. No obstante, en dos ocasiones, mientras el conductor libio se afanaba por tomar unas curvas muy cerradas, Rowse pudo observar el camino por donde habían pasado. Y en dos ocasiones, el conductor se detuvo a un lado de la carretera, apagó las luces y se quedó esperando durante más de cinco minutos. Ningún coche pasó por su lado. Poco antes de la medianoche llegaron a una espléndida villa y el coche se detuvo ante una puerta de hierro forjado. Rowse salió del vehículo y penetró en la casa, cuya puerta había abierto otro libio corpulento. Contando al-Mansur, ya eran cinco. El asunto se complicaba.

Otro hombre los esperaba en el gran salón al que habían conducido a Rowse. Era un auténtico peso pesado, fornido, alto, de unos cuarenta y ocho años, aspecto brutal, rostro de facineroso y manos grandes y rojizas. Se advertía claramente que no era libio. En realidad, Rowse lo reconoció en seguida, pero no dio signos de ello. Aquel rostro había sido uno de los que aparecían en la «Galería de Tunantes» de McCready, que éste le había mostrado por si se topaba con él en el caso de que aceptara introducirse en el mundo del terrorismo y del Oriente Medio.

Frank Terpil era un renegado de la CÍA, expulsado de la Agencia en 1971. De inmediato se había entregado en cuerpo y alma a lo que era la auténtica y por demás lucrativa vocación de su vida, asesorando al dictador de Uganda, Idi Amin, en todo lo concerniente a los más refinados métodos e instrumentos de tortura y a los trucos y tácticas que el buen terrorista ha de dominar. Cuando el monstruo de Uganda fue derrocado y su sanguinaria Dirección Estatal de Investigaciones, disuelta, el dictador había presentado ya al estadounidense al coronel Muammar el-Gaddafi. Desde entonces, Terpil, asociándose a veces con otro renegado llamado Ed Wilson, se había especializado en el suministro de un amplio espectro de material y tecnología terroristas a las bandas más extremistas de todo Oriente Medio, mientras continuó siendo el fiel servidor del dictador libio.

Aunque había pasado unos quince años alejado de los círculos de Inteligencia del mundo occidental, Frank Terpil seguía siendo considerado en Libia como el experto «norteamericano». Esto era algo que le venía muy bien para ocultar el hecho de que desde los últimos años de la década de los ochenta se hallaba totalmente fuera de juego.

Dijeron a Rowse que se sentara en una silla colocada en el centro de la habitación. Todo el mobiliario estaba cubierto por fundas para protegerlo del polvo. Se advertía claramente que la villa era el lugar de vacaciones de alguna familia pudiente y que había permanecido cerrada durante todo el invierno. Los libios debían de haberla ocupado sólo esa noche, de ahí que no hubieran tomado la precaución de vendarle los ojos durante el trayecto.

Hakim al-Mansur quitó una funda y se sentó con expresión de fastidio en una silla de alto respaldo y tapizada de brocado.

Una única bombilla desnuda pendía por encima de la cabeza de Rowse. Terpil advirtió la seña que al-Mansur le hizo y avanzó pesadamente hasta situarse frente a Rowse.

—Bien, muchacho, charlemos. Ha estado dando vueltas por toda Europa en busca de armas. De un armamento muy particular. ¿Qué demonios busca en realidad?

—Datos para una nueva novela. Ya he intentado explicar eso una docena de veces. Se trata de una novela. Ése es mi oficio, eso es lo que hago. Escribo novelas de *suspense*. Sobre mercenarios, espías, terroristas, terroristas de ficción.

Terpil le dio una bofetada, en una mejilla, no muy fuerte, aunque sí lo suficiente como para que entendiera que recibiría más golpes si era necesario, una buena cantidad de golpes.

—¡Acabe con esa mierda! —le dijo sin animosidad—. De un modo u otro estoy dispuesto a enterarme de la verdad, y utilizaré cualquier medio para conseguirlo. Podríamos lograrlo sin dolor; a mí me da lo mismo. ¿Para quién trabaja usted en realidad?

Rowse fue revelando su historia poco a poco, como le habían indicado, recordando a veces las cosas con toda exactitud, pero titubeando otras, como si hurgara en su memoria.

—¿En qué revista?

—*Soldier of Fortune*.

—¿Qué número?

—El de abril... o mayo, del año pasado. Un momento, en el de mayo, en el de abril, no.

—¿Qué decía el anuncio?

—Se requieren especialistas en armamento, del área europea, para una misión interesante... O algo parecido. Y el número de un apartado postal.

—¡Gilipolladas! Compró esa revista cada mes. No apareció tal anuncio.

—Pues apareció. Puede comprobarlo.

—Lo haremos —murmuró al-Mansur desde un rincón de la habitación. Estaba tomando notas con una fina pluma de oro en un cuadernito «Gucci».

Rowse sabía que Terpil mentía. Había aparecido un anuncio así en una de las páginas de *Soldier of Fortune*. McCready lo había encontrado, y unas cuantas llamadas telefónicas a sus amigos de la CÍA y del FBI habían bastado para asegurarse de que el anunciante pudiera ser localizado para que no tuviese la oportunidad de desmentir que había recibido una respuesta de un tal Mr. Thomas Rowse, de Inglaterra.

—Entonces, conteste.

—Pues sí. Con una simple carta. Di otra dirección. En ella puse mis antecedentes y experiencia. Por último les di instrucciones acerca de cómo hacerme llegar la contestación, si es que había alguna.

—¿Cuáles eran?

—Un pequeño anuncio. En el *Londón Daily Telegraph*.

Rowse lo citó textualmente. Se lo había aprendido de memoria.

—Cuando apareció el anuncio ¿se pusieron en contacto?

—Ya lo creo.

—¿En qué fecha?

Rowse le dio la fecha. Había sido en octubre del año anterior. McCready se había topado con el anuncio. Lo había elegido al azar, era un anuncio breve y auténtico, insertado por un inocente ciudadano británico, pero con un texto que podría encajar. El *Daily Telegraph* se había mostrado conforme en alterar sus archivos para que quedase constancia de que el anuncio había sido puesto por alguien que vivía en Estados Unidos y que lo había pagado al contado.

El interrogatorio prosiguió. Hablaron de la llamada telefónica que había recibido desde Estados Unidos después de que pusiera un nuevo anuncio en el *New York Times*. (Esto también había logrado descubrirse tras horas de investigación: un anuncio verdadero en el que aparecía un número telefónico de Inglaterra. Entonces cambiaron el número del teléfono particular de Rowse para hacerlo coincidir con el del anuncio.)

—¿Y por qué tantos rodeos para establecer contacto?

—Me imaginé que yo necesitaba toda esa discreción por si el anuncio original no era más que una trampa. Y pensé también en que esos misterios impresionarían a la persona que puso el anuncio.

—¿Y le impresionaron?

—Por lo visto, sí. El hombre que me llamó me dijo que le gustaba mi forma de actuar. Me dio una cita.

—¿Para cuándo?

—Para noviembre del pasado año.

—¿Dónde?

—En el «Georges Cinq», en París.

—¿Qué aspecto tenía?

—Juvenil, bien vestido, hablaba correctamente. No se registró en el hotel. Lo comprobé. Se hacía llamar Galvin Pollard. Nombre a todas luces falso. Con aspecto de *yuppie*.

Terpil puso cara de asombro.

—¿De qué?

—Un hombre joven, activo y enérgico, un profesional que está haciendo carrera vertiginosamente —intervino al-Mansur—. La verdad es que te estás quedando atrás.

Terpil enrojeció.

—¿Qué le dijo?

—Que representaba a una agrupación de ultrarradicales que ya estaban cansados y enfermos de soportar la Administración Reagan, de su hostilidad para con la Unión Soviética y el Tercer Mundo y, en particular, del uso de los aviones y del dinero de los contribuyentes estadounidenses para bombardear a mujeres y niños en Trípoli, el pasado mes de abril.

—¿Y le dio una lista con las cosas que ellos necesitaban?

—Sí.

—¿Fue esta misma lista?

Rowse se quedó mirando el papel que el otro le tendía. Era una copia de la lista que había mostrado a Kariagin en Viena. El hombre debía de poseer una memoria soberbia.

—Sí.

—Minas «Claymore», ¡por el amor de Dios! Semtex-H. Maletines con trampas explosivas. Estamos hablando de armas de alta tecnología. ¿Para qué diablos quería todo eso?

—Dijo que sus gentes pensaban dar un golpe. Un gran golpe. Mencionó la Casa Blanca. Y el Senado. Parecía particularmente obsesionado con el Senado.

«Consintió en que el aspecto monetario de la operación fuese realizado sin intervención personal suya. Mediante una cuenta de medio millón de dólares en el «Kreditanstalt» de Aquisgrán.

(Gracias a McCready, esa cuenta existía realmente, datada *a posteriori* en la fecha adecuada, ya que el secreto bancario no es siempre tan seguro como debería ser. Los libios podrían confirmar la operación si lo deseaban.)

—Bien, ¿por qué se metió en eso?

—Había una comisión del veinte por ciento. Cien mil dólares.

—¡Calderilla!

—No para mí.

—Escribe novelas de acción, ¡recuérdelo!

—Que no se venden del todo bien. Pese a que mis editores las anuncian a bombo y platillo. Quería ganarme algunos *bobs*.

—¿*Bobs*?

Chelines —murmuró al-Mansur—. Es el equivalente británico de unos *billetes*, o algo de *calderilla*, como te plazca.

A las cuatro de la madrugada, Terpil y al-Mansur se retiraron a deliberar. Hablaron largo y tendido en una habitación contigua.

—¿Puede ser verdad eso de que exista un grupo radical en Estados Unidos dispuesto a cometer un atentado contra la Casa Blanca y el Senado? —preguntó al-Mansur.

—Seguro —contestó el fornido estadounidense, que odiaba su país—. En una nación de esas dimensiones puedes encontrar todo tipo de cosas, hasta las más estafalarias. ¡Dios mío, una mina «Claymore» colocada dentro de un buzón en los patios de la Casa Blanca! ¿Te lo imaginas?

Al-Mansur podía imaginárselo. La mina «Claymore» es una de las armas antipersonales más devastadoras que haya sido inventada. En forma de disco, se alza por los aires en el momento de su detonación, entonces, desde todo el perímetro del disco, arroja miles de bolitas a presión, que se esparcen a la altura de la cintura. Un disco de éstos, arrojando proyectiles, es capaz de segar la vida de centenares de seres humanos. Colocada en una estación de ferrocarril concurrida, una mina «Claymore» dejará a muy poca gente con vida en un espacio ocupado por miles de personas. Por ese motivo, Estados Unidos interponen con tanta vehemencia su veto al uso de las minas «Claymore». Pero por doquier se han construido copias de ese modelo de armas...

A las cuatro y media los dos hombres regresaron. Aun cuando Rowse no lo sabía, los dioses inmortales se habían mostrado clementes con él esa noche. Al-Mansur necesitaba llevar algo concreto a su caudillo sin dilación alguna para que satisficiera sus deseos de venganza contra Estados Unidos; Terpil tenía que probar ante sus anfitriones que seguía siendo la persona que ellos necesitaban para mantenerse informados sobre Estados Unidos y el mundo occidental. Finalmente, ambos hombres creyeron lo que Rowse les decía por la misma razón que anima a la mayoría de los hombres a creer: porque quieren creer en ellas.

—Puede irse, Mr. Rowse —dijo al-Mansur, afable—. Comprobaremos lo que nos ha dicho, por supuesto, y me mantendré en contacto con usted. Quédese en el «Apolonia» hasta que yo le avise o lo haga alguien enviado por mí.

Los dos pesos pesados que le habían llevado hasta allí le condujeron de vuelta hasta la misma puerta del hotel antes de

desaparecer en su automóvil. Cuando entró en su habitación, encendió las luces, ya que la claridad del amanecer no era lo bastante intensa para iluminar ese aposento orientado a Occidente. Al otro lado del valle, Bill, que hacía guardia en ese momento despertó a McCready, que dormía en Pedhoulas, con el radiotransmisor.

Rowse se agachó para recoger algo que vio caído en la alfombra. Era un folleto que invitaba al turista a visitar el histórico monasterio de Kykko y a admirar el icono de oro con la imagen de la Virgen. Junto al texto podía verse una pequeña anotación escrita con bolígrafo, que rezaba: *10 a.m.*

Rowse puso la alarma de su despertador a las nueve de la mañana. Podría dormir tres horas.

—¡Maldito McCready! —refunfuñó antes de apagar la luz.

CAPITULO IV

Kykko, el mayor monasterio de Chipre, fue fundado en el siglo XII por los emperadores bizantinos, los cuales supieron elegir muy bien su emplazamiento, teniendo en cuenta que la vida de los monjes, según se supone, ha de transcurrir en un ambiente de aislamiento, meditación y soledad.

Esa vasta edificación está situada en lo alto de un pico que se alza al oeste del valle de Marathassa, en un lugar tan remoto que tan sólo hay dos carreteras que conducen hasta él, una a cada lado de la montaña, las cuales, por debajo del monasterio, confluyen en un solo sendero por el que asciende hasta la entrada del monasterio.

Al igual que los emperadores bizantinos, McCready también había sabido elegir muy bien el lugar de su cita con Rowse. Danny se había quedado detrás, en la cabaña, al otro lado del valle, frente al hotel, vigilando las ventanas, con las cortinas echadas, de la habitación donde Rowse dormía; mientras, Bill, utilizando una motocicleta adquirida para él en una aldea cercana por aquel Marks, que tan fluidamente hablaba el griego, se había adelantado hasta Kykko. Al amanecer, el sargento de la SAS se encontraba bien oculto entre los pinos, en un lugar alto desde el que se dominaba el único sendero que conducía al monasterio.

Vio a McCready cuando se acercaba en el automóvil conducido por Marks, y se quedó observando si subía alguien más. De haberse presentado alguno de los irlandeses del *trío*, o el coche de los libios (habían anotado el número de la matrícula), McCready hubiera sido alertado de inmediato con tres pitidos de alarma en el radio transmisor y se hubiese evaporado. Pero en esa mañana de mayo, tan sólo se veía subir por la carretera la habitual corriente de turistas, la mayoría de los cuales eran griegos o chipriotas.

Durante la noche, el jefe de la delegación del SIS en Nicosia había enviado a Pedhoulas a uno de los agentes jóvenes de su equipo con varios mensajes llegados de Londres y un tercer

radio transmisor. Ahora, cada sargento dispondría de uno, además de McCready.

A las nueve y cinco de la mañana, Danny informó que Rowse había salido a la terraza, donde estaba tomando un desayuno ligero, compuesto de café y bollitos. No había ni rastro de Mahoney y sus dos amigos, ni del «pequeño lío de faldas» en el que se había metido la noche anterior, ni de ningún otro huésped del hotel.

—Se le ve cansado —dijo Danny.

—Nadie ha dicho que esto serían unas vacaciones para cualquiera de nosotros —le espetó tajante McCready desde su puesto de observación en los jardines del monasterio, a unos treinta kilómetros de distancia.

A las nueve y veinte, Rowse salió del hotel. Danny pasó el informe. Rowse condujo su coche hasta las afueras de Pedhoulas, pasó por delante de la pintada fachada de la iglesia del Arcángel San Miguel, que dominaba esa aldea de montaña, y enfiló hacia el Noroeste, metiéndose por la carretera a Kykko. Danny continuó vigilando el hotel. A las nueve y media, la camarera de la limpieza entró en la habitación de Rowse y recorrió las cortinas. Eso facilitó la labor de Danny. Otras ventanas de la fachada del hotel que daba al valle también tenían descorridas las cortinas. Pese al cegador sol que le castigaba los ojos, el sargento se vio recompensado en su vigilancia por la presencia de Monica Browne, que realizaba sus diez minutos de ejercicios de respiración profunda frente a la ventana de su habitación, completamente desnuda.

—¡Viva el rey y muerte al enemigo! —susurró el agradecido veterano.

A las diez y diez, Bill informaba de que Rowse había entrado en su campo de visión y estaba subiendo por el empinado y tortuoso sendero que conducía hasta el monasterio de Kykko.

McCready se puso de pie y entró al edificio, admirando el trabajo de aquellos que habían subido los pesados bloques de piedra maciza hasta esas alturas en la cima de la montaña, así como la gran habilidad de los maestros que habían pintado aquellos frescos de tonalidades doradas, escarlatas y azules que decoraban el interior, lleno del dulzón aroma del incienso.

Rowse encontró a McCready cuando éste se hallaba sumido en la contemplación del famoso icono de oro de la Virgen. Afuera, Bill se aseguró de que Rowse no había sido seguido, aviso a McCready, enviando dos cortas señales repetidas al

radio transmisor que el agente del SIS británico llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Parece ser que nadie te vigila —murmuró McCready cuando Rowse se puso a su lado.

No había nada sospechoso en que hablaran en voz baja, ya que todos los demás turistas conversaban en susurros a su alrededor, como si temieran perturbar la paz de ese lugar sagrado.

—Bien, empecemos ahora por el principio —dijo McCready—. Creo recordar haberte visto por última vez en el aeropuerto de La Valetta, durante tu visita relámpago a Trípoli. Y desde aquel momento, si tienes la amabilidad, quiero hasta el más mínimo detalle.

Rowse comenzó su relato por el principio.

—Aja, ¿así que te reuniste con el famoso Hakim al-Mansur? —dijo McCready a los pocos minutos—. Apenas me hubiese atrevido a imaginar que se presentaría en persona en el aeropuerto. El mensaje que Kariagin le envió desde Viena tiene que haberle picado la curiosidad y haberle hecho volar la fantasía. Muy bien, prosigue.

McCready podía confirmar parte del informe de Rowse gracias a las observaciones de los sargentos y a las suyas propias: lo del joven agente de tez cetrina que había seguido a Rowse en su viaje de regreso a La Valetta y que no le había perdido de vista hasta que lo vio entrar en el avión para Chipre, así como lo del segundo agente de Nicosia que le había estado vigilando hasta que se cercioró de que su hombre partía en dirección a las montañas.

—¿Viste a mis dos sargentos, a tus viejos camaradas?

—No, en ningún momento. Siempre tuve el convencimiento de que estarían por aquí, en cualquier parte —contestó Rowse.

Juntos alzaron la vista para ensimismarse en la contemplación de la *Madonna*, que los miraba desde lo alto con ojos serenos y piadosos.

—¡Oh, sí!, están por aquí, y se encuentran bien —confirmó McCready—. Precisamente uno está afuera en estos momentos, para comprobar que nadie nos haya seguido, a ti o a mí. Ah, por cierto, se lo están pasando de lo lindo con tus aventuras amorosas. Cuando todo esto haya terminado, podréis tomar una copa juntos. Pero no ahora. Así que..., después de tu llegada al hotel...

Rowse continuó su informe hasta el momento en que había visto a Mahoney y a sus dos compinches por primera vez.

—Espera un momento, y la chica, ¿quién es?

—Sólo un «ligue» de vacaciones. Una criadora de caballos que está esperando la llegada de los tres sementales árabes que compró la semana pasada en la feria anual de Hama, en Siria. Estadounidense de nacimiento. Se llama Monica Browne. Con «e» al final. Sin problemas, no es más que una agradable compañía a la hora de la cena.

—Bien, lo tendremos en cuenta —susurró McCready—. Continúa.

Rowse le habló de la aparición de Mahoney y de las miradas recelosas que su compañera de mesa había interceptado a través de la terraza.

—¿Crees que él te ha reconocido?, ¿de aquella vez en la gasolinera?

—Es imposible —contestó Rowse—. Yo llevaba un gorro de lana que me cubría hasta los ojos, una barba de cuatro días y estaba medio oculto tras los surtidores de gasolina. No, en el momento que escuchó mi acento, me miró como hubiese mirado a cualquier inglés. Ya sabes cuánto nos odia a todos.

—Es posible. Continúa.

La repentina aparición de Hakim al-Mansur la noche que Frank Terpil interrogó a Rowse fue lo que despertó realmente el interés de McCready. Hizo que Rowse cortase su relato una docena de veces para aclarar algunos puntos y clarificar varios detalles. *El Manipulador* llevaba consigo un libro de tapas duras acerca de los templos y monasterios bizantinos chipriotas. Mientras Rowse hablaba, iba tomando copiosas notas en él, escribiendo sobre el texto griego. Bajo la punta de su lápiz no aparecía letra alguna; eso vendría después, cuando aplicase las sustancias químicas apropiadas. Para cualquier observador casual, él no era más que un turista que estaba tomando nota de todo cuanto veía a su alrededor.

—Hasta ahora vamos bien —musitó McCready—. Su operación de embarque de las armas parece que está a la espera de cualquier orden de partida. El hecho de que tanto Mahoney como al-Mansur se hayan presentado en el mismo hotel en Chipre es demasiada coincidencia para que pudiésemos imaginar alguna otra cosa. Lo que ahora necesitamos saber es dónde, cuándo y cómo. ¿Tierra, aire o mar? ¿De dónde y hasta dónde? Y el transporte. ¿Camión, mercancía aerotransportada o carguero?

—¿Todavía estás seguro de que llevarán adelante la operación? ¿No pensarán renunciar a todo ese asunto?

—Estoy seguro.

No era necesario dar más detalles a Rowse. Éste no tenía por qué saber más de la cuenta. Habían recibido un nuevo mensaje del médico libio que atendía a Muammar el-Gaddafi. El envío se haría por barco, en cargas separadas. Algunas armas serían para los separatistas vascos españoles, la ETA. Una carga algo mayor para los grupos ultrarradicales de izquierda franceses, la «Action Directe». Otro envío sería para los CCC, la pequeña pero letal agrupación terrorista belga. Habría también un espléndido regalo para la facción del Ejército Rojo alemana, que acabaría por utilizarlo, sin ningún género de dudas, en los bares frecuentados por miembros de las Fuerzas Armadas estadounidenses. Pero más de la mitad de la carga marítima sería para el IRA.

Ya habían sido informados que uno de los objetivos prioritarios del IRA consistiría en asesinar al embajador de Estados Unidos en Londres. McCready suponía que los del IRA, teniendo en cuenta sus operaciones de recaudación de fondos en Estados Unidos, preferirían delegar esa misión en manos de terceros, tal vez en las de los alemanes de la facción del Ejército Rojo, el grupo sucesor de la banda Baader-Meinhof, que si bien habían sufrido una notable disminución en el número de miembros, seguían siendo un grupo mortífero y muy bien preparado para hacer trabajos por encargo a cambio de armas.

—¿Te preguntaron dónde querías hacer el embarque para el grupo terrorista norteamericano, en el caso de que se mostrasen dispuestos a vender?

—Sí.

—¿Y qué les contestaste?

—Que desde cualquier puerto de la Europa Occidental.

—¿Y cuáles son los planes para hacerlo llegar a Estados Unidos?

—Les conté lo que me habías dicho. Que me encargaría personalmente de ir a recoger la carga, cuyo volumen resulta bastante pequeño en realidad, a cualquier lugar que ellos hubieran elegido como destino y que luego me la llevaría a un garaje alquilado, del que solamente yo tendría conocimiento. Más tarde volvería por ella, utilizando un automóvil con remolque o una furgoneta tipo caravana, con compartimentos secretos en las paredes. Me iría luego con la caravana hacia el Norte, cruzaría Dinamarca, cogería el trasbordador hasta Suecia, seguiría hacia Noruega y allí me embarcaría en uno de los numerosos buques de carga que hacen la travesía al

Canadá. No sería más que uno de esos turistas que pasan sus vacaciones acampando al aire libre.

—¿Les gustó la idea?

—A Terpil, sí. Dijo que era bonita y pulcra. Al-Mansur objetó que eso significaría tener que cruzar muchas fronteras estatales. Le hice ver que durante la época de vacaciones las caravanas pululan por toda Europa y que iría diciendo por todas partes que pensaba recoger a mi mujer y a mis hijos en el aeropuerto de la próxima capital, adonde llegarían en avión. Al-Mansur asintió repetidas veces con la cabeza.

—Está bien. Ya hemos tendido nuestras redes. Ahora tan sólo nos queda esperar a ver si has logrado convencerles. O si sus deseos de venganza contra la Casa Blanca les hacen olvidar sus precauciones habituales. Ya lo sabremos.

—¿Y cuál será el siguiente paso? —preguntó Rowse.

—Regresarás al hotel. Si se tragan el cuento de los terroristas estadounidenses y facturan tu carga junto con la de los otros, al-Mansur se pondrá en contacto contigo, en persona o por medio de algún mensajero. Sigue sus instrucciones al pie de la letra. Sólo me acercaré a ti si vemos que no hay moros en la costa para que me informes de la situación.

—¿Y en el caso de que no se pongan en contacto? ¿Si no se lo tragan?

—Entonces intentarán silenciarte. Lo más probable es que pidan a Mahoney y a sus muchachos que se encarguen de realizar ese trabajo, como un gesto de buena voluntad. Eso te brindará la oportunidad de arreglar cuentas con Mahoney. Los dos sargentos estarán cerca de ti. Ellos intervendrán para sacarte con vida del asunto.

«¡Y un carajo van a intervenir! —pensó Rowse—. De ese modo, la intervención de Londres en la conjura quedaría al descubierto. Los irlandeses tomarían sus medidas y toda la carga llegaría a su destino siguiendo otra ruta, en fechas y lugares distintos.»

Si al-Mansur decidía liquidarlo, directa o indirectamente, él tendría que arreglárselas por su propia cuenta.

—¿Quieres llevarte un transmisor? ¿Cualquier aparato para alertarnos?

—No —contestó Rowse seco. En modo alguno quería llevar uno de esos dispositivos encima. Estaba convencido de que nadie acudiría a hacerle una visita inesperada.

—Entonces vuelve al hotel y espera —dijo McCready—. Y procura no cansarte hasta la extenuación con esa guapa Mrs.

Browne. Con «e» al final. Puedes necesitar tus fuerzas más adelante.

Con estas palabras, *el Manipulador* se perdió entre la multitud. En su fuero interno, McCready sabía, al igual que Rowse, que no podría intervenir si los libios o los irlandeses iban por Rowse. Pero, a fin de cuentas, nadie había dicho que esa operación tuviera que convertirse en unas vacaciones. Lo que él había decidido hacer, si el zorro libio no se tragaba la versión de Rowse, era desplegar un buen equipo de vigilancia y no perder de vista a Mahoney. Adonde quiera que él fuese, iría también el cargamento de armas y explosivos. Ahora que habían encontrado a Mahoney, gracias a Rowse, ese miembro del IRA era la mejor apuesta que podían hacer para dar con el cargamento.

Rowse terminó su recorrido turístico por el monasterio y salió a la brillante luz del sol para ir a buscar su automóvil. Bill, desde su puesto de observación bajo la sombra de los pinos, en la parte de la montaña donde se hallaba la tumba del presidente Makarios, vigiló sus pasos e informó a Danny que su hombre había emprendido el viaje de regreso. Diez minutos después, McCready se iba en el coche conducido por Marks. Cuando bajaban por la carretera de la colina recogieron a un campesino chipriota que estaba haciendo autostop en la cuneta, así, Bill pudo regresar también a la localidad de Pedhoulas.

A los quince minutos de haber emprendido ese viaje de tres cuartos de hora de duración, el radio transmisor de McCready dio señales de vida. Era Danny.

—Mahoney y sus hombres acaban de entrar en la habitación de nuestro hombre. Ahora la están registrando a fondo. Lo están poniendo todo patas arriba. ¿Quiere que me acerque a la carretera y avise a Rowse?

—No —replicó McCready—, quédate donde estás y mantente en contacto.

—Si aprieto a fondo el acelerador, todavía podríamos alcanzarlo —sugirió Marks.

McCready titubeó y echó una ojeada a su reloj de pulsera. Era un gesto por demás inútil. No había calculado la distancia que les separaba de Pedhoulas ni la velocidad que necesitarían llevar para llegar hasta allí.

—Demasiado tarde —contestó McCready—, nunca lo alcanzaríamos.

—¡Pobre amigo Tom! —exclamó Bill desde el asiento trasero.

Algo poco usual en él con sus subordinados, Sam McCready perdió su habitual compostura.

—Si fallamos, si ese cargamento de mierda llega a su destino, lástima de los pobrecillos que estén de compras en «Harrods», lástima de los pobrecillos turistas que se paseen por Hyde Park, lástima de las pobrecillas mujeres y de los pobrecillos niños que andan repartidos por nuestro ensangrentado país —dijo McCready en un estallido de cólera.

Hubo un profundo silencio durante todo el viaje a Pedhoulas.

La llave de la habitación de Rowse seguía colgada de su gancho correspondiente en la recepción del hotel. Él mismo la cogió, pues no había nadie detrás del mostrador, y subió las escaleras. La cerradura estaba intacta; Mahoney había utilizado la llave y la había dejado de nuevo en recepción. Pero la puerta no estaba cerrada con llave. Rowse pensó que la camarera de la limpieza estaría arreglándole todavía el cuarto y entró.

Nada más poner un pie en la habitación, el hombre que estaba apostado detrás de la puerta lo agarró con fuerza y le hizo salir disparado hacia el centro del aposento. La puerta golpeó a sus espaldas, y un fornido matón le cortó la retirada. Antes del amanecer, el correo había enviado a Nicosia las fotografías que Danny había hecho de aquellos hombres, fotos que fueron transmitidas por *fax* a Londres para su identificación. El fornido matón era Tim O'Herlihy, uno de los asesinos del llamado «Comando Derry». El que estaba apostado junto a la chimenea, un fornido hombrachón de cabello rubio, Eamonn Kane, era uno de los hombres del servicio de orden de West Belfast. Mahoney estaba sentado en la única butaca que había en el cuarto, de espaldas a las ventanas, cuyas cortinas habían sido corridas para atenuar la brillante luz diurna.

Sin decir ni una palabra, Kane asió al tambaleante inglés, le hizo dar unas cuantas vueltas por el cuarto y lo estrelló contra la pared. Con la destreza que concede la práctica le palpó pecho y espalda, pasó sus manos por la camisa de manga corta, para registrarle luego cada pernera del pantalón. Si hubiese llevado encima el transmisor que McCready le había ofrecido, en esos momentos hubiera sido descubierto y el juego finalizado de una vez por todas.

La habitación era un caos, todos los cajones habían sido abiertos y vaciados, el contenido del ropero aparecía esparcido por el suelo. El único consuelo de Rowse era que no tenía nada allí que no hubiera llevado cualquier novelista que estuviera

haciendo un viaje de estudios: libretas de apuntes, notas sobre el argumento, mapas turísticos, folletos, máquina de escribir portátil, ropa y artículos de aseo. El pasaporte lo llevaba en el bolsillo trasero de los pantalones. Kane se apoderó de él y se lo pasó a Mahoney, el cual lo examinó con gran atención, pero no encontró nada que no supiera.

—Bien, insolente hombrecillo, ahora quizá me digas qué coño estás haciendo por aquí. —El rostro de Mahoney exhibía su habitual sonrisa encantadora, pero no así su mirada.

—No sé de qué demonios estás hablando —replicó Rowse indignado.

Kane le asestó un puñetazo en el plexo solar. Rowse podría haberlo evitado, pero O'Herlihy se encontraba a sus espaldas y Kane a un lado. La desigualdad de condiciones era manifiesta, incluso sin contar con Mahoney. Esos hombres no eran hermanitas de la caridad precisamente. Rowse gimió, se dobló sobre sí mismo y se apoyó contra la pared mientras respiraba con dificultad.

—¿No lo sabes ahora?, dime, ¿no lo sabes ahora? —preguntó Mahoney, sin levantarse—. Pues bien, por regla general utilizo métodos que no son el de explicar mis palabras, pero por ser quien eres, insolente de mierda, haré una excepción contigo. Un amigo mío, que vive en Hamburgo, te reconoció hace un par de semanas. Tom Rowse, antiguo capitán de un destacamento de las Fuerzas Aéreas Especiales, amigo acérrimo y bien conocido del pueblo irlandés, dedicándose a hacer algunas preguntas de lo más divertidas. Con dos giras turísticas por la Isla Esmeralda a sus espaldas y que se nos presenta en el corazón de Chipre justo cuando mis amigos y yo tratamos de pasar unas vacaciones agradables y tranquilas. Pues bien, una vez más, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

—Escucha —replicó Rowse—, de acuerdo, estuve en la SAS, pero las he dejado ya. No podía seguir en ellas por más tiempo. Denuncié a todos esos hijos de puta. Ya han pasado tres años desde aquello. Estoy fuera, por completo. La sociedad británica no derramará ni una sola lágrima por mí si me asesinan. Ahora me dedico a escribir novelas para ganarme la vida. Novelas de acción. Eso es todo.

Mahoney hizo una seña a O'Herlihy, el cual golpeó a Rowse en los riñones. Éste gritó y cayó de rodillas. Pese a la gran desigualdad de condiciones, el antiguo capitán de la SAS podría haber devuelto el golpe y acabado con uno de ellos al menos, acaso con dos, antes de que ellos terminasen con él. Pero había

aceptado el dolor con estoicismo y se había doblado sobre sus rodillas. Pese a la arrogancia que Mahoney manifestaba, Rowse sospechó que el jefe de los terroristas estaba desconcertado. Debía de haber advertido la presencia de Hakim al-Mansur y Rowse conversando en la terraza la noche anterior, antes de que los dos emprendieran su paseo nocturno. Y que Rowse había regresado de aquella aventura. Además, Mahoney estaba a punto de recibir un favor inmenso de al-Mansur. No, el hombre del IRA no era mortífero... aún. Quizá sólo quisiera divertirse un rato.

—Me estás mintiendo, entrometido de mierda, y eso es algo que no me gusta. Ya he oído en otras ocasiones esa historia de estar realizando investigaciones. Ten en cuenta que nosotros, los irlandeses, somos un pueblo muy letrado. Y algunas de las preguntas que has estado haciendo no tienen mucho que ver en realidad con las letras. Y bien, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

—Las novelas de acción... —resolló Rowse—, las obras de acción modernas no pueden ser inventadas del todo. Es imposible despachar al lector con generalizaciones vagas. Hacen falta detalles. Piensa en *Le Carré*, en *Clancy*..., ¿acaso crees que no investigaron hasta el último detalle? Ésa es la única manera de escribir en nuestra época.

—Así que en nuestra época, ¿eh?, y ¿qué me dices de cierto caballero del otro lado del mar con el que estuviste charlando anoche?, ¿quizás es uno de tus colaboradores?

—Eso es algo que se quedará entre él y yo. Si quieres saber algo, pregúntaselo.

—¡Claro que sí, entrometido de mierda! Eso es justamente lo que he hecho. Esta misma mañana, por teléfono. Y me ha pedido que te vigile. Si de mí dependiera, ya les habría dicho a mis muchachos que te enterraran en lo alto de una montaña. Pero, como te he dicho, mi amigo me ha pedido que no te quitara el ojo de encima. Cosa que pienso hacer, día y noche, hasta que te largues. Por desgracia, eso ha sido todo lo que me ha dicho. Y ahora, entre nosotros, un poquitín de juerga para recordar los viejos tiempos.

Kane y O'Herlihy se le echaron encima. Mahoney contemplaba la escena. Cuando le fallaron las piernas a Rowse, cayó al suelo, se hizo un ovillo y trató de protegerse el vientre y los genitales. Como Rowse se encontraba demasiado bajo para que pudiesen darle puñetazos, emplearon los pies. Se protegió la cabeza con los brazos para evitar una lesión cerebral

sintiendo los puntapiés en espalda, hombros, pecho y costillas. Se vio envuelto en una ola de pánico, hasta que la piadosa oscuridad se apoderó de su persona después de recibir una fuerte patada en la nuca.

Recobró el conocimiento como suelen hacerlo las personas que han sufrido un accidente de tráfico; primero, sintiendo que no estaba muerto, luego con la consciencia del propio dolor. Cubierto con la camisa y los pantalones, su cuerpo era una gran llaga dolorida.

Se quedó tumbado de bruces contra el suelo, y, durante un buen rato, se dedicó a examinar el dibujo de la alfombra. Luego se dio media vuelta y se puso boca arriba; aquello fue un error. Se llevó una mano al rostro. Sintió un bulto en la mejilla, debajo del ojo izquierdo, por lo demás, se trataba sobre poco más o menos del mismo rostro que venía afeitando desde hacia años. Trató de sentarse y lanzó un gemido de dolor. Un brazo le rodeó los hombros y le ayudó a sentarse.

—¿Pero qué diablos ha ocurrido aquí? —preguntó ella.

Monica Browne estaba arrodillada a su lado y le pasaba un brazo por los hombros. Los frescos dedos de su mano derecha le palparon el bulto bajo el ojo izquierdo.

—Pasaba por aquí, vi la puerta entreabierta y...

—He debido de perder el conocimiento y, al caer... —explicó Rowse.

—¿Ocurrió eso antes o después de que se decidiera a poner patas arriba la habitación?

Rowse miró a su alrededor. Se había olvidado de los cajones tirados por el suelo y de las ropas esparcidas por la habitación. La joven comenzó a desabrocharle la camisa.

—¡Dios mío, vaya caída! —fue todo cuanto dijo. Entonces le ayudó a levantarse y le acompañó hasta la cama. Rowse se sentó al borde. La joven le empujó suavemente hacia atrás, le levantó las piernas y le obligó a tumbarse sobre el colchón.

—No se le ocurra marcharse —dijo la joven, cuya advertencia era a todas luces innecesaria—. Tengo un poco de linimento en mi habitación.

Monica regresó a los pocos minutos, cerró la puerta tras de sí y echó la llave rápidamente. Terminó de desabotonarle la camisa de algodón de las *Sea Islands* y se la quitó cuidadosamente por los hombros, emitiendo una exclamación de asombro al contemplar las magulladuras, ahora convertidas

en deslumbrantes hematomas morados, que adornaban su torso y sus costillas.

Rowse se sintió desvalido, pero la joven parecía saber qué se debía hacer en tales casos. Destapó una botellita, y, con suavidad, le aplicó una generosa capa de linimento por todas las zonas afectadas. Aquello escocía.

—¡Ay! —gritó.

—Esto le hará bien, sirve para bajar la inflamación y cura los moratones. Dése la vuelta.

Le extendió más linimento por los hematomas que tenía en los hombros y en la espalda.

—¿Cómo es que lleva linimento a todas partes? —masculló Rowse—. ¿Acaso terminan así todos sus compañeros de cena?

—Es para los caballos —replicó ella.

—¡Oh, muchas gracias!

—¡Déjese de tonterías! Esto produce el mismo efecto en los hombres estúpidos. Vuélvase.

Rowse hizo lo que ella le ordenó. La joven estaba ahora encima de él, con aquella espléndida melena rubia cayéndole sobre los hombros.

—¿Le han atizado también en las piernas?

—Por todas partes.

Entonces, le desabrochó el botón de los pantalones, le bajó la cremallera de la bragueta y le quitó los pantalones sin el más mínimo rubor. En realidad, no era una operación muy extraña para una joven esposa cuyo marido solía beber demasiado. Además de una hinchazón en una de las espinillas, había otra media docena de zonas tumefactas repartidas por los muslos. Ella le aplicó linimento en aquellas magulladuras. Pasados los primeros instantes de escozor, la sensación fue de inefable placer. El olor que el medicamento desprendía le recordaba sus días de rugby en la escuela. La joven hizo una pausa y dejó la botella en el suelo.

—¿Tiene otra hinchazón aquí? —preguntó.

Rowse se miró los calzoncillos. En absoluto, no era una hinchazón, explicó.

—¡Gracias a Dios! —murmuró la joven. Entonces giró sobre la cintura y logró alcanzar la cremallera que le cerraba la espalda de su vestido de shantung color crema. La luz que se filtraba por las cortinas envolvía la habitación en una atmósfera fresca y de suaves resplandores.

—¿Dónde aprendiste a tratar las magulladuras? —preguntó Rowse.

La paliza que le habían propinado y el masaje recibido a continuación le habían dado sueño. En todo caso, la somnolencia se había apoderado de su cabeza.

—En Kentucky, el bromista de mi hermano era muy aficionado al jockey —contestó la joven—. Tuve que ponerle parches más de una vez.

Cuando su vestido color crema se deslizó blandamente al suelo, dejó al descubierto unas finas bragas de seda. No llevaba sostén. A pesar de la plenitud de sus senos, no lo necesitaba. La joven se volvió hacia él. Rowse tragó saliva.

—Pero esto no lo aprendí de ninguno de mis hermanos —añadió.

Durante unos instantes, Rowse pensó en Nikki y la recordó en la casita de Gloucestershire. Eso era algo que nunca había hecho hasta entonces desde que estaba casado con Nikki. No obstante, razonó para sus adentros, un guerrero tiene a veces necesidad de algo de esparcimiento, y si éste le es ofrecido, no sería de humanos rechazarlo.

Rowse trató de incorporarse y de abrazarla cuando la joven se puso a horcajadas sobre él, pero ella le cogió por las muñecas e hizo que se recostase de nuevo.

—Descansa —susurró—. Estás demasiado enfermo para participar activamente.

Sin embargo, durante las horas que siguieron, pareció estar muy contenta de haberse equivocado.

Poco después de las cuatro de la tarde, la joven se levantó de la cama, cruzó la habitación y descorrió las cortinas. El sol había pasado ya su azimut y se movía hacia las montañas. Al otro lado del valle, el sargento Danny ajustaba sus prismáticos y exclamaba indignado:

—¡Coño, Tom, qué guarro hijo de puta eres!

La aventura amorosa se prolongó durante tres días. Los sementales no llegaban de Siria, y tampoco Rowse recibió ningún mensaje de Hakim al-Mansur. La joven llamaba por teléfono con regularidad a su agente en la costa para que la mantuviese informada, pero siempre obtenía la misma respuesta.

—Mañana.

Hicieron excursiones por las montañas, se llevaron la merienda a las alturas que se alzaban por encima de los huertos de cerezos, allí donde las coníferas crecían, e hicieron el amor sobre mantos de pinocha.

Desayunaban y cenaban en la terraza, mientras Danny y Bill vigilaban silenciosos desde el otro lado del valle y Mahoney y sus compinches los contemplaban encolerizados desde la barra del bar.

McCready y Marks continuaron hospedados en la pensión de Pedhoulas, y el primero aprovechó para desplegar más hombres, que hizo acudir de la estación de Chipre y de Malta. Mientras Hakim al-Mansur no se pusiera en contacto con Rowse, y pudieran saber si su bien preparada historia había sido aceptada o no, la clave del problema radicaba en Mahoney y en sus dos acompañantes. Ellos eran, a fin de cuentas, los que deberían llevar a buen término esa empresa del IRA, así que mientras permaneciesen en la aldea, la operación no entraría en su fase de transporte marítimo. Los dos sargentos de la SAS se encargarían de cubrir las espaldas a Rowse, en tanto que el resto de los hombres se dedicarían a vigilar a los terroristas durante todo el tiempo.

Al segundo día después de que Rowse y Monica hubieran dormido juntos, ya había tomado posiciones el equipo de McCready, cuyos efectivos se desplegaron por los montes y, desde sus puestos de observación en las cimas y en las laderas de las montañas que rodeaban la aldea, mantenían bajo vigilancia todos los caminos de acceso a la zona.

El teléfono del hotel había sido interceptado y todas sus llamadas, grabadas. Los escuchas que operaban los aparatos se encontraban en un hotel cercano al «Apolonia». Tan sólo algunos pocos de los recién llegados hablaban el griego; pero, por fortuna, los turistas abundaban por lo que una docena más de ellos no levantaban sospechas.

Mahoney y sus hombres no salían nunca del hotel. También ellos estaban esperando algo: una visita o una llamada telefónica o un mensaje entregado en mano.

Al tercer día, Rowse se levantó poco después del amanecer, tal como tenía por costumbre. Monica seguía durmiendo y Rowse fue el encargado de abrir la puerta al camarero para recibir de él la bandeja con el café de la mañana. Cuando levantó la cafetera para servirse la primera taza, advirtió que debajo había un papelito cuidadosamente doblado. Metió el mensaje entre la taza y el platillo, bebió un trago de café y se dirigió al cuarto de baño.

El mensaje decía simplemente: «*Club Rosalina*», Pafos, 11 p.m., Aziz.

«Esto me plantea un problema», se dijo mientras tiraba de la cadena del retrete para hacer desaparecer los trozos de papel.

Y es que no resultaría fácil dejar sola a Monica durante las horas que necesitaría para ir a Pafos y regresar a mitad de la noche.

El problema quedó resuelto al mediodía, cuando el destino intervino haciendo que el agente de Monica llamase por teléfono para comunicarle que sus tres sementales llegarían de Latakia esa misma noche al puerto de Limassol, por lo que le pedía, por favor, que estuviera presente para verlos y firmar los documentos requeridos para el caso y por si quería supervisar su traslado a unos establos en las inmediaciones del puerto.

Cuando Monica partió para la costa, a las cuatro de la tarde, Rowse procuró facilitar las cosas a los muchachos encargados de su protección, y salió a dar una vuelta por la localidad de Pedhoulas deteniéndose en un teléfono público, desde donde llamó al gerente del hotel «Apolonia». Le comunicó que debía ir a Pafos a cenar esa misma noche y le pidió que tuviera la gentileza de indicarle la mejor ruta para llegar a esa ciudad. El mensaje fue interceptado por los escuchas, los cuales lo transmitieron a McCready.

El «Club Rosalina» resultó ser un casino de juego emplazado en el corazón de la ciudad vieja. Rowse entró en él antes de las once y en seguida divisó la delgada y elegante figura de Hakim al-Mansur, sentado a la mesa de una de las ruletas. A su lado había una silla libre. Rowse la ocupó.

—¡Buenas noches, Mr. Aziz, qué agradable sorpresa!

Al-Mansur hizo una ligera inclinación de cabeza.

—*Faites vos jeux!* —gritó el crupier.

El libio colocó varias fichas de gran valor en una combinación de los números más altos. La rueda empezó a girar vertiginosamente y la bailarina bolita decidió introducirse en el hueco del número cuatro. El libio no dio muestra alguna de desagrado cuando sus fichas le fueron retiradas del tapete. Esa única apuesta hubiera bastado para mantener a un Labrador libio y a su familia durante un mes entero.

—Me alegro que haya venido —dijo al-Mansur en tono serio—. Tengo noticias para usted. Buenas noticias, que le

encantará oír. Siempre resulta muy agradable dar buenas noticias.

Rowse se sintió aliviado. El hecho de que el libio le hubiera enviado un mensaje, en vez de ordenar a Mahoney que «perdiera» para siempre al inglés en las montañas, había sido algo esperanzador. Pero ahora el asunto se volvía incluso más prometedor.

Rowse contempló el juego mientras el libio perdía otro montón de fichas. Jamás hubiera caído en la tentación de apostar, ya que consideraba la rueda de la ruleta como el artefacto más estúpido y aburrido nunca inventado. Pero en lo que respecta a la pasión por el juego, sólo los árabes pueden ser comparados con los chinos, por lo que incluso el frío al-Mansur parecía en trance por el movimiento de la ruleta.

—Me complace poder comunicarle —dijo al-Mansur, mientras colocaba más fichas sobre el tapete— que nuestro glorioso caudillo ha accedido a sus deseos. El suministro que usted ahora le será concedido... en su totalidad. ¿Y bien?, ¿cuál es su reacción?

—Estoy encantado —contestó Rowse—. Y también convencido de que mis clientes harán... buen uso de él.

—Ésa es nuestra más ferviente esperanza. Pues como ustedes, los soldados británicos, suelen decir, es el objeto de la operación.

—¿Cómo querría usted recibir el pago? —preguntó Rowse.

El libio hizo un gesto displicente con la mano.

—Acéptelo como un presente de la *Jamahariya* del Pueblo, Mr. Rowse.

—Estoy muy agradecido. Y puedo asegurarle que mis clientes también lo estarán.

—Lo dudo mucho, ya que usted sería un imbécil si se lo dijese. Y usted no tiene nada de imbécil. De mercenario, quizá, pero no de imbécil. Pues bien, como quiera que usted no recibirá una comisión de cien mil dólares, sino de medio millón, tal vez la compartiría conmigo, digamos..., ¿el cincuenta por ciento?

—Para los fondos revolucionarios, por supuesto.

—Por supuesto.

«Más bien para fondos de jubilación», pensó Rowse.

—Pues bien, Mr. Aziz, trato hecho. Cuando reciba el dinero de mis clientes, la mitad será para usted.

—Así lo espero —murmuró al-Mansur, que había ganado y, pese a sus educadas maneras, contemplaba con embeleso el

montón de fichas que el crupier colocaba ante él—. Mi brazo es muy largo.

—Confíe en mí —replicó Rowse.

—Eso, mi querido amigo, sería como si lo insultara... en el mundo en que vivimos.

—Necesito saber cómo se hará el embarque. Dónde he de recoger el material. Cuándo.

—Y lo sabrá. Pronto. Usted me habló de algún puerto europeo. Me parece que eso se puede arreglar. Regrese al «Apolonia» y muy pronto recibirá noticias mías.

Al-Mansur se levantó de la mesa y pasó a Rowse el montón de fichas que le quedaban.

—No abandone el casino antes de un cuarto de hora —le ordenó—. ¡Tenga, diviértase un rato!

Rowse aguardó el tiempo exigido y fue a canjear las fichas por dinero. Prefería hacer a Nikki algún regalo bonito.

Salió del casino y se encaminó hacia donde tenía el coche estacionado. Debido a la estrechez de las calles en la ciudad vieja, conseguir un lugar para dejar el automóvil era algo así como ganar en la lotería, incluso a esas altas horas de la noche. Su coche se encontraba dos manzanas más arriba. No vio a Danny ni a Bill, que se paseaban de un extremo a otro de la calle frente a la entrada del casino. Cuando se acercaba a su vehículo vio que un anciano, con mono azul y gorra de visera, estaba limpiando de basura la calzada con una escoba de caña.

—*¡Kali spera!* —*graznó* el viejo barrendero.

—*Kali spera!* —contestó Rowse. Entonces se detuvo en seco. Ese pobre anciano era uno de *esos* desheredados de la fortuna, al igual que muchos que se ven condenados de por vida a realizar los trabajos más penosos en cualquier parte del mundo. Se acordó del fajo de dinero que al-Mansur le había proporcionado, se sacó un billete de los grandes y se lo metió al anciano en uno de los bolsillos del mono.

—Mi querido Tom —dijo el barrendero—, siempre supe que tenías buen corazón,

—¿Pero qué diablos estás haciendo aquí, McCready?

—Saca las llaves del coche, y haz como si te costara trabajo abrir la puerta, y, mientras, cuéntame qué ha sucedido —dijo McCready, sin dejar de barrer la calzada.

Rowse le informó de la conversación sostenida con al-Mansur.

—Muy bien —asintió McCready—. Todo parece indicar que se hará por barco. Y eso significa, probablemente, que tu pequeña

remesa irá incluida en el gran cargamento destinado al IRA. Confiemos en que ocurra así. Si tu mercancía es enviada aparte, por una ruta diferente y en un medio distinto de transporte, nos encontraremos como al principio. Sólo con Mahoney. Pero ya que tu carga cabrá en una furgoneta, quizá se decidan por hacer un envío conjunto. ¿Alguna idea de qué puerto se trata?

—Ninguna, sólo sé que estará en algún lugar de Europa.

—Vuelve al hotel y haz lo que ese hombre te diga —le ordenó McCready.

Rowse se alejó en el coche. Danny lo siguió en una motocicleta. Marks llegó con Bill en el automóvil para recoger a McCready. Durante el viaje de regreso, *el Manipulador* estuvo meditando en el asiento trasero del coche.

El barco, si lo era, no estaría registrado en Libia. Resultaría demasiado ostentoso. Probablemente utilizarían algún buque de carga con una tripulación y un capitán que no hicieran muchas preguntas. Había gran cantidad de barcos de ese tipo que se podían encontrar por todo el Mediterráneo Oriental, y Chipre era uno de los países preferidos para registrarse.

En caso de que se decidiesen a contratar el barco en esa isla, el buque tendría que ir luego a un puerto libio a cargar las armas, las cuales ocultarían probablemente debajo de algún cargamento que no despertara sospechas, como sacos de aceitunas o cajas de dátiles. Y lo más seguro sería que el grupo del IRA hiciera el viaje en el mismo barco. Cuando los terroristas abandonasen el hotel, era de vital importancia seguirlos hasta el muelle de carga, con el fin de enterarse del nombre del barco para poder interceptarlo después.

Una vez localizada, la embarcación sería vigilada por un submarino, que se mantendría a profundidad de periscopio. El submarino en cuestión se encontraba listo para zarpar bajo las aguas jurisdiccionales de Malta. Un cazabombardero «Nimrod» de la base aérea británica de Akrotiri, en Chipre, guiaría al submarino hasta el carguero de vapor, y luego se esfumaría. A partir de ese momento, el submarino se encargaría del resto de la operación, hasta que unas lanchas rápidas de la Real Armada británica pudiesen interceptar al buque en el canal de la Mancha.

Tenía que enterarse del nombre del barco, o incluso del puerto de destino. Sabiendo el nombre del puerto, podría pedir a sus amigos de Inteligencia de la «Lloyds Shipping Intelligence» que se informasen de qué barcos habían solicitado

anclaje en un puerto determinado y para cuántos días. Esto le permitiría estrechar el lazo. No necesitaría a Mahoney por más tiempo si los libios informaban de esto a Rowse.

El mensaje para Rowse llegó por teléfono veinticuatro horas más tarde. No era la voz de al-Mansur, sino la de otro hombre. Poco después, los ingenieros de McCready localizaron la llamada, que procedía de la Oficina del Pueblo Libio en Nicosia.

El mensaje rezaba:

—Vuelva a casa, Mr. Rowse. Una vez allí, alguien se pondrá en contacto con usted a la mayor brevedad posible. Su cargamento de aceitunas llegará por barco a un puerto europeo. Se le informará personalmente de la llegada de la mercancía y de los pormenores de su descarga y entrega.

En la habitación de su hotel, McCready analizó el mensaje interceptado. ¿Habría sospechado al-Mansur algo? ¿Habría logrado «calar» a Rowse y habría decidido, sin embargo, seguir un doble juego? Si se imaginaba quiénes podían ser los verdaderos clientes de Rowse, también sabría que Mahoney y su grupo eran vigilados. ¿Así, enviaría a Rowse a Inglaterra tan sólo para alejar a los vigilantes de Mahoney? Todo era posible.

Pero por si acaso no sólo resultaba posible, sino también verdadero, McCready optó por jugar en los dos extremos. Volvería a Londres con Rowse, pero dejaría a sus hombres vigilando a Mahoney.

Rowse decidió contárselo a Monica por la mañana temprano. Él había vuelto de Pafos al hotel antes de que ella regresara. Monica llegó de Limassol entusiasmada y excitada. Sus sementales se encontraban en muy buenas condiciones, ahora bien atendidos en unas caballerizas en las afueras de Limassol. Ya sólo le faltaba que fuesen cumplimentados los requisitos de tránsito para llevárselos a Inglaterra.

Rowse madrugó mucho la mañana siguiente al día en que recibiera aquella llamada, pero la joven no se encontraba a su lado. Se quedó contemplando aquel espacio vacío en su cama y luego salió por el pasillo para mirar en la habitación de la joven. En recepción le dieron el mensaje, una breve nota, metida en uno de los sobres del hotel.

Mi querido Tom:

Todo fue maravilloso, pero ya ha pasado. Me voy, vuelvo con mi marido, mi vida y mis caballos. Recuérdame con cariño, como yo de ti.

MONICA

Rowse suspiró. Ella tenía razón, por supuesto. Los dos llevaban vidas separadas; él con su casa de campo, su carrera de escritor y su Nikki. De repente sintió unos deseos inmensos de ver a Nikki.

Mientras conducía hacia el aeropuerto de Nicosia, se imaginó que los dos sargentos andarían por alguna parte, detrás de él. Y así era, en efecto. Pero McCready no los acompañaba. Por mediación del jefe de la delegación del SIS en Nicosia, había encontrado un avión de comunicaciones de las Fuerzas Aéreas británicas que lo llevaría hasta la base de Lyneham, en Wiltshire, ahorrándole las molestias de verse inmerso en el flujo de pasajeros de la «British Airways», por lo que no había dudado un momento en tomarlo.

Poco después del mediodía, Rowse se asomaba a una de las ventanillas del avión y contemplaba la verde masa de los montes Troodos, cuando estos se iban alejando por debajo del ala. Pensó en Monica, en Mahoney, que aún estaría encaramado en su taburete del bar, y también en al-Mansur, y se alegró de poder regresar a casa. Al menos, las verdes campiñas de Gloucestershire serían mucho más seguras que el horno de Levante.

CAPÍTULO V

Rowse aterrizó poco después del almuerzo, habiendo ganado tiempo al volar hacia el Oeste desde Chipre. McCready se le había adelantado una hora, aunque Rowse no lo sabía. Cuando salió del avión y penetró en el túnel de comunicación que lo conduciría hasta la terminal de pasajeros, vio a una azafata con uniforme de la «British Airways» agitando una tarjeta en la mano que llamaba a un tal «Mr. Rowse».

Rowse se identificó.

—Hay un mensaje para usted en el mostrador de información del aeropuerto, justo a la salida de Aduanas —le dijo.

Rowse le dio las gracias, intrigado, y se encaminó hacia el control de pasaportes. No había anunciado su llegada a Nikki, ya que deseaba darle una sorpresa. El mensaje rezaba:

Scott's. A las ocho p.m. Langostas por cuenta de la Firma.

Rowse lanzó una maldición. Eso significaba que no podría llegar a su casa hasta la mañana del día siguiente. Su coche seguía en el estacionamiento para los vehículos que se quedan por tiempo indefinido. No había dudas de que si no hubiese regresado de su viaje, la siempre eficiente Firma se hubiera encargado de recogerlo para devolvérselo a su viuda.

Tomó el autobús gratuito de enlace, retiró su automóvil del estacionamiento y alquiló una habitación en uno de los hoteles del aeropuerto. Tenía tiempo de darse un baño, dormir algo y cambiarse de ropa. Porque tenía intención de beber esa noche como un cosaco botellas y botellas de algún vino exquisito, siempre que el gasto corriese a cargo de la Firma. Razón esta que le inclinó a utilizar taxis, tanto a la ida como a la vuelta, para su desplazamiento al West End londinense.

Lo primero que hizo fue llamar a Nikki. Ésta se quedó anonadada, su voz fue una mezcla de consuelo y embeleso.

—¿Te encuentras bien, cariño?

—Sí, muy bien.

—¿Y ya ha acabado todo?

—Sí, mi recogida de datos ha terminado, sólo me faltan un par de detalles que podré buscar aquí, en Inglaterra. ¿Qué tal te ha ido todo?

—¡Oh, formidable! Ha sido fantástico. ¿A que no adivinas lo que ha ocurrido?

—Dame la sorpresa.

—Después de que te fuiste, vino un hombre. Me dijo que estaba amueblando un apartamento muy grande en Londres, propiedad de una compañía, y que buscaba alfombras y tapices. Nos compró un montón de alfombras, todas nuestras existencias. Pagó al contado. Dieciséis mil libras. Cariño, estamos a flote.

Rowse sujetó con fuerza el auricular y se quedó contemplando la imitación de un cuadro de Degas que colgaba de la pared.

—Y ese comprador, ¿de dónde era?

—¿Mr. Da Costa? De Portugal. ¿Por qué?

—¿Cabello negro, tez aceitunada?

—Sí, creo que sí.

«Árabe —pensó Rowse—. Libio.» Y eso significa que mientras Nikki estaba en el granero donde almacenaban el surtido de alfombras y tapices que vendían para procurarse unos ingresos extras, alguien se había introducido en la casa para colocar un micrófono en el teléfono. Desde luego, a Mr. al-Mansur no le gustaba dejar ningún cabo suelto.

—Bien —dijo Rowse cariñosamente—, en realidad no me importa de dónde fuera. Si pagó al contado, es un hombre maravilloso.

—¿Cuándo llegarás a casa? —preguntó Nikki, excitada.

—Mañana por la mañana. Estaré ahí a eso de las nueve.

A las ocho y diez, Rowse entró en el exquisito restaurante de Mount Street, cuya especialidad eran los platos de pescado, dijo su nombre al jefe de camareros y fue conducido hasta McCready, que había tomado asiento a una mesa situada en un rincón. A McCready le gustaban las mesas en los rincones. Ya que permitían a los dos comensales acomodarse de espaldas a la pared, manteniendo entre ellos un ángulo de noventa grados, mucho más cómodo para conversar que sentados uno al lado del otro, y desde donde podían contemplar lo que ocurría en el comedor del restaurante. «Nunca se te ocurra dar la espalda a los demás», le había dicho uno de sus agentes de

entrenamiento hacía ya muchos años. Aquel hombre fue traicionado después por George Blake, y tuvo que sentarse «de frente» en una de las celdas de interrogatorios de la KGB. McCready se había pasado buena parte de su vida de espaldas a la pared.

Rowse encargó langosta y una botella de vino blanco. McCready también pidió langosta fría con mayonesa. Rowse esperó hasta que los dos hubieron apurado sus vasos de «Meursault» y el camarero encargado de servir los vinos se hubo retirado, entonces comentó a su compañero lo de la misteriosa compra de las alfombras. McCready siguió masticando el trozo de langosta que se había llevado a la boca, se lo tragó y dijo:

—¡Maldición! ¿Llamaste con frecuencia a Nikki desde Chipre?
—preguntó luego.

Lo que quería decir en realidad: «antes de que yo interviniese el teléfono del hotel», pero no lo hizo. Tampoco necesitaba hacerlo.

—En modo alguno —contestó Rowse—. Mi primera llamada fue desde el «Post House Hotel», hace unas pocas horas.

—Bien. Bien y mal. Bien que no haya habido contratiempos imprevistos. Mal que al-Mansur tenga un brazo tan largo.

—Y ya que hablamos de eso —dijo Rowse—, en realidad, no puedo estar seguro, pero tengo la impresión de haber visto una moto por alguna parte. En el estacionamiento donde había dejado mi coche y luego frente al «Post House». No la vi desde el taxi que me trajo a Londres, pero el tráfico era muy denso.

—¡Maldita sea! —exclamó McCready, preocupado—. Me parece que tienes razón. Hay una pareja al final de la barra del bar que está mirando de reojo a través de un hueco entre la gente. Y no nos quitan la vista de encima. No te vuelvas, sigue comiendo.

—¿Hombre y mujer, jóvenes?

—Sí.

—¿Has reconocido a alguno de ellos?

—Me parece que sí. Al hombre, creo. Vuelve la cabeza y llama al camarero. Intenta verlos, sobre todo a él. De cabello lacio y bigote caído sobre el labio.

Rowse se volvió para hacer señas al camarero. La pareja se encontraba al final de la barra del bar, el cual se hallaba separado por un biombo del salón del comedor. Rowse había recibido un intensivo entrenamiento antiterrorista. Durante el mismo había tenido que estudiar centenares de álbumes de

fotografías, no todas del IRA. Tras echar una rápida ojeada, volvió a su posición normal.

—Le he reconocido. Se trata de un abogado alemán. Un extremista radical. Defendía a los de la banda Baader-Meinhof, más tarde se convirtió en uno de ellos.

—¡Eso es! Wolfgang Reuter. ¿Y a la chica?

—No. Pero la facción del Ejército Rojo utiliza a muchos grupos.

—¿Más espías de Mr. al-Mansur?

—Me inclino más por la hipótesis de que tu gran amigo Mahoney los ha contratado. Existe una cooperación muy estrecha entre la facción y el IRA. Me temo que no podremos disfrutar de nuestra encantadora cena. Me han visto contigo. Si esto trasciende, la operación habrá terminado, y tú, también.

—¿No puedes ser acaso mi agente, o mi editor?

McCready denegó con la cabeza.

—No resultaría —contestó—. Si salgo por la puerta trasera, será todo cuanto necesitan. Si salgo por la puerta principal, como cualquier huésped normal, puedes tener la seguridad de que me harán más de una fotografía. Y en alguna parte de la Europa Oriental identificarán esos retratos. Sigue hablando con toda naturalidad, pero presta mucha atención a lo que voy a decirte. Esto es lo que quiero que hagas.

Mientras tomaban el café, Rowse llamó al camarero y le preguntó por el servicio de caballeros. Se encontraban donde McCready sospechaba que estarían. La propina que el camarero recibió por la atención fue mucho más que generosa... Fue casi ultrajante.

—¿Tan sólo por una llamada telefónica? Haré como usted diga, caballero.

La llamada a la Brigada Especial, una llamada de carácter personal a un amigo de McCready, se hizo mientras éste firmaba el recibo de su tarjeta de crédito. La chica había salido del restaurante nada más advertir que McCready pedía la cuenta.

Cuando Rowse y McCready salían por la iluminada entrada del restaurante, la muchacha se encontraba semiculta tras la esquina de una callejuela, junto a una tienda de pollos justo al otro lado de la calle. Enfocó su cámara al rostro de McCready y le hizo dos rápidas fotografías. No utilizaba *flash*, las luces de la entrada del restaurante eran más que suficientes. McCready advirtió sus movimientos, pero no se dio por enterado.

Rowse y McCready se encaminaron despacio hacia donde este último había dejado aparcado su «Jaguar». Reuter salió por la puerta principal del restaurante, cruzó la calle y se dirigió a donde tenía la moto. Cogió el casco, que colgaba del manillar, se lo puso y se bajó la visera. La chica salió de su escondite y se montó a horcajadas en la moto, detrás de Reuter.

—Ya tienen lo que querían —comentó McCready—. Quizá nos espíen aún durante un rato. Confiemos en que su curiosidad les haga seguirnos un poco más de tiempo.

El teléfono sonó en el automóvil de McCready. Éste contestó.

—Terroristas, armados probablemente... En el Battersea Park, cerca de la pagoda. —Colgó el teléfono y miró por el espejo retrovisor—. Doscientos metros más, y estarán con nosotros.

Aparte la tensión propia de esos momentos, el hecho de que se dirigieran en coche al recinto del Battersea Park resultaba insólito, ya que el parque, por regla general, se vaciaba y cerraba sus puertas al atardecer. Cuando se aproximaban a la pagoda, McCready echó una ojeada a todo lo largo y ancho del camino. Nada. Tampoco habría sorpresas, el parque había abierto de nuevo sus puertas tras la llamada que el camarero había hecho por encargo de Rowse.

—Entrenamiento de protección a diplomáticos. ¿Te acuerdas?

—Ya lo creo —contestó Rowse, mientras empuñaba el freno de mano.

—¡Vamos!

Rowse tiró con fuerza de la palanca del freno, mientras McCready imprimía un giro brusco al volante del «Jaguar». El coche patinó sobre el asfalto, entre aullidos de protesta de los neumáticos. En menos de dos segundos, el sedán había girado sobre sí mismo y enfilaba el morro en dirección contraria. McCready lo lanzó de frente, hacia el foco de luz de la moto que los iba persiguiendo. En los automóviles que se encontraban discretamente estacionados en las inmediaciones, todos sin ningún distintivo oficial, se encendieron en seguida las luces de los faros y sus motores se pusieron en marcha.

Reuter trató de esquivar el «Jaguar» que se le echaba encima y tuvo éxito en su intento. La potente «Honda» se salió de la calzada, cogió una curva cerrada y se dirigió hacia los terrenos del parque. El abogado alemán casi logró evitar el choque contra un banco de piedra, pero no lo consiguió del todo. Rowse, desde su asiento de pasajero junto al conductor,

tuvo la fugaz visión de una moto que saltaba por los aires y dos personas que salían despedidas para ir a estrellarse contra el césped. Los otros automóviles se detuvieron y de ellos salieron tres hombres.

Reuter rodaba por los suelos, pero no se encontraba herido. Se sentó y buscó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¡Policía! ¡Estamos armados! ¡Manos arriba! —gritó una voz a su lado.

Reuter volvió la cabeza y se encontró con el cañón de la pistola de reglamento «Webley» del treinta y ocho. En el rostro que lo contemplaba se dibujaba una sonrisa. Reuter también había visto la película *Harry el sucio*. Decidió no tentar al destino y alzó las manos. Un sargento de la Brigada Especial se había apostado a la espalda del terrorista alemán y le apuntaba directamente a la nuca, manteniendo su «Webley» empuñada con ambas manos. Un compañero metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta de cuero del motorista y sacó una «Walther» P.38 Parabellum.

La chica estaba inconsciente. Un hombre de alta estatura, que llevaba una gabardina gris ligera, salió de uno de los coches y se dirigió hacia McCready.

—¿Qué has pescado, Sam?

—Facción del Ejército Rojo. Van armados. Son muy peligrosos.

—La chica no está armada —dijo Reuter, en un inglés muy claro—. Esto es un atropello.

El comandante de la Brigada Especial se sacó del bolsillo una pistola pequeña, se acercó a la joven, le puso la automática en la mano derecha y oprimió los dedos de la muchacha contra el arma, que metió en una bolsa de plástico.

—Ahora lo está —replicó en tono afable.

—¡Protesto! —exclamó Reuter—. Esto es una violación flagrante de nuestros derechos ciudadanos.

—¡Cuánta razón tiene! —replicó, sarcástico, el comandante—. ¿Qué más quieres, Sam?

—Me han hecho un par de fotos, y hasta es posible que sepan mi nombre. Para colmo, me han visto con él —dijo McCready, señalando con la cabeza hacia Rowse—. Si esto llega a saberse, no podremos impedir que haya algunas matanzas en las calles de Londres. Quiero que los pongáis a buen recaudo, incomunicados. Que no dejen rastro, sin despertar sospechas. Seguro que después de este accidente han tenido que quedar muy mal heridos. ¿Un hospital de alta seguridad?

—No me extrañaría nada que necesitasen un buen pabellón de aislamiento. ¿Qué te parece si los pobres angelitos se mantienen en estado de coma, sin ningún documento encima, y necesito un par de semanas para identificarlos?

—Me llamo Wolfgang Reuter —dijo el alemán—. Soy abogado, ejerzo en la ciudad de Francfort y exijo ver de inmediato a mi embajador.

—Resulta divertido lo estúpido que puedes volverte a tus años —repuso el comandante con aire apenado—. ¡Al coche con los granujas! Tan pronto como yo pueda identificarlos, los pondré a disposición judicial, por supuesto. Pero eso puede tardar bastante tiempo. Mantenme informado, Sam.

Por regla general, incluso un individuo armado al que se haya podido identificar como perteneciente a una banda terrorista, cuando es arrestado en Gran Bretaña, no puede ser mantenido incomunicado por más de siete días, sin que dentro de ese plazo sea llevado a comparecer ante un juez, tal como se estipula en la Ley para la Prevención del Terrorismo. Pero, a veces, todas las leyes tienen sus excepciones, aun en las democracias.

A la mañana siguiente, Rowse regresó a Gloucestershire en su automóvil, para reanudar la rutina diaria mientras esperaba el contacto prometido por Hakim al-Mansur. Tal como él veía las cosas, en cuanto recibiese la información acerca del nombre del barco en el que transportarían las armas, la fecha y el puerto de llegada, se pondría en comunicación con McCready y le pasaría los datos. Los del SIS británico los utilizarían para dar con la pista del barco, lo identificarían en aguas del Mediterráneo y lo abordarían y tomarían por asalto en el océano Atlántico, frente a las costas portuguesas, o en el canal de la Mancha, con Mahoney y sus compinches a bordo. Todo era tan simple como eso.

El contacto se produjo siete días después. Un «Porsche» negro penetró muy despacio en el jardín de la casa de Rowse y un joven se apeó. El hombre miró a su alrededor, contemplando la verde hierba y los bancales de flores iluminados por el ardiente sol primaveral. De cabello negro, y expresión melancólica, tenía el aspecto de haber nacido en un país más árido y áspero que éste.

—Tom —llamó Nikki—, alguien desea verte.

Tom apareció caminando desde el fondo del jardín. Su rostro no manifestó sorpresa alguna, ya que supo ocultar sus

sentimientos tras una máscara de cortesía y curiosidad, pero reconoció al hombre. Era el mismo que le había seguido desde Trípoli a La Valetta y que no le había quitado el ojo de encima hasta no ver cómo abordaba el avión con destino a Chipre, hacía ya dos semanas.

—¿Sí? —dijo.

—¿Mr. Rowse?

—El mismo.

—Le traigo un mensaje de Mr. Aziz.

El hombre hablaba un inglés bastante aceptable, pero elegía las palabras con demasiado cuidado como para que resultara fluido. Recitó el mensaje de memoria tal como se lo había aprendido.

—Su mercancía llegará al puerto de Bremerhaven. En tres embalajes de tablas, marcados como maquinaria de oficina. La recibirá tras estampar su firma habitual. Muelle cero nueve. Almacenes «Neuberg». Rossmannstrasse. Una vez que el envío haya sido desembarcado, dispondrá de un plazo de veinticuatro horas para hacerse cargo del mismo. En caso contrario, desaparecerá. ¿Está claro?

Rowse repitió para sus adentros la dirección exacta, archivándola así en su memoria. El joven volvió a meterse en el coche.

—¡Y una cosa! ¿Cuándo? ¿Qué día?

—¡Ah, sí! El veinticuatro. Llegará a las doce del mediodía del veinticuatro de este mes.

El forastero se alejó en su automóvil, dejando a Rowse con la palabra en la boca. Minutos después, Rowse salía corriendo hacia la aldea para llamar desde un teléfono público. El suyo seguía intervenido, eso era algo que los expertos le habían confirmado; de todos modos, tendría que seguir así durante bastante tiempo.

—¿Qué demonios están pensando al fijar como fecha el veinticuatro de este mes? —preguntó furioso McCready por décima vez—. ¡Eso será dentro de tres días! ¡De tres malditos días!

—Y Mahoney, ¿sigue aún en el mismo sitio? —preguntó Rowse.

A petición de McCready, Rowse había ido a Londres en su coche y se había instalado en uno de los pisos francos de la Firma, un apartamento en Chelsea. Todavía no era nada seguro

llevar a Rowse a la Century House; entre otras cosas, porque, oficialmente, se le suponía persona *non grata*.

—Pues sí, aún está afincado en la barra del bar «Apolonia», y sigue rodeado de sus hombres, a la espera de que le llegue un mensaje de al-Mansur, y todavía rodeado por mis vigilantes.

McCready llegó a una conclusión: no había más que dos posibilidades. O los libios estaban mintiendo acerca del veinticuatro, y sólo era otra prueba para Rowse, con el fin de cerciorarse de si la Policía rodeaba los almacenes «Neuberg», en cuyo caso al-Mansur tendría tiempo de alertar a los de su barco, dondequiera que éste se encontrara, o le habían engañado como a un chino, a él, a McCready, por lo que Mahoney y sus secuaces no serían más que un anzuelo en el que había picado, y lo más probable era que ni ellos mismos lo supieran.

De una cosa sí estaba seguro: ningún barco podía hacer en tres días la travesía de Chipre a Bremerhaven, pasando por Trípoli o Sirte. Mientras Rowse se dirigía hacia Londres en su coche, McCready había consultado a su amigo de Dibben Place, en Colchester, donde estaba la sede del Servicio de Inteligencia de la «Lloyds Shipping». El hombre se había mostrado inflexible en sus convicciones. El barco necesitaría un día para hacer la travesía desde Pafos hasta Trípoli o hasta Sirte. Habría que concederle un día más para cargar las bodegas, o más bien una noche. Dos días para llegar a Gibraltar y otros cuatro o cinco más para alcanzar las costas del norte de Alemania. Siete días como mínimo, aunque deberían de calcular ocho para estar seguros.

Así que, o era una prueba para Rowse, o el buque cargado de armas se encontraba ya en alta mar. De acuerdo con el hombre de la «Lloyds», en esos momentos el barco estaría al oeste de Lisboa rumbo al cabo Finisterre, para así poder atracar en Bremerhaven el día veinticuatro de ese mes.

Los de la «Lloyds» habían comprobado los nombres de los barcos que se esperaban el día veinticuatro en el puerto de Bremerhaven, y que habían zarpado del algún lugar del Mediterráneo.

El teléfono sonó en esos momentos. Les llamaba el experto de la «Lloyds» en rutas navieras.

—No hay ninguno —dijo—. El día veinticuatro no se espera ningún barco procedente del Mediterráneo. Tienes que haber sido mal informado.

«Y con creces», se dijo McCready. En la persona de Hakim al-Mansur se había topado con un auténtico maestro del juego. McCready se volvió hacia Rowse.

—¿No habría alguien más en el hotel que pudiese ser del IRA?

Rowse denegó con la cabeza.

—Me temo que tendremos que volver a los álbumes de fotografías. Revísalos de nuevo, una y otra vez. Si te encuentras con algún rostro, con cualquier cosa que te haya llamado la atención mientras te encontrabas en Trípoli, en Malta o en Chipre, házmelo saber de inmediato. Aquí te los dejo. He de hacer unas diligencias.

McCready no consultó primero con la Century House para recurrir a la ayuda de los norteamericanos. El tiempo apremiaba demasiado como para desperdiciarlo en canales burocráticos. Fue a ver al jefe de la delegación de la CÍA, en Grosvenor Place. Todavía seguía siendo Bill Carver.

—¡Pues bien, caramba, la verdad es que no lo sé, Sam! No es nada fácil desviar un satélite. ¿No podrías utilizar un Nimrod?

Los Nimrods de las Fuerzas Aéreas británicas pueden tomar fotografías de alta definición de los barcos que se encuentren en alta mar, pero tienden a volar demasiado bajo y pueden ser vistos. Al no rastrear la zona desde grandes alturas, han de sobrevolar varias veces para poder cubrir una gran extensión de océano.

McCready le explicó lo del plan para asesinar al embajador estadounidense en Londres. Ambos hombres sabían que Charles y Carol Price habían demostrado ser la pareja de emisarios más popular enviada por Estados Unidos desde hacía muchas décadas. Mrs. Thatcher no olvidaría con facilidad a una organización que hubiera permitido que le ocurriera algo a Charlie Price. Carver hizo un gesto de asentimiento.

—Eso pone las cosas más fáciles... para mí.

A eso de la medianoche, Rowse, somnoliento y fatigado, volvió a enfrascarse en la revisión del álbum número uno, el correspondiente a los primeros tiempos. Estaba sentado junto a un especialista en fotografías de la Century House. En el salón del apartamento habían colocado un proyector y una pantalla, de modo que los retratos podían ser proyectados en ella para efectuar los cambios necesarios en los rostros.

Poco antes de la una, Rowse hizo una pausa.

—Ésta —dijo—, ¿puedes proyectármela en la pantalla?

El rostro ocupó casi toda la pared.

—No seas necio —intervino McCready—, ése está fuera de la organización desde hace muchos años. Se trata de agua pasada, no viene a cuento.

El rostro en la pared les miraba fijamente, con ojos cansados, ocultos tras unas gafas de montura gruesa; tenía el cabello gris, con mechones que le caían sobre las oscuras cejas.

—Quítale las gafas —ordenó Rowse—. Ponle lentes de contacto pardas.

El técnico realizó los cambios que Rowse le pedía. Las gafas desaparecieron, los ojos dejaron de ser azules y se volvieron pardos.

—¿Cuánto tiempo tiene esta fotografía?

—Unos diez años —contestó el técnico.

—Envejecela diez años. Quítale algo de cabello, más arrugas, papada bajo el mentón.

El técnico hizo lo que Rowse quería. Ahora, el hombre aparentaba unos setenta años.

—Ponle ahora cabellos negros. Tíñeselos.

Los grises cabellos del hombre se volvieron negros. Rowse emitió un silbido.

—Sentado solo en un rincón de la terraza —dijo—, en el «Hotel Apolonia». No hablaba con nadie, él mismo se hacía compañía.

—Stephen Johnson fue el jefe del estado mayor del IRA, del *viejo* IRA, hará de eso unos veinte años —informó McCready—. Abandonó la organización hace diez años, después de una fuerte disputa con la nueva generación por asuntos políticos. Ahora tiene sesenta y cinco años. Se dedica a vender maquinaria agrícola en County Clare. ¡Por el amor de Dios!

—Puede ser uno de esos ases de reserva de la banda terrorista. Aparenta tener una disputa, y se retira disgustado; entonces hacen correr la voz de que ya no tiene nada que ver con la organización y se convierte en persona inofensiva para la sociedad. Ya nadie le molesta. ¿No te recuerda eso a alguien a quien conoces? —inquirió Rowse.

—La verdad es que, a veces, mi joven maestro Rowse, te puedes distinguir por ciertos destellos de sagacidad —admitió McCready.

Entonces llamó por teléfono a un amigo de la Policía irlandesa, la Garda Síochana. Desde un punto de vista oficial, se suponía que los contactos entre la Garda irlandesa y sus homólogos británicos en la lucha contra el terrorismo tenían un

carácter más bien formal, pero las ramificaciones se alargaban por todas partes. En la práctica, al menos entre profesionales, ese tipo de contactos es más íntimo y caluroso de lo que algunos políticos partidarios de la línea dura desearían.

Esta vez fue uno de los miembros de la Brigada Especial irlandesa, al que McCready despertó en su casa de Ranelagh, el que tuvo que saltar de la cama antes de la hora del desayuno.

—Nuestro hombre está de vacaciones —informó luego McCready—. Según los informes de la Policía local, se ha aficionado al golf y suele tomarse unas vacaciones de vez en cuando para practicar ese deporte, por lo general en España.

—¿En el sur de España? —inquirió Rowse.

—Es posible. ¿Por qué?

—¿Recuerdas aquel asunto de Gibraltar?

Los dos lo recordaban muy bien. Tres asesinos del IRA, que tenían la intención de colocar una poderosa bomba en el peñón. Fueron «puestos fuera de combate» por un comando de la SAS, de una forma prematura pero permanente. La Policía española y los servicios de contraespionaje de ese país habían prestado una ayuda extraordinariamente provechosa cuando los terroristas se introdujeron en el peñón tras haberse hecho pasar por turistas de la Costa del Sol.

—Persistió el rumor de que había un cuarto hombre en el juego, uno que se había quedado en España —recordó Rowse—. Y Marbella es una ciudad en la que abundan los campos de golf.

—¡El muy mierda! —masculló McCready—. ¡Esa vieja mierda! De nuevo ha vuelto a la acción.

A media mañana McCready recibió una llamada de Bill Carver, y, a continuación, fue con Rowse a la Embajada de Estados Unidos. Carver los estaba esperando en el vestíbulo principal, firmó por ellos en el libro de registro y los acompañó hasta su despacho, en la planta baja, donde disponía también de una sala de proyección.

El satélite había efectuado un buen trabajo, deslizándose a gran altura en el espacio por encima del Atlántico Oriental, desde donde enfocó los objetivos de sus cámaras «Long Tom» hasta cubrir, en una sola pasada, una gran franja de agua que se extendía desde las costas portuguesa, española y francesa hasta más de un centenar de millas adentro del océano.

Atendiendo a una sugestión que le hizo su hombre de contacto en la «Lloyds», McCready había pedido que le facilitaran un estudio sobre el rectángulo de agua que se

extendía desde el norte de Lisboa hasta el golfo de Vizcaya. El continuo aluvión de fotografías que fue llegando a la estación de recepción de la Oficina Nacional de Reconocimiento, en las afueras de Washington, fue analizado, clasificado y seleccionado en ampliaciones individuales de cada uno de los barcos que navegaban dentro de los límites de ese rectángulo.

—Nuestra ave puede fotografiar todo aquello que sea algo mayor que una botella de «Coca-Cola» —observó Carver, orgulloso—. ¿Queréis empezar?

Había más de ciento veinte barcos en aquel rectángulo de agua. Casi la mitad de ellos eran pesqueros. McCready los desechó, aunque no descartó la posibilidad de volver luego a ellos. En Bremerhaven había también un muelle destinado a esas embarcaciones, pero todas ellas faenarían bajo bandera alemana, y cualquier pesquero extranjero, que, para colmo, descargara algo que no fuese pescado, sería contemplado con gran suspicacia. McCready concentró su atención en los buques de carga y en unos cuantos yates de lujo grandes, descartando, de momento, los cuatro transatlánticos que transportaban pasajeros.

Uno tras otro, fue pidiendo que le ampliaran los diminutos reflejos metálicos que se observaban en aquella gran extensión de agua, hasta que cada manchita ocupaba toda la pantalla. Detalle tras detalle, los hombres que estaban en la sala de proyección fueron examinándolas. Algunas embarcaciones mantenían un rumbo distinto al de la nave que estaban buscando, pero había un grupo de ellas que se encaminaba hacia el Norte y que pasaría por el canal de la Mancha. Treinta y una.

A las dos y media, McCready ordenó que detuviesen la proyección.

—Ese hombre —dijo al técnico de Bill Carver—, el que se apoya contra la barandilla del puente, ¿puede ampliarlo?

—Eso está hecho —contestó el norteamericano.

El buque de carga navegaba por aguas del cabo de Finisterre; la fotografía había sido tomada el día anterior, poco antes del anochecer. Uno de los hombres de la tripulación realizaba una tarea rutinaria en la cubierta de proa, en tanto que otro, apoyado contra la barandilla del puente, lo contemplaba. Mientras McCready y Rowse observaban la pantalla, el barco se fue haciendo cada vez más grande, sin que la calidad de la imagen empeorase. La proa y la popa del carguero desaparecieron a ambos lados de la pantalla y la figura

del hombre que estaba solo y apoyado en la barandilla empezó a aumentar.

—¿A qué altura vuela ese pájaro? —preguntó Rowse.

—A ciento ochenta y siete mil kilómetros —contestó el técnico.

—¡Eso es tecnología, chico! —exclamó Rowse.

—Puede registrar la matrícula de un coche, y el número se lee con toda claridad —informó el estadounidense, con un deje de satisfacción.

Disponían de más de veinte fotografías de ese carguero en particular. Cuando el hombre apoyado contra la barandilla ocupaba toda la pantalla, Rowse pidió que proyectasen las demás fotografías con la misma ampliación. Al proyectar las imágenes en sucesión continua, el hombre pareció moverse por la pantalla como una de esas figuras rígidas de una biografía victoriana. Dejó de observar al marinero y se quedó contemplando el mar. A continuación se quitó su puntiagudo gorro y se pasó una mano por los finos cabellos. Quizás alguna ave marina había cantado por encima de su cabeza. Comoquiera que fuese, el caso es que alzó el rostro.

—¡Congela esta imagen! —pidió Rowse—. ¡Acércala!

El técnico amplió el rostro del hombre hasta que la imagen empezó a hacerse borrosa.

—¡Bingo! —susurró McCready por encima del hombro de Rowse—. Ya lo tenemos. Es Johnson.

Los viejos ojos cansados los contemplaban desde la pantalla, con sus mechones de cabello, ahora negro, cayéndole sobre la frente. Era el mismo anciano que se sentaba en un rincón de la terraza del «Apolonia», ocupando una mesa, solo. El presunto antiguo militante del IRA.

—El nombre del barco —dijo McCready—, necesitamos saber el nombre del barco.

Éste aparecía en uno de los costados de proa, y pudo ser registrado por el satélite, que siguió filmando cuando la embarcación desaparecía por el horizonte en dirección norte. Había sido una sola fotografía, tomada en ángulo agudo, la que permitió captar el nombre junto al ancla. *Regina IV*.

McCready cogió el teléfono y llamó a su hombre de Inteligencia de la «Lloyds Shipping».

—No puede ser —dijo el hombre de Colchester cuando habló media hora después con McCready, que había estado esperando su llamada—. El *Regina IV* desplaza más de diez mil toneladas,

y en estos momentos se encuentra frente a las costas de Venezuela. Tienes que haberte equivocado.

—No hay error posible —replicó McCready—. Será un buque de unas dos mil toneladas y navega hacia el Norte, ahora estará a la altura de Burdeos.

—No te muevas de ahí —pidió la jovial voz del hombre de Colchester—. ¿Acaso piensa hacer alguna diablura?

—Con toda certeza —respondió McCready.

—Te llamaré de nuevo —dijo el hombre de la «Lloyds».

Y eso fue lo que hizo casi una hora después. McCready había estado empleando la mayor parte de ese tiempo en telefonar a algunas personas que estaban en la base de Poole, en Dorset.

—*Regina* —le dijo el hombre de la «Lloyds»— es un nombre muy común, como el de *Stella Maris*; por eso hay que ponerles números romanos detrás del nombre. Pues bien, se da la coincidencia de que por aquí tenemos a un *Regina VI*, registrado en Limassol, y del que creemos que ha estado anclado en el puerto de Pafos. De unas dos mil toneladas. El capitán es alemán; la tripulación, grecochipriota. Con nuevos propietarios, ahora pertenece a una compañía naviera con sede en Luxemburgo.

«Del Gobierno libio», se dijo McCready. Se trataría de una estratagema de lo más simple. Salir de aguas del Mediterráneo como el *Regina VI*, borrar la I en medio del Atlántico para pintarla delante de la V y seguir navegando como el *Regina IV*. Con idéntica facilidad se cambiaban el nombre en los documentos del barco. Los agentes de aduanas recibirían en Bremerhaven al, desde todo punto de vista, respetable *Regina IV* con un cargamento de maquinaria de oficina y una carga global de mercancías procedente de Canadá. ¿Y quién se molestaría en comprobar que el *Regina IV* se encontraba realmente frente a las costas de Venezuela?

Al amanecer del tercer día, el capitán Holst miró a través de los cristales de las ventanas frontales del puente de mando y se quedó contemplando el mar débilmente iluminado. No había lugar a dudas, frente a él había visto el fuerte resplandor de una llamarada que se elevó del cielo, pareció flotar durante unos instantes en el aire y cayó al agua de nuevo. Rojo oscuro. Una bengala de señales. Entrecerró los ojos, trató de atisbar en la semipenumbra y pudo distinguir algo que se movía frente a proa, a una milla de distancia o dos; eran los fulgores rojizos y amarillentos de las llamas. Ordenó a la sala de máquinas que

redujesen la velocidad, cogió el microteléfono y llamó a uno de sus pasajeros, a quien hizo saltar de su litera. No pasó ni siquiera un minuto antes de que el hombre se presentase ante él.

El capitán Holst se limitó a señalar en silencio hacia la parte de proa. Enfrente de ellos, por las tranquilas aguas, navegaba un pesquero a motor, de cuarenta pies de eslora, dando bandazos y haciendo eses como un borracho. Estaba claro que había sufrido una explosión en la sala de máquinas. Una columna de humo negro se alzaba de su cubierta, iluminada por la refulgente danza de las rojizas llamaradas. La borda se veía calcinada y ennegrecida.

—¿Dónde estamos? —preguntó Stephen Johnson.

—En el mar del Norte, entre Yorkshire y la costa alemana —contestó Holst.

Johnson cogió los prismáticos del capitán y enfocó la pequeña embarcación pesquera. Leyó el nombre que llevaba en la proa: *Fair Maid*.

—Tenemos que detenernos y socorrerlos —dijo Holst en inglés—. Es la ley del mar.

El capitán no sabía con exactitud en qué consistía la carga que transportaban, y tampoco quería saberlo. Sus contratistas le habían impartido las órdenes, acompañándolas de una gratificación tan elevada que casi rayaba en la extravagancia. También se habían preocupado de atender a su tripulación... económicamente. El cargamento de aceitunas chipriotas fue embarcado en el puerto de Pafos, con todos los documentos en orden. Luego atracaron durante dos días en Sirte, en la costa libia, y, durante aquella escala, descargaron parte de la mercancía y la cargaron de nuevo. Parecía la misma. Pero sospechaba que, a partir de ese momento, llevaba un cargamento ilegal a bordo; sin embargo, no pudo enterarse de qué era, ni tampoco lo intentó. La prueba de que ese cargamento debía de ser extremadamente peligroso se la daban los seis extraños pasajeros que lo acompañaban: dos de ellos habían embarcado en Chipre, los cuatro restantes, en Sirte. Así como también lo probaba el hecho de que hubieran cambiado el número del barco en cuanto dejaron atrás las Columnas de Hércules. Esperaba haberse desembarazado ya de todo eso al cabo de doce horas. Entonces volvería a hacer la travesía por el mar del Norte, esta vez de regreso, convertiría de nuevo su barco en el *Regina VI*, cuando alcanzase las aguas del océano, y

regresaría a su puerto de partida, a Limassol, convertido en un hombre mucho más rico.

Y se retiraría. Esos años de ir de un lado a otro, transportando hombres y mercancías a las costas occidentales del continente africano, soportando las extrañas órdenes que ahora le daban sus nuevos amos, los de la compañía naviera de Luxemburgo, se convertirían en cosa del pasado. Se jubilaría a sus cincuenta años de edad y tendría el dinero suficiente para que él y su esposa griega María pudieran abrir un pequeño restaurante en alguna de las islas del mar Egeo, donde vivirían en paz el resto de sus días.

Johnson le miró con expresión de duda.

—No podemos detenernos —dijo.

—Tenemos que hacerlo.

La luz aumentaba en intensidad. Ahora pudieron ver la figura de un hombre, con el rostro tizado y ennegrecido, que salía del puente de mando del pesquero. El hombre se acercó hasta el castillo de proa, se tambaleó, en un intento de hacerles señas, pero se desplomó sobre cubierta donde quedó tendido de bruces.

Otro oficial del IRA se había situado detrás de Holst.

Éste sintió el cañón de una pistola contra sus costillas.

—Pasa de largo —le ordenó, terminante, una voz.

El capitán Holst no pasó por alto la pistola, pero se volvió para mirar a Johnson.

—Si hacemos eso, y luego son rescatados por otro barco, algo que ocurrirá tarde o temprano, nos denunciarán. Entonces nos detendrán para preguntarnos por las razones de nuestro peculiar comportamiento.

Johnson asintió con la cabeza.

—En ese caso pásales por encima —ordenó el hombre que empuñaba la pistola—. No vamos a detenernos.

—También podemos socorrerles y alertar a los guardacostas alemanes —replicó Holst—. Nadie subirá a bordo. Cuando las lanchas alemanas aparezcan, nos iremos. Nos darán las gracias y no pensarán más en el asunto.

Johnson había quedado persuadido. Hizo un gesto de asentimiento.

—Retira esa pistola —dijo.

El capitán Holst accionó la palanca de velocidades, y metió la marcha atrás de inmediato; el *Regina* aminoró su avance poco a poco. Tras impartir algunas órdenes en griego a su timonel, Holst salió del puente de mando y bajó a cubierta antes de

dirigirse al castillo de proa. Desde arriba contempló el pesquero que se aproximaba y luego hizo una señal con la mano al timonel. Éste puso el navío a media máquina y la proa del *Regina* se acercó lentamente al pesquero accidentado.

—¡Ah del barco! —llamó Holst, observando desde lo alto cómo se les iba acercando el *Fair Maid*.

El hombre que yacía sobre cubierta trató de incorporarse, pero se desplomó de nuevo. El pesquero se deslizó a todo lo largo de uno de los costados del *Regina* hasta que quedó junto a la parte de la borda en que la cubierta está más cerca de la superficie del agua. Holst se dirigió hacia allí y vociferó una orden en griego a uno de sus marineros para que lanzase un cable a la cubierta del *Fair Maid*. No hubo necesidad de hacerlo.

En el momento que el pesquero quedó situado al costado del *Regina*, el hombre que yacía sobre cubierta se levantó de un brinco y, con una agilidad sorprendente en alguien que estaba tan gravemente herido, lanzó un gancho atado a una soga por encima de la barandilla del *Regina* y sujetó luego el extremo libre, sujetándolo a toda prisa a una cornamusa de la proa del *Fair Maid*. Un segundo hombre salió corriendo de la cabina y lanzó un cable a popa. El *Fair Maid* había comenzado el abordaje.

Cuatro hombres más salieron disparados de la cabina, se encaramaron de un salto al techo de la misma y, desde allí, alcanzaron el *Regina*, saltando por encima de la barandilla. Todo sucedió a tal velocidad y con tan endiablada coordinación, que al capitán Holst tan sólo le dio tiempo de gritar:

—¿*Was zum Teufel ist denn das?*

Todos los hombres llevaban ropas idénticas: mono negro, botas con suela de goma y gorro de lana negro. Negros también eran sus rostros, pero no a causa del hollín, sino porque se habían pintarrajeado las caras con betún. Un puño de hierro se hundió en el plexo solar del capitán Holst, el cual cayó de rodillas al suelo. Más tarde diría que jamás había visto antes en acción a los hombres del Escuadrón Especial de la Marina, el equivalente en la mar de las Fuerzas Aéreas Especiales, la SAS, y que no quería volverlos a ver en acción nunca.

En esos momentos, sobre cubierta había cuatro marineros chipriotas. Uno de los hombres de negro les gritó una orden en griego, y los cuatro se apresuraron a obedecer. Se tiraron cuan largos eran sobre cubierta, de bruces, y en esa postura permanecieron inmóviles. No ocurrió lo mismo con los cuatro terroristas del IRA, que salieron en esos instantes corriendo por

una de las puertas laterales de la superestructura de la nave. Todos llevaban pistola.

Dos tuvieron el suficiente sentido común como para darse cuenta de que un arma como las que llevaban ellos representa una garantía muy pobre cuando uno se enfrenta a un fusil automático ametrallador «Heckler and Koch MP-5», así que arrojaron sus armas y levantaron las manos. Dos trataron de usar sus pistolas. Uno de ellos tuvo suerte, recibió el impacto de la corta ráfaga en las piernas, logró salvarse y se pasó el resto de su vida en una silla de ruedas. El cuarto no le ocurrió lo mismo y se encontró con cuatro proyectiles en el pecho.

Seis hombres vestidos de negro se movían por la cubierta del *Regina*. El tercero en abordar el barco había sido Rowse. Subió corriendo por la escalerilla hasta el puente de mando. Cuando llegó a la cabina del timón, Stephen Johnson salía de ella. Al ver a Rowse, alzó las manos.

—¡No dispaes, loco de mierda! ¡Me rindo! —gritó.

Rowse se colocó a su lado con el cañón de su fusil ametrallador, le señaló hacia la escalerilla.

—¡Abajo! —le ordenó.

El anciano militante del IRA comenzó a descender hacia la cubierta principal. Hubo un movimiento detrás de Rowse, alguien que salía por la puerta de la cabina del timón. Rowse, que lo había advertido, se volvió y percibió el chasquido de un disparo. La bala le rasgó la tela del mono a la altura del hombro. No tenía tiempo para detenerse o para gritar. Disparó a bocajarro, tal como le habían enseñado, una doble ráfaga rápida, y, luego, otras dos ráfagas de proyectiles de nueve milímetros en menos de medio segundo.

Tuvo la fugaz imagen de una figura, en el umbral de la puerta, que recibía las descargas del arma en pleno pecho, era arrojada hacia atrás contra la pared de la cabina, para ser despedida de nuevo hacia delante precipitándose al suelo, y advirtió los rápidos destellos de una cabellera tan rubia como el trigo. Luego la contempló tendida sobre las tablas, ya muerta, con un hilillo de sangre brotándole por la comisura de esos labios que él tanto había besado.

—Bien, bien —dijo una voz a sus espaldas—. Monica Browne. Con «e» al final.

Rowse se dio media vuelta.

—¡Hijo de puta! —dijo, pronunciando las palabras lentamente—. Lo sabías, ¿no es cierto?

—No lo sabía, pero lo sospechaba —replicó McCready.

Con ropa de civil y caminando con mayor compostura que los demás, *el Manipulador* había pasado del pesquero al *Regina* una vez terminado el tiroteo.

—Has de comprender, Tom, que necesitábamos comprobar su identidad tras haberse puesto en contacto contigo. Es, en efecto..., bueno, era Monica Browne, pero nacida y criada en Dublín. Su primer marido, cuando ella tenía veinte años, la llevó a Kentucky, hace unos ocho años. Después de divorciarse se casó con el comandante Eric Browne, mucho mayor que ella, pero hombre rico y cuya gran devoción por el alcohol contribuyó, sin duda alguna, a que no abrigase ni la menor sospecha sobre la fanática entrega de su joven esposa a la causa del IRA. Y, sí, era cierto que se dedicaba a la cría de caballos en una finca, pero no en Ashford, localidad del Condado de Kent, en Inglaterra, sino en la villa de Ashford en el Condado de Wicklow, en Irlanda.

El comando se dedicó durante dos horas a «barrer la zona». El capitán Holst se desvivió por colaborar en todo lo que pudo. Les reveló que se había efectuado un trasbordo de mercancía en alta mar, unos embalajes de madera que fueron a parar a un pesquero procedente del cabo Finisterre. Les dio el nombre de la embarcación, y McCready pasó esa información a Londres para que ellos se la transmitieran a las autoridades españolas. Estas no tardarían mucho en apoderarse de las armas destinadas a ETA mientras todavía se encontraban a bordo de la trainera; lo que para el SIS británico, era una forma de agradecer a sus colegas españoles la ayuda que les habían prestado en el asunto de Gibraltar.

El capitán Holst también se mostró dispuesto a admitir que su embarcación navegaba por aguas jurisdiccionales británicas en el momento del abordaje. Después de esto, el asunto pasaría a manos de abogados ingleses, ya que era de la incumbencia de Gran Bretaña. McCready no tenía ningunas ganas de enviar a Bélgica a los terroristas del IRA, para que allí fuesen liberados, como había ocurrido en el caso del padre Ryan.

Los dos cadáveres fueron trasladados a la cubierta principal, donde los colocaron uno al lado del otro, cubiertos por sábanas sacadas de los camarotes. Ayudados por la tripulación chipriota, sacaron los fardos de la bodega y procedieron al registro de la mercancía. Los hombres del comando del Escuadrón Especial de la Armada se encargaron de ese trabajo. Después de dos horas, el teniente que estaba al mando de la operación se presentaba ante McCready para rendirle informe.

—Nada, señor.

—¿Qué quiere decir con *nada*?

—Una gran cantidad de aceitunas, señor.

—¿Sólo aceitunas?

—Y unos embalajes marcados como maquinaria de oficina.

—¿Y qué contienen?

—Maquinaria de oficina, señor. Y además hay tres sementales. Están de lo más trastornados, señor.

—No creo que esos caballos estén más confusos que yo —replicó McCready enfurecido—. ¡Enséñemelo!

El teniente lo acompañó en una vuelta de inspección por las cuatro bodegas del barco. En una de ellas, copiadoras y máquinas de escribir japonesas se veían a través de los huecos dejados por las tablas arrancadas. En otras dos, montones de aceitunas chipriotas salían por los agujeros de los fardos abiertos. Los hombres del comando especial no habían dejado ni un solo fardo incólume. En la cuarta bodega iban tres sólidos furgones para el transporte de caballos. En cada uno de ellos, un semental relinchaba y se espantaba de miedo.

McCready percibió una sensación extraña en la boca de su estómago, la angustiada sensación que le martiriza a uno cuando advierte que ha sido engañado al elegir un modo de actuar erróneo, por lo que, sin quererlo, se armará la de San Quintín. Un joven del Escuadrón Especial de la Marina se encontraba con ellos en la bodega donde iban los caballos. Parecía saber mucho de animales; les habló con voz serena y logró calmarlos.

—¿Señor? —preguntó.

—¿Sí?

—¿Por qué han sido embarcados?

—¡Oh! Son caballos árabes. De purasangre, destinados a sementales en una granja.

—Se equivoca señor —replicó el joven soldado—. Éstos son caballos de silla, quizá de una escuela de equitación. Sementales, pero de silla.

La búsqueda terminó cuando las primeras planchas fueron arrancadas de las paredes interiores del primer furgón que se desmanteló. Entre las planchas interiores y exteriores de aquéllos, construidos con gran habilidad, quedaba un espacio de algo más de treinta centímetros de ancho. Cuando las planchas fueron arrancadas, los hombres que supervisaban la operación pudieron ver los bultos apilados del explosivo «Semtex-H», las filas apretadas de los lanzacohetes del tipo «RPG-7» y las

hileras de misiles portátiles tierra-aire. En los otros furgones de los caballos irían los fusiles automáticos de tipo pesado junto con municiones, granadas, minas y morteros.

—Me parece que ya podemos dar aviso a la Armada — comentó McCready.

Abandonaron las bodegas y subieron a cubierta, sintiendo el calor de los rayos solares mañaneros. La Armada se haría cargo del *Regina* y lo remolcaría hasta Harwich. Allí lo desmantelarían pieza por pieza, y sus tripulantes y pasajeros serían conducidos a prisión.

El *Fair Maid* tuvo que ser bombeado para reparar los destrozos causados por los trucos de efectos especiales. Las granadas de humo, que le habían dado la apariencia de estarse consumiendo por el fuego, habían sido arrojadas al mar.

El hombre del IRA con las rodillas destrozadas, a quien los soldados del comando habían aplicado un par de torniquetes para cortarle la hemorragia, apretándoselos de forma algo ruda, pero no por ello menos hábil, estaba sentado en el suelo, con el rostro ceniciento y la espalda apoyada contra un mamparo, esperando que le socorriera el comandante cirujano de la Armada, que acudía en la fragata que se encontraba a sólo media milla de distancia. Los otros dos habían sido esposados a un candelero en uno de los extremos de la cubierta principal, y McCready se había guardado las llaves de las esposas en un bolsillo.

El capitán Holst y los hombres de su tripulación habían descendido a toda prisa a una de las bodegas del barco —no a la que contenía las armas— y allí iban sentados entre los fardos de aceitunas, esperando a que los efectivos de las fuerzas navales viniesen a echarles una escalerilla.

Stephen Johnson había sido encerrado con llave en su camarote, debajo de la cubierta principal.

Una vez que hubieron terminado sus diligencias, los cinco hombres del Escuadrón Especial de la Armada saltaron al techo de la cabina del *Fair Maid* y desaparecieron en el interior del pesquero. Los motores se pusieron en marcha. Dos miembros del comando aparecieron de nuevo en cubierta y soltaron amarras. El teniente agitó la mano, despidiéndose de McCready, y el pesquero reanudó su travesía. En él se iban los guerreros ocultos; ya habían realizado su misión; no tenían ninguna necesidad de quedarse esperando.

Tom Rowse permaneció sentado, con la cabeza gacha y la espalda apoyada contra la brazola de la escotilla de una de las

bodegas, junto al yacente cuerpo de Monica Browne. Por el otro lado del *Regina* se acercaba ya la fragata de guerra, mientras unos marineros echaban las amarras y los primeros infantes encargados del abordaje saltaban a bordo. Los hombres conferenciaron con McCready.

Un soplo de viento levantó por un extremo la parte de la sábana que cubría el rostro del cadáver. Rowse se quedó mirando con fijeza las bellas facciones de aquel rostro que tanta paz irradiaba en la muerte. La brisa desparramó sobre la cubierta algunos mechones de su dorada cabellera. Rowse los recogió para colocarlos a su sitio. Alguien se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

—Ya ha terminado, Tom. No podías saberlo. No debes martirizarte. Ella lo quería así.

—Si yo hubiese sabido que era ella, no la hubiera matado — dijo Rowse compungido.

—En ese caso, ella te habría matado. Pertenecía a esa clase de personas que no retroceden ante nada.

Dos infantes de Marina rodearon a los hombres del IRA y los condujeron a la fragata. Dos ordenanzas, bajo la supervisión del cirujano, levantaron al herido, lo colocaron sobre una camilla y se lo llevaron.

—¿Y qué sucederá ahora? —preguntó Rowse.

McCready contempló el mar y el cielo y lanzó un suspiro.

—Pues ahora, Tom, los hombres de leyes se encargarán de todo. Los abogados y los jueces siempre acaban por hacerse cargo de estos asuntos, reduciendo todo lo que suponga vida y muerte, pasión y codicia, valor y cobardía, placer y gloria, a los fríos términos de la jerga vernácula de su oficio.

—¿Y tú?

—¿Yo? Volveré a la Century House y reanudaré mis tareas. Y por las tardes regresaré a mi pequeño apartamento para escuchar música y comer mis judías cocidas. Y tú regresarás con Nikki, querido amigo, y le darás un abrazo muy fuerte. Después te dedicarás a escribir tus libros y te olvidarás de todo esto. Hamburgo, Viena, Malta, Trípoli, Chipre.... olvídale todo. Ya ha pasado.

—¿Vendrán por mí?

—No lo creo. Nuestros muchachos se encargarán de «limpiar» tu teléfono y de registrar tu casa por si hay más micrófonos ocultos. Pero no olvides que al-Mansur es un profesional. Hará lo que yo mismo haría en su caso: olvidarme del asunto, borrón y cuenta nueva. Una operación más que

estuvo a punto de salirle bien. Empezará otra. Y quizá la próxima vez logre sus propósitos y tengamos por toda Inglaterra un montón de bombas colocadas por los del IRA. Pero, a ti, no te pondrán ninguna. Tú estás ya fuera de todo esto.

En esos momentos, dos infantes de Marina pasaron por su lado conduciendo a Stephen Johnson. El anciano se detuvo para mirar a los dos británicos. Su acento fue tan áspero como el brezo silvestre que crece en las costas occidentales de Irlanda.

—Nuestro día llegará —dijo.

Era el lema del IRA Provisional.

McCready se le quedó mirando y sacudió la cabeza con un gesto de duda.

—Pues no, Mr. Johnson, hace tiempo que sus días han pasado ya.

Dos ordenanzas recogieron el cadáver del terrorista del IRA, lo pusieron en una camilla y se lo llevaron.

—¿Por qué lo hizo, Sam? ¿Por qué demonios tenía ella que hacer eso? —preguntó Rowse.

McCready se inclinó sobre el cadáver de Monica Browne y volvió a cubrirle el rostro con la sábana. Los ordenanzas regresaban para llevársela.

—Porque creía en algo, Tom. En algo falso, por supuesto. Pero ella creía en algo.

McCready se puso de pie y ayudó a Rowse a levantarse.

—Ven, viejo amigo, volvamos a casa. Deja ya las cosas como están, Tom. Déjalas como están. La chica siguió su camino, Tom, el que ella quería seguir, por voluntad propia. Y ahora no es más que otro de los tantos desastres de la guerra. Al igual que tú, Tom; al igual que todos nosotros.

INTERLUDIO

Fue un jueves cuando la junta reanudó su cuarto día de sesiones, precisamente el día que Timothy Edwards había elegido para que fuese el último. Antes de que Denis Gaunt pudiera hacer uso de la palabra, Edwards decidió adelantársele.

Se había percatado de que sus dos compañeros, los que compartían con él la mesa que presidía, el superintendente de Operaciones Locales y el superintendente para Asuntos del Hemisferio Occidental, habían dado muestras de una cierta blandura en sus actitudes, y parecían dispuestos a hacer una excepción en el caso de McCready y a conservarlo en su puesto aunque necesitaran apelar a cualquier ardid.

Pero eso precisamente no entraba en los planes de Edwards. A diferencia de los demás, él sabía que detrás de la decisión de sentar un precedente ejemplar con la jubilación anticipada del *Manipulador* estaba la instigación del secretario permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores, un hombre que un buen día se reuniría en conclave junto con otros cuatro más y decidiría la identidad del próximo jefe del Servicio Secreto de Inteligencia británico. Sería de idiotas querer oponerse a un hombre así.

—Denis, todos hemos estado siguiendo con gran interés tus rememoraciones de los grandes y muchos servicios prestados por Sam, y lo cierto es que ahora tenemos que prepararnos para afrontar los cambios que se están produciendo en la década de los noventa, un período en el cual ciertas..., ¿cómo podría expresar...?, ciertas medidas activas, con las que se violaban a toda costa los procedimientos aceptados a nivel universal, ya no tendrán lugar en nuestro mundo. ¿Tengo que recordarte acaso la gran trifulca que nuestro querido Sam ocasionó con su forma de actuar cuando estuvo en el Caribe durante el pasado invierno?

—En lo más mínimo, Timothy —replicó Gaunt—. Precisamente estaba pensando en recordar yo mismo aquel episodio, como mi alegato de última instancia en defensa de los valiosos y continuados servicios que Sam ha prestado, y presta, a la Firma.

—Pues hazlo entonces —le animó Edwards, consciente de que ése sería el último alegato que debería escuchar antes de proceder a comunicar su irrevocable sentencia sobre el caso.

Además, se decía para sus adentros, eso, sin duda alguna, contribuiría a que sus dos colegas acabaran por aceptar su punto de vista de que las acciones de McCready habían sido más propias de un *cowboy* que de un representante de la voluntad de su Graciosa Majestad. Había sido algo muy divertido para los muchachos el poder recibir a Sam con una explosión de aplausos cuando éste hizo su aparición en la cantina de la Century House, a su regreso del Caribe justo la víspera del día de Año Nuevo. Pero tuvo que recaer en él, en Edwards, que se había visto obligado a interrumpir sus fiestas, la delicada misión de aplacar los exaltados ánimos de Scotland Yard, del Ministerio del Interior y del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Denis Gaunt se levantó de mala gana, se dirigió a regañadientes hasta la mesa del secretario del Departamento de Archivos y cogió la carpeta correspondiente al caso mencionado por Edwards. Pese a lo que había dicho, aquel asunto del Caribe era uno de los casos que más le hubiera gustado evitar. A pesar de la profunda admiración que sentía por el jefe de su departamento, era consciente de que Sam había actuado por su cuenta en aquella oportunidad.

Aún recordaba demasiado bien los memorandos que llegaron sin cesar a la Century House, ya en los primeros días del año, y aquella larga reunión a puerta cerrada que McCready hubo de mantener con el Jefe, cuando éste le convocó a toda prisa a mediados de enero.

El nuevo jefe del SIS británico se había hecho cargo de sus funciones tan sólo dos semanas antes, y el regalo de Año Nuevo que había recibido fue un montón de documentos que se acumularon sobre su escritorio, en los que se daban pormenores de las proezas realizadas en el Caribe por Sam. Por fortuna, Sir Mark y *el Manipulador* tenían a sus espaldas un largo camino recorrido en común, por lo que, después de la exhibición oficial de fuegos artificiales y de los aspavientos de rigor, el Jefe ordenó traer una caja de cervezas, de la marca preferida por McCready, brindó con él por el nuevo año y le prometió que no se tomaría ninguna medida disciplinaria.

Gaunt había creído, erróneamente, que el Jefe se había estado reservando su venganza, en espera de la llegada del verano para despedirlo. No tenía ni idea acerca de las altas instancias en las que la orden se había fraguado.

McCready sí lo sabía. No había tenido necesidad alguna de que se lo contaran, como tampoco había necesitado pruebas para llegar a esa conclusión. Sin embargo, conocía muy bien a su jefe. Al igual que cualquier buen alto oficial de mando, Sir Mark no tendría pelos en la lengua para decir a la cara lo que alguien había hecho mal, censurarlo si sentía que el otro se lo merecía o incluso para expulsarlo del cuerpo si las cosas habían ido demasiados lejos. Pero todo eso lo haría personalmente. En caso contrario, lucharía como un gato panza arriba para defender a sus hombres contra cualquier injerencia de extraños. Así que aquel asunto tenía que provenir de esferas más altas, que habrían pasado incluso por encima del propio Jefe.

Cuando Denis Gaunt regresaba a su asiento con la carpeta en las manos, Timothy Edwards, cuya mirada se había cruzado con la de McCready, dirigió una sonrisa al *Manipulador*.

«Representas una maldita amenaza real, Sam —pensó—. Eres brillante y tienes talento, pero ya no sirves para nada. Es una lástima, la verdad. Si hubieses dado muestras de arrepentimiento y te hubieras sometido a las reglas establecidas, aún podría haber un puesto para ti en esta casa. Pero ya no. No después de haber logrado irritar a personas como Robert Inglis, y tú lo has hecho. El mundo de la década de los noventa será bien distinto del actual, será mi mundo; un mundo para gente como yo. Dentro de tres años, quizá cuatro, me habré convertido en el jefe de la Firma, y en ella no habrá sitio para personas como tú, bajo ningún concepto. Es mejor que te vayas ahora, Sam, hombre del pasado. Así dispondremos de un grupo completamente nuevo de oficiales, de jóvenes agentes con talento, que harán lo que se les ordene, serán respetuosos con las leyes y no se dedicarán a irritar a sus superiores.»

Sam McCready le devolvió la sonrisa.

«Eres un mierdoso hijo de puta, Timothy, un pobre cretino —dijo McCready para sí—. Piensas que hacer acopio de información secreta consiste en celebrar reuniones para analizar los datos de los ordenadores y en lamerle el culo a los de Langley para que te pasen unas cuantas migajas de la información que obtienen con sus satélites espías. Todo es perfecto. Todo está muy bien, el sistema de Inteligencia de señales estadounidense y su *non plus ultra*, la Inteligencia electrónica. La mejor del mundo, pues ellos poseen la tecnología, con sus satélites y sus aparatos de escucha. Pero

todo eso también puede conducir a engaño, mi querido Timothy, pobre iluso.

»Hay una cosa llamada *maskirovka*, de la que no creo que hayas oído hablar. Es un invento ruso, Timothy; se trata del arte de construir aeropuertos falsos, hangares y puentes que no existen, divisiones enteras de tanques, contruidos con delgadas láminas y planchas de madera prensada, y todo eso puede engañar a los grandes pájaros de Estados Unidos. Por eso, en muchas ocasiones no hay más remedio que poner los pies en el suelo y rastrear el terreno, más de una vez se hace necesario introducir un agente dentro de las filas enemigas, reclutar a los descontentos, emplear a los renegados *in situ*... Nunca has sido un agente de campo, no sirves para eso, pese a tus corbatas con los distintivos de clubes exquisitos y a la aristócrata de tu mujer. En menos de dos semanas, los de la KGB utilizarían tus cojones en vez de aceitunas para ponérselos en el combinado.»

Gaunt había comenzado su última defensa. Trató de justificar lo ocurrido en el Caribe, empeñado en no perderse las simpatías de los dos superintendentes, los cuales parecían haberse mostrado inclinados la noche anterior a cambiar de opinión y a recomendar un aplazamiento del caso. McCready miraba a través de la ventana.

Las cosas habían cambiado, desde luego, pero no en la forma en que Timothy Edwards se pensaba. El mundo, a consecuencia de la guerra fría, se había vuelto loco; los gritos vendrían después.

En Rusia, la abundante cosecha que había podido tener ese año seguía secándose en los campos por falta de maquinaria, y en otoño se habría podrido en los vagones por falta de locomotoras para moverlos. El hambre haría estragos en diciembre, quizás en enero, empujando de nuevo a Gorbachov a los brazos de la KGB y del alto mando militar, los cuales le pasarían la factura, imponiéndole su precio exacto, por las herejías cometidas durante ese verano de 1990. El año 1991 no tendría en modo alguno nada de gracioso.

El Oriente Medio no era más que un polvorín a punto de estallar, y el Servicio de Inteligencia mejor informado de toda esa región, el Mossad israelí, estaba siendo tratado como un paria por Washington, con el beneplácito de personas como Timothy Edwards. McCready dio un suspiro. A fin de cuentas, quizá la solución a esos problemas estuviera en una barquita de pesca, en las costas de Devon.

—Todo aquello comenzó, en realidad —dijo Gaunt, mientras abría la carpeta que tenía ante él—, en una pequeña isla al norte del Caribe en los primeros días de diciembre.

McCready se vio inmerso de nuevo en las realidades de la Century House. «Ay, sí, el Caribe —pensó—, ese maldito Caribe.»

UN PEQUEÑO RAYO DE SOL

CAPÍTULO PRIMERO

La *Gulf Lady* volvía a casa surcando las brillantes aguas del reluciente mar cuando sólo faltaba una hora para que el sol desapareciese en el horizonte. Julio Gómez iba sentado a proa, con sus amplias nalgas posadas en el techo de la cabina y sus pies calzados con mocasines descansando sobre la cubierta, contento y satisfecho de sí mismo, mientras se fumaba uno de sus cigarros puros puertorriqueños y exhalaba los hediondos aromas del humo por encima de las impasibles aguas del Caribe.

En esos momentos era un hombre por completo feliz. Detrás de él, a diez millas de distancia, quedaban los arrecifes que formaban el banco de la Gran Bahama al penetrar en el canal de Santaren, allí donde el martín pescador nadaba junto al peto, y el atún daba caza al bonito, el cual, a su vez, cazaba al escribano y donde, en ocasiones, todos eran perseguidos por el pez vela y por el gran pez espada.

En la popa, sobre la cubierta de la barca de pesca, en un viejo cesto desvencijado, yacían dos finos dorados, uno para él y otro para el patrón de turno, que en esos momentos empuñaba la caña del timón y gobernaba su embarcación alquilada, poniendo rumbo hacia Port Plaisance.

No se trataba de que esos dos peces fuesen el resultado de toda una jornada de pesca; también había habido un magnífico pez espada, capturado y devuelto a las aguas del océano, así como un bonito pequeño, que había sido despedazado y usado como carnada para los peces, amén de un atún de aletas amarillas, cuyo peso había sido estimado en unos treinta y cinco kilos, pero que se había sumergido a tal profundidad y tirado con tal violencia del hilo, que no había tenido más remedio que cortarlo, si no quería ver cómo se desgarraba ante sus ojos el

carrete de su caña de pescar; y también habían picado dos seriólas, cada una de las cuales le obligó a luchar durante más de media hora. Había devuelto todos aquellos peces al mar, quedándose sólo con los dos dorados, ya que éstos tienen la carne más fina de todos los peces comestibles de los trópicos.

A Julio Gómez no le gustaba matar; lo que le impulsaba a realizar su peregrinaje anual a esas aguas era la emoción que le embargaba cuando oía el silbido del carrete y veía el hilo desplazándose a gran velocidad; también el sentir la tensión de la caña doblada, y, además, la gran excitación que se apoderaba de él durante la contienda entre el hombre que vivía sobre la tierra y el poderoso monstruo de los mares, que se debatía tras haberse tragado el anzuelo. Se podía decir que había pasado un día maravilloso.

A lo lejos, a su izquierda, allá donde las Dry Tortugas quedaban ocultas en el occidente bajo la línea del horizonte, la gran bola roja del sol se disponía a unirse con el mar, renunciando así a su calor abrasador y concediendo el alivio que traerían las frescas brisas del atardecer y los vientos de la noche que se aproximaba.

Frente a la *Gulf Lady*, a unas tres millas de distancia, se extendía la isla sobre las aguas del mar. Llegarían a puerto al cabo de veinte minutos. Gómez tiró por la borda la colilla de su cigarro, que se quedó flotando en las aguas tras haberse apagado con un breve chisporroteo, se puso crema en los antebrazos y se la extendió. Pese a que era de fuerte constitución y a que tenía la piel aceitunada, siempre sentía la necesidad de aplicarse una buena capa de crema bronceadora cuando se disponía a regresar a su pensión. Jimmy Dobbs, el hombre que gobernaba el timón, no tenía esos problemas; isleño de nacimiento, nunca había salido del lugar y tenía una de esas pieles de un negro tan intenso como el ébano sobre las que el sol no causaba efecto alguno; era propietario de una pequeña embarcación de pesca que alquilaba a los turistas que visitaban la isla y querían pescar.

Julio Gómez encogió las piernas y saltó a popa desde el techo de la cabina.

—Me encargaré del timón, Jimmy —dijo—. Así tendrás tiempo para limpiar la barca.

Jimmy Dobbs le dirigió una sonrisa de oreja a oreja, le pasó la caña del timón, cogió un cubo y una escoba y se puso a limpiar la embarcación de escamas y fragmentos de tripas, que fue tirando por la borda. Como por arte de magia, un grupo de

golondrinas de mar, que no parecían venir de parte alguna, apareció de inmediato y se lanzaron a recoger los trocitos de carne que flotaban en la estela de la embarcación. Nada se desperdicia en el océano, nada que sea de origen orgánico.

Había, como es lógico, un gran número de embarcaciones de pesca, muchas de ellas modernas, que prestaban sus servicios en aguas del Caribe; barcas con mangueras a presión para limpiar la cubierta, bares bien provistos para preparar cualquier tipo de combinado, televisión e incluso vídeo y un buen surtido de películas; con sistemas de tecnología electrónica para detectar los bancos de peces y un instrumental de equipos de navegación tan completo como para poder dar la vuelta al mundo. La *Gulf Lady* no disponía de ninguna de esas cosas; era un triste conjunto de tablas destartadas, con un tingladillo de varas de retama blanca y un humeante motor Diesel marca «Perkins» que lo impulsaba, pero había visto a lo largo de su dilatada existencia más olas encrespadas que las que los atildados mozos de Florida Keys podrían registrar con sus radares. Tenía una pequeña cabina de popa, que no era más que una confusión de cañas y cuerdas malolientes en las que se había fijado el hedor a aceite y a pescado, un pequeño puente de popa, apuntalado con varas, y una silla, para el pescador, de fabricación casera y con cojines extras.

Jimmy Dobbs no disponía de sistemas electrónicos que le ahorrasen el trabajo de tener que encontrar su presa; él la sabía encontrar por sí mismo, siguiendo las enseñanzas que su padre le había impartido, con buen ojo para el más leve indicio de cambio en el color de las aguas, para apreciar esos rizos en la superficie que no tenían por qué estar allí, para captar la zambullida de una golondrina de mar a gran distancia, a mucha distancia; y con buen instinto para saber dónde se encontraban los peces esa semana y qué estaban comiendo. Pero el caso era que lograba dar con ellos, cada día de la semana. Por eso era por lo que Julio Gómez iba a pescar con él cada vez que tenía vacaciones.

La carencia total de refinamientos en la isla era algo que gustaba a Julio, así como la falta total de tecnología en la *Gulf Lady*. Pasaba la mayor parte de su vida profesional operando con la moderna tecnología estadounidense, bien introduciendo pregunta tras pregunta en el ordenador, bien conduciendo su flamante automóvil por el endemoniado tráfico de las calles céntricas de Miami. Para sus vacaciones deseaba el mar, y el sol y el viento; y, aparte de esas cosas, los peces, ya que Julio

Gómez tenía sólo dos pasiones en su vida: el trabajo y la pesca. Llevaba ya cinco días disfrutando de sus vacaciones y aún le quedaban otros dos por delante, el viernes y el sábado. El domingo tendría que tomar el avión de regreso a Florida para presentarse ante Eddie el lunes por la mañana y reanudar su trabajo. Julio Gómez dio un suspiro al recordarlo.

Jimmy Dobbs era también un hombre feliz. Se había pasado un buen día con su cliente y amigo, tenía unos cuantos dólares en el bolsillo, con los que pensaba comprar un vestido a su anciana esposa, y llevaba un exquisito pez, que daría una cena suculenta al matrimonio y a su numerosa prole. ¿Qué más, se decía, podía ofrecerle la vida?

Atracaron poco después de las cinco de la tarde en el viejo muelle de pescadores, cuyas maderas semiderruidas tendrían que haberse venido abajo desde hace muchos años, mas nunca acababan por caerse. El anterior gobernador de la isla había prometido pedir una subvención a Londres para construir uno nuevo, pero luego había sido sustituido por el gobernador actual, Sir Marston Moberley, un hombre que no sentía interés alguno por la pesca. Ni tampoco por los isleños, si se podía dar crédito a los rumores que circulaban por Shantytown, y lo cierto es que siempre se les podía dar crédito.

Se produjo la habitual aglomeración de chiquillos que acudían a ver qué tal se les había dado el día y si podían ayudar a desembarcar y transportar la pesca, se vieron rodeados por las burlas habituales, pronunciadas con ese acento cadencioso y ese sonsonete propios de los isleños, mientras preparaban la *Gulf Lady* para pasar la noche en paz.

—¿Estarás libre mañana, Jimmy? —preguntó Gómez.

—Claro que lo estaré. ¿Quiere salir de nuevo a pescar?

—Para eso estoy aquí. Te veré a las ocho.

Julio Gómez ofreció un dólar a un chico, como pago para que le llevase el pescado, y los dos se alejaron del muelle y se internaron por las lóbregas callejuelas de Port Plaisance. No tenían que ir muy lejos, ya que ninguna distancia era lejana en Port Plaisance. No se trataba de una gran ciudad, sino de una aldea en realidad.

Era ese tipo de ciudades que uno espera encontrar en casi todas las pequeñas islas del Caribe, un auténtico revoltijo de casas de madera principales, con las fachadas pintadas de brillantes colores, la techumbre compuesta de delgadas tablas de madera a guisa de tejas, y callejones entre ellas con conchas

machacadas por toda grava. A lo largo de la costa, frente al mar, alrededor del pequeño puerto bordeado por un malecón curvilíneo construido de bloques de coral, donde atracaban los barcos de carga que arribaban todas las semanas, se alzaban las más resplandecientes estructuras de los edificios importantes: el de la central de Aduanas, el del Tribunal de Justicia y el monumento conmemorativo a las hazañas bélicas. Todos habían sido construidos con bloques de coral, cortados y colocados hacía ya muchos años.

Más allá, en el centro de la ciudad, se encontraban la casa consistorial, una pequeña iglesia anglicana, la Comisaría y el hotel principal de la villa, el «Quarter Deck». Aparte los grandes almacenes situados en uno de los extremos del puerto, una edificación de hierro acanalado y de aspecto desagradable, casi todos los edificios eran de madera. También frente al mar, justo a las afueras de la villa, se alzaba la residencia del gobernador, la Government House, toda blanca rodeada por una valla, también blanca, con dos viejos cañones de la era napoleónica colocados frente a la fachada principal y un alto mástil para la bandera emplazado en el centro de un bien cuidado jardín en el que predominaba un verde y reluciente césped. Durante el día, el pabellón nacional británico ondeaba en lo alto del mástil de la bandera; pero en aquellos momentos, cuando Julio Gómez atravesaba la villa en dirección a la barraca de tablas en la que se hospedaba, el pendón estaba siendo recogido ceremoniosamente por un alguacil de la Policía, en presencia del ayudante de campo del gobernador.

Julio Gómez podría haberse alojado en el «Quarter Deck», sin embargo, prefería la atmósfera hogareña que reinaba en la pensión de Mrs. Macdonald. Ésta era viuda; sobre la cabeza lucía un espléndido tocado de cabellos encrespados y blancos como la nieve, de tan generosas proporciones como toda ella, y sabía preparar una exquisita sopa de mariscos, que estaba como para chuparse los dedos.

Se metió por la calle donde ella vivía, haciendo caso omiso de los chillones carteles de propaganda electoral que aparecían pegados por paredes y vallas, y vio a su anfitriona, atareada en barrer los peldaños de la escalera por la que se accedía a la puerta principal de su pulcra e inmaculada pensión, ritual este que repetía varias veces al día. Les saludó, a él y a su pescado, dirigiéndoles su habitual y radiante sonrisa.

—Mr. Gómez, ¿a dónde va con un pescado de apariencia tan deliciosa?

—Es para nuestra cena, Mrs. Macdonald, y confío en que haya más que suficiente para todos nosotros.

Gómez pagó lo prometido al chico, que salió corriendo con su recién encontrada fortuna, y se retiró a su habitación. Mrs. Macdonald se dirigió a su cocina para preparar el dorado a la plancha. Gómez se lavó, se afeitó y se cambió de ropa, poniéndose unos pantalones color crema y una camisa playera de manga corta y brillantes colorines. Llegó a la sabia conclusión de que podía sentarle bien una gran jarra de cerveza muy fría y salió de nuevo a las callejas de la localidad, encaminando sus pasos hacia el bar del «Hotel Quarter Deck».

Sólo eran poco más de las siete de la tarde, pero la noche había caído ya y la ciudad estaba a oscuras, con excepción de la parca claridad que se filtraba por algunas ventanas. Saliendo por una de las calles traseras, Gómez entró en la plaza del Parlamento, con su pulcro paseo rodeado de palmeras en el centro y tres de sus lados escoltados respectivamente por la iglesia anglicana, la Comisaría y el edificio del «Hotel Quarter Deck».

Pasó por delante de la Comisaría, todavía iluminada por la luz eléctrica que suministraba el generador municipal, cuyos zumbidos se oían hasta más allá de los muelles. Desde esa pequeña edificación de bloques de coral, el inspector jefe Brian Jones y sus fuerzas impecablemente uniformadas, compuestas por dos sargentos y ocho alguaciles, representaban la ley y el orden en una comunidad que gozaba del índice más bajo de criminalidad de todo el hemisferio occidental. Viviendo en Miami, Mr. Gómez no podía evitar el admirarse ante una sociedad que parecía no conocer las drogas, ni saber lo que eran las bandas de malhechores, ni los robos a mano armada, ni la prostitución, ni violaciones, con un solo Banco (en el que jamás se había producido atraco alguno) y una media docena de hurtos denunciados al año. Mr. Gómez dio un suspiro, pasó por delante de la oscura iglesia y se metió por el pórtico del «Quarter Deck».

El bar se hallaba a la izquierda. Tomó asiento en un taburete situado en una esquina, en el extremo más retirado de la barra, y pidió su gran jarra de cerveza muy fría. Aún tendría una hora por delante hasta que su pescado estuviera preparado, lo que le daría tiempo para tomar una segunda cerveza, que hiciese compañía a la primera. El bar se encontraba ya medio lleno, pues ese local era el aguadero favorito de la localidad para turistas y expatriados. Sam, el camarero, pulcramente vestido

con su habitual chaquetilla blanca, se encargaba de suministrar su batería nocturna de ponches de ron, cerveza, zumos, «Coca-Cola», *daiquiris* y combinados de soda para ayudar a hacer bajar los fieros trallazos de fuego de las copas de ron «Mount Gay».

Eran las ocho menos cinco cuando Mr. Gómez se metió la mano en el bolsillo y sacó un manojo de dólares para liquidar su cuenta. Al levantar la mirada, detuvo su acción en seco, se puso rígido y se quedó mirando con fijeza al hombre que acababa de entrar al bar y pedía una bebida al otro extremo de la barra. Al instante volvió a sentarse en su taburete, colocándose de tal modo que los cuerpos de los bebedores que estaban sentados junto a él lo cubrieran y le dejasen fuera del campo visual de aquel hombre. Apenas daba crédito a sus ojos, pero estaba seguro de no haberse equivocado. Es imposible pasarse cuatro días seguidos con sus cuatro noches sentado a una mesa frente a frente con una persona, mirando sus ojos y advirtiendo el odio y el desprecio que éstos destilaban, y luego olvidarse de aquel rostro como si no se hubiese visto nunca en la vida, aunque desde entonces hubieran transcurrido más de ocho años. Uno no se pasa cuatro días con sus cuatro noches intentando sacar aunque sea una sola palabra a un hombre para no conseguir nada de él en absoluto, ni siquiera su nombre, por lo que uno se ve obligado a ponerle un seudónimo con el fin de tener algo que poner en el expediente, y luego, pasado el tiempo, se olvida uno de aquel rostro.

Gómez hizo señas a Sam para que le llenase de nuevo la jarra, pagó sus tres cervezas y volvió a acurrucarse en su rincón, protegido por las sombras. Si ese hombre se encontraba en aquel lugar, debía de ser por alguna poderosa razón. Si se había registrado en el hotel, él se enteraría de su nombre. Estaba dispuesto a enterarse de ese nombre. Permaneció sentado en su rincón, a la espera y vigilante. A las nueve de la noche, el hombre, que había estado bebiendo solo, una copa de ron «Mount Gay» tras otra, se levantó y se fue. Apartándose de su rincón, Mr. Gómez salió tras él.

En la plaza del Parlamento, el hombre se montó en un jeep de fabricación japonesa, puso el motor en marcha y se alejó. Gómez miró desesperado a su alrededor. No disponía de ningún medio de transporte propio. Estacionada cerca de la entrada del hotel se encontraba una pequeña moto con las llaves, puestas.

Tambaleándose peligrosamente en sus intentos por conservar el equilibrio, Mr. Gómez comenzó a perseguir al jeep.

El vehículo salió del pueblo y se metió directamente por la carretera del litoral, la única que existía en la isla y por la que se podía bordear la costa. A todas las propiedades situadas en el montañoso interior se llegaba, invariablemente, por caminos de acceso particulares, unos senderos polvorientos que partían de la carretera de circunvalación de la costa y que se internaban hasta lo alto de las montañas. El jeep cruzó la otra comunidad residencial de la isla, una aldea conocida como Shantytown, y después pasó por delante del aeropuerto, cuya pista de aterrizaje era una simple franja de hierba.

El jeep siguió su marcha hasta que llegó a la parte opuesta de la isla. Allí, la carretera iba flanqueando la extensión de terreno de la bahía de Teach, llamada así en memoria de Edward Teach, conocido como *el pirata Barbanegra*, el cual, en cierta ocasión, había atracado en la isla para aprovisionarse de víveres. El jeep salió de la carretera de la costa y empezó a subir por un corto sendero, que terminaba frente a un par de puertas de hierro forjado, que protegían una ancha finca vallada. Si el conductor del jeep había advertido la luz del tambaleante faro de la motocicleta que le había estado siguiendo durante todo el camino desde la entrada al «Hotel Quarter Deck», lo cierto era que no dio muestras de ello. Sin embargo, debía de haberse dado cuenta, con toda seguridad. Detrás de la enorme puerta surgió un hombre de entre las sombras para abrir al conductor del jeep, pero éste aminoró la marcha y se detuvo, alzó un brazo por encima de su cabeza para coger algo en la barra de la estructura metálica del vehículo y desprendió de ella una potente linterna. Cuando Gómez pasó por delante de la entrada de la finca para dar la vuelta en aquel recodo del camino, el luminoso haz se deslizó por encima de su cabeza, se detuvo, regresó y le dio de lleno en el rostro, persiguiéndolo durante breves instantes, hasta que quedó fuera del campo de luz al seguir camino abajo.

Media hora después, Mr. Gómez dejó de nuevo la moto en el mismo lugar que ocupaba delante del hotel y se dirigió caminando hacia la casa en que se hospedaba. Iba sumido en profundos pensamientos y hondamente amargado. Había visto a quien había visto, y sabía que no estaba equivocado. Y además, sabía dónde vivía ese hombre. Pero el otro también le había visto. Tan sólo le quedaba rezar e implorar que, después de

ocho años, entre las tinieblas de una noche en el Caribe, lanzado a toda velocidad en una moto e iluminado durante unos pocos segundos, el otro no le hubiera reconocido.

Mrs. Macdonald estaba muy disgustada ante la desatención manifestada por su huésped al presentarse para la cena con casi dos horas de retraso, y así se lo hizo saber. De todos modos, le sirvió el dorado y se quedó contemplando a Mr. Gómez mientras éste comía sin apetito. Estaba perdido en sus pensamientos y se limitó a hacer cierta observación.

—¡Tonterías, hombre! —le reprendió la mujer—. Esa clase de cosas no ocurren en nuestra isla.

Julio Gómez se pasó la noche tumbado en vela dándole vueltas a lo que podía hacer. Cuánto tiempo se quedaría aquel hombre en la isla él no podía saberlo. Pero tenía la certeza de que la presencia de ese individuo allí era un asunto del que los británicos deberían de estar informados, en especial de su domicilio actual. ¿En verdad era aquello significativo? Podía ir a ver al gobernador, pero ¿qué podría hacer ese magistrado oficialmente? Lo más probable era que no hubiese ningún motivo para arrestar a ese hombre. No estaba en territorio de Estados Unidos. Tampoco Gómez creía que el inspector jefe Jones, con sus fuerzas de policía locales, pudiera tener más peso en el asunto que el gobernador. Éste necesitaría una orden de Londres, seguida de una requisitoria del *Tío Sam* en persona. Pensó en llamar por teléfono cuando amaneciera, pero en seguida descartó esa idea. Las comunicaciones telefónicas de la isla para el uso público consistían en una anticuada línea abierta que comunicaba con Nassau, desde donde pasaba a las Bahamas para llegar finalmente a Miami. Ni pensar en ello; tendría que regresar a Florida por la mañana.

Esa misma noche, un avión de las «Delta Airlines», procedente de Washington, aterrizaba en el aeropuerto de Miami. Entre sus pasajeros se encontraba un agotado funcionario público británico, cuyo pasaporte estaba expedido a nombre de Frank Dillon. Llevaba encima otros documentos personales, que no tenía la obligación de enseñar en la terminal de pasajeros de un vuelo nacional en territorio estadounidense, en los que se especificaba que era miembro del cuerpo diplomático de Ministerio de Asuntos Exteriores británico, también se rogaba en ellos a las personas que pudiera corresponder que le prestasen la mayor ayuda posible.

Pero ni su pasaporte, que no tuvo necesidad de enseñar, ni sus demás documentos revelaban su auténtico nombre: Sam McCready. Eso lo sabía sólo el reducido grupo de altos agentes de la CÍA en Langley, Virginia, en cuya compañía había pasado una semana muy ajetreada, asistiendo a un seminario sobre el papel que la comunidad internacional de los Servicios Secretos del mundo libre tendría que desempeñar en la década entrante de los noventa. Se había visto obligado a escuchar las interminables peroratas de una manada de catedráticos y de un variopinto grupo de otros académicos, ninguno de los cuales parecía mostrarse dispuesto a otorgar sus preferencias a un único y simple vocablo cuando podía apelar a diez términos tan oscuros como complicados.

Cuando salió de la terminal del aeropuerto, McCready llamó a un taxi y pidió al conductor que lo llevara al «Hotel Sonesta Beach», en Key Biscayne. Allí se registró y se agasajó a sí mismo con una exquisita cena a base de langosta antes de retirarse a su habitación, donde gozó de un largo y profundo sueño que nadie perturbó. Se disponía, o al menos era eso lo que tenía previsto, a pasarse unos siete días tostándose al sol junto a la piscina, devorando, una tras otra, varias novelas de espionaje ligeras, bebiendo *daiquiris* helados y apartando a veces la mirada para contemplar a alguna guapa chica de Florida que pasase por su lado. La Century House se encontraba a muchos miles de kilómetros de distancia y los asuntos del Departamento de Engaño, Ocultación y Operaciones Psicológicas quedaban en buenas manos a cargo de su delegado Denis Gaunt, que le había sido asignado hace poco. «Ya era hora — pensó cuando comenzaba a quedarse dormido—, de que *el Manipulador* se bronceara un poco al sol.»

La mañana del viernes, Mr. Julio Gómez pagó su cuenta a Mrs. Macdonald por la estancia en su casa, sin pedirle un descuento por los dos días que no se quedaría, y se despidió de ella entre grandes alabanzas. Hizo su equipaje y se encaminó hacia la plaza del Parlamento, donde cogió uno de los dos taxis de la localidad, pidiendo al conductor que lo llevase al aeropuerto.

Tenía billete para el domingo por la mañana en un vuelo regular de la «British West Indies Airlines», con destino Nassau y posibilidad de enlace para Miami. Pese a que la isla se encontraba más cerca de Miami, no había vuelos directos a esa ciudad; la única posibilidad era hacer escala en Nassau. Al no

haber ninguna agencia de viajes, las reservas había que hacerlas en la misma pista de aterrizaje, así que sólo le quedaba esperar que hubiera un vuelo de la «BWIA» la mañana del viernes. No advirtió que alguien lo vigilaba cuando subió al taxi en la parada de la plaza.

Al llegar a la pista de aterrizaje sufrió una desilusión. El edificio del aeropuerto, un simple cobertizo alargado en el que había un banco para que los pasajeros se sentaran a esperar y para de contar, no estaba cerrado, pero se encontraba prácticamente desierto. Uno de los agentes encargados del control de pasaportes, el único empleado que había en el aeropuerto, estaba sentado fuera del cobertizo, disfrutando de los rayos del sol mañanero mientras leía un ejemplar atrasado del *Miami Herald*, que alguien, quizás el mismo Gómez, se habría dejado olvidado allí.

—Pero hoy no, hombre —le respondió con amabilidad—, nunca los viernes.

Gómez se quedó contemplando el campo de hierba. Frente al único hangar metálico de que el aeropuerto disponía se encontraba un aeroplano «Navajo Chief», que estaba siendo revisado por un hombre blanco vestido con una camiseta y unos pantalones de drill. Gómez fue hacia él.

—¿Volará usted hoy? —le preguntó.

—Pues sí —respondió el piloto, un tipo norteamericano.

—¿Se puede alquilar?

—En modo alguno —contestó el piloto—. Es un avión privado. Pertenece a mi patrón.

—¿A dónde se dirige? —inquirió Gómez—. ¿A Nassau, por casualidad?

—Pues no. A Key West.

El corazón le dio un vuelco. Desde Key West podría coger uno de los numerosos vuelos regulares para Miami.

—¿Hay alguna posibilidad de que yo pueda hablar con su patrón?

—¿Con el señor Klinger? Estará aquí dentro de una hora.

—Le esperaré —dijo Gómez.

Encontró un lugar sombreado, junto a una de las paredes del hangar, y se sentó en el suelo. Alguien que permanecía oculto entre unos matorrales salió de su escondrijo, sacó una moto de entre la maleza y se alejó por la carretera de la costa.

Sir Marston Moberley echó una ojeada a su reloj de pulsera, se levantó de la mesa donde le habían servido el desayuno, en

el jardín vallado detrás de la Government House, y se dirigió hacia la escalinata que le conduciría a la terraza y luego a su despacho. Aquella tediosa delegación hacía rato que le esperaba.

Gran Bretaña mantiene muy pocas de sus antiguas colonias en el Caribe. La época colonial hace tiempo que ha pasado. En la actualidad, aún le quedan cinco, encantadores testigos de esplendores pasados. Pero ya no se llaman colonias —un término por completo inaceptable—, sino que son denominadas como Territorios Dependientes. Uno de ellos, las islas Caimanes, más conocido por las numerosas y muy discretas facilidades bancarias que conceden al capital extranjero. En un referéndum celebrado en las tres islas Caimanes, en el que se les ofrecía la independencia de Londres, los votantes se pronunciaron por abrumadora mayoría en favor de continuar siendo británicos. Desde entonces han prosperado como el verde laurel, en contraste con lo ocurrido a algunos de sus vecinos.

Otro grupo es el del archipiélago formado por las islas Vírgenes, que ahora son un paraíso para los aficionados a los deportes náuticos y para los que se dedican a la pesca. La tercera, incluso más oscura, es la pequeña isla de Anguilla, cuyos habitantes realizaron la única revolución que se conoce en la historia colonial con el propósito de seguir siendo británicos y no verse amalgamados a la fuerza junto con sus islas vecinas, de cuyo Primer Ministro sustentaban las más enérgicas y bien fundamentadas sospechas.

Todavía más oscuras son las islas Turks y Caicos, donde la vida sigue su somnoliento curso bajo las palmeras y el pabellón nacional británico, sin que se vea perturbada por narcotraficantes, fuerzas de la Policía Secreta, golpes de Estado o bandidaje electoralista. En todos esos cuatro territorios dependientes, Londres gobierna con mano blanda y justa, siendo su misión principal, al menos en el caso de los tres últimos mencionados, la de reponer a finales de año el déficit que, invariablemente, arroja su estado presupuestario. A cambio de ello, la población local parece contenta con ver cómo se iza y se recoge el pabellón británico dos veces al día y con tener el escudo de la reina Isabel en sus billetes de Banco y en los cascos de la Policía.

En el invierno de 1989, el quinto y último grupo estaba constituido por el archipiélago de las Barclays, ocho pequeñas islas situadas en el extremo occidental del Banco de la Gran Bahama, al oeste de la isla Andros, del archipiélago de las

Bahamas, al noreste de Cuba y al sur del archipiélago de Florida Keys, en el estrecho de Florida.

Por qué las islas Barclays no fueron integradas dentro de las Bahamas cuando el archipiélago obtuvo su independencia es algo que muy pocas personas pueden recordar. Años después, un bromista del Ministerio de Asuntos Exteriores sugirió que lo más probable era que las hubiesen pasado por alto, y quizá tuviera razón. Ese archipiélago no tenía más de veinte mil habitantes, que se concentraban en dos de las ocho islas, mientras que las otras permanecían deshabitadas. La isla principal, y sede del Gobierno, disfrutaba del bello nombre de Sunshine y la pesca en sus aguas era soberbia.

No se trataba de islas ricas. La industria era inexistente y sus ingresos, no mucho más grandes. Casi todos esos ingresos provenían de los salarios de la gente joven que abandonaba sus islas para convertirse en camareros, camareras de la limpieza y botones en los hoteles de buen tono de cualquier parte del mundo, donde pasaban a ser los sirvientes predilectos de los turistas europeos y estadounidenses por su natural alegre y bondadoso y radiantes sonrisas.

Otra parte de los ingresos la conseguían del turismo, atendido con nociones muy rudimentarias de esa clase de negocio; de la llegada ocasional de algún aficionado a la pesca, dispuesto a hacer el largo peregrinaje a través de Nassau; de los aranceles por concepto de aterrizaje en su territorio; de la venta de sus muy oscuros estampados y de las langostas y los mariscos que les compraban las tripulaciones de los yates que se perdían por aquellas aguas. Esos modestos ingresos les permitían la importación de ciertas comodidades básicas que el mar no depara, pero sí el buque de carga que atracaba allí todas las semanas.

El generoso océano les proveía la mayor parte de su alimentación, la cual completaban con los frutos de los bosques y de los huertos que se extendían a lo largo de las laderas de los dos montes que adornan el paisaje de la isla Sunshine: el Spyglass y el Sawbones.

Pero entonces, a comienzos de 1989, algún funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores llegó a la conclusión de que las islas Barclays estaban maduras para la independencia. El primer «anteproyecto consultivo» se convirtió en «proyecto para debate», que, a su vez, acabó convirtiéndose en programa político. Aquel año, el Consejo de Ministros británico se veía agobiado por un altísimo déficit comercial en su balanza de

pagos, a lo que se añadían unos sondeos de la opinión pública claramente insatisfactorios y una gran inquietud ante la diversidad de opiniones acerca de la política exterior europea a seguir. La bagatela de un oscuro grupo de islas que iban a recobrar su independencia en el Caribe pasó inadvertida y sin debate alguno.

No obstante, el entonces gobernador de las islas planteó ciertas objeciones, por lo que fue convenientemente destituido y remplazado por Sir Marston Moberley. Un hombre alto, fatuo y vano, que se vanagloriaba de su parecido con el difunto actor George Sanders, y que había sido enviado a Sunshine con una única y concreta misión, la cual le fue meticulosamente expuesta por un subsecretario principal del Departamento de Asuntos del Caribe: las islas Barclays debían aceptar su independencia. Se les invitaba a presentar candidatos para el cargo de Primer Ministro y se fijaría una fecha para las elecciones generales. Después de que el primero de los Primer Ministro hubiera sido elegido democráticamente, se establecería un intervalo decente (de unos tres meses), que se acordaría con él y su gabinete, tras el cual se les concedería la independencia total, sin que hubiese lugar a oponer ningún tipo de reparos. Sir Marston tenía que velar por el exacto cumplimiento de ese proyecto, que liberaría a Gran Bretaña de una carga más para su real Hacienda. Él y Lady Moberley habían llegado a Sunshine en el mes de julio pasado. Sir Marston aceptó de buen grado los deberes que le imponían.

Ya se habían presentado dos candidatos potenciales para el cargo del futuro Primer Ministro. Mr. Marcus Johnson, un acaudalado hombre de negocios de la localidad, y filántropo por naturaleza, el cual, tras haber amasado una cuantiosa fortuna en tierras de Centroamérica, había regresado a las islas que le vieron nacer donde ahora había fijado su residencia en una preciosa finca situada en la otra ladera del monte Sawbones; el hombre había constituido la Alianza por la Prosperidad de las Barclays, y prometía contribuir al desarrollo económico de las islas y llevar el bienestar al pueblo. El otro candidato, un hombre de modales mucho más rudos, pero claramente populista, Mr. Horatio Livingstone, que vivía en las tierras bajas de la localidad de Shantytown, de la que poseía la parte más provechosa, había fundado el Frente Independentista de las Barclays. Pero para las elecciones sólo faltaban tres semanas, pues habían sido fijadas para el quince de enero del año entrante. Sir Marston se sentía francamente complacido de ver

cómo se desarrollaba esa vigorosa campaña electoral, en la que ambos candidatos luchaban por obtener el apoyo de los isleños, sin escatimar discursos, panfletos y carteles, que eran pegados en todo muro y en cada árbol.

Sin embargo, había una pequeña nota discordante en aquel armonioso conjunto, y que actuaba como una espina clavada en el corazón de Sir Marston, arruinándole el encanto de su bien preparada campaña: el CCC o Comité de Ciudadanos Consternados, dirigido por el tedioso reverendo Walter Drake, pastor de la iglesia baptista de la localidad. Y era precisamente a una delegación del CCC a la que Sir Marston había accedido recibir ese mismo día, a las nueve de la mañana.

Se habían presentado ocho miembros del Comité. En cuanto al vicario anglicano, un inglés pálido, desvalido e ineficaz, Sir Marston sabía que podía llegar a un acuerdo con él. Otros seis eran personalidades ilustres que representaban a las fuerzas vivas de la localidad: el médico, dos tenderos, un hacendado, el propietario de un bar y el dueño de una casa de huéspedes llamado Mr. Macdonald. Todos ellos se distinguían por su avanzada edad y por lo rudimentario de su educación. No podían medirse con él en su facilidad de palabra en inglés o en la fuerza persuasiva de sus argumentaciones. Por cada uno de ellos podía encontrar otros doce que estuviesen a favor de la independencia.

A Mr. Marcus Johnson, el candidato de la «prosperidad», le respaldarían el gerente del aeropuerto, los propietarios de las tierras colindantes con el embarcadero (Johnson había prometido remplazarlo por una floreciente dársena para embarcaciones menores internacionales) y la inmensa mayoría de la comunidad compuesta por los hombres de negocios, los cuales se enriquecerían aún más con el futuro desarrollo. A Livingstone le guardaban las espaldas las huestes del proletariado, los desposeídos de la tierra, a quienes había prometido un aumento milagroso de su nivel de vida, basado en la nacionalización de bienes y propiedades.

El problema radicaba en el dirigente de la Delegación, el reverendo Walter Drake, un hombrachón que más parecía un gigantesco toro negro, vestido de negro y que en ese momento se estaba enjugando el sudor que le corría por el rostro. Era un orador compulsivo, lúcido y de voz estentórea, que había gozado de una cierta educación en Estados Unidos. En la solapa llevaba el pequeño distintivo del pez, que le caracterizaba como cristiano renacido. Sir Marston no dejaba de plantearse la ociosa

pregunta de cuál habría sido el estado previo del que había renacido, pero jamás se le ocurrió preguntárselo. El reverendo Drake depositó una pila de documentos sobre el escritorio del gobernador.

Sir Marston se había asegurado de que no hubiera asientos suficientes para todos en su despacho, de modo que tuviesen que permanecer de pie. Él mismo no se sentó. Eso haría que la reunión no se alargara. Sir Marston contempló la pila de documentos.

—Eso que ve aquí, gobernador —bramó el reverendo Drake—, es una instancia. Sí, señor, una instancia. Firmada por más de un millar de nuestros ciudadanos. Queremos que esta instancia vaya a Londres y sea colocada sobre el escritorio de Mrs. Thatcher. O en el de la Reina si es preciso. Creemos que esas damas nos escucharán, incluso aunque usted no lo quiera.

Sir Marston lanzó un suspiro. El asunto prometía ser mucho más —el gobernador buscó su adjetivo favorito— ...tedioso de lo que se había imaginado.

—Ya veo —dijo—, ¿y se solicita en esa instancia?

—Pues que se lleve a cabo un referéndum, tal como el que el pueblo británico celebró para decidir sobre el Mercado Común. Exigimos un referéndum. *No queremos* ser forzados a aceptar la independencia. *Queremos* seguir siendo lo que somos, lo que siempre hemos sido. No queremos ser gobernados por Mr. Johnson o por Mr. Livingstone. Apelamos a Londres.

Lejos de allí, un taxi llegaba a la pista de aterrizaje y de él se apeaba Mr. Barney Klinger. Era un hombre bajo y gordinflón, que vivía en una espléndida mansión señorial de estilo español, enclavada en una gran finca situada en la localidad de Coral Gables, en Miami. La corista que le acompañaba no era ni baja ni regordeta, sino un monumento de mujer que podría quitar el hipo a cualquiera y lo bastante joven como para poder ser su hija. Mr. Klinger poseía una casita de campo en la falda del monte Spyglass, que solía utilizar de cuando en cuando para pasar unas discretas vacaciones alejado de Mrs. Klinger. Tenía la intención de volar hasta Key West, donde metería a su amiguita en un vuelo regular para Miami, mientras él continuaría el viaje de vuelta a casa en su propio avión, ostentosamente solo, cual agotado hombre de negocios que regresa de un viaje emprendido por razones de trabajo y en el que tuvo que discutir con algún aburrido cliente los aburridos términos de un viejo contrato. Mrs. Klinger estaría esperándole

en el aeropuerto de Miami, donde se reuniría con él y advertiría que llegaba solo. Jamás se era lo bastante precavido en la vida. Mrs. Klinger conocía a más de un pícaro abogado. Julio Gómez se puso de pie y se le acercó.

—¿Mr. Klinger?

A éste el corazón le dio un vuelco. ¿Un detective privado?

—¿Qué quiere saber?

—Mire, tengo un problema, señor. Estaba pasando mis vacaciones aquí y de pronto recibí una llamada de mi mujer. Nuestro hijo ha sufrido un accidente. Tengo que volver, necesito volver. Hoy no hay vuelos. Ninguno. Ni siquiera un avión de alquiler. Entonces me he preguntado si usted podría llevarme a Key West. Le quedaría eternamente agradecido.

Klinger titubeó. El hombre, de todos modos, podía ser un detective privado, contratado por Mrs. Klinger. El desconocido entregó su maletín a un mozo, que se puso de inmediato a cargar el equipaje de Mr. Klinger en la bodega del «Navajo Chief».

—Bien —balbuceó Klinger—, no sé si...

Eran seis las personas que se habían agrupado allí: el encargado del control de pasaportes, el mozo de cuerda, Julio Gómez, Mr. Klinger, la amiguita de éste y otro hombre que ayudaba a meter las maletas en el avión. El mozo de cuerda pensó que ese sexto hombre pertenecía al grupo que acompañaba a Klinger, y el grupo de Klinger pensó que sería algún empleado del aeropuerto. El piloto no se enteraba de nada, ya que estaba metido en su cabina, el taxista se encontraba a unos veinte metros de distancia, descansando sobre la hierba.

—Pero, queridín, eso es espantoso. Tenemos que ayudarle —dijo la corista.

—Está bien —accedió Klinger—. Mientras no perdamos tiempo...

El oficial encargado del control de pasaportes estampó a toda prisa el sello en los tres pasaportes, la puerta de la bodega del avión fue cerrada de inmediato, los tres pasajeros subieron a bordo, el piloto puso los motores en marcha y, tres minutos después, el «Navajo Chief» despegaba de Sunshine y ponía rumbo a Key West, adonde debería de llegar setenta minutos después.

—Mis queridos amigos, y espero que permitan llamarles así —dijo Sir Marston Moberley—, les ruego, por favor, que traten

de comprender la posición del Gobierno de Su Majestad. A estas alturas, un referéndum sería algo por completo inadecuado. Las dificultades de carácter administrativo hacen que resulte impensable.

Sir Moberley no se había convertido en todo un diplomático de carrera, con una serie de cargos en la Commonwealth a sus espaldas, sin haber aprendido a manipular a la gente.

—¡Explíquenos eso, por favor! —rugió el reverendo Drake—. ¿Por qué un referéndum ha de resultar administrativamente más difícil que unas elecciones generales? Exigimos nuestro derecho a poder decidir por nosotros mismos si queremos la independencia o no.

La explicación era harto sencilla en realidad, pero no como para que pudiese ser mencionada siquiera. El Gobierno británico tendría que correr con los gastos de un referéndum, mientras que, de otro modo, los candidatos se subvencionaban sus propias campañas electorales, cuyo coste no era cosa que preocupase a Sir Marston. El gobernador cambió de tema.

—Si se siente llamado a emprender ese camino, dígame una cosa, reverendo, ¿por qué no se presenta como candidato para el cargo de Primer Ministro? De acuerdo con su punto de vista, tendría grandes probabilidades de ganar.

Siete personas de la delegación se quedaron mirando al gobernador con expresión de asombro. El reverendo Drake le apuntó con un índice acusador.

—Usted sabe muy bien el porqué, gobernador. Esos candidatos están utilizando imprentas y sistemas informáticos para enviar cartas personalizadas, incluso se han traído a expertos publicitarios del extranjero, especializados en campañas electorales. Y están sembrando también una gran *confusión* entre la pobre gente...

—Pues debo decirle que no tengo evidencia alguna de que eso esté ocurriendo, en absoluto —le interrumpió el gobernador—, ni sombra de lo que usted dice.

—Porque no quiere salir a dar una vuelta por la calle para informarse de lo que pasa a su alrededor —vociferó el pastor baptista—. Pero nosotros *sí* lo sabemos. Son cosas que suceden en cada calle, en cada esquina. Se intimida a aquellos que se oponen...

—Si llevo a recibir un informe del inspector jefe Jones al particular, tomaré inmediatamente mis medidas —cortó, tajante, Sir Marston.

—No tenemos necesidad de querellarnos, puede estar seguro —argumentó el vicario anglicano—. La cuestión a debatir es ésta: ¿enviará nuestra instancia a Londres, Sir Marston?

—Por supuesto que lo haré —replicó el gobernador—. Eso es lo último que puedo hacer por ustedes. Pero me temo que también es lo único. Mis manos, por desgracia, están atadas. Y ahora, si tiene la amabilidad de excusarme...

La delegación abandonó el despacho, habiendo conseguido lo que se proponía. Cuando los delegados salían por la puerta del edificio de la gobernación, el médico, que daba la casualidad de que era tío del jefe de Policía, preguntó:

—¿Creen que piensa hacer eso realmente?

—¡Oh, por supuesto! —dijo el vicario—. Ha manifestado su buena voluntad.

—¡Ay, sí, claro que lo hará! —refunfuñó el reverendo Drake—. Por correo ordinario, por barco. Llegará a Londres a mediados de enero. Necesitamos desembarazarnos de ese gobernador y conseguir uno nuevo por nuestra cuenta.

—Me temo que no tenemos ninguna posibilidad de lograrlo —dijo el vicario—. Sir Marston no se resignaría.

En su continua guerra contra la invasión de narcóticos a través de sus propias costas sureñas, el Gobierno estadounidense ha recurrido al empleo de ciertas técnicas de vigilancia, tan costosas como ingeniosas. Entre ellas hay una serie de globos camuflados, atados en los lugares más insólitos, y que son propiedad del Gobierno de Washington, bien mediante compra o arrendamiento.

Suspendida de las barquillas que cuelgan de esos globos se encuentra toda una batería de aparatos de alta tecnología, tales como dispositivos de radar y monitores de radio, que cubre la cuenca entera del Caribe, desde la península de Yucatán, al Oeste, hasta la isla de Anegada, al Este, y desde Florida, al Norte, hasta las costas venezolanas, al Sur. Cualquier avión, grande o pequeño, que sobrevuele esa zona será detectado de inmediato. Su rumbo, altura y velocidad son registrados y transmitidos. Todo yate, crucero, carguero o trasatlántico que salga de alguno de esos puertos, será detectado y espiado por ojos y oídos invisibles, ocultos en la inmensidad de los cielos. La tecnología de esas barquillas se fabrica en los talleres de la «Westinghouse Incorporation».

Al levantar el vuelo desde la pista de aterrizaje de Sunshine, el «Navajo Chief» fue detectado por uno de los aparatos *Tour-*

Oh-Four de la «Westinghouse Inc.». De forma rutinaria fue seguido en su vuelo por encima del océano cuando se dirigía a Key West; con un curso de trescientos diez grados y el viento que le llegaba del Sur, debería de haber sobrevolado al poco tiempo la zona en que se encontraba el siguiente radiofaro de Key West. Pero a unas cincuenta millas de distancia de Key West desapareció en el aire, volando a media altura, y se borró de las pantallas. De inmediato, una lancha del Servicio de Guardacostas norteamericano fue enviada a inspeccionar el área del siniestro, pero no encontraron los restos del aparato.

El lunes por la mañana, Julio Gómez, detective del Departamento de Policía de Metro-Dade, no se presentó al trabajo. Su compañero, el detective Eddie Favaro, se mostró extraordinariamente irritado. Los dos habían sido citados a comparecer ante el Tribunal de Justicia esa misma mañana, y Favaro tendría que presentarse solo. El juez era un hombre en extremo severo y le tocaría a él, Eddie Favaro, soportar los sarcasmos del magistrado. A últimas horas de la mañana, tras haber hecho su ronda, regresó al Cuartel General del Departamento de Policía de Metro-Dade, situado en la Calle 14 del distrito 1320 Noroeste (los efectivos policiales ocupaban la planta baja, junto a la entrada principal, ya que estaban esperando trasladarse al nuevo complejo arquitectónico que se alzaba en el distrito Doral), y se presentó ante su superior, el teniente Broderick.

—¿Qué pasa con Julio? —preguntó Favaro—. Jamás ha fallado cuando había que comparecer ante el Tribunal.

—¿Y tú me lo preguntas? —replicó Broderick—. Se trata de tu compañero.

—¿Es que no se ha presentado esta mañana?

—Ante mí, no —contestó Broderick—. ¿No puedes ir sin él?

—En absoluto. Estamos llevando dos casos, y ninguno de los acusados habla inglés, sólo español.

Reflejando fielmente la composición de su población local, Metro-Dade, que cubre la mayor extensión de lo que la gente conoce como el Gran Miami, da trabajo a una amplia mezcla de razas. La mitad de la población de la región de Metro-Dade es de origen hispanoamericano, y, de ella, una gran mayoría posee un dominio del inglés bastante precario. Julio Gómez, de padres puertorriqueños, y criado en Nueva York, ciudad donde había ingresado en la Policía. Hacía diez años que había emigrado de nuevo al Sur, donde se instaló en Metro-Dade. Ahí nadie se

refería a él llamándolo «sudaca» o «indiano». En una región con tal entramado étnico, eso no hubiera sido prudente. El dominio que tenía del español resultaba de un valor incalculable.

Su compañero desde hacía nueve años, Eddie Favaro, era de origen italiano, sus abuelos recién casados, habían emigrado de Catania en busca de una vida mejor. El teniente Clay Broderick era negro. Se encogió de hombros. Estaba agobiado de trabajo, le faltaba personal y tenía un montón de casos por resolver, y todos a cuál más apremiante.

—Tienes que encontrarlo —dijo—. Ya conoces las ordenanzas.

Favaro las conocía, en efecto. Si uno se ausentaba durante tres días de Metro-Dade sin causa justificada y sin dar parte, los superiores esperaban de él que presentase su dimisión voluntaria.

Eddie Favaro fue a inspeccionar el apartamento de su compañero, pero no encontró indicio alguno de que hubiera regresado de sus vacaciones. Sabía dónde había ido Gómez —siempre iba a Sunshine—, así que revisó las listas de pasajeros de los vuelos procedentes de Nassau la noche anterior. El ordenador de la compañía aérea reveló que se había hecho una reserva a ese nombre, y que existía un billete pagado con anticipación, pero también mostró que el billete no había sido utilizado. Favaro volvió a ver a Broderick.

—Quizás haya sufrido algún accidente —dijo, angustiado—. El deporte de la pesca puede resultar muy peligroso a veces.

—Existen los teléfonos —replicó Broderick—, él tiene nuestro número.

—¿Y si está en coma? O en el hospital. Puede ser que haya pedido a alguien que nos telefonara y que esa persona se lo haya tomado a la ligera. Son bastante irresponsables en esas islas. Podríamos corroborarlo, por si acaso.

El teniente Broderick dio un suspiro. No podía permitirse el lujo de perder a un detective.

—Está bien —dijo—, consígueme el número telefónico del Departamento de Policía de esa isla. ¿Cómo dijiste que se llamaba? ¿Sunshine? ¡Dios mío, vaya nombrecito! Consígueme el número del jefe de Policía local y yo haré la llamada.

Favaro se lo había dado a la media hora. Era un teléfono tan desconocido, que ni siquiera aparecía en el *International Directory Enquiries*. Lo obtuvo por mediación del Consulado británico, desde donde llamaron al palacio de la gobernación de la isla y luego se lo comunicaron. El teniente Broderick necesitó

otra media hora para obtener línea. La suerte le acompañó: encontró al inspector jefe Jones en su despacho. Era mediodía.

—¿El inspector jefe Jones? Al habla el teniente de detectives Clay Broderick, desde Miami. ¿Hola? ¿Me oye? Escúcheme, entre compañeros, quisiera pedirle un favor... Uno de mis hombres se encontraba de vacaciones en Sunshine y no se ha presentado por aquí. Esperamos que no se trate de un accidente... Sí, estadounidense. Se llama Julio Gómez. No, no sé dónde se hospedaba. Había ido a pescar.

El inspector jefe Jones se tomó la llamada muy en serio. Sus efectivos policiales podían ser mínimos; y los de Metro-Dade, enormes. Pero demostraría a los norteamericanos que el inspector jefe Jones no se dormía en los laureles. Decidió encargarse personalmente del caso, mandó llamar a un número y ordenó que le proporcionara un «Land Rover».

De un modo acertado, Jones empezó sus pesquisas en el «Hotel Quarter Deck», pero con resultados nulos. Entonces fue al muelle de pescadores e interrogó a Jimmy Dobbs, a quien encontró atareado arreglando la barca, ya que ese día nadie había contratado sus servicios. Dobbs le contó que Mr. Gómez no se había presentado el viernes por la mañana para salir de pesca, algo que le había parecido muy extraño, pero le informó de que estaba viviendo en la pensión de Mrs. Macdonald.

Cuando Jones habló con ella, ésta le dijo que Julio Gómez había salido a toda prisa para el aeropuerto el viernes por la mañana. Jones se dirigió al aeropuerto e interrogó al gerente. Éste mandó llamar al oficial encargado del control de pasaportes, el cual les confirmó que Mr. Gómez había pedido a Mr. Klinger, el viernes por la mañana, que lo llevase hasta Key West. El oficial facilitó al inspector jefe los datos de la documentación oficial del avión. Jones telefoneó a Broderick a las cuatro de la tarde.

El teniente Broderick sacó tiempo de donde no lo tenía para ponerse en contacto con la Policía de Key West, los cuales se encargaron de hacer las debidas averiguaciones en el aeropuerto de su localidad. El teniente Broderick mandó llamar a Eddie Favaro poco después de las seis de la tarde. La expresión de su rostro era sombría.

—Eddie, lo siento muchísimo. El viernes por la mañana, Julio tomó la repentina decisión de volver a casa. No había ese día ningún vuelo regular, por lo que se hizo llevar por el propietario de un avión particular que salía para Key West. El aparato jamás llegó a su destino. Volando a quince mil pies, cuando se

encontraba a cincuenta millas de Key West, se precipitó al mar. Los guardacostas dicen que no hubo supervivientes.

Favaro se desplomó en una silla y hundió el rostro entre sus manos.

—No puedo creerlo.

—Yo mismo me resisto a ello. Escúchame, Eddie, esto me tiene bastante apenado. Sé que erais muy amigos.

—Nueve años —musitó Favaro—, nueve jodidos años, durante los que estuvo cubriéndome las espaldas. ¿Y qué va a pasar ahora?

—La maquinaria oficial se hará cargo del asunto —contestó Broderick—. Hablaré personalmente con el director. Ya conoces el procedimiento. Si no podemos celebrar un servicio fúnebre, tendremos un acto conmemorativo. Con todos los honores que corresponden al caso. Te doy mi palabra de ello.

Las sospechas se presentaron más tarde, esa misma noche y durante la mañana siguiente.

El domingo, el patrón de una embarcación de alquiler, un tal Joe Fanelli, se había llevado de pesca a dos niños ingleses, que recogió en isla Morada, uno de los lugares más concurridos del archipiélago de Florida Keys, bien al norte de Key West. Seis millas mar adentro, al sur del arrecife de las Alligator, uno de los chicos sintió un fuerte tirón en el hilo de su caña de pescar. Los dos hermanos, Stuart y Shane, lanzaron gritos de alegría, creyendo que algún pez luna o un peto o un atún había picado el anzuelo. Cuando la presa se hizo visible en la superficie del mar, Joe Fanelli acudió en ayuda de los chicos y subió lo pescado a bordo. Se encontró entonces con los despojos de un chaleco salvavidas, en él aún podía leerse el nombre del avión al que había pertenecido y se apreciaban algunas marcas de quemaduras.

La Policía local envió los restos del chaleco a Miami, donde los del laboratorio forense establecieron que había pertenecido a un «Navajo Chief», propiedad de Barney Klinger, y que en las partes chamuscadas no había indicios de gasolina, pero sí de un explosivo de plástico. El asunto se convirtió en una investigación para el Departamento de Homicidios. Lo primero que hicieron los de Homicidios fue investigar los asuntos comerciales de Mr. Klinger. Y lo que descubrieron les hizo suponer que aquel caso iba a resultar probablemente insoluble. A fin de cuentas, ellos no tenían jurisdicción alguna en el territorio británico de Sunshine.

El martes por la mañana, Sam McCready se estiró en su hamaca, junto a la piscina del «Hotel Sonesta Beach», de Key Biscayne, se incorporó para tomarse su segundo café del desayuno, que le habían servido en una mesita que tenía al lado, y abrió un ejemplar del *Miami Herald*.

Sin que le moviera ningún interés en particular, hojeó el periódico para buscar las noticias internacionales —muy pocas, por cierto—, y se dedicó a leer los asuntos locales. La segunda noticia de importancia concernía a las últimas revelaciones sobre la desaparición de un avión ligero, que se había hundido en el mar al sudeste de Key West, en la mañana del pasado viernes.

Los sabuesos del *Miami Herald* habían logrado descubrir no sólo que el avión debía de haber sido destruido por una bomba colocada en su interior, sino que su propietario, Mr. Barney Klinger, era conocido como el indiscutible rey del comercio ilícito montado en torno al robo y «blanqueo» de piezas de recambio para aviones en el sur de Florida.

Aparte del tráfico de drogas, ese ámbito tan poco conocido de la conducta ilegal humana es, quizás, uno de los más lucrativos que existen. La Florida es una región plagada de aviones: aparatos de líneas regulares, aeronaves de carga y toda una flotilla de aeroplanos particulares. En ella están asentadas también algunas de las mayores compañías del mundo (legalmente registradas) de las que se dedican a satisfacer la constante demanda de piezas de recambio, nuevas o reparadas. Las compañías «AVIOL» e «Instrument Locator Service» son proveedoras de piezas de recambio a escala mundial.

La «industria» clandestina se especializa en encargarse del robo de tales piezas, con el fin de vendérselas luego a otros vendedores que no se interesarán por su procedencia (generalmente del Tercer Mundo), o de algo que resulta incluso más peligroso: del abastecimiento de piezas de recambio cuya esperanza de vida ha expirado ya, pues están compuestas, a su vez, por otras piezas reparadas y cuyo servicio operativo ha caducado. En lo que respecta a este último engaño fraudulento, se prescinde de cualquier papeleo. Si se tiene en cuenta que algunas piezas de recambio llegan a costar hasta un cuarto de millón de dólares cada una, se comprenderá que los beneficios que un traficante sin escrúpulos obtiene pueden ser inmensos. Después de su muerte, Barney Klinger fue desenmascarado como uno de esos traficantes. Se especulaba con la idea de que

alguien hubiera deseado hacer desaparecer a Mr. Klinger de la escena.

—En la mitad de su vida... —murmuró McCready, que pasó la hoja para leer el pronóstico meteorológico.

El tiempo sería soleado.

Ese mismo martes, por la mañana, el teniente Broderick mandaba llamar a Eddie Favaro. La expresión de su rostro era más sombría aún.

—Escucha, Eddie, antes de que procedamos a celebrar el acto conmemorativo en el que rendiremos todos los honores a Julio, tendremos que tener en consideración un nuevo y desconcertante factor. ¿Qué demonios hacía Julio viajando en el mismo avión de un delincuente como Klinger?

—Intentaba volver a casa —dijo Favaro.

—¿Era eso realmente lo que trataba de hacer? ¿A qué se dedicaba por allí?

—Pescaba.

—¿De verdad? ¿Cómo se explica que estuviese pasando en la isla Sunshine una semanita de vacaciones precisamente junto con Klinger? ¿No tendrían acaso algunos negocios que discutir?

—Clay, escúchame bien. Te equivocas. Si hay en este mundo una persona que no es corrupta, ése era Julio Gómez. No pienso creer lo que insinúas. Intentaba volver a casa. Vio un avión y pidió que le llevaran; eso es todo.

—Espero que tengas razón —replicó solemnemente Broderick—. ¿Por qué quería volver a casa dos días antes de que se le terminasen las vacaciones?

—Eso es lo que me intriga —admitió Favaro—. Le gustaba la pesca más que nada en el mundo, se pasaba todo el año soñando con ella. Jamás hubiera renunciado a dos días de pesca si no hubiese tenido alguna razón importante. Quiero ir a esa isla y averiguar el porqué.

—Hay tres razones para que no lo hagas —le espetó el teniente—. Este Departamento está agobiado de trabajo, te necesitamos aquí, y cualquier bomba que hayan puesto, si es que se trata de una bomba, la colocarían con la intención de liquidar a Klinger. Las muertes de la chica y de Julio fueron accidentales. Lo siento, Eddie, pero el Comité de Asuntos Internos desea investigar la situación financiera de Julio. Eso es algo que no podemos evitar. Si es verdad que no había visto en su vida a Klinger antes de ese viernes, se tratará sólo de un trágico accidente.

—Me siento obligado a hacerlo —insistió Favaro—. Quiero hacerlo, Clay. Necesito hacerlo ahora mismo.

—Sí, ya sé que te sientes obligado. Y también sé que no puedo negártelo. Pero actuarás por tu propia cuenta y riesgo, Eddie. Aquello es territorio británico, y no tenemos autorización para operar allí. Y quiero que dejes tu arma aquí.

Favaro le entregó su pistola automática de reglamento y salió del despacho. A las tres de la tarde aterrizaba en el aeropuerto de Sunshine. Pagó el importe del avión de cuatro plazas que había alquilado y lo siguió con la vista mientras despegaba y ponía rumbo a Miami. Luego consiguió que uno de los empleados del aeropuerto le acercase en su coche hasta Port Plaisance. No sabiendo a qué otro sitio podía ir, se alojó en el «Hotel Quarter Deck».

Sir Marston Moberley se encontraba en su vallado jardín, sentado en una cómoda hamaca y saboreando whisky con soda. Se dedicaba al ritual favorito del día. El jardín, situado detrás del palacio de la gobernación, no era particularmente grande, pero resultaba bastante íntimo. Una capa de césped cubría la mayor parte del jardín, en el que las buganvillas y las jacarandas adornaban con sus brillantes colores los muros. Éstos, que flanqueaban el jardín por tres costados —el cuarto lo ocupaba la casa—, tenían unos dos metros y medio de altura y terminaban en un borde plagado de afilados vidrios empotrados en el cemento. En uno de ellos había una vieja puerta de hierro, de más de dos metros de altura, pero que estaba en desuso desde hacía mucho tiempo. Detrás de la puerta, un angosto sendero conducía hasta el corazón mismo de Port Plaisance. Esa entrada había sido clausurada hacía ya algunos años, y, por la parte exterior, tenía dos aldabas de hierro semicirculares unidas por un candado cuyas dimensiones eran las de un plato de postre. Una capa de herrumbre había fusionado candado y aldabas.

Sir Marston estaba disfrutando del frescor de la tarde. Su ayudante se encontraba en alguna parte de sus habitaciones particulares, al otro extremo de la casa; su esposa se hallaba realizando una de sus habituales visitas al hospital de la localidad; Jefferson, su jefe de cocina, ayudante de cámara y mayordomo al mismo tiempo, estaría preparando la cena en las dependencias de la servidumbre. Sir Marston saboreó su whisky con gran satisfacción y casi le da un colapso cuando sus oídos se vieron martirizados a causa del ruido producido por unos

hierros chirriantes. El gobernador volvió la cabeza. Y aún tuvo tiempo de decir:

—¿Pero qué diablos ocurre...? ¡Eh, deténgase...!

El estruendo del primer disparo le dejó paralizado y atontado. La bala le atravesó un pliegue de la manga de su camisa de algodón. Fue a estrellarse a sus espaldas, contra la pared de coral de la casa, rebotó y cayó en el sendero, retorcida y deformada. La segunda le acertó de lleno en el corazón.

CAPITULO II

Pese al par de detonaciones que se oyeron en el jardín, dentro de la casa no hubo reacción inmediata. Tan sólo dos personas se encontraban en la mansión del gobernador a esas horas de la tarde.

Jefferson, que se hallaba en la parte reservada a la servidumbre preparando un ponche de frutas —Lady Moberley era abstemia—, declararía después que el ruido que hacía la batidora llenaba la cocina y que debía de estar en marcha cuando se efectuaron los disparos.

El ayudante del gobernador, el teniente Jeremy Haverstock, un joven subalterno de mejillas aterciopeladas y que había pertenecido al Regimiento de Dragones de Su Majestad, se encontraba en su cuarto, situado al otro extremo del palacio de la gobernación, con las ventanas cerradas y el aire acondicionado puesto al máximo. Según sus declaraciones, también tenía encendida la radio y estaba escuchando un programa musical de Radio Nassau. Tampoco había oído nada.

Poco rato después, cuando Jefferson salió al jardín para consultar con Sir Marston algunas cuestiones concernientes a la preparación de unas chuletas de cordero, era evidente que el asesino había salido por la puerta de hierro, dándose a la fuga. Jefferson llegó al rellano de la escalinata que conducía al jardín y vio a su patrón tumbado de espaldas en el suelo y con los brazos extendidos, tal como se había quedado cuando la segunda bala dio con él en tierra; una mancha negruzca le cubría la pechera de su camisa de algodón azul marino.

En principio, Jefferson pensó que su patrón habría sufrido un desvanecimiento, por lo que corrió en su ayuda. Pero al ver con más claridad el agujero que tenía en el pecho, retrocedió espantado, sin podérselo creer, y luego salió a la carrera, presa del pánico, para ir en busca del teniente Haverstock. El joven oficial del Ejército llegó segundos más tarde, vistiendo todavía unos pantalones cortos de deporte.

El teniente Haverstock no fue presa del pánico. Examinó el cadáver sin tocarlo, dictaminó que Sir Marston estaba muerto y

se sentó en la hamaca del difunto gobernador para reflexionar sobre lo que debería de hacer.

Un oficial de alto rango escribió una vez acerca de su subalterno Haverstock que «era maravillosamente bien criado, aunque no fuese terriblemente brillante», como si se tratase de un caballo del Ejército en vez de un oficial de Caballería. Pero es que los oficiales, en Caballería, tienden a tener sus propios conceptos acerca de las prioridades en una escala de valores; un buen caballo resulta irremplazable; un subalterno, no.

El teniente Haverstock permaneció sentado en la hamaca, a unos cuantos pasos del cuerpo, y se puso a reflexionar sobre el asunto, mientras Jefferson, con los ojos desmesuradamente abiertos, contemplaba la terraza desde el rellano de la escalera. Tras mucho meditar, el subalterno decidió que: *a)* tenía a un gobernador muerto en sus manos; *b)* alguien le había disparado, dándose luego a la fuga y *c)* debía informar del caso a sus superiores. Pero había un problema: el gobernador *era* la más alta autoridad, o lo había sido al menos. Llegado a ese punto, Lady Moberley volvió a casa.

Jefferson oyó el ruido producido por los neumáticos de la limusina oficial, un «Jaguar», al rechinar sobre la capa de grava del camino particular que conducía hasta la entrada de la casa y salió a la carrera al vestíbulo para interceptarla. La forma de darle la noticia fue perfectamente lúcida, aunque no se distinguiera por su gran tacto. Le salió al encuentro en el salón y le dijo:

—¡Ay, señora, han disparado contra el gobernador! Está muerto.

Lady Moberley se precipitó hacia la terraza para ver qué había ocurrido y se topó con el teniente Haverstock cuando éste subía las escaleras. El teniente acompañó a la dama hasta el dormitorio y trató de consolarla mientras ella se tumbaba en la cama. Lady Moberley parecía más perpleja que desconsolada, como si le inquietase el miedo a que el Ministerio de Asuntos Exteriores estuviese gastándole una jugarreta a su esposo para arruinar su carrera.

Una vez hubo conseguido calmarla un poco, el teniente Haverstock envió a Jefferson en busca del único médico que había en la isla, el cual daba la coincidencia de que también era el único juez de primera instancia de Sunshine y el único encargado, por lo tanto, de la instrucción sumarial. Le dijo que se hiciese acompañar por el inspector jefe Jones. Dio instrucciones precisas al atribulado mayordomo para que no

diera ningún tipo de explicaciones, sino que se limitase a pedir a los dos hombres que acudieran con urgencia al palacio de la gobernación.

Las recomendaciones del teniente cayeron en saco roto. El pobre Jefferson comunicó la noticia al inspector jefe en presencia de tres atónitos alguaciles, y al doctor Caractacus Jones en presencia de su casera. Como un reguero de pólvora corrió la noticia, que empezó a propagarse rápidamente justo en el mismo momento en que el tío y el sobrino salían corriendo hacia el palacio del gobernador.

Mientras Jefferson cumplía tales diligencias, el teniente Haverstock reflexionaba acerca de qué manera comunicar lo sucedido a Londres. La residencia del gobernador nunca había sido equipada con los más modernos y seguros sistemas de comunicación. Jamás se pensó que eso fuera necesario. Además de la línea telefónica pública, el gobernador utilizaba también otro accesorio para transmitir sus mensajes, que siempre habían llegado a Londres a través de un organismo mucho más sólido: la Alta Comisión Británica de Nassau, en las Bahamas. Para tales efectos utilizaba un anticuado sistema C-2. Se encontraba sobre una mesita adyacente al escritorio, en el despacho privado del gobernador.

A simple vista parecía un aparato de télex ordinario, de ese tipo tan conocido y temido por todos los corresponsales del mundo entero. La conexión con Nassau se establecía tecleando el mensaje en el código habitual y asegurándose de que sería reconocido al otro extremo de la línea. El télex podía ser conmutado para que operase en modo criptográfico mediante una segunda caja que había al lado del aparato. Cualquier mensaje enviado aparecería entonces «en limpio» sobre el papel que el emisor tenía ante sus ojos, y sería decodificado de manera automática en la terminal de Nassau. Pero, entre esos dos puntos, el mensaje estaría codificado.

El problema era que para operar con el codificador había que insertar en la caja un disco acanalado que variaba según el día del mes. Esos discos se guardaban en la caja fuerte del gobernador, que ahora estaba cerrada. Miss Myrtle, secretaria privada del difunto, conocía la combinación de la caja fuerte, pero se encontraba visitando a sus padres, que vivían en Tórtola, en las islas Vírgenes. Durante su ausencia, el gobernador acostumbraba a enviar sus propios mensajes. Así que también él conocía la combinación de la caja fuerte; pero el teniente Haverstock, no.

Por último, Haverstock optó por telefonar a la Alta Comisión de Nassau y explicarles de palabra lo sucedido. A los veinte minutos, el primer secretario, hecho una furia, le telefoneaba para confirmar la noticia, escuchó las explicaciones del teniente y le ordenó en tono crispado que cerrase el palacio de la gobernación a cal y canto y permaneciese firme en su puesto, custodiando la plaza, hasta que le llegasen refuerzos de Nassau o de Londres. A continuación, el primer secretario envió por radio un mensaje codificado, clasificado como *Top Secret*, al Ministerio de Asuntos Exteriores en Londres. Eran las seis de la tarde y la noche había caído en la zona del Caribe. A las once de la noche, hora de Londres, llegó el mensaje a manos del oficial que hacía la guardia nocturna. Éste llamó por teléfono a un alto oficial del Departamento de Asuntos del Caribe, a su domicilio particular en Chobham, y la maquinaria se puso en marcha.

En Sunshine, la noticia se extendió en menos de dos horas por todo Port Plaisance, y un radioaficionado, en su habitual transmisión nocturna, se la comunicó a un amigo en Washington, con quien compartía el entusiasmo por la radio. El radioaficionado de la capital estadounidense, siendo como era un ciudadano interesado en el bienestar público, telefoneó a los de la «Associated Press», los cuales se mostraron algo escépticos, aunque acabaron por transmitir la noticia, que empezaba con las siguientes palabras:

El gobernador del Territorio Dependiente británico del Caribe, conocido como las islas Barclay, ha sido presuntamente muerto a tiros esta tarde por una persona desconocida, según informes confidenciales, no confirmados, que nos han llegado de ese grupo de islas...

El comunicado, escrito por un subdirector de redacción que hacía la guardia nocturna y que había consultado un mapa a gran escala con ayuda de una potente lupa, se explayaba a continuación en enjundiosas explicaciones sobre dónde se encontraban esas islas y cuáles eran sus peculiaridades.

En Londres, los de la agencia de noticias «Reuter» se enteraron de la historia gracias a un teletipo enviado por sus rivales, y trataron de obtener una confirmación del Ministerio de Asuntos Exteriores, llamando a sus dependencias a esas altas horas de la madrugada. Poco antes del amanecer, el Ministerio de Asuntos Exteriores británico reconocía haber recibido un mensaje a tal efecto y anunciaba que ya se estaban dando los pasos necesarios.

Esos pasos necesarios consistían en sacar de su cama a un número considerable de personas repartidas en distintos distritos londinenses y en localidades cercanas a la capital. Los satélites controlados por la Oficina Nacional de Reconocimiento de Estados Unidos advirtieron que se estaba produciendo un intenso tráfico de las comunicaciones radiofónicas entre Londres y su Alta Comisión de Nassau, y las obedientes máquinas transmitieron esa información a la Agencia Nacional de Seguridad en Fort Meade. Éstos, por su parte, informaron a la CÍA, donde ya se sabía la noticia, debido a que habían leído el comunicado de la «Associated Press». Una tecnología valorada en unos mil millones de dólares se puso a trabajar febrilmente durante tres horas después de que un radioaficionado, con un equipo de fabricación casera, transmitiera la noticia desde una cabaña situada en la falda del monte Spyglass, a otro radioaficionado que se encontraba en Chevy Chase.

En Londres, el Ministerio de Asuntos Exteriores alertó al del Interior, y los que allí estaban de guardia llamaron y despertaron a Sir Peter Imbert, comisionado de la Policía metropolitana, pidiéndole que enviase de inmediato a un detective jefe. El comisionado, a su vez, despertó a Simón Crawshaw, de la División de Operaciones Especiales, el cual se puso en contacto con el comisario jefe de la Brigada Superior de Investigación Criminal.

El comisario jefe telefoneó a la Oficina de Reserva, que permanece de guardia las veinticuatro horas del día

—¿Quién está de servicio? —preguntó.

El sargento de guardia de la Oficina de Reserva consultó su lista en New Scotland Yard. La Oficina de Reserva de Scotland Yard es una pequeña dependencia cuyo único deber es mantener en todo momento actualizada una lista en la que figuran los jefes de detectives que se encuentran disponibles cuando son requeridos a la mayor brevedad posible en el caso de que surja la urgente necesidad de prestar asistencia a la Policía fuera del área metropolitana. La lista la encabeza el detective que tiene la obligación de presentarse a la hora de ser requerido. El siguiente que aparece en ella es el oficial que ha de apersonarse dentro de un plazo de seis horas, y el tercero es aquel que dispone de un plazo de veinticuatro horas para acudir al requerimiento.

—El superintendente jefe de detectives Craddock, señor— contestó el sargento de guardia.

Pero en seguida el sargento advirtió una nota escrita al margen de la lista y añadió:

—¡Oh, no, señor, lo siento! Tiene que comparecer ante el Tribunal Superior de Justicia de Old Bailey, a las once de la mañana para prestar declaración.

—¿Quién es el siguiente? —vociferó el comisario jefe desde su casa en West Drayton, localidad situada en las inmediaciones del aeropuerto de Heathrow.

—Hannah, señor.

—¿Y quién es su detective inspector?

—Wetherhall, señor.

—Diga a Mr. Hannah que me telefonee a mi casa. De inmediato —ordenó el comisario jefe.

Poco después de las cuatro de la madrugada de una mañana desagradable y oscura de diciembre, el teléfono colocado sobre una mesilla de noche en una casa de Croydon sonaba, despertando al superintendente jefe de detectives Desmond Hannah. Escuchó lo que el sargento de guardia de la Oficina de Reserva tenía que comunicarle y, siguiendo las instrucciones recibidas, marcó un número telefónico de West Drayton.

—¿Bill? Aquí Hannah. ¿Qué ocurre?

Escuchó durante cinco minutos, y preguntó:

—Dime, Bill, ¿dónde demonios se encuentra la isla de Sunshine?

A lo lejos, en la isla, el doctor Caractacus Jones, una vez examinado el cuerpo del gobernador, había dictaminado la muerte. La noche había envuelto el jardín en sus tinieblas, por lo que el médico se veía obligado a trabajar a la luz de unas antorchas. No se trataba de que pudiese hacer gran cosa. Era un médico de medicina general y no un especialista en patología forense. Cuidaba lo mejor que podía de la salud general de los habitantes de la isla, y disponía de un modesto equipo quirúrgico con el que prestaba los primeros auxilios en caso de heridas y contusiones. Durante su vida había ayudado a traer más niños al mundo de lo que era capaz de recordar y había practicado un número diez veces superior de extracciones de anzuelos. En su calidad de médico estaba habilitado para extender un certificado de defunción, y en su calidad de juez instructor y de Primera Instancia podía extender el certificado para el entierro. Pero jamás había practicado la autopsia a un gobernador, y no tenía la más mínima intención de comenzar a hacerlo.

Las heridas y las enfermedades graves que requerían operaciones difíciles eran tratadas siempre en Nassau, donde disponían de un flamante y moderno hospital, dotado con todo el equipo necesario para realizar operaciones y autopsias. El doctor Caractacus Jones tampoco disponía de un depósito de cadáveres.

Cuando el reconocimiento médico ya terminaba, el teniente Haverstock volvió del despacho privado del difunto gobernador.

—Nuestra gente en Nassau informa que Scotland Yard nos envía a un alto oficial de su Departamento —anunció, solemne el inspector—. Hasta su llegada tenemos que dejar todo tal como estaba.

El inspector jefe Jones había apostado a un alguacil delante de la puerta de entrada para que dispersase a los curiosos, que habían empezado a aparecer ante la fachada principal del palacio de la gobernación. El inspector había registrado el jardín y descubierto la puerta de hierro por la que debía de haber entrado el asesino y por la que, al parecer, se habría dado a la fuga. El asesino, en su huida, había cerrado la puerta lo que explicaba por qué el teniente Haverstock no se había percatado de ese detalle. El inspector jefe había dejado apostado allí también a un segundo alguacil, con la orden estricta de que alejase de esa puerta a cualquiera que pretendiera acercarse. Podría contener huellas dactilares, que luego el hombre enviado por Scotland Yard necesitaría.

Afuera, en la oscuridad, el alguacil se sentó sobre la hierba, con la espalda recostada contra el muro, y pronto quedó sumido en profundo sueño.

Entretanto, dentro del jardín, el inspector jefe Jones anunciaba:

—Todo ha de quedar tal como está. El cuerpo no ha de ser movido.

—Pero, muchacho, no seas imbécil —le dijo su tío—. Se descompondrá. De hecho, ya se está descomponiendo.

Su tío tenía razón. Debido al calor reinante en la zona del Caribe, los muertos suelen ser enterrados dentro de las veinticuatro horas siguientes a su defunción. La alternativa a esto es indecible. Un enjambre de moscas zumbaba ya sobre el pecho y los ojos del cadáver. Los tres hombres se pusieron a considerar el problema. Jefferson se encontraba en esos momentos atendiendo a Lady Moberley.

—No habrá más remedio que llevarlo a la fábrica de hielo — dijo finalmente el doctor Caractacus Jones—. No nos queda otra elección.

Los otros convinieron en que el médico tenía razón. La fábrica de hielo, a la que alimentaba el generador municipal, se encontraba al final de los muelles. El teniente Haverstock levantó al difunto por los hombros, y el inspector jefe Jones, por los pies. Con algunas dificultades, los dos lograron manejar aquel cuerpo, que aún estaba flácido; lo subieron por las escaleras, pasaron luego por el salón, desde donde lo llevaron a través del despacho hasta sacarlo al vestíbulo principal. Lady Moberley asomó la cabeza por el umbral de la puerta de su dormitorio, miró por encima de la balaustrada cuando conducían el cadáver de su marido por el vestíbulo, emitió una serie de «¡Oh..., oh..., oh..., oh!», y se retiró de nuevo a sus habitaciones privadas.

Ya en el vestíbulo, cayeron en la cuenta de que no podían ir cargados con el cadáver de Sir Marston durante todo el trayecto hasta los muelles. Por unos momentos tuvieron en consideración la posibilidad de meterlo en el maletero del «Jaguar», pero la rechazaron por considerar que era demasiado pequeño, y no resultaba muy decoroso.

Por último hallaron la solución en el «Land Rover» de la Policía. Hicieron lugar en la parte trasera del vehículo y allí colocaron el cadáver del gobernador. Incluso habiéndole puesto con los hombros descansando contra la parte posterior de los asientos delanteros, las piernas del difunto sobresalían por encima del portón trasero. El doctor Jones empujó al difunto por los pies, hasta lograr que las piernas quedaran recogidas dentro, y cerró el portón. El cuerpo de Sir Marston Moberley se desplomó entonces, cayéndose hacia delante de cabeza, como alguien que regresara de alguna fiesta demasiado prolongada durante la cual se hubiesen consumido grandes cantidades de alcohol.

Con el inspector jefe Jones al volante y el teniente Haverstock junto a él, el «Land Rover» se dirigió hacia el final de los muelles, seguido por la inmensa mayoría de la población de Port Plaisance. Una vez allí, en medio de una gran ceremonia, Sir Marston fue introducido en una de las cámaras de la fábrica de hielo, donde la temperatura se mantenía siempre muy por debajo de los cero grados centígrados.

El que había sido último gobernador de Su Majestad en las islas Barclay pasó su primera noche en el otro mundo

cómodamente acostado entre un gordo pez espada y un exquisito atún de negras aletas. A la mañana siguiente, las expresiones de los tres tendrían mucho en común.

El amanecer, como es lógico, se produjo cinco horas antes en Londres que en Sunshine. A las siete de la mañana, cuando los primeros dedos rosados de la aurora que anunciaba el nuevo día acariciaban los tejados de la abadía de Westminster, el superintendente jefe de detectives Desmond Hannah se reunía a puerta cerrada con el comisario jefe Braiwaite en el despacho que este último tenía en las dependencias del New Scotland Yard.

—Saldrá antes de las doce en el vuelo regular de la «British Airways» que parte de Heathrow para Nassau —dijo el comisario jefe—. Ya le tenemos reservados los billetes en primera clase. En el avión no quedaban plazas libres, por lo que hemos tenido que dejar a una pareja en tierra.

—¿Y los del equipo? —preguntó Hannah—. ¿Irán en primera o en clase turista?

—¡Ah, los del equipo, claro! Pues bien, Desmond, el equipo le será facilitado en Nassau. Los del Ministerio de Asuntos Exteriores se están encargando de solucionar eso.

Desmond Hannah empezó a sospechar que allí había gato encerrado. Era un hombre de cincuenta y un años de edad, un perseguidor de ladrones de la vieja escuela, que se había labrado una carrera subiendo en el escalafón peldaño tras peldaño, habiendo comenzado de *bobby*, como es lo habitual, comprobando puertas y cerraduras por las calles de Londres, ayudando a las ancianas a cruzar la calzada y orientando a los turistas, hasta haber alcanzado el rango de superintendente jefe de detectives. Todavía le quedaba un año para el retiro de la Policía, y su destino, al igual que muchos otros compañeros, sería el de aceptar un cargo menos agobiante como agente de seguridad en alguna empresa privada.

Sabía que jamás llegaría a comisario jefe, mucho menos dadas sus condiciones actuales, ya que hacía cuatro años había sido trasladado a la Sección de Homicidios, en la Brigada Superior de Investigación Criminal de la División de Operaciones Especiales, una especie de pozo conocido como el «cementerio de los elefantes». Uno entraba allí hecho un toro fornido y salía convertido en un montón de huesos.

No obstante, al superintendente jefe de detectives Hannah le gustaba el trabajo bien hecho. Para cualquier misión, sobre todo

si ésta se desarrollaba al otro lado del océano, el jefe de una brigada de detectives especializados en homicidios espera que se le otorgue un equipo de refuerzo integrado por al menos cuatro personas: un oficial encargado de la escena del crimen o SOCO con un rango no inferior al de sargento; un sargento responsable de los contactos con el laboratorio de criminología; un fotógrafo y un especialista en huellas dactilares. El aspecto forense podía ser de importancia crucial, como lo era, en efectivo, en la mayor parte de los casos.

—Quiero que sean de aquí, Bill.

—No puede ser, Desmond. Me temo que los del Ministerio de Asuntos Exteriores están tomando el asunto en sus manos. Después de todo, ellos corren con todos los gastos, de conformidad con el Ministerio del Interior. La Alta Comisión de Nassau se ha puesto de acuerdo con la Policía de las Bahamas para que éstos les presten el apoyo forense necesario. Estoy seguro de que serán buenos.

—¿Y la autopsia? ¿También se encargarán ellos?

—No —contestó el comisario jefe en tono tranquilizador—. Enviaremos a Ian West a Nassau para que él se encargue. El cadáver se encuentra aún en la isla. Tan pronto como le hayas echado una ojeada, embárcalo para Nassau en una caja para fiambres. Ian irá veinticuatro horas más tarde. Cuando él llegue a Nassau, deberás tenerle el cadáver preparado para que se ponga a trabajar.

Hannah emitió un gruñido. Era evidente que se había apaciguado. A fin de cuentas, con el doctor Ian West tendría uno de los mejores especialistas en patología forense del mundo.

—¿Por qué no puede ir directamente Ian a ese lugar llamado Sunshine y hacer la autopsia *in situ*? —preguntó el superintendente Hannah.

—No hay depósito judicial de cadáveres allí —le explicó, paciente, el comisario jefe.

—En ese caso, ¿dónde demonios se encuentra el cadáver ahora?

—Eso es algo que ignoro.

—¡Maldita sea! —exclamó Hannah—. Ya estará medio descompuesto para cuando yo llegue.

El superintendente no podía saber que el cuerpo de Sir Marston no estaba medio descompuesto, sino sólido como una roca. El doctor West no podría haber hundido su bisturí en él.

—Quiero que se haga allí el análisis balístico —dijo Hannah—. Si encuentro las balas o los casquillos de los proyectiles, quiero que Alan se encargue de ellos. Los proyectiles sirven a veces para aclararlo todo.

—Está bien —asintió el comisario jefe—, explica a los de la Alta Comisión que los necesitamos aquí y que los envíen por valija diplomática. Y ahora, ¿por qué no aprovechas para desayunar como Dios manda? El coche que vendrá a recogerte estará aquí a las nueve. Tu inspector jefe de detectives llevará el maletín de homicidios. Te encontrarás con él en el automóvil.

—¿Y qué pasa con los de la Prensa? —preguntó Hannah cuando se disponía a salir del despacho.

—Armarán la de Dios es Cristo, me temo. Aún no ha salido el asunto en los periódicos. La noticia no llegó hasta primeras horas de la madrugada. Pero todas las agencias de noticias están ocupándose del caso. Sólo Dios sabe cómo diablos han logrado enterarse tan pronto. Puede que en el aeropuerto se encuentren algunos de esos reptiles, tratando de ir en el mismo vuelo que tú.

Unos minutos antes de que diesen las nueve, Desmond Hannah se presentaba con su equipaje en el patio interior del edificio, donde un «Rover», con un sargento uniformado al volante, le estaba esperando. Hannah echó una mirada a su alrededor para ver si se encontraba allí Harry Wetherall, el inspector con quien había trabajado hacía unos tres años. No lo vio por ninguna parte. Al poco rato, un hombre de rostro sonrosado, y que tendría unos treinta años de edad, apareció a todo correr. Llevaba el maletín de homicidios, una maletita que contendría toda una variedad de tapones, vendas, cápsulas, ampollas, bolsitas de plástico, rascadores, botellitas, pinzas y sondas, que componen los instrumentos básicos de ese oficio que consiste en descubrir, manipular y conservar indicios.

—¿Mr. Hannah? —preguntó el joven.

—¿Quién es usted?

—El detective inspector Parker, señor.

—¿Dónde está Wetherall?

—Me temo que enfermo, señor. Gripe asiática o algo por el estilo. El oficial de servicio me pidió que le sustituyese. Siempre tengo mi pasaporte dispuesto en un cajón de mi escritorio, por si las moscas. Es algo realmente estupendo poder trabajar con usted, señor.

«¡Maldito Wetherall!» pensó Hannah, maldiciendo de paso sus ojos, que veían aquello.

Hicieron el viaje a Heathrow manteniendo un prolongado silencio. Finalmente, sólo Hannah conservó el silencio. El inspector Parker («Puede llamarme Peter, de verdad») se puso a hacer gala de sus conocimientos sobre la zona del Caribe. Había estado allí dos veces con el Club Méditerranée.

—¿Ha estado alguna vez en el Caribe, señor? —preguntó Parker.

—No —contestó Hannah, que se sumió de nuevo en el silencio.

En el aeropuerto de Heathrow les estaban esperando. El maletín de homicidios no pasó por el aparato de rayos X, donde hubiese causado un vivo interés. En vez de tener que someterse a las formalidades habituales, un oficial les acompañó por los controles de pasaporte y aduana y les condujo directamente a la sala de espera de primera clase.

Los de la Prensa ya habían sido alertados, en efecto, aunque Hannah no advirtió la presencia de los periodistas hasta que no se halló a bordo del avión. Dos agencias de noticias con dinero para gastar habían persuadido a algunos pasajeros para que les cediesen sus asientos y viajaran en otro vuelo posterior. Varios se afanaban por conseguir plaza en los dos aviones que despegaban de Miami por la mañana, mientras que sus oficinas ya estaban contratando, por si acaso, aviones de alquiler para hacer el trayecto de Miami a Sunshine. La «BBC TV», la «Independent TV News» y la «British Satellite Broadcasting» se hallaban organizando sus equipos de cámaras para enviarlos a las islas Barclay, mientras mandaban de avanzadilla a sus reporteros. En aquel tumulto se encontraban también los equipos de reporteros y fotógrafos de los cinco principales periódicos del país.

En la sala de espera, Mr. Hannah fue abordado por un joven jadeante y con pinta de recluta, que se presentó a sí mismo, como enviado del Ministerio de Asuntos Exteriores, al que pertenecía. Llevaba una carpeta voluminosa.

—Hemos recopilado algunos datos esenciales para su información —dijo el joven a Hannah, mientras le entregaba la carpeta—. Algo de geografía, economía y población de las islas Barclay; en fin, ese tipo de cosas. Y, por supuesto, también un informe sobre los entretelones de la actual situación política en las islas.

A Hannah le dio un vuelco el corazón. Un decente asesinato doméstico solía resolverse por sí mismo en pocos días. Pero si el asunto era de índole *política*...

En ese momento les llegó el aviso de embarque.

Después de despegar, el irrefrenable Parker encargó champaña a la azafata y se puso a responder preguntas sobre sí mismo con gran placer. Tenía veintinueve años, muy joven para ser ya un detective inspector, y estaba casado con una mujer llamada Elaine que trabajaba como agente de la propiedad inmobiliaria. Vivían en la nueva y elegante zona residencial de Dockland, pegados al Canary Wharf. Su pasión era un automóvil deportivo «Morgan 4x4», aunque Elaine conducía un «Ford Escort GTI».

—Descapotable, por supuesto —puntualizó Parker.

—Por supuesto —murmuró Hannah.

«Y yo, con una cucaracha diminuta —pensó—. ¿Así que dobles ingresos y ningún niño? ¡Menudo pájaro de altos vuelos!»

Parker había pasado directamente del instituto a una Universidad recién fundada, en la que se graduó. Había iniciado sus estudios en PFE (políticas, filosofía y económicas), pasándose luego a leyes. Al salir de la Universidad había ingresado directamente en la Policía metropolitana, y, después del aprendizaje previo obligatorio, había trabajado durante un año en las zonas residenciales de las afueras de Londres antes de asistir a los cursillos especiales de la Academia de Policía de Bramshill. De allí, había estado, durante cuatro años, en la Commisioner's Force Planning Unit.

Se encontraban ya sobrevolando County Cork cuando Hannah cerró la carpeta del Ministerio de Asuntos Exteriores y preguntó amablemente:

—¿Y en cuántas investigaciones de homicidios ha participado hasta la fecha?

—Bien, ésta será la primera, de momento. Por eso me alegré tanto de haber estado disponible esta mañana. No obstante, durante mis horas libres me dedico a estudiar criminología. Opino que es muy importante poder entender la mentalidad del criminal.

Desmond Hannah volvió el rostro para mirar por la ventanilla, mientras sentía que se hundía en la más absoluta miseria. Tenía un gobernador muerto, unas elecciones pendientes en las islas, un equipo forense de las Bahamas y, para colmo, un detective inspector bisoño que pretendía

entender la mentalidad de los criminales. Después del almuerzo se quedó adormilado durante todo el trayecto hasta Nassau. También intentó olvidar la presencia de los periodistas. Al menos hasta Nassau.

Quizá la noticia que la «Associated Press» había dado la noche anterior con tanta prontitud llegara demasiado tarde a Londres y los periódicos británicos, con sus cinco horas de desventaja, no tuvieron la oportunidad de difundirla, pero sí llegó justo a tiempo para que los redactores del *Miami Herald* la incluyeran en su periódico antes de que pasara a impresión.

A las siete de la mañana, Sam McCready se encontraba cómodamente sentado en el balcón de la habitación del hotel, saboreando esa primera taza de café que solía tomar antes del desayuno mientras contemplaba el azulado mar, cuando percibió el ruido familiar que el *Miami Herald* producía al ser deslizado por debajo de la puerta.

Cruzó la habitación en un par de zancadas, recogió el periódico del suelo y volvió al balcón. La noticia de la «Associated Press» aparecía en la parte inferior de la primera plana, de la que habían retirado una historia acerca de una langosta que había batido todos los récords, con el fin de dejarle espacio. La noticia reproducía textualmente el comunicado de la «Associated Press» referente a los informes no confirmados. En los titulares se decía escuetamente:

¿ASESINADO UN GOBERNADOR BRITÁNICO?

McCready leyó y releyó la noticia varias veces.

—¡Qué asunto tan desagradable! —murmuró.

Entonces fue al cuarto de baño para afeitarse, ducharse y arreglarse. A las nueve de la mañana despedía a su taxi delante del Consulado británico. Entró en él y se presentó a sí mismo... como Mr. Frank Dillon, del Ministerio de Asuntos Exteriores. Tuvo que esperar una media hora al cónsul, el cual le recibió en seguida. A las diez había obtenido aquello por lo que había ido: una línea de seguridad telefónica con la Embajada británica en Washington. Habló durante veinte minutos con el jefe de la delegación del Servicio Secreto de Inteligencia británico, el SIS, un compañero al que conocía de los días que habían pasado juntos en Londres, y con el cual había estado la semana anterior en el seminario de la CÍA.

—Pienso que podría darme un salto hasta allí —sugirió McCready.

—No se trata precisamente de un asunto que nos concierna, ¿no te parece? —sugirió el jefe de la delegación del SIS.

—Es probable que no, pero quizá merezca la pena echarle un vistazo. Necesitaré algunos fondos, y también un comunicador.

—Lo arreglaré con el cónsul. ¿Puedes ponerme con él?

Una hora después, McCready salía del Consulado con un buen fajo de dólares, por el que había firmado un recibo, y con un maletín en el que llevaba un teléfono portátil y un codificador, que le permitirían efectuar llamadas de seguridad al Consulado en Miami, sabiendo que serían transmitidas de inmediato a Washington.

Volvió al «Hotel Sonesta Beach», hizo las maletas, pagó su cuenta y llamó a una compañía de alquiler de aviones para que le tuviesen uno preparado en el aeropuerto. Los de la compañía le confirmaron la salida para las dos de la tarde en un vuelo que le llevaría a Sunshine en noventa minutos.

Eddie Favaro también se había levantado temprano esa mañana. Acababa de decidir que sólo había un lugar por el que podría comenzar: los patrones que alquilaban embarcaciones para ir de pesca y a quienes encontraría en los muelles. Donde quiera que Julio Gómez hubiese disfrutado las vacaciones, era seguro que una gran parte de las mismas tenía que haberla pasado en ese lugar.

Al no disponer de un medio de transporte propio, se dio un paseo hasta los muelles. No quedaban lejos. En casi todas las paredes y árboles que vio a su paso había carteles instando a los isleños a votar por alguno de los dos candidatos. Los rostros de ambos hombres, uno de ellos un mestizo de aspecto elegante y distinguido, el otro un hombre alto, corpulento y jovial, le contemplaban con expresión inquisidora desde los carteles de propaganda.

A muchos de ellos, alguien les había dado la vuelta para dejar a los candidatos cabeza abajo o les habían desfigurado el rostro, sin que nadie pudiese decir si la broma había sido gastada por chiquillos o por los simpatizantes del partido contrario. En todos los carteles se advertía el trabajo de impresores profesionales. En la fachada de una tienda situada cerca de los muelles vio un mensaje de tipo bien distinto, pintado con caracteres toscos. Rezaba:

QUEREMOS UN REFERÉNDUM

Cuando pasó por delante de la tienda, un jeep negro, con cuatro personas dentro, pasó por su lado a gran velocidad.

El jeep se detuvo entre chirridos de frenos. Los cuatro hombres, que se distinguían por una expresión ruda en sus rostros, llevaban camisas de múltiples colores y gafas de sol oscuras, que les ocultaban los ojos. Las cuatro cabezas negras se quedaron vueltas hacia la consigna pintada en la pared y luego giraron en dirección a Favaro como si éste fuese el responsable de aquello.

Favaro se encogió de hombros, como si dijese: «Eso nada tiene que ver conmigo.» Los cuatro rostros impassibles le siguieron con la mirada hasta que dio la vuelta a la esquina. Escuchó alejarse al jeep, cuyo conductor había acelerado a fondo, haciendo rascar el embrague.

En el muelle de los pescadores se encontró con varios grupos de personas que estaban discutiendo la misma noticia que había tenido ocupados a los que vio en el vestíbulo del hotel. Interrumpió a uno de los grupos para preguntar quiénes alquilaban sus embarcaciones a los turistas que iban de pesca. Uno de los hombres le indicó el final del muelle, donde vio a un pescador atareado en su bote.

Favaro cruzó el muelle y comenzó sus pesquisas. Mostró una fotografía de Julio Gómez al pescador. El hombre asintió con la cabeza.

—Por supuesto —dijo—, estuvo aquí la semana pasada. Pero fue a pescar con Jimmy Dobbs. Allí está la barca de Jimmy, la *Gulf Lady*.

No encontró a nadie en ella. Se sentó en un noray y se puso a esperar. Al igual que todos los policías, Favaro sabía que debería armarse de paciencia. Recopilar información en cuestión de segundos era algo que se quedaba para los telefilmes policíacos. En la vida real, se pasaban la mayor parte del tiempo esperando. Jimmy Dobbs apareció a las diez de la mañana.

—¿Mr. Dobbs?

—Yo mismo.

—¡Hola!, me llamo Eddie. Soy de Florida. ¿Es ésa su barca?

—Claro que es mi barca. ¿Ha venido a pescar?

—Pues sí, es mi pasatiempo favorito —contestó Favaro—. Un amigo mío me habló muy bien de usted.

—Me alegra oírlo.

—Mr. Julio Gómez. ¿Se acuerda de él?

El honesto y bonachón rostro de aquel hombre negro se ensombreció. Metió el brazo en la *Gulf Lady* y sacó una caña de pescar que tenía sobre cubierta. Durante algunos segundos examinó el señuelo que colgaba del anzuelo como carnada y luego le pasó la caña a Favaro.

—¿No le gustaría pescar una seriola? Ahí mismo, a la derecha, debajo del muelle, hay algunas muy buenas. Abajo, al final de todo.

Juntos caminaron hasta el final del rompeolas, donde nadie podría escuchar lo que dijeran. Favaro se preguntó, intrigado, por qué haría aquello el hombre.

Jimmy Dobbs echó la caña hacia atrás y lanzó el sedal con mano experta por encima de las aguas. Recogió lentamente, haciendo que el señuelo de brillantes colores se agitara en el agua y ascendiera hasta quedar justo bajo la superficie. Un pequeño jurel azul se lanzó rápidamente sobre la falsa carnada, dio media vuelta y se alejó.

—Mr. Julio Gómez ha muerto —dijo Jimmy Dobbs con aire de gravedad.

—Lo sé —replicó Favaro—. Y me gustaría descubrir el porqué. Salió a pescar con usted muchas veces, según tengo entendido.

—Cada año. Era un hombre muy bueno, un gran tipo.

—¿Le comentó qué clase de trabajo tenía en Miami?

—Sí. En cierta ocasión.

—¿Y se lo dijo usted a alguien?

—En modo alguno. ¿Es usted un amigo suyo, o un compañero?

—Ambas cosas, Jimmy. Pero dígame, ¿cuándo vio a Julio por última vez?

—Aquí, precisamente, el martes por la noche. Habíamos estado juntos todo el día. Me contrató para el viernes por la mañana. Pero no se presentó.

—No —asintió Favaro—, estaba en la pista de aterrizaje, tratando de conseguir un vuelo para Miami. Con prisas. Y abordó el avión que no debía. Explotó sobre el mar. ¿Por qué hemos tenido que caminar hasta aquí para hablar de esto?

En ese momento, Jimmy Dobbs pescó un pez luna de casi un kilo y pasó la temblorosa caña de pescar a Favaro. El norteamericano recogió el sedal. No tenía experiencia. El pez luna aprovechó que el hilo estaba flojo y se desprendió del anzuelo.

—Hay alguna gente muy mala por estas islas —se limitó a contestar el pescador.

Favaro identificó un olor que había percibido antes en la aldea. Era el olor del miedo. Sabía mucho sobre ese sentimiento. A ningún policía de Miami le es ajeno un aroma tan peculiar. Por alguna razón, el miedo se había apoderado de aquel paraíso.

—Cuando Julio le dejó, ¿parecía un hombre feliz?

—¡Oh, sí! Se llevaba un buen pescado para la cena. Era feliz. No tenía problemas.

—¿A dónde fue cuando se alejó de usted?

Jimmy Dobbs le miró con expresión de asombro.

—A la pensión de Mrs. Macdonald, por supuesto. Siempre se hospedaba allí.

Mrs. Macdonald no se encontraba en casa. Había salido de compras. Favaro decidió regresar más tarde. Ante todo trataría de enterarse de algo en el aeropuerto. Encaminó sus pasos hacia la plaza del Parlamento. Allí había dos taxis. Pero sus respectivos conductores habían ido a almorzar. Nada que hacer. Favaro cruzó la plaza para ir a comer al «Quarter Deck». Eligió una mesa en la terraza, desde la que podía vigilar ambos taxis. Alrededor de él se apreciaba el mismo excitado cuchicheo que había captado durante el desayuno, todos hablaban del asesinato del gobernador cometido el día anterior.

—Han enviado a un alto cargo de Scotland Yard —anunció un hombre en uno de los grupos que se había formado cerca de donde Favaro se hallaba.

Dos hombres entraron en el bar. Eran altos y fuertes, y no dijeron palabra alguna. La conversación murió como por encanto. Los dos hombres arrancaron todos los carteles en los que se proclamaba la candidatura de Marcus Johnson y pegaron otros diferentes en su lugar. En los nuevos carteles se leía:

Vota a Livingstone, candidato del pueblo.

Una vez terminado su trabajo, se largaron.

El camarero se acercó y le puso sobre la mesa un plato de pescado al horno y una jarra de cerveza.

—¿Quiénes eran éstos? —preguntó Favaro.

—Dos de los que ayudan a Mr. Livingstone en su campaña electoral —contestó el camarero, con rostro inexpresivo.

—Al parecer, la gente les tiene miedo.

—¡Oh, no, señor!

El camarero puso los ojos en blanco y se alejó. Favaro había contemplado ya esa expresión en las habitaciones donde se interrogaba a los detenidos en la Jefatura de Policía de Metro-Dade. Las celosías se cerraban detrás de los ojos. El mensaje era: *no hay nadie en casa*.

El «Jumbo» en el que el superintendente Hannah y el detective inspector Parker viajaban aterrizó en el aeropuerto de Nassau a las tres de la tarde, hora local. El primero en subir a bordo fue un policía de las Bahamas, el cual, al identificar a los dos enviados de Scotland Yard, se presentó a sí mismo y les dio la bienvenida a Nassau. Los acompañó hasta fuera del avión, antes de que los demás pasajeros bajaran, y luego hasta un «Land Rover» que les estaba esperando. La primera bocanada de aire caliente y balsámico se cerró sobre Hannah. De repente sintió que se asfixiaba en sus londinenses ropas.

El oficial de Policía les cogió los tiques del equipaje y se los pasó a un agente, que se encargaría de sacar sus maletas de entre el resto del equipaje. Luego llevaron en el vehículo a Hannah y a Parker a la sala de espera reservada para los VIP. Allí se reunieron con el Alto Comisionado adjunto británico, Mr. Longstreet, y otro funcionario mucho más joven, llamado Bannister.

—Les acompañaré a Sunshine —dijo Bannister—. Hay problemas con las comunicaciones. Según parece, no han podido abrir la caja fuerte del gobernador. Instalaré un nuevo equipo para que puedan comunicarse con la Alta Comisión de Nassau mediante una línea directa de radioteléfono. Una línea de alta seguridad, por supuesto. Y, como es lógico, tendremos que traernos el cadáver del gobernador en cuanto el juez instructor nos lo entregue.

La voz del hombre sonaba enérgica y parecía la de una persona eficiente. A Hannah le gustó. Luego le presentaron a los cuatro hombres que componían el equipo forense, facilitado por la Policía de las Bahamas como gesto de cortesía. La conferencia se prolongó durante una hora.

Hannah miró a través de los ventanales y contempló la explanada que se extendía frente a los hangares del aeropuerto. A unos treinta metros divisó un avión de alquiler de diez asientos, que estaba esperando a llevarle a él y a su nueva y ampliada escolta a la isla de Sunshine. Entre el edificio y el aparato dos equipos de televisión habían tomado ya posiciones

para captar ese momento. El superintendente Hannah lanzó un suspiro de resignación.

Cuando terminaron de discutir los últimos detalles, el grupo abandonó el salón para personalidades y empezó a bajar las escaleras. Los micrófonos se dirigieron hacia su persona y las cámaras le enfocaron.

—Mr. Hannah, ¿confía usted en que puedan apresar pronto al asesino?

—¿Resultará que esto ha sido un asesinato de carácter político?

—¿Está relacionada la muerte de Sir Marston con la campaña electoral?

Hannah asintió con la cabeza, sonrió, pero no respondió. Escoltados por policías de las Bahamas, todos abandonaron el edificio para meterse en el horno del radiante sol, y se dirigieron hacia el avión. Las cámaras de televisión registraron el acontecimiento. Una vez el grupo oficial estuvo a bordo del avión, los periodistas se precipitaron en tropel hacia sus respectivos aparatos alquilados, que habían conseguido gracias a la entrega de grandes fajos de dólares o que habían sido contratados ya desde Londres. Los aviones y avionetas, cual desordenada horda, comenzaron a rodar, cogiendo velocidad para el despegue. Eran las cuatro y veinticinco de la tarde.

A las tres y media, un pequeño «Cessna» inclinaba sus alas sobre Sunshine, efectuaba un giro, se enderezaba de nuevo y se preparaba para aterrizar en la franja de hierba que servía de pista.

—Es un precioso lugar salvaje —gritó el piloto estadounidense al hombre que iba sentado a su lado—. Sitio hermoso pero de lo más atrasado. Quiero decir que carecen de todo en esta isla.

—Faltos de tecnología —asintió Sam McCready.

McCready miró hacia abajo y contempló la polvorienta pista que subía hacia ellos. A la izquierda había tres edificaciones: un hangar de planchas de hierro acanalado, un cobertizo bajo, con el techo de hojalata rojo (la terminal del aeropuerto) y un cubo blanco sobre el que ondeaba la bandera británica (la cabaña de la Policía). Frente al cobertizo que hacía las veces de terminal del aeropuerto divisó una figura pequeña, con camisa de manga corta playera, que estaba hablando con un hombre que vestía pantalones cortos y una camiseta de deporte. Cerca de ellos había un vehículo aparcado. Las palmeras empezaron a crecer

peligrosamente a ambos costados del «Cessna» y el pequeño aeroplano golpeó pesadamente contra el suelo. Las edificaciones pasaron veloces al otro lado de la ventanilla cuando el piloto bajó la rueda delantera y levantó los alerones. Al final de la pista de aterrizaje giró en redondo y comenzó a aminorar la marcha.

—Por supuesto, claro que me acuerdo del avión. Fue horroroso cuando me enteré de que esa pobre gente había muerto.

Favaro había logrado encontrar al mozo de cuerda que cargó el equipaje en el «Navajo Chief» la mañana del viernes. Se llamaba Ben y se encargaba siempre de embarcar los equipajes en los aviones. Ése era su trabajo. Al igual que la mayoría de los isleños, se mostró abierto y franco, honesto y dispuesto siempre a hablar. Favaro le enseñó una fotografía.

—¿Vio a este hombre?

—Ya lo creo. Estaba preguntándole al propietario del avión si podía llevarle hasta Key West.

—¿Cómo lo sabe?

—Se encontraba junto a mí —contestó Ben.

—¿Parecía angustiado, ansioso, con prisa?

—Usted también la hubiese tenido, buen hombre. Explicó al dueño del avión que su mujer le había llamado por teléfono para decirle que su hijo estaba enfermo. La chica dijo que eso era algo terrible, que deberían ayudarlo. Así que el dueño le contestó que le llevarían con ellos hasta Key West.

—¿Había alguien más rondando alrededor de ustedes?

Ben se quedó reflexionando un rato.

—Tan sólo el otro hombre que me ayudaba a embarcar las maletas —dijo—. Algún empleado del propietario del avión, me imagino.

—¿Y qué aspecto tenía ese otro mozo?

—Jamás lo había visto antes —contestó Ben—. Un hombre negro, no de Sunshine, con una camisa de brillantes colorines y gafas oscuras. No dijo nada.

El «Cessna» se aproximó, rugiendo, al cobertizo de la terminal del aeropuerto. Los dos hombres que estaban esperando tuvieron que taparse los ojos con las manos para protegerse de la enorme polvareda que levantó. Un hombre encorvado, de mediana estatura, salió del edificio, abrió el portaequipajes del avión, sacó una maleta y un maletín de

diplomático, se quedó un momento parado, hizo señas al piloto y entró de nuevo en el cobertizo.

Favaro comenzó a pensar en aquellas palabras. Julio Gómez no solía decir mentiras. Y tampoco tenía mujer ni niño. Debería de encontrarse desesperado para rogar que le llevaran en ese avión y para querer volver a Miami. Y en cuanto a la bomba..., Favaro estaba convencido de que no iba destinada a Klinger. La habían puesto para Gómez. Dio las gracias a Ben y regresó al taxi, que le estaba esperando. Cuando iba a subir, una voz con acento inglés le dijo:

—Sé que es pedirle demasiado, pero ¿podría tener la amabilidad de llevarme hasta la ciudad? Parece ser que los taxis brillan por su ausencia.

El que hablaba era el hombre que había llegado en el «Cessna».

—¡No faltaba más! —respondió Favaro—. Sea usted mi invitado.

—Es muy cortés de su parte —dijo el caballero inglés mientras metía su equipaje en el maletero.

Durante el trayecto de cinco minutos hasta la ciudad, el forastero se presentó a sí mismo.

—Frank Dillon —dijo.

—Eddie Favaro —contestó el norteamericano—. ¿Viene a pescar?

—¡No, por desgracia! No es ésa mi afición favorita. Sólo vengo a pasar unos cuantos días de vacaciones, buscando algo de paz y tranquilidad.

—No tendrá oportunidad de encontrarlas —replicó Favaro—. De momento, la isla está sumida en una situación caótica, ya se ha anunciado la llegada de una legión de detectives londinenses, que vendrán en compañía de la Prensa. Anoche alguien mató a tiros al gobernador, cuando éste descansaba en el jardín de su casa.

—¡Dios santo! —exclamó el caballero inglés.

El forastero dio la impresión de haber sufrido una auténtica conmoción.

Favaro dejó al caballero inglés frente a la entrada del «Hotel Quarter Deck», despidió el taxi y, por las calles laterales, recorrió los escasos centenares de metros que le separaban de la pensión de Mrs. Macdonald. Al cruzar la plaza del Parlamento vio a un hombre muy alto que se dirigía a una alicaída multitud de ciudadanos, encaramado en la parte de atrás de una camioneta con plataforma plana. Era Mr. Livingstone en

persona. Favaro captó algunos de los atronadores graznidos de aquella oratoria:

—Y yo os digo, hermanas y hermanos, que vosotros compartiréis las riquezas de estas islas; compartiréis cuantos peces se pesquen en los mares; compartiréis las opulentas casas del puñado de ricos que vive en lo alto de las colinas, compartiréis...

La multitud no parecía muy entusiasmada. La camioneta estaba escoltada por los dos gigantescos hombres que habían arrancado los carteles de Johnson en el «Hotel Quarter Deck» a la hora del almuerzo para colocar los suyos. Mezclados entre la multitud, había varios hombres de similares aspecto físico y catadura, dispuestos a comenzar los vítores y las aclamaciones en el momento oportuno. Pero nadie vitoreaba más que ellos. Favaro prosiguió su camino. Esa vez le tocaba el turno a Mrs. Macdonald.

El avión en el que Desmond Hannah viajaba aterrizó a las seis menos veinte. Era casi de noche. Otras cuatro aeronaves, de tipo más ligero, habían realizado ya su recorrido y emprendido el vuelo de regreso a Nassau mientras aún era de día. Los pasajeros que habían conducido hasta la isla eran los corresponsales de la «BBO, de la «ITV», del *Sunday Times*, que habían compartido un avión con el *Sunday Telegraph*, y Mrs. Sabrina Tennant con su equipo de reporteros, cámaras y fotógrafos de la «British Satellite Broadcasting Company», la «BSB».

Hannah, Parker, Bannister y los cuatro agentes de la Policía de las Bahamas se habían reunido con el teniente Haverstock y el inspector jefe Jones, el primero vestido con un traje tropical color crema, mientras que el segundo se había presentado con su uniforme inmaculadamente limpio. Ante la perspectiva de ganarse algunos dólares, los dos taxistas de Port Plaisance y otros dos isleños que conducían pequeñas furgonetas acudieron a la pista. Así que todos tuvieron medio de locomoción.

A esas horas, ya habían sido cumplimentadas todas las formalidades burocráticas y la caravana llegó al «Hotel Quarter Deck» cuando era de noche. Hannah decidió que sería inútil comenzar las investigaciones a la luz de las antorchas, pero insinuó que la guardia en el palacio de la gobernación debería de mantenerse durante toda la noche, así que el inspector jefe, que estaba hondamente impresionado ante la oportunidad de trabajar codo con codo junto a un superintendente jefe de

detectives de Scotland Yard, vociferó las órdenes pertinentes a sus subordinados.

Hannah estaba cansado. En aquellas islas podrían ser algo más de las seis de la tarde, pero en el reloj interno de su cuerpo eran las once de la noche, y llevaba levantado desde las cuatro de la madrugada. Cenó a solas con Parker y el teniente Haverstock, cuya conversación le permitió hacerse una primera idea de lo que ocurrió la noche anterior. Luego se retiró a descansar.

Los periodistas no tardaron mucho en dar con el bar, haciendo gala en eso de un instinto tan hábil como infalible. Pedían ronda tras ronda, que eran consumidas de inmediato. Cada vez era mayor el escándalo de las jocosas chanzas que resultan habituales en los equipos de prensa cuando se encuentran realizando alguna misión en países extranjeros. Nadie se fijó en un hombre que vestía un ligero traje tropical muy arrugado y que permanecía sentado solo en el rincón más apartado del bar, bebiendo y escuchando el parloteo de los periodistas.

—¿A dónde fue cuando salió de aquí? —preguntó Eddie Favaro, que estaba sentado a la mesa de la cocina de Mrs. Macdonald, mientras la buena mujer le servía un plato de su exquisito guisado de almejas.

—Al «Quarter Deck», a tomar una cerveza —contestó ella.

—¿Se le veía alegre?

La melodiosa voz de Mrs. Macdonald, con su peculiar sonsonete, llenó el recinto.

—¡Que Dios me ampare, Mr. Favaro, pero si era un hombre feliz! Y le había preparado un pescado delicioso para cenar. Me dijo que estaría de vuelta a las ocho en punto. Le advertí que no se le ocurriese llegar tarde, pues, de lo contrario, el dorado se resecaría y se estropearía su sabor. Se echó a reír entonces y me aseguró que sería puntual.

—¿Y lo fue?

—¡Qué va, hombre! Se retrasó más de una hora. El pescado ya se había pasado. Y comenzó a decir insensateces.

—¿Qué fue lo que dijo? ¿Qué clase de... insensateces?

—Bueno, no es que hablase mucho. Parecía muy preocupado, como afligido. Luego me contó que había visto un escorpión. Bien, y ahora usted terminará de tomarse esa sopa. Está hecha con los bienes que el Señor nos depara.

Favaro se envaró, con la cuchara inmóvil a prudente distancia de sus labios.

—¿Dijo *un* escorpión o *el* escorpión?

Mrs. Macdonald frunció el entrecejo y se quedó pensativa.

—Creo que dijo *un*. Pero también pudo haber dicho *el* — admitió.

Eddie Favaro acabó su sopa, dio las gracias a la mujer y regresó al hotel. En el bar había un estruendo terrible. Encontró una silla libre en uno de los rincones más apartado, alejado de la multitud de periodistas. Una silla cercana la ocupaba el caballero inglés que había conocido en la pista de aterrizaje. El forastero levantó su vaso en señal de saludo, pero no le dijo nada.

«¡Gracias a Dios por este alivio!», pensó Favaro. Aquel inglés tan desgarbado parecía poseer al menos la virtud de saber guardar silencio.

Eddie Favaro necesitaba reflexionar en paz. Ya sabía cómo había muerto su amigo y compañero de trabajo; y creía saber también por qué. De algún modo misterioso, allí, en esa isla paradisíaca, Julio Gómez había visto, o había creído ver, al asesino más peligroso con el que los dos se habían tropezado a lo largo de su vida profesional

CAPITULO III

Desmond Hannah comenzó a trabajar a la mañana siguiente poco después de las siete, cuando el frescor del amanecer se extendía todavía por la isla. Su lugar de partida fue el palacio de la gobernación.

Mantuvo una larga entrevista con Jefferson, el mayordomo, el cual le habló de la inmutable costumbre del gobernador de retirarse todos los días, a eso de las cinco de la tarde, a su jardín vallado, donde se tomaba un whisky con soda antes de la puesta del sol. El detective londinense quiso saber el número de personas que estarían informadas de ese ritual. Jefferson frunció el entrecejo y se quedó reflexionando la pregunta del otro.

—Mucha gente, señor. Lady Moberley, el teniente Haverstock, yo mismo y también su secretaria, Miss Myrtle, pero la joven se encontraba fuera de la isla, en casa de sus padres, en Tórtola. Y además todos los visitantes que acudían a la casa y que lo habían visto en el jardín. Un gran número de personas, señor.

Jefferson le describió con toda exactitud cómo encontró el cadáver, pero insistió en que no había oído el disparo. Poco después, el empleo de la palabra «disparo» convencería a Hannah de que el mayordomo le había contado la verdad. Sin embargo, de momento ignoraba cuántos disparos eran los efectuados.

El equipo de la Brigada Criminal de Nassau estaba trabajando con Penrose en el jardín, donde se dedicaban a inspeccionar el césped, en busca de los cartuchos usados que hubieran podido salir del arma del asesino. En su búsqueda removían la tierra a cierta profundidad, ya que cabía la posibilidad de que, por falta de cuidado, las personas que habían estado pisoteando el lugar hubiesen enterrado en el suelo un pequeño casquillo de bronce o incluso varios. Las pisadas del teniente Haverstock, del Inspector Jefe Jones y de su tío, el doctor Caractacus Jones, los cuales habían estado

moviéndose por toda la hierba la noche del asesinato, habían eliminado cualquier posibilidad de obtener huellas de pies.

Hannah inspeccionó la puerta de hierro, en el muro del jardín, mientras el especialista en huellas dactilares enviado desde las Bahamas esparcía unos polvillos sobre el hierro, en la esperanza de encontrar posibles huellas. Pero no las había. Hannah estimaba que si el asesino había entrado por esa puerta, como parecía ser el caso, y había disparado de inmediato, el gobernador tenía que haberse encontrado, en posición erguida, entre la puerta y el muro de coral, al pie de las escaleras que conducían al salón de recepción. Si algún proyectil le había atravesado, la bala tenía que haber ido a estrellarse contra el muro. Hannah pidió a los policías que andaban a gatas por el césped que concentraran su atención en el sendero de conchas de moluscos trituradas que corría a todo lo largo de la base del muro. A continuación volvió a entrar a la casa para hablar con Lady Moberley.

La viuda del gobernador le esperaba en el salón de recepciones donde Sir Marston había recibido a la delegación de protesta de los Ciudadanos Consternados. Era una mujer delgada y pálida, con los cabellos grisáceos y la piel amarillenta a causa de los muchos años pasados en los trópicos.

Jefferson se presentó con una bandeja en la que llevaba una jarra de helada cerveza añeja. Hannah titubeó un momento, pero al fin decidió aceptarla. Después de todo, se trataba de una mañana en extremo calurosa. Lady Moberley estaba bebiendo un zumo de pomelo. La mujer contempló la cerveza con inusitada expresión de ansiedad. «¡Ay, querida!» se dijo Hannah para sus adentros.

En realidad, nada había en lo que ella pudiese servir de ayuda. Por cuanto sabía, su difunto marido no tenía enemigos. Los crímenes por razones políticas eran algo tan desconocido como insólito en esa isla. Sí, por supuesto que la campaña electoral había ocasionado algunas pequeñas controversias, pero todo quedaba en el ámbito de un proceso democrático normal. Al menos eso era lo que pensaba.

En cuanto a ella, mientras se producía el tiroteo, se encontraba a diez kilómetros de distancia, visitando un pequeño hospital, en la falda del monte Spyglars, regentado por un grupo de misioneros. El hospital había sido donado por Mr. Marcus Johnson, un caballero de modales distinguidos y gran filántropo, que realizaba obras de caridad desde que volvió, tras muchos años de ausencia, a sus natales islas Barclay, haría de eso unos

seis meses. Lady Moberley había dado su consentimiento para que la nombrasen patrona de esa institución de beneficencia. Había ido hasta allí en el vehículo oficial del gobernador, la limusina «Jaguar», que el chófer de su difunto esposo, Mr. Stone, había conducido.

Hannah le dio las gracias y se retiró. Parker se encontraba fuera de la casa, dándole golpecitos a la ventana. Hannah salió a la terraza. Parker denotaba una gran excitación.

—¡Usted tenía razón, señor! ¡Aquí está!

Parker mantenía su mano derecha en alto. En la palma, completamente deformada, se encontraba, aplanada, lo que había sido una flamante bala de plomo. Hannah contempló el proyectil con expresión sombría.

—Muchas gracias por haberlo toqueteado —dijo—. Y para la próxima vez, ¿tendría quizá la amabilidad de utilizar unas pinzas y una bolsita de plástico?

Parker se puso pálido como la cera, luego se escabulló a toda prisa hacia el jardín, colocó de nuevo la bala donde la había encontrado, sobre la gravilla de conchas de moluscos, abrió su maletín de homicidios y sacó unas pinzas. Varios de los policías de las Bahamas sonrieron maliciosamente.

Con movimientos harto aparatosos, Parker cogió con las pinzas la bala retorcida y la introdujo con todo cuidado en una bolsita de plástico.

—Y ahora, envuelva esa bolsita en algodón y métala en una botella de vidrio con tapón de rosca —ordenó Hannah.

Parker hizo lo que el otro le pedía.

—¡Muchas gracias! Y ahora, meta eso en el maletín de homicidios hasta que podamos enviárselo a los de balística —dijo Hannah, que suspiró con aire de resignación. El asunto se estaba convirtiendo en una faena más pesada de lo que hubiera podido imaginar. Empezaba a creer que quizás hubiese sido mejor trabajar solo.

El doctor Caractacus Jones se presentó atendiendo a un llamamiento de Hannah. Éste se alegró de poder charlar con un hombre que era un profesional en su oficio. El doctor Jones le explicó que Jefferson, a instancias del teniente Haverstock, había ido a buscarlo sobre las seis de la tarde del día anterior, cuando se encontraba en la casa que le hacía las veces de hogar, consultorio y quirófano. Jefferson le dijo que debía presentarse en seguida en la casa del gobernador, ya que alguien le había disparado. El mayordomo no le mencionó el hecho de que el disparo era mortal, por lo que el doctor Jones

había cogido el maletín con sus instrumentos y acudido allí en su coche para ver qué podía hacer. Al llegar obtuvo respuesta a su pregunta: como médico, nada podía hacer.

Hannah invitó al doctor Jones a pasar al despacho del difunto Sir Marston y le pidió que le extendiese un certificado para que el cadáver pudiera ser trasladado esa misma tarde a Nassau con el fin de que le practicaran la autopsia. El doctor Jones le facilitó lo que le pedía, en su condición de juez instructor y de primera instancia de la isla. Bannister, el delegado de la Alta Comisión de Nassau, redactó el certificado, utilizando una máquina de escribir que encontró en el despacho y un papel con el membrete oficial del palacio de la gobernación. Acababa de instalar el nuevo sistema de comunicaciones para Hannah.

En territorios de jurisdicción británica, la institución que encarna la autoridad suprema no es precisamente la Cámara de los Lores, sino el Tribunal de Justicia integrado por los jueces de Primera Instancia. Esa institución está por encima de cualquier otro tipo de tribunal. Para poder trasladar el cadáver desde Sunshine a las Bahamas se necesitaba un mandato judicial del juez de Primera Instancia. El doctor Jones lo firmó sin demora alguna y el documento adquirió validez jurídica. Hannah pidió al doctor Jones que le mostrara el cadáver.

Abajo, en el puerto, junto a los muelles, se abrieron las puertas de la fábrica de hielo y dos de los alguaciles del inspector jefe Jones sacaron el cadáver del gobernador, que ahora se había convertido en algo parecido a un sólido leño. Lo extrajeron hecho un bloque de hielo, junto con uno de los pescados, y lo condujeron a un lugar sombreado, en una tienda que había al lado, donde lo depositaron sobre una mesa improvisada con una puerta y dos caballetes.

Para los delegados de la Prensa, a los que ahora se había sumado un equipo enviado desde Miami por la «CNN», y que había estado siguiendo a Hannah durante toda la mañana, aquello era material de primera. Lo fotografiaron todo. Incluso el pez aguja, que había sido el compañero de cama del gobernador durante las pasadas treinta y seis horas, obtuvo unos primeros planos en las noticias que ofreció el telediario de la noche de la «CNN».

Hannah ordenó que fuesen cerradas las puertas de la tienda, para mantener alejados a los periodistas, y procedió a un examen del rígido cuerpo cubierto por capas de hielo y

escarcha, que llevó a cabo lo más concienzudamente que pudo. El doctor Jones se mantuvo a su lado. Después de mirar con toda atención el helado hueco que el cuerpo del gobernador tenía en el pecho, advirtió una desgarradura circular y de bordes impecables en la manga de la camisa del brazo izquierdo.

Lentamente amasó entre el índice y el pulgar la parte en que estaba la tela, hasta que el calor de su mano hizo que el material se tornara más flexible. El hielo se derritió. Había dos agujeros similares en esa manga, uno de entrada y otro de salida. Pero la piel no había sido tocada. Hannah se volvió hacia Parker.

—Dos balas como mínimo —dijo en tono sereno—. Nos falta la segunda bala.

—Es probable que siga dentro del cuerpo —apuntó el doctor Jones.

—No cabe duda —confirmó Hannah—. De todos modos, Peter, quiero que se registre de nuevo toda el área donde el gobernador se encontraba. Una y otra vez. Por si la bala estuviese aún allí.

A continuación dio la orden de que el cadáver fuese llevado de nuevo a la fábrica de hielo. Las cámaras de televisión zumbaron a su alrededor. Le acribillaron a preguntas. Hannah asintió con la cabeza, sonrió y dijo:

—Todo a su debido tiempo, damas y caballeros. Todavía es muy pronto para aventurar conclusiones.

—¡Pero ya hemos recobrado la bala! —anunció Parker con orgullo manifiesto.

Los objetivos de todas las cámaras se volvieron hacia él. Hannah empezó a creer que el asesino se había equivocado de víctima. Aquello empezó a convertirse en una rueda de prensa. Hannah no deseaba en modo alguno que tal cosa ocurriera.

—Esta noche les ofreceremos una explicación exhaustiva —dijo—. Pero de momento debemos regresar al trabajo. ¡Muchas gracias!

Empujó a Parker hasta el «Land Rover» de la Policía y se dirigieron de vuelta al palacio de la gobernación. Hannah pidió a Bannister que telefonara a Nassau y pidiera que enviasen esa misma tarde un avión con una camilla, un carrito, un saco para cadáveres y dos ayudantes. Luego acompañó al doctor Jones a donde éste había dejado su automóvil. Los dos hombres se encontraron a solas.

—Dígame una cosa, doctor, ¿hay alguien en esta isla que conozca realmente a cada uno de sus habitantes y que sepa todo cuanto ocurre aquí?

El doctor Cractacus Jones sonrió con picardía.

—Esa persona soy yo —respondió—; pero no, nunca me atrevería a hacer conjeturas sobre quién pudo haber hecho esto. A fin de cuentas, hace sólo diez años que volví de Barbados. Si desea enterarse de la verdadera historia de estas islas, tendría que visitar a Miss Coltrane. Ella es algo así como... la abuela de las islas Barclay. Si quiere averiguar quién podría ser considerado sospechoso en este caso, ella es la única que podría decírselo.

El doctor se despidió y se alejó en su abollado «Austin Mayflower». Hannah se encaminó hacia donde se encontraba el sobrino del médico, el Inspector Jefe Jones, el cual seguía de pie, junto a su «Land Rover».

—Quisiera pedirle un favor, señor inspector jefe —le dijo Hannah, con exquisita cortesía—. ¿Tendría la amabilidad de ir a la pista de aterrizaje y hacer algunas comprobaciones con el oficial encargado del control de pasaportes? ¿Quiénes han salido de la isla desde que se produjo el asesinato, si es que ha salido alguien? Exceptuando, por supuesto, a los pilotos de los aviones que hayan aterrizado, dado media vuelta y despegado de nuevo sin haberse salido de la pista de aterrizaje.

El Inspector Jefe se llevó la mano a la gorra para saludarlo y se dirigió hacia el aeropuerto. El «Jaguar» estaba aparcado delante del palacio de la gobernación. Osear, el chófer, se dedicaba a limpiarlo. Parker y el resto del equipo se encontraban en la parte posterior de la casa, buscando la bala perdida.

—¿Osear?

—Sí, diga —respondió el aludido, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Conoce a Miss Coltrane?

—¡Por supuesto, señor! Una dama muy distinguida.

—¿Sabe dónde vive?

—Sí, señor. En *Villa Flamingo*, en lo alto del monte del Spyglass.

Hannah echó una mirada a su reloj de pulsera. Eran las once y media de la mañana y hacía un calor de mil demonios.

—¿Estará allí a estas horas?

Osear le miró con gesto sorprendido.

—Desde luego, señor.

—¿Quiere llevarme a verla?

El «Jaguar» serpenteó por las callejuelas de la ciudad hasta salir a las afueras; poco después comenzaba a subir por los angostos y empinados vericuetos del monte Spyglass, a unos diez kilómetros de Port Plaisance. Era un modelo antiguo, del tipo *Mark IX*, un clásico en su género, construido según las técnicas y los gustos de antaño y en el que se podía oler el fuerte perfume del cuero y el inconfundible aroma del nogal barnizado. Hannah iba en el asiento de atrás y contemplaba el paisaje que se deslizaba lentamente al otro lado de la ventanilla.

La apretada maleza de las tierras bajas cedió el lugar a una vegetación mucho más verde y exuberante en las altas laderas. Pasaron junto a pequeñas plantaciones de maíz, de mangos y de papayas; a ambos lados del camino se alzaban cabañas de madera, frente a cuyas puertas había corrales polvorientos en los que las gallinas picoteaban el suelo. Chiquillos de tez morena oyeron la llegada del automóvil y salieron a todo correr al borde del camino para saludar con gestos y ademanes frenéticos. Hannah les devolvió el saludo.

Pasaron por delante del blanco y limpio edificio de la clínica infantil que Marcus Johnson había donado. Hannah miró hacia atrás y divisó, a lo lejos, la ciudad de Port Plaisance, que dormitaba amodorrada por el calor. Pudo distinguir los rojos tejados de la tienda frente a los muelles y de la contigua fábrica de hielo donde el congelado gobernador dormía; también el arenoso descampado de la plaza del Parlamento, la torrecilla de la iglesia anglicana y el techo de tejas de madera del hotel «Quarter Deck». Y mas allá, al otro extremo de la ciudad, refulgiendo en la reverberante colina, se encontraba el recinto amurallado del palacio de la gobernación. «¿Pero a cuento de qué puede haber estado interesado alguien en pegarle un tiro al gobernador?», se dijo.

Pasaron por delante de una pulcra casita de campo que, en otros tiempos, había pertenecido al difunto Mr. Barney Klinger, tomaron después dos curvas y salieron a la cima de la montaña. Allí se alzaba una hermosa mansión de color rosa, *Villa Flamingo*.

Hannah tiró de una cadena de hierro forjado que pendía a su lado de la puerta, y, a continuación, dentro de la casa se escuchó un melodioso campanilleo. Una chica de unos quince

años acudió a abrirles la puerta; llevaba una sencilla bata de algodón, de la que sobresalían sus desnudas piernas negras.

—Quisiera ver a Miss Coltrane —dijo Hannah.

La chica asintió con la cabeza y le hizo pasar, acompañándole hasta un amplio salón, muy fresco y bien ventilado. Grandes puertas de doble hoja, abiertas de par en par, daban a un balcón desde el que se disfrutaba de una espectacular vista de la isla y del reluciente mar azul que se extendía hasta la Andros, en las Bahamas, ocultas al otro lado de la línea del horizonte.

Pese a no haber aire acondicionado, la temperatura en el aposento era realmente fresca. Hannah advirtió que la casa carecía de electricidad. Sobre tres mesitas había sendas lámparas de aceite de cobre pulcramente bruñido. La refrescante brisa entraba por el abierto balcón gracias a la corriente de aire que se establecía con las ventanas abiertas en la pared opuesta de la sala. El mobiliario indicaba a las claras que se trataba del cuarto de estar de una persona ya mayor. Hannah empezó a pasearse por la habitación mientras esperaba.

Había multitud de cuadros en las paredes, hileras de ellos, y todos de aves del Caribe, primorosamente pintadas a la acuarela en delicados colores. El único que no era el de un pájaro representaba a un hombre que exhibía de cuerpo entero el blanco uniforme de un gobernador colonial británico. La figura se encontraba gallardamente firme, abarcando con su mirada el aposento, con una cabeza en la que destacaban sus blancos cabellos y su bigote, igualmente blanco, en un rostro de tez bronceada, de líneas enérgicas y expresión infantil. Una fila de medallas diminutas cubría la pechera izquierda de su guerrera. Hannah se aproximó para leer el letrero colocado en la parte inferior de esa pintura al óleo. Rezaba: *Sir Robert Coltrane, titular de la Orden de Caballero del Imperio Británico, gobernador de las islas Barclay, 1945-1953*. La figura mantenía su blanco yelmo, adornado con un penacho de blancas plumas de gallo, en la curvatura de su brazo derecho, mientras que su mano izquierda descansaba en la empuñadura de la espada.

Hannah sonrió con tristeza. «¿Así que la Miss Coltrane ha de ser en realidad Lady Coltrane, la viuda del que fuera gobernador de estas islas?» Siguió inspeccionando el aposento hasta toparse con un armario de acristaladas puertas, que hacía las veces de escaparate de muestras. Detrás de las vidrieras, colgando de la pared del fondo, se encontraban los trofeos

militares del difunto gobernador, recolectados y exhibidos por su viuda. Allí estaba el cordón de color púrpura intenso del que pendía la Cruz de la Victoria, la más alta condecoración británica que se concede por el arrojo y el valor en los campos de batalla, y también se indicaba la fecha en que obtuvo tal galardón: 1917. A ambos lados de esa medalla se veían la Cruz de Servicios Distinguidos y la Cruz al Mérito Militar. Alrededor de esas condecoraciones estaban dispuestos algunos otros objetos que el guerrero habría llevado consigo en sus campañas.

—Fue un hombre muy valiente —dijo claramente una voz a espaldas de Hannah, el cual se dio media vuelta, visiblemente embarazado.

La dama había entrado en silencio; las ruedas de goma de su silla no habían producido ruido alguno sobre las baldosas. Era una mujer menuda y de aspecto delicado, de rizados cabellos blancos y brillantes ojos azules.

Detrás de ella se alzaba el sirviente que había conducido a la inválida en su silla de ruedas desde el jardín, un auténtico gigante cuyas dimensiones infundían pavor. La dama se volvió hacia el criado.

—Muchas gracias, *Firestone*, ya puedo arreglármelas sola.

El gigante saludó con una inclinación de cabeza y se retiró. La dama hizo rodar su silla de inválida hasta el centro de la sala e invitó a Hannah con un gesto de su mano a que tomara asiento, luego sonrió.

—¿Le extraña su nombre? Lo abandonaron casi recién nacido y lo encontraron en un estercolero, dentro de un neumático de la casa «Firestone». Bien, usted debe de ser el superintendente jefe de detectives Hannah, de Scotland Yard. Es un rango francamente muy alto para estas pobres islas. ¿En qué puedo servirle?

—Tengo que pedirle disculpas por haberla llamado *Miss Coltrane* cuando me dirigí a su doncella —dijo Hannah—. Nadie me explicó que usted es Lady Coltrane.

—Ya no lo soy —replicó la dama—. Aquí soy precisamente «la señorita». Es así como todos me llaman. Y la verdad es que prefiero ese tratamiento. Los viejos hábitos se resisten a morir. Como habrá podido advertir, no soy inglesa de nacimiento, sino oriunda de Carolina del Sur.

—Su difunto esposo... —dijo Hannah, mientras indicaba el retrato con la mirada— fue gobernador de estas islas en otros tiempos.

—Sí. Nos conocimos durante la guerra. Robert había combatido ya en la Primera Guerra Mundial. No pensaba que tendría que volver para recibir una segunda dosis. Pero así ocurrió. Lo hicieron de nuevo. Por entonces, yo era enfermera. Nos enamoramos y nos casamos en 1943. Pasamos diez maravillosos años hasta que él murió. Entre nosotros había una diferencia de edad de veinticinco años, pero eso era algo que nos importaba un comino. Una vez acabada la guerra, el Gobierno de Su Majestad le nombró gobernador de estas islas. Y cuando murió, decidí quedarme. Sólo contaba cincuenta y seis años cuando falleció a causa de una enfermedad contraída por las heridas, en la guerra.

Hannah hizo sus cálculos. Sir Robert tendría que haber nacido en 1897, así que debió de obtener la Cruz de la Victoria a los veinte años. Ella tendría unos sesenta y ocho años, demasiado joven para andar en una silla de ruedas. La dama pareció leer sus pensamientos, mientras lo miraba con sus brillantes ojos azules.

—Me resbalé y me caí —dijo—. Hará unos diez años. Me rompí la espina dorsal. Pero usted no habrá hecho un viaje de seis mil kilómetros para perder su tiempo charlando con una anciana que está en una silla de ruedas. ¿Qué puedo hacer por usted?

Hannah se lo explicó.

—El hecho es que soy incapaz de intuir el motivo. Quien quiera que haya disparado su arma contra Sir Marston ha tenido que odiarlo lo suficiente como para hacer tal cosa. Pero entre estos isleños no puedo descubrir motivo alguno. Usted conoce a esta gente. ¿Quién habría querido matarle? ¿Y por qué?

Lady Coltrane se deslizó en su silla de ruedas hasta acercarse a una de las ventanas abiertas y se quedó contemplando el paisaje durante un rato.

—Mr. Hannah, usted tiene razón. Conozco muy bien a esta gente. Hace cuarenta y cinco años que vivo aquí. Adoro estas islas, y adoro a sus habitantes. Espero tener motivos para creer que también ellos me adoran.

La dama hizo girar la silla en redondo y se le quedó mirando.

—En el esquema mundial de las cosas estas islas no pintan nada. Pero su gente parece haber descubierto algo que el mundo exterior ha eludido: la forma de ser felices. Exactamente eso es lo que han descubierto. No cómo enriquecerse, ni ser poderosos, pero sí felices.

»Y ahora Londres quiere darnos la independencia. Y, de repente, dos candidatos han aparecido para competir por el poder: Mr. Johnson, un hombre muy acaudalado y que ha donado grandes sumas de dinero a las islas, cualesquiera que puedan ser sus motivos; y Mr. Livingstone, el socialista, que pretende nacionalizar todo lo que se le ponga por delante para repartirlo entre los pobres. Ambición muy noble, por supuesto. Ahí tenemos, pues, a Mr. Johnson, con sus planes de desarrollo y prosperidad, y a Mr. Livingstone, con sus proyectos de igualdad.

»Conozco a los dos. Los conocí cuando eran unos niños. Los conocí cuando eran unos adolescentes. Después se marcharon de las islas para ir a hacer fortuna en otra parte. Y ahora han regresado.

—¿Sospecha de alguno de los dos? —inquirió Hannah.

—Mr. Hannah, se trata de los hombres que ellos han traído consigo. Fíjese en las personas que los rodean. Son tipos violentos. Mr. Hannah. Los isleños lo saben. Han sido amenazados y maltratados por ellos. Quizá debería echar un vistazo en el entorno de esos dos hombres, Mr. Hannah...

Durante el viaje de regreso, cuando bajaban por la falda de la montaña, Desmond Hannah estuvo reflexionando sobre las palabras de la anciana. ¿Un matón a sueldo? El asesinato de Sir Marston apuntaba claramente en esa dirección. Después del almuerzo pensó que debería de mantener una charla con ambos candidatos y echar un vistazo a la gente que los rodeaba.

A la entrada del palacio de la gobernación, una persona le salió al encuentro. Un inglés regordete, con una enorme papada que le sobresalía por encima de su cuello de clérigo, que le estaba esperando sentado en una silla en el vestíbulo, se levantó de un salto cuando le vio aparecer. Parker le hacía compañía.

—¡Hola, jefe! —le saludó su ayudante—. Le presento al reverendo Simón Prince, el pastor anglicano de la localidad. Desea darnos cierta información que puede interesarnos.

Hannah se preguntó de dónde demonios habría sacado Parker esa expresión de «jefe». La odiaba. «Señor» hubiese sido lo decoroso. «Desmond» mucho después, muchísimo tiempo después. Tal vez.

—¿Ha habido suerte con la segunda bala?

—Eh, no, todavía no.

—Pues mejor sería que fuese a ocuparse de ello —le espetó Hannah.

Parker salió a todo correr por la puerta vidriera. Hannah se apresuró a cerrarla.

—Y bien, Mr. Prince, ¿qué es eso que desea contarme?

—Puede llamarme Quince —dijo el vicario—. Quince. ¿Sabe?, todo esto resulta muy desagradable.

—Lo es, en efecto. Sobre todo para el gobernador.

—¡Oh, ah... sí! Lo que yo quería decir en realidad es..., bueno, pues bien..., el motivo de mi visita es para comunicarle algo acerca de un compañero de hábitos. No sé si debiera hacerlo, pero tengo la sensación de que pueda resultar pertinente.

—¿Por qué no relega en mí la facultad de juzgar sobre ese asunto? —le sugirió Hannah en un tono meloso de voz.

El pastor se calmó y volvió a tomar asiento.

—Ocurrió el pasado viernes —dijo.

Entonces le habló de la delegación del Comité de Ciudadanos Consternados, y del rechazo que había obtenido por parte del gobernador. Cuando el otro terminó su relato, Hannah frunció el ceño.

—¿Cuáles fueron exactamente sus palabras? —preguntó.

—Dijo —repitió Quince— que «tendremos que desembarazarnos de ese gobernador y conseguir uno nuevo por nuestra cuenta».

Hannah se puso de pie.

—Muchísimas gracias por todo, Mr. Quince. ¿Podría sugerirle que no dijese nada más sobre esto, y que el asunto quedase entre nosotros?

El agradecido vicario aprovechó el momento para largarse a toda prisa. Hannah se quedó reflexionando sobre lo que le habían comunicado. No sentía ninguna simpatía en particular por los delatores, pero ahora no le quedaría más remedio que ir a comprobar lo que el exaltado baptista Walter Drake había querido decir. En ese momento Jefferson se presentó con una bandeja en la que traía una fuente de colas de langosta con salsa mahonesa. Hannah dio un suspiro de alivio. A fin de cuentas, también tenía que haber ciertas compensaciones en el hecho de ser enviado a seis mil kilómetros de distancia del hogar. Y si el ministerio de Asuntos Exteriores era el que pagaba... Se bebió de un trago un vaso de fresco vino de Chablis y se dedicó a rendir los honores a la langosta.

Aún no había terminado de comer cuando el Inspector Jefe Jones, que volvía del aeropuerto, entró.

—Nadie ha salido de la isla —le comunicó—, nadie en las últimas cuarenta horas.

—No legalmente, en todo caso —le corrigió Hannah—. Y ahora quisiera encargarle otra tarea rutinaria, Mr. Jones. ¿Lleva usted un registro de las armas de fuego?

—Por supuesto.

—Estupendo. ¿Podría revisarla por mí y visitar a todos aquellos que posean un arma de fuego registrada en las islas? Estamos detrás de una pistola de gran calibre. En particular algún tipo de arma de fuego que alguien mantenga oculta, o que haya sido limpiada recientemente, o a la que hayan dejado reluciente con grasa fresca.

—¿Grasa fresca?

—Tras haber sido usada —aclaró Hannah.

—¡Ah, sí!, por supuesto.

—Y una última cosa, Inspector Jefe, ¿ha registrado el reverendo Drake algún arma de fuego?

—No. De eso estoy seguro.

Cuando el inspector jefe se retiró, Hannah mandó llamar al teniente Haverstock.

—¿Tiene usted por casualidad un revólver de reglamento o una pistola automática? —le preguntó.

—¡Oh!, quiero decir..., bueno, fíjese, ¿no pensará usted realmente que yo...? —protestó el joven subalterno.

—Se me ocurrió que podían habérsela robado, o utilizado indebidamente, y luego colocado de vuelta en su sitio.

—¡Ah, claro!, ya veo cuál es su punto de vista. Pues no, en la actualidad, no. Ninguna arma de fuego. Nunca me traje una a la isla. Pensé que sería suficiente con mi espada para las ceremonias militares.

—En el caso de que Sir Marston hubiese muerto acuchillado, podría jugar con la idea de arrestarle —dijo Hannah en tono afable—. ¿Y no hay arma de fuego alguna en el palacio de la gobernación?

—No, que yo sepa. De todos modos, el asesino entró por la puerta de atrás, y no salía de la casa. ¿O acaso no es eso seguro? ¿Saltó quizá por el muro del jardín?

Con las primeras luces del alba, Hannah había examinado la forzada cerradura de la puerta de hierro en el muro del jardín. Teniendo en cuenta los ángulos que las dos armellas rotas formaban y la falleba arrancada del enorme candado, no cabía

lugar a dudas de que alguien había tenido que utilizar un pie de cabra muy largo y resistente para forzar los viejos hierros y partirlos de aquella manera. Pero luego se le ocurrió que el hecho de haber forzado la puerta podría haber sido una simple estratagema. Aquello lo podían haber hecho muy bien con algunas horas de antelación o incluso algunos días antes. A nadie se le hubiera ocurrido inspeccionar aquella puerta por fuera, ya que todos creían que era extraordinariamente sólida, sobre todo por su herrumbre.

El asesino podía haber roto el candado y dejado la puerta como si estuviese cerrada, para penetrar más tarde en la casa, matar al gobernador y emprender la huida por el mismo sitio por el que había entrado. Lo que necesitaba ahora era la segunda bala, de la que abrigaba la esperanza de que se conservara intacta, y también el arma con la que había sido disparada. Se quedó contemplando a lo lejos el refulgente mar azul. Si el proyectil se hallaba en aquellas profundidades, jamás lo encontraría.

Hannah se puso de pie, se enjugó los labios con una servilleta y salió a ver si encontraba a Osear y el «Jaguar». Ya era hora de que mantuviese una pequeña charla con el reverendo Walter Drake.

Sam McCready también estaba almorzando. Cuando entró a la terraza al aire libre donde se hallaba el comedor del hotel «Quarter Deck», se encontró con que todas las mesas estaban ocupadas. Afuera, en la plaza del Parlamento, un grupo de hombres vestidos con chillonas camisas playeras, y que ocultaban sus ojos tras oscuras gafas de sol, estaban situando una camioneta con la parte trasera en forma de plataforma plana, y que había sido decorada con carteles pintarrajeados de muchos colores en los que se exhortaba a votar a Mr. Marcus Johnson. Se esperaba que el gran hombre pronunciara un discurso a las tres de la tarde.

Sam pasó la mirada por la terraza y descubrió una única silla libre. Se encontraba junto a una mesa ocupada por un único comensal.

—Parece ser que hoy andamos algo apretados. ¿Le importaría si me siento con usted? —preguntó.

Eddie Favaro le señaló gentilmente la silla.

—No hay problema —contestó.

—¿Ha venido a la isla a pescar? —preguntó McCready mientras estudiaba con atención la pequeña minuta.

—Pues sí.

—¡Que extraño! —comentó McCready después de haber encargado cebiche, un plato de pescado crudo y en un escabeche compuesto por zumo fresco de limón— De no habérmelo dicho usted, hubiese jurado que es un agente de policía.

Sam McCready se abstuvo de mencionar las atrevidas conjeturas que se había hecho la noche anterior tras haber estudiado a Favaro en el bar; así como tampoco habló de la llamada telefónica que a un amigo había hecho en las oficinas que el FBI tenía en Miami, ni la respuesta recibida por él esa misma mañana. Favaro colocó su jarra de cerveza sobre la mesa y se le quedó mirando fijamente.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó— ¿Un policía británico?

McCready hizo un gesto despectivo.

—¡Oh, no, nada tan glamoroso! Sólo soy un funcionario público que pretende pasar unas pacíficas vacaciones lejos de su despacho.

—¿Entonces a qué viene eso de que soy un agente de policía?

—Por instinto. Usted se comporta como un policía. ¿Tendría la amabilidad de explicarme qué está haciendo realmente en esta isla?

—¿Y a cuento de qué debería hacerlo?

—Porque —insinuó McCready en tono afable— ha llegado precisamente antes de que el gobernador fuera asesinado. Y por esto también. —Y mostró a Favaro un pliego de papel. Era una hoja de papel encabezada por el membrete oficial del ministerio de Asuntos Exteriores británico. En ella se anunciaba que el Mr. Frank Dillon era un alto empleado de ese ministerio y se rogaba «a quien concerniera» que le prestase la mayor ayuda posible. Favaro le devolvió el documento y reflexionó sobre el asunto. A fin de cuentas, el teniente Broderick le había dejado claro que tendría que arreglárselas solo cuando pisara territorio británico, así que también podía decidir por su cuenta.

—Oficialmente me encuentro de vacaciones. No, no sé pescar. Extraoficialmente estoy tratando de averiguar por qué fue asesinado mi compañero la semana pasada y quién lo hizo.

—Hábleme de eso —le rogó McCready—. A lo mejor puedo ayudarle.

Favaro le contó cómo había muerto Julio Gómez. El caballero inglés masticaba su pescado crudo y escuchaba.

—Estoy convencido de que ha tenido que ver a un hombre en esta isla, y que él también fue visto. Un hombre a! que solíamos conocer en Metro-Dade como Francisco Méndez, alias *el Escorpión*.

Hacia unos ocho años que, en el sur de Florida, había estallado lo que se dio en llamar la «guerra de los corrales», sobre todo en el área metropolitana de Metro-Dade. Antes de aquello, los colombianos habían estado introduciendo cocaína en la región, pero la distribución había corrido a cargo de bandas de cubanos. Después, los colombianos llegaron a la conclusión de que les convenía prescindir de los intermediarios cubanos y vender ellos directamente a los consumidores. Entonces comenzaron a introducirse en el territorio de los cubanos, en su «corral». Los cubanos respondieron a esa intromisión, y la guerra de los corrales estalló. Desde aquello no habían cesado de producirse los asesinatos.

En el verano de 1984, un motorista vestido con ropas de cuero rojo y blanco, que conducía una «Kawasaki», se detuvo delante de una tienda de licores situada en pleno centro de Dadeland Malí, sacó una pistola ametralladora «Uzi» de una bolsa y la descargó a sangre fría, lanzando ráfaga tras ráfaga, dentro de la tienda llena de gente. Tres personas murieron y otras catorce resultaron heridas.

En condiciones normales, el motorista hubiera desaparecido sin más, pero a unos doscientos metros de distancia se encontraba un joven policía de tráfico motorizado, que estaba poniendo una multa por mal estacionamiento. Cuando el asesino tiró su descargada «Uzi» y se dio a la fuga, el policía se lanzó en su persecución y comunicó por radio la descripción del sospechoso y la dirección que había tomado. A mitad de camino de North Kendall, el conductor de la «Kawasaki» aminoró la marcha, se sacó del bolsillo interior de su cazadora una pistola «Sig Sauer» automática de nueve milímetros, apuntó y disparó contra el policía que le perseguía, alcanzándole de lleno en el pecho. Cuando el joven cayó al suelo, el asesino se alejó a toda velocidad, según explicó luego una viuda, que ofreció también una descripción muy exacta de la moto y de las ropas de cuero de su conductor. El casco, sin embargo, le ocultaba el rostro.

Aunque el hospital baptista se encontraba sólo a cuatro manzanas de distancia, y pese a que el policía fue conducido allí de inmediato y sometido a cuidados intensivos, el joven agente

murió antes de la mañana siguiente. Tenía veintitrés años y dejaba viuda y una hijita de unos meses.

La llamada que había hecho por radio había alertado a dos coches de la Policía que se encontraban en las inmediaciones. Ya en la carretera, a unos dos kilómetros de distancia, uno de los coches patrulla divisó al motorista en fuga, lo adelantó y se le cruzó por delante hasta obligarlo a caer. Antes de que el hombre pudiera levantarse, tenía puestas las esposas.

Por su aspecto, parecía hispanoamericano. Gómez y Favaro fueron los encargados del caso. Durante cuatro días con sus noches estuvieron frente al asesino, tratando de sacarle aunque sólo fuese una palabra. Pero el hombre no dijo nada, nada en absoluto, ni en español, ni en inglés. No había rastro de pólvora en sus manos, ya que había llevado guantes. Pero los guantes habían desaparecido, y, pese a la intensa búsqueda emprendida en la zona por la Policía, jamás fueron encontrados. Los agentes supusieron que el asesino los había tirado dentro de la parte trasera de un descapotable que encontró a su paso. Los llamamientos a la población dieron como fruto la recuperación de la pistola «Sig Sauer», encontrada en el jardín de una de las casas de los alrededores. Era el arma que había sido utilizada para matar al policía, pero no había huellas dactilares en ella.

Gómez estaba convencido de que el asesino tenía que ser colombiano, ya que la tienda de licores pertenecía a unos cubanos que la utilizaban como centro de distribución de cocaína. Después de cuatro días de interrogatorios, él y Favaro pusieron al sospechoso el alias del *Escorpión*.

Al quinto día, un distinguido abogado, conocido por los elevadísimos honorarios que cobraba, se presentó en la Comisaría. Mostró un pasaporte mexicano, expedido a nombre de Francisco Méndez. Era nuevo y válido, pero no tenía el sello de entrada en Estados Unidos. El abogado reconoció que su cliente podía ser un inmigrante ilegal y solicitó su libertad bajo fianza. La Policía se opuso.

Cuando se presentó ante el juez, un notorio liberal, el abogado protestó contra la actuación de la Policía, alegando que sólo habían detenido a *un* hombre que vestía ropas de cuero rojo y blanco y que conducía una «Kawasaki», pero no *al* hombre que había conducido una «Kawasaki» y dado muerte al policía de tráfico y a las otras tres personas.

—Ese cretino de juez le otorgó la libertad bajo fianza — explicó Favaro—. Medio millón de dólares. En menos de

veinticuatro horas, *el Escorpión* había desaparecido. El fiador había entregado el medio millón con una sonrisa. Para él, aquello era una bagatela.

—¿Y usted piensa...? —inquirió McCready.

—Aquel tipo no era sólo un vulgar asesino; sino uno de sus mejores pistoleros profesionales; de lo contrario, no se hubieran tomado tal cantidad de molestias ni hubiesen perdido tanto dinero para lograr su libertad. Tengo el convencimiento de que Julio lo vio en esta isla, y hasta es posible que descubriera dónde vive. Mi compañero estaría tratando de volver a Miami para solicitar de nuestro Gobierno que presentase un recurso de extradición.

—Que nosotros hubiéramos otorgado —dijo McCready—. Me parece que deberíamos de informar al hombre de Scotland Yard. Después de todo, el gobernador fue asesinado cuatro días después. Incluso en el supuesto de que ambos casos resulten no estar relacionados entre sí, hay suficientes sospechas como para registrar toda la isla en busca de ese sujeto. No es un lugar muy grande, que digamos.

— ¿Y si lo encuentran? ¿Qué delito habrá cometido en territorio británico?

—Bien —contestó McCready—, para empezar, usted lo identificaría positivamente. Eso constituiría un cargo condenatorio de por sí. El superintendente jefe de detectives puede que pertenezca a una Organización distinta a las nuestras, pero no precisamente a una que sienta simpatía por los asesinos de policías. Y en el caso de que nos muestre un pasaporte válido, en mi calidad de alto funcionario del ministerio de Asuntos Exteriores podría denunciarlo como una falsificación. Y así tendríamos un segundo cargo condenatorio.

Favaro sonrió con picardía y le tendió la mano.

—Mr. Frank Dillon, esto me encanta. Vamos a ver a su hombre de Scotland Yard.

Hannah se apeó del «Jaguar» y se encaminó hasta las abiertas puertas de un edificio construido con tablones de madera, donde se encontraba la iglesia baptista. De dentro salía el sonido de los cánticos. Atravesó el umbral y se detuvo unos instantes, mientras su vista se acostumbraba a la penumbra que reinaba en el interior del templo. Dirigiendo el cántico de los feligreses se oía la profunda voz de bajo del reverendo Drake.

Rocas milenarias, abríos a mi paso...

La música no tenía acompañamiento instrumental, se componía de canto llano. El pastor baptista se había bajado del pulpito y caminaba de un lado a otro por la nave de la iglesia, agitando los brazos, que parecían grandes y negras aspas de molino, con el fin de infundir ánimo a sus fieles para que entonasen sus cánticos de alabanza al Señor.

*Permíteme que me refugie en tu seno...
Concédenos el agua y la sangre...*

El reverendo Drake advirtió la presencia de Hannah en el umbral de la puerta, dejó de cantar e hizo gestos con los brazos para imponer silencio. Las trémulas voces fueron apagándose poco a poco.

—Hermanos y hermanas —vociferó el ministro del Señor—, hoy nos ha sido deparado un privilegio, Mr. Hannah, el enviado de Scotland Yard ha venido a reunirse con nosotros.

La congregación de fieles se había vuelto en sus bancos y contemplaba fijamente al hombre que estaba junto a la puerta. La mayoría de ellos eran hombres y mujeres ancianos, pero también había un puñado de jóvenes matronas acompañadas de una manada de chiquillos pequeños de ojos grandes como platos.

—¡Reúnete con nosotros, hermano! ¡Canta con nosotros! ¡Hacedle sitio para que pueda sentarse!

Cerca del policía, una voluminosa matrona con un vestido de flores estampado dirigió una amplia sonrisa a Hannah, se movió en el banco para hacerle sitio y le ofreció su misal. Hannah lo necesitaba. Ya había olvidado los textos. Había pasado demasiado tiempo desde que rezara por última vez. Todos juntos cantaron la vehemente antifona. Cuando el servicio religioso hubo terminado, los fieles fueron saliendo del templo, mientras eran despedidos uno a uno por el sudoroso reverendo Drake, que se había apostado junto a la puerta.

Cuando el último de los feligreses salió, el reverendo Drake rogó a Hannah que lo acompañase hasta su sacristía, una pequeña habitación situada a uno de los lados del altar.

—No puedo ofrecerle cerveza, Mr. Hannah. Pero me regocijaría compartir mi limonada fría con usted.

Drake destapó un termo y llenó dos vasos. La limonada, perfumada con lima agria, estaba deliciosa.

—¿Y que puedo hacer yo por el enviado de Scotland Yard? —inquirió el pastor.

—Dígame dónde se encontraba el martes a las cinco de la tarde.

—Aquí. Entonando alegres cánticos al Señor frente a cincuenta buenos feligreses —contestó el reverendo Drake—. ¿Por qué?

Hannah le echó en cara las palabras que había pronunciado la mañana del viernes de la semana anterior cuando bajaba por las escaleras del palacio de la gobernación. Drake sonrió a Hannah desde arriba. El detective londinense no era un hombre de baja estatura precisamente, pero el predicador le sobrepasaba en más de cinco centímetros.

—¡Ya veo! ¿Así que ha estado hablando con Mr. Quince? —El reverendo Drake pronunció ese nombre como si estuviese chupando una rodaja de limón.

—No he dicho eso —replicó Hannah.

—No me hacía falta que lo hiciera. Pues sí, pronuncié esas palabras. ¿Cree usted que asesiné al gobernador Moberley? No, señor, soy una persona pacífica. No suelo utilizar armas. No quito la vida a nadie.

—¿Entonces, qué quiso usted decir, Mr. Drake?

—Quise decir que no creía que el gobernador transmitiera nuestra demanda a Londres. Quise decir que tendríamos que echar mano de nuestros escasos fondos y enviar a Londres una persona que exigiese el nombramiento de un nuevo gobernador, de alguien que pudiera entendernos y que propusiera lo que nosotros exigíamos.

—¿Que consiste en...?

—En un referéndum, Mr. Hannah. Aquí están ocurriendo cosas muy malas. Ciertos forasteros han venido a mezclarse entre nosotros, gente ambiciosa, que pretende dirigir nuestros asuntos. Éramos felices. No teníamos riquezas, pero estábamos contentos. Si pudiésemos votar en un referéndum, la inmensa mayoría de nosotros se pronunciaría por seguir siendo británicos. ¿Acaso es esto que le digo algo tan errado?

—No, en mi opinión —admitió Hannah—, pero yo no me dedico a la política.

—Tampoco lo hacía el gobernador. Pero ese hombre se hubiera preocupado por impedirlo, en aras de su carrera aunque supiera que se trataba de un error grave.

—Él no tenía elección —replicó Hannah—. Cumplía órdenes.

Drake asintió con la cabeza como si se estuviese dirigiendo a su limonada.

—Eso mismo fue lo que dijeron los hombres que clavaron a Cristo en su cruz, Mr. Hannah.

Hannah no deseaba verse metido en una discusión sobre política o teología. Tenía que resolver un caso de asesinato.

—Usted no apreciaba a Sir Marston, ¿no es así?

—No, en verdad, y que Dios me perdone.

—¿Alguna razón en particular, aparte de esas obligaciones que tenía que cumplir aquí?

—Era un hipócrita redomado, y un gran fornicador. Pero no le maté. El Señor nos da la vida y el Señor nos la quita, Mr. Hannah. Él lo ve todo. El martes por la tarde, el Señor llamó a Sir Marston Moberley.

—Rara vez el Señor usa una pistola de gran calibre en sus llamadas —replicó Hannah, el cual unos instantes creyó percibir un destello de aprecio en la mirada del reverendo Drake—. Ha dicho *fornicador*. ¿Qué ha querido decir con eso?

El reverendo Drake se le quedó mirando con expresión inquisidora.

—¿No lo sabe acaso?

—No.

—Miss Myrtle, la secretaria que está... de vacaciones. ¿No la ha visto?

—No.

—Es una chica grandullona, robusta, lozana y muy alegre.

—No lo dudo. Ahora está con sus padres en Tórtola —dijo Hannah.

—Pues no —le corrigió Drake en tono afable—, ahora se encuentra en el Hospital General de Antigua, dando a luz a un nene.

«¡Oh, Dios mío!», pensó Hanna. Hasta ese momento sólo había oído hablar de la chica con la exclusiva referencia a su nombre. Después de todo, en Tórtola también vivían padres que eran de raza blanca, ¿o no?

—¿Es la joven..., cómo decirlo...?

—¿Negra? —vociferó Drake—. ¡Pues sí, por supuesto, es negra! Grandullona y rolliza. Tal como le gustaban a Sir Marston.

«Y Lady Moberley también lo sabría— pensó Hannah—. La pobre y desmoralizada Lady Moberley, empujada a la bebida por todos esos años pasados en los trópicos y por todas esas chicas nativas. Resignada, sin duda alguna. O tal vez no, quizá viendo que las cosas iban demasiado lejos, al menos en esta ocasión...»

—Tiene usted cierto acento estadounidense —apuntó Hannah cuando se despedía—. ¿Me puede decir por qué?

—En Estados Unidos hay muchos colegas teólogos de la religión baptista —replicó el reverendo Drake—. Allí cursé mis estudios como ministro del Señor.

Hannah regresó en el «Jaguar» al palacio de la gobernación. Durante el trayecto se entretuvo en elaborar una lista de posibles sospechosos.

El teniente Jeremy Haverstock sabía, indudablemente, cómo utilizar un arma de fuego, en el caso de que se hubiese hecho con una; pero en apariencia, no tenía motivos. A menos que fuese el padre del nene de Myrtle y el gobernador le hubiese amenazado con arruinar su carrera.

Lady Moberley, para quien las cosas habían ido demasiado lejos. Llena de motivos, pero que hubiera necesitado un cómplice para forzar el candado de la puerta de hierro. A no ser que lo hubiera roto utilizando una cadena sujeta al «Land Rover».

El reverendo Drake, pese a sus protestas de ser una persona pacífica. Incluso las personas pacíficas pueden verse acorraladas y advertir que las cosas van demasiado lejos.

Recordó entonces el aviso que Lady Coltrane le dio al recomendarle que echase un vistazo al en torno de los dos candidatos electorales. Sí, eso es lo que haría, echar un buen vistazo a esos ayudantes en la campaña electoral. ¿Pero dónde estaba el motivo en ese ámbito? Sir Marston les estaba abriendo el camino, les hacía el juego al llevar la isla a la independencia, con uno de los dos candidatos como Primer Ministro. A menos que uno de los grupos hubiera pensado que el gobernador estaba favoreciendo al otro...

Cuando regresó al palacio de la gobernación, se encontró con un torrente de noticias esperándole.

El Inspector Jefe Jones había comprobado su registro de armas de fuego. En toda la isla no había más que seis armas de ese tipo que pudieran ser utilizadas. Tres, propiedad de unos expatriados, caballeros ya jubilados, dos británicos y un canadiense. Eran escopetas de caza, que ellos utilizaban para el tiro al plato. También había un rifle, cuyo propietario, llamado Jimmy Dobbs, era el patrón de un pesquero que lo tenía con el fin de emplearlo contra los tiburones, si daba la casualidad que algún día uno de esos monstruos atacaba su barca. Y una pistola de colección, que jamás había sido usada, propiedad de

otro expatriado, un estadounidense que había fijado su residencia en Sunshine. El arma se encontraba en su caja con tapa de cristal, todavía precintada tal como había salido de fábrica. Y existía también su propia arma, guardada bajo llave en la Comisaría.

—¡Maldita sea! —refunfuñó Hannah—. Cualquiera que sea el arma utilizada por el asesino, no estaba registrada legalmente.

El detective inspector Parker le tenía preparado un informe sobre las pesquisas en el jardín. El lugar había sido registrado palmo a palmo, de un extremo a otro, y hasta la tierra había sido removida. No encontraron una segunda bala. O bien se desvió en su trayectoria al rozar algún hueso del gobernador, saliendo así del cuerpo con un ángulo distinto al calculado y saltando por encima del muro del jardín, para perderse irremisiblemente; o, lo que era más probable, aún se encontraba dentro del cuerpo del gobernador.

Bannister le tenía noticias de Nassau. Un avión aterrizaría en la isla a las cuatro de la tarde, al cabo de una hora, para trasladar el cadáver a las Bahamas, donde se le practicaría la autopsia. Se esperaba que el doctor West llegase en unos minutos y se trasladase inmediatamente al depósito de cadáveres de Nassau, donde esperaba que le llevaran el cadáver.

Además había dos hombres que querían verle, y que le estaban esperando en el salón de recepciones. Hannah ordenó que tuvieran preparada una camioneta para llevar el cuerpo a las cuatro de la tarde a la pista de aterrizaje. Bannister, que volvería a Nassau para reintegrarse a la Alta Comisión y que por tanto, acompañaría al cadáver, se fue con el Inspector Jefe para supervisar los preparativos. Hannah se dirigió adonde sus nuevos huéspedes le estaban esperando.

El hombre llamado Frank Dillon se presentó a sí mismo. Le explicó por qué coincidencias se encontraba de vacaciones en la isla y cómo, también por mera coincidencia, se había encontrado con aquel caballero estadounidense a la hora del almuerzo. Mostró su carta de presentación, que Hannah examinó con escaso placer. Una cosa era ese Bannister, de la Alta Comisión oficial de Nassau, y otra muy distinta un funcionario de Londres, que daba la casualidad de que hacía un pequeño cambio en su itinerario de vacaciones y se encontraba metido de sopetón en medio de la cacería que se organizaba contra un asesino, lo que era, sobre poco más o menos, como

encontrarse con un tigre vegetariano. Luego le presentó al caballero estadounidense, el cual admitió ser otro detective.

De todos modos, la actitud de Hannah cambió, cuando Dillon le habló de la historia que Favaro le había contado.

—¿Tiene alguna foto de ese tal Méndez? —preguntó Hannah.

—No, no la llevo encima.

—¿Podría obtenerla de los archivos de la Policía de Miami?

—Sí, señor. Podría pedir que la enviaran por fax a su gente de Nassau.

—Hágalo —dijo Hannah, mientras echaba un vistazo a su reloj de pulsera—. Ordenaré que comprueben las listas de registros de todos los pasaportes de la gente que ha pasado por aquí desde hace tres meses. Buscaremos por Méndez, o por cualquier otro apellido de origen español de las personas que hayan entrado a la isla. Y ahora, tienen que perdonarme. Debo supervisar el traslado del cadáver hasta el avión que lo llevará a Nassau.

—¿Ha pensado por casualidad en charlar con los dos candidatos? —preguntó McCready cuando se despedían.

—Sí —contestó Hannah—, es lo primero que pienso hacer mañana cuando me levante de la cama. Mientras tanto esperaré a que me llegue el informe con los resultados de la autopsia.

—¿Tendría algún inconveniente en que yo le acompañara? —inquirió McCready—. Le prometo que no abriré la boca. De todos modos, hay que reconocer que ambos son... políticos. ¿No lo cree así?

—Está bien —contestó Hannah, aunque lo hizo a regañadientes.

El detective se preguntó para sus adentros para quién estaría trabajando realmente ese Frank Dillon.

De camino al aeropuerto, Hannah advirtió que ya habían pegado los carteles encargados por él, aprovechando los escasos espacios libres que habían podido encontrar en los muros entre los que llamaban a votar por uno u otro candidato. En Port Plaisance había tal cantidad de carteles por doquier que el lugar estaba amenazado con quedar literalmente empapelado.

En los carteles oficiales, que habían sido realizados por el impresor de la localidad, bajo los auspicios del Inspector Jefe Jones y abonado con el dinero del palacio de la gobernación, se ofrecía una recompensa de mil dólares estadounidenses a la persona que hubiera visto a alguien merodeando por el camino

que había detrás del muro del jardín del palacio de la gobernación, a eso de las cinco de la tarde del martes, y pudiera dar una descripción del sospechoso.

Mil dólares estadounidenses representaban una suma descomunal para el común de los habitantes de Port Plaisance. La recompensa prometida haría que alguien se presentase; alguien que hubiese visto algo, o a alguna persona. Y en Sunshine, cada cual conocía a cada cual...

En la pista de aterrizaje, Hannah estuvo observando cómo cargaban en el avión el cuerpo congelado del gobernador, al que Bannister y los cuatro agentes del equipo forense de las Bahamas acompañarían. Bannister se encargaría de facturar para Londres, en el vuelo nocturno, todo el material de raspaduras y muestras, que un coche patrulla de Scotland Yard recogería al amanecer, y las llevaría al laboratorio forense que el ministerio del Interior tenía en Lambeth. No esperaba demasiado de todo aquello; la segunda bala era lo que deseaba tener cuanto antes, y el doctor West la extraería esa misma noche en Nassau cuando hiciese la autopsia al cadáver. Precisamente por encontrarse en el aeropuerto, se perdió el mitin que Johnson dio en la plaza del Parlamento. Lo mismo les ocurrió a los periodistas, los cuales habiendo presenciado ya el comienzo del mitin electoral, cuando vieron pasar el convoy de la Policía, abandonaron la plaza y lo siguieron hasta la pista de aterrizaje.

McCready no se lo perdió. En aquellos momentos se encontraba en la terraza del hotel «Quarter Deck».

Una inconexa multitud, compuesta de unas doscientas personas, se había reunido allí para oír lo que su filantrópico benefactor tenía que decirles. McCready se fijó en una media docena de hombres, con camisas playeras de brillantes colorines y oscuras gafas de sol, que se habían diseminado entre la multitud, repartiendo trocitos de papel y banderas con sus respectivas astas. Las banderas eran blancas y azules, los colores del candidato. Los trocitos de papel eran dólares en billetes de curso legal.

A las tres y diez, un «Ford Fairlane» blanco, evidentemente el automóvil más grande que había en la isla, penetró en la plaza y se acercó a la plataforma reservada para el orador. Mr. Marcus Johnson se apeó del coche y subió por la escalerilla que le tenían preparada. Alzó los brazos en alto, agitando las manos como un boxeador que celebrara su victoria. Iniciada por los

que iban vestidos con camisas de colorines, se produjo una salva de aplausos. Ondearon algunas banderas. A los pocos minutos, Mr. Marcos Johnson estaba pronunciando su discurso.

—Y yo os prometo, amigos míos, y *todos* sois mis amigos... —proclamó Mr. Marcus Johnson, en cuyo rostro de bronce brillaba ese tipo de sonrisa al que los anuncios de dentífricos nos tienen acostumbrados—, que cuando al fin seamos libres, una ola de prosperidad inundará todas estas islas. Tendréis trabajo en abundancia porque habrá hoteles, una nueva flota, bares, cafeterías, y nuevas industrias en las que se manufacturarán las riquezas del mar, que serán vendidas en los países del continente americano. De todo ello brotará la prosperidad. Y esa prosperidad irá a parar a *vuestros* bolsillos, amigos míos, no a las manos de personas que se encuentran muy lejos de nosotros, allá en Londres...

Estaba utilizando un megáfono para hacerse oír por todos los que estaban en la plaza. La interrupción llegó de un hombre que no necesitó megáfono alguno. La profunda voz de bajo resonó al lado opuesto de la plaza, pero acalló los gritos del político.

—¡Johnson, no te queremos aquí! —vociferó el reverendo Walter Drake—. ¿Por qué no te vuelves al lugar del que has venido y te llevas contigo a todos tus matones?

De repente, el silencio se hizo en la plaza. La multitud, asombrada, se quedó esperando que la tierra se abriera bajo los pies del pastor. Nadie había osado hasta entonces interrumpir a Marcus Johnson. Pero la tierra no se abrió. Sin decir una palabra, Johnson dejó el megáfono y se metió rápidamente en su automóvil. A una palabra suya, el coche se alejó a toda velocidad, seguido por un segundo automóvil en el que iba el grupo de sus ayudantes.

—¿Quién es ése? —preguntó McCready al camarero que atendía en la terraza.

—El reverendo Drake, señor.

El hombre parecía más despavorido que asustado. McCready se quedó pensativo. Él había escuchado una voz similar a ésta antes, en alguna parte, y estaba tratando de recordar dónde había sido. Al fin pudo localizarla en su memoria: durante su servicio militar, hacía unos treinta años, en Catterick Camp, en YorkShire. En la celebración de una parada militar. Se retiró a su habitación y realizó una llamada de seguridad a Miami.

El reverendo Walter Drake aceptó en silencio la paliza que le propinaron. Eran cuatro de los hombres que habían estado en la

plaza; fueron a buscarlo esa misma noche, cuando salió de la iglesia para dirigirse a su casa. Los hombres usaron bates de béisbol y los pies. Le golpearon con rudeza, descargando sus palos contra el hombre tendido en el suelo. Cuando se cansaron de golpearle, se alejaron. A lo mejor estaba muerto. Era algo que no les preocupaba. Pero el reverendo Drake seguía vivo.

Media hora después recobró el conocimiento y se arrastró hasta la casa más próxima. La asustada familia llamó al doctor Caractacus Jones; éste tuvo que conducir al predicador a su clínica valiéndose de una carretilla de mano; luego se pasó el resto de la noche curando y vendando sus heridas.

Desmond Hannah recibió una llamada telefónica durante la cena. Tuvo que dejar el hotel e ir al palacio de la gobernación para atender la llamada. Era del doctor West, que le hablaba desde Nassau.

—Escúcheme —dijo el especialista en patología forense—, ya sé que lo único que pretendían era conservar el cadáver, pero lo que tengo aquí parece un bloque de cemento. Está helado y sólido como una roca.

—Las autoridades locales hicieron lo mejor que pudieron —dijo Hannah.

—Y eso es también lo que yo quiero hacer —replicó el médico—, pero pasarán unas veinticuatro horas hasta que se me descongele ese tipo.

—Practique la autopsia lo antes que pueda, por favor —pidió Hannah—. Necesito esa maldita bala.

CAPÍTULO IV

El Superintendente jefe de detectives Hannah decidió entrevistarse primero con Mr. Horatio Livingstone. Poco después de la caída del sol le telefoneó a su casa de Shantytown. El político atendió a su llamada al cabo de unos minutos. Le dijo que estaría encantado de recibir al delegado de Scotland Yard dentro de una hora.

Osear condujo el «Jaguar», llevando al inspector jefe Parker sentado a su lado. Hannah iba en el asiento de atrás, junto a Mr. Dillon, del Ministerio de Asuntos Exteriores. En su ruta no necesitaban pasar por las calles céntricas de Port Plaisance, ya que Shantytown se encontraba a unos cinco kilómetros de distancia, junto a la carretera de la costa, a la misma altura en que el palacio de la gobernación estaba emplazado.

—¿Ha hecho algunos progresos en sus pesquisas, Mr. Hannah, o quizás ésta es una pregunta indiscreta y poco profesional? —inquirió Dillon en tono cortés.

Si había algo que no le gustaba a Hannah era comentar la marcha de sus investigaciones con personas que no pertenecieran a su propio grupo. Y jamás lo hacía. De todos modos, ese tal Dillon parecía ser tan sólo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

—El gobernador fue asesinado por un disparo realizado con un arma de fuego de gran calibre cuya bala le atravesó el corazón —explicó—. Al parecer, fueron efectuados dos disparos. Uno erró en el blanco y fue a estrellarse contra la pared que había al fondo, detrás del gobernador. He recuperado el proyectil y lo he enviado a Londres.

—¿Muy destrozado? —preguntó Dillon.

—Me temo que sí. La otra bala se encuentra todavía alojada dentro del cuerpo, según creemos. Sabré algo más al respecto cuando reciba el resultado de la autopsia que se está practicando en Nassau, pero no será hasta esta noche.

—¿Y en cuanto al asesino?

—Según parece entró por la puerta del muro del jardín, que había sido forzada. Le dispararon a unos tres metros de

distancia, y, a continuación, el asesino se fugó por allí. Aparentemente.

—¿Aparentemente?

Hannah le expuso su idea de que el hecho de forzar la puerta podía ser una simple estratagema para distraer la atención de que en realidad el asesino procediera de la misma casa. Mr. Dillon dio muestras de encontrarse hondamente sorprendido.

—Nunca se me hubiese ocurrido pensar en algo así —dijo.

El automóvil entraba en esos momentos en Shantytown. Como su nombre indicaba, era un lugarejo de unos cinco mil habitantes, compuesto por una multitud de casas arracimadas, construidas con tablones de madera como paredes, con planchas de hierro galvanizado como tejados.

Una gran profusión de pequeñas tiendas, en las que se vendían toda clase de frutas y verduras, amén de camisetas, forcejeaban por hacerse sitio entre las viviendas y las tabernas. Era, muy a las claras, el territorio particular de Livingstone; allí no se veía ni un solo cartel de propaganda de Mr. Marcus Johnson, pero los de Livingstone aparecían por todas partes.

En el centro de Shantytown, al que se accedía por la calle más ancha de la villa (también la única), se alzaba una gran mansión protegida por una valla. Los muros de ésta eran bloques de coral, y permitían la entrada por una única puerta lo bastante amplia como para que cupiese un coche por ella. Al otro lado de la valla se divisaba el tejado de la casa, el único edificio de dos plantas en toda Shantytown. Se rumoreaba que Mr. Livingstone era el propietario de un gran número de tabernas y que cobraba tributo a los bares que no le pertenecían.

El «Jaguar» se detuvo delante de la entrada, y Stone tocó el claxon. A lo largo de toda la calle se aglomeraban los isleños que habían acudido a contemplar la flamante limusina con su banderita ondeando en un pequeño mástil colocado en la parte delantera del coche, en la aleta derecha. El automóvil del gobernador jamás había entrado antes en Shantytown.

Una pequeña ventanilla se abrió en el portalón de entrada, un ojo inspeccionó el vehículo y se abrió la puerta. El «Jaguar» penetró en un polvoriento patio y se detuvo frente a la terraza de la mansión. Había dos hombres en el patio, uno junto a la puerta y el otro en la terraza. Ambos vestían idénticos trajes, tipo safari, gris claro. Un tercer hombre, con idéntica

indumentaria, se asomó por una ventana de la planta alta. Se metió cuando el automóvil se detuvo.

El hombre de la terraza les acompañó, a Hannah, Parker y Dillon, hasta un amplio salón, que parecía ser el aposento principal de la casa; el mobiliario era barato, pero funcional. Pocos instantes después, Mr. Horatio Livingstone hacía su aparición. Era un hombre alto y gordo, cuyo rechoncho rostro se retorció en muecas al desvivirse por repartir sonrisas. Irradiaba afabilidad.

—¡Caballeros, caballeros, qué gran honor! ¡Tomen asiento, por favor!

Hizo un gesto para que les sirvieran café. Él mismo se acomodó en una amplia butaca, mientras sus redondos ojillos iban posando su mirada por los tres rostros blancos que tenía ante él. Otros dos hombres entraron en el aposento y se sentaron detrás del candidato. Livingstone los señaló con un ademán de su mano.

—Son dos de mis colaboradores: Mr. Smith y Mr. Brown.

Los dos saludaron con una inclinación de cabeza, pero no dijeron nada.

—Y bien, Mr. Hannah, ¿en qué puedo servirle?

—Ya sabrá, Mr. Livingstone, que estoy aquí para investigar el asesinato del gobernador, sir Marston Moberley, perpetrado hace cuatro días.

La sonrisa desapareció del rostro de Livingstone, que sacudió la cabeza apesadumbrado.

—Algo terrible —asintió en tono grave—, todos nos sentimos hondamente angustiados. Era una persona encantadora, realmente encantadora.

—Me temo que he de preguntarle dónde se encontraba usted el martes a las cinco de la tarde, y qué estaba haciendo.

—Aquí, Mr. Hannah, me encontraba aquí, con mis amigos; ellos le corroborarán lo que digo. Estaba preparando el discurso que pensaba pronunciar al día siguiente ante la Asociación de Pequeños Arrendatarios.

—¿Y también se encontraban aquí sus colaboradores?
¿Todos?

—Y cada uno de ellos. Estaba a punto de anochecer. Nos habíamos retirado ya, habiendo cumplido las labores del día. Aquí nos hallábamos, entre estos muros.

—Y respecto a sus colaboradores, ¿son nativos de las islas Barclay? —pregunto Dillon.

Hannah le dirigió una mirada de irritación; aquel hombre le había prometido que no abriría la boca. Livingstone sonrió, con una radiante expresión de alegría.

—¡Oh, no, me temo que no! Tanto yo como mis compatriotas de las Barclay carecemos de toda experiencia sobre cómo organizar una campaña electoral. Me di cuenta de que necesitaba ayuda administrativa... —prosiguió, gesticulando y sonriendo de nuevo con expresión de radiante alegría— para preparar mítines, carteles, folletos, discursos... Mis colaboradores son de las Bahamas, ¿Desea ver sus pasaportes? Toda su documentación fue examinada cuando llegaron a la isla.

Hannah le indicó con un gesto que ése no era su deseo. Detrás de Mr. Livingstone, Mr. Brown se había encendido un largo cigarro puro.

—Dígame una cosa, Mr. Livingstone, ¿tiene usted alguna idea de quién querría asesinar al gobernador? —preguntó Hannah.

Del regordete rostro desapareció la sonrisa. Mr. Livingstone adoptó una expresión de circunstancias y habló con gravedad.

—Mr. Hannah, el gobernador nos estaba ayudando a todos en nuestro camino hacia la independencia, hacia la libertad definitiva y a la separación del Imperio británico. De conformidad con la política practicada por Londres. Ni yo ni mis colaboradores teníamos el más mínimo motivo para desear que le ocurriese algo al gobernador.

Detrás del candidato, Mr. Brown mantuvo el cigarro a un lado y con la uña extremadamente larga de su dedo meñique separó unos dos centímetros de ceniza de la punta del cigarro, de tal modo que ésta cayó al suelo, pero sin que el extremo incandescente le quemara la yema del dedo. McCready pensó que había visto realizar esa operación en alguna parte.

—¿Piensa celebrar hoy algún mitin público? —inquirió Mr. Dillon en tono afable.

—Los negros ojillos de Mr. Livingstone se clavaron en él.

—Sí, a las doce me dirigiré a mis hermanos y hermanas de la comunidad de pescadores, en los muelles —contestó Livingstone.

—Ayer se produjo un incidente mientras Mr. Johnson se dirigía al pueblo en la plaza del Parlamento —apuntó amablemente Dillon.

Livingstone no dio muestras de que le hubiera agradado la forma en que habían echado a perder el mitin de su rival.

—Un único provocador —refunfuñó.

—La provocación también forma parte del proceso democrático —apuntó Dillon.

Livingstone volvió a fijar su mirada en él, pero esta vez, inexpresiva. Tras la jovial máscara de su regordete rostro se notaba su enfado. McCready pensó que había visto esa expresión en otra parte; entonces cayó en ello, en la cara del general Idi Amin, de Uganda, cada vez que alguien le contradecía. Hannah lo fulminó con la mirada y se levantó.

—No quiero robarle más tiempo, Mr. Livingstone —dijo.

El político, irradiando de nuevo jovialidad, los acompañó hasta la puerta. Otros dos hombres vestidos con trajes de safari los observaban desde lejos. Eran distintos a los anteriores. Eso hacía siete en total, incluyendo al que se encontraba apostado en la ventana de la planta superior. Todos ellos negros de pura cepa, exceptuando a Mr. Brown, cuya piel se veía mucho más clara, un auténtico mulato; el único hombre que se atrevía a fumar sin solicitar permiso para hacerlo, el hombre que estaba al mando de los otros seis.

—Le quedaría muy agradecido si me dejara plantear las preguntas a mí —dijo Hannah en el automóvil.

—Lo siento —dijo Dillon—. Y por cierto, ¡qué hombre tan extraño! ¿No le parece? ¿Me pregunto adonde habrá pasado todos esos años que van desde el momento en que dejó esta isla, siendo aún un adolescente, hasta su regreso, hace tan sólo seis meses?

—No tengo ni idea —replicó Hannah.

No fue sino hasta mucho después, ya en Londres, mientras reflexionaba sobre aquellos asuntos, cuando Hannah se preguntó, extrañado, cómo había hecho aquella observación el hombre del ministerio acerca de que Livingstone se había ido de Sunshine cuando era aún un adolescente, si Miss Coltrane se lo había contado personalmente a él, a Desmond Hannah. A las ocho y media se detuvieron ante la entrada de la mansión de Marcus Johnson, en la ladera septentrional del monte Sawbones.

El estilo de vida de Johnson era distinto por completo. A Johnson se le veía persona acaudalada. Un asistente, que vestía una camisa playera de colores psicodélicos y que ocultaba sus ojos con unas gruesas gafas de sol, abrió las dos hojas de hierro forjado del portalón y dejó entrar el «Jaguar» al patio pavimentado de grava que había frente a la fachada principal.

Dos jardineros se encontraban atareados en el jardín, en el que se veían superficies cubiertas de césped, bancales rebosantes de flores y grandes macetas en las que crecían espléndidos geranios.

La casa era espaciosa, una edificación de dos plantas con un tejado pintado de un verde brillante; todos los materiales con los que había sido construida, desde los ladrillos hasta las vigas, eran de importación. Los tres caballeros ingleses se apearon del coche frente a un pórtico de columnas de estilo colonial y alguien acudió a hacerlos pasar. Siguieron a su guía, un nuevo «asistente» vestido también con una camisa playera de brillantes colores, y cruzaron un salón de recibo, con el suelo de baldosas de mármol y amueblado con un gran número de antigüedades europeas e hispanoamericanas. Preciosas alfombras de Bujasra y Kazan cubrían parte del mármol color crema.

Marcus Johnson los recibió en una terraza de mármol amueblada con blancos sillones de mimbre de Bengala. Por debajo de la terraza se extendía el jardín, donde el bien cortado césped llegaba hasta una valla de dos metros y medio de altura. Al otro lado de la valla pasaba la carretera de la costa; y ésa era una de las cosas que Mr. Johnson no había podido comprar con dinero; darse a sí mismo un acceso directo al mar. En las aguas de la bahía de Teach, al otro lado del muro, se encontraba el pequeño puerto de piedra que había mandado construir; junto al muelle, protegida por el rompeolas, se mecía una lancha rápida «Riva 40». Con sus tanques de gran capacidad, la «Riva» alcanzaría las costas de las Bahamas en poco tiempo.

Mientras que Horatio Livingstone era gordo, fofo y desgarrado, Mr. Marcus Johnson era esbelto y elegante. Llevaba un impecable traje de seda color crema. Su aspecto y los rasgos de su rostro indicaban que era medio blanco por lo menos, y McCready se preguntó si habría llegado a conocer a su padre. Era probable que no. Había nacido entre la pobreza, en las islas Barclay, y su madre lo había abandonado en un estercolero. Sus oscuros cabellos castaños habían sido alisados de una forma artificial, por lo que en lugar de crespos los tenía ondulados. Cuatro pesados anillos de oro macizo adornaban los dedos de sus manos y la dentadura que su radiante sonrisa exhibía era perfecta. Dio a sus huéspedes a elegir entre un «Dom Pérignon» o un café marca «Blue Mountain». Los tres ingleses optaron por el café y tomaron asiento.

Desmond Hannah le hizo la misma pregunta de dónde se encontraba el martes a las cinco de la tarde. La respuesta fue idéntica.

—Dirigiéndome a una multitud entusiasmada, compuesta por más de un centenar de personas, frente a la iglesia anglicana en la plaza del Parlamento, Mr. Hannah. Desde allí me vine directamente a mi casa.

—¿Y los de su... entorno? —preguntó Hannah, haciendo uso de la expresión utilizada por Miss Coltrane para describir a los del equipo de la campaña electoral, con sus brillantes camisas playeras.

—Todos estaban conmigo, sin que faltara ni uno solo —contestó Johnson.

El candidato hizo un gesto con la mano y uno de los hombres de camisa brillante les sirvió el café. McCready se preguntó extrañado, por qué no tendría sirvientes nativos en la casa, mientras que utilizaba a gente de las Barclay como jardineros. Pese a que en la terraza estaban a la sombra, los de las camisas brillantes no se quitaban ni por un momento sus gruesas y oscuras gafas de sol.

Desde el punto de vista de Hannah, la conversación resultaba placentera, pero nada fructífera. El inspector jefe Jones le había contado ya que el candidato del Partido de la Prosperidad se encontraba en la plaza del Parlamento cuando fueron efectuados los disparos en el palacio de la gobernación. El inspector en persona se encontraba en aquellos momentos en las escaleras de la Comisaría, en la misma plaza, vigilando la escena. Hannah se levantó para despedirse.

—¿Tiene alguna otra obligación pública para hoy? —inquirió Dillon.

—Sí, en efecto. A las dos, en la plaza del Parlamento.

—Ayer estuvieron ustedes en ese mismo lugar a las tres de la tarde y, según tengo entendido se produjo una perturbación —apuntó Dillon.

Marcus Johnson era una persona mucho más educada que Livingstone. No dio muestra alguna de exaltarse. Se limitó a encogerse de hombros.

—El reverendo Drake vociferó y pronunció algunas palabras. No tuvo importancia. Ya había terminado mi discurso. Pobre Drake, bienintencionado, sin duda alguna, pero algo tonto. De todas formas, el progreso tiene que venir a estas islas Mr. Dillon, y la prosperidad con él. Tengo en mente grandes proyectos de desarrollo para sus queridas Barclay.

McCready asintió con una inclinación de cabeza. «Turismo, juego, industria, contaminación, un poco de prostitución..., ¿y qué más...?», pensó.

—Y ahora, si tienen la amabilidad de disculparme, debo preparar mi discurso...

Les acompañaron hasta la salida y volvieron en el «Jaguar» al palacio de la gobernación.

—Muchas gracias por su hospitalidad —dijo Dillon al bajarse del automóvil—. Reunirse con los dos candidatos ha resultado muy instructivo. Me pregunto de dónde habrá sacado Johnson todo ese dinero durante los años en que estuvo fuera de las islas.

—No tengo ni idea —dijo Hannah—. Está considerado como un hombre de negocios. ¿Desea que Osear le lleve de vuelta al «Quarter Deck?»

—No, se lo agradezco. Iré dando un paseo.

En el bar del hotel, los miembros de la Prensa continuaban afanados en su empeño por acabar con las provisiones de cerveza. Eran las once de la mañana. Se aburrían. Ya habían transcurrido dos días completos desde que les avisaron para que se dirigieran al aeropuerto de Heathrow con la misión de partir para el Caribe, donde tendrían que cubrir la información de las pesquisas sobre un asesinato. Durante todo el día anterior, un jueves, habían filmado todo lo que habían podido y entrevistado también a todo el que se le puso por delante. Los frutos eran francamente escasos; unas simpáticas tomas del instante en que sacaban al gobernador de la fábrica de hielo en su lecho junto a un pescado; algunas escenas, tomadas con teleobjetivo, de Parker agachado y caminando a gatas por el jardín del gobernador; el cadáver del gobernador partiendo para Nassau en una bolsa de plástico y la diminuta piedra preciosa que Parker les ofreció cuando se puso a hablar de que habían encontrado una bala. Pero nada que pudiera parecerse ni remotamente a una buena noticia capaz de causar impacto.

McCready se unió a los periodistas por primera vez. Nadie le preguntó quién era.

—Horatio Livingstone hablará a las doce en el puerto —comentó—. Puede ser interesante.

De repente, todos se pusieron en estado de alerta.

—¿Por qué? —preguntó alguien.

McCready se encogió de hombros.

—Aquí, en esta misma plaza, se produjo una provocación bastante fuerte ayer —dijo—. Ustedes estaban en la pista de aterrizaje.

Los rostros de cuantos le rodeaban se iluminaron. Un bonito disturbio animaría las cosas; lo que faltaba ahora era una provocación en toda regla. Por las mentes de los periodistas empezaron a desfilar algunos titulares imaginarios. *LA VIOLENCIA ELECTORAL HUNDE SUNSHINE EN EL CAOS*; con sólo un par de puñetazos, esta clase de titulares estaría justificada. O bien en el caso de que Livingstone fuese recibido con hostilidad: *EL PARAÍSO INTERPONE SU VETO AL SOCIALISMO*. El problema consistía en que la población no parecía mostrar el más mínimo interés ante la perspectiva de independizarse del Imperio británico. Los equipos de noticias que habían tratado de ensamblar un documental sobre la reacción popular ante la independencia no habían sido capaces de hacer ni una sola entrevista que fuese presentable. Los isleños pasaban de largo cuando veían las cámaras, los micrófonos y a los periodistas con sus cuadernos de notas. Así que recogieron sus equipos y se lanzaron hacia los muelles.

McCready se tomó algo de tiempo para hacer una llamada al Consulado británico en Miami, utilizando el teléfono portátil que guardaba en el maletín diplomático que tenía escondido debajo de su cama. Pidió un avión de alquiler de siete asientos, que debería de aterrizar en Sunshine a las cuatro de la tarde. No se trataba más que de una corazonada, pero confiaba en no equivocarse.

El séquito de Livingstone llegó de Shantytown a las doce menos cuarto. Un ayudante vociferaba por el megáfono:

—¡Vengan a oír a Horatio Livingstone, el candidato del pueblo.

Otros ayudantes colocaron una sólida plancha de madera sobre dos caballetes para que el «candidato del pueblo» pudiera elevarse por encima de ese pueblo. Al mediodía, Mr. Horatio Livingstone, contoneándose con toda la magnificencia de su cuerpo, subía los escalones de esa plataforma improvisada. Habló a través de un megáfono atado a una pértiga que uno de los vestidos con traje de safari mantenía delante de él. Los de la televisión habían logrado poner cuatro cámaras en posiciones elevadas alrededor del lugar donde se celebraría el mitin, con el fin de enfocar bien al candidato o, algo que deseaban más aún,

filmar a los provocadores y las peleas a puñetazos que éstos suscitaran.

El cámara de la «British Satellite Broadcasting» se había instalado sobre el techo de la cabina de la *Gulf Lady*. Como refuerzo para su trabajo se había colgado en bandolera un aparato de fotografía provisto de un teleobjetivo de largo alcance. La reportera, Sabrina Tennant, se encontraba a su lado. McCready subió al techo de la cabina para reunirse con la pareja.

—¡Hola! —les saludó.

—¡Hola! —contestó distraída Sabrina Tennant, que no le hizo caso alguno.

—Díganme una cosa —insistió McCready en tono afable—, ¿no les gustaría enterarse de una buena historia y hacer que todos sus colegas se muriesen de rabia?

Ahora la joven sí prestó atención. El cámara le miró inquisitivo.

—¿Podría utilizar esa «Nikon» para fotografiar a cada una de las personas que componen esa multitud, haciéndoles un buen retrato del rostro, que ocupe todo el negativo?

—Por supuesto —contestó el cámara—. Incluso las amígdalas, si abren bien la boca.

—¿Por qué no hace unos buenos primeros planos de los rostros de todos esos hombres vestidos con traje de safari que asisten al candidato? —sugirió McCready.

El cámara miró a Sabrina. La joven asintió con un gesto. «Y por qué no», se dijo su compañero, empuñando la «Nikon» y enfocando.

—Empiece por ese negro de rostro descolorido que está solo junto a la camioneta —dijo McCready—, por ese al que llaman Mr. Brown.

—¿Qué tiene usted en mente? —preguntó Sabrina.

—Baje de la cabina y se lo contaré.

La joven hizo lo que McCready le pedía y éste le habló durante unos minutos.

—Usted bromea —dijo la chica cuando él acabó.

—No, en absoluto; y creo que puedo probarlo. Pero no aquí. Las respuestas están en Miami.

McCready siguió hablando durante un rato. Cuando hubo terminado, Sabrina Tennant subió de nuevo al techo de la cabina.

—¿Va todo bien? —preguntó.

El londinense asintió con la cabeza.

—Una docena de retratos de cada uno, desde todos los ángulos. Son siete tipos.

—Estupendo, y ahora a filmar el mitin entero. Haz algunas tomas para el fondo y los montajes.

Sabrina sabía que disponía ya de ocho cartuchos de cinta rodada, en los que se incluían primeros planos de ambos candidatos, vistas de la capital de la isla, las playas, las palmeras y la pista de aterrizaje; ese material era más que suficiente, si se montaba con habilidad, para lograr un gran documental de quince minutos de duración. Lo que necesitaba ahora era un hilo conductor que diese coherencia a la historia, y si ese hombre desgarrado y amable llevaba razón, ya lo tenía.

Su único problema era el tiempo. Quería colocar su reportaje en el programa de noticias principal, en el espacio llamado *Cuenta Atrás*, el buque insignia de los informativos de la «BSB», que sería retransmitido el mediodía del domingo en Londres. Necesitaba enviar su material vía satélite el sábado a las cuatro de la tarde a más tardar, o sea, al día siguiente, desde Miami. Así que tenía que estar en Miami esa misma noche. Era casi la una, por lo que apenas disponía de tiempo para regresar al hotel y pedir a Miami un vuelo chárter que aterrizase en Sunshine antes de la puesta del sol.

—Por cierto, señorita —dijo McCready—, da la casualidad que pienso irme de esta isla a las cuatro de la tarde. Así que tengo encargado mi avión de Miami. Me agradecería mucho poder ofrecerle un asiento.

—¿Pero quién demonios es usted? —preguntó la periodista.

—Sólo un turista de vacaciones. Pero conozco las islas. Y a los isleños. Confíe en mí.

«No me queda más remedio —pensó Sabrina—. Si lo que dice es verdad, resulta demasiado bueno para desperdiciarlo.» Se volvió entonces al cámara para indicarle lo que necesitaba. El gran lente de la cámara de televisión se dirigió hacia la multitud, deteniéndose allí, allí y allí. Mr. Brown, que estaba recostado contra la camioneta, advirtió que la cámara le enfocaba y se metió en el vehículo. También eso lo captó la cámara.

El inspector jefe Jones dio su informe a Desmond Hannah a la hora de la comida. Había revisado las listas del aeropuerto y comprobado los pasaportes de las personas que habían llegado de visita a la isla durante los últimos tres meses. No aparecía ninguno extendido a nombre de Francisco Méndez, ni que

correspondiese tampoco a la descripción de un hispanoamericano. Hannah suspiró.

Si el difunto estadounidense Julio Gómez no se había equivocado, y cabía la posibilidad de que eso hubiese ocurrido, el furtivo Méndez podría haber abandonado la isla por muy diversos caminos. El carguero que llegaba cada semana transportaba a veces pasajeros de «las otras islas», y el control oficial en el puerto era bastante esporádico. Por la isla pasaban muchos yates que atracaban en bahías y ensenadas, tanto a todo lo largo de la costa de Sunshine como de las otras islas; pasajeros y tripulantes se divertían nadando en las cristalinas aguas entre los arrecifes de coral hasta que largaban velas para dirigirse a otros lugares. Cualquiera podía introducirse con facilidad en la isla, o salir de ella, sin que las autoridades lo advirtieran. Hannah sospechaba que ese tal Méndez, al ser visto y haberse dado cuenta de ello, se habría dado a la fuga. Si es que había estado alguna vez en esa isla.

Llamó por teléfono a Nassau, pero el doctor West le comunicó que no podría empezar con la autopsia hasta las cuatro de la tarde, cuando el cuerpo del gobernador hubiera recobrado su consistencia normal.

—¡Llámeme tan pronto haya extraído la bala! —insistió Hannah.

A las dos de la tarde, los representantes de los medios de comunicación, que cada vez estaban más disgustados, se reunieron en la plaza del Parlamento. Desde el punto de vista de lo que se suponía que debería ser una buena noticia sensacionalista, el mitin de la mañana había resultado un auténtico fracaso.

El discurso había consistido en las habituales necedades sobre la necesidad de nacionalizarlo todo, ese tipo de paparruchas que los británicos habían descartado hacía décadas. Los futuros votantes se habían mostrados apáticos. Como noticia de interés mundial, todo el material rodado no servía más que para tirarlo a la papelera. Si Hannah no detenía a nadie lo antes posible, ya podrían ir haciendo las maletas y regresar a casa; todos pensaban lo mismo.

A las dos y diez, Marcus Jonhson se presentó en su alargado descapotable blanco. Llevaba un traje tropical azul claro y una camisa playera de cuello abierto y cuando subió a la plataforma de la camioneta que le serviría de pulpito, mucho más refinado

que Mr. Livingstone, disponía de un micrófono con dos altavoces que colgaban de sendas palmeras.

Cuando comenzó a hablar, McCready se aproximó a Sean Whittaker, el corresponsal que cubría por cuenta propia toda la zona del Caribe desde su base en Kingston, Jamaica, y que colaboraba con el *Sunday Express* de Londres.

—¿Aburrido? —le preguntó McCready en voz baja.

Whittaker le dirigió una sonrisa.

—Hastiado —asintió—. Creo que me iré de aquí mañana mismo.

Whittaker era un corresponsal que redactaba sus propias historias y tomaba también sus propias fotos. Del cuello le colgaba una «Yashica» con teleobjetivo.

—¿Le gustaría informarse de algo que hará morir de rabia a todos sus rivales? —preguntó McCready.

Whittaker se volvió y enarcó una ceja.

—¿Qué sabe usted que todos ignoren?

—Ya que el discurso es tan aburrido, ¿por qué no me acompaña y se entera?

Los dos hombres cruzaron la plaza, entraron en el hotel y subieron a la habitación de McCready en el primer piso. Desde el balcón se abarcaba toda la plaza a sus pies.

—Fíjese en los guardianes, esos tipos con camisetas playeras de colorines y gafas de sol oscuras —dijo McCready—. ¿Podría usted fotografiarles desde aquí?

—Por supuesto —contestó Whittaker—. ¿Pero por qué?

—Hágalo y se lo contaré.

Whittaker se encogió de hombros. Era perro viejo; siempre había conseguido sus noticias de las fuentes más inverosímiles. Algunas servían de algo, otras, no. Enfocó su teleobjetivo y gastó dos carretes de película en color y dos en blanco y negro. McCready le rogó que bajase con él al bar, le pidió una cerveza y estuvo hablándole durante una media hora. Whittaker emitió un silbido de asombro.

—¿Es cierto lo que me cuenta? —preguntó.

—Sí.

—¿Puede probarlo?

Para colocar esa clase de historia necesitaría algunas pruebas fehacientes o, de lo contrario, Robin Esser, su jefe de redacción en Londres, no se la aceptaría.

—Aquí, no —contestó McCready—, las pruebas están en Kingston. Puede regresar esta misma noche, terminar su

historia mañana por la mañana y haberla enviado ya antes de las cuatro de la tarde. Las nueve en Londres. Justo a tiempo.

Whittaker sacudió la cabeza con aire de resignación.

—Demasiado tarde. El último vuelo de Miami a Kingston es a las siete y media. Tendría que estar en Miami a las seis. Pasando por Nassau. Jamás lo lograré.

—Por cierto, quisiera decirle una cosa; tengo un avión alquilado que saldrá para Miami a las cuatro, dentro de setenta minutos. Me siento feliz de poder ofrecerle un asiento.

Whittaker se puso de pie para subir a su habitación a hacer las maletas.

—¿Quién demonios es usted, Mr. Dillon? —preguntó al despedirse.

—¡Oh!, sólo una persona que conoce estas islas, y esta parte del mundo. Casi tan bien como usted.

—¡Mucho mejor! —rezongó Whittaker, mientras se alejaba.

A las cuatro de la tarde, Sabrina Tennant llegaba a la pista de aterrizaje, en compañía del cámara. McCready y Whittaker se encontraban ya allí. El avión de alquiler procedente de Miami aterrizó con un retraso de diez minutos. Cuando el aparato estaba a punto de despegar, McCready explicó:

—Lo siento mucho, pero no puedo ir con ustedes. En el último minuto he recibido una llamada telefónica en el hotel. Es una lástima, pero el hecho es que el avión está pagado ya. No me reembolsarán el importe. Demasiado tarde. Así que acepten mi invitación. ¡Adiós y buena suerte!

Durante todo el trayecto, Whittaker y Sabrina Tennant se miraron con suspicacia. Ninguno de los dos mencionó al otro lo que se traía entre manos o a dónde se dirigía. En Miami, el pequeño equipo de la televisión se dirigió al centro de la ciudad; Whittaker hizo trasbordo, y tomó el último avión del día para Kingston.

McCready, que ya había regresado a su habitación en el «Hotel Quarter Deck», sacó el teléfono portátil del maletín, lo programó para que operase a nivel de alta seguridad y realizó una serie de llamadas. Una fue a la Alta Comisión Británica en Kingston, donde habló con un compañero de profesión, el cual le prometió hacer uso de sus contactos para asegurarse de que tuvieran lugar las entrevistas apropiadas para el caso. Otra, al cuartel general de la American Drug Enforcement Administration, la DEA, en Miami, donde pudo ponerse en

contacto con un viejo amigo, ya que el tráfico internacional de narcóticos estaba ahora ligado al terrorismo internacional. Su tercera llamada fue para el jefe de la delegación de la CÍA en Miami. Una vez que hubo finalizado McCready tuvo buenas razones para confiar en que sus nuevos amigos de los medios de comunicación se encontrarían con todo tipo de facilidades para llevar a cabo sus investigaciones.

Justo cuando estaban a punto de dar las seis de la tarde, el círculo anaranjado del sol se escondió por Occidente, detrás de las Dry Tortugas, y las tinieblas, como ocurre siempre en los trópicos, se extendieron con increíble rapidez. El verdadero ocaso no dura más de quince minutos. A las seis en punto, el doctor West llamaba por teléfono desde Nassau. Desmond Hannah atendió la llamada en el despacho privado del gobernador, donde Bannister había instalado la línea de seguridad con la Alta Comisión, al otro lado de las aguas.

—¿Ya ha conseguido la bala? —preguntó Hannah, malhumorado.

Sin respaldo forense, sus pesquisas habían llegado a un punto muerto. Tenía a varios posibles sospechosos, pero ningún testigo ocular, nadie que fuese claramente culpable, ninguna confesión.

—No hay bala —dijo la distante voz que le llegaba desde Nassau.

—¿Cómo?

—Le atravesó de parte a parte, limpiamente —aclaró el especialista en patología forense.

Hacía media hora que había terminado su trabajo en el depósito judicial de cadáveres y se había ido directamente a las dependencias de la Alta Comisión para hacer la llamada.

—¿Quiere que se lo explique con la jerga médica o le basta con el lenguaje común y corriente? —le preguntó el médico.

—El lenguaje común será más que suficiente —respondió Hannah—. ¿Qué ha ocurrido?

—Fue herido por una única bala. El proyectil le penetró en el cuerpo entre la segunda y tercera costilla del lado derecho, se abrió camino por músculos y tejidos, perforó el ventrículo superior izquierdo del corazón, lo que le causó la muerte instantánea, y salió por la espalda, entre las costillas. La buena noticia es que no rozó hueso alguno en su paso a través del cuerpo. Una verdadera casualidad, pero así sucedió. Si puede encontrarla, la bala debe de conservarse intacta, sin ningún tipo de deformación.

—¿No hubo desviación al chocar con algún hueso?

—Ninguna.

—¡Pero eso es imposible! —protestó Hannah—. El hombre se encontraba de espaldas al muro. Hemos revisado ese muro centímetro a centímetro. No hay ninguna marca de bala, con excepción de la hendidura, visiblemente clara, que produjo el impacto de la otra bala, la que le atravesó la manga. Hemos registrado el sendero de grava que corre paralelo al muro. Lo hemos excavado, removido a fondo. No hay más que una bala, esa otra bala, completamente destrozada por el impacto.

—Bien, pero la bala salió intacta del cuerpo —insistió el médico—. La bala que le mató, quiero decir. Alguien tiene que haberla robado.

—¿Cabe la posibilidad de que experimentara una considerable disminución de su velocidad en el momento de caer al jardín, en el espacio comprendido entre el gobernador y el muro? —preguntó Hannah.

—¿A qué distancia se hallaba el hombre del muro?

—A no más de cinco metros —contestó Hannah.

—Pues bien, aunque éste no es mi campo —dijo el patólogo forense—, ya que mi especialidad no es la balística, estoy convencido de que el arma utilizada fue una pistola de gran calibre, disparada a una distancia de más de un metro y medio del pecho, no hay restos de pólvora en la camisa, y probablemente a una distancia no mayor de seis metros. La herida es pulcra y limpia, el proyectil ha tenido que atravesar el cuerpo a gran velocidad. En su paso a través de músculos y tejido ha tenido que reducir su velocidad; pero, de todos modos, recorrería unos cinco metros antes de caer al suelo. Ha tenido que estrellarse contra el muro.

—¡Pues no lo hizo! —protestó Hannah—. A menos que alguien la haya robado, claro está. En cuyo caso, ese alguien ha tenido que salir de la casa misma. ¿Hay algo más?

—No gran cosa. El hombre se encontraba de pie cuando le dispararon y estaba de frente a su asesino. No se volvió ni le dio la espalda.

«O bien era una persona muy valiente —reflexionó Hannah— o, lo que es mucho más probable, no podía dar crédito a lo que estaba viendo en ese momento.»

—Un último detalle —dijo el médico—. La bala siguió una trayectoria ascendente. El asesino tuvo que agacharse o ponerse de rodillas. Si las distancias son correctas, el arma fue disparada a unos setenta centímetros del suelo.

«¡Maldita sea! —se dijo Hannah—. Tuvo que pasar limpiamente por encima del muro. O quizá fue a chocar contra la casa, pero a una altura mucho mayor, cerca del canalón del tejado. Por la mañana, Parker tendrá que comenzar de nuevo todo el trabajo. Pero esta vez subiéndose a una escalera.» Hannah dio las gracias al médico y colgó el teléfono. El informe completo por escrito no le llegaría hasta el día siguiente, en el avión de vuelo regular.

Parker había perdido su equipo forense, integrado por los cuatro funcionarios de las Bahamas, así que tuvo que ponerse a trabajar solo. Jefferson, el mayordomo, secundado por el jardinero, sujetaba la escalera, mientras que el desventurado Parker miraba por la pared de la casa situada encima del jardín, en busca de la segunda bala. Llegó hasta la altura de los canalones, pero no encontró nada.

Hannah estaba tomando el desayuno que Jefferson le había servido en la sala de estar. Lady Moberley no hacía más que dar vueltas de un lado a otro, arreglaba las flores, sonreía vagamente y comenzaba de nuevo a dar vueltas sin ton ni son. Daba la impresión de encontrarse alegremente despreocupada, sin que pareciera importarles mucho lo que le ocurriera al cadáver de su difunto esposo, o lo que hubiese quedado de él, sin interesarse por saber si lo traerían de vuelta a Sunshine para enterrarlo en la isla o se lo llevarían a Inglaterra. Hannah tenía la impresión de que no había nadie a quien pareciese importar gran cosa la suerte de Sir Marston Moberley, empezando por su propia esposa. De repente se dio cuenta de por qué la mujer parecía tan alegremente despreocupada. De la bandeja de plata en la que se servían las bebidas faltaba la botella de vodka. Lady Moberley era feliz por primera vez desde hacía muchos años.

Pero Desmond Hannah, no. Estaba intrigado. Cuanto más inútil resultaba la búsqueda de la bala perdida, tanto más le parecía que su instinto no le había engañado. Se trataba de un asunto casero; el candado forzado en la puerta de hierro no era más que una estratagema. Alguien tuvo que bajar por las escaleras, saliendo del cuarto de estar en el que ahora se encontraba, y acercarse al gobernador, el cual, al advertir el arma, se puso de pie. Después de haber disparado, el asesino encontró una de las balas en la grava y la recogió. Entonces, renunciando a buscar la otra bala en la oscuridad, corrió hacia la

casa para esconder la pistola antes de que alguien fuese a molestar.

Hannah terminó su desayuno, salió a la terraza y contempló a Peter Parker encaramado en lo alto de la escalera, a poca distancia del tejado.

—¿Ha habido suerte? —preguntó.

—Ni la más remota —le gritó Parker desde arriba.

Hannah se dirigió al muro del jardín y se detuvo de espaldas a la puerta de hierro. La tarde anterior, subido a un caballete, había estado contemplando por encima de la puerta el camino que pasaba por detrás. Entre las cinco y las seis, el sendero había sido constantemente transitado. Lo usaban las personas que querían tomar un atajo para ir de Port Plaisance a Shantytown; los pequeños campesinos que volvían de la ciudad a sus cabañas repartidas por la arboleda también lo utilizaban. En menos de una hora habrían pasado por allí, en una u otra dirección, unas treinta personas. En ningún momento el sendero se quedó completamente solitario; incluso, en una ocasión, vio a siete personas que pasaban por él, de ida o de vuelta. Era imposible que el asesino hubiera utilizado ese camino sin ser visto. ¿Y a cuento de qué la tarde del martes debía de haber sido diferente a las demás tardes? Alguien tenía que haber advertido algo.

Pero lo cierto era que nadie se había presentado en respuesta al llamamiento hecho a través de los carteles. ¿Qué isleño renunciaría a mil dólares estadounidenses? Se trataba de una fortuna. Así que... el asesino tenía que haber salido de la casa, tal como él había sospechado desde un principio.

La puerta de entrada al palacio de la gobernación, una verja de hierro labrado, se encontraba cerrada aquella tarde, cuando se perpetraba el crimen. La puerta se cerraba sola desde dentro. Jefferson hubiera acudido de inmediato si alguien hubiese tocado el timbre. Pero nadie pudo haber pasado tranquilamente por aquella puerta, cruzar luego el patio de grava, a continuación el vestíbulo, pasar por el salón de estar y bajar por las escaleras hasta llegar al jardín. No podía haber sido ningún intruso casual, la puerta de entrada le hubiera cortado el paso. Las ventanas de la planta baja estaban protegidas por enrejados de estilo español. No había otro camino para llegar al jardín. A menos que un atleta hubiera saltado por encima de la valla del jardín y hubiese caído al césped... ¡Todo era posible!

No obstante, ¿cómo demonios salió después? ¿Cruzando toda la casa? Una excelente oportunidad de ser visto. ¿Saltando el muro de nuevo? Lo habían inspeccionado palmo a palmo buscando huellas de alguien que hubiera escalado la valla, sin resultado alguno. Y además, estaban los vidrios empotrados en el borde superior, a todo lo largo del muro. ¿O a través de la puerta de hierro, previamente abierta? Otra excelente oportunidad de ser visto. No, todo parecía indicar que se trataba de un asunto casero. Osear, el chófer, había atestiguado a favor de Lady Moberley, al asegurar que ésta se encontraba en la clínica infantil. Eso dejaba al viejo Jefferson, a ese desgarrado inocentón, como sospechoso. ¿O al joven Haverstock, del Regimiento de Dragones de la Reina?

¿Se avecinaba un nuevo escándalo como el del caso Kenyan de antes de la guerra, o como el del asesinato de Sir Harry Oakes? ¿Era un caso en el que había un único asesino, o estarían todos implicados en el crimen? ¿Cuál sería el motivo? ¿Odio, codicia, lujuria, sed de venganza, terrorismo político o el miedo ante la amenaza de que otro arruinase su carrera? ¿Y qué pintaba en todo eso el difunto Gómez? ¿Habría visto realmente a ese asesino a sueldo sudamericano en Sunshine? Y de ser así, ¿por qué demonios se había tomado Méndez el trabajo de liquidarlo?

Hannah, que seguía de espaldas a la puerta de hierro, dio dos pasos hacia delante y se puso de rodillas. Demasiado alto aún. Se echó de bruces al suelo, sobre el estómago, y apoyó codos para levantar el torso, manteniendo los ojos a unos setenta centímetros de la hierba. Se quedó mirando hacia el punto imaginario en el que debería de haber estado Sir Marston, de pie, tras haberse levantado de la hamaca y dado un paso hacia delante. De repente, Hannah se levantó de un salto y salió corriendo hacia la casa.

—¡Parker baje de la escalera y venga aquí! —vociferó acaloradamente.

El pobre Parker casi se cae desde lo alto de la escalera, sobresaltado por los gritos del otro. Nunca había visto tan excitado al flemático Hannah. Descendió a la terraza y se precipitó por las escaleras hacía el jardín.

—¡Quédese ahí! —le ordenó Hannah, señalando un punto imaginario sobre el césped—. ¿Cuánto mide usted?

—Un metro sesenta y ocho, señor.

—No es suficiente. Vaya a la biblioteca y tráigase un par de libros. El gobernador medía uno ochenta y nueve. Jefferson, consígame una escoba.

Jefferson se encogió de hombros. Si ese policía blanco deseaba ponerse a barrer el patio, era asunto suyo. El mayordomo se fue por una escoba.

Hannah hizo que Parker se subiese sobre cuatro libros apilados en el lugar donde el gobernador había estado de pie. Arrastrándose por la hierba, y con la escoba empuñada como si fuese un rifle, apuntó al pecho de Parker. La escoba se elevaba formando un ángulo de veinte grados con respecto a la superficie del suelo.

—Dé un paso a un lado.

Parker hizo lo que el otro le pedía y se cayó desde su montículo de libros. Hannah se incorporó y se encaminó hacia las escaleras que conducían a la terraza, y cuyos peldaños iban subiendo por el muro de izquierda a derecha. Aún seguía colgada allí, en su repisa de hierro forjado, en el mismo lugar donde había estado tres días antes, y mucho más tiempo también. Era la caja de malla de alambre, llena de tierra negra, que contenía unos hermosos geranios. Las plantas estaban tan juntas y floridas, que sólo a duras penas se advertía la caja de alambre, en la que crecían. Cuando los del equipo forense estuvieron trabajando en aquel muro, pasaron por alto aquel conjunto de flores.

—Traiga aquí esa caja de geranios —ordenó Hannah al jardinero—. Y usted Parker, venga con el maletín de homicidios; y usted Jefferson, vaya a buscar una sábana.

El jardinero gimió de dolor cuando vio el fruto de su trabajo esparcido sobre la sábana. Una tras otra, Hannah fue arrancando las flores y limpiando de tierra las raíces de las plantas antes de ponerlas a un lado. Cuando ya no le quedaba nada más que la tierra en la sábana, la fue separando en terrones, que luego desmenuzaba con una espátula hasta deshacerlo por completo. Y, en efecto, allí estaba.

La bala no sólo había atravesado el cuerpo del gobernador, manteniéndose intacta, sino que se había hundido en la tierra sin siquiera rozar los alambres del enrejado. Se había introducido entre los hilos de alambre deteniéndose al fin entre la fértil tierra. Se encontraba en perfectas condiciones. Hannah la cogió con unas pinzas y la metió en una bolsita de plástico, que luego cerró e introdujo dentro de un frasco con tapa de rosca. Se meció entonces sobre sus tobillos y se levantó.

—Esta misma noche, querido amigo —dijo a Parker—, regresará a Londres. Con esto. Alan Mitchell tendrá que trabajar el domingo para mí. Ya tengo la bala. Pronto tendré el arma. Y luego cazaré al asesino.

Ya no había nada más que pudiera hacer de momento en el palacio de la gobernación. Mandó llamar a Osear para que le llevase en el «Jaguar» al hotel. Mientras esperaba la llegada del chófer, permaneció de pie frente a las ventanas del cuarto de estar, contemplando el paisaje que se extendía por encima de la valla del jardín, con las casuchas de Port Plaisance, las inclinadas palmeras y el reluciente mar al fondo. La isla dormitaba bajo el calor del mediodía. ¿Dormitaba o rumiaba?

—Esto no es ningún paraíso —murmuró—, en un maldito polvorín a punto de estallar.

CAPÍTULO V

En la ciudad de Kingston, Mr. Sean Whittaker había tenido un recibimiento hartamente notable esa mañana. Había llegado tarde a su ciudad yéndose directamente a su apartamento. Y a la mañana siguiente, poco después de las siete, había recibido la primera llamada. Por el acento, era la voz de un norteamericano.

—¡Muy buenos días, Mr. Whittaker! Espero no haberle despertado.

—No, no del todo. ¿Quién es usted?

—Me llamo Milton. Milton a secas. Tengo entendido que posee algunas fotografías que le interesaría mostrarme.

—Eso depende de a quién he de mostrárselas —replicó Whittaker.

Del otro extremo de la línea le llegaron unas risitas apagadas.

—¿Por qué no nos encontramos en alguna parte? —inquirió Whittaker.

Milton le dio cita en una plaza pública, y los dos se reunieron una hora después. El estadounidense no tenía el aspecto de ser, como era, director de la delegación extranjera en Kingston de la DEA. Por su aire informal, más bien parecía un joven académico salido de alguna Universidad.

—Discúlpeme por lo que voy a preguntarle —dijo Whittaker—, pero ¿podría darme usted fe de la legitimidad de todo esto?

—Tenga la amabilidad de acompañarme en mi coche —replicó el norteamericano.

Se dirigieron entonces a la Embajada de Estados Unidos. Milton no tenía las oficinas de su cuartel general en la Embajada, pero también allí era persona grata. El hombre mostró su documento de identidad a un marine que estaba tras un escritorio dentro del edificio, y que condujo a Whittaker a un despacho auxiliar que había en la Embajada.

—Está bien —dijo Whittaker—, usted es diplomático estadounidense.

Milton no se molestó en corregirle. Le dirigió una sonrisa y le pidió que le mostrase las fotografías. Aunque las examinó todas, sólo una de ellas llamó poderosamente su atención.

—Bien, bien —dijo—, ¿conque esto es lo que se está fraguando?

Milton abrió su valija diplomática y sacó un grupo de carpetas de entre las que cogió una. La fotografía que estaba pegada en la primera página del expediente había sido tomada hacía algunos años, con teleobjetivo y, según parecía, a través de la rendija de una cortina. Pero no había duda de que el hombre era el mismo que se veía en la fotografía reciente que estaba sobre el escritorio.

—¿Quiere saber quién es? —preguntó a Whittaker.

Era una pregunta innecesaria por demás. El reportero británico comparó las dos fotografías e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Pues bien, comencemos por el principio —dijo Milton, que comenzó a leerle a continuación el contenido del expediente; no el texto completo, por supuesto, pero sí lo suficiente como para hacer que Whittaker empezara a tomar notas con furiosa febrilidad.

El hombre de la DEA se mostró concienzudo. Le ofreció amplios detalles acerca de la carrera comercial del hombre fotografiado, reuniones mantenidas, cuentas bancarias abiertas, operaciones realizadas, seudónimos utilizados, mercancías que habían pasado por sus manos y las ganancias que había blanqueado. Cuando Milton terminó su informe, Whittaker se retrepó contra el respaldo de la silla.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿Podría referirme a usted como mi fuente de información?

—En su lugar, yo no daría como fuente a un tal Mr. Milton —contestó el estadounidense—. Refiérase a altos cargos dentro de la DEA..., lo que sería más que suficiente.

Milton acompañó a Whittaker hasta la entrada principal. Al despedirse de él en la escalera le hizo una última sugerencia:

—¿Por qué no se acerca con el resto de las fotografías a la Comisaría de Kingston? A lo mejor resulta que lo están esperando.

Cuando llegó al edificio de la Policía, Sean Whittaker, que no salía de su asombro, fue conducido de inmediato al despacho del comisario Foster, el cual se encontraba solo en su inmensa oficina con aire acondicionado, desde la que disfrutaba de una impresionante vista panorámica de toda la ciudad. Después de

saludar a Whittaker, el comisario apretó un botón de su interfono y rogó al capitán Gray que acudiera a su despacho. El director de la Brigada de Investigación Criminal se reunió con ellos pocos minutos después. Llevaba consigo un montón de carpetas.

Los dos jamaicanos examinaron detenidamente las fotografías que Whittaker les enseñó de los ocho guardaespaldas vestidos con camisas playeras de brillantes colorines. Pese a las gruesas y oscuras gafas de sol que utilizaban para cubrirse los ojos, el capitán Gray no titubeó un momento. Abrió una serie de carpetas y se puso a identificar a los hombres uno tras otro. Whittaker tomaba nota de todo.

—¿Puedo referirme a ustedes como mi fuente de información, caballeros? —preguntó.

—Por supuesto que sí —respondió el comisario—. Todas estas personas tienen una larga carrera de crímenes a sus espaldas. Sobre tres de ellos pesa aquí orden de búsqueda y captura. Puede dar mi nombre si lo desea. No tenemos nada que ocultar. Ésta es una reunión de carácter oficial.

Para el mediodía, Whittaker tenía ya listo el reportaje. Utilizó los canales habituales para enviar a Londres sus fotografías y el texto de su historia, y después mantuvo una larga conferencia telefónica con el redactor jefe del servicio de noticias en Londres, el cual le aseguró que su material gozaría de una buena difusión al día siguiente. No le pusieron objeción alguna por el monto de sus honorarios, al menos por esa vez.

En Miami, Sabrina Tennant se había alojado en el «Hotel Sonesta Beach», donde había reservado habitaciones la noche anterior. La mañana del sábado, poco antes de las ocho, la llamaron por teléfono y le dieron una cita en un bloque de oficinas situado en el centro de Miami. Allí no se encontraba precisamente el cuartel de la CÍA, pero se trataba de un edificio franco.

La condujeron a un despacho, donde se encontró con un hombre que la acompañó hasta una sala de proyecciones en la que había algunos aparatos de televisión. Allí pasaron por pantalla tres de sus cintas de vídeo, que también contemplaron otros dos hombres, sentados en la semipenumbra, que habían omitido el presentarse y que no dijeron ni una palabra.

Después de la proyección de las cintas, Miss Tennant fue conducida de nuevo al primer despacho, donde le sirvieron café y la dejaron sola durante un buen rato. Cuando el agente al que

había conocido primero volvió, éste le dijo que podía llamarle *Bill*, y le pidió que le mostrase las instantáneas que habían tomado en los muelles del mitin político celebrado el día anterior.

En los vídeos, el cámara no había concentrado su atención en los guardaespaldas de Horatio Livingstone, por lo que éstos aparecían como figuras periféricas. Pero en las instantáneas, los rostros de los hombres ocupaban todo el recuadro del negativo. Bill abrió una serie de carpetas y le mostró otras fotografías de los mismos hombres.

—Ése de ahí —dijo—, el que está junto a la camioneta, ¿sabe usted cómo se llama?

—Brown —respondió la periodista.

Bill se echó a reír.

—¿Y sabe usted qué palabra española significa *brown*? —preguntó.

—No.

—«Moreno». En este caso: Hernán Moreno.

—La Televisión es un medio de comunicación eminentemente visual —dijo Sabrina—, así que las imágenes pueden narrar una historia mejor que las palabras. ¿Podría darme esas fotografías tuyas para compararlas con las mías?

—Ya he mandado que le hagan las copias —dijo Bill—, y también las haremos de las de usted.

Su cámara, que había tenido que quedarse esperando en la calle, dentro del taxi, discretamente hizo algunas fotos del bloque de oficinas. Nadie se lo impidió. Él creyó haber fotografiado el Cuartel General de la CÍA en Miami. Pero no fue así.

Cuando regresaron al «Hotel Sonesta Beach», Sabrina Tennant cogió el taco de fotografías, tanto las propias como las que los de la CÍA le habían dado —haciendo una extraordinaria excepción y habiéndolas sacado de sus archivos secretos—, y las esparció encima de una mesa en un salón para banquetes que había alquilado al hotel, mientras que el cámara filmaba una película de todas ellas. Miss Tennant preparó una auténtica escenificación, utilizando como telón de fondo una de las paredes del salón para banquetes, en la que había colgado un gran retrato del presidente Bush, que le había sido prestado cortésmente por el director del hotel. Aquello sería más que suficiente para dar la impresión de que estaban filmando dentro de un sanctasanctórum de la CÍA.

Poco después, en el curso de esa misma mañana, la pareja encontró una cala desierta al bajar por un caminillo cercano a la autopista N.º 1 de Estados Unidos, y allí la periodista montó otra puesta en escena para que su cámara lo rodase, esta vez adornada con blancas y relucientes arenas, palmeras meciéndose y un espléndido mar azul, lo que pretendía ser una réplica exacta de una playa en Sunshine.

Al mediodía, utilizando la vía satélite con Londres, envió todo su material a la «British Satellite Broadcasting» en Londres. También ella mantuvo una larga conferencia telefónica con el redactor jefe de los servicios informativos mientras los de la sección de montaje habían comenzado ya a preparar el documental. Cuando los técnicos hubieron terminado, se disponía de un reportaje de quince minutos de duración que daba la impresión de haber sido rodado teniendo una sola idea en la cabeza: la intención de ofrecer de forma deliberada un auténtico ejemplo de lo que es el periodismo cuando se trata de poner al descubierto los entretelones de un gran escándalo.

El jefe de redacción ordenó que cambiasen el orden en la transmisión de noticias del informativo *Cuenta Atrás*, que era televisado los domingos a la hora del almuerzo, y después volvió a llamar por teléfono a Florida.

—Es un auténtico bombazo —dijo—. ¡Muy bien hecho, cariño!

McCready también había estado muy atareado. Se pasó buena parte de la mañana pegado a su teléfono portátil, haciendo llamadas a Londres, y también a Washington.

En Londres se puso en comunicación con el director del Regimiento del Servicio Especial de las Fuerzas Aéreas, a quien encontró en el cuartel del Duque de York, en King's Road, en Chelsea. El joven y estirado general escuchó lo que McCready le pedía.

—Bien, puedo decirte que lo haré —dijo el general—. En estos momentos tengo a dos de esos hombres dando unas conferencias en Fort Bragg. Pero necesitare una autorización.

—No hay tiempo para eso —replicó McCready—. Dime una cosa, ¿no les deben algunas vacaciones?

—Supongo que sí —contestó el director.

—¡Estupendo! En ese caso les ofrezco a ambos tres días de descanso y recreación, tomando el sol en esta isla. En calidad de invitados míos, en plan privado. ¿Qué puede haber más honesto que lo que te propongo?

—Sam —dijo el general—, no eres más que un viejo bribón taimado. Ya veré qué puedo hacer. Pero estarán de vacaciones, ¿entendido? Para tomar el sol y nada más.

«¡No lo permita Dios!», se dijo McCready para sus adentros.

Cuando aún faltaban siete días para las Navidades, los ciudadanos de Port Plaisance se preparaban esa tarde para la inminente celebración de las fiestas.

Pese al calor que hacía, un gran número de escaparates estaba siendo decorado con figuras que representaban petirrojos y ramas de acebo, arbolillos de Navidad y copos de nieve artificial. Muy pocos de los isleños habían visto en el transcurso de sus vidas un petirrojo o un arbusto de acebo, por no hablar ya de los copos de nieve, pero la tradición victoriana británica había logrado inculcar en todas las mentes la idea de que el Niño Jesús había venido al mundo rodeado de aquellos aditamentos, por lo que los mismos tenían que formar parte, como Dios manda, de las decoraciones navideñas.

Junto a la fachada de la iglesia anglicana, Mr. Quince, asistido por un enjambre de impacientes y ansiosas niñas, estaba decorando un tablado sobre el que pendía un techo de paja. Un muñequito de plástico yacía en el pesebre, mientras que la chiquillería se dedicaba a colocar figuritas de bueyes, ovejas, burros y pastorcillos.

En las afueras de la ciudad, el reverendo Walter Drake dirigía un coro, en unos ensayos que culminarían en la ejecución del servicio divino cantado. Su profunda voz de bajo no era todo lo buena que cabía esperar. Por debajo de su negra camisa llevaba el torso completamente fajado con los vendajes que el doctor Jones le había puesto para aliviarle el dolor de las costillas rotas, y su voz se escuchaba jadeante y resollante, como si le faltara la respiración. Sus feligreses se miraban unos a otros de un modo harto significativo. Todos sabían lo que le había sucedido el jueves por la noche. Nada permanecía en secreto por mucho tiempo en Port Plaisance.

A las tres de la tarde, una furgoneta abollada llegó a la plaza del Parlamento y estacionó junto a la acera. Por la portezuela del asiento del conductor salió la descomunal figura de *Firestone*. El gigante se dirigió a la parte trasera del vehículo, abrió las puertas y sacó en vilo a Miss Coltrane sentada en la silla de ruedas. A paso lento, fue guiando su silla de inválida por la calle principal de la ciudad para que hiciera sus compras. No

había ningún periodista por los alrededores. La mayoría de ellos, aburridos, se habían ido a nadar a la playa de Conch Point.

El avance de la anciana por la calle era lento, siendo interrumpida continuamente por aquellos que se acercaban a saludarla. La mujer devolvía todos los saludos, dirigiéndose a los dueños de las tiendas y a los paseantes por su nombre, sin que jamás se olvidase de uno.

—¡Buenos días, Miss Coltrane!

—¡Muy buenos días, Jasper!

—¡Buenos días, Simón!

—¡Buenos días, Emmanuel!

Y así seguía la retahíla, mientras la mujer iba preguntando a cada uno por su mujer y por sus hijos o felicitaba a un futuro padre por su buena fortuna o manifestaba su condolencia al enterarse de que alguien se había roto un brazo. Ella hacía sus compras habituales, y los tenderos acudían con sus mercancías a la puerta para que las examinara.

Cuando pagaba, sacaba el dinero de un pequeño monedero que llevaba sobre el regazo, mientras que de un gran bolso de mano iba repartiendo cantidades de caramelos que parecían inagotables a una gran multitud de chiquillos, que se ofrecían para llevarle las bolsas de la compra, en la esperanza de recibir una segunda ración de dulces.

Compró frutas y verduras frescas, queroseno para sus lámparas, cerillas, hierbas aromáticas, especias, carne y aceite. Su deambular por las calles la llevó a través de la zona de tiendas hasta los muelles, donde saludó a los pescadores y compró dos relucientes cuberas y una palpitante langosta, que en realidad había sido encargada por el «Hotel Quarter Deck». Pero si Miss Coltrane deseaba algo, lo conseguía. No había discusión posible. El cocinero del «Quarter Deck» tendría que conformarse con las gambas y los mejillones.

Cuando volvió a la plaza del Parlamento se encontró con el superintendente jefe de detectives Hannah, que descendía por las escaleras del hotel. Le acompañaba el inspector jefe Parker y un estadounidense llamado Favaro. Los tres hombres se disponían a partir hacia la pista de aterrizaje para esperar la llegada del avión de Nassau, que debería de aterrizar a las cuatro de la tarde.

Ella los saludó cariñosamente, aunque jamás había visto a dos de ellos. A continuación, *Firestone* alzó la silla con Miss Coltrane sentada en ella y la colocó entre las bolsas de las

compras, en la parte de atrás de la furgoneta. Instantes después, el vehículo se alejaba.

—¿Quién es? —preguntó Favaro.

—Una anciana dama que vive en lo alto de una montaña —le informó Hannah.

—¡Ah, sí!, ya he oído hablar de ella —dijo Parker—. Se supone que lo sabe todo acerca de esta isla.

Hannah frunció el entrecejo con expresión de disgusto. Desde que sus investigaciones habían tomado un nuevo giro, el detective comenzaba a sospechar, cada vez con más fuerza, que Miss Coltrane tenía que saber mucho más de lo que había dado a entender acerca de quién había podido efectuar aquellos disparos el martes por la tarde. De todas maneras, su sugerencia de que echara un vistazo a los entornos de los dos candidatos había sido francamente perspicaz. Después de haberlos visitado, su instinto de policía le decía que, en modo alguno, eran gente de fiar. Pero si al menos hubiesen tenido un motivo...

El avión correo isleño procedente de Nassau aterrizó algunos minutos después de las cuatro. El piloto traía un paquete del Departamento de Policía de Metro-Dade para Mr. Favaro. El detective de Miami le enseñó sus credenciales y recogió el paquete. Parker subió a bordo del avión, llevándose en un bolsillo de la chaqueta la botellita de muestras en la que guardaba aquella bala de tan vital importancia.

—Mañana por la mañana, un coche le estará esperando en el aeropuerto de Heathrow —dijo Hannah—. Vaya directamente a Lambeth. Quiero que la bala se encuentre en poder de Alan Mitchell lo antes posible.

Cuando el aparato despegó, Favaro mostró a Hannah las fotos de Francisco Méndez, alias *Escorpión*. El detective británico las examinó con detenimiento. Eran diez en total, en ellas se veía a un hombre enjuto y taciturno, de cabellos negros y lisos peinados hacia atrás y inexpresiva boca. Los ojos, que estaban mirando hacia la cámara, parecían vacíos.

—¡Cerdo hijo de puta! —exclamó Hannah—. Vayamos a ver al inspector jefe Jones.

El jefe de la Policía de las Barclay se encontraba en su despacho de la plaza del Parlamento. De las puertas abiertas de la iglesia anglicana les llegaba un sonido de cánticos; y de las puertas abiertas del bar del «Hotel Quarter Deck», un estruendo

de risas. Los periodistas habían regresado. Jones denegó con la cabeza.

—Pues no, jamás había visto antes a ese hombre. No en estas islas.

—No creo que Julio se confundiera de hombre —dijo Favaro—. Estuvimos sentados frente a ese hombre durante cuatro días seguidos.

Hannah se sintió propenso a darle la razón. Y a lo mejor estaba buscando en el sitio que no era, en la misma casa del gobernador. Quizás el asesinato había sido perpetrado por *encargo*. Pero ¿por qué...?

—¿Podría hacer circular estas fotografías, Mr. Jones? ¿Mostrarlas por ahí? Se sospecha que fue visto en el bar del «Quarter Deck», el martes de la semana pasada. Es posible que alguien lo haya visto. El camarero que atendía la barra, alguno de los clientes de aquella noche. Alguien tuvo que ver a dónde se dirigía cuando salió del bar, o alguien lo vería en otro bar..., ya sabe cómo son esas cosas.

El inspector hizo un gesto de asentimiento. Sabía muy bien lo que tenía que hacer. Iría por ahí mostrando las fotografías.

Cuando se puso el sol, Hannah echó una ojeada a su reloj. Parker debía de haber llegado a Nassau hacía una hora. En esos momentos estaría embarcando en el vuelo nocturno para Londres. Ocho horas de viaje y cinco más por la diferencia horaria, aterrizaría poco después de las siete de la mañana, hora londinense.

Alan Mitchell, el brillante científico civil que dirigía el laboratorio de balística del Ministerio del Interior en Lambeth, había consentido en sacrificar el domingo para trabajar en la bala. Sometería el proyectil a todo tipo de pruebas y telefonaría a Hannah el domingo por la tarde para comunicarle sus hallazgos. Y Hannah sabría entonces con exactitud qué clase de arma tendría que buscar. De ese modo el cerco se estrecharía, y las posibilidades disminuirían. Alguien tenía que haber visto el arma que había sido utilizada. A fin de cuentas, aquél era un lugar tan *pequeño*...

Interrumpieron a Hannah durante la cena. Tenía una llamada de Nassau.

—Siento decirle que el avión ha sufrido una hora de retraso —le comunicó Parker—. Despegaremos dentro de diez minutos. Pensé que usted podría alertar a Londres.

Hannah comprobó la hora en su reloj. Eran las siete y media. Lanzó una maldición, colgó el teléfono y volvió a donde le estaba esperando su mero a la plancha. Ya estaba frío.

Se encontraba tomando la última copa de la noche antes de irse a la cama cuando el teléfono del bar sonó. Eran las diez.

—Siento mucho tener que decirle esto —balbuceó Parker.

—¿Dónde demonios está? —vociferó Hannah.

—En Nassau, jefe. Despegamos a las siete y cuarenta, tal como le dije, estuvimos volando unos cuarenta y cinco minutos sobre el mar, advirtieron un fallo en uno de los motores y regresamos. Los mecánicos están trabajando en estos momentos. No parece que vayan a tardar mucho.

—Llámemme cuando estén a punto de despegar —le ordenó Hannah—. Comunicaré a Londres la nueva hora de llegada.

Le despertaron a las tres de la mañana.

—Los mecánicos han reparado ya la avería —dijo Parker—. Se trataba de un cortocircuito en el solenoide de una señal luminosa de alarma en el motor exterior del ala de babor.

—Parker —replicó Hannah, hablando despacio y alargando cada palabra—, me importa un carajo si era debida a que el jefe de contabilidad de la compañía aérea se había meado en los depósitos de combustible. ¿Está arreglada?

—Sí, señor.

—¿Así que van a despegar de una vez?

—Bien, no exactamente. Tenga en cuenta que con las horas que aún necesitaríamos para llegar a Londres, la tripulación habría excedido el número de horas de trabajo permitidas sin tomarse un descanso. Así que no pueden volar.

—De acuerdo, ¿y qué ocurre con la tripulación de refresco? Los que trajeron el avión ayer por la tarde han tenido doce horas para descansar.

—Sí, claro, bueno, el caso es que ya han dado con ellos, jefe. Pero lo que ocurre es que ellos opinan que tienen derecho a un descanso temporal de treinta y seis horas. El primer oficial se fue a una fiesta para hombres solos, y no está en condiciones de volar.

Hannah hizo una observación acerca de esa línea aérea, una de las preferidas en el mundo entero, a la que su presidente, Lord King, tendría mucho que objetar si llegase a enterarse de lo ocurrido.

—¿Y bien, qué va a pasar ahora? —preguntó.

—Tenemos que esperar hasta que la tripulación haya descansado. Y luego volaremos —contestó la voz desde Nassau.

Hannah se levantó de la cama y salió del hotel. No había ningún taxi, tampoco ningún Osear. Así que caminó hasta el palacio de la gobernación, despertó a Jefferson y éste le abrió la puerta. Con la humedad y el calor de la noche estaba empapado en sudor. Hizo una llamada de larga distancia a Scotland Yard y obtuvo el número de teléfono particular de Mitchell. Entonces marcó para avisar al científico, pero éste hacía cinco minutos que había salido de su casa en dirección a Lambeth. Eran las cuatro de la madrugada en Sunshine; las nueve de la mañana en Londres. Esperó una hora hasta que pudo dar con Mitchell en el laboratorio y le comunicó que Parker no llegaría allí hasta primeras horas de la noche. Alan Mitchell no quedó particularmente encantado con la noticia. Tendría que conducir de vuelta a West Mailing, en Kent, en medio de un horroroso día de diciembre.

Parker llamó de nuevo el domingo al mediodía. Hannah se encontraba matando el tiempo en el bar del «Quarter Deck».

—¿Sí? —inquirió con acritud.

—Todo está *OK*, jefe, la tripulación ha descansado ya. Están preparados para volar.

—¡Grandioso! —replicó el detective, que comprobó la hora en su reloj. Ocho horas de vuelo y cinco de diferencia horaria... Si Alan Mitchell estuviese dispuesto a trabajar durante toda la noche, podría recibir su respuesta en Sunshine el lunes a la hora del desayuno.

—¿Así que ya están listos para despegar? —preguntó.

—Bien, no exactamente, jefe —contestó Parker—. Fíjese, si lo hiciésemos así, aterrizaríamos en Heathrow poco después de la una de la madrugada. Y eso es algo que no está permitido. Por la campaña contra el ruido, me temo.

—Bien, ¿y qué demonios piensan hacer?

—Bueno, la hora usual de partida es a las seis en punto de la tarde desde aquí, con llegada a Heathrow a las siete en punto de la mañana. Así que optarán por atenerse a ese otro horario.

—Pero eso significa que habrá dos «Jumbos» que despegarán al mismo tiempo —dijo Hannah.

—Sí, eso es lo que ocurrirá, jefe. Pero no se preocupe. Ambos aviones irán completamente llenos, por lo que la compañía aérea no tendrá pérdidas.

—¡Gracias a Dios por esa buena noticia! —masculló Hannah, y colgó el auricular. «Veinticuatro horas, veinticuatro malditas horas. Hay tres cosas en este mundo ante las que el ser humano se encuentra totalmente impotente: la muerte, los impuestos y las líneas aéreas.» Desde la ventana de su habitación vio a Dillon que subía por las escaleras del hotel en compañía de dos atléticos jóvenes. «Probablemente sean así como le gustan —se dijo Hannah mordaz—. ¡Maldito Ministerio de Asuntos Exteriores!» El detective no se encontraba de muy buen humor.

Cruzando la plaza se veía una muchedumbre integrada por los feligreses de Mr. Quince, que salían de la iglesia tras haber asistido al servicio religioso matutino. Los hombres, ataviados con pulcros trajes oscuros; las mujeres, suntuosamente emperifolladas como aves de plumajes brillantes, todos con manos enguantadas de blanco, en las que empuñaban el devocionario y agitaban su cirio de cera, mientras saludaban inclinando la cabeza, cubierta con sombrero de paja. Era lo habitual en un domingo (casi) normal en Sunshine.

Las cosas no se desarrollaban de un modo tan pacífico en Inglaterra, sobre todo en los Condados cercanos a Londres. En Chequers, la residencia rural del Primer Ministro de Gran Bretaña, emplazada en una finca de mil doscientos acres en el Condado de Buckinghamshire, Mrs. Thatcher se había levantado temprano, tal como tenía por costumbre, y había estado trabajando laboriosamente, enfrascada en la lectura de cuatro cajas rojas, repletas de documentos de Estado, antes de reunirse con Denis Thatcher para tomar el desayuno frente a una chimenea en la que unos leños chisporroteaban alegremente.

Aún no había terminado de desayunar cuando se oyeron unos golpecitos a la puerta, por la que apareció a continuación su secretario de Prensa, Mr. Bernard Ingham. Llevaba un ejemplar del *Sunday Express* en la mano.

—Aquí hay algo que en mi opinión podría interesarle, Primera Ministra.

—Bien, ¿quién me ha atacado esta vez? —preguntó Mrs. Thatcher con vivacidad.

—Nadie —contestó el ceñudo secretario, que era oriundo de Yorkshire—, esta vez se trata del Caribe.

Ella leyó el largo artículo que aparecía en la primera página, enarcó las cejas y frunció el ceño. Las fotografías que

acompañaban el artículo eran las siguientes: de Marcus Johnson, subido en su tribuna en Port Plaisance, y otra más de él, tomada unos años antes, visto a través de una rendija entre un par de cortinas. Había también fotos de sus ocho guardaespaldas, todas tomadas el viernes en la plaza del Parlamento, y otras fotografías de esos mismos hombres, que se ponían a modo de comparación, indicando también su procedencia: los archivos de la Jefatura Superior de Policía de Kingston. En el texto del artículo se citaban largos párrafos de las declaraciones de «un alto funcionario de la American Drug Enforcement Administration en el Caribe» y del comisario Foster, de la Policía de Kingston.

—Pero esto es terrible —exclamó la Primera Ministra—. Tengo que hablar con Douglas. Y se encaminó a su despacho privado para telefonar a Douglas.

El primer secretario de Estado de Su Majestad para Asuntos Extranjeros, Mr. Douglas Hurd, se encontraba descansando con su familia en su residencia rural oficial, otra lujosa mansión, llamada *Chevening* y situada en el Condado de Kent. Había leído detenidamente el *Sunday Times*, el *Observer* y el *Sunday Telegraph*, pero aún no había llegado al *Sunday Express*.

—No, Margaret, aún no lo he visto —dijo—, pero lo tengo al alcance de mi mano.

—Pues cógelo entonces —dijo la Primera Ministra.

El secretario de Estado para Asuntos Extranjeros, un antiguo novelista de cierta fama, sabía apreciar una buena historia cuando se topaba con ella. Y ésa daba la impresión de estar extraordinariamente bien documentada.

—Sí, coincido contigo, es ignominioso, si lo que afirman es cierto. Sí, sí, Margaret, me ocuparé del asunto esta misma mañana y haré que los del Departamento del Caribe lo verifiquen.

Pero los funcionarios públicos también son seres humanos, un hecho éste que, por regla general, no parece ser reconocido por la opinión pública, y también ellos tienen mujer, hijos y hogar. A tan sólo cinco días de las Navidades, el Parlamento había suspendido sus sesiones, e incluso los Ministerios se mantenían con poco personal. De todas formas, alguien tendría que estar de servicio esa mañana y a esa persona sería posible endosarle todo lo relativo al nombramiento de un nuevo gobernador para el año nuevo.

Mrs. Thatcher y su familia fueron a Ellesborough para asistir al servicio divino de la mañana y regresaron a eso de las doce. A la una se sentaban a la mesa para almorzar en compañía de algunos amigos. Entre estos últimos se encontraba Mr. Bernard Ingham.

Fue su asesor político, Mr. Charles Powell, el que vio a la una el programa *Cuenta Atrás* de la «British Satellite Broadcasting». Le gustaba *Cuenta Atrás*. De vez en cuando daba algunas noticias excelentes del extranjero, y, en su calidad de antiguo diplomático, aquella era su especialidad. Cuando vio los titulares, en los que se anunciaba un reportaje sobre un escándalo en la zona del Caribe, apretó el botón de grabación del vídeo que tenía debajo del televisor.

A las dos de la tarde, Mrs. Thatcher se levantó de la mesa — jamás consideraba necesario perder mucho tiempo en las tertulias de sobremesa, en las que se desperdiciaba buena parte de un día laborioso—, y cuando salía por la puerta del comedor, Charles Powell, que parecía algo ansioso, acudía a su encuentro. Ya en su despacho, colocó en su aparato de vídeo la cinta que Powell le había dado y la pasó por la pantalla del televisor. La vio en silencio. Luego telefoneó de nuevo a Chevening.

Mr. Hurd, un devoto padre de familia, que había llevado a su hijo y su hija pequeños a dar un paseo vigorizante a través de los campos, acababa de regresar en esos momentos, hambriento y con ganas de hincar el diente a su *roast beef*, cuando recibió la segunda llamada de la Primera Ministra.

—No, también me lo he perdido, Margaret —dijo.

—Tengo una cinta grabada del programa —le informó la Primera Ministra—. Es algo asombroso. Te la enviaré sin pérdida de tiempo. Mírala en cuanto la recibas y llámame luego, por favor.

Un mensajero motorizado se lanzó a los caminos entre la penumbra de aquella lúgubre tarde de diciembre, bordeó la ciudad de Londres por la carretera nacional M-25 y llegó a Chevening a eso de las cuatro y media. El secretario de Estado para Asuntos Exteriores telefoneó a Chequers a las cinco y cuarto y le pusieron directamente con la Primera Ministra.

—Tienes razón, Margaret, algo pasmoso —dijo Douglas Hurd.

—Sugiero que enviemos allí a un nuevo gobernador —dijo la Primera Ministra—, no para el año nuevo, sino ahora mismo. Tenemos que demostrar que somos activos, Douglas. ¿Sabes quién más puede haber estado viendo esas noticias?

El secretario de Estado para Asuntos Exteriores era muy consciente de que Su Majestad, aunque se encontraba en esos momentos en Sandringham en compañía de su familia, no estaba apartada de los acontecimientos mundiales. La soberana era una ávida lectora de periódicos y tenía por costumbre ver los informativos dados en televisión.

—Me pondré a trabajar en eso de inmediato —dijo el secretario de Estado.

Y lo hizo, en efecto. El subsecretario permanente de Estado tuvo que abandonar su cómodo sillón en su mansión de Sussex para ponerse a hacer llamadas telefónicas a diestro y siniestro. A las ocho de la noche, la elección había recaído en Sir Crispian Rattray, un viejo diplomático retirado que había sido alto comisario en Barbados, y que se mostró dispuesto a ir a aquella isla del Caribe.

Estuvo de acuerdo en presentarse a la mañana siguiente en el Ministerio de Asuntos Exteriores para recibir el nombramiento formal en ese cargo y para que le dieran un exhaustivo informe de la situación en las islas Barclay. Saldría del aeropuerto de Heathrow en el último vuelo de la mañana, y llegaría a Nassau el lunes por la tarde.

—Este asunto no me llevará mucho tiempo, querida —dijo a Lady Rattray mientras se preparaba la maleta—. Lástima que me hayan arruinado la cacería de faisanes, pero para eso estamos. Al parecer tengo que retirar las candidaturas de esos dos tunantes y preocuparme de que las elecciones se hagan con dos nuevos candidatos. Entonces conquistarán su gran independencia, arriaré el pabellón británico, Londres enviará un Alto Comisario, los isleños se encargarán de sus propios asuntos y yo regresaré a casa. Un mes o dos, sin duda alguna. Es una lástima lo de los faisanes.

A las nueve de la mañana de ese mismo día, en Sunshine, Sam McCready encontró a Hannah cuando éste desayunaba en la terraza del hotel.

—¿Le importaría que usase el nuevo teléfono del palacio de la gobernación para hacer una llamada a Londres? —preguntó—. Me gustaría hablar con mi gente acerca de mi regreso a Inglaterra.

—¡No faltaba más! —contestó Hannah.

El detective londinense se veía cansado y sin afeitarse, como alguien que se ha pasado en vela casi toda la noche.

A las nueve y media, McCready lograba comunicarse con Denis Gaunt. Lo que su asistente pudo contarle sobre las noticias aparecidas en el *Sunday Express*, y ofrecidas en el programa *Cuenta Atrás*, le confirmó en su idea de que aquello que deseaba que ocurriera había ocurrido realmente.

Desde las primeras horas de la mañana, un gran número de jefes de redacción de los servicios informativos londinenses habían estado llamando sin parar, tratando de ponerse en comunicación con sus corresponsales en Port Plaisance para hablarles de las revelaciones que el *Sunday Press* había publicado en su primera página y para urgirles a que enviaran la continuación de aquella historia. Después del almuerzo, hora de Londres, las llamadas se multiplicaron; acababan de ver el programa *Cuenta Atrás*. Pero ninguno de ellos pudo localizar a sus corresponsales.

McCready había estado hablando con el operador de la centralita telefónica y le había dicho que todos los caballeros de los medios de comunicación se encontraban extraordinariamente cansados, por lo que no se les debía de molestar bajo ningún concepto. Entre todos le habían elegido para que atendiera las llamadas que recibieran, y él se encargaría de pasárselas. Un billete de cien dólares había sellado el trato. El operador de la centralita respondía a todos los que llamaban desde Londres diciéndoles que la persona que buscaban había salido, pero que el mensaje le sería transmitido de inmediato. Todos los mensajes pasaban entonces a McCready, el cual los ignoraba olímpicamente. Aún no había llegado el momento para que los medios de comunicación pudiesen dar noticias nuevas.

A las once de la mañana se fue al aeropuerto a esperar a los dos jóvenes sargentos de la SAS procedentes de Miami. Cuando les avisaron de que tenían que tomarse tres días de permiso y presentarse ante su anfitrión en la isla Sunshine se encontraban en Fort Bragg, en Carolina del Norte, donde se dedicaban a instruir a sus colegas estadounidenses, los llamados Boinas Verdes. Se habían desplazado en avión hasta Miami, donde habían cogido un avión de alquiler para Port Plaisance.

Su equipaje era hartamente exiguo, pero incluía un gran macuto en el que llevaban los instrumentos de trabajo, envueltos en toallas playeras. La CÍA había sido lo suficientemente amable como para garantizarles el paso franco por la Aduana en Miami, y McCready, mostrando su carta del Ministerio de Asuntos

Exteriores, reclamó la inmunidad diplomática del equipaje en Port Plaisance.

El Manipulador los llevó al hotel y los instaló en una habitación contigua a la suya. Los hombres metieron sus macutos con los «confites» debajo de sus camas, cerraron la puerta con llave, y se fueron a dar un buen baño. McCready les había informado ya de para cuándo los necesitaría: a las diez de la mañana del día siguiente en el palacio de la gobernación.

Después de haber almorzado en la terraza del hotel, McCready fue a visitar al reverendo Walter Drake. Encontró al religioso baptista en su casa, ocupado en otorgar descanso a su cuerpo todavía dolorido. McCready se presentó y preguntó al pastor qué tal se sentía.

—¿Ha venido usted con Mr. Hannah? —preguntó Drake.

—Bueno, no es que haya venido exactamente con él —replicó McCready—, más bien..., digamos que me encargo de vigilar cómo andan las cosas mientras él se dedica a sus pesquisas en torno al asesinato. Mi interés se centra más en el aspecto político de las cosas.

—¿Es usted del Ministerio de Asuntos Exteriores? —porfió Drake.

—En cierto modo —contestó McCready—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Pues porque no me gusta nada su Ministerio de Asuntos Exteriores —replicó el reverendo Drake—. Ustedes han traicionado a mi pueblo.

—¡Ah!, pero podría ser que eso cambiase ahora —dijo McCready.

El Manipulador reveló entonces al pastor lo que quería de él. El reverendo Drake hizo un gesto enérgico de protesta.

—Soy hombre al servicio de Dios —replicó—. Usted necesita personas muy distintas para esa clase de asuntos.

—Mr. Drake, ayer hice una llamada a Washington. Alguien de allí me contó que no ha habido más que siete jóvenes nacidos en las islas Barclay que hayan hecho el servicio militar en el Ejército de los Estados Unidos. Y en los archivos tan sólo uno de ellos respondía al nombre de Walter Drake.

—Pues será otra persona —gruñó el reverendo Drake.

—El funcionario que me facilitó esa información —prosiguió McCready en tono calmado— me dijo que ese tal Walter Drake aparecía en sus listas como sargento del cuerpo de Marina de Estados Unidos. Y que sirvió dos veces en Vietnam. Regresó con

tres medallas, una Estrella de Bronce y dos Purple Heart. Me pregunto qué habrá sido de él.

—Pues se trata de otra persona —replicó el pastor en tono huraño—, de otra época distinta, de otros lugares. Ahora sólo me dedico al servicio de Dios.

—¿Y no le parece que usted podría estar muy bien cualificado para lo que le he dicho?

El fuerte hombrachón se quedó reflexionando unos instantes y luego asintió con la cabeza.

—Es posible —confesó.

—Yo también lo creo —dijo McCready—. Confío en verle allí. Necesito toda la ayuda que me sea posible recabar. A las diez en punto, mañana por la mañana, en el palacio de gobernación.

McCready se despidió y se encaminó por las callejas de la ciudad en dirección a los muelles. Encontró a Jimmy Dobbs atareado con la *Gulf Lady*. McCready se pasó media hora con él, y los dos acordaron hacer un viaje, al día siguiente en la *Gulf Lady*, con gastos pagados.

Hacía un calor sofocante cuando llegó al palacio de gobernación a eso de las cinco de la tarde. Jefferson le sirvió un té helado mientras esperaba que el teniente Jeremy Haverstock regresara. El joven oficial había estado jugando al tenis con algunos otros expatriados en una villa, en las montañas. La pregunta que McCready le hizo cuando volvió fue muy sencilla.

—¿Estará usted aquí mañana, a las diez? —Haverstock lo pensó un momento.

—Sí, claro, supongo que sí —contestó.

—Perfecto —dijo McCready—. ¿Tiene usted consigo el uniforme completo de gala que se usa en los trópicos?

—Por supuesto —contestó el oficial de Caballería—, tan sólo lo he usado una vez. En una fiesta oficial a la que asistí en Nassau, hace seis meses.

—¡Excelente! —exclamó McCready—. Diga a Jefferson que se lo planche y que saque brillo al cuero y a los bronces.

Un asombrado teniente Haverstock lo escoltó hasta el vestíbulo.

—Supongo que se habrá enterado de las buenas noticias —dijo el teniente—. Lo que logró el sabueso de Scotland Yard. Ayer encontró la bala en el jardín. Intacta. Parker se la ha llevado a Londres.

—¡Un buen golpe! Es una noticia alentadora.

A las ocho cenó en el hotel en compañía de Eddie Favaro. Cuando estaban tomando el café le preguntó:

—¿Qué piensa hacer mañana?

—Regresaré a casa —contestó Favaro—. Sólo pedí una semana de permiso. He de estar de vuelta en el trabajo el martes por la mañana.

—¡Vaya, vaya! ¿Y a qué hora sale su avión?

—He contratado un aerotaxi para el mediodía.

—¿Y no podría retrasar su partida hasta las cuatro de la tarde?, ¿qué le parece?

—Supongo que sí. ¿Por qué?

—Porque yo podría necesitar su ayuda. Digamos, ¿en el palacio de gobernación a las diez de la mañana? Se lo agradezco. Nos veremos mañana. No se retrase. El lunes será un día de mucho ajetreo.

El lunes, McCready se levantó a las seis de la mañana. El amanecer lo envolvía todo en sus tintes rosados, y anunciaba la llegada de otro día de sofocante modorra mientras arrancaba vivos destellos a las palmeras de la plaza del Parlamento. El frescor de la mañana era delicioso. Se dio una ducha, se afeitó y bajó a la plaza, donde el taxi que había encargado el día anterior le estaba esperando. Su primera obligación consistía en ir a despedirse de una vieja amistad.

Pasó una hora allí, desde las siete hasta las ocho, tomó café con bollitos recién salidos del horno y luego se despidió cariñosamente.

—Pues bien, no lo olvides —dijo cuando se levantaba de su asiento, dispuesto a marcharse.

—No te preocupes —repuso Miss Coltrane—, que no lo olvidaré, Sam. Siempre fuiste un muchachito de lo más encantador.

McCready se inclinó para darle un beso en la frente.

—Pasé las mejores vacaciones de mi vida aquí, en Sunshine, contigo y con tío Robert.

A las ocho y media estaba de vuelta en la plaza del Parlamento y se fue a ver al inspector jefe. Mostró al jefe de Policía la carta de recomendación extendida por el Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Haga el favor de estar a las diez de la mañana en el palacio de gobernación —le dijo—. Hágase acompañar de dos sargentos, cuatro policías, su «Land Rover» personal y dos

camionetas comunes y corrientes. ¿Tiene usted pistola de reglamento?

—Sí, señor.

—Pues tenga la amabilidad de llevarla consigo también.

En esos momentos era la una y media en la ciudad de Londres, pero en el Departamento de Balística del laboratorio forense del Ministerio del Interior en Lambeth, Mr. Alan Mitchel no pensaba en que era la hora del almuerzo. Se encontraba inclinado sobre su microscopio.

Debajo del objetivo, fijada a la platina por dos sujetadores de rosca, tenía una bala de plomo. Mitchel contemplaba detenidamente las marcas estriadas que se extendían a todo lo largo del proyectil, formando curvas alrededor del metal. Eran las incisiones causadas por las estrías en espiral que tenía por dentro el cañón del arma que había disparado la bala. Por quinta vez en ese mismo día dio vueltas al proyectil debajo del objetivo del microscopio, mientras analizaba todos los rasguños, esas incisiones que son propias y exclusivas del cañón de un arma de fuego, como las huellas dactilares humanas. Por último alzó la cabeza, satisfecho. Emitió un silbido de sorpresa y se levantó para ir a consultar sus manuales. Tenía toda una biblioteca sobre el tema, y es que Alan Mitchel estaba considerado, sin duda alguna, el mejor especialista de Europa sobre balística merced a sus conocimientos de las armas de fuego.

Aún necesitaba realizar otras pruebas. Sabía que en alguna parte, a seis mil kilómetros de distancia, al otro lado del océano, un detective esperaba con impaciencia los resultados de sus investigaciones, pero no por eso pensaba trabajar con prisas. Tenía que estar seguro, completamente seguro.

Demasiados procesos se habían perdido ante el Tribunal de Justicia porque otros especialistas, contratados por la Defensa, habían echado por tierra las pruebas que los científicos forenses habían reunido para presentar en el juicio.

Todavía tenía que realizar una serie de ensayos con los minúsculos fragmentos de pólvora quemada que seguían adheridos a la roma punta de la bala. Las pruebas que había llevado a cabo sobre la manufactura y la composición del retorcido proyectil que le habían entregado dos días antes tendría que repetir las ahora con la flamante bala que acababan de enviarle. El espectroscopio hundiría sus radiaciones dentro del mismo metal, con lo que sabría la estructura molecular del

proyectil, su edad aproximada y, a veces, también dónde había sido fabricada. Alan Mitchel rebuscó en sus estanterías, cogió un manual, se sentó y comenzó a leer.

McCready despidió al taxista a la entrada del palacio de gobernación y pulsó el timbre de la puerta. Jefferson lo reconoció por la mirilla y le hizo pasar. McCready le explicó que necesitaba efectuar otra llamada telefónica, utilizando la línea internacional que Bannister había instalado, y que tenía el permiso de Mr. Hannah. Jefferson lo acompañó hasta el despacho privado del difunto gobernador y lo dejó a solas.

McCready pasó por alto el teléfono y se dirigió al escritorio. En los primeros momentos de la investigación, Mr. Hannah había registrado los cajones para lo cual empleó las llaves del fallecido gobernador, y, después de asegurarse que dentro no había pista alguna que pudiese ayudarle a esclarecer el asesinato, los había cerrado de nuevo. McCready no tenía las llaves, pero tampoco las necesitaba. El día anterior, forzando las cerraduras, había encontrado lo que deseaba. Estaba al fondo del cajón de la izquierda. Hasta por partida doble, pero sólo necesitaba uno.

El objeto en cuestión era un imponente pliego de papel, quebradizo al tacto y de una coloración crema, como la del pergamino. Centrado en la parte superior, grabado en relieve y estampado en oro, se veía el escudo de armas de la realeza británica, con el león y el unicornio sujetando entre sus patas delanteras el escudo acuartelado en cuatro cantones en los que aparecían los emblemas heráldicos de Inglaterra, Escocia, el País de Gales e Irlanda.

Por debajo, destacado en letras en negrita, se encontraba el siguiente texto:

YO, ISABEL SEGUNDA, SOBERANA DEL REINO UNIDO DE LA GRAN BRETAÑA Y DE IRLANDA DEL NORTE, ASÍ COMO DE TODOS SUS TERRITORIOS Y DEPENDENCIAS DE ULTRAMAR, REINA POR LA GRACIA DE DIOS, NOMBRO AQUÍ A... (seguía un espacio en blanco)... PARA QUE SEA NUESTRO... (otro espacio en blanco)... EN EL TERRITORIO DE... (un tercer espacio en blanco)...

Debajo del texto se veía una firma en facsímil que rezaba: Elizabeth R.

Era un nombramiento real. En blanco. McCready cogió una pluma de la escribanía que había pertenecido a Sir Marston Moberley y rellenó el documento, haciendo gala de sus mejores habilidades caligráficas. Cuando terminó de escribir, sopló a conciencia la tinta fresca para que se secase e hizo uso del sello gubernamental para refrendar el documento.

Afuera, en el salón de recepciones, ya se habían congregado sus huéspedes. Echó otro vistazo al documento y se encogió de hombros. Acababa de nombrarse a sí mismo gobernador de las islas Barclay. Por un día.

CAPITULO VI

Había reunidas seis personas. Jefferson entró a servir el café y se retiró. No preguntó qué hacían allí. No era asunto suyo.

Los dos sargentos, Newson y Sinclair, estaban apostados contra una pared. Llevaban ropa deportiva de un pardo claro y calzaban zapatillas de deporte con suelas de cuero. Los dos tenían sendas bolsitas colgadas alrededor de la cintura, la misma clase de esos bolsitos preferidos por los turistas para guardar las cajetillas de tabaco y las lociones bronceaduras cuando van a la playa. Pero en esas bolsas no había botellitas de crema bronceadura precisamente.

El teniente Haverstock no se había puesto su uniforme de gala. Estaba sentado en una de las butacas tapizadas de brocado, con las piernas elegantemente cruzadas una sobre otra. El reverendo Drake se había acomodado en el sofá, al lado de Eddie Favaro. El inspector jefe Jones, con su casaca azul marino, en la que relucían sus botones y sus insignias plateadas, se encontraba al lado de la puerta, con pantalones cortos, calcetines y zapatos.

McCready empuñó el nombramiento y se lo ofreció al teniente Haverstock.

—Esto ha llegado de Londres al amanecer, así que léalo, tome nota de lo que ahí se dice, apréndaselo de memoria y asimílelo bien.

Haverstock leyó el nombramiento.

—Muy bien, todo está en orden —dijo el teniente, pasando el documento.

El inspector jefe lo leyó y se puso firme.

—¡A sus órdenes, señor! —Después pasó el documento a los sargentos.

—Me parece perfecto —dijo Newson.

Luego lo leyó Sinclair, el cual se apresuró a decir:

—No hay problema.

Sinclair se lo pasó a Favaro.

—¡Rediós! —exclamó éste susurrante al acabar de leerlo.

Por lo que el reverendo Drake le dirigió una mirada conminatoria; a continuación cogió el documento, lo leyó con atención y rezongó más que exclamó:

—¡Alabado sea el Señor!

—Mi primer acto oficial —anunció McCready— consistirá en otorgarles a todos ustedes, con excepción del inspector jefe Jones, por supuesto, la autoridad de las Fuerzas Especiales policíacas. Considérense nombrados en este momento. Y, en segundo lugar, será mejor que les explique lo que vamos a hacer.

El Manipulador habló durante una media hora. Nadie le llevó la contraria. Después ordenó al teniente Haverstock que lo acompañara y ambos salieron del salón para ir a cambiarse de ropa. Lady Moberley se encontraba todavía en su cama, degustando un desayuno líquido. No era cuestión que les importunara, ya que ella y sir Marston tenían dormitorios separados y la habitación en la que el difunto gobernador se vestía estaba vacía. Haverstock mostró a McCready dónde se hallaba el cuarto y se retiró. McCready encontró lo que buscaba al fondo del ropero: el uniforme de gala completo de un gobernador colonial británico.

Cuando McCready regresó al salón de recepciones, aquel turista desgarrado que se sentaba con su chaqueta arrugada en la terraza del bar del «Hotel Quarter Deck» había desaparecido como por encanto. Sus pies calzaban las altas botas de la Orden de san Jorge, con sus relucientes espuelas. Los ajustados pantalones eran blancos, igual que la casaca, que llevaba abotonada hasta la garganta. Los rayos del sol que entraban por las ventanas arrancaban brillantes destellos a sus botones dorados y a los entorchados de oro que adornaban el bolsillo izquierdo de la pechera. También relucían la cadenita inclinada y la punta de lanza en su casco de la época del cardenal Wolsey. El cinturón alrededor de su cintura era de un azul espléndido.

Haverstock también iba vestido de blanco, salvo su gorra de oficial, azul marino y con visera negra. Encima de la visera lucía el águila bicéfala, el distintivo del Regimiento de Dragones de la Reina. Sus entorchados también eran dorados, al igual que las charreteras que le cubrían los hombros. El pecho y la espalda aparecían cruzados por una brillante correa de cuero negro, de la que colgaba, a la espalda, la delgada bolsa para las municiones, también de cuero negro. En la pechera exhibía las dos medallas al mérito que había ganado durante su servicio.

—Pues bien, Mr. Jones, vámonos —dijo McCready—. Tenemos que defender los intereses de la Reina.

El inspector jefe Jones se hinchó de orgullo. Hasta entonces, nadie le había dicho en su vida que él debía defender los intereses de la Reina. Cuando la comitiva salió por el patio de entrada del palacio de gobernación, el cortejo iba precedido por el «Jaguar» oficial. Osear lo conducía, con un policía sentado a su lado. McCready y Haverstock iban en el asiento trasero, con los cascos puestos. Detrás, el «Land Rover», conducido por otro policía y con Jones sentado al lado. Eddie Favaro y el reverendo Drake viajaban en la parte de atrás. Antes de salir del palacio, el sargento Sinclair había entregado calladamente a Favaro un «Colt Cobra» cargado, el cual se encontraba ahora metido en la cintura del detective norteamericano, bien sujeto por el cinturón y oculto bajo la camisa, que llevaba suelta por fuera. El sargento también había ofrecido un revólver al reverendo Drake, pero éste lo había rechazado con un gesto enérgico.

Las dos camionetas iban conducidas por los otros dos policías. Newson y Sinclair se habían colocado de cuclillas junto a las abiertas portezuelas laterales. Los sargentos de la Policía viajaban en la última camioneta.

A velocidad moderada, el «Jaguar» entró, solemne, en Shantytown. A lo largo de la calle principal se detenían los curiosos a contemplar el paso de la comitiva. En el primer vehículo las dos figuras que viajaban en el asiento de atrás iban sentadas muy tiesas, sin quitar la vista del frente.

Cuando llegaron ante la puerta de entrada de la mansión de Mr. Horatio Livingstone, McCready ordenó a Osear que detuviese la limusina. A continuación se apeó. El teniente Haverstock hizo otro tanto. Una multitud compuesta por centenares de habitantes de las islas Barclay salió de las callejuelas adyacentes a contemplar la escena, todos boquiabiertos y sorprendidos. McCready no solicitó permiso para entrar; se limitó a quedarse de pie ante el portalón de doble hoja.

Los sargentos Newson y Sinclair salieron a la carrera de la camioneta y se dispusieron a salvar el obstáculo del muro. Newson entrelazó las manos, formando un cuenco en el que Sinclair se apoyó con el talón, y luego levantó a su compañero por los aires. El joven, que no pesaba mucho, pasó por encima de la valla sin siquiera rozar los cascos de botella incrustados en todo el filo superior. La puerta no estaba cerrada con llave por

dentro. Sinclair se echó a un lado para dejar paso a McCready y al teniente Haverstock, que penetraron a la vez en el lugar. Los vehículos les siguieron lentamente.

Tres de los hombres vestidos con trajes de safari de color gris, corrieron desesperadamente hacia el portalón de entrada, pero sólo se encontraban a mitad de camino entre la casa y la valla cuando McCready hizo su aparición en el patio. Los hombres se detuvieron en seco y se quedaron contemplando las dos figuras uniformadas de blanco que se dirigían hacia la mansión con paso resuelto. Sinclair había desaparecido como por encanto. Newson entró al patio, corriendo como un gamo, e hizo lo mismo.

McCready subió la escalinata que conducía al pórtico y entró en la casa. Haverstock se quedó atrás, plantado en el pórtico, mirando con fijeza a los tres individuos vestidos con traje de safari color gris. Éstos mantuvieron una prudente distancia. Eddie Favaro y el reverendo Drake, el inspector jefe Jones, los dos sargentos de Policía y los tres agentes se apearon de sus respectivos vehículos y siguieron a McCready dentro de la casa. Un agente de policía se quedó custodiando los vehículos. Haverstock fue a reunirse entonces con los demás en el interior de la casa. Había ahora diez visitantes dentro y uno afuera.

En el amplio salón de recibimiento, los policías se apostaron junto a las puertas y las ventanas. En ese momento se abrió una puerta y por ella apareció Mr. Horatio Livingstone. Contempló a los invasores con expresión de rabia contenida.

—¡No pueden entrar aquí así como así! —vociferó—. ¿Qué significa todo esto?

McCready le alargó su nombramiento.

—¿Tendría la amabilidad de leer esto? —le espetó.

Livingstone lo leyó y lo tiró al suelo, sin contemplaciones. Jones lo recogió y se lo pasó a McCready, el cual volvió a guardárselo en el bolsillo.

—Me gustaría que llamase a todos sus acólitos de las Bahamas, a los siete, para que se presenten aquí con sus pasaportes, si tiene la amabilidad, Mr. Livingstone.

—¿En nombre de qué autoridad? —inquirió bruscamente Livingstone en tono irritado.

—Yo soy la autoridad suprema —replicó McCready.

—¡Imperialista! —gritó Livingstone—. Dentro de quince días, yo seré quien ejerza la autoridad suprema en estas islas, y le juro que entonces...

—Si se resiste —contestó McCready en tono sereno—, me veré obligado a pedir al inspector jefe Jones que lo detenga por tratar de impedir el cumplimiento de la justicia. Mr. Jones, ¿está usted dispuesto a cumplir con su deber?

—Sí, señor.

Livingstone los contempló a todos con el rostro congestionado por la cólera. Llamó a uno de sus ayudantes, que se encontraba en una habitación contigua, y le impartió la orden recibida de McCready. Uno tras otro, los hombres que vestían trajes de safari fueron apareciendo. Favaro se dirigió a cada uno de ellos y les cogió el pasaporte de las Bahamas. Luego se los entregó todos a McCready.

Éste los examinó uno a uno y se los fue pasando a Haverstock. El teniente iba haciendo gestos de desaprobación a medida que los veía.

—Todos esos pasaportes son falsos —dijo McCready—. Parecen buenos, pero todos han sido falsificados.

—¡Eso no es cierto! —vociferó Livingstone—. Son perfectamente válidos.

En realidad, el hombre tenía razón. No habían sido falsificados, sino obtenidos gracias a un soborno de una cuantía nada despreciable.

—No —sentenció McCready—. Estos hombres no son de las Bahamas. Así como tampoco usted es un socialista democrático, sino un comunista convencido, al servicio de Fidel Castro desde hace muchos años, y estos hombres que lo rodean son agentes cubanos. Ese tal Mr. Brown, que está ahí es, en realidad, el capitán Hernán Moreno, de la Dirección General de Información, o la DGI, el organismo cubano equivalente al KGB ruso. Los demás, que ustedes han elegido por ser de pura raza negra y porque hablan fluidamente el inglés, también son cubanos y miembros de la DGI. Los arrestaré a todos por haber entrado de manera ilegal en las islas Barclay, y a usted por complicidad e instigación.

Moreno fue el primero en echar mano a su pistola. Llevaba el arma a la espalda, sujeta con el cinturón y cubierta por su chaqueta de safari, con la que todos escondían sus armas. El hombre hizo gala de una extraordinaria rapidez, y logró llevarse la mano a la espalda para empuñar su «Makarov» antes de que nadie en el salón de recepciones pudiera hacer un movimiento para impedirselo. Pero el cubano se detuvo cuando escuchó la áspera voz de alguien que le gritaba desde lo alto de la escalera que conducía al piso de arriba.

—¡Fuera la mano o serás fiambre!

Hernán Moreno captó el mensaje en el último momento. Dejó de mover la mano y se quedó rígido. Lo mismo hicieron los otros seis, que ya estaban dispuestos a seguir su ejemplo.

Sinclair hablaba un español muy fluido y hacía uso de muchos giros coloquiales. En ese contexto prefirió la palabra «fiambre» a la de «cadáver» o a decirle que le iba a matar o a pegarle un tiro.

Los dos sargentos se encontraban en lo alto de la escalera, codo con codo, tras haber entrado en la casa por las ventanas del primer piso. Sus bolsitas de turista estaban vacías, pero no así sus manos. Cada uno de ellos empuñaba un pequeño pero eficaz fusil ametrallador del tipo «Heckler and Koch» MP-5.

—Esos hombres —apuntó McCready en tono condescendiente— no están acostumbrados a errar el blanco. Y ahora tenga la amabilidad de ordenar a los suyos que pongan las manos detrás de la cabeza.

Livingstone permaneció en silencio. Favaro se le acercó y le metió el cañón de su revólver por la gran ventanilla izquierda de su nariz.

—Tres segundos —le susurró al oído—, y tendré un desgraciado accidente.

—¡Haced lo que os manda! —ordenó Livingstone con voz ronca.

Se alzaron entonces catorce manos, que permanecieron en alto. Los tres agentes de Policía fueron dando la vuelta, mientras incautaban las siete pistolas.

—¡Cacheadlos! —ordenó McCready.

Los sargentos de la Policía registraron a los cubanos. Descubrieron también dos navajas con fundas de cuero.

—¡Registrad la casa! —dijo McCready.

Los siete cubanos fueron alineados de cara a la pared, con las manos detrás de la nuca. Livingstone se había sentado en un sillón de mimbre y era vigilado por Favaro. Los miembros de las Fuerzas Especiales policíacas siguieron apostados en lo alto de la escalera, en previsión de alguna tentativa de fuga en masa. No se produjo. Los cinco agentes de la Policía local registraron la casa.

Descubrieron una gran cantidad de armas de fuego, una gran suma de dinero en dólares estadounidenses, más otra gran suma en libras de las Barclay y una potente radio de onda corta con decodificador incorporado.

—Mr. Livingstone —dijo McCready—, puedo pedir al inspector jefe Jones que acuse a sus colaboradores de haber violado numerosas leyes británicas; tenemos pasaportes falsos, entrada ilegal en territorio británico, tenencia ilícita de armas..., en fin, una larga lista. Pero en vez de eso voy a expulsarlos en calidad de extranjeros indeseables. Ahora, en este mismo momento. Si lo desea, puede quedarse aquí, solo. Usted es, a fin de cuentas, ciudadano de las Barclay por nacimiento. Sin embargo, deberá responder a los cargos de complicidad e incitación; así que, para serle franco, se encontrará mucho más seguro si vuelve allí donde tendría que estar, a Cuba.

—¡Apruebo eso! —rezongó el reverendo Drake.

Livingstone hizo un gesto de asentimiento.

En fila india los cubanos fueron conducidos hasta la segunda de las camionetas que les estaba esperando en el patio. Tan sólo uno de ellos trató de oponer resistencia. En su intento de fugarse, tiró al suelo a uno de los policías locales, que había tratado de interceptarlo. El inspector jefe Jones reaccionó con asombrosa rapidez. Se sacó del cinto la corta cachiporra de madera de acebo, conocida por dos generaciones de policías británicos como «el acebo», y un fuerte golpe seco se oyó cuando la porra se estrelló contra la cabeza del cubano. El hombre cayó de rodillas, completamente atolondrado.

—¡No haga eso! —le amonestó el inspector jefe Jones.

Los cubanos y Horatio Livingstone se amontonaban ahora, sentados sobre el piso de la camioneta, mientras el sargento Newson, inclinado sobre el respaldo del asiento delantero, les apuntaba con su fusil ametrallador. La comitiva formó de nuevo el cortejo y avanzó lentamente por la calle principal de Shantytown en dirección al puerto de pescadores de Port Plaisance. McCready dio orden de que mantuviesen una marcha lenta para que centenares de isleños de las Barklay pudieran ver lo que ocurría.

En los muelles de los pescadores ya la *Gulf Lady* esperaba con los motores encendidos. En popa llevaba una amarra a la que iba sujeta una chalana, de las que se usan para recoger la basura, a la que habían puesto dos pares de remos.

—Mr. Dobbs —dijo McCready—, tenga la amabilidad de remolcar a estos caballeros hasta los límites de las aguas jurisdiccionales cubanas o hasta que vea alguna patrullera cubana navegando en lontananza. Déjelos entonces a la deriva. Podrán ser llevados a tierra por sus compatriotas o alguna de

las brisas que soplan hacia las costas los impulsará hasta su isla.

Jimmy Dobbs miró de reojo a los cubanos. Eran siete en total y había que sumar también a Livingstone.

—El teniente Haverstock le acompañará —le tranquilizó McCready—. Irá armado, como es lógico.

El sargento Sinclair dio a Haverstock el «Colt Cobra» que el reverendo Drake se había negado a usar. Haverstock subió a bordo de la *Gulf Lady* y se sentó sobre el techo de la cabina, desde donde podía vigilar a los deportados.

—No se preocupe, viejo amigo —le dijo a Dobbs—, si alguno se atreve a moverse, le saltaré, con toda tranquilidad, la tapa de los sesos.

—Mr. Livingstone —dijo McCready, mirando desde arriba a los ocho hombres amontonados en la chalana—, una última recomendación. Cuando llegue a Cuba dígame a Castro que el plan de incluir en su esfera de influencia a las islas Barclay mediante un candidato a las elecciones, que era espía y agente suyo, con la perspectiva, quizá, de anexionar estas islas a Cuba o de convertirlas en un campo de entrenamiento para el movimiento revolucionario internacional, era una idea fantástica en verdad. Pero podría decirle también que ese plan jamás hubiese funcionado. Ni ahora, ni nunca. Tendrá que pensar en algún otro medio para salvar su carrera política. ¡Adiós, Mr. Livingstone! ¡Y no se le ocurra volver por aquí!

Más de un millar de isleños se apelotonaban en los muelles cuando la *Gulf Lady* dio la vuelta al espigón del rompeolas y puso rumbo hacia alta mar.

—Creo que aún nos queda por realizar una pequeña tarea más, caballeros —dijo McCready.

Entonces *el Manipulador* se encaminó por el rompeolas de regreso al «Jaguar», avanzando con su reluciente uniforme blanco entre una multitud de curiosos que se apartaban a un lado para dejarle paso.

El portalón de hierro labrado de la finca de Marcus Johnson estaba cerrado con llave. Newson y Sinclair saltaron por la portezuela lateral de la camioneta en que iban, se dirigieron directamente a la muralla y pasaron por encima sin rozar el borde superior del muro. Instantes después, dentro de la finca se oyó un ruido seco, producido por el duro canto de una mano cuando se estrella contra la estructura ósea de una cabeza

humana. El motor eléctrico lanzó un zumbido y las dos hojas de la puerta se abrieron de par en par.

Al otro lado del muro, junto a la puerta, a la derecha, había una estrecha caseta con un cuadro de mandos y un teléfono en su interior. Tumbado en el suelo se encontraba un hombre que vestía una camisa playera de brillantes colorines; sus gruesas gafas de sol, hechas añicos, aparecían también en el suelo, junto a él. El hombre fue recogido y arrojado al fondo de la camioneta en la que iban los dos sargentos de policía. Newson y Sinclair se alejaron por el jardín y pronto desaparecieron entre los matorrales.

Marcus Johnson bajaba por la escalinata de baldosas de mármol que conducía a la terraza del pórtico cuando McCready salió a su encuentro. El hombre llevaba puesta una bata de seda.

—¿Podría preguntar qué diablos significa esto? —inquirió indignado.

—Por supuesto —replicó McCready—. Haga el favor de leer esto.

Johnson leyó el nombramiento y se lo devolvió.

—¿Y bien? ¿Acaso he cometido algún crimen? Allana mi domicilio... Londres se enterará de esto, Mr. Dillon. Lamentará su hazaña de esta mañana. Dispongo de abogados...

—¡Estupendo! —exclamó McCready—, pues va a necesitarlos. Y ahora, Mr. Johnson, quiero interrogar a su gente, a sus asesores electorales, a sus colaboradores. Uno de ellos ha tenido la amabilidad de acompañarnos hasta la puerta. ¡Traedlo, por favor!

Los dos sargentos de policía levantaron en vilo al portero, que habían estado sujetando entre los dos, y lo depositaron sobre un sofá.

—¡Los otros siete, si me hace el favor, Mr. Johnson, con sus respectivos pasaportes!

Johnson se encaminó hacia una mesita en la que había un teléfono de ónice y se llevó el auricular al oído. La línea estaba muerta. Colgó entonces el teléfono.

—Trataba de llamar a la Policía —dijo.

—Yo soy la Policía —dijo el inspector jefe Jones—. Tenga la amabilidad de hacer lo que el gobernador le pide.

Johnson se quedó reflexionando y luego llamó a alguien que debía de hallarse en el piso de arriba. Una cabeza apareció en lo alto de la escalera, por detrás de la barandilla. Johnson impartió una orden. Dos hombres que llevaban camisas de brillantes

colores aparecieron por la terraza y se colocaron junto a su jefe. Cinco más bajaron desde las habitaciones de la primera planta. Se escucharon entonces varios gritos de mujeres alborotadas. Al parecer habían estado celebrando una francachela en la casa. El inspector jefe Jones fue acercándose a cada uno de los hombres para que le entregasen los pasaportes. El hombre que estaba en el sofá había sacado el suyo del bolsillo.

McCready examinó los pasaportes, uno por uno, sacudiendo la cabeza mientras los estudiaba.

—No son falsificados —dijo Johnson en tono sereno y seguro de sí mismo—, y como bien podrá apreciar, todos mis colaboradores han entrado legalmente en Sunshine. El hecho de que posean la nacionalidad jamaicana es irrelevante.

—No por completo —replicó McCready—, ya que todos se abstuvieron de declarar que tenían antecedentes criminales, lo que es contrario al apartado quinto de la sección cuarta, subsección B-1 de la Ley de Inmigración.

Johnson se le quedó mirando, perplejo, y lo cierto era que tenía razones para estarlo, acababa de inventarse todo el asunto.

De hecho —dijo McCready suave—, todos esos hombres son miembros de una organización criminal conocida como los Yard Birds.

Los *Yard birds* habían comenzado como bandas callejeras en los barrios bajos de Kingston, recibiendo su nombre de los patios traseros de las casas, donde se hacían los amos absolutos. Iniciaron su carrera exigiendo tributo a cambio de protección y se ganaron una bien merecida fama por su violencia malévola. Más tarde se convirtieron en proveedores de marihuana y del derivado de la cocaína conocido como *crack*, y, poco a poco, fueron adquiriendo relevancia internacional. De modo abreviado son conocidos también por los *Yardies*.

Uno de los jamaicanos se encontraba cerca de una pared contra la que alguien había dejado apoyado un bate de béisbol. Poco a poco fue deslizándose una mano hacia el bate. El reverendo Drake advirtió el movimiento del brazo.

—¡Aleluya, hermano! —exclamó con voz serena, mientras le propinaba un golpe.

No le pegó más que una vez. Pero muy duro. Se enseñan muchas cosas en los seminarios baptistas, pero el golpe contundente como medio para convertir a los infieles no es precisamente una de ellas. Al jamaicano se le pusieron los ojos en blanco y cayó al suelo cuan largo era.

El incidente actuó como señal. Cuatro de los seis restantes *yardies* echaron mano a sus armas, que llevaban en fundas colgadas del cinto por debajo de las camisas playeras.

—¡Quietos! ¡Manos arriba!

Newson y Sinclair habían estado esperando hasta que se quedó vacía la primera planta, con excepción de las jóvenes, y a continuación entraron por las ventanas. Ahora se encontraban en el rellano superior de la escalera, con sus fusiles ametralladores apuntados hacia abajo. Las manos de los hombres de Johnson se inmovilizaron a mitad de camino hacia sus armas.

—No se atreverán a disparar —gruñó el candidato—. También les matarían a ustedes. Eddie Favaro se echó al suelo, rodó por las baldosas de mármol y se levantó de un salto, justo detrás de Marcus Johnson. Deslizó su mano izquierda hasta la garganta del hombre, se la apretó y le clavó en los riñones el cañón de su «Colt Cobra».

—Pudiera ser —le dijo—, pero tú serías el primero en morir.

—¡Las manos detrás de la nuca, si hacen el favor! —tronó McCready.

Johnson tragó saliva e hizo un gesto de resignación. Los seis *yardies* levantaron los brazos. Entonces les ordenaron colocarse de cara contra la pared, con las manos en alto. Los dos sargentos de la Policía les quitaron las armas.

—Supongo —gruñó Johnson irritado— que me tachará de *yard bird*, pero soy un ciudadano honorable de estas islas, un respetable hombre de negocios...

—No —replicó McCready—, falso. Usted es un traficante de cocaína. Así amasó su fortuna. Mediante la venta de narcóticos para el cártel de Medellín. Desde que se fue de estas islas, siendo un adolescente sumido en la miseria, pasó la mayor parte del tiempo en Colombia, o en compañía de gente de muy dudosa reputación, en Europa y Estados Unidos, dedicado al blanqueo del dinero proveniente de la cocaína. Y ahora, si tiene la amabilidad, me gustaría conocer a su director ejecutivo, al colombiano Méndez.

—Jamás he oído hablar de él. No conozco a ese hombre —replicó Johnson.

McCready sacó una fotografía y se la plantó delante de la nariz.

Los ojos de Johnson parpadearon, temblorosos.

—Éste es Mr. Méndez —le espetó McCready—, o como quiera que se llame ahora.

Johnson permaneció en silencio. McCready miró hacia arriba e hizo un gesto a Newson y a Sinclair. Los dos habían visto ya aquella foto. Los soldados desaparecieron del rellano de la escalera. Momentos después se oyeron en el piso de arriba dos detonaciones seguidas, producidas por un arma de fuego, y una serie de gritos de mujer.

Tres chicas, con aspecto de iberoamericanas, aparecieron en lo alto de la escalera y se precipitaron escalones abajo. McCready ordenó a dos de los agentes de Policía que se las llevaran al jardín y las custodiasen. Sinclair y Newson salieron a continuación al rellano, empujando por delante a un individuo de mala catadura. Era un hombre enjuto y de tez cetrina, con el cabello negro y lacio peinado hacia atrás. Los sargentos le dieron un empujón para que bajase por las escaleras, mientras ellos se quedaban arriba.

—Podría acusar a sus jamaicanos de una larga serie de delitos perpetrados en estas islas —dijo McCready, dirigiéndose a Johnson—, pero lo cierto es que ya he reservado nueve plazas en el vuelo de la tarde para Nassau. Me parece que la Policía de las Bahamas será más que feliz al tener el honor de proporcionarles escolta hasta el avión que parte para Kingston. En Kingston les estarán esperando. ¡Registrad la casa!

El resto de los policías locales procedió al registro de la mansión. Encontraron a dos prostitutas más escondidas debajo de una cama, amén de armas y una gran cantidad de dólares. Y en el dormitorio de Johnson, algunos gramos de un polvo blanco.

—Hay medio millón de dólares —susurró Johnson al oído de McCready cuando vio el maletín de diplomático que portaba uno de los policías—. Déjeme ir, y serán suyos.

McCready cogió el maletín y se lo entregó al reverendo Walter Drake.

—Reparta eso entre las instituciones de beneficencia de la isla —dijo McCready, entre los gestos de aprobación de Drake—. ¡Quemad la cocaína!

Uno de los policías cogió los paquetes y salió al jardín a preparar una hoguera.

—¡Vámonos! —ordenó McCready.

A las cuatro de la tarde, el avión de Nassau se encontraba en la pista de aterrizaje con los motores encendidos y las hélices girando. Los ocho *yardies*, todos debidamente esposados, fueron conducidos a bordo por dos sargentos de la Policía de las

Bahamas que habían llegado a detenerlos. Marcus Johnson, con las manos esposadas a la espalda, estaba de pie en la pista, esperando el momento de subir a bordo del avión.

—Después de que Kingston le haya extraditado a Miami, usted podrá hacer llegar un mensaje a Mr. Ochoa, o a Mr. Escobar, o a quienquiera que sea la persona para la que usted trabaja —dijo McCready—. ¿No le parece?

»Dígale que el plan de apoderarse de las islas Barclay mediante un mandatario era una idea por demás brillante. La perspectiva de poseer aquí guardacostas propios, agentes de aduana y Policía de un Estado nuevo, de utilizar a capricho los pasaportes diplomáticos, de poder enviar a Estados Unidos lo que se les apeteciera en las valijas diplomáticas, de poder construir refinerías de droga y disponer de depósitos de almacenamiento en completa libertad, de fundar Bancos para el blanqueo de dinero con total impunidad..., dígame que todo eso era muy ingenioso. Al igual que los ingentes beneficios que darían para los peces gordos los casinos de juego, los burdeles, etcétera.

»De todos modos, si puede hacerle llegar un mensaje, dígame también de mi parte que la idea no le hubiese dado resultado. No en estas islas.

Cinco minutos después, la rechoncha caja del avión se levantaba por los aires, ladeaba un ala y ponía rumbo hacia las costas de Andros. McCready se encaminó hacia un «Cessna» de siete plazas que estaba estacionado detrás del hangar.

Los sargentos Newson y Sinclair ya estaban a bordo del aparato, acomodados en la última fila de asientos, con sus bolsas de *golosinas* escondidas detrás de sus piernas, dispuestos a regresar a Fort Bragg. Frente a ellos iba sentado Francisco Méndez, cuyo auténtico nombre colombiano se había convertido ahora en algo más concreto. Llevaba las muñecas esposadas al respaldo de su asiento. El hombre se inclinó hacia el hueco de la puerta y miró hacia abajo.

—No puede expulsarme —dijo en un inglés extraordinariamente correcto—. Puede detenerme y esperar a que Estados Unidos exija mi extradición. Eso es todo lo que puede hacer.

—Y lo que podría durar muchos meses —replicó McCready—. Fíjese, querido amigo, usted no ha sido detenido, simplemente se le expulsa de la isla. —McCready se volvió hacia Eddie Favaro y añadió—: Confío en que usted no tenga nada en contra de darle un puesto en el avión que le llevará a Miami. Podría ocurrir

muy bien, claro está, que en el momento del aterrizaje reconociese súbitamente a ese individuo como a alguien buscado por la Policía de Metro-Dade. Si tal cosa ocurre, ya estará en las garras del *tío Sam*.

Se despidieron con un apretón de manos y el «Cessna» rodó hasta la pista de aterrizaje, dio la vuelta, se detuvo y se lanzó a toda marcha. Segundos después sobrevolaba el mar y ponía rumbo al Noroeste, en dirección a Florida.

McCready se dirigió a paso lento hacia el «Jaguar», donde le estaba esperando Osear. Ya era hora de volver al palacio de gobernación, cambiarse de ropa y colgar en el ropero del difunto gobernador su uniforme blanco.

Cuando McCready llegó al palacio, el superintendente jefe de detectives Hannah se encontraba en el despacho de Sir Marston Moberley, donde había recibido una llamada desde Londres. McCready se deslizó escaleras arriba y bajó al cabo del rato vistiendo su arrugado traje tropical. Hannah salió a toda prisa del despacho, llamando a gritos a Osear para que le tuviese preparado el «Jaguar».

Aquel lunes, Alan Mitchel había estado trabajando hasta las nueve de la noche antes de coger el teléfono y llamar a Sunshine, donde no eran más que las cuatro de la tarde. Hannah atendió la llamada con gran irritación. Se había pasado toda la tarde en el despacho, esperándole.

—Es francamente notable —dijo el especialista en balística—. Una de las balas más extraordinarias que he examinado en mi vida. Y en verdad que jamás había visto una bala parecida que haya sido utilizada para un asesinato.

—¿Y qué tiene de extraño esa bala? —inquirió Hannah.

—Pues bien, el plomo, para empezar por ahí. En fin, es extraordinariamente viejo. Con esa peculiar consistencia molecular, ese tipo de plomo dejó de producirse a comienzos de la década de los veinte. Lo mismo reza para la pólvora. Algunos pocos restos de la misma permanecían aún en el proyectil. Se trata de un compuesto químico que fue introducido en 1912 y que dejó de fabricarse a principios de 1920.

—¿Pero qué pasa con el arma? —insistió Hannah.

—Pues ése es el meollo de la cuestión —contestó el científico desde Londres—. El arma hace juego con la munición usada. El proyectil tiene una marca completamente inconfundible, como una firma autógrafa, como una huella dactilar. Es única. Tiene

exactamente siete acanaladuras que giran en espiral en el sentido de las manecillas del reloj, producidas por el paso del proyectil al salir por el cañón del revólver. No hay ninguna otra arma de fuego que deje esas siete acanaladuras girando de esa forma. ¿No le parece asombroso?

—Maravilloso —replicó Hannah—. ¿Así que sólo un tipo de arma ha podido ser utilizada para efectuar esos disparos? Excelente. Y ahora, Alan, ¿qué tipo de arma es?

—¿Cómo dices? Pues la «Webley 4.55», claro está. No hay nada que se le parezca.

Hannah no era un experto en armas de fuego. A simple vista no hubiese distinguido una «Webley 4.55» de una «Colt 44 Magnum». Ni siquiera mirándolas de cerca, para decir la verdad.

—Todo eso está muy bien, Alan, pero ahora dime: ¿qué tiene la «Webley 4.55» que sea tan especial?

—Pues su antigüedad. Es más vieja que Matusalén. Fue fabricada por primera vez en 1912, y dejó de producirse en 1920. Se trata de un revólver con un cañón extraordinariamente largo, lo que es característica exclusiva de ese modelo. Nunca llegaron a ser muy populares, debido al estorbo que representaba ese cañón tan alargado. Aunque eran muy exactos y de fiar, por la misma razón. Fueron utilizados como armas de reglamento por los oficiales británicos que combatieron en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial. ¿No has visto nunca uno de éstos?

Hannah le dio las gracias y colgó el auricular.

—¡Oh, sí! Desde luego que he visto uno —murmuró.

Cruzaba a grandes zancadas el vestíbulo cuando advirtió la presencia de aquel extraño hombrecillo del Ministerio de Asuntos Exteriores llamado Dillon.

—¡Use el teléfono si así lo desea! ¡Está libre! —le gritó.

Hannah se precipitó al patio y se montó en el «Jaguar».

Cuando le hicieron pasar, Miss Coltrane se encontraba sentada en su silla de ruedas, en el centro de la sala de estar. La anciana saludó al detective londinense, dándole la bienvenida con una amplia sonrisa.

—¿Qué hace usted por aquí, Mr. Hannah? ¡Qué alegría verle de nuevo! —dijo la anciana—. ¿No quiere sentarse y tomar una tacita de té?

—Se lo agradezco mucho, Lady Coltrane, pero creo que preferiría permanecer de pie. Me temo que tendré que hacerle

algunas preguntas. ¿Ha visto alguna vez en su vida un revólver llamado «Webley 4.55»?

—¿Cómo me pregunta eso ahora? En fin, no creo haberlo visto —contestó la anciana con voz melosa.

—Me tomo la libertad de ponerlo en duda, señora. En realidad usted tiene un arma de ese tipo. El viejo revólver de reglamento de su difunto esposo. Lo tiene allí, en esa vitrina de los trofeos. Y me temo que habré de tomar posesión de esa prueba de importancia tan trascendental.

El detective giró sobre sus talones y se encaminó hacia el armario con puerta de cristal en el que se exhibían los recuerdos. Y allí estaban todos, en efecto: medallas, insignias, nombramientos, pertrechos guerreros. Pero dispuestos de forma distinta. Entre algunos de esos objetos podía apreciarse una mancha grasienta que indicaba el lugar donde había estado colgado otro de los trofeos. Hannah se volvió.

—¿Qué ha pasado aquí, Lady Coltrane? —inquirió el detective en un tono que denotaba tirantez.

—Mi querido Mr. Hannah, estoy segura de que ignoro de qué está usted hablando.

No había nada que Hannah odiase más en este mundo que perder un caso, y sentía que ése se le escapaba de entre las manos. El arma o un testigo ocular, él necesitaba una de las dos cosas. A través de las ventanas podía ver el mar azul oscureciéndose bajo la desvaneciente luz del atardecer. Allá lejos, en alguna parte, en las profundidades del inmenso océano, descansaría un «Webley 4.55». Era algo que sabía con certeza. Pero, con una mancha grasienta, no podría presentar el caso ante ninguna corte de justicia.

—Estaba aquí, Lady Coltrane. El jueves, cuando vine a visitarla. Estaba aquí, dentro de esa vitrina.

—Pues no, Mr. Hannah, tiene que haberse equivocado. Jamás he visto en mi vida ningún... ¿Wembley?

—Webley, Lady Coltrane. Wembley es el nombre de esa barriada londinense, famosa por su campo de fútbol.

Hannah tuvo el presentimiento de que había perdido esa partida por seis goles a cero.

—Dígame, Mr. Hannah, ¿qué es exactamente lo que sospecha de mí? —preguntó la anciana.

—No sospecho, señora, tengo la certeza. Sé todo lo ocurrido. El que pueda probarlo o no es harina de otro costal. El martes de la semana pasada, a esta hora aproximadamente, *Firestone*, con esos gigantescos brazos que tiene, la levantó a usted en

vilo, sentada en su silla de ruedas, y la colocó en la parte trasera de la furgoneta, tal como hizo el sábado cuando usted fue de compras. Llegué a pensar que quizás usted no saldría nunca de esta casa; pero con la ayuda de *Firestone*, claro que puede hacerlo.

»Luego condujo la furgoneta hasta el sendero que pasa por detrás de la residencia del gobernador, la dejó a usted en el camino, y él, con sus propias manos, forzó el candado de la puerta de hierro. Pensé que para eso harían falta un jeep y una cadena, pero ese hombre es capaz de hacerlo, claro está. Debería de haberme dado cuenta la primera vez que lo vi. Pero lo pasé por alto. *Mea culpa*.

»Luego empujó la silla de ruedas por la puerta abierta y la dejó a usted en el jardín. Estoy convencido de que usted llevaba el «Webley» escondido en su regazo. Bien es verdad que era un arma muy antigua, pero había sido engrasada durante todos esos años y aún conservaba dentro las municiones. Con un cañón corto jamás hubiese acertado a Sir Moberley, ni siquiera empuñando el arma con las dos manos. Pero ese «Webley», tenía un cañón muy largo, de gran precisión en el tiro.

»Y usted no es precisamente una novata en el manejo de las armas. Me dijo que había conocido a su marido durante la guerra. Pero no me explicó que había sido en un hospital de los maquis, en la Francia ocupada por los nazis. Él era oficial de enlace de las Fuerzas Especiales británicas, y usted, según creo, pertenecía al Departamento de Servicios Estratégicos estadounidense.

»El primer disparo erró el blanco, y la bala fue a estrellarse contra el muro. El segundo realizó su trabajo, pero el proyectil quedó incrustado en una caja de alambre llena de mantillo. Allí fue donde lo encontré. En Londres han logrado identificarlo hoy mismo. La bala es inconfundible. Sólo ha podido ser disparada con una «Webley 4.55», como la que usted tenía en esa vitrina.

—¡Oh, mi querido y pobre Mr. Hannah! Se trata de una historia maravillosa; pero, dígame: ¿puede probarla?

—No, Lady Coltrane, no puedo. Necesito el arma, o el testimonio de un testigo. Podría jurar que al menos una docena de personas ha tenido que verlos, a usted y a *Firestone*, cuando iban por el camino, pero ninguna de ellas testificará jamás. No en contra de Miss Coltrane. No en Sunshine. Sin embargo, hay dos cosas que me tienen intrigado. ¿Por qué? ¿Por qué asesinar a aquel antipático gobernador? ¿Quería usted que viniese aquí la Policía?

La anciana sonrió y denegó con la cabeza.

—La Prensa, Mr. Hannah. Siempre husmeándolo todo, siempre haciendo preguntas, siempre investigando y descubriendo los entretelones. Siempre tan suspicaces de cualquiera que se dedique a la política...

—Sí, por supuesto, los hurones de los medios de comunicación.

—¿Y la otra cosa que le intriga, Mr. Hannah?

—¿Quién le dio el aviso, Lady Coltrane? El martes por la noche, usted volvió a poner el arma en la vitrina. Allí se encontraba el jueves. Y ahora ha desaparecido. ¿Quién le dio el aviso?

—Mr. Hannah, transmita mis cariñosos saludos a Londres cuando vuelva a esa ciudad, que no he visto desde los grandes bombardeos alemanes, entre 1940 y 1942, ¿sabe? Y que ya no volveré a ver más.

Desmond Hannah se hizo llevar por Osear de vuelta a la plaza del Parlamento, y lo despidió frente a la Jefatura de Policía; el chófer tendría que limpiar bien el «Jaguar» para tenerlo a punto cuando el nuevo gobernador llegase al día siguiente. «¡Ya era hora de que reaccionase el Gobierno de Su Majestad!» —se dijo. Comenzó a cruzar la plaza en dirección al hotel.

—¡Buenas tardes, Mr. Hannah!

El detective se volvió. Una persona que le era completamente desconocida le sonreía y le saludaba.

—¡Eh..., buenas tardes!

Dos jóvenes bailaban en medio de una gran polvareda delante del hotel. Uno de ellos llevaba un reproductor de cintas colgado del cuello. Tenía puesta una con una selección de calipso. Hannah no reconoció la balada. Era *La libertad viene, al igual que se va*. Pero sí reconoció, sin embargo, *El dominguito*, cuyos sonos salían del bar del hotel. Advirtió entonces que en los cinco días que llevaba en la isla no había visto tocar a ningún conjunto típico del Caribe ni había escuchado un calipso.

Las puertas de la iglesia anglicana estaban abiertas de par en par; el reverendo Drake ensayaba en su pequeño órgano. Interpretaba en esos momentos el *Gaudeamus igitur*. Cuando subía por la escalinata del hotel se dio cuenta de que por las calles imperaba una atmósfera de frivolidad. Pero no era ése precisamente el sentimiento que le embargaba en esos

instantes. El detective tenía que redactar ciertos informes de gran seriedad. Después de una última llamada a Londres, a altas horas de la noche, decidió que emprendería el vuelo de regreso a Inglaterra por la mañana. Ya no había nada más que pudiera hacer allí. Odiaba perder un caso, pero sabía que ése se quedaría en los archivos. Viajaría a Nassau en el mismo avión en el que llegaría el nuevo gobernador y luego volaría a Londres.

Cruzó la terraza del bar para entrar al hotel y fue entonces cuando se topó de nuevo con ese hombre llamado Dillon, cómodamente sentado y saboreando una cerveza. «¡Qué tipo tan extraño! —se dijo mientras subía las escaleras—. Siempre haraganeando en todas partes, como si esperase a alguien. Pero nunca con la apariencia de *no* estar haciendo nada.»

El martes por la mañana, un «Havilland Devon», proveniente de Nassau, se acercó con ruido atronador a Sunshine, aterrizó y depositó en tierra al nuevo gobernador, a Sir Crispian Rattray. Desde la sombra que el hangar le brindaba, McCready observó al anciano diplomático, impecablemente vestido con un traje de lino color crema y la cabeza cubierta por un panamá blanco del que le colgaban flotantes mechones de plateados cabellos, cuando éste descendía del avión para ir a reunirse con el comité de recepción que le daba la bienvenida.

El teniente Haverstock, ya de vuelta de su odisea marinera, le presentaba a algunas de las personalidades de las islas, entre los que se contaban el doctor Caractacus Jones y su sobrino, el inspector jefe Jones. Osear también estaba allí con su «Jaguar» recién limpiado y, después de las presentaciones de rigor, la pequeña comitiva se dirigió a Port Plaisance.

Sir Rattray descubriría muy pronto que tenía bien poca cosa que hacer. Al parecer, los dos candidatos habían mandado al diablo sus candidaturas y se habían marchado de vacaciones. Haría un llamamiento para que se presentasen otros candidatos. Pero nadie se presentaría; el reverendo Drake se encargaría de que eso no ocurriera.

Con las elecciones de enero ya pospuestas, el Parlamento británico tendría que reconsiderar el caso, y, bajo la presión de la oposición, el Gobierno se vería obligado a reconocer que la celebración de un referéndum en el mes de marzo quizá sería lo apropiado. Pero todo eso pertenecía al futuro.

Desmond Hannah subió a bordo del vacío «Havilland Devon» que le llevaría a Nassau. Desde lo alto de la escalerilla echó una mirada a su alrededor. Y allí estaba aquel extraño individuo llamado Dillon, sentado a la sombra, con sus maletas y su maletín diplomático, esperando a alguien al parecer. Hannah no le saludó. Tenía la intención de mencionar a ese tal Mr. Dillon en cuanto llegase a Londres.

Diez minutos después de que despegara el «Havilland Devon» el aereotaxi de Miami que McCready había contratado aterrizaba. Tenía que devolver el teléfono portátil y dar las gracias a unos cuantos amigos en Florida antes de coger el avión para Londres. Estaría de vuelta justamente para las Navidades. Pasaría esas fiestas solo en su apartamento de Kensington. Quizá se diese una vuelta por el Club de las Fuerzas Especiales para tomarse una copa con algunos viejos camaradas.

El «Piper» emprendió vuelo y McCready pudo ver por última vez la amodorrada ciudad de Port Plaisance, que despertaba a sus quehaceres cotidianos bajo los rayos del sol naciente. Divisó también el monte Spyglass, cuando se alejaba con rapidez allá abajo, y vio en su cima una villa de color rosa.

El piloto dio un nuevo giro para poner rumbo hacia Miami. Un ala se inclinó y McCready miró hacia el interior de la isla. En un camino polvoriento, un chiquillo miró hacia arriba y agitó los brazos en señal de adiós. McCready saludó a su vez. Con suerte— pensó— ese niño crecería sin haber tenido que vivir bajo el yugo de la bandera roja, y sin haberse dedicado a esnifar cocaína por la nariz.

EPÍLOGO

—**N**o creo equivocarme si aseguro aquí que todos nosotros estamos profundamente agradecidos a Denis —dijo Timothy Edwards— por su excelente exposición de los hechos. Ya que se ha hecho muy tarde, propondría que el asunto fuese analizado por mí y mis compañeros, con el fin de ver si se puede introducir alguna variante en el aspecto administrativo del caso que nos ocupa, y que os comuniquemos nuestro punto de vista mañana por la mañana.

Denis Gaunt tuvo que levantarse para ir a devolver el expediente al secretario del Departamento de Archivos. Cuando regresaba a su silla, Sam McCready se había ido ya. *El Manipulador* se había marchado sigilosamente cuando Edwards terminaba su intervención. Gaunt se lo encontró diez minutos después en su despacho.

McCready estaba en mangas de camisa, había colocado su chaqueta de algodón en el respaldo de una silla y daba vueltas por la habitación sin ton ni son. En el suelo había dos cajas de cartón de las que se utilizan para embalar botellas de vino.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Gaunt.

—Recogiendo mis cuatro cosas.

No tenía más que dos fotografías enmarcadas, que guardaba en uno de sus cajones, sin que se le hubiese ocurrido nunca colocarlas encima del escritorio. Una de ellas era de May y la otra de su hijo, tomada el día de su graduación. Con una tímida sonrisa y envuelto en su negra toga académica. McCready las metió en una de las cajas.

—¡Estás loco! —dijo Gaunt—. Tengo la impresión de que les hemos doblegado. No a Edwards, claro está, pero sí a los dos superintendentes. Estoy convencido de que han cambiado de idea. Los dos sabemos perfectamente que te tienen cariño, que quieren que sigas en la Firma.

McCready cogió su reproductor de discos compactos y lo metió en la otra caja. De vez en cuando le gustaba poner alguna obra de música clásica, a un volumen muy bajo, y escucharla cuando estaba sumido en sus pensamientos. En realidad,

apenas había suficientes cachivaches como para llenar las dos cajas. Y, por supuesto, no había ninguna fotografía de esas que se cuelgan en las paredes estrechando la mano de algún personaje famoso; el par de cuadros que adornaban el despacho, con reproducciones de pintores impresionistas, pertenecían al Servicio Secreto. McCready se incorporó y contempló las dos cajas.

—No es gran cosa, en realidad para treinta años de servicios —murmuró

—¡Sam, por el amor de Dios! Todavía no se ha acabado todo. Aún pueden cambiar de idea.

McCready giró sobre sus talones y cogió a Gaunt por ambos brazos.

—Denis, eres un gran tipo. Has realizado un buen trabajo aquí. Todo lo has hecho lo mejor que has podido. Y voy a pedir al Jefe que te deje a cargo de este Departamento. Pero todavía tienes que aprender a discernir cuál es la parte de cielo en la que brilla el sol. Esto se ha terminado. El veredicto y la sentencia habían sido dictados ya hace algunas semanas, en otras dependencias públicas, por otras personas.

Denis Gaunt se dejó caer en el sillón de su jefe, sintiéndose miserablemente mal.

—Pues entonces, ¿a qué demonios representar toda esa pantomima? ¿Para qué esa junta?

—¡Bah!, tan sólo para que esos hijos de puta se entretuviesen un poco. Lo siento, Denis, tendría que habértelo dicho. ¿Querrás cuando puedas enviarme estas cajas a mi apartamento?

—Podrías aceptar uno de los empleos que te han ofrecido. Aunque sólo sea para fastidiarlos —insistió Gaunt.

—Mira, Denis, como dijo el poeta: «Un instante placentero y desbordante de vida gloriosa vale más que toda una existencia en las sombras.» Y para mí, calentando un asiento allá abajo, en la biblioteca del archivo, o rellenando cuentas de gastos, sería como llevar una existencia en las sombras. Ya he tenido mis momentos de gloria, he dado cuanto he podido, ahora se ha acabado. Estoy fuera. Y allá afuera hay todo un mundo lleno de sol, Denis. Me iré a ese mundo, y te aseguro que pienso divertirme y disfrutarlo.

Denis Gaunt tenía todo el aspecto de estar asistiendo a un funeral.

—Te veré otra vez dando vueltas por aquí —dijo en tono porfiado.

—No, no me verás.

—El Jefe te dará una fiesta de despedida.

—No habrá fiesta que valga. No puedo soportar el barato vino espumoso. Tan sólo serviría para que se divirtieran a mi costa. Eso es lo que Edwards hace cuando se muestra afable conmigo. ¿Me acompañas abajo hasta la entrada principal?

La Century House es como una ciudad, como un condado en pequeño. Cuando atravesaban el pasillo en dirección al ascensor para bajar a la primera planta y, cuando cruzaron el enlosado vestíbulo, por doquier aparecían compañeros y secretarías que le decían a su paso:

—¡He..., Sam!

—¡Hola, Sam!

Ninguno decía «Adiós, adiós, Sam!», aunque era eso lo que pensaban. Algunas secretarías se detuvieron a su lado como si quisieran arreglarle la corbata por última vez. McCready inclinaba la cabeza en señal de saludo, sonreía y pasaba de largo.

La puerta principal se encontraba al fondo del vestíbulo. Al otro lado, la calle. McCready se preguntó si debería de utilizar la indemnización que le correspondía para comprarse una casita en el campo, donde se dedicaría a cultivar rosas y plantar calabacines, a ir a la iglesia los domingos por la mañana y a convertirse en uno de los pilares de una pequeña comunidad. Sin embargo, ¿cómo llenaría sus días?

Lamentó no haberse dedicado nunca a uno de esos pasatiempos absorbentes como los que muchos compañeros practicaban, la cría de peces tropicales o a coleccionar sellos de correos o a corretear por las montañas del País de Gales. ¿Y qué podría contar a sus vecinos? «¡Muy buenos días! Me llamo Sam. Y soy un ex funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, ahora estoy jubilado, y no puedo revelarles maldita cosa de lo que hice en esas dependencias.» A los viejos soldados les está permitido que escriban sus memorias o que se dediquen a aburrir a los turistas en algún confortable bar. Pero no a aquellos que se han pasado sus vidas en lugares envueltos por las sombras. Ésos deben permanecer callados para siempre.

Miss Foy, del Departamento de Pasaportes, cruzaba en esos momentos el vestíbulo, chocando rítmicamente sus altos tacones contra las losas. Era una viuda de proporciones esculturales, que aún no habría cumplido los treinta años. Un gran número de residentes de la Century House había probado

fortuna con Suzanne Foy, pero no en balde era conocida como *La fortaleza inexpugnable*.

Los dos se cruzaron en el vestíbulo. La mujer se detuvo y dio media vuelta. De algún modo inexplicable, el nudo de la corbata de McCready había descendido hasta la mitad del pecho. La mujer le levantó el nudo, se lo arregló y se lo colocó a la altura del botón del cuello. Gaunt contemplaba la escena. Denis era demasiado joven como para acordarse de Jane Rusell, por lo que no pudo establecer la comparación que saltaba a la vista.

—Sam, deberías tener a alguien que fuese a tu casa para que te diese algún alimento espiritual —dijo ella.

Denis Gaunt siguió a la viuda con la mirada cuando ésta terminó de cruzar el vestíbulo en dirección al ascensor, contoneando sus caderas. Se preguntó, extrañado, qué sería lo que Miss Foy podría darle a uno en calidad de alimento espiritual, o viceversa.

Sam McCready abrió la puerta de cristal que daba a la calle. Sintió en pleno rostro el azote de una ola de calor veraniego. Se volvió, se llevó una mano al bolsillo interior de su chaqueta y sacó un sobre.

—Dales esto, Denis. Mañana por la mañana. A fin de cuentas, es justo lo que están deseando.

Denis cogió el sobre y se lo quedó mirando.

—¿Conque lo llevabas encima durante todo este tiempo? —dijo—. Lo escribiste hace ya días. Eres un maldito granuja, astuto y taimado.

Pero Denis estaba hablando a la bamboleante puerta.

McCready, con la chaqueta echada al hombro, giró a la derecha y se dirigió hacia el puente de Wetsminster, a unos ochocientos metros. Se aflojó el nudo de la corbata y se lo bajó hasta la altura del ombligo. Era una calurosa tarde de julio, una de esas tardes que tanto abundaron en la gran ola de calor que distinguió al verano de 1990. El tráfico de las primeras horas de la tarde pasaba por su lado en dirección a la Old Kent Road.

«Sería agradable encontrarse en esos momentos frente al mar —pensó—, con las aguas brillantes meciéndose en el Canal de la Mancha y las hermosas tonalidades azules reluciendo bajo el sol.» Quizá debería de comprarse una casita de campo en Devon, con su propia barca esperándole siempre en el puerto. Sería lo mejor, después de todo. Y podría invitar a Miss Foy para que fuese a visitarle allí, con el fin de que le llevara algún alimento espiritual.

La estructura del puente de Westminster se alzó frente a él. Al otro lado del gran edificio del Parlamento, cuyas libertades y estupideces ocasionales había tratado de proteger durante treinta años de su vida, alzaba sus torres hacia el cielo azul. La alta torre del *Big Ben*, recientemente restaurada, lanzaba destellos de oro bajo la luz del sol junto a las indolentes aguas del Támesis.

Al cruzar el puente se encontró a mitad de camino a un vendedor de periódicos, que estaba de pie junto a una pila de ejemplares del *Evening Standard*. Cuando miró hacia abajo, vio unos grandes titulares. Destacaba el mensaje:

BUSH-GORBY. TERMINA OFICIALMENTE LA GUERRA FRÍA

McCready se detuvo para comprar el periódico.

—¡Muchas gracias, jefe! —le dijo el vendedor de periódicos, quien señaló con un gesto los titulares y añadió—: Ya se ha terminado todo, ¿no?

—¿Terminado? —inquirió McCready.

—¡Pues claro! Toda la crisis internacional. Ya es cosa del pasado.

—¡Qué pensamiento tan dulce! —asintió McCready antes de proseguir su camino.

Cuatro semanas después Sadam Hussein invadía Kuwait. Sam McCready escuchó por la radio aquella noticia cuando se encontraba pescando mar adentro, a dos millas de distancia de las costas de Devon. Reflexionó sobre lo que acababa de oír y decidió que había llegado el momento de cambiar de cebo.

FIN